

3 00723 63 63 43 43 43 43



ENCICLICAS
DE SU
SANTIDAD
LEON XIII



2

BX873

.1891

A3

v. 2

007249

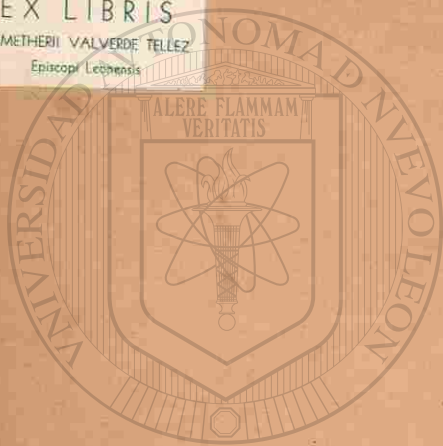


1080015412

EX LIBRIS

HEMATHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

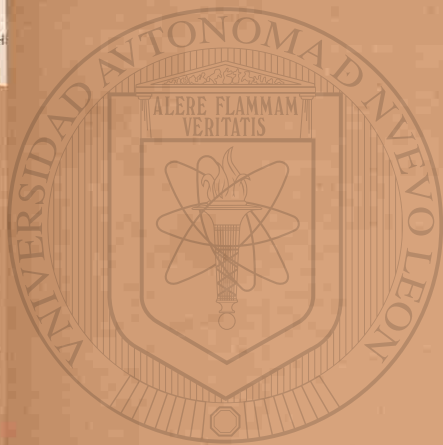


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





COLECCIÓN COMPLETA

DE LAS

ENCÍCLICAS DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

EN LATÍN Y CASTELLANO

PUBLICADA BAJO LA DIRECCIÓN Y CON UN PRÓLOGO

DEL

Dr. D. Manuel de Castro Alonso,

CANÓNICO POR OPOSICIÓN DE LAS S. J. M.
Y PROFESOR DE TEOLOGÍA DOGMÁTICA DE LA UNIVERSIDAD
PONTIFICIA

COMO II

Comprende las publicadas hasta fines del año 1902.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Con censura eclesiástica

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MODERNA
LIBRERÍA RELIGIOSA
JOSE L. VALLEJO S. y C.
SAN JOSE EL REAL NUM. 51.
APARTADO POSTAL NUM. 684.
MEXICO.

VALLADOLID
Tipografía y Casa editorial Cuesta,
Macías Pizarro, núm. 38 y 40.



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

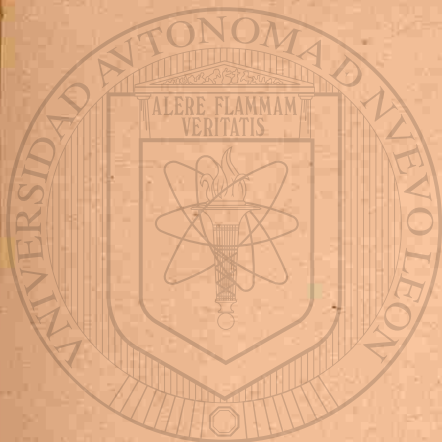
44074

BX 873

1891

A3

v. 2



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ
No. 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 100

Impreso en el taller de imprenta de la Universidad Autónoma de Nuevo León

INDICE

	Págs.
Eoiclica XXVI.—A los Obispos, clero y pueblo de Francia (16 de Febrero de 1892).	
Texto castellano	5
Id. latino, comienza <i>Inter gravissimas</i>	20
Id. XXVII.—Del Santísimo Rosario (8 Septiembre 1892).	
Texto castellano	33
Id. latino.... <i>Magnae Dei Matris</i>	44
Id. XXVIII.—Sobre el Santo Rosario de María (8 de Septiembre de 1893).	
Texto castellano	52
Id. latino.... <i>Letelliae sanctae</i>	61
Id. XXIX.—A los Obispos de Hungría (21 de Septiembre de 1893).	
Texto castellano	67
Id. latino.... <i>Constanti Hungarorum</i>	75
Id. XXX.—Del estudio de la Sagrada Escritura (18 de Noviembre de 1893).	
Texto castellano	82
Id. latino.... <i>Providentissimus Deus</i>	112
Id. XXXI.—A los Obispos de Polonia (19 de Marzo de 1894).	
Texto castellano	131
Id. latino.... <i>Carietatis providentiaegue</i>	143
Id. XXXII.—Sobre la devoción del Santísimo Rosario (8 de Septiembre de 1894).	
Texto castellano	152
Id. latino.... <i>lucentia semper</i>	161
Id. XXXIII.—Sobre la propagación de la fe (24 de Diciembre de 1894).	
Texto castellano	167
Id. latino.... <i>Christi nomen</i>	171
Id. XXXIV.—Sobre la adoración del Rosario (5 de Septiembre de 1895).	
Texto castellano	174
Id. latino.... <i>Admirabilem populi</i>	184
Id. XXXV.—Sobre la unidad de la Iglesia (29 de Junio de 1896).	
Texto castellano	191
Id. latino.... <i>Satis cognitum</i>	214
Id. XXXVI.—Sobre la devoción del Rosario (20 Septiembre de 1896).	
Texto castellano	260
Id. latino.... <i>Piscentem primumque</i>	267

007249

	Págs.
Encíclica XXXVII.—De la admirable presencia y virtud del Espíritu Santo (9 de Mayo de 1897).	
Texto castellano	273
Id. latino <i>Divinum illud</i>	288
Id. XXXVIII.—Acercas del Centenario del Beato Pedro Canisio (1.º de Agosto de 1897).	
Texto castellano	300
Id. latino <i>Militantis Ecclesie</i>	308
Id. XXXIX.—Sobre la devoción del Santo Rosario (12 Septiembre de 1897).	
Texto castellano	314
Id. latino <i>Assumptissimæ Virginis</i>	322
Id. XL.—A los Ordinarios de las ciudades federadas del Canadá, acerca de las escuelas de parvulos (8 de Diciembre de 1897).	
Texto castellano	328
Id. latino <i>A fari eorum</i>	335
Id. XLI.—A los Obispos de Euzcacia (25 Julio de 1898).	
Texto castellano	340
Id. latino <i>Caritati atq̄uam</i>	340
Id. XLII.—A los Obispos, Clero y pueblo de Italia (5 de Agosto de 1898).	
Texto castellano	350
Id. latino <i>Sacrosanctum Pontificatus</i>	365
Id. XLIII.—Acercas de la devoción del Sagrado Corazón de Jesús (25 de Mayo de 1899).	
Texto castellano	373
Id. latino <i>Annum sacrum</i>	380
Id. XLIV.—A los Prelados y Clero de Francia, sobre educación de los Clerigos en los Seminarios y modo de conducirse el Clero en sociedad (8 de Septiembre de 1899).	
Texto castellano	386
Id. XLV.—De Jesucristo Redentor (1.º de Noviembre de 1900).	
Texto castellano	406
Id. latino <i>Tametsi futura</i>	422
Id. XLVI.—Sobre la democracia cristiana (18 Enero 1901).	
Texto castellano	432
Id. latino <i>Graves de communitate</i>	444
Id. XLVII.—Sobre la Santísima Eucaristía (28 de Mayo de 1902).	
Texto castellano	451
Id. latino <i>Misericordie caritatis</i>	468
Id. XLVIII.—A los Obispos de Italia sobre la educación del Clero (8 de Diciembre de 1902).	
Texto castellano	479



EPÍSTOLA ENCÍCLICA

A los Obispos, Clero y pueblo de Francia.

LEON p. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

EN medio de los gravísimos cuidados de la Iglesia universal, muchas veces, durante el transcurso de Nuestro Pontificado, hemos querido dar testimonio del afecto que profesamos á Francia y al noble pueblo francés; y en una de nuestras Encíclicas, presente todavía en la memoria de todos, ya manifestamos solemnemente sobre este particular los sentimientos más íntimos de nuestro corazón. Este afecto es precisamente lo que constantemente nos ha tedido atento á seguir con la vista y luego meditar en nuestro ánimo el conjunto de sucesos, ora tristes, ora consoladores que desde hace muchos años se están verificando entre vosotros. Y entrando en materia, el alcance de la vasta conjunción que actualmente preparan ciertos hombres para destruir en Francia el cristianismo, y la animosidad con que procuran la ejecución de tales propósitos, hollando hasta las nociones más elementales de libertad y justicia de la mayoría del pueblo, y el respeto á los inalienables derechos de la Iglesia, ¿cómo no ha de producirnos el más vivo dolor? Y cuando vemos que ya se tecean unas tras otras las funestas consecuencias de esta culpable guerra, consecuencias que tienden á la pérdida de las costumbres y á la ruina de la Religión y de los intereses políticos, sabiamente entendidos, ¿cómo no manifestar las amarguras que nos abruman y los temores que nos asedian?

Mas, por otra parte, experimentamos mucho consuelo viendo á ese mismo pueblo francés extremar su amor y su

	Págs.
Encíclica XXXVII.—De la admirable presencia y virtud del Espíritu Santo (9 de Mayo de 1897).	
Texto castellano	273
Id. latino <i>Divinum illud</i>	288
Id. XXXVIII.—Acercas del Centenario del Beato Pedro Canisio (1.º de Agosto de 1897).	
Texto castellano	300
Id. latino <i>Militantis Ecclesie</i>	308
Id. XXXIX.—Sobre la devoción del Santo Rosario (12 Septiembre de 1897).	
Texto castellano	314
Id. latino <i>Assumptissimæ Virginis</i>	322
Id. XL.—A los Ordinarios de las ciudades federadas del Canadá, acerca de las escuelas de parvulos (8 de Diciembre de 1897).	
Texto castellano	328
Id. latino <i>A fari eorum</i>	335
Id. XLI.—A los Obispos de Euzcacia (25 Julio de 1898).	
Texto castellano	340
Id. latino <i>Caritati atq̃uam</i>	340
Id. XLII.—A los Obispos, Clero y pueblo de Italia (5 de Agosto de 1898).	
Texto castellano	350
Id. latino <i>Sacrosanctum Pontificatus</i>	365
Id. XLIII.—Acercas de la devoción del Sagrado Corazón de Jesús (25 de Mayo de 1899).	
Texto castellano	373
Id. latino <i>Annum sacrum</i>	380
Id. XLIV.—A los Prelados y Clero de Francia, sobre educación de los Clerigos en los Seminarios y modo de conducirse el Clero en sociedad (8 de Septiembre de 1899).	
Texto castellano	386
Id. XLV.—De Jesucristo Redentor (1.º de Noviembre de 1900).	
Texto castellano	406
Id. latino <i>Tametsi futura</i>	422
Id. XLVI.—Sobre la democracia cristiana (18 Enero 1901).	
Texto castellano	432
Id. latino <i>Graves de communitate</i>	444
Id. XLVII.—Sobre la Santísima Eucaristía (28 de Mayo de 1902).	
Texto castellano	451
Id. latino <i>Misere caritatis</i>	468
Id. XLVIII.—A los Obispos de Italia sobre la educación del Clero (8 de Diciembre de 1902).	
Texto castellano	479



EPÍSTOLA ENCÍCLICA

A los Obispos, Clero y pueblo de Francia.

LEON p. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

EN medio de los gravísimos cuidados de la Iglesia universal, muchas veces, durante el transcurso de Nuestro Pontificado, hemos querido dar testimonio del afecto que profesamos á Francia y al noble pueblo francés; y en una de nuestras Encíclicas, presente todavía en la memoria de todos, ya manifestamos solemnemente sobre este particular los sentimientos más íntimos de nuestro corazón. Este afecto es precisamente lo que constantemente nos ha tedido atento á seguir con la vista y luego meditar en nuestro ánimo el conjunto de sucesos, ora tristes, ora consoladores que desde hace muchos años se están verificando entre vosotros. Y entrando en materia, el alcance de la vasta conjunción que actualmente preparan ciertos hombres para destruir en Francia el cristianismo, y la animosidad con que procuran la ejecución de tales propósitos, hollando hasta las nociones más elementales de libertad y justicia de la mayoría del pueblo, y el respeto á los inalienables derechos de la Iglesia, ¿cómo no ha de producirnos el más vivo dolor? Y cuando vemos que ya se tecean unas tras otras las funestas consecuencias de esta culpable guerra, consecuencias que tienden á la pérdida de las costumbres y á la ruina de la Religión y de los intereses políticos, sabiamente entendidos, ¿cómo no manifestar las amarguras que nos abruman y los temores que nos asedian?

Mas, por otra parte, experimentamos mucho consuelo viendo á ese mismo pueblo francés extremar su amor y su

celo á la Santa Sede en la medida que la vé más abandonada, ó, como debíamos decirlo, más combatida en el mundo. Muchas veces, movidos por un arraigado sentimiento de religiosidad y verdadero patriotismo, han venido hasta Nos representantes de todas las clases sociales de Francia, felices al atender á las continuas necesidades de la Iglesia y ansiosos de pórernos luz y consejo para asegurarse de que, á pesar de las tribulaciones actuales no se apartan un ápice de las enseñanzas del Pastor de todos los fieles. Y ya por escrito, ya de palabra. Nos, á Nuestra vez, hemos dicho claramente á nuestros hijos lo que tenían derecho de pedir á su padre. Lejos de llevarles al desaliento, enérgicamente los hemos exhortado para que aumenten el amor y los esfuerzos que emplean en defensa de la fe católica, y al mismo tiempo de su patria, debora ambos de primer orden y de cuyo cumplimiento nadie puede sustraerse en esta vida.

Y aún hoy mismo creemos oportuno, y hasta necesario, levantar de nuevo Nuestra voz para exhortar, no diremos solo á los católicos, sino á todos los franceses honrados y sensatos, á que rechacen lejos de sí todo germen de disenso político, á fin de que se dediquen con todas sus fuerzas á la pacificación; todos la desean cada vez con más ardor, y Nos que enaltable la apetecemos, puesto que representamos en la tierra al *Dios de paz* (1) invitamos á todos los corazones generosos á que Nos secunden para hacerla estable y fecunda.

Ante todo, tomemos como punto de partida una verdad notoria, reconocida por todos los hombres de buen sentido y altamente proclamada por la historia de todos los pueblos, que es á saber: la Religión, y solamente la Religión, crea el lazo social; que la religión sola basta para mantener sobre fundamentos sólidos la fe de un pueblo. Cuando, sin renunciar á los deberes y derechos de la sociedad doméstica, diversas familias se unen, inspiradas por la naturaleza, para constituirse en miembros de otra familia más extensa, llamada sociedad civil, el objeto que buscan en esta sociedad no es únicamente el de hallar un medio para mejor proveer á su material bienestar, sino principalmente el de obtener en ella el beneficio del perfeccionamiento moral. De otra suerte la sociedad sería poco más que una reunión

(1) Non enim est dissensionis Deus, sed pacis. Cor., XIV

de seres sin razón, cuya existencia se reduciría á la satisfacción de los apetitos de la sensualidad. Pero hay más todavía; sin el perfeccionamiento moral, difícilmente podría demostrarse que la sociedad civil, en vez de constituir para el hombre, considerado como tal, una ventaja, no constituya un perjuicio y un detrimento.

Porque la moralidad humana, por el hecho mismo de tener que concertar entre sí tantos derechos y tantos deberes semejantes, puesto que es un elemento que se encuentra en todas las acciones del hombre, implica necesariamente la existencia de Dios y con la existencia de Dios la de la Religión, sagrado lazo cuyo privilegio sobre todos los demás consiste en unir al hombre con Dios. En efecto: la idea de moralidad entraña principalmente un orden de dependencia con relación á lo verdadero, que es la luz del alma, y á lo bueno, que es el objeto de la voluntad. Sin bien no puede haber moral digna de llevar tal nombre. Así pues: ¿cuál es la verdad, principal y esencial, la verdad de que toda verdad se deriva? Dios. ¿Y cuál es la bondad suprema de que procede todo bien? Dios. ¿Y quién es finalmente, el criador y conservador de nuestra razón, de nuestra voluntad, y de todo nuestro sér? Dios y solamente Dios. Luego ya que la Religión es la expresión interna y externa de la dependencia que debemos á Dios en razón de justicia, de aquí se desprende una grave consecuencia, que á todos se impone: la de que todos los ciudadanos están obligados á unirse para mantener vivo en la nación el verdadero sentimiento religioso y para defenderle cuanto fuere menester, si alguna escuela atea, desoyendo las protestas de la naturaleza y la historia, se esforzase por arrojar á Dios de la sociedad, segura de destruir por tal medio en el fondo de la conciencia humana hasta el sentido moral. Sobre este punto no puede existir diversidad de criterio entre hombres que no hayan perdido toda noción de honradez y rectitud.

Entre los católicos franceses el sentimiento religioso debe ser más profundo y universal todavía, puesto que tienen la felicidad de profesar la verdadera Religión. Si, en efecto, las creencias religiosas siempre y en todas partes fueron dadas como cimiento de la moralidad de las acciones humanas y de la existencia de toda sociedad bien ordenada, es evidente que la Religión católica, por el hecho de ser la verdadera Iglesia de Jesucristo, posee más que otra alguna la eficacia necesaria para bien ordenar la vida

social y la individual. ¿Se quiere un ejemplo visible de esto? La misma Francia lo suministra.

Según fué progresando en la cristiana fe, víbala subir gradualmente á aquella grandeza moral á que llegó como potencia militar y política. Y esto consistió en que á la natural generosidad de su corazón, añadió la caridad cristiana, abundancia de nuevas energías y que su maravillosa actividad encontró estímulo, luz, y garantía de constancia, las tres cosas á la vez, en esta fe cristiana que, por mano de la nación francesa, escribió páginas gloriosísimas en los anales del género humano. Hoy mismo ¿no añaden nuevas glorias á las glorias pasadas?

Inagotable en ingenio y recursos, se la ve multiplicar en su propio suelo las obras de caridad y admirárela cuando parte para remotas tierras, donde, merced á los trabajos de sus Misioneros, y aún á precio de su sangre, difunde á la vez su renombre y los beneficios de la Religión católica. Ningún francés, sean cualesquiera sus opiniones, osaría renegar de tales glorias, porque renegar de ellas equivaldría á renegar de la patria.

La historia de un pueblo manifiesta de una manera incontrovertible cual sea el elemento generador y conservador de su grandeza moral. Así ocurre que, si llega á faltarle este elemento, ni la sobrabundancia del oro, ni la fuerza de las armas bastan á salvarle de la decadencia moral, acaso de la muerte. ¿Quién no comprende ya que, para todos los franceses que profesan la Religión católica, el principal cuidado ha de consistir en asegurar su conservación y con tanto mayor empeño, cuanto es más evidente que el cristianismo es en Francia objeto de la implacable hostilidad de las sectas? En este terreno no puede tolerarse lealtad ni independencia de acción, ni divisiones de partidos. Lo primero demostraría una cobardía indigna de cristianos, lo segundo sería una causa de debilidad desastrosa.

Antes de pasar adelante conviene que señalemos una calumnia, astutamente propagada para acreditar contra los católicos y aún contra la misma Santa Sede, odiosas imputaciones. — Se pretendió por algunos que la concordia y energía de acción inculcadas á los católicos para la defensa de su fe, mas que la salvaguardia de los intereses religiosos, tiene por secreto móvil el ansia de preparar á la Iglesia para la dominación política del Estado. Decir esto es verdaderamente resucitar una antiquísima calumnia, inventada por

los primeros enemigos del Cristianismo. Pero qué, ¿no fué lanzada primero contra la adorable persona de nuestro Redentor? Acuébanle de obrar con fines políticos cuando con su predicación llenaba las almas de luz y con los tesoros de de su divina bondad aliviaba los padecimientos corporales y espirituales de los desgraciados: «A éste le hemos hallado pervirtiendo á nuestra nación, y prohibiendo pagar al César y diciendo que él es el Cristo Rey... Si sueltas á ese, no eres amigo del César, puesto que cualquiera que se declara rey se declara contra el César... No tenemos por rey sino á César» (1).

Estas amenazadoras calumnias fueron las que arrancaron á Pilato la sentencia de muerte contra a aquel mismo cuya inocencia había reconocido muchas veces. Y los inventores de estas falsedades y de otras del mismo género no omitieron nada para propalarlas por lejanos pueblos, como San Justino mártir lo echaba en cara á los judíos de su época: «Lejos de arrepentiros, después que habeis sabido que resucitó de entre los muertos, habeis enviado por todo el mundo hombres hábilmente escogidos para anunciar que había sido suscitada una secta impia por un cierto seductor galileo, llamado Jesús» (2).

Al difamar tan amiazamente al Cristianismo, sus enemigos bien sabían lo que se hacían.

Consistía su plan en suscitar contra su propagación un formidable adversario: el imperio romano. Se propagó la calumnia, y los idolátras en su credulidad, llamaban á los primeros cristianos *seres inútiles, ciudadanos peligrosos, faciosos, enemigos del Imperio y de los Emperadores* (3). En vano con sus escritos los apologistas del Cristianismo, y en vano los cristianos con su ejemplar conducta trataron de demostrar lo criminal y absurdo de tales calificativos, nadie se dignaba siquiera oírlos.

Su solo nombre les atraía una declaración de guerra; y los cristianos, por el mero hecho de serlo, que no por nin-

(1) *Nonne in primis adversarios quosdam nostrum, et postea hinc tributa iura Cesaris et libertatem in Christum dicitur. XXIII. P. 2. — Si hinc dimittis, non es amicus Cesaris: omnis enim qui se regem facit contra est Cesar. — Non haec homines regem nisi Christum dixerunt. XLV. P. 15. — Si autem abest, ut possint fieri exerebit postquam Eum a nostris reavererit accepit, ut ostendat existens dilectis viris in omnem terrarum orbem eos miserit, qui cum venissent huncmodi societatem quamdam impium et iniquam esse citatam esse a Joann quondam galileo seductore. (Dialog. cum Tryphano) — 3. Tertul. in Apolog. Minus Felix la Teodoro.*

guna otra causa, se velan puestos forzosamente en esta alternativa: la apostasía ó el martirio. Las mismas quejas y las mismas persecuciones, poco más ó menos, se renovaron contra ellos en los siglos posteriores, siempre que hubo gobiernos irracionalmente celosos de su poder é intencionadamente mal dispuestos contra la Iglesia. Siempre expusieron en público el pretexto de las supuestas invasiones de la Iglesia en la esfera del Estado, para suministrar al Estado apariencias de justicia en sus usurpaciones y violencias contra la Iglesia católica.

Hemos querido recordar en breves palabras el pasado para que el presente no desconcierte á los católicos. En substancia, la lucha es siempre la misma: Jesucristo expuesto siempre á las contradicciones del mundo; siempre los mismos recursos puestos en juego por los modernos enemigos del cristianismo, recursos viejísimos en el fondo y apenas modificados en la forma; pero siempre también los mismos medios de defensa, claramente indicados á los cristianos de la época actual por nuestros apologistas, nuestros doctores y nuestros mártires. Lo que hicieron ellos, eso es lo que á nuestra vez debemos hacer. Así, pues, proponemos sobre toda cosa la gloria de Dios y de su Iglesia, trabajemos por ella con verdadera y constante aplicación y dejemos el cuidado del éxito á Jesucristo que nos dice: *En el mundo tendréis tribulaciones; pero tened confianza: yo he vencido al mundo* (1).

Para llegar ahí (ya lo hemos dicho antes de ahora), es necesario una fortísima unión y si se quiere conseguirla, es indispensable dejar á un lado cualquier prejuicio capaz de debilitar su fuerza y su eficacia. Nos referimos principalmente á las divergencias políticas de los franceses en lo relativo á la conducta que deben observar con la república actual, cuestión que deseamos tratar con la claridad que su importancia exige, partiendo de los principios y descendiendo á las consecuencias prácticas.

Diversos gobiernos políticos se han sucedido en Francia durante el curso de la presente centuria, cada cual de ellos con su forma distintiva: imperios, monarquías y repúblicas. Limitándose á meras abstracciones se llegaría á definir cuál es la mejor entre estas formas de gobierno, en su mis-

(1) In mundo prostratum habebitis: sed confidite, ego vici mundum (Joan. XVI, 33).

mas consideradas; puede asimismo afirmarse con toda verdad que cualquiera de ellas es buena siempre que tienda rectamente á su fin, es decir, al bien común, para el cual fué instituída la autoridad social; y conviene añadir por último, que desde un punto de vista relativo, tal ó cual forma de gobierno puede ser preferible por adaptarse mejor al carácter y costumbres de tal ó cual pueblo. En este orden especulativo de ideas, los católicos como cualquier ciudadano, disfrutan de plena libertad para preferir una ú otra forma de gobierno, precisamente en virtud de no oponerse por sí misma ninguna de estas formas sociales á las exigencias de la sana razón ni á las máximas de la doctrina católica.

Lo cual basta para justificar plenamente la sabiduría de la Iglesia, que, en sus relaciones con los poderes políticos hace abstracción de las formas que diferencian á unos de otros al tratar con ellos los grandes intereses religiosos de los pueblos, concibiendo que debe ejercer la tutela de estos intereses sin consideración á ningún otro interés. En anteriores Encíclicas nuestras se exponían ya estos principios; mas sin embargo, era necesario recordarlos aquí al estudiar el asunto que ahora Nos ocupa.

Si de las meras abstracciones se desciende al terreno de los hechos, con sumo cuidado se ha de procurar no renegar de los principios que acaban de señalarse y que son inmutables, los cuales, por otra parte, al encarnarse en los hechos presentan un carácter de contingencia determinado por el medio que se verifica su aplicación. En estos términos si cada una de las formas es buena en sí misma y puede ser aplicada al gobierno de los pueblos, sin embargo, sucede de hecho, que no en todas las naciones se encuentra constituido el poder político en formas idénticas, sino que en cada una ostenta la suya propia. Esta forma particular procede del conjunto de circunstancias históricas ó nacionales, pero siempre humanas, que engendrán y hacen surgir en los pueblos sus leyes tradicionales y hasta fundamentales, y estas son las que determinan la forma particular de gobierno y la base de transmisión de su supremo poder.

Innecesario es traer á la memoria que todos los ciudadanos tienen el deber de aceptar tales formas de gobierno y no intentar nada para destruirlas ó modificarlas. De aquí procede el que la Iglesia, guardadora de la verdadera y más

elevarla noción de la soberanía política, puesto que la hace derivar del mismo Dios, siempre haya condenado las doctrinas y los hombres rebeldes á la autoridad legítima, y que les condenaba hasta en los tiempos en que los depositarios del poder político abusaban de este contra ella, privándose así tales gobiernos del más firme apoyo dado á su autoridad, y del medio más seguro de obtener para sus leyes la obediencia del pueblo.

Tratando de este asunto, nunca serán bastante meditadas las célebres enseñanzas que en medio de la persecución daba el Príncipe de los Apóstoles á los primeros cristianos: «Honrad á todos; amad la fraternidad; temed á Dios; respetad al Rey.» (1) y estas otras de San Pablo: «Recomiendo, pues, ante todo, que se hagan suplicas, oraciones, rogativas, acciones de gracias, por todos los hombres, por los Reyes y por todos los constituidos en alto puesto, á fin de que tengamos una vida quieta y tranquila en el ejercicio de toda piedad y honestidad; porque es una cosa buena á los ojos de Dios Salvador nuestro» (2).

Conviene observar cuidadosamente, al llegar á este punto, que, sea cual fuere en una nación la forma de los poderes civiles, de ningún modo puede considerarse esa forma tan definitiva que haya de permanecer inmutable, ni aun cuando así lo hubiese querido la voluntad de los que en su origen la determinaron. —Solo la Iglesia de Jesucristo, ha podido conservar y conservará hasta la consumación del tiempo, su forma de gobierno; porque fundada en aquel que *era*, que *es* y que *será* en los siglos (3) recibió de El, desde el origen cuanto le conviene para seguir su misión á través del movable océano de las cosas humanas. Y lejos de tener necesidad de trasformar su constitución esencial, hasta carece de facultad para renunciar á la libertad y soberanía independiente de que Jesucristo la proveyó en interés general de las almas.

Mas tratándose de sociedades puramente humanas, es un hecho cien veces consignado en la Historia, que el tiem-

(1) Omnes honorate: fratrum caritate diligite; Deum timeo; Regem honorificite, etc. II. Peter. II. 7. — Obsecro igitur primas omnium sed. observatione oraciones, postulationes, gratiarum actiones pro omnibus hominibus; pro regibus, et omnibus qui in sublimitate sunt: ut quietam et tranquillam vitam habeamus in omni pietate: et castitate: enim bonum est, et acceptum coram salvatore nostro. Deo (I. Timothy, II.) 2. — Et Jesus Christus heri, et hodie ipse et hodie a. (Hebr. XIII.) 7.

po, este gran transformador de todo lo terreno, obra profundísimos cambios en las instituciones políticas.

A veces se limita á producir alguna modificación en la forma del gobierno establecido; y á veces llega hasta á reemplazar las formas primitivas con otras absolutamente diversas, sin exceptuar siquiera el modo de trasmisión del poder soberano.

¿Cómo se verifican los cambios políticos que estamos hablando? Generalmente suelen ser resultado de crisis violentísimas, las más de ellas sangrientas, en las cuales parecen de hecho los gobiernos anteriores. Entonces todo queda entregado á la anarquía y no tarda el orden público en verse trastornado hasta en sus mismos fundamentos; de donde resulta una *necesidad social*, la de mirar por sí misma. ¿Cómo podría no tener en tal caso el derecho, más aún, la obligación de defenderse de un estado de cosas que tan hondamente la perturba, y de restaurar la paz pública en la tranquilidad y el orden? Pues esta *necesidad social* justifica el establecimiento de nuevos gobiernos, sean cualesquiera las formas que para ellos se adopten, puesto que, en la hipótesis de que estamos hablando, tales gobiernos nuevos, responden necesariamente á exigencias del orden público, el cual es imposible sin gobierno.

Siquiere de aquí que, en tales ocasiones, la novedad se reduce á la forma política, que adoptan los poderes civiles, ó al modo como se transmiten; mas de ninguna manera afecta al poder, considerado en sí mismo, el cual continúa siendo inmutable y digno de respeto, porque, considerado en su naturaleza, fué constituido y se hace necesario para proveer al bien común, objeto supremo que dió existencia á la humana sociedad. Lo diremos en otros términos: en cualquiera hipótesis, el poder civil, considerado como tal, es de Dios, y siempre es de El, porque no hay potestad que no provenga de Dios (1).

Por consiguiente, cuando se constituyen gobiernos nuevos que representan este poder inmutable, aceptarlos, no solamente es lícito, sino que lo exige y hasta lo impone la necesidad del bien social que les da vida y los mantiene; tanto más, cuanto mayor es el incremento que la insurrección comunica al odio entre los ciudadanos, odio que pro-

(1) Non est: cuius potestas, nisi a Deo (Ad Rom. XIII.) 1.

voca la guerra civil y puede sumir á la nación en el caos y la anarquía. Y esta estrecha obligación de respeto durará cuanto lo requiera las exigencias del bien común, puesto que después de Dios, el bien común es la primera y última ley de la sociedad.

De esta suerte se explica por sí misma la sabiduría con que procede la Iglesia al conservar relaciones con los numerosos gobiernos que en menos de un siglo ha tenido Francia, siempre con violentas y hondas conmociones. Semejante autoridad es la línea de conducta más segura y saludable para todos los franceses en sus relaciones civiles con la República, que es el gobierno actual de su patria. Aparten lejos de sí esas divergencias políticas que los dividen, y combinen todas sus energías á fin de conservar ó restaurar la grandeza moral de Francia.

Pero aquí se presenta una dificultad: «Esta República, observan algunos, se halla animada de sentimientos tan anticristianos, que ningún hombre recto, y mucho menos ningún católico, puede aceptarla en conciencia».

Véase aquí lo que principalmente ha dado ocasión á las discusiones y las ha agravado: Hubiéranse evitado todas estas lamentables divergencias si cuidadosamente se hubiera tenido en cuenta la diferencia que hay entre el *poder constituido* y la *legislación*. Hasta tal punto la legislación difiere de los poderes políticos y de sus formas, que bajo el régimen cuya forma es más excelente, la legislación puede ser detestable; y por el contrario, bajo el régimen de formas más imperfectas, puede hallarse una legislación excelente.

Fácilmente se demostraría todo esto con pruebas históricas, mas sería inútil, porque no hay nadie que no esté convencido de ello; ni nadie puede saberlo mejor que la Iglesia, que se esfuerza en conservar las habituales relaciones con poderes políticos de todas las formas. Y ciertamente, la Iglesia puede decir mejor que ninguna otra potestad qué consuelo ó qué dolores le han producido con frecuencia las leyes de los diversos gobiernos que sucesivamente han regido á las naciones desde el Imperio Romano hasta nuestros días.

Si es suma la importancia de la distinción que acaba de establecerse, también es manifiesta su razón. La legislación es obra de los hombres que están en posesión del poder, y que de hecho gobiernan á la nación.

De donde se deduce que, en la práctica, la bondad de las leyes depende de los gobernantes más que de la forma del gobierno constituido para ellos. Así, pues, esas leyes serán buenas ó malas, según sean buenos ó malos los principios que profesan los legisladores y según se dejen estos guiar por la prudencia política ó por la pasión.

Que desde hace muchos años varias disposiciones importantes de la legislación francesa obedecen á tendencias hostiles á la Religión y por consiguiente á la nación, es cosa que todos reconocen y que, por desgracia está demostrada con la realidad de los hechos. Obediente á nuestra sagrada obligación, Nos mismo enviamos sentidas quejas al que á la sazón desempeñaba la presidencia de la República. A Nuestro pesar, aquellas tendencias persistieron y el mal ha ido agravándose, de manera que nadie puede extrañarse de que el Episcopado francés, puesto por el Espíritu Santo para regir sus diferentes é ilustres Iglesias, recientemente se haya considerado en la obligación de manifestar públicamente la amargura que le produce la situación creada en Francia á la Religión católica, ¡Pobre Francia! Sólo Dios puede medir el abismo de males en que se hundiría, si, en vez de mejorar esta legislación persistiera en seguir el rumbo, en que los franceses acabarían por perder la Religión que les ha hecho tan grandes.

He aquí precisamente el terreno en que, prescindiendo de diferencias políticas, todos los buenos deben unirse como un sólo hombre para luchar, por todos los medios legales y honestos, contra los abusos, cada vez mayores, de la legislación. No lo impide el respeto que se debe á los poderes constituidos, respeto que no debe tenerse, y mucho menos ciega obediencia, á las leyes promulgadas, por esos mismos poderes. No ha de olvidarse que la ley es una prescripción ordenada según la razón y promulgada para el bien común por los que han recibido potestad para este objeto. Por consiguiente, nunca podrán aprobarse las disposiciones legislativas contrarias á Dios y á la Religión, sino que hay obligación de reprobarlas.

Esto es lo que el gran Obispo de Hipona, San Agustín, puso muy en claro con estas elocuentes razones. «Algunas veces las potestades son buenas y temen á Dios; otras veces no le temen. Juliano fué un Emperador infiel, fué apóstata, inicuo, idólatra; los soldados cristianos sirvieron al Emperador infiel, pero cuando se trataba de la

cáusa de Cristo no reconocian sino á Aquel que está en los Cielos. Cuando queria que adorasen los ídolos y les ofreciesen incienso, ponian á Dios sobre el Emperador; mas cuando les decía: *Formas, marchad contra tal ó cual nación!* obedecian inmediatamente. Distinguan al Señor Eterno del señor temporal, y sin embargo, aun al señor temporal estaban sujetos por consideración al Señor Eterno (1).

No ignoramos que, abusando de su razón, y más todavía de su voluntad, el ateo niega estos principios; pero el ateísmo es, en definitiva, un error tan monstruoso que nunca ha de conseguir, sea dicho en honor de la humanidad, destruir en la conciencia los derechos de Dios y substituirlo con la idolatría del Estado.

Definidos así los principios á que ha de ajustarse nuestra conducta con Dios y con los gobiernos humanos, nadie que sea imparcial podrá tildar á los católicos franceses porque, sin reparar en sacrificios ni fatigas, procuran conservar para su patria lo que constituye en ella una condición debida y resume innumerables y gloriosas tradiciones que registra su Historia y todo francés tiene obligación de no olvidar.

No queremos terminar las presentes letras, sin tocar otros dos puntos que se relacionan entre sí y que conexados íntimamente con los intereses religiosos han producido en el campo católico alguna división.

Es el uno el relativo al *Concordato* que durante tantos años ha facilitado en Francia la armonía entre el gobierno de la Iglesia y el Estado. Acerca de la conservación de este solemne pacto bilateral siempre cumplido con fidelidad por la Santa Sede, no están de acuerdo ni siquiera los mismos enemigos de la Religión católica. Los más violentos querrian abolirlo para que el Estado pudiese molestar más libremente á la Iglesia de Jesucristo. Por el contrario, otros, los más astutos quieren, ó por lo menos aseguran querer, la conservación del *Concordato*: no precisamente porque reconocan que el Estado debe cumplir los compro-

(1) Aliquando, potestates, deum mor, et tunc Dominum; alquando non tunc Dominum, sed tunc ex illius imperio, exiit apostata. Iniqua, idolatra, milita, caetera, servicum imperatorum infidelis, ubi venobatur ad canonem Ch. sed non recognoscens nisi illum qui in caelis erat. Si quando volebat, ut idola colerent, ut sacrificarent, perpelebant illi. Deum: et quando autem dicebat, deus hinc alius, de caetero illius potest, statim obtemperabant. Distinguebant Dominum imperatorem a domino temporali, et tamen subditi erant imperatori. Dominum ceterum otium domo temporali. (Boetius, in Psalm. CXXIV, m. 7, lin).

misos que subscribió, sino porque quieren que se aproveche de las concesiones que le otorgó la Iglesia, como si pudieran separarse caprichosamente los compromisos adquiridos y las concesiones obtenidas, cuando unos y otras son partes substanciales de un sólo y mismo todo. Para los que tal quieren, el *Concordato* vendria á ser una cadena que coartase la libertad de la Iglesia, esa santa libertad á que la Iglesia tiene divino e inalienable derecho.

¿Cuál de estas dos opiniones prevalecerá? Lo ignoramos. Si las hemos recordado aquí, es para recomendar á los católicos que no provoquen ningún rompimiento en un asunto cuya resolución solamente incumba á la Iglesia.

No usaremos de este mismo lenguaje al tratar del otro punto, que es relativo al principio de la separación de la Iglesia y el Estado, la cual equivale á separar la legislación humana de la legislación cristiana y divina. No queremos detenernos en demostrar ahora cuán absurda es la teoría de esta separación; nadie habrá que no lo comprenda por sí mismo. Desde el momento en que el Estado niega á Dios lo que es de Dios, por consecuencia necesaria niega á los ciudadanos aquello á que tienen derecho como hombres; porque quiérase ó no se quiera, los verdaderos derechos del hombre nacen precisamente de sus deberes para con Dios. De donde se sigue que el Estado, faltando bajo este aspecto al fin principal de su institución, tiende á renegar de sí mismo y á desmentir la razón de su propia existencia.

Hasta la voz de la razón natural proclama tan claramente estas verdades superiores, que se imponen á cualquiera á quien no ciega la violencia de la pasión. Por consiguiente, los católicos nunca se guardarán bastante de sostener semejante separación. Por fin, en efecto, querer que el Estado se separe de la Iglesia, sería por consecuencia lógica querer que la Iglesia se viera reducida á la libertad de vivir conforme al derecho común de todos los ciudadanos.

Cierto es que esta condición se da en algunas naciones en las cuales constituye una manera de ser que, si tiene muchos y graves inconvenientes, procura también algunas ventajas, sobre todo cuando ocurre que el legislador, por una feliz inconsecuencia, no deja de inspirarse en los principios cristianos; y estas ventajas, aún cuando no puede justificar el falso principio de la separación ni autorizan á

defenderlo, sin embargo hacen que sea digno de tolerancia un estado de cosas que, prácticamente, no es el peor de todos.

Pero en Francia, nación católica por sus tradiciones y por la ley actual de la gran mayoría de sus ciudadanos, no puede colocarse á la Iglesia en la precaria situación que tiene en otros pueblos. Y tanto menos licito es para los católicos preconizar semejante separación, cuanto mejor les consta, qué propósitos abrigan los que desean; los cuales, como ellos mismos lo dicen claramente, entienden que la separación significa la completa independencia de la legislación política respecto á la legislación religiosa; más todavía la absoluta indiferencia del poder secular en orden á los intereses de la sociedad cristiana, es decir, de la Iglesia, y por ende la negación hasta de su misma existencia.

Estos tales, hacen, sin embargo, una salvedad que se formula así: en cuanto la Iglesia, usando de los medios que el derecho común permite al último francés y multiplicando su actividad nativa, llegue á verse próspera, el Estado intervendrá y podrá y deberá declarar á los franceses fuera de la ley. Digámoslo en una palabra: el ideal de estos hombres consiste en retroceder al paganismo, y que el Estado no reconozca á la Iglesia sino cuando se le antoje perseguirla.

Ya queda explicado, Venerables Hermanos, por breve pero clara manera, los puntos en que los católicos franceses y todos los hombres sensatos han de unirse y establecer concordia para curar, enanto aun sea posible, los males que Francia padece, y hasta restaurar su grandeza moral. Estos puntos son la religión y la patria, los poderes políticos y la legislación; la conducta que ha de observarse con esos poderes y esa legislación, el Concordato y la separación de la Iglesia y del Estado.

Abrigamos la confianza de que estas aclaraciones sobre los puntos referidos disiparán los prejuicios de muchos hombres de buena fe y facilitarán la pacificación de los espíritus, y, por medio de esta pacificación, la unión perfecta de todos los católicos para defender la causa, de *Cristo que ama á los Francos*.

¡Cuánto consuelo procura á Nuestro corazón el estimularlos á que sigais por esta senda y contemplar cuan docilmente respondeis todos á Nuestro llamamiento! Vosotros,

Venerables Hermanos, con Vuestra autoridad y el ilustrado celo de la Iglesia y la Patria, que os distingue, concurrireis poderosamente á esta obra de pacificación. Nos complacemos en esperar que los que ejercen el poder civil sabrán apreciar Nuestras palabras, que tienen por objeto la prosperidad y la ventura de la nación francesa.

Entre tanto, y como prenda de Nuestro paternal afecto, os concedemos á Vosotros, Venerables Hermanos, á vuestro clero y á todos los católicos de Francia, la Apostólica Bendición.

Dado en Roma, en San Pedro, el día dieciséis de Febrero del año MDCCCXCII, décimocuarto de Nuestro Pontificado.

LEÓN PAPA XIII.



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO NACIONAL DE BIBLIOTECAS



EPISTOLA ENCYCLICA

Ad omnes Antistites et catholicos Galliae.

LEO PP. XIII

VENERABILES FRATRES

SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

UTER gravissimas, quas pro universa Ecclesia gerimus, sollicitudines, perveniit Nobis Pontificatus nostri tempore beneficium nostri Cordis effectum erga Galliam, eiusque generosum populum, etiam atque etiam testificari: Nosque in una ex nostris editis Encyclicis, cuius adhuc penes omnes memoris processus est, intimos animi nostri sensus hac super re solemniter exprimere volumus. Qui quidem potissimum animi affectus continenter intentos Nos tenuit, ut aliquam istius Nationis cum reverentia identidem rationem haberemus; ac praeterea factorum, quae sive tristitia, sive laeta pluribus abhinc annis inter vos istic evenerunt, seriem Nobiscum ipsi memoris repeteremus.

Serio intimiusque, etiam nunc, naturam considerantes illius conspersionis, quam perique istic late interunt, ut in Gallia Christianam Religionem omnino deleant; atque efferam animi contentionem, quae penum atque integrum consiliorum suorum effectum consequi adnituntur, vel primas ipsas libertatis et iustitiae notiones, pedibus proculcando, nullo respectu habito sive publicae opinionis, quam videlicet piraque Nationis pars profitatur sive sanctissimorum Iurum Catholicorum Ecclesiae, quis fieri potest, ut magno Nos haud afficiamur dolore? Cumque funesta horum iniquorum aggressuum, qui et morum et Religionis, imo etiam reipublicae, sapienter intellectae, ruinam minuantur, consecratis subinde prodire conspiciamus, qua ratione animi moerore, quibus obruimus, et mentis timores, quibus urgemur, verbis exprimere possimus?

Ceterum magno Nos consolatione recreatos persentimus, dum illum ipsum Gallicum populum, quo magis derelictos, immo potius hostiliter impositus cernitur, morem ac zelum erga S. Sedem dupliciter conspiciamus.

Saepe numero intimo Religiosis sensu, ac sincero in Patriam amorem permoti Viri praecclarissimi, Oratores Legati omnium Ordini-

num civilis Societatis huc ad Nos ex Gallia sponte accurrerunt, gravibus continuisque Ecclesiae necessitatibus subvenire gestientes, et Christianae Sapientiae documenta consilioque a Nobis efflagitare cupientes, ut tuto confidere possent, sese ab illius praeseptionibus, qui omnium Orthodoxorum Caput est, in publicis horum temporum calamitatibus constitutos, nunquam val hilum necessarios. Et Nos vicissim illis nostris sive voce, sive scripto, apertissime suggestimus, quid ab suo ipsorum Patre exposcere iura possent. Neque vero illos ad erimum despondendum adduximus; imò potius, ut in Catholicam Fidem sineque Patriae defensionem amorem niansque ingemarent, vehementer hortati sumus: quae quidem duo praecipua hominis officia eiusmodi sunt, ut illis dum vivit, sese subducere possit nemo.

Hodieque vero etiam, Nos opportunum, imo necessarium existimamus vocem denno extollere, instantius exhortandi causa, haud quidem Catholicos tantummodo, sed et omnes Gallos cives honestos ac sensatos, ut omnium politicarum dissensionum germen eradicare et ab se longe expellere studeant, quo vires omnes ad Patriae pacem stabilendam unico couferre possint. Huius pacis pretium omnes agnoscent; haec in dies magis omnes summis votis expetunt, exposcent. Nos vero, qui eam omnium maxime exoptamus, quoniam illius in terris personam gerimus, qui Deus pacis est, Nos, inquam, per haec Litera, omnes quotquot istic sunt, honestos prohosque cives, et generoso corde praeditos, compellamus ad Nos obsecrandos, ut eadem stabilis ac secunda reddatur.

In primis ut commune principium et fundamentum orationis, veritatem satis notam assumamus; cui quippe sanae mentis homines profecto adspiciuntur, namque elata voce omnium populorum historiae proclamant; nimirum Religionem, et quidem solam Religionem, socialia vinculum statuere posse verae ac perfectae paci, in quavis natione super solidis fundamentis stabilendae conservandaeque sufficere.

Si quando aliquot familiae, quin domesticae Societatis iuribus officialique nuncium remittant, ipsa natura duce, ita sese forte consinguerunt, ut alterius emphorici Societatis, quae civilis Societas nuncupatur, se membra constituant, earum procul dubio scopus ac finis est, non modo administranda quaeerere quibus, ad materiale ipsarum bonum consequendum perveniri possit; sed praesertim bonum maximum curare, quod est moralis civium perfectio. Secus enim societas isthaec, quavis animarum ratione carentium complexu, quorum universa vita in sensualium instinctuum satisfactione consistit, parum profecto adflecteretur.

Praesertim sine huius morales perfectionis provehendae studio, difficile demonstrari poterit, civilem societatem homini, qui homo est, quamvis fortasse inutilem, haudquaquam tamen perniciosam fore.

Iam vero moralis perfectio in homine, ob haec ipsam causam, quod eiusdem hominis inter se dissimili iura simul et officia conciliare debet; quoniam ipsa in omnes humanos actus, uti quoddam

elementum, ingreditur, necessario Deum exigit, et cum illo Religionem, illud videlicet sacrum vinculum, cuius singulare privilegium est, ante omne aliud morale vinculum hominem Deo coniungere:—Enimvero moralitatis idea primum secum, fert quendam dependentiae ordinem quoad *cerum*, quod est animae lumen; et quoad *Bonum*, quod est finis voluntatis: sine *Verbo*, sine *Bono*—nihil morale est hoc nomine dignum.

Quaenam igitur est principalis atque essentialis veritas, ex qua omnia veritas derivatur? Deus est, iterum: quaenam igitur est suprema Bonitas, unde omne aliud bonum procedit? Deus est. Denique, quis est humanae rationis ac voluntatis, et nostri ipsorum quidquid sumus, Creator et Conservator, quemadmodum est etiam vitae nostrae finis ultimus? *Profecto Deus*.—Quoniam igitur Religio illius obsequii, quo Deo nos iustitiae nomine subicere debemus, interna atque externa expressio est gravissima exinde veritas consequitur, videlicet: Omnes cives ut legitimum in sua Natione verae Religionis sensum sacrum tectumque servant, atque, si opus fuerit, strenue defendant, ad esse mutuo consociandos obligari: si quando ex gr. aliqua secta aliter contrariis naturae atque historiae protestationibus despectis, Deum ab Societate expellere admittatur, certissime fore confidens, ut quam primum in infimo humanae conscientiae sinu omnis moralitatis sensus extinguatur.

Hac super re inter homines, qui honestatis notionem nequaquam amiserint, nullum esse post dissidium, in Catholicis autem Gallicis religiosus isto sensus profundior adhuc atque universalior procul dubio esse debet, ipsi enim ad veram Religionem pertinendi honore fruuntur, Profecto si, quaevis ea sit, Religionis dogmata tanquam bases in humanarum actionum honestate definienda, et in cuiusvis bono ordinatae Societatis constitutione perficienda semper et ubique adhiberentur, omnino evidens est, Catholicam Religionem, hanc ipsam ob causam, quod vera Religio est Christi Iesu, efficaciam praeter ceteris omnibus possidere, quae ad vitam sive in quolibet civium, sive in universa hominum Societate iuxta rectae rationis normam apprime dirigendam, necessario requiritur. Cuius rei aliquando splendidum exemplum opus est: Id ipsamet Gallia nobis suppeditat. Nam quo magis ipsa Christiana Religione proficiebat eo magis ad illud gloriae fastigium, quo tandem pervenit, pedetentim progredi cernebatur; ad summam videlicet domi bellicae potentiae. Nimirum naturaliter eiusdem magnanimitate christiana charitatis uberem novae vis fontem addidit: mirabilis eius egendi elacritas illico veluti quoddam gloriae calcar, dirigens lumen atque constantia communium naeta est, christianam scilicet Fidem, quae Galliae manus in humani generis annalibus adeo gloriosas paginas exaravit. Et hodie eius Fides nonne praeteritis Galliae ineluctis gestis nova inelucte gesta aditico pergit? Ingentio atque animi vi inexhausta in communi Patriae solo charitatis opera in dies multiplicare conspiciuntur: omnium admiratione in distitas barbarasque regiones proficisci identidem

cernitur, ubi serè proprio, et Evangelii praeeconom suorum laboribus imò etiam proprio profuso sanguine, Galliae illustre nomen, et Catholicæ Religionis beneficia uno eodemque tempore assidue propagat.

Hiscæ præclaris decoribus nuntium remitters quaecumque coetæroquim sint privatae singulorum opinionis, Gallorum profecto audebit namo: hoc enim idem esset, ac Patriam curare.

Iam vero populi cuiuslibet historiae ineluctabili ratione demonstrat, quodnam elementum sit, quo eiusdem populi magno iudicio civilis generatur, conservatur, atque perficitur. Hoc vero si quando illum deficiat tum nec auri uberior copia, neque armorum vis eundem populum a morali ocase, ac fortasse etiam ab extrema ruina salvare poterit. Quis autem in praesenti non intelligit, hanc omnium Galliarum, qui Catholicam Religionem profitentur, potissimam esse debere sollicitudinem curamque, ut eandem arctam tectam teneantur; idque eo maiori pietatis ardore, quo magis inter ipsos eadem christiana Religio perduellium Sectarum acerrimum agnitione esse omnino implacabile odium sentire cogitur? In hac palaestra nec segnitium in agendo, nec partium divisionem sibi unquam permittore licet: quarum prior ignaviam Christiano homine indignam argueret; altera vero satis fucatae imbecillitatis causa foret.

Atque hic, antequam ulterius progrediamur, calumniam meminisse juvet: valerrime ab adversariis in vulgum sparsam, ut odiosa imputationibus contra Catholicos atque in ipsam S. Sedem per ipsos delatis, fidem concipiant. Asseritur ergo, verum scopum vimque actionis Catholicis per Nos suggestae in statu Fidei defensionem tanquam occultum praecipuumque motorem haudquaquam Religionis defensionem re ipsa habere, sed ambitum potius civilem dominationem super laicum Principatum in Ecclesiam conferendi. Id quidem est satis vetustam calumniam iterum excire: eius enim inventio primis ipsius Christianae Religionis adversariis iure tribuitur. Enimvero nonne fuit eadem ab initio contra adorabilem Redemptoris nostri Personam inlicitè concinnata? Profecto, insinulabatur enim Ipse, sive quando animas suo praedicatione illuminabat, sive quando corporalibus, aut spiritalibus aegrotum languoribus divinae suae bonitatis thesauris medebatur, ob politicas rationes id agere, ut illic invenimus subvertentem gentem nostram, et profubentem tributa videri Caesari, ut dicentem se Christum Regem esse: esse (Luc. XII. 2). «Si hunc dimittis, non es amicus Caesaris: omnis enim qui se Regem facit, contradicit Caesari:... Non habemus Regem nisi Caesarem» (Io. XIX. 12-15).

Hæc calumniae admissam fuerunt, minis committæ, quae mortis sententiam a Pilato in Eum, quem ille plus semel innocenter declaraverat, tandem extorserunt. Auctores vero huius mendacii, aliorumque eiusdem generis, nihil omiserunt ut ea longe lateque per suos emissarios propagarent: quemadmodum S. Iustinus Martyr hoc idem sui temporis Iudaicis exprobat: «Tantum adest ut poenitentiam egeritis, postquam Eum a mortuis resurrexisse accepistis, ut

vetiam... eximils delectis viris, in omnem terrarum orbem eos miseris, qui recuñrent, haeresim et sectam quamdam impiam sei iniquam existitiam esse a Iesu quodam galilaeo seductores. Dial. cum Triph.

Christianam Religionem adeo audecter infamantes eius adversarii, quid ipsi facerent optime noverant: in nimirum sibi assequendum proposuerunt, formidandam contra eam adversarium, Romanum videlicet Imperium, concitare. Columnia suo itinere progressa fuit: Atque Paganis, horum sibi oblatibus temere fidem habentes, primos Christianos—homines inutiles, periculosos cives, seditiosos, Imperii atque Imperatoris inimicos—certatim appellabant. (Tert. in Apolog. Mir. Fel. in Oct.)

Frustra Christianae Religionis Apologistae suis scriptis, frustra Christiani praecleari sui vivendi ratione ad demonstrandum quam absurdae ac sceleratae essent huiusmodi insimulationes incubuerunt; neque illis, neque huic Paganis sive oculis, sive animis intendere dignabentur. Vel ipsum Christianam nomen isdem erat lamquam belli denunciatio; et Christiani hanc unam ob causam, quod Christiani essent, inter alterutrum se artissime constitutos conspiciebant; ut apostasiam soligere deberent, aut martyrium. Eodem quaerente, idemque rigores sequentibus saeculis plus minus renovati sunt, quoties supremi Principes proprii Imperii nimis zelotypi, et malevolo in Ecclesiam animo effecti forte occurrerunt.

Isti quovis tempore profecto probe noverant, et in publicum edere, uti probabiles damnationis eussis, confictos Ecclesiae aggressus in laicum Principatum, ut huic saltem iuris speciem ad usurpationem conficiendam, vimque Christianae Ecclesiae inferendam suppeditarent.

Nos ad huiusmodi praeteritis factis raptim recensenda officio compulsi fuimus, ne Catholici animo deficiant in praesenti, neque perturbentur. Colligunt quidem quoad rei essentiam eodem semper actu semper Iesus Christus positus: in ipsam contradictionis hominum: semper eadem adminicula ab hodiernis Christianae Religionis hostibus adhibita; adminicula profecto vetera quoad substantiam, et quoad formam rix immutata: sed profecto etiam semper eadem defensionis rationes a nostris sive Apologistis, sive Doctoribus, sive Martyribus perscrutae indicatae.

Quod illi fecerunt, nobis itidem faciendum apprime est. Igitur ceteris rebus omnibus Dei atque eius Ecclesiae gloriam praeposimus: pro eadem constanti atque efficaci animi contentione laboremus; curamque successus Christo Domino relinquimus, qui nobis dicit: in mundo pressuram habebitis, sed confidite, Ego vici mundum—(Io. XVI, 33).

Ut illuc pertingemus, quod quidem Nos iam ante monuimus, arcta animorum coniunctio necessaria est: ac si eo nos pervenire cupimus, cuiusvis propriae opinionis studium deponere opus est, quod communis actionis vim atque efficaciam minuire possit. Hic

vero Nos ad civiles Gallorum disensiones super agendi ratione in praesenti Republico statu adhibenda conciliatis alludere praecipue volumus: quaeestio profecto haec est, quam Nos ea perspicuitate, quam rei ipsius gravitas exigit, pertractare desideramus: a principis certis statuendis rordiantes ad practica exinde consuetaria deducendo progrediemur.

Praesaeque ac variae civiles Dominationis hoc ipso saeculo sibi invicem istis successerunt, atque unaquaeque eum, qua a ceteris plane distinguitur, formam habet: Imperium, Monarchia, Republica, seu Democratia. In abstractis cogitationibus nos sistendo, ad definiendum, quaeenam ex illis formis, in se ipsis desideratis, optima sit, fortasse pervenimus; potest item verissime affirmari unamquamque eorum bonam esse dummodo ad proprium finem, scilicet ad bonum commune propter quod socialis auctoritas constituta est, recto dirigatur.

Denique adiciere convenit, ex iisdem formis, si quidem haec inter se conferantur, hanc aut illam civilem Dominationis formam sub aliquo aspectu ceteris praeferrí posse; ut quae huic aut illius nationis indoli ac moribus maxime omnium congruit. In hoc abstractarum idearum ordine Catholici, quemadmodum cives omnes, ex pluribus civilis regiminis formis unam alteri praeferrí plana atque integra libertate fruuntur, hanc nimirum ob causam, quod nulla eorum, per se spectata, nec rectae rationis dictis, neque Christianae Religionis dogmatibus adversetur. Atque id profecto satis est ad plene comprobendam laude dignam Ecclesiae sapientiam, dum in se cum quolibet civili Principatu exteris relationibus neutiquam formarum rationem habet, quibus idem Principatus involcum distinguntur, ut maximi momenti populorum negotia ad Religionem spectantia libere pertinet; quam sciat, se suo ipsius munere ad eandem praeceteris, quae eorumdem populorum interesse possunt, tenenda obligari.

Nos huiusmodi principia in nostris praecedentibus Encyclicis iam exposuimus; necesse tamen erat eadem iterum in memoriam revocare ad ampliorum huius rei, quae Nos hodieque maxime prope distinguimus, declarationem.

Si vero ab abstractis ad facta expandenda descendimus, opus est sedulo cavere, ne principia haec statuta shnegentur. Illa quidem in motu constantur: at tamen quando eadem facta evadunt characterem praeserunt rei cuiuspiam usu contingentis atque variabilis, quae ab ipsa determinatur, unde eorumdem Principiorum applicatio producta fuit: seu aliter: etsi unaquaeque civilis Gubernii forma per se bona est, et supremo populorum Ragimini optari potest; reipsa tamen penes omnes populos civilis Potestas non nisi sua unica forma occurrat; quisque utique suam propriam possidet. Forme isthaec ex historiarum, vel nationalium, semper nihilominus ad homines pertinentium, adiunctorum complexu exorta fuit: quae quidem adiuncta in unaquaque natione ipsius Legis in posteros transmittendis, ac fundamenti loco habendis, originem dederunt: ac per eadem, haec

aut illa specialis forma civilis Regiminis definita reperitur; hoc videlicet fundamentum transmittendae supremae cuiuslibet potestatis in posterum.

Inutile hic monere ducimus, singulos cives ad haec ita constituta Regimina subeunda obligari ubique pertinandum, ut eadem pervertant, aut eorundem formam immutent. Ex quo factum est, ut Ecclesiae, quae una in terris maxime omnium veram atque sublimem civis potestatis notitiam depositi loco custodit, quoniam omnem potestatem a Deo derivari docet, rebellos homines legitimam auctoritatem detrectantes continenter reprobarit. Idque eodem etiam ipso tempore, quo Reges ac Principes potestate sibi tradita abutebantur, orbantes sese hinc ob causam Praesidio omnium validissimo ad suam auctoritatem luicendam ipsis tributo, atque omnino maxime efficaci adminiculo ad obtinendam in Imperii leges populorum observantiam, Nunquam profecto satis omnino perpenderentur apprime cogit, haec super se b. Petri Apostoli praecipula, quae Ipse, in mediis paganorum insectationibus, primis illi Christianis per Epistolos dabat: «Omnes honorate: fraternitatem diligite: Deum timete: Regem honorificate» (I. Petr. II. 17.).

Tum etiam Apostoli Pauli praecipula: «Observo igitur primum omnium fieri obsecrationes, orationes, postulationes, gratiarum actiones, pro omnibus hominibus; pro Regibus; et pro omnibus, qui in sublimitate sunt, quietam et tranquillam vitam agamus in omni epistate et castitate, hoc enim bonum est, et acceptum coram Salvatore nostro Deo».—I. Timoth. II. 1. et seqq.—

Attamen hic sedulo animadvertere oportet, quaecumque sit in quolibet natione civilis Regiminis forma, nequaquam eandem tamquam ita definitivam habendam esse, ut immutabilia persistere perpetuo debeat, etsi forte haec fuerit eorum intentio ac voluntas, qui ab initio illam determinarunt. Sola quidem Ecclesia Christi Iesu sui Regiminis formam conservare hactenus potuit, ac procul dubio eandem usque ad temporum consummationem conservabit. Ab eo quippe fundata, qui est *heri et hodie, et erit in saecula* (Heb. XII. 8.) ab eodem in ipsa sui origine, omnia, quae ad divinae suae missionis opus per instabilem hanc rerum humanarum Oceanum rite exsequendum necessaria sunt, abunde recepit.

Tantum vero adest ut ipsi Ecclesiae essentiali sui Regiminis constitutionem transformare opus sit, ut nec potestatem quidem habeat conditiones abdicandi verae libertatis ac supremae autonomiae, quae tam divinae Prudentiae communis boni causa communit.

Quod autem ad Societates mere humanas attinet, est factum saeculis historicis documentis comprobatum, tempus, hanc insignem rerum terrestrium transformationem, in civilibus illarum institutionibus gravissimas immutationes identidem effecere. Interdum quidem Regiminis formam aliquantulum tantummodo immutat; alias vero eo progreditur, ut prioribus formis aboletis, novas, easque omnino

diversas, substituunt; immo etiam quandoque ipsum transmittendae in successores supremae potestatis modum immutat.

Quomodo autem istae immutationes, de quibus loquimur, rei publicae contingunt? Haec aliquando violentis auctoris Nationis crisisibus, nimis frequenter sanguinolentis, succedunt; in quarum seculo praecedentia Regimina evanescent: tum vero ecce Anarchia, quae iam ibi dominatur: statim publicus civitatis ordo ab imis usque fundamentis subversus est. Tunc quaedam socialis necessitas Nationi imponitur: ipsa sibi cogitur sine mora consulere.

Cur, inquam, ius illi non erit, imo potius officium: ab huiusmodi rerum statu, qui eam adeo graviter perturbat, sese subtrahendi; potestatem publicam in pristinam ordinis tranquillitatem restituendi? Imvero ista socialis necessitas novi Regiminis constitutionem atque existentiam iustam comprobat, quamlibet ea demum formam assumat quoniam in hypotesi, in qua versamur, haec nova Regimina ordini publico restituendo interim necessario requiruntur, quam nullus ordo publicus sine aliquo civili Regimine consistere nequeat.

Exinde consequitur, universam rei novitatem, in huiusmodi eventibus, politica civilis Regiminis statuenda forma, vel eiusdem Regiminis in successores transmittendi immutata ratione conterminari: at vero nullo modo Regimen ipsum per se spectatum attingere. Istud profecto immotum atque observantia dignum esse pergit: namque idem si intus in ipsa sui natura inspicitur, communi bono, quod ratio suprema est, unde humana Societas suam originem ducit, consulendi causa statutum est atque imponitur. Aliis idem verbis: in quolibet hypotesi civilis potestas, ut talis considerata, a Deo est, ac semper et ubique non nisi a Deo.—Non enim est potestas, scribit Apostolus, nisi a Deo.—(Rom. XIII. 1.)

Quapropter cum nova Regimina, quae hanc immutabilem potestatem representant, ipsa constituta sunt eadem cives sponte subire non modo non velantur: verum etiam ab communis boni necessitate, cuius causa exorta sunt et persistent, omnino liberentur. Praesertim vero quum populorum rebellio eorum inter cives acuta, civilis bella excitat, Nationisque ipsam in Anarchiam chaos delicare possit. Hoc autem magnum observantiae et submissionis officium eatenus perseverabit, quatenus id communis boni necessitas exiget; quod quidem publicum bonum apud Deum, et in humana Societate prima atque ultima lex est.

Propterea satis superque omnibus ipsa se probat Ecclesiae sapientia in tendis, cum plurisque Principibus, qui centum abhinc minus annis, nonnumquam tamen sine violentis gravibusque rei publicae concessibus, sibi invicem in Gallia subinde successerunt, mutis rebellionibus. Cunctis Galliae populis ista agendi ratio, qua tamen se ergo Republicam, quod est praesens suae ipsorum Nationis Regimen, in civilibus quidem rebus gerere debeant, plane est omnium tutissima ac saluberrima. Longe igitur ab ipsis abest politicae quaecumque dissensiones, quae eos in diversas partes distrahant: omnes imo

potius suos conatus una coniungere atque conferre debent, ut suae Patriae decus, amplitudinemque aut conservent, aut iterum erigant, extollant.

At vero difficultas hic sese obicit: «Ista Respublica, (Nobis, aggeritur) adeo infenso animo a Christianis quibusque insitutis abhorret ut honesti quique homines, ac multo magis Catholici, eidem se subicere, salvo conscientiarum non possent. — En videlicet prae ceteris causis, quod civilibus discessionibus originem praebuit, eosque acutus exasperavit. Huiusmodi saepe molesta atque inopportuna opinionum diversitas facile evitari potuisset, si scilicet ac prudenter habitis fuisset eius praegrandis discriminis ratio, quod inter Regimen civile iam constitutum, et Legislationem intercedit. Siquidem Legislatio ab ipso civili Regimine, eiusque forma, quaevis ea sit, adeo differt, ut sub Regimine, cuius forma vel maxime omnium forte praecellens sit, Legislatio detestabilis esse possit; contra sub Regimine, cuius forma maxime omnium imperfecta sit, quandoque possit optima Legislatio haberi. Haec veritatem historicis documentis comprobare facile admodum esset; sed hoc ad quod bonum obtinendum Omnes enim haec de re statim persuasi sunt. E quis vero melius quam Ecclesia id scire potest, quae statiles relationes cum omnibus civilibus Principibus quovis tempore habere consuevit? Profecto ea magis, quam ulli Principes ac Reges, dicere noverit, quod ipsi sibi consolationem, aut dolorem attulerit, legesque quorumcumque Dominatum, qui ab Romano Imperio ad nos usque populos vicissim moderati sunt.

Si per Nos nuper alia distinctio eligenda esse momenti videatur, sed vero etiam sui rationem manifestam habet. Legislatio enim eorum hominum opus est, qui civis potestate praediti, et Nationem quamplurimam recte gubernant. Inde consequitur, in praxi, legum quietatem magis ab insitumodi hominum morali conditione, quam ab ipsa civili Regiminis forma derivari. Haec igitur leges erant sive bonae, sive malae prout Legislatores bonis aut pravis sensibus imbuti fuerint, ac sano sive civili prudentia, sive immoderatis animi affectionibus dirigi siverint.

In Gallia vero, pluribus alibi annis, civiles quaedam magni momenti leges contra Religionem, ac proinde contra ipsam communio Nationis bonum, infesto animo laesae prodise omnes fatentur; idemque, per summum infortunium, factorum evidentia comprobatur. Nos ipsi sacro, quo fingimur, muneri obsequentes, graves vias quoque querelas Et, qui tum supremam Reipublicae administrationem gerebat, haud semel admovimus. Sed nihilominus in ira et Religionis odio perseveratum est: malum proinde gravius evasit; ut nemo mirari debeat, Galliae Episcopos, quos Spiritus Sanctus variis istis atque illastibus Ecclesiae singulim regendis destinavit, Ministerii sui munus esse, et quidem recens, existimasse, dolorem suum ob novam conditionem apprimere aenuniosam, quam fidem supremi Reipublicae Administratores Ecclesiae catholicae in Gallia creaverunt,

palam facere. Nae Gallia infelix. Solus Deus profundam malorum abyssum, quo illa mergenda erit, permitti potest, si isthaec Legislatio, potius quam melior fiat, in incepta ab iustitia tramite aberratione persistet; quam quidem ad evellendam penitus ex Gallorum animo et corde Religionem, unde hi inter ceteros populos adeo magni effecti, sunt, procul dubio perveniet.

En examussim palaestras solum, ubi prohi quique homines, omnibus politis dissonantiis amandatis, ad oppugnanos quibus libet legitimis honestisque nominibus, exterminandoque huiusmodi in dies magis exorescentes civis Legislationis abusus, sese una acris sime coniungere debent. Nec vero reverentia constituti potestibus debita id interdiciere possent. Haec enim nec observantiam nec (multo minus) obedientiam nullis limitibus definitam, quibuslibet Legalibus (ut aiunt) praescriptionibus, per ipsam constitutum Regimen editis, exhibendam tanquam debitam exigere potest, atque imponere.

Nos quae in oblivionem abeat: Lax est praescriptio iuxta rationem ob commune bonum, ab his, qui huius rei gratia potestatis munus acceperunt, facta ac promulgata. Ee propter neutquam Legem ferentis potestatis actus, quique hi sint, approbari poterunt, qui Religionem Deoque adversentur; imo contra omnino reprobandi sunt. Id profecto est, quod magnus Hipponeus Episcopus Augustinus his veris eloquentissime debarbat: «Aliquando... Potestates bonae sunt, et timent Deum; aliquando non timent Deum. Iulianus exitit infidelis Imperator, exitit apostata, iniquus, idololater: milites Christiani servierunt Imperatori infideli: ubi veniebat ad causam Christi, non agnoscebant nisi illum qui in Coelis erat. Si quando volebat, ut fida colerent, ut thurificarent, praeponebant illi Deum; quando autem dicebat; producite aenim, ite contra illam gentem, statim obtemperabant. Distinguebant Dominum aeternum a domino temporali, et tamen subditi erant, propter Dominum aeternum, etiam domino temporali» (Barrot. in Ps. CXXIV. n. 7. fo.).

Nos equidem novimus, Athenam quaeque deplorabili suae rationis, ac magis etiam suae voluntatis, abusu haec principia denegare, sed eum vero Atheismus adeo turpis error est, ut idem quod in humanitatis laudem dictum sit divini laesae conscientiam abolere, atque civile Principatum idololatriam suffloro nunquam possit.

Quam principia, quae nostram sive erga Deum, sive erga humanam potestatem, agendi rationem moderari debent, adeo defaite sint, nemo hominum a studio partium alienus poterit Catholicos Gallos insimulare, quod hi nec laboribus, neque aerumnis quibuslibet perterendis parcentes, id Patrum suae conservare conentur, quod eorum absoluta conditio salutis est; quod omnia Maiorum gesta per historiam ad nos usque transmissa, summum complectitur; quod deique oblivioni unquam dare Gallis omnino non licet.

Antequam hisce nostris literis finem imponamus, duo alia ista, quae haecenus disputavimus, acrite connexa; quaeque cum ipsamet Religionis commoda rationesque proprias attingant, aliquam opinio-

num discrepantiam inter Catholicos istis excitare fortasse poterunt breviter commemorare Nobis placeat. Quorum prius est quod *Concordatum* appellat quod quidem concordiam inter ecclesiasticam civilemque Potestatem tot annis in Gallia faciliorem reddidit. Utrum vero iatod de publicis rebus ad Ecclesiam pertinentibus solemne mutuumque Pactum, ab S. Sede quovis tempora fideliter observatum, ab Gallico etiam Regimine pariter observatum fuerit, ipsimet catholice à Religiosis adversarii non conveniunt. Horum quidam auctiores Pacti eiusdem abolitionem vellunt, ut ita civili Regimine libera Christi Iesu Ecclesiam exagrandi potestas fiat.

Contra vero quidam, aut, maiori caliginate praediti, vellunt, aut saltem se velle ostendunt, illius Pacti conservationem; non ideo tamen quia in civili Potestate officiorum agnoscent subscriptis conditionibus macerandi moremque gerendi; sed antea ut civili eidem Regimini beneficiis in ipsum ab Ecclesia collata frui liceat; quasi vero per se quisque susceptas obligationes ab obtentis beneficiis pro suo libito seivgere possit; quam haec duo ita in vicem, connexa sint, ut quid unum necessario constituant.

Per ipsos igitur *Concordatum*, quod vocant, aliud in posterum profecto non erit, nisi catena, qua Ecclesiae libertas, cuius ipsa divinitus, quod abalienari non potest, ius habet, misere compeditur.

Horum opinio uno utraque praevalebit. Nos equidem ignoramus; sed ideo tantummodo eandem huc afferre volumus Catholicos monendi causa, ne haec super re dissensiones provocent, cuius quidem tractatio se defunctio ad S. Sedem omnino pertinet.

Non item eandem loquendi rationem, de altera adversariorum opinione dissonantes, adhibebimus; qui tamquam solidum civiles Regiminis fundamentum hoc videlicet principium statuunt. — Civilem Principatum ab Ecclesia atque hanc vicissim ab illo seivgendam esse. —

Hoc quippe idem esset, ac civilem legum ferendarum potestatem a christiana divinaeque separare.

Nos quidem hic in huiusmodi principii absurditate demonstranda distinguere atque immorari nolumus, quisque per se id facile intelliget. Quoniam vero civilis Principatus Deo, quae Dei sunt, dare recusat, necessaria consecutione, id etiam Civibus, quod ipsis, qualenus homines sunt, iure debetur, praestare detrectat. Nam velint nolint adversarii, vera hominis iura ex eius erga Deum officia exarumissim exoriantur. Exinde consequitur, civilem Principatum hac in re deficientem, praecipuum, ob quem institutus fuit, scopum destruere, ac supremam propriae existentiae rationem quodammodo abnegare.

Haec nimirum, quae super enunciavimus, veritates adeo evidentiter ab ipsa hominis ratione proclamantur, ut ab omnibus, qui immoderatis animi affectionibus non obsecantur, consensum vel invitum extorqueant.

Quae propter Catholicos ea solertis, qua nunquam satis, ab huiusmodi separatione admittenda promovendaque caveant. Profecto

civilem Principatum velle ab Ecclesia seivngi, idem est ac velle fidem enim natura ex inde consequitur), Ecclesiam ad ea solummodo libertate vivendum adigi, quae omnibus Civibus communis est. Ista quidem vitae conditio quibusdam in regionibus reapse Ecclesiae contingit. Ea tamen vivendi ratio, quamvis innumeris, illisque gravibus, scateat incommodis; siquid nihilominus praesertim emolumentum, praesertim vero cum Legislator, felici se manifesta inter legem latam et Legislatorem ipsum discrepantia et contradictione, christiani sensibus imbutum se prodit et christiane gubernat. Haec eum emolumenta etiam ipsum separationis peragendae principium per se falsum atque iniustum, verum ac iustum efficere nequeant, neque eiusdem proluendi cupiam trahunt potestatem, tolerabilem tamen reddunt huiusmodi rerum conditionem, quae quidem, in praxi omnium pessima profecto non est.

At vero in Gallia, quae catholica natio est ob eius vetustam a Maioribus traditam fidem, quam maior Galliae pars in praesens proficitur, Ecclesia in ista precaria vitae conditione, quam apud nonnullos alios populos subire cogitur, collocari omnino non debet. Catholicis autem eo minus hanc separationem promovere liceat; quo melius adversariorum, qui eandem expetunt, mentem voluntatemque erunt. Hae postremis (idque ipsimet adversarii satis manifeste fatentur), eiusmodi separatio idem est, ac plena et integra politicae Legislationis ab ecclesiastica Legislatione et potestate emancipatio; imo etiam, quod ad Christianae societatis, seu Ecclesiae, commodam, iura atque neque pertinet, absolutus contemptus; atque ipsa demum propriae sua civilis existentiae abnegatio.

Hi nihilominus exceptionem quaedam hinc verbis conceptam statuunt: Si quando Ecclesia civili libertate et legum praesidio, quibus omnibus vel micimis Galliae civibus communi iure frui permittitur, abutens, duplicata activitate ipsius propria, prosperos operae suae successus dare sataget; illico civile ipsum per se Galliae Regimen adveniens, seseque immittens, poterit atque omnino debebit omnes Catholicos Gallos ab ipso iure communi extorres declarare. Quae quidem omnia ut uno verbo complectamur, supremis horum hominum finis, atque animi votum, esset Societatis humanae, si fieri posset, ad Gentilitatem reditus; Ecclesiam civilis Dominatus agnoscere renuit, nisi forte cum eadem illum exigitare placuerit.

Nos, Venerabiles Fratres, breviter quidem, sed tamen dilucide, si non omnia, at saltem praecipua capita explanavimus, circa quae catholici Galli, imo omnes sano iudicio praesidi, voluntatum coniunctioni atque concordiae sedulo studere debent, ut quod adhuc possibile est, malis quibus Gallia affligatur, siquid remedium afferant, eiusque decus amplitudinemque denuo relevent.

Haec autem capita sunt. — Religio et Patria; civilis Potestas et Legislatio; debita agendi ratio erga eandem Potestatem, eandemque Legislationem; *Concordatum*, quod vocant; civilis Principatus et Ecclesiae mutua separatio. — Nos equidem in spem adducimur, per

horum capitum declarationem plenamque bonae fidei hominum falsas opiniones discedentis esse, facilioremque redditum iri animorum concordiam, ac per ipsam, perfectam omnium istis catholicorum unanimitatem ad pugnam pro Christo, qui Gallos diligit.

Quae nam cordis nostri consolatio, Venerabiles Fratres, cum Vobis ad hanc viam arripiendam animos addimus, Vosque huic nostrae invitationi docili mente respondere conspiciamus! Vos, Venerabiles Fratres, vestra auctoritate, vestroque, quo pro Ecclesia ac Patria proae ceteris, flagrare videremus, adeo illustri zelo, huic extimo operi conciliandae pacis valdum subsidium perteretis.

Nos item sperare volumus fore ut qui civili potestate praefugent, haec nostra verba magno favore velint, quae Galliae prosperitatem felicitatemque unice spectant.

Interim paternae nostrae in Galliam dilectionis pignus, Vobis, Venerabiles Fratres, vestroque Clero, atque omnibus Catholicis, qui sunt in Gallia, Apostolicam benedictionem libenter impertimus.

Datum Romae die XVI Februarii anno MDCCCXII Pontificatus nostri XIV.

LEO PAPA XIII



EPÍSTOLA ENCÍCLICA DEL SANTÍSIMO ROSARIO LEON P. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

SEMPRE que se Nos presenta ocasión de excitar y aumentar en el pueblo cristiano el amor y el culto de la augusta Madre de Dios, Nos sentimos lleno de contento y felicidad, no solamente por la excelencia y la múltiple fecundidad del asunto en sí mismo, sino porque responde dulcemente a los sentimientos más íntimos de Nuestro corazón. En efecto, la devoción a María Santísima, devoción que, por decirlo así, Nos recibimos con la leche que mamamos, ha ido creciendo y arraigándose en Nuestra alma a medida de la edad, según íbamos viendo más claramente cuán digna de amor y veneración es Aquella á quien el mismo Dios amó y prefiere desde el principio sobre todas las criaturas, y á quien, enriqueciéndola con señaladísimos privilegios, escogió para Madre suya. Las muchísimas y espléndidas pruebas de generosa bondad con que Nos ha favorecido, y que no podemos recordar sin que los ojos se Nos llenen de lágrimas de gratitud, son nuevos y poderosos estímulos para mantenernos fiel á tal devoción. Porque en las muchas, varias y difíciles circunstancias de nuestra vida recurrimos siempre á la Santísima Virgen, á ella volvemos amorosamente Nuestros ojos, y, desahogando en su corazón temores y esperanzas, la hemos pedido siempre que se digne asistirnos piadosa como madre, y nos alcance la gracia de que podamos corresponder á su amor con un verdadero cariño filial. Elevado más tarde, por inescrutable designio de la Providencia, á esta Sede del bienaventurado Apóstol San Pedro, es decir, á representar en la Iglesia la Persona misma de Jesu-Cristo, movido por la

horum capitum declarationem plenamque bonae fidei hominum falsas opiniones discedentis esse, facilioremque redditum iri animorum concordiam, ac per ipsam, perfectam omnium istis catholicorum unanimitatem ad pugnam pro Christo, qui Gallos diligit.

Quae nam cordis nostri consolatio, Venerabiles Fratres, cum Vobis ad hanc viam arripiendam animos addimus, Vosque huic nostrae invitationi docili mente respondere conspiciamus! Vos, Venerabiles Fratres, vestra auctoritate, vestroque, quo pro Ecclesia ac Patria proae ceteris, flagrare videremus, adeo illustri zelo, huic extimo operi conciliandae pacis valdum subsidium perteretis.

Nos item sperare volumus fore ut qui civili potestate praefugent, haec nostra verba magno favore velint, quae Galliae prosperitatem felicitatemque unice spectant.

Interim paternae nostrae in Galliam dilectionis pignus, Vobis, Venerabiles Fratres, vestroque Clero, atque omnibus Catholicis, qui sunt in Gallia, Apostolicam benedictionem libenter impertimus.

Datum Romae die XVI Februarii anno MDCCCXII Pontificatus nostri XIV.

LEO PAPA XIII



EPÍSTOLA ENCÍCLICA DEL SANTÍSIMO ROSARIO LEON P. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

SEMPRE que se Nos presenta ocasión de excitar y aumentar en el pueblo cristiano el amor y el culto de la augusta Madre de Dios, Nos sentimos lleno de contento y felicidad, no solamente por la excelencia y la múltiple fecundidad del asunto en sí mismo, sino porque responde dulcemente a los sentimientos más íntimos de Nuestro corazón. En efecto, la devoción a María Santísima, devoción que, por decirlo así, Nos recibimos con la leche que mamamos, ha ido creciendo y arraigándose en Nuestra alma a medida de la edad, según íbamos viendo más claramente cuán digna de amor y veneración es Aquella a quien el mismo Dios amó y prefirió desde el principio sobre todas las criaturas, y a quien, enriqueciéndola con señaladísimos privilegios, escogió para Madre suya. Las muchísimas y espléndidas pruebas de generosa bondad con que Nos ha favorecido, y que no podemos recordar sin que los ojos se Nos llenen de lágrimas de gratitud, son nuevos y poderosos estímulos para mantenernos fiel a tal devoción. Porque en las muchas, varias y difíciles circunstancias de nuestra vida recurrimos siempre a la Santísima Virgen, a ella volvemos amorosamente Nuestros ojos, y, desahogando en su corazón temores y esperanzas, la hemos pedido siempre que se digne asistirnos piadosa como madre, y nos alcance la gracia de que podamos corresponder a su amor con un verdadero cariño filial. Elevado más tarde, por inescrutable designio de la Providencia, a esta Sede del bienaventurado Apóstol San Pedro, es decir, a representar en la Iglesia la Persona misma de Jesu-Cristo, movido por la

inmensa pesadumbre del cargo y desconfiando de Nos mismo con afecto más intenso aún, buscamos el divino auxilio en la maternal protección de la Santísima Virgen. Y—bien se alegra Nuestra alma al publicarlo!—Nuestra esperanza, como en otro tiempo, pero más especialmente en el desempeño del supremo Apostolado, ni fué vana, ni estéril.

Asíes que ahora, bajo los auspicios y por la mediación de la Virgen, esta misma esperanza se levanta más confiada y ardorosa para obtener por su intercesión mayores bendiciones y gracias que produzcan dichosamente la salud de la cristiana familia, juntamente con la mayor gloria de la Santa Iglesia. Oportuno es, por consiguiente, Venerables Hermanos, que renovando por vuestro medio Nuestros consejos, excitemos á todos Nuestros Hijos, á fin de que el próximo mes de Octubre, consagrado á nuestra Reina y Señora del Rosario, se celebre por todos con el aumento de fervor que exigea las necesidades, cada vez más apremiantes y angustiosas.

Sábido es de todos por qué abundancia y variedad de medios corruptores la malicia del siglo se esfuerza arderamente en disminuir y, si pudiera, destruir enteramente en las almas la fe cristiana y el respeto de la ley divina, que alimenta y hace fructifera á la fe de tal modo, que podría decirse que el soplo de la ignorancia, del error y de la corrupción se extiende injusto por doquier, esterilizando y desolando el campo evangélico. Y lo más triste de todo es que, esa tan pernicioso y desvergonzada audacia, en vez de ser reprimida y castigada por quienes pueden y tienen estrecha obligación de hacerlo, encuentra en ellos indiferencia y hasta protección para proseguir su obra devastadora.

Siguiese de aquí cuán justamente hay que lamentar que deliberadamente se arroja á Dios de las escuelas públicas, cuando en ellas no se vé blasfemado, y que se dé impúdica licencia para imprimir y decir cuanto se quiera en afrenta de Cristo y la Iglesia Católica. Ni hay menos motivo para deplorar el abandono y la falta con que se va mirando por muchos la práctica de los deberes cristianos, lo cual, si no es franca apostasía, es, en realidad, una inclinación hacia ella, por lo mismo que la común norma de vida cada vez va apartándose más de los preceptos de la fe. No es, pues, maravilla que con tanta ruina y perversión las naciones giman bajo la diestra justicia del Señor y tiemblen conternadas ante el temor de mayores desventuras.

Para aplacar á la ofendida Majestad Divina y poner el oportuno remedio á los males que lamentamos, no hay, seguramente, medio más adecuado que la ferviente y perseverante oración, siempre que vaya unida, por supuesto, á la celosa práctica de la vida cristiana, para conseguir todo lo cual estimamos singularmente oportuno el Santo Rosario, cuya eficacia claramente se vé en tanta sea en su conocido origen, hermosa página de la historia que muchas veces os hemos recordado.

Cuando la secta de los albigenses, llena de aparente celo por la integridad de la fe y la pureza de las costumbres, las escarameaba públicamente y en muchas comarcas labraba la perdición de los fieles, la Iglesia combatió contra todas las torpísimas formas de aquel error sin más armas ni otras fuerzas que las del Santo Rosario, cuya institución y predicación fué inspirada al glorioso patriarca Santo Domingo por la Santísima Virgen. Por tal medio la Iglesia salió victoriosa, y como en aquella tempestad la Iglesia ha podido después, con triunfos siempre espléndidos, proveer al bien común. Pero en las circunstancias actuales, circunstancias que lamentan todos los buenos, que son tan tristes para la Religión y tan nocivas para la sociedad, conviene de un modo especialísimo que, unidos todos en concordia de pensamiento y acción, supliquemos é instemos á la Virgen Santísima por medio del Santo Rosario á fin de experimentar en nosotros mismos sus potentísimos efectos.

Recurrir á María Santísima es recurrir á la Madre de la Misericordia, dispuesta de tal modo en nuestro favor que cualesquiera que sean nuestras necesidades y, especialmente las del alma, movida por su misma caridad y aún adelantándose á nuestras suplicas, nos socorre siempre y siempre nos infunde los tesoros de aquella gracia con que desde el principio la adornó Dios para que fuera digna Madre suya. Entre todas las demás, esta especialísima prerrogativa es la que coloca á la Santísima Virgen encima de todos los hombres y de todos los ángeles; y la que la acerca á Dios. *Gran cosa es en cualquier santo que tenga tanta gracia que baste para la salvación de muchos; pero cuando tuviese tanta que bastase para la de todos los hombres, esto constituiría máxima virtud, como fué en Cristo, y en la Virgen María (1).*

(1) Santo Tomás, opusculo VIII supra s. lecta angelica.

Así, pues, cada vez que la saludamos con la salutación angélica, y repitiéndola, tejemos en honor de la Virgen una devota corona, verdaderamente no se puede decir cuán grato es á sus ojos nuestro obsequio. Con aquel saludo la recordamos su exaltación sublime y el principio de nuestra salud en la encarnación del Verbo, y al mismo tiempo su divina é indisoluble unión con las alegrías y dolores y con las humillaciones y los triunfos de su Hijo Jesús en el gobierno y la santificación de las almas. Que si en su inmensa bondad quiso Él parecerse tanto á los hombres que se llamó y se presentó como hijo del hombre, y por consiguiente, hermano nuestro, y á fin de que brillara más su misericordia, debió en todo asemejarse á sus hermanos para ser misericordioso (1); del mismo modo la Virgen Santísima, que fué elegida para ser Madre de Nuestro Señor Jesu-Cristo, que es Nuestro hermano, tuvo entre todas las madres la misión singularísima de manifestarnos y derramar sobre nosotros su misericordia. De aquí se sigue que, así como somos deudores á Cristo de habernos comunicado en cierto modo su propio derecho para llamar padre á Dios y tenerle por tal, también le somos deudores de habernos comunicado benignamente el derecho de llamar madre á María Santísima y de tenerla por tal. La misma naturaleza ha hecho dulcísimo este nombre y ha señalado á la madre como tipo y modelo del amor previsor y tierno; pero aunque la lengua no acertó á expresarlo, las almas piadosas experimentan y saben lo que esa ardiente llama de caridad es en María, nuestra Madre, no según la naturaleza, sino por Jesu-Cristo.

María conoce todos nuestros negocios, sabe los auxilios que necesitamos, ve los peligros públicos ó particulares que nos amenazan, y los trabajos que nos afligen; pero singularmente descubre los terribles enemigos con quienes tenemos que luchar para la salvación de nuestras almas. Y en todas estas pruebas y peligros, cualesquiera que sean, María puede eficazmente, y desea ardentemente, venir en auxilio de sus amados hijos, por lo cual hemos de acudir á María alegres y confiados, invocando esos lazos maternales que la unen á Jesús y á nosotros. Invoquemos su socorro humilde y devotamente, valiéndonos de la oración que ella misma nos ha enseñado, y que tan agradable la es, y abandonémonos

(1) San Pablo á los Hebreos, 11. 17.

con corazón gozoso y confiado en los brazos de nuestra mejor Madre.

A las ventajas que procura el Rosario en virtud de la misma oración que lo compone, se añade otra, ciertamente bien noble, que consiste en el facilísimo medio que proporciona de enseñar las principales verdades de nuestra santa fe. Por la fe se acerca directa y seguramente el hombre á Dios y aprende á reconocer con el corazón y el entendimiento la unidad y la majestad inmensa de su naturaleza, y su universal dominio, y lo sumo de su saber, poder y providencia, por cuanto el que se llega á Dios debe creer que Dios existe y que es remunerador de los que le buscan (1). Mas desde que el Verbo se hizo carne y se nos mostró visiblemente via, verdad y vida, es necesario que nuestra fe abrace también los altos misterios de la augustísima Trinidad de las Personas y del Unigénito del Padre, hecho hombre: *La vida eterna consiste en conocerle á Ti, solo Dios verdadero, y á Jesu-Cristo, á quien Tú enviaste* (2). Inestimable beneficio de Dios es esta fe, por la cual no solamente somos levantados sobre todas las cosas humanas para ser como espectadores y partícipes de la naturaleza divina, sino que además constituye para nosotros un preciosísimo mérito para la vida eterna; tanto es así, que alimenta y fortifica á la par nuestra esperanza de llegar algún día á contemplar sin velos y gozar sin límites la esencia de la infinita bondad, que ahora apenas podemos entrever y amar en la pálida semejanza de las cosas creadas.

Pero son tales y tantos los cuidados y distracciones de la vida que, sin el frecuente auxilio de las enseñanzas, el cristiano desmiente fácilmente las grandes verdades que más debía conocer, verdades que la ignorancia va oscureciendo cuando no es que destruye totalmente la fe. En su maternal vigilancia, la Santa Iglesia no omite medio á fin de preservar á sus hijos de ignorancia tan funesta, y ciertamente no es el último entre los que recomienda, la práctica del rezo del Santo Rosario. Porque se une en el Santo Rosario, á la hermosísima y fructuosa oración ordenadamente repetida, la enunciaci6n y consideraci6n de los principales misterios de nuestra Religión. Así es, en verdad. Primero nos recuerda los que se refieren al Verbo, hecho hombre por nosotros y á María, Virgen inmaculada y madre, que con santa ale-

(1) A los Hebreos, XI. 6.—(2) San Juan, XVI. 3.

gria desempeña con Él los oficios maternos; luego los dolerosos de nuestro Señor, sus tormentos, su agonía, su muerte, precio infinito de nuestro rescate; finalmente los misterios de gloria: el triunfo sobre la muerte, la Ascensión al cielo, la venida del Espíritu-Santo, con más la glorificación admirable de nuestra Señora y, con la Madre y el Hijo, la gloria inmarcesible de todos los santos.

Esta serie de inefables misterios se trae diariamente á la memoria de los fieles y como que quedan manifiestos ante sus mismos ojos, por donde rezando bien el Santo Rosario se experimenta dentro del alma una suyaísima unción, como si oyéramos la voz misma de nuestra tierna Madre celestial que amorosamente Nos instruyese en los divinos misterios y Nos dirigiera por el camino de la salvación. No hay exageración en afirmar que no debe temerse que la ignorancia y el error destruyan la fe en las comarcas, las familias y las naciones donde la práctica de rezar el Santo Rosario se mantenga en el primitivo honor.

No es menos recomendable y preciosa otra ventaja que la Iglesia quiere cuidadosamente procurar á sus hijos con el Rosario, á saber, el más esmerado celo en conformar su vida á la norma de costumbres trazada en el Santo Evangelio. En efecto: si es cierto, como todos lo creen fiados en la divina palabra, que *la fe sin obras está muerta* (1), puesto que la fe vive de la caridad y ésta es fecunda en buenas obras, de nada servirá al cristiano para alcanzar la vida eterna el tener fe si no obra cristianamente. *¿De qué servirá, hermanos míos, el que uno diga tener fe, si no tiene obras? ¿Por ventura, á este tal la fe podrá salvarle?* (2). Antes bien ha de decirse que en el tribunal de Dios este género de cristianos son más culpables que los infelices que ignoran la fe, porque estos tales, como carecen de la luz del Evangelio, no viven como aquéllos, contradiciendo sus creencias con sus obras, y su ignorancia les hace, en algún modo, excusables ó menos culpados. Así, pues, para que á la fe que profesamos correspondan copia abundante de frutos, en los mismos misterios que va contemplando la mente ha de inflamarse la voluntad para obrar virtuosamente.

La obra de la Redención consumada por nuestro Señor Jesucristo, ¡cómo resplandece maravillosamente fertil en hermosísimos ejemplos! Por exceso de caridad hacia los

(1) Ep. cat. de Santiago, II, 3.—(2) Ib., II, 14.

hombres, Dios, desde su omnipotente grandeza, se humilla á la ínfima condición humana, vive entre los hombres como uno de ellos, les habla como amigo, enseña á los individuos y las multitudes y les instruye en todos los órdenes de la justicia, dejando trasparente en la excelencia de su magisterio el esplendor de su autoridad divina: á todos se acerca benéfico; compasivo como padre; cura á los que sufren de los males del cuerpo, y más todavía les remedia los del alma, y llama amorosamente á los oprimidos y atribulados, diciéndoles: *Venid á Mi todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que Yo os aliviare* (1). Y cuando nos estrecha sobre su Corazón y descansamos en él, nos infunde aquel místico fuego que le trajo del cielo á la tierra, nos comunica piadoso la mauséumbre y humildad que en Él atesora, para que gocen nuestras almas de aquella paz celestial que sólo El puede y quiere darnos: *Aprended de Mi, que soy manso y humilde de corazón, y hallareis el reposo para vuestras almas* (2).

Con tanta luz de celestial sabiduría, con tan gran número de beneficios como venía á hacer á los hombres, no solamente no consigue su amor, sino se atrae el odio, la injusticia y la crueldad humanas, y, derramada toda su Sacratísima Sangre, espira clarado en una cruz, aceptando gustoso la muerte para dar vida á los hombres.—Al recordar memorias tan tiernas no es posible que el cristiano no se sienta hondamente conmovido de gratitud hacia su amantísimo Redentor; y el ardor de la fe, si ésta es como debe ser, que ilustra el entendimiento del hombre y le toca en el corazón, le excitará á seguir sus huellas hasta prorrumpir en aquella protesta tan digna de un San Pablo: *¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿Será la tribulación? ¿la angustia? ¿el hambre? ¿la desnudez? ¿el riesgo? ¿la persecución? ¿la espada?* (3). *Yo vivo, ó más bien no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí* (4).

Para que la humana flaqueza no se acobarde con los altísimos ejemplos del Hombre-Dios, á la vez que los misterios del Hijo se nos ofrece la contemplación de los de su Santísima Madre, que aunque nacida de la regia estirpe de David, nada la queda del esplendor y riquezas de sus mayores. Vive ignorada en humilde ciudad, y en casa más hu-

(1) San Mateo, XI, 28.—(2) San Mateo, XI, 29.—(3) Romanos, VIII, 35.—(4) Gálatas II, 20.

milde todavía, contenta con su pobreza y soledad, en que su alma puede más libremente elevarse á Dios, su amor y suma delicia. Pero el Señor es con ella y la llena y hace dichosa con su gracia; y de ella, á quien se lo anuncia el celestial mensajero, deberá nacer en carne humana por obra del Espíritu Santo, el esperado Redentor de las gentes. A tanta exaltación, cuanto mayor es su asombro y más engrandece el poder y la sabiduría del Señor, tanto más profundamente se humilla, recogiendo dentro de sí misma, y mientras queda hecha Madre de Dios, ante Él se confiesa y ofrece por devotísima esclava suya. Como lo ofreció santamente con pronta generosidad, comienza aquella comunidad de vida que deberá perpetuarse con su divino Hijo, así en los días de gozo como en los de dolor; y alcanzará de este modo gloria tan subida que ningún hombre ni ningún ángel le aventajarán nunca, porque ninguno se le comparará en la virtud y los méritos. Será Reina del cielo y de la tierra, de los ángeles y de los hombres, porque será Reina de los mártires. Se sentará en la celestial Jerusalén al lado de su Hijo, ya que constante en toda la vida y singularmente en el Calvario, hebera con Jesús el el amarguísimo cáliz de la Pasión.—Ved, pues, cómo la Bondad y la Providencia divinas nos muestran en María el modelo de todas las virtudes, formando expresamente para nosotros; y al contemplarla y considerar sus virtudes, ya no nos sentimos cegados por el esplendor de la infinita majestad, sino que, animados por la identidad de naturaleza, nos esforzamos con más confianza á la imitación.

Si implorando su socorro nos entregamos por completo á esta imitación, posible nos será reproducir en nosotros mismos algunos rasgos de tan gran virtud y perfección, y, copiando siquiera aquella su completa y admirable resignación con la voluntad divina, podremos seguirla por el camino del cielo. Al cielo peregrinamos, y por áspero y lleno de tribulaciones que el camino sea, no dejemos, en las molestias y fatigas, de tender suplicantes nuestras manos hacia María y de decirle con palabras de la Iglesia: *A ti suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas... Vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos... Danos una vida pura; abrenos seguro camino, para que veamos á Jesús nos alegremos eternamente* (1). Y María, que aunque no lo ha expe-

(1) Sagrada liturgia.

rimentado, conoce bien la debilidad de nuestra corrompida naturaleza, y que es la mejor de las madres, pronta y benévola se moverá á socorrernos, confortándonos y alentándonos con su virtud. Y si seguimos constantemente el camino que se regó con la sangre de Jesús y las lágrimas de su bendita Madre con seguridad y sin grandes trabajos llegaremos á participar también de su inmarcesible gloria.

Así, pues, el Rosario de nuestra Señora, en el cual se hallan eficaz y admirablemente reunidos una excelente forma de oración, un precioso medio de conservar la fe, y ejemplos insignes de perfección y virtud, merece, por todos conceptos, que los cristianos lo tengan frecuentemente en la mano y lo recen y mediten. Y de un modo especialísimo, recomendamos la práctica de esta manera de orar á los individuos de la Asociación Universal de la Sagrada Familia, á la cual Asociación recientemente hemos alabado y dado en forma regular Nuestra aprobación. Si el misterio de la vida de silencio y obscuridad de nuestro Señor en la casa de Nazaret constituye la razón de ser de esa Asociación, en la cual las familias cristianas se aplican con todo celo á imitar los ejemplos de aquella Sagrada Familia, divinamente constituida, también es verdad que la Sagrada Familia está íntimamente relacionada con los misterios del Rosario, principalmente con los gozosos, todos los cuales se condensan en el hecho de que, después de haber manifestado su sabiduría en el templo, Jesús «fue con María y José á Nazaret, y allí vivió sometido á ellos», preparando en cierto modo los otros misterios que más tarde habian de referirse á la divina enseñanza y la redención de los hombres. Los asociados de la *Sagrada Familia* deben considerar cuan propio es de ellos ser devotos del Rosario, y aún sus propagadores.

Por Nuestra parte, mantenemos y confirmamos los favores é Indulgencias concedidos en años anteriores á los que cumplen regularmente, durante el mes de Octubre, las condiciones prescritas sobre este particular, y esperamos mucho. Venerables Hermanos, de vuestra autoridad y celo para que se seculite, siquiera en las naciones católicas, una santa emulación de piedad para tributar á nuestra Señora, que es auxilio de los cristianos, el devoto culto del Rosario.

Para terminar esta exhortación como la hemos empezado, queremos declarar nueva y más expresamente todavía

los afectos de devoción y confiada gratitud que experimentamos hacia nuestra Señora la Madre de Dios. Pedimos al pueblo cristiano que al pie de los altares de María Santísima ruegue por la Iglesia, tan combatida y probada en estos tiempos de desorden, y también por Nos, que nos hallamos en edad tan avanzada, abrumado de trabajos, en lucha con todo género de dificultades, y que sin contar con ningún socorro humano dirigimos el timón de la nave de la Iglesia. Nuestra confianza en María, en esta tan benigna y amorosa Madre, diariamente se acrece con la experiencia y Nos llena de júbilo. A su intercesión debemos los numerosos é insígnis beneficios que hemos recibido del Señor; á ella atribuimos también, en la efusión de Nuestra gratitud, el favor que Nos ha alcanzado de llegar al año quincuagésimo de Nuestra consagración episcopal. Porque es muy grande tal favor, como lo han de ver cuantos consideren el largo espacio de tiempo que Nos llevamos en el ministerio pastoral, agitado por gravísimos cuidados, y muy principalmente desde que gobernamos toda la grey cristiana. Durante todo este tiempo, conforme lo exige la condición de la vida humana y se observa en los misterios de la vida de nuestro Señor y de su Santísima Madre, no Nos han faltado motivos de júbilo, ni tampoco de dolor. Unos y otros, sometiéndonos agradecidos en todo á la voluntad del Señor, hemos procurado que redundasen en bien y decoro de la Iglesia. Y puesto que lo que Nos resta de vida no diferirá de lo que ya hemos vivido, si brillasen para Nos nuevas glorias, ó si Nos entrificieran nuevos dolores, ó si algún nuevo destello de gloria se añadiera á Nuestro Pontificado, todo lo aceptaremos con igual espíritu y los mismos afectos, y con la mirada y el corazón puestos en Dios, esperando únicamente de El el premio de la celestial recompensa, Nos gozaremos en repetir aquellas davidicas palabras: *Sea bendito el nombre del Señor... No á nosotros, Señor, no á nosotros, sino á tu Nombre, da toda la gloria* (1). A decir verdad, de Nuestros hijos, cuya piedad y benevolencia Nos es bien conocida, más que alabanzas y fiestas, esperamos singularmente solemnes acciones de gracias á la soberana bondad del Señor, y súplicas y oraciones por Nos, y Nos sentiremos felices si alcanzan que tanto como Nos quede de fuerzas y vida y haya en Nos autoridad y

(1) Salmos CXLII, 2, y CXLIII, 2.

gracia, otro tanto resulte en bienes para la Iglesia, y sobre todo la vuelta y reconciliación de los enemigos y los extraviados, á quien Nuestra voz está llamando hace tanto tiempo.

Que nuestra fiesta jubilar, si es que el Señor Nos concede llegar á ella, sea ocasión para todos Nuestros amadimos Hijos de recoger abundantes frutos de justicia, de paz, de prosperidad, de santificación, y de todo bien, que es lo que suplicamos á Dios en Nuestro paternal afecto, y lo que decimos con sus propias palabras: *Escuchadme vosotros, que sois prosapia de Dios, y brotad como rosales plantados junto á las corrientes de las aguas. Esparcid vuestros olores como el Libano. Floreced como azucenas; despedid fragancia y echad graciosas ramas, y entonad cánticos de alabanza y bendecid al Señor en sus obras. Engrandeced su Nombre y alabadle con la voz de vuestros labios, y con cánticos vuestra lengua, y al son de las cítaras... Con todo el corazón y á boca llena, alabad á una y bendecid el Nombre del Señor* (1).

Dignese Dios benigno, por mediación de la Santísima Reina del Rosario, perdonar á los impíos, que se ríen de lo que ignoran, si se burlasen de estos consejos y deseos. Y vosotros, Venerables Hermanos, en prenda del favor divino y testimonio de Nuestra especial benevolencia, recibid la Bendición Apostólica, que amorosamente en el Señor os concedemos á vosotros y á vuestro Clero y pueblo.

Dado en Roma, en San Pedro, el día VIII de Septiembre del año MDCCCXCII, décimoquinto de Nuestro Pontificado.

LEÓN PAPA XIII.

praesto sit semper, atque de thesauro largiatur illius gratiae qua inde ab initio donata est plena copia a Deo, digna ut eius mater existeret. Haec scilicet gratiae copia, quae in multis Virginis laudibus est praeclearissima, longe ipsa cunctis hominum et angelorum ordinibus antecellit, Christo ipsa omnium proxima; *Magnam enim est in quolibet sanctio, quando habet tantum de gratia quod sufficit ad salutem multorum; sed, quando habet tantum, quod sufficeret ad salutem omnium hominum de mundo, hoc esset maximum; et hoc est in Christo et in Beata Virgine* (1). Ei nos igitur, quam gratia plenam angelico praeconio solutamus, eandemque iteratam laudem in coronas rite connectimus, dici vix potest quam gratum optatumque fecerimus: toties enim a nobis memoria quae excitatur tum dignitatis eius excelsae, tum initiae a Deo per ipsam humani generis redemptionis; unde etiam commemorata pendet divina et perpetua necessitudo, quae ipsa cum Christi gaudia et doloribus, opprobriis et triumphis tenetur in regenda hominibus iuvandisque ad aeterna. Quod si Christo benignissime placuit tantam nostri praesferre similitudinem; sequi hominis filium atque adeo fratrem nostrum dicere et praebere, quo festalior sua in nos misericordia patesceret, *Debit per onatio fratris similari, ut misericors fieret* (2); Mariae non auster, ex eo quod Christi Domini eiusdemque fratris nostri electa est mater hoc supra matres omnes singulare iudicium est, ut misericordiam nobis praeferret effunderet suam. Id praeterea si debemus Christo quod nobiscum ius sibi praeferat quodammodo communicavit, Deum vocandi patrem, eidem similiter debemus communicatum amantissimae ius, Mariam vocandi et libendi matrem. Quando autem natura ipsa nomen matris fecit dulcissimum, in eoque exemplar quasi statui amoris teneri et providentiae, lingua quidem haud satis eloqui potest, at probe sentiant pium animi, quanta in Maria insideat benevolentis actuosaeque caritatis flamma, in ea nimirum, quae nobis, non humanitas, sed a Christo est mater. Atque multo illa magis nostra omnia habet cognita et perspecta; quibus ad vitam indigemus praesidiis, qua impendant publice privatum pericula, quibus in angustiis in malis venemur, quam in primis sit acri cum scerrimis hostibus de salute animae dimicatio: in his autem aliisve asperitatibus vitae, multo ipsa potest largius, et vehementius exoptat, solatium, robur, auxilia omne genus carissimis filii affere. Itaque ad Mariam non imide, non remisse adeamus, per illa obscrescentes materna vincula, quibus cum Iesu itemque nobiscum coniunctissima est; praesentem eius opem quo precitionis modo significavit ipsa et praecceptum habet, religiosissima invocemus: tum erit merito in tutela optimae matris securis laetisque animis conquiescendum.

Ad hanc Rossarii commendationem ex precatione ipsa profectam, accedit un in eodem insit facili quidem usus, ad summa fidei christianae capita suadenda animis et inculcanda: quae quidem alia est

(1) S. Th. op. VIII super salut. angelicae.—(2) Hebr. II, 17.

nobilissima commendatio.—Est enim maxime ex fide quod homo recte certique gradus facit ad Deum, eiusque unius maiestatem immensam, imperium in omnia, summam potentiam, aspersionem, providentiam discit merito et animo reverenti. *Credere enim oportet accedentem ad Deum quia est, et inquirentibus se remunerator sit* (1). Quoniam porro aeternus Dei Filius humanitatem suscepit, praeiustitque nobis et adest velut via, veritas, vita, idcirco fides nostra praeterea compendatur necesse est Trinitatis divinarum personarum augustae et Unigenitae Patris hominis facit alta mysteria: *Haec est vita aeterna, ut cognoscant te, solum Deum verum, et quem misisti Iesum Christum* (2). Per magno quidem beneficio donavit nos Deus, quum fide hac sancta donavit: cuius munere non solum supra humana erigimur, tamquam speculatores effecti et consortes divinae naturae, sed habemus hoc amplius causam praesentis meriti ad praemia caelestia; proptereaque spes nostra alicui et confirmatur, fore aliquando ut Deum, non iam per adumbratas rerum imagines, sed aperto in lumine contingeret intueri ipsam ipsoque frui ultimo bono perceptum. At vero christianus homo tam variis distinctur vitae curis tamque evagatur facile ad levia, ut, nisi crebra admonitio succurrat, quae maxima et per necessaria sunt oblivione lenta deducat, ob easque causam eius obliquescat atque etiam intercidat fides. Quae nimis magna ignorantiae pericula et a filijs suis Ecclesiae prohibent, nulla sane vigilantiae diligentiaeque praetermittit consilia neque ultimum est filii adiumentum quod ex mariali Rosario petere consuevit. Quippe in eo, cum pulcherrima fructuosaque praeco certo ordine continuata, resoluenda succedunt et contemplanda praecipua religionis nostrae mysteria: illa primum quibus *Verbum caro factum est*, et Maria, virgo integra et mater, materna illi officio sancto cum gaudio praestitit; tum Christi dolentis angustias, cruciatus, supplicium, quorum pretio salus generis nostri percola, tum eundem plena gloriae mysteria, et de morte trium plus, et ascensus in caelum et demissus inde divinus Spiritus, atque Mariae sideribus receptae splendida claritudo; denique cum gloria Matris et Filii consociata caelorum omnium gloria sempiterna.—Haec rerum plura admirabilium contextu series in fidelium mentes frequenter assidueque revocatur, et fere in conspectu explicata proponitur: id quod Rosarium sanctae et lentibus aspergit animos nova semper quidam pietatis dulcedine, perinde efficiens et movens quasi vocem ipsam exciperent indulgentissimae Matris, eadem aperientis mysteria multaque salutariter alloquens.—Quae non id nimis affirmatum videbitur, quibus et locus et finis et gestibus honorem christinum marialis Rosarii consuetudo retineat, nullam ibi iacturam fidei ab ignorantia pestiferisque erroribus metuendam.

Sed alia non minus praestitit, quam Ecclesiae filijs suis magnopere a Rosario quaerit, utilitas; ea est, ut ad fidei sanctae normam et

(1) Hebr. XI, 6.—(2) Ioann. XVII, 3

præscripta vitam moresque suos diligentius componunt. Si enim, ut omnes tenent divinum effatum: *Fides sine operibus mortua est* (1), eo quia fides vitam ducta a caritate, caritas autem in absterlatem exit sanctam actionem; nihil profecto otolumentum ad æternam christianus homo percipitur erit ex fide sua, nisi rationem vite secundum eam direxerit: *Quid proderit, fratres mei, si fides quis dicat se habere, opera autem non habuit? Numquid poterit fides salvare eum?* (2) Iam imo hominum genus reprehensionem Christi iudicis multo gravioram incurrit, quam qui christiane fidei disciplinæque sint miserè ignari; qui non, ut illi perperam, aliter erodunt, sicut vivunt rerum que erant Evangelii lumen, habent ideo quendam excusationem aut minorem, sunt certe innoxia. — Quo igitur fides quam profitemur conscientia leuata in beatitia melius florescat, simul ex mysteriis ipsa que mens considerando persequitur, ad virtutum proposita mire animus inflammatur. Opus nempe salutarium Christi Domini, quæ nobis eminet ac nitet in omnes partes exemplum! Magnus omnipotens Deus, urgens in nos nimis caritate, ad infimam hominis conditionem, esse extenuat; nobiscum velint unus de multis versatur, amice colloquitur, singulos et turbam ad omnem eruditæ docetque iustitiam, excellens sermone magister, auctoritate Deus. Omnibus omnino se dat beneficium, e morbis corporum relevat languentes, moribusque animorum gravioribus paternam medetur miseratione; quos vel sermone exarceat vel sollicitudinum moles fatigat, eos in primis blandissime compellat et vocat: *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos* (3). Tum ipse interquiescentibus nobis in complexu suo, de illo spiritali mystico igne quem ad homines detulit, de quo sui mansuetudine animi ac submissione benigne insinuat, quorum usu virtutum nos optat veræ solidæque pacis, curis est auctor participes: *Discite a me, quia mitis sum et humilis corde, et inveniatis requiem animabus vestris* (4). Sed ipse tamen, pro se aspiciantæ cœlestis luce et insigni beneficiorum copia quibus homines demereri deberat, hominum sibi tota iniuriamque atrocissimas, atque sanguinem et spiritum cruci suffluxit profundum, nihil spectans innoxiam quam ut illis pariet sua morte vitam. — Tam peremptoris Re-empioris nostri monumenta carissimas nequam fieri potest ut quispiam attentis secum cogitationis reptet et commentetur, neque gratia adversus eum voluntate exarlescat. At verius probatur vite fidei tantum efficiet ut illuminata hominis mente et animo vehementer impulsio, totum prope rapiat ad ipsius Christi vestigia per omnia discrimina secunda, ad eam atque Paulo dignam oblationem: *Quis ergo nos separabit a caritate Christi? tribulatio, an angustia, an fames, an nuditas, an periculum, an persecutio, an gladius?*... (5) *Vico autem iam non ego, vivit vero in me Christus* (6).

(1) Iac. II, 26. — (2) Iac. II, 14. — (3) Matth. XI, 28. — (4) Rom. VII, 25. — (5) Gal. II, 20.

Ne vero ad exemplo quam Christus, homo idemque Deus, de se exhibet sans quum maxime, nativæ nos in becillitatis conscientia absterat, deficiamus, una cum mysteriis eius mysteria Matris sacratissimas habemus oculis mentis ad contemplandum oblecta. E regia Davidis stirpe est ea quidem progenies, cui tamen nihil iam est relictum de maiorem vel opibus vel amplitudine, quæ vitam in obscuro agit, humi in opprobrio, humiliare in tecto, recessu ipsa et rei familiaris tendit ad contenta magis quod libere potest. Inimico se tollere ad Deum sidamque summo desideratissimo bono ponitur adhaerere. Atqui est eam ipsa Dominus, qui in complet et beata gratia sua; ipsa quoque, oculo cœlesti nuntio, designatur, ex qua, virtute agente Spiritus Sancti, expectatus ille Servator gentium nostris in humilitate sit proditurus. Celsissimum dignitatis gradum quanto plus ea micat et minori tribuit notendi misericordique Deo, tanto ea, nullius sibi conscio virtutis deprimat humilitas, sequo Dei ancillam, eius dum fit mater, prompto animo edicit et devovet. Quod autem pollicita sancte est, id sacris sancte præstat, iam tum perpetua cum lesu filio, ad gaudia, ad lacrimas, commutatione vite instituta. Sic tale fastigium gloriæ, ut nemo alius nec homo, nec angelus, obtinebit, quo cum ipsa nemo erit virtutum promeritis conferendus, sic eam superi et mundani regni manet corona, quod laudat fatura sit regina martyrum, sic in cœlesti Dei caritate per aeternitatem omnem coronata assidebit ad Filium, quod constantem per omnem vitam, constantissime in Calvaria, redundantem tristitia calicem sit eum illo exhaustura. — Ecco autem in Maria virtutis omnis exemplar vere bonus et providens Deus constituit nobis optatum: eumque oculis et cogitati ne infusates, non qui nos, quasi divini numinis fulgore perstricti, respondemus, sed ex ipsa affectu communit propinquitate naturæ, fidelius ad imitantem emittitur. Cui studio si nos, ea maxime odians, totos desideramus, licebit profecto virtutis tentas sanctitatisque lineamenta saltem exprimeret, et quom admirabiliter tenuit ad omnia Dei consilia acquiescentiam vite, referentes, ipsam licebit subsequi ad cœlum. — Jam nos peregrinatio nem eo suscepimus quamvis sepe multo quo sit difficultatibus impedita, animo ne fortiterque insistamus, neve molestiam labor et laborem cœsemus tandem ad Mariam suppliciter manes in eos Enciclicæ voces: *Ad te suspiramus genentes et fustes in hac luctuaturam valle... illos tuos misericordes oculos ad nos converte; vitam proposita puram, iter pura tentam, ut cidentes lesam, semper collationem* (1). At illa, quæ, tametsi nullam in se posse, delectationem naturæ nostræ affusitatemque pernoscat, quæque matrem omnium est, optima et studiosissima, quam nobis opportuna oratione subveniat, quanta et caritate reficit et virtute firma fit. Per iter euntibus, divini Christi sanguine et Mariæ lacrimis consecratum, certus erit nobis nec difficultis exitus ad societatem quoque beatissimæ eorum gloriæ fruentem.

(1) Enc. Utique.

Ergo Rosarium Mariæ Virginis, in quo apte utiliterque habentur coniuncta et eximia precationis formula et idoneum fidei conservandæ instrumentum et insigne specimen perfectæ virtutis, dignum plane est quod veri nominis christianis sit frequenter in manibus pieque recitatione et meditatione colatur.—Hæc autem commendata singulariter volumus et *Consociati*, quam nuper etiam laudavimus egitimaque provenerimus, a *Sacra Familia* appellatam. Si quidem illud Christi Domini mysterium, quod vitam intra parietes Nazarethanæ domus tacitam absortamque diu transegerit, eidem *Consociati* non dat causam, ita ut ad exemplar Familiae sanctissimæ divinitus constitutæ sese christianæ familiæ curent sedulo conformare, ism eius perspicua est cum Rosario singularis quedam coniunctio; qua præsertim attinet ad mysteria gaudiorum, in eo ipso conclusa quom Iesus, post declaratam in templo sapientiam suam, cum Mariæ et Iosepho venit Nazareth et erat subditus illis, cetera quasi instruens mysteria, quæ hominum doctrinam et redemptionem propius efficiant. Quare videat *Consociati* omnes, quam sit sumum, cultores Rosarii atque etiam propagatores posse diligenter præbere.

Quantum est ex Nobis, rata firmæque habemus sarsæ indulgentiæ mæra, supereritibus annis concessæ, eorum gratia qui octobrem mensem eisdem ipsa præsertim egerint—vestræ autem, Venerabiles Fratres, auctoritati et sollicitudine valde tribuimus, ut par ætque ante in catholica gentilibus caleat religio et contentio sancta ad Virgineum, Christianorum Admirationem Rosarii præce colendam.—At vero unde exorsæ est coheratio Nostra inde placeat ad exitum pergat, iterum appetitque testando quem fovemus erga magnam Dei Genitricem animam et memorem beneficiorum et spæi plenam lætissimæ Suffragia christiani populi ad eius aras piensissime supplicantis deque rogimus Ecclesiæ causæ, tam adversis turbulentiisque lætate temporibus, æque rogimus causæ Nostræ, qui devota ætate, defessi laboribus, difficillimis rerum constructi angustiis, nullis hominum fulti subsidiis, ipsius gubernaculo Ecclesiæ tractamus. Nempe in Mariæ potestate et benigna matre, spes Nostra exploratior, quædã suggestit, incandens ardet. Cuius deprecationi si plurima causa præcolore benedictæ Deo accepta referimus, in quoque effusiore gratia referimus quod in eam detur quinquagesimum diem anniversarium attingere ex quo sumus episcopali ordine consecrati. Magnum sicut hoc est recipientibus tam diuturnum pastoralis muneris spatium, quantum præcipue, quotidiã sollicitudine ægrotiam, adhuc impendimus christiano gregi universo regendo, Quod Nobis in spatio ut est hominum vita, ut sunt christi et Matris mysteria, nec deluerunt gaudiorum casu et plures, scerbæque admixtæ sunt causæ dolorum, gloriandi in Christo præmiis quoque delatis æque Nos omnia, demissa Deo æqualiter mente gratoque animo, convertere ad Ecclesiæ bonum et ornamentum studuimus. Nunc iam, nec enim dissimiliter reliqua vita decurret, si vel nova suffulgeant gaudia vel impendant dolores, si qua gloria accessura sint decore, eadem Nos

mente eodemque animo constantes, et gloriam unice appetentes a Deo caelestem, davidicæ illa iuvabunt: *Sit nomen Domini benedictum: Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam* (1). Equidem a filiis Nostris, quorum in Nos videmus studia tam pie et benevole incensa, potius quam gratulationes et laudes, summas Deo optimo grates precesque et vota magnopere expectamus; maxime lætati si hæc Nobis impetrent, ut quantum virium et vitæ supersit, quantum residet auctoritatis et gratiæ, tantum Ecclesiæ omnino accidat salutare, in primis ad infensos et devios, quos iam dudum vox Nostra invitat, reducendos reconciliandos. Omnibus autem dilectissimis filiis, ex proxima, Deo donante, faustitate et lætitia Nostra, iustitiæ, paci, prosperitatis, sanctimonie, bonorum omnium affluentia munera: hoc paternæ caritate a Deo adprecamur, hoc eloquiis eius commoneamus: *Obaudite me... et quasi rosa plantata super rivos egurum fructifera: quasi Libanus odorem suavitatis habet. Florete flores quasi litium, et date odorem et frondete in gratiam, et collaudate canticum et benedicite Dominum in operibus suis. Date nomini eius magnificientiam, et conflimini illi in voce laborum vestrorum et in canticis et citharis... in omni corde et ore collaudate et benedicite nomen Domini* (2).

Quibus consiliis et optatis si forte illuserint nefarii homines, qui quæcumque ignorant, blasphemant, parcat illis clementer Deus; ut ipse autem propitius, exorante sacratissimi Rosarii Regina, obsecundet, habeat suspicium, Venerabiles Fratres, idemque pignus benevolentiae Nostræ, Apostolicam benedictionem, quam singulis vobis et clero populoque vestro permanenter in Domino impertimus.

Datum Romæ apud S. Petrum die vii Septembris anno mdcxcxii, Pontificatus Nostrî quindicesimo.

LEO PAPA, XIII.

(1) Psalm. CXII, 2 y CXIII, 2.—(2) Eccl. XXXIX, 47-50, 41.



EPÍSTOLA ENCÍCLICA

SOBRE EL SANTO ROSARIO DE MARÍA

LEÓN P. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.



la santa alegría que Nos ha causado el feliz cumplimiento del quinquagesimo aniversario de Nuestra consagración episcopal, añádesse vivísima fuente de ventura, es á saber: que Hemos visto á los católicos de todas las naciones, como hijos respecto de su padre, unirse en imponente manifestación de su fe y de su amor hacia Nos.

Reconocemos en este hecho, y lo proclamamos con nuevo agradecimiento, un designio de la Providencia de Dios, una prueba de su suprema benevolencia hacia Nos mismo, y una gran ventaja para su Iglesia.

Nuestro corazón anhela colmar de gracias por este benedicto á Nuestra dulcísima intercesora cerca de Dios, á su augusta Madre. El amor particular de María, que mil veces hemos visto manifestarse en el curso de Nuestra carrera, tan larga y tan variada, luce cada dia más claramente ante Nuestros ojos, y tocando Nuestro corazón con una suavidad incomparable, Nos confirma en una confianza que no es propiamente de la tierra.

Parécenos oír la voz misma de la Reina del cielo, ora animándonos bondadosamente en medio de las crueles pruebas á que la Iglesia está sujeta, ora ayudándonos con sus consejos en las determinaciones que debemos tomar para la salud de todos; ora, en fin, advirtiéndonos que reanimemos la piedad y el culto de todas las virtudes en el pueblo

cristiano. Varias veces se ha hecho en Nos una dulce obligación responder á tales estímulos.

Al número de los frutos benditísimos que, gracias á su auxilio, han obtenido Nuestras exhortaciones, es justo recordar cuál ha sido el provecho que la Religión ha sacado de la propagación del Santísimo Rosario. Se han acrecentado aquí cofradías de piadosos fieles; allá se han fundado nuevas; hanse esparcido preciosos escritos sobre esto entre el pueblo, y hasta las Bellas-Artes nos han proporcionado valiosos objetos.

Pero ahora, como si oyésemos la propia voz de esta Madre decirnos, *clama, no ceses*, queremos ocupar de nuevo vuestra atención, Venerables Hermanos, con el Rosario de María en el momento en que empieza el mes de Octubre que Nos hemos consagrado á la Reina del cielo, y á esa devoción del Rosario, que lo es tan grata, concediendo con tal ocasión á los fieles el favor de santas indulgencias.

El objeto principal de Nuestra Carta, no será, sin embargo, ni escribir un nuevo elogio de una plegaria tan bella por sí misma, ni excitar á los fieles á que la recen cada vez más. Hablaremos de algunas preciosísimas ventajas que de ella se pueden obtener, y que son perfectamente adecuadas á los hombres y á las circunstancias actuales.

Nos hemos intimamente persuadido, en efecto, de que la devoción del Rosario, practicada de tal suerte que procure á los fieles toda la fuerza y toda la virtud que en ella existe, será manantial de numerosos bienes, no sólo para los individuos, sino también para todos los Estados.

Nadie ignora cuánto deseamos el bien de las naciones, conforme al deber de Nuestro supremo apostolado y cuán dispuesto estamos á hacerlo con el favor de Dios. Nos hemos advertido efectivamente á los hombres investidos del poder que no promulguen ni apliquen leyes que no estén conformes con la justicia divina. Nos hemos exhortado frecuentemente á aquellos ciudadanos superiores, á los demás por su talento, por sus méritos, por su nobleza ó por su fortuna, á comunicarse recíprocamente sus proyectos, á unir sus fuerzas para velar por los intereses del Estado y promover las empresas que pueden serle ventajosas.

Pero existe gran número de causas que en una sociedad civil relajan los lazos de la disciplina pública y desvian al pueblo de procurar, como debe, la honestidad de las costumbres. Tres males, sobre todo, Nos parecen los más funes-

los para el común bienestar, que son: *el disgusto de una vida modesta y activa; el horror al sufrimiento, y el olvido de los bienes eternos que esperamos.*

Nos deploramos—y aquellos mismos que todo lo han á la ciencia y al provecho de la naturaleza reconocen el hecho y lo lamentan—Nos deploramos que la sociedad humana padezca de una espantosa llaga, y es que se menosprecien los deberes y las virtudes que deben ser ornato de una vida obscura y ordinaria.

De donde nace que en el hogar doméstico los hijos se desentendan de la obediencia que deben á sus padres, no soportando ninguna disciplina, á menos que no sea fácil y se preste á sus diversiones. De ahí viene también que los obreros abandonen su oficio, huyan del trabajo, y descontentos de su suerte, aspiren más alto, deseando una quimérica igualdad de fortunas: movidos de idénticas aspiraciones los habitantes de los campos dejan en tropel su tierra natal para venir en pos del tumulto y los fáciles placeres de las ciudades.

A esta causa debe atribuirse también la falta de equilibrio entre las diversas clases de la sociedad: todo está desquiciado: los ánimos están comidos del odio y la envidia: engañados por falsas esperanzas, turban muchos la paz pública ocasionando sediciones, y resisten á los que tienen la misión de conservar el orden.

Contra este mal hay que pedir remedio al Rosario de María, que comprende á la vez un orden fijo de oraciones y la piadosa meditación de los Misterios de la vida del Salvador y de su Madre. Que los *Misterios gozosos* sean indicados á la multitud y puestos ante los ojos de los hombres, á manera de cuadros y modelos de virtudes: cada uno comprenda cuán abundantes son y cuán fáciles de imitar y propios para inspirar una vida honesta los ejemplos que de ellos pueden sacarse y que seducen los corazones por su admirable suavidad.

Que se represente la Casa de Nazareth, este asilo á la vez terrestre y divino de la santidad. ¡Qué modelo tan hermoso para la vida diaria! ¡Qué espectáculo tan perfecto de la unión al hogar! Reinan ahí la sencillez y la pureza de las costumbres; un perpetuo acuerdo en los pareceres; un orden que nada perturba; la mutua indulgencia; el amor, en fin, no un amor fugitivo y mentiroso, sino un amor fundado en el cumplimiento asiduo de los deberes reci-

procos y verdaderamente digno de cautivar todas las miradas.

Allí, sin duda, ocuparse en disponer lo necesario para el sustento y el vestido; pero es con el sudor de la frente, *in sudore cultus*, y como quienes, contentándose con poco, trabajan más bien para no sufrir del hambre que para procurarse lo superfluo. Sobre todo esto, adviértase una soberana tranquilidad de espíritu y una alegría del alma igual en cada uno: dos bienes que acompañan siempre á la conciencia de las buenas acciones cumplidas.

Los ejemplos de estas virtudes, de la modestia y de la sumisión, de la resignación al trabajo y de la benevolencia hacia el prójimo, del celo en cumplir los pequeños deberes de la vida ordinaria, todas esas enseñanzas, en fin, que á medida que el hombre las comprende mejor, más profundamente penetran en su alma, traerán un cambio notable en sus ideas y conducta. Entonces cada uno, lejos de encontrar despreciables y penosos sus deberes particulares, los tendrá más bien por muy gratos y llenos de encanto; y gracias á esta especie de placer que sentirá con ellos, la conciencia del deber le dará más fuerza para bien obrar.

Así las costumbres se suavizarán en todos los sentidos; la vida doméstica se deslizará en medio del cariño y de la dicha, y las relaciones mutuas estarán llenas de sincera benevolencia y de caridad. Y si todas estas cualidades de que estará dotado el hombre individualmente, se extienden á las familias, á las ciudades, al pueblo todo, cuya vida se sujetaría á estas prescripciones, es fácil de concebir cuántas ventajas obtendría de ello el Estado.

Otro mal funestísimo y que Nos no deploraremos bastante, porque cada día penetra más profundamente en los ánimos y hace mayores estragos, es la resistencia al dolor, y eso de rechazar violentamente todo lo que parece molesto y contrario á nuestros gustos.

La mayor parte de los hombres en vez de considerár, como sería preciso, que la tranquilidad y la libertad de las almas es la recompensa preparada á los que han cumplido el gran deber de la vida sin dejarse vencer por los peligros ni por los trabajos, se forjan la idea de un Estado donde no habría objeto alguno desagradable, y donde se gozaría de todos los bienes que esta vida pueden dar de sí. Deseo tan violento y desenfrenado de una existencia feliz, es fuente de debilidad para las almas que si no caen por completo, se

enervan por lo menos de suerte que huyen cobardemente de los males de la vida dejándose abatir por ellos.

También en este peligro puede esperarse del Rosario de María grandísimo socorro para fortalecer las almas (tan eficaz es la autoridad del ejemplo, si los Misterios que se llaman *dolorosos*, son objeto de una meditación tranquila y suave, desde la más tierna infancia, y si luego se continúa meditandoos asiduamente. En ellos se Nos muestra á Cristo *autor y consumidor de nuestra fe*, comenzando á *obrar y á enseñar*, á fin de que encontremos en Él mismo ejemplos adecuados á las enseñanzas que nos dió sobre la manera cómo debemos soportar las fatigas y los sufrimientos. Él quiso sufrir los males más terribles con una gran resignación.

Vémosle agobiado de tristeza hasta el punto de que la sangre corre por todos sus miembros como sudor copioso. Vémosle cargado de ligaduras, como un ladrón sometido al juicio de hombres perversos, objeto de odiosos ultrajes y de falsas acusaciones. Vémosle flagelado, coronado de espinas, afado á la Cruz, considerado como indigno de vivir largo tiempo, y merecedor de morir en medio de las aclamaciones de las turbas.

Pensamos cuál debió ser ante tal espectáculo el dolor de su Santísima Madre, cuyo corazón fué, no solamente herido, sino atravesado de una espada; de suerte que se le ha llamado, y lo es realmente, la Madre del dolor.

Aquel que, no contento con la contemplación de los ojos, medite frecuentemente estos ejemplos de virtud, cómo sentirá renacer en sí la fuerza para imitarlos! Que la tierra sea para él maldita; que no produzca más que espinas y zarzas; que su alma sufra todas las amarguras posibles; que la enfermedad agobie su cuerpo, no habrá mal alguno, ya provenga del odio de los hombres, ya de la cólera de los demonios, ningún género de calamidad pública ó privada que Él no venza con su resignación.

De Él podrá decirse con razón: Cumplir y sufrir mucho es propio del cristiano. El cristiano, en efecto, aquel que es considerado á justo título como digno de este nombre, no puede seguir en vano á Cristo paciente. Hablamos aquí de la paciencia, no de esa vana ostentación del alma endureciéndose contra el dolor que manifestaron algunos filósofos antiguos, sino de la que, aplicando el ejemplo de Cristo que *quiso sufrir la Cruz cuando pudo elegir la alegría, y que des-*

precó la confusión, y pidiéndole los auxilios de su gracia, no retrocede ante ninguna pena, las sobreleva todas con regocijo y las considera como un favor del cielo.

La fe católica ha poseído y posee todavía discípulos penetrados de esta doctrina, hombres y mujeres de todo país y de todo condición, dispuestos á sufrir, siguiendo el ejemplo de Cristo, todas las injusticias y todos los males por la virtud y por la Religión, apropiándose más aun el ejemplo que la palabra de Didiimo: «Vamos también nosotros, y muramos con Él». ¡Que los ejemplos de esta admirable constancia se multipliquen cada vez más, y la fuerza de los Estados y la gloria de la Iglesia crecerán incesantemente!

La tercera especie de males á que es preciso poner remedio es, sobre todo, propia de los hombres de nuestra época. Los de las edades pasadas, si bien estaban ligados de una manera á veces criminal á los bienes de la tierra, no desdaban enteramente, sin embargo, los del cielo: los más sabios de entre los mismos paganos enseñaron que esta vida era para nosotros una hospedería, no una morada permanente; que en ella debíamos atojarnos durante algún tiempo, pero no habitarla.

Los hombres de hoy, aunque instruidos en la fe cristiana, se adhieren en su mayor parte á los bienes fugitivos de la vida presente, no solo como si estuviese borrada de su espíritu la idea de una patria mejor, de una bienaventuranza eterna, sino como si quisieran destruirla enteramente á fuerza de iniquidades. En vano San Pablo les hizo esta advertencia: «No tenemos aquí una morada estable, sino que buscamos una que hemos de poseer algún día».

Cuando se pregunta cuáles son las causas de esta calamidad, se vé, por de contado, que en muchos existe el temor de que el pensamiento de la vida futura pueda destruir el amor de la patria terrestre y perjudicar la prosperidad de los Estados. No hay nada más odioso y más insensato que semejante convicción. Las esperanzas eternas no tienen por carácter absorber de tal manera á los hombres que los aparten por completo del cuidado de los bienes presentes. Cuando Cristo mandó buscar el reino de Dios, dijo que se le buscara primero; pero no que se dejase todo lo demás á un lado.

El uso de los objetos terrestres y los goces permitidos que de ellos se pueden sacar, no tienen nada de ilícito, si

deben contribuir al acrecentamiento ó á la recompensa de nuestras virtudes, y á la prosperidad y la civilización progresiva de la patria terrestre al manifestarse de una manera espléndida en el mutuo acuerdo de los mortales, reflejando la belleza y magnificencia de la patria celestial. No hay en esto nada que no convenga á seres dotados de razón, ni que sea expuesto á los designios de la Providencia, porque Dios es á la vez el autor de la Naturaleza y de la gracia, y no quiero que la una sea opuesta á la otra, ni que haya entre ellas conflicto, sino que celebren en cierto modo un pacto de alianza para que, bajo su dirección, lleguemos un día por el camino más fácil á aquella eterna felicidad á que fuimos destinados.

Pero los hombres egoístas dados á los placeres que dejan errar todos sus pensamientos sobre los objetos terrestres, y no pueden elevarse á más altura, en lugar de ser movidos por los bienes de que gozan á desear más vivamente los del cielo, pierden completamente la idea misma de la eternidad, y van á caer en una condición indigna, del hombre. En efecto, el poder divino, no puede herirnos con pena más terrible que dejándonos gozar de todos los placeres de la tierra, pero olvidando al mismo tiempo los bienes eternos.

Evitará completamente este peligro, aquel que se dé á la devoción del Rosario y medite atenta y frecuentemente los *Misterios gloriosos* que en él se nos proponen. En estos Misterios, ciertamente, nuestro espíritu toma la luz necesaria para conocer los bienes que no ven nuestros ojos, pero que Dios, Nos lo creamos con firme fe, prepara á aquellos que le aman. Así aprendemos que la muerte no es un aniquilamiento que nos arrebatara y que nos destruyera todo, sino una emigración, y, por decirlo así, un cambio de vida. Nos percibimos claramente que hay una ruta hacia el cielo, abierta para todos, y cuando Nosotros veamos á Cristo resucitar, Nos acordaremos de su dulce promesa: «Yo voy á prepararos un puesto». Nos creamos ciertamente que vendrá un tiempo «en que Dios secará todas las lágrimas de Nuestros ojos, en que no habrá más luto, ni quejidos, ni dolor, sino que estaremos siempre con Dios, parecidos á Dios, pues que le veremos tal cual es, gozando del torrente de sus delicias, concidadanos de los Santos, en comunión bienaventurada con María, su Madre y Nuestra poderosa Reina.

El espíritu que considere estos Misterios, no podrá menos de inflamarse y de repetir esta frase de un hombre muy

santo: «¡Qué triste y pesada es la tierra cuando miro al cielo!» Él gozará del consuelo de pensar que «una tribulación momentánea y ligera nos conquista una eternidad de gloria». Este es, en efecto, el único luto que tiene el tiempo presente con la vida eterna, la ciudad terrestre con el cielo; ésta la única consideración que fortifica y eleva las almas.

Si tales almas son en gran número, el Estado será rico y floreciente, se verá reinar la verdad, el bien, lo bello, según este modelo, que es el principio y el origen eterno de toda verdad, de todo bien y de toda belleza. Ya todos los cristianos pueden ver, como Nos lo hemos manifestado al principio, cuáles son los frutos y cuál es la virtud fecunda del Rosario de María, su poder para curar los malos de Nuestra época y hacer desaparecer los castigos que sufren los Estados; pero es fácil de comprender que sentirán más abundantemente estas ventajas aquellos que, inscriptos en la Santa Cofradía del Rosario, se distinguen por una unión particular y verdaderamente fraternal, y por su devoción á la Santísima Virgen; en efecto, estas Cofradías, aprobadas por la autoridad de los Pontífices Romanos, coimadas por ellos de privilegios y enriquecidas de indulgencias están sometidas á su jurisdicción, tienen asambleas á fecha fija y gozan de poderosos apoyos que las aseguran su prosperidad y las hacen grandemente provechosas para la sociedad humana.

Estos son como ejércitos que combaten los combates de Cristo por sus Misterios sagrados, bajo los auspicios y la guía de la Reina del cielo. Se ha podido justificar en muchas circunstancias, y sobre todo en Lepanto, cuán favorable se ha mostrado á sus súplicas y á las ceremonias que ellos han organizado. Es, pues, utilísimo mostrar gran celo para fundar, acrecentar y gobernar tales Cofradías. Nos no hablamos aquí solo á los discípulos de Santo Domingo, aunque éstos sean principalmente encargados de esta misión, según su Instituto, sino á todos los que tienen el cuidado de las almas y, sobre todo, el ministerio de las iglesias en las que estas Cofradías están instituidas.

Nos deseamos también ardientemente que los Sacerdotes que emprenden viajes para propagar la doctrina de Cristo entre las naciones bárbaras, ó para afirmarla donde ya se ha establecido, propagnen asimismo la devoción del Rosario.

Con las exhortaciones de todos estos Sacerdotes, Nos no dudamos que ha de haber un gran número de cristianos, cuidadosos de sus intereses espirituales, que se harán inscribir en esta misma Cofradía, y se esforzarán por adquirir los bienes que Nos hemos indicado; aquellos, sobre todo, que constituyen la razón de ser, y, en algún modo, la esencia del Rosario.

El ejemplo de los miembros de la Cofradía, inspirará á los demás fieles un respeto y una piedad muy grandes hacia el Rosario.

Estos, animados por ejemplos semejantes, pondrán todo su celo en tomar parte en estos bienes tan saludables.

Tal es Nuestro ardiente deseo.

Esta es también la esperanza que Nos guía y Nos anima en medio de los grandes males que sufre la sociedad. ¡Ojalá, gracias á tantas oraciones, María, la Madre de Dios, y de los hombres, que Nos ha dado el Rosario, y que es su Reina, pueda hacer de sierte que esta esperanza se realice por completo!

Nos tenemos confianza, Venerables Hermanos, en que vuestro concurso, Nuestras enseñanzas y Nuestros deseos contribuirán á la prosperidad de las familias, á la paz de los pueblos y al bien de la tierra.

Como prenda de las bendiciones divinas y como testimonio de Nuestra benevolencia, Nos os acordamos de todo corazón á vosotros, á vuestro Clero y á vuestro pueblo, la bendición apostólica.

Dada en Roma, cerca de San Pedro, el 8 de Septiembre, de 1893, el décimo sexto de Nuestro pontificado.

LEÓN XIII, PAPA.



EPISTOLA ENCYCLICA
DE MARIALI ROSARIO
LEO PP. XIII
VENERABILES FRATRES
SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

LARTITIAE sanctae, quam Nobis annus quinquagesimus ab episcopali consecratione feliciter plenus adduxit, pergrata nimirum ex eo fuit accessio, quod omnes, per universitatem Catholicorum gentium, non secus ac filios pater, consortes habuerimus, fidei et amoris significatione pulcherrima. In quo nova semper cum gratia cognoscimus et praedicamus Dei providentis consilium, et summe in Nosmetipsos benevolam et Ecclesiae suae haud leviter profuturam, neque minus avari animus, eiusdem beneficii optimo apud Deum conciliatricem, Matrem eius augustam, suscipere laudibus et offerre. Huius quippe eximia caritas, quam diuturno varioque aetatis spatio sensimus ipsi multis modis praesentem, praesentior in dies ante oculos fulget, atque animam submissime attingens, fiducia non humana confirmat. Coelestis Reginae vox ipsa exaudiri videtur, Nos benigne tum erigendis in aspernis Ecclesiae temporibus, tum consilii copia ad instituta communis salutis proposita adiuvantis, tum etiam admonentis ut pietatem omneque virtutis cultum in christiano populo excitemus. Nobis respondere optatis tam pluries antea fecundum Nobis sanclumque fuit. In fructibus autem qui hortationes Nostros, ipsa auspicio, sunt consecuti, dignum est quod commemoremus, per amplam religionis certissimi eius *Rosarii* allata esse incrementa; hanc in rem sodalitates quoque piorum qua sacris qua constitutis, scriptis docte opportunisque in vulgus editis, ipsis elegantiorum artium nobilissimis ornamentis inducitur. Nunc vero periode ac si eam tam studiosissime Mater excipimus vocem, qua arguit, *Clamor, ne cesses*, rursus de mariali Rosario vos alloqui libet, Venerabiles Fratres, appetente octobri, quem mensem esse ei devotum, acceptissimo eiusdem Rosario ritu, censuimus, tribulis sacrae indulgentiae praemis. Oratio tamen Nostra non eo proxime spectabit ut ad amum vel laudem praeratiōi ex se praestantissimae, vel fidelibus stimulos ad eam sanctiore san colendam; verum de nonnullis dicemus leclis,



simis bonis, quae inde hauriri possunt, temporum et hominum rationi maxime opportunis. Sic enim Nobis persuasissimum est, religionem Rosarii, si tam rite colatur, ut vim insitam virtutemque proferat suam, utilitates, non singulis modo, sed omni etiam reipublicae esse maximas perituras.

Nemo est quem fugiat, quantum Nos, pro supremi Apostolatus munere, ad civile bonum conferre studuerimus, ac porro parati simus, sic Deus adit, conferre. Nam, qui imperio possident, eos saepe monuimus, ne perferant leges per easque agant, nisi ad normam aequissimam divinae Legis; civis autem, qui ceteris, sive ingenio, sive partis meritis, sive nobilitate fortunisque antecellant, crebro adhortati sumus, ut consiliis collatis et viribus, res maxime potissimasque civitatis tocantur et provehant. — Sed vero nimis multa sunt, quibus ut modo est civilis consociatio, publicae disciplinae vincule infirmetur, atque populi a iustis morum honestate persequeunda abducatur. Idem Nobis tria praecipue videntur telerrima in communis boni perniciem: ea sunt, *modestia vitae et actuosae fastidium; horror patendi; futurorum, quae speramus, oblitio.*

Querimus Nos, ipsique fatentur ultra se dolent qui omnia revocant ad naturae lumen et utilitatem, vulgus humanae societatis, idque vehemens, ex eo indigi, quod officia virtutesque negligunt, quae genus vitae exornant tenus et commune. Hinc enimvero in domesticis consuetudine debitam naturae obedientiam a liberis detractari proterve, omnis impatientibus disciplinae, nisi si quae est voluptaria et mollis. Hinc officios suis se artibus removere, defugere labores, nec sorte contentos, aliis suscipere, improvidam quamdam expectantes aequationem bonorum: similia multorum studia, ut, natali rure relicto, urbium rumores, capiant effusaque illecebras. Hinc inter ordines civitatum aequilibratas nulla; nutere omnia, animos simultatibus invidisque torqueri, ius conculcari palam, eos denique, qui spe sint falsi, per seditionem et turbas publicam tentare pacem, hisque obsistere quorum est illam tutari. — Contra haec curatio patatur a Rosario mariali; quod simul certo precum ordine constat et pia mysteriorum Christi Servatoris et Maris commentatione. Nempe *gaudiorum mysteria* probe et ad vulgus enerventur, ac, veluti picturae quaedam imagoque virtutum, in oculis hominum, constituentur: perspicit quisque, quam ampla inde quamque facilis, ad vitam honeste componendam, offeratur documentorum copia, mira animae suavitate allicientium. — Observatur Nazarethana domus, terrena illud divinumque aenacimoniae domicilium. Quotum in ea quotidiana consuetudinibus: exemplari, quae societatis domesticae omnino perfecta species! Simplicitas tibi morum et candor; animorum perpetua consensus; nulla ordinis perturbatio; observantia mutua; amor denique, non ille fucatus et mendax, sed qui officiorum assiduitate integre vigens, vel oculos intuentium rapiat. Illic datur quidem studium ea parando quae suppeditant ad victum et cultum; id vero in *sudore vultus*, et ut ab eis, qui, parvo contenti, potius agunt ut minus

egeant, quam ut pius habeant. Super haec omnia, summa tranquillitates mentis, par animi letitiae; quae duo recte factorum conscientiam nunquam non comitantur. — Quorum exempla virtutum, modestiae nimirum ac demissionis, laborum tolerantiae et in alios benevolentiae diligentiae tenuium officiorum quae sunt in quotidiana vita, cetera demum exempla, simul atque concipiuntur sensim animis atque insistant, senam profecto in eis optata consiliorum morumque mutatio eveniet. Tum sua cuique munera, nequaquam despecta erunt et molesta, sed grata potius et delectabilia; atque, iucunditate quadam aspersa, anxius ad probe agendum conscientia officii valebit. Ex eo mores in omnes partes mitecent; domestica convictio in amore et delectis erit; usus cum ceteris plus multo habebit sinceram observantiae et caritatis. Quae quidem, ex homine singulari, si late in familias, in civitates, in universum quempiam populum inducantur, ut ad haec instituta moderentur vitam; quanta inde reipublicae emolumenta sint obventura, apertum est.

Alteram, sane funestissimam, in qua deplorando nimis nunquam simus, eo quia latius in dies deteriorumque inficit animos, illud est, recuare dolorem, adversa et dura acriter propulsare. Pars enim hominum maxima tranquillam animorum libertatem non iam sic habent, ut oportet, tamquam praesidium suis propositum qui virtutis fugantur munere, ad pericula ad labores invicti; sed commentitiam quamdam civitatis perfectionem cogitant, in qua, omni ingrata re submota, cumalata sit delectationum huius vitae complexio. Porro ex tam acri offensaque besto vivendi libidine proclive est ut ingenia laelactentur; quae, si non penitus excidant, et enervantur tamen, ut vitae malla abiecta eodent miserabiliter succumbant. — In hoc etiam discrimine, plurimum quidem opis ad spiritus roborendos (tanta exempli auctoritas est) ex mariali Rosario expectari licet; si *volentia*, quae vocatur, *mysteria*, vel a primis puerorum aetatibus ac deinceps assidue, facta suavique contemplatione versentur. Videmus per ea *Christum, auctorem et consummatorem Fidei* nostrae, *coepisse facere et docere*; ut quae genus nostrum de laborum dolorumque perpressionem docuisset, eorum in ipso exemplo petoremus, et ita quidem ut, quocumque diffiliorum perpressu sunt, ea sibi ipse toleranda magna voluntate susceperit. Maestitia videmus coactum, usque eo ut sanguine totis artibus, veluti sudore, manaret. Videmus vinculis, latronum more, constrictum; iudicium pessimorum subeuntem; diris, contumellis, falsis criminibus impellum. Videmus flagellis caesum; spina coronatum; suffrum crucis indignum habitum qui diu viveret, dignum qui succedente turba periret. Ad haec, Parentis sanctissimae aegritudinem reputamus, cuius *animum doloris gladius*, non attingit modo, sed *pertransiit*, ut mater dolorum compelleretur et esset. — Virtutis tristae specimina qui crebra cogitatione, non modo oculis, contempletur, quatum ille profecto celebit animo ad imitandum! esto ei quidem *maledicta tellus et spinas germinat ac tribulos*, mens aerumnis prematur, morbis urgeatur corpus;

natum eris, sive hominum invidia, sive ira daemonum, invecum melum, nullis publicae privatque calamitatis causis, quas non ille evincat tolerando. Hinc illud recte, *Facere et pati fortia christianum est*; christianus etenim, quicumque habeatur merito, Christum patientem non subseq̄i nequequam potest. Patientiam autem dicimus, non inanem animi ostentationem ad dolorem obfurescentis, quae quorundam fuit veterum philosophorum; sed quae exemplum ab illo transferens qui, *proposito sibi gaudio, sustulit crucem, confusione catecepta* (1), ab ipso quo opportuna gratiae exponebat auxilia perpelli aspera nihil remansit atque etiam gessit perpassioneque, quantumque ea fuerit, in lucris potat habuit catholicum nomen, ac sene habuit doctissime huius discipulos praecari simos, complures ubique ex omni ordine viros et feminas, qui, per vestigia Christi Domini, inurias acerbitatesque omnes pro virtute et religione subirent, illud Didymi, *re magis quam dicto, usurantes. Eamus et nos et moriamur cum eo* (2).—Quae insignis constantiae facta etiam atque etiam multiplicentur splendide, unde praesidium civitati, Ecclesiae vicum augebat et gloriat.

Tertium videtur caput, cui quaerenda est medicina, in hominibus maxime apparet aetatis nostrae. Homines enim superiorum temporum, si quidem terrestria, vel vitiosus, admovent, fere Lumen non positus spernabant caelestis: ipsi ethiolorum prudentiores, haec nobis vitam hospitium esse, non domum, commorandi diversorium, non habundandi, datum docuerunt. Qui nunc vero sunt homines, etsi christi lege instituti, fluxa praesentis aevi bona plerique sic consecuntur, ut potiorum patriam in aevi sempiterni beatitudine non memoria solum elati, sed extinctam prorsus ac deletam per summum dederunt reliat, frustra commentante Paulo: *Non habemus hic quidem civitatem, sed futuram inquirimus* (3). Cujus rei exploratibus causas, illud in prima occurrit, quod multis personarum sit, cogit tunc futurorum civitatem dirimi patriae terrestri regno publicae prosperitatem convelli: quo nihil proleto otiosius, inaptius nihil. Etenim non ea sperandam naturae est rerum, quae mentes hominum sibi sic videntur, ut omnia cum omnino avertant praesentium honorum, quae adeo et Christus regnum Dei edixit quaerendum, primum id quidem, et non ut cetera praeterierimus. Nam cauro praesentium rerum, quae eque inde honestae habentur delectationes, si virtutibus vel augendis vel remunerandis adiumento sunt; item si splendor et cultus terrena civitatis, ex quo maritalem consuetudine magnifice illustrat splendorem et cultum imitatur civitatis caelestis; nihil est quod rationis participes dedoceat, nihil quod consilia aliter etur divinis. Aetor est enim naturae Deus idemque gratiae; non ut altera alteri efficiat atque inter se digendantur, sed ut amico quadam foedere, coeant, ut nempe, utroque duse, immortalem illum beatitudinem, ad quam mortales nati sumus, faciliore veluti via, ali-

(1) Hebr. XII, 2.—(2) Isaan. XI, 10.

quando coniugamus.—At vero homines voluptati sese usque amantes, qui cogitationes suas omnes in res caducas humiliter abiciunt, ut se tollere alius nequeant, si potius quam a bonis quibus fruuntur spectabilibus aeterna appetat, ipsum plene amittunt aeternitatis aspectum, ad conditionem prolepsis indignissimam: Neque enim divinum Numen graviore ulla poena multare hominem possit, quam quum illum blandimenta voluptatum, honorum simpliciorum immemorem, omni vita consecrari permiserit.—A quo tamen periculo ille profecto aberit qui, pietate Rosarii usus, quae in illo proponuntur a gloria mysteriorum, attentis repetet frequentique memoria, Myateria etenim ea sunt, in quibus clarissimum christianis mentibus praefertur lumen ad suscipienda bona, quae, etsi oblitum oculorum effugiunt, sed certa tenemus fide praeparasse Deum diligentibus se. Docemur inde, mortem non interitum esse omnia tollentem atque dolentem, sed migrationem commutationemque vitae. Docemur, omnibus in caelum cursum poteri; quomodo illo Christum certaminis remeantem, reminiscimur felix eius promissum: *Vado parare vobis locum. Docemur, fore tempus, quum abierit Deus omnem lacrimam ab oculis nostris, et neque luctus, neque clamor, neque dolor erit ulterius; sed temper cum Domino erimus, similes Deique nonum vidimus cum sicut est; potius torrente voluptatis ejus, Sanctorum cives, in magna Regione et Matris beatissima commutatione.*—Haec autem considerentem animum inflammari necesse est, atque tum illud iterare Viri sanctissimi: *Quam zaritel tellus, dum caelum aspiciet tam eo uli solatio, quod momentaneum et leve tribulationis nostrae aeternam gloriae pondus operatur in nobis.* Sed vero una haec est ratio praesentis temporis cum aeterno, terrestri civitatis cum caelesti aple iurgendae; hac uno educuntur fortes animi et excoelal Qui quidem, si magno numero censentur, dignitas et amplitudo sibi civitatis; florebunt quae vera, quae bona, quae pulchra sunt ad normam illam expressa quae omnis veritatis, honestatis, pulchritudinis summum est principium et fons perennis.

Iam vidoant omnes, quod principio posuimus, quorum et utilitatum fecunda marialis Rosarii virtus, et quam iustitiae possit ad temporum spananda mania, ad gravissima civitatis damna prohibenda.—Istam vero virtutem, ut facti a cognitu est, illi praecipue uterisque perceptari erunt qui coepit in sacra Rosarii Societate, peculiari et inter se fraternam coniunctione et erga sanctissimam Virginem obsequio praeceteris commendantur. Haec enim Societas, auctoritate romanorum Pontificum comprobata, ad eiusque donata privilegia et muneribus indulgentiae, suo palam ordine ac magisteria, reguntur conventus statim habent temporibus praesidiis optimis instruntur quibus sancte vigeant et ad commodam vitam societatis lumenae conducant. Haec sunt veluti agmina et acies, praebit Christi per sacratissima eius mysteria pugnantes, auspicio et duce Reginae caelestis;

(3) Hebr. XIII, 14.

quorum illa supplicationibus, ritibus, pompis quam adsit propalia, proaeclere omni tempore petuit, magifico ad Echinadas.—Magno igitur studio in talibus Sodalitatibus conderdis, amplificandis, moderandis par est contendere et eniti, non inos iniquum alumnos Dominici Patris quamquam illi ex disciplina sua debent, summo-
 pere, sed quotquot praeterea sunt animarum curatores, in sacris praesepim aedibus ubi illa iam habentur legitima instituta. Atque etiam Nobis maximo in votis est, ut qui sacras expeditiones ad Christi doctrinam, vel inter barbaras gentes invehendam vel apud exultas confirmandam obeunt, haec item in re elahorent.—Ipsis omnibus hortatoribus, minime dubitemus, quin multi e Christifidelibus omne aliceres futuri sint, qui tum eidem Sodalitati dent nomen, tum eximio succedant bona intima, quae exposuimus, assequi, ille nimirum quibus ratio et quodammodo res Rosarii continetur. Ab exemplo autem Sodalitum maior quaedam reverentia et pietas erga ipsum Rosarii cultum ad ceteros manabit fideles: qui ita excitati, ampliores impendant curas ut, quod Nobis desideratissimum est, eorumdem salutarium honorum copiam abunde participant.

Haec Nobis igitur praevolucet spes, haec ducimur atque in tantis reipublice damnis valde recreamur: quae ut plena succedat, ipsa exorante efficiat Rosarii inventrix et magistra, Dei et hominum Mater, MARIA. Pare autem vestra omnium operum, Venerabiles Fratres, confidimus, ut documenta et vota Nostra ad familiarum prosperitatem, ad pacem populorum et omnium bonum eveniant.—Interea divinatorum manerum suscipiem ac benevolentiae Nostrae testem, vobis singulis et clero populoque vestro Apostolicam benedictionem permanserit in Domino impertimus.

Datum Romae apud S. Petrum die VIII Septembris anno MDCCCXIII Pontificatus Nostri sextodecimo.

LEO PAPA XIII



EPÍSTOLA ENCÍCLICA A LOS OBISPOS DE HUNGRIA LEON P. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.



La constante piedad y sumisión de los húngaros hacia esta Sede Apostólica ha correspondido con abundancia la paternal benevolencia de los Romanos Pontífices; Nos mismo, jamás hemos permitido ser aventajados en pruebas de caridad y providencia en obsequio de vuestro pueblo. Este Nuestro ánimo hemos manifestado de una manera muy singular con motivo de haber celebrado Hungria, hace siete años, el aniversario de un grandiosa y fantástico acontecimiento. Con ocasión de esta fiesta, os dedicamos, Venerables Hermanos, una carta, en la que hacíamos mérito de la antigua fe de los húngaros, de sus virtudes y hechos memorables, a la vez que os enviábamos consejos en relación con los asuntos que interesan a la salud y prosperidad de vuestra nación, en tiempos tan hostiles al nombre cristiano. La misma causa y el mismo deseo Nos mueven a escribiros de nuevo. Ciertamente, la razón de Nuestro ministerio Apostólico, pide, que en los asuntos, que han movido en esta época todos los ánimos, exhortemos con gran empeño a Vosotros y a vuestro clero a la constancia de ánimo, a la concordia, al denuedo en instruir y amonestar a los pueblos confiados a vuestro cuidado. Mas hay entre vosotros otros asuntos que son para Nos, nuevo motivo de solicitud; nos referimos a los peligros, cada día más graves que amenazan a la religión. Tales males, así como atraen hacia sí Nuestros principales cuidados y pensamientos, así en gran manera y con toda vehemencia reclaman vuestro trabajo, Venerables Hermanos, el cual confiamos ha de realizarse enteramente conforme a Nuestros consejos y esperanzas. Corresponde generalmente a los católicos, en medio de tan cruda e insidiosa guerra a los institutos cristianos,

en primer término y sobre todo, que todos consideren seriamente cuanto importa en toda variedad de tiempos y cosas que permanezca inextinguible en los pueblos la religión; y en segundo término cuanto interesa la perfecta y estable concordia de todos los ánimos en este punto. Trátese nada menos que del mayor y más exceder de todos los bienes, cual es la eterna salvación de los hombres, no menos que de guardar y conservar aquellas mismas cosas que en la sociedad civil contribuyen á la paz y verdadera felicidad. Así, en verdad, lo sintieron aquellos exaltados varones, dignos del recuerdo y gratitud de toda la posteridad, que, como eximio ejemplo de fortaleza de ánimo, brillaron en todo tiempo y lugar, sirviendo ellos mismos como de muro en la casa de Dios, dispuestos á sacrificar por la causa de la religión y la Iglesia no solamente todas sus cosas sino también la misma vida. De lo cual tiene igualmente vuestra misma Hungría, en todo el transcurso de su historia, muchos y preclaros ejemplos. Y ciertamente que, habiendo recibido la fe católica de su Rey y Apóstol Esteban, ha permanecido fiel y constante en ella, en lo cual hay que reconocer, á más de un singular beneficio de Dios, el tenor del firme y perpetuo propósito de esta nación, que desde el principio ha entendido que al tratarse de la religión, se trata de la gloria de su nombre y del esplendor de su raza. Admirables son las generosas e insignes virtudes que tales sentimientos han producido, y merced á las que los Húngaros, en los momentos supremos y en las circunstancias difíciles, opusieron á la gravedad del peligro una extraordinaria constancia y fortaleza. Con el auxilio de tales virtudes rechazaron ora las repetidas incursiones de los Tártaros, ora los constantes y furiosos ataques de los Mahometanos; haciéndose acreedores en tan peligrosa lucha á ser ayudados, con toda clase de auxilios, por pueblos extraños, por grandes príncipes, y muy especialmente por los Sumos Pontífices; puesto que se peleaba no solamente por la fe y la patria de los Húngaros, sino por la salvación de toda la religión católica y la paz de todo el Occidente. Por la misma razón, en medio de las turbulencias de los últimos siglos, que produjeron tan graves ruinas á los pueblos vecinos, aunque la misma Hungría sintió en parte el golpe y recibió no leves quebrantos, resultando sin embargo hiesá; como se conservará en lo sucesivo si sabe mantener el honor religioso, y cada uno reconoce sus ordinarios deberes y los cumple con toda diligencia.

Y viniendo ya á lo que propiamente pertenece á Nuestro propósito hemos visto, con un pequeño dolor de Nuestra alma, que, á más de las disposiciones insertas en las leyes de Hungría, como ya en otra ocasión nos hemos quejado, «opuestas á los derechos de la Iglesia, que restringen su facultad de obrar, y contradicen la profesión del nombre católico» (1) hay otras en estos últimos tiempos decretadas ó llevadas á cabo por la pública autoridad no menos perjudiciales á la Iglesia y al catolicismo; siendo muy de temer, considerado el curso de vuestros asuntos, sobrevengun á la religión daños mucho más graves.—Ahora bien, en lo que expresamente pertenece á las cuestiones capitales, que con tanto calor se agitan entre vosotros en esta época, es vuestro, Venerables Hermanos, trabajar asidua y unánimamente, para que todos, tanto sacerdotes como seglares, conozcan claramente que les sea lícito y de que deban huir para no obrar contra los preceptos de las leyes natural y divina. Y puesto que muchos de vosotros aconsejaron á los encargados de la cura de almas esperar el parecer de la Sede Apostólica en estas materias, que vosotros mismos habíais solicitado, á Vosotros corresponde, Venerables Hermanos, amonestar cuidadosamente á los mismos sagrados ministros que tengan como precepto religioso no separarse en lo más mínimo de lo que la Sede Apostólica ha establecido ó mandado; siendo manifiesto que lo que no es lícito á los sacerdotes tampoco lo es á los hombres seglares.—Además es de gran fuerza, para contener el progreso de vuestros males, que los pastores de almas jamás cesen de amonestar al pueblo se abstenga, en cuanto posible sea, de contraer matrimonios con no católicos. Entiendan claramente los fieles y grábenlo en sus almas que se han de aborrecer tales matrimonios, que siempre la Iglesia ha detestado, principalmente, como Nos mismo hemos dicho en otra lugar (2): «porque dan ocasión á sociedad y comunicación prohibidas de cosas sagradas; crean un peligro á la religión del cónyuge católico; son un obstáculo á la buena educación de la prole, y muchas veces inclinan á la libertad religiosa de cultos, teniendo por igualmente buenas todas las religiones, desapareciendo la diferencia entre lo verdadero y lo falso».

(1) Epíst. Encicla. á los Obispos de Hungr. 22 Agosto 1866.—(2) Let. Encicla. de Matrimonio cristiano.

Pero, como hemos advertido, aún amenazan mayores daños á la antigua religión de los Húngaros.

Cuantos hay aquí enemigos del nombre católico no disimulan sus propósitos; esto es, usando de las armas más mortíferas, atentan contra la Iglesia hasta conseguir que el catolicismo se halle cada día en peor situación. Por esta razón, os exhortamos á vosotros, Venerables Hermanos, con más ahínco que nunca, que no perdáis esfuerzo á fin de destruir de vuestra patria y del reino que se os ha encomendado tan gran peligro. En primer lugar procurad y trabajad para que todos, alenta los con vuestro ejemplo y autoridad, defendan con firmeza y tomen con calor y brio la causa de la religión. En verdad, ocurre frecuentemente, ni hemos de ocultar lo que acontece, que muchos católicos, precisamente en la época en que más debían trabajar con suma virtud y constancia en defender y vindicar los derechos de la Iglesia, guiados por cierto género de humana prudencia, ó se pasan al campo contrario, ó se manifiestan demasiado tímidos y cobardes en su acción. Y así se observa fácilmente, que este modo de obrar abre la puerta á gravísimos peligros, especialmente si viene de aquellos que ó están constituidos en autoridad ó su opinión tiene gran influencia en las masas. Además de que se abandona un oficio justo y obligatorio, no se da pequeño motivo muchas veces á la ofensa, y se obstruye el camino para conseguir y conservar la unión, que hace que todos sientan lo mismo, y lo comprueben con hechos. Nada más favorable puede acontecer á los enemigos del nombre católico, que las discordias y disensiones entre éstos; de aquí, lo que es lógico, resulta con frecuencia que se deja el campo libre y expedito á los mismos enemigos para que se atrevan á cosas peores. Conviene en todas las cosas tener por compañeros de consejo á la prudencia y templanza; la misma Iglesia quiere que la defensa de la verdad se haga bajo un plan meditado; nada tan ajeno á los preceptos de la verdadera prudencia, como permitir que la religión sea vilipendiada impunemente, y la salvación del pueblo puesta en tela de juicio.

Mas como quiera que para afirmar la unión y excitar la actividad y talento de los católicos, tienen admirable eficacia y saludable virtud, según atestiguan la experiencia, los anuales congresos en los que se ventilan en común los asuntos católicos y se trata del desarrollo de las obras piadosas bajo la dirección y amparo de los Obispos; deseamos ar-

dientemente se lleve á feliz término cuanto sabemos habéis dispuesto oportunamente en estas materias. Ni dudamos que tales reuniones, cuya celebración en otras partes se debe á Nuestra iniciativa, han de ser sumamente provechosas por vuestros consejos. Conviene que en este asunto procureis con todo empeño, que formen parte de las cortes ó cuerpos legisladores aquellos varones de manifiesta religiosidad y probada virtud, que tengan siempre el decidido propósito de vindicar los derechos de la Iglesia y del catolicismo. Veis además, Venerables Hermanos, cómo los enemigos de la Iglesia se valen del auxilio de Revistas y libros para divulgar por todas partes el veneno de sus errores y pervertidas doctrinas, corromper las buenas costumbres, y separar á las muchedumbres de las obras de la vida cristiana. Preciso es que entiendan vuestros hombres ser ya tiempo de trabajar con más ahínco en este terreno, y procurar con todo empeño oponer escritos á escritos, según lo exige la magnitud de la lucha, y emplear remedios adecuados á la gravedad del mal. Principalmente queremos, Venerables Hermanos, que vuestros cuidados se dirijan á la instrucción y enseñanza de los niños y de los jóvenes. No entra ahora en Nuestro propósito reiterar lo que en las letras, que en otra ocasión os hemos dirigido y de las que hemos hecho mérito al principio, expusimos; pero no podemos menos de tocar brevemente algunos puntos de mayor interés.—Se ha de instar y urgir acerca de las escuelas de primera enseñanza, Venerables Hermanos, á fin de que los párrocos y demás encargados de la cura de almas vigilen en ellas con gran asiduidad y cuidado, y tengan como principal oficio de su ministerio instruir á los alumnos en la doctrina sagrada. Semeciente oficio, noble y grave, no debe encomendarse al cuidado de otros, sino que ellos mismos deben desempeñarle con sumo gusto, puesto que es cierto que de la sana y piadosa instrucción de la edad pueril depende en gran parte la prosperidad, no solamente de las familias, sino del mismo Estado. Ni penseis que haya otra cosa que merezca más cuidado y atención que el procurar constantemente el fomento de tales escuelas. Sería muy oportuno á este fin el instituir inspectores de escuelas, *diocesano*, y *decanales*, con los que tratase el Obispo todos los años del estado y condición de las escuelas, y de las demás cosas concernientes á la fe, á las costumbres, y á la cura de almas. Y si fuese necesario, atendidas las circunstancias de cada localidad,

fundar nuevas escuelas, ó ampliar las ya fundadas, no dudamos, Venerables Hermanos, que vuestra generosa liberalidad y la de muchos católicos de toda clase, demostrada ya con muchos argumentos, lo hará con toda prontitud.

En cuanto á la segunda enseñanza y escuelas de disciplinas superiores, ha de cuidarse con todo detenimiento, que no perezca en los jóvenes la buena semilla, que se arrojó en ellos cuando eran párvulos. Quanto podáis, Venerables Hermanos, haciendo ó rogando, otro tanto ejecutad, á fin de que tales peligros ó se alejen del todo ó se disminuyan; y en primer lugar dirigase vuestro cuidado pastoral á elegir para la enseñanza de la religión varones probos y doctos, para que así se remuevan los obstáculos que con mucha frecuencia impiden el saludable y copioso fruto de tales enseñanzas. Además, aunque Nos son bien conocidos y probados los esfuerzos que habéis hecho, para que los centros de estudios superiores, colocados, por voluntad de los fundadores, bajo la potestad de la Iglesia y de los Obispos, permanezcan tales cuales fueron instituidos, sin embargo, de nuevo os exhortaremos, que, aprovechando toda oportunidad, prosigáis en lo mismo de común acuerdo, como es vuestro derecho y deber.

Pues repugna á la justicia lo mismo que á la equidad que se niegue á los católicos lo que se concede á los que disienten del nombre católico; al público importa que institutos tan sabios y piadosamente fundados por los mayores no se empleen en daño de la Iglesia y de la fe católica, sino en su defensa y amparo y consequentemente en bien del mismo Estado.

Finalmente, reclama la razón de Nuestro cargo, que, con todo empeño, os encomendamos, cuanto, acerca de los clérigos jóvenes y de los presbíteros, os encargamos en las mismas letras. En verdad, que os corresponde, Venerables Hermanos, poner todo estudio y trabajo en la recta educación de toda la juventud, es preciso que atendáis mucho más á los que crecen como esperanza de la Iglesia, para ser dignos de la dignidad sacerdotal y tener aptitud y virtud, según reclaman los tiempos, para desempeñar fielmente los ministerios. En lo cual, como quiera que los Seminarios reclamen con todo derecho los principales cuidados de vuestra vigilancia, procurad con vivo empeño que florezcan en ellos actualmente recomendables instituciones, y que abunden en todos los recursos que les son necesarios; así ciertamente los estudiantes de cosas sagradas serán instruidos madura y

superiormente por la disciplina de escogidos directores, en las costumbres, en las virtudes propias de su estado, y en el esplendor de toda doctrina así divina como humana.

Por lo que respecta á la fructuosa acción de vuestro clero, interesa mucho á esta época, Venerables Hermanos, que brille vuestra concordia en dirigirle, vuestra actividad y caridad en exhortarle y amonestarle, y la firmeza singular de vuestro cargo en defender la disciplina eclesiástica.—Del mismo modo es necesario que cuantos pertenecen al clero se adhieran con gran firmeza á sus Obispos, que de ellos reciban instrucciones y les ayuden en todas las obras; deben presentarse siempre prontos y activos, inspirados por la caridad, en el ejercicio del sagrado ministerio y en sobrellevar los trabajos por la salvación de las almas.—Como quiera que en todas partes puede mucho el ejemplo de los sacerdotes, trabajen primariamente por presentar constantemente en sí mismos, ante los ojos del pueblo cristiano, viva imagen de virtud y continencia. Consideren con suma detención, si se entregan demasiado á los asuntos profanos ó políticos; acordándose con frecuencia de aquello del Apóstol San Pablo: *Ninguno que milita para Dios, se embaraza en los negocios del siglo; á fin de agradar á aquel á quien se alistó.* (1) Ciertamente, como advierte S. Gregorio Magno, no es recto dejar el cuidado de las cosas externas en inquietud de las internas; y expresamente tratándose de defender la religión ó de proveer el bien común, no se han de despreciar los recursos y auxilios que puedan prestar las circunstancias de tiempo y lugar. No obstante precisase gran prudencia y vigilancia para que los varones de orden sacro no traspasen los límites de la gravedad y el modo, y no aparezcan más preocupados de las cosas humanas que de las celestiales. Oportunamente el mismo Gregorio M. dice: *Alguna vez han de tolerarse por compasión los negocios seculares, mas nunca han de buscarse con amor; no sea que al pesar en la mente del diligente, vencida por su peso la sumerjan de las alturas celestiales en lo profundo.* (2). También queremos llamar Nuestra atención hacia los que presiden en los pueblos, para que guarden religiosamente y administren con toda diligencia el *peculio* de sus iglesias; y si hubiese en esta materia alguna cosa menos recta, procurad vosotros mismos, en cumplimiento de vuestro deber, aplicar

(1) D. A. Timpt. II-4.—(2) Reg. Pastor. p. II cap. VII.

la el oportuno remedio. — Además juzgamos muy oportuno, que el clero ponga especial cuidado, para que las Hermandades ó Cofradías laicas que aun existan recobren su antiguo esplendor. Tratase con esto del bien público no solamente de las mismas Hermandades sino también de la religión. Prescindiendo de otras cosas, tales Hermandades pueden indudablemente prestar poderosa ayuda á Vosotros y á vuestro clero ya excitando al pueblo á la piedad y á la vida cristiana, ya afirmando aquella saludable y por Nos tan deseada, concordia de ánimos y voluntades.

Finalmente, de todas aquellas cosas que pertenecen ora á la conservación de la religión y antigua fe, ora al incremento de los institutos católicos, ora á la disciplina de uno y otro clero, juzgamos ser altamente provechoso y saludable, Venerables Hermanos, el que celebráis entre vosotros conferencias, en las que decretéis de común acuerdo lo que creáis más oportuno y necesario.

Por último, confiamos que todos los católicos de Hungría, considerando el grave peligro que corren sus cosas, y reconociendo, en todo lo que hemos dicho, un claro testimonio de Nuestra paternal sollicitud y exquisita voluntad hacia ellos, tomen bríos y fuerzas; y, como procede obedezcan, con toda religiosidad, á Nuestros consejos y mandatos. Asistaos, propicio Dios, á Vosotros, Venerables Hermanos, y al clero y pueblo católico, que como un solo hombre trabaje sin descanso por la religión, y conceda virtud y éxito felicísimo á las obras que habeis comenzado. Ni ha de faltar en empresa tan santa y justa el apoyo del sumo Príncipe, es decir, de vuestro Apostólico Rey, cuyos méritos, están reconocidos por vuestro pueblo desde los comienzos de su reinado.

Para que todo suceda prósperamente, conforme á los deseos manifestados, elevad con Nos á Dios, Venerables Hermanos, grandes súplicas: interponed principalmente el patrocinio de la Augusta Madre de Dios; implorad también el auxilio de vuestro Apóstol, San Esteban, para que mire benignamente desde el cielo por su Hungría, y conserve en ella santa é inviolablemente los beneficios de la divina religión. — Como presagio de los celestiales dones, y prenda de Nuestra paternal benevolencia, amantísimamente os damos á vosotros, Venerables Hermanos, y á todo vuestro clero y pueblo, la bendición Apostólica.

Dado en Roma, junto á San Pedro, el día 11 de Septiembre de 1893, año décimosexto de Nuestro Pontificado.

LEON PP. XIII.



EPISTOLA ENCYCLICA

AD HUNGARIAE EPISCOPOS

LEO PP. XIII

VENERABILES FRATRES

SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

CONSTANTI Hungarorum in hanc Apostolicam Sedem pietati observantiaeque poterna semper pontificum romanorum benevolentia mutuo cumulatque respondit; Nosque ipsi praecipue caritatis providentiaeque testimonia nunquam passi sumus a vobis a gente vestra desiderari. Istiusmodi vero acimum Nostrum singulari, quadam ratione patefacimus, cum septem ante annos maximi faustissimique eventus memoriam Hungaria celebravit. Hanc siquidem opportunitatem nacti, epistolam ad vos dedimus, Venerabiles Fratres! in eoque tum avitam Hungarorum fidem, virtutes et clara facta commemoravimus, tum etiam consilia vobiscum de rebus communicavimus, quae ad gentis istius salutem et prosperitatem, per haec tam infensa catholico nomini tempora, pertinere viderentur. Eadem vero causa idemque propositum Nos modo impellunt ut iterum a vos perscribamus. — Sane in hoc genere rerum, quae omnium animos istis postremo hoc tempore permoverunt, Apostolice officii Nostri ratio postulat, ut vos clorumque vestrum ad animum constantiam, ad concordiam, ad alacritatem in erudiendis monendisque opportune populi curae vestrae conceditis anxius cohortemur. — Sed alia praeterea sunt apud vos, quae novam sollicitudinis causam Nobis afficiunt: pericula intellegimus, quae religioni graviora quotidie impendent. — Haec enim vero, ut praecipuas curas cogitationesque Nostras ad se convertunt, his maxime operam vestram, Venerabiles Fratres, vehementius efflagitant, esumque valde confirmamus consiliis expectationisque Nostrae parem omnino futuram.

Quod generatim ad officia catholicorum attinet, tam acri praesertim insidiosaque institutorum christianorum oppugnatione, maiorem in modum oportet ut curarsi serio naviterque perpendant quanti

referat in omni temporum rerumque varietate salvan incolumemque esse in civitate religionem, itemque quantopere intersit perfectam stabilitatemque hac in re arriorum consensionem retineri. Causa nimirum agitur de summo maximoque omnium honorum, quae est sempiterna hominum salus, neque minus de iis ipsis conservandis tuendisque rebus, quae in civitatis societate vel ad quietem vel ad veri nominis felicitatem impense expetuntur. — Ita plane excelsi illi viri, gravissimaeque omnis posteritatis memoris digni, sensere, qui in exitum fortitudinis animi exemplum ubique gentium, quavis aetate, mirifice eluxerunt, seseque velut marum pro domo Dei impertierant; non sua omnia solum, sed et vitam ipsam, religionis Ecclesiaeque causa, parati profundero. — In qua pariter habet Hungaria vestra domestica exempla, eoque, longo aetate decursu, et multa et proelara. Quin immo quod ipsa in catholica fide a Stephano rege et Apostolo suo accepta, fideliter constantissime permanserit, in hoc aspe, praeter singulare Dei beneficium, agnosendus est fructus firmissimi perpetuaeque gentis salutis propositi; quod nempe mature intellexerit quomodo de religione ageretur, de gloria nominis, de ipsa incolumitate et nominis sui causam agi. Mirum vero quam generosas et insignes istiusmodi animorum affectu virtutes alerit; quarum opo vel in summis temporum difficultatibus magnitudinal periculorum non dissimilem Hungari fortitudinis constantiaeque magnitudinem opposuerunt. Eorum sane praesidio virtutum, quomodo feras Tertiarum incursionem, tum etiam diuturnos immanesque Mohammedanorum impetus invicti refulerunt, digni sane qui in hoc tam periculoso certamine ab exteriorum gentibus, a principibus summis, maxime a romanis Pontificibus, omni adjuvantur subsidio; neque enim de fide tantummodo imperioque Hungarorum, sed de ipsa religione catholica, de Occidentis salute stimebatur. — Simili ratione recentiorum saeculorum procellas, quae iam graves apud finitimas gentes edidit ruinas, etsi eorum violentiam ipsis quoque sensit Hungaria, iacturasque fecit non sane leves, sospes tamen effugit; effugitque in posterum si modo ausus religionis et honos, omnesque pernoscent quae sua cuiusque sint quotidianae officia, eaque diligentissime colant.

Atque ut ad ea venimus, quae propositum Nostrum propius attingunt, haud mediocri profecto animi dolore perspeximus, praeter ea quae in Hungariae legibus, uti alios conquesti sumus, eam Ecclesiae iuribus discrepat et eius facultatem agendi minuant ac professioni catholicae nominis offendant (1); et alia fuisse postrema hisce annis vel publica auctoritate decreta vel acta, haud minus sane Ecclesiae ipsi relique catholicae perniciosa: eo autem qui nunc est communium rerum vestrarum cursu, valde portimescendum, ne longe graviora eveniant religioni damna. — Idemvero, quod nominatim pertinet ad eorum capita, quae ferentibus apud vos proximo hoc tempore agitata sunt, vestrum est, Venerabiles Fratres, studiosa

(1) Epist. Rhevel. ad Episcopos Hung. die 22 Aug. 1861.

concorditerque deo operam, ut omnes tum sacerdotes, tum laici apprime agnoscant quid sibi liceat et a quod cavere debeant, ne contra naturalem divinaeque legis offendant praescripta. Et quoniam plerique vestrum de iis ipsis rebus animarum curatores iusserunt Apostolicae Sedis iudicium, a vobiscumque perrogatum, expectare, vestrum iam erit, Venerabiles Fratres, eosdem sacrorum administratos sedulo admonere, ut religioni habeant ne minimum quidem ab iis discedere quae Apostolicae Sedes vel statuerit vel praeciperit; quod autem sacerdotibus non liceat, planum est ne laicis quidem hominibus illud licere. — Ceterum ad prohibendam plurimorum malorum vim, permagni ponderis est, ut animarum curatores nunquam desistant multitudine commovere, ut ab ineundis cum alienis a catholico nomine coniugiis, quantum fieri possit, abstinere. Probe intelligant fideles, notissimum vobis habere, ad eiusmodi coniugiis, quae semper Ecclesiae detestata est, ex eo maxime esse abhorrendum, uti Nos ipsi e hoc loco ediximus (1), quod occasione praebet vitiae societati et communicationi rerum sacrarum; periculum religioni creent coniugiis catholici; impedimento sunt bonae institutioni liberorum, et persaepe sumos impellunt, ut cunctarum religionum saequum habere rationem assuescant, sublato veritateque discrimine.

Sed a vitae Hungarorum religioni natura impendunt, uti monuimus, damna. Quotquot laici sunt inimici catholici nominis non dissimulant profecto quid velint; nimirum, armis omnibus ad nocendum apudibus, illud esse qui Ecclesiae reque catholicae in deteriore conditione compellantur. Vos itaque, Venerabiles Fratres, vehementius quam unquam alias hortamur, nulli ut labori periculis, quo tantam patientiam a grege vobis commissa a patria vestra propulsata. — Illud imprimis curate atque officite ut universi, exemplo et auctoritate vestra confirmati, religionis causam fortes et animosi suscipiant, firmiter tueantur. Profecto, haud raro occidit, neque enim relinquitur id quod est, ut nonnulli inter catholicos, quo tempore maxime desorent virtute constantique summa enim in fuerdis vindicandisque Ecclesiae iuribus, specie quadam humanae prudentiae ducti, vel in diversa abeant, vel nimis in actione timidos remissosque se praebant. Alqui facti perspicitur, istiusmodi agenda rationem periculis sane gravissimis aditum patefacere, praesertim si de his agatur qui vel auctoritate polleant vel in opinionibus multitudinis plurimum possint. Praeter eum quam quod obfuro deseritur iustum ac debitum, haud levis plerumque offensionis affertur causa, et via intercluditur ad eam obtinendam servandamque concordiam, quae facit ut omnes idem sentiant, idem suo facto comprobent. Quo sane re, catholicorum solliciti vel desidia vel dissensione, nihil potest inimicis catholici nominis optatus contingere; haec nempe ille, quo proclive est, crebrius evadit, ut inimicis ipsis liberum expeditumque

(1) Litt. Encycl. de Matrimonio Christiano, an. 1860.

ad peiora audenda locum relinquunt. Oportet sane omnibus in rebus consilii prudentiam temperantiamque habere comites; Ecclesia ipsa vult in defensione veritatis consilium adhiberi agendi rationem: nihil tamen a germane prudentie legibus tam alienum, quam committere ut religio impune vexetur, populi salus in discrimen adducatur.

Com vero ad firmandam concordiam, neque ac ad actuosam catholicorum hominum solertiam excitandam, mire efficacem salutariamque vim habeant, nisi experiendo patet, an aui eorumdem conventus, in quibus de re catholica, de piorum operum omnis generis incremento, Episcoporum ductu atque auspiciis, communia consilia conficiuntur: ideo vehementer optamus, ut ea naviter perficiantur, quae vosmet non multo ante, hac super re, opportune providisse cognovimus. Noque enim dubitamus, conventus eiusmodi, qui ut aliis quoque in locis habiterent valde. Nos auctores fuimus, rationibus vestris magnopere profuturos.—In eo etiam sedulo vos prospicere decet, ut in legumtorum contra il viri speculatae religionis probataeque virtutis cooptentur, qui animum gerant tenacem propositi, videlicet ad Ecclesiae rebus catholicae iura vindicanda promptum semper atque alacram.—Viditis praeterea, Venerabiles Fratres, tum ephemericum tum librorum quae, in id acriter incumbere qui ab Ecclesia dissident, ut errorum per versarumque opinionum venena late spargant in vulgus, moros bonos corrumpant, atque ab actione vitae christianae multitudinem adducant. Intellegat igitur homines vestri tempus iam esse coarcti aliquid melius in hoc genere, omnique ratione effluere ut scripta scriptis opponantur, quae magnitudinal certaminis peria existant, atque idoneis malis remedia suppedient.

Maxime vero, Venerabiles Fratres, studia vestra in puerorum atque adolescentium institutione fixa et locata esse volumus. Mens Nobis non est exaltare, vna iam in hisdem ad vos litteris, initio commemoratis, exposuimus: facere tamen non possumus quin nonnulla, quae gravioris momenti sunt, breviter stinguamus.—De primordiorum scholis, instandum urgendumque est, Venerabiles Fratres, ut curiosos ceteraque animarum curatores summo in eas studio continenter evigilent, maximeque ponant officii sui partes in alumnis sacra doctrina erudienda. Tale vero munus, nobile atque grave, ne aliene procuracioni permittant, sed ipai sibi assumant habeantque carissimum, cum certum sit a sana pique puerilis aetatis institutione, non familiarum solum, sed reipais publice incolunitatem magnam partem pendere. Neque institutionem solertiamque patris ullam fore tantam, qui sit adhibenda melior ut scholae eiusmodi lecta quotidie incrementa capiant. Illud valde opportunum fuerit, in unaqueque Dioecesi Inspectorum scholarum et dioecesanum et decanales constitui, quibuscum quotannis Episcopi de scholarum statu et conditione, imo et de ceteris rebus ad fidem, ad mores, ad animarum curam pertinentibus, consilia conferant. Quod si necesse sit ut vel novae instituantur, pro locorum ratione, scholae, vel ut iam conditae ampli- fcentur, minime dubitamus quin vestra, Venerabiles Fratres, multis

iam explorata argumentis, itemque catholicorum hominum ex omni ordine liberalitas prompta sit et generosa adfutura.

De modis vero, ut aiunt, daque maiorum disciplinarum scholis, persudiose cavendum ne bona illa velut semina in animos puerorum infusa, misere in adolescentibus pereant. Quantum igitur vel rogando vel rogando potestis, tantum contendite, Venerabiles Fratres, ut eiusmodi pericula vel amoveantur vel minuantur: imprimis pastoralis solertia vestra in eo valeat, ut praefectionibus de religione tradendis probi deligantur doctique viri, utique eae removeantur causae, quae salutarem atque uberem eorumdem fructum nimis saepe impediunt.—Ceterum, etsi Nobis bene cognitae sunt probataeque curae a vobismetipsis collatae ut istae studiorum optimorum sedes, quae ex suorum mente in Ecclesiae atque Episcoporum potestate esse debent, tales perseverent, quales ad ipsas constitutae, maiorem tamen in modum vos hortamur, ut omni oblata opportunitate in idipsum pergitis communi consilio, uti vestrum ius est et officium, incumbere a catholico nomine concessum est, aequitatis pariter iustitiaeque repugnant id catholicis denegari: publice autem refert, ut quae a maioribus iam pia sapienterque instituta sunt, non in Ecclesiae fideique catholicae detrimentum, sed in utriusque tutelam ac presidium, atque adeo in ipsius rei publicae bonum perpetuo adhibeantur.

Hoc denique officii Nostri ratio exposcit, ut ea vobis impensissime commendamus, quae de adolescentibus clericis, de presbyteris in eis ipsis litteris habuimus commendata.—Profecto si vestrum est, Venerabiles Fratres, plurimum consilii atque operae in recte instituenda omni iuventute ponere, nullo vos magis in his elaborare necesse est, qui in Ecclesiae spem adolescant, ut nempe et sacerdotii honore digni sint et munus eius rite obeundis aptam pro temporibus virtutem praesferant. In quo quum praecipuus vigilantiae vestrae partes iure sibi vindicent sacra Seminaris, alacriore in dies studio contendite ut optimis et institutis floreat, abundantique adiumentis iis omnibus quae necessaria sunt; ita sane ut, delectorum moderato disciplina, ad mores, ad virtutes sui ordinis proprias, atque ad decus omne doctrinae, vel divinae vel humanae, sacerorum alumni mature optimeque excolantur.

Quod vero ad fructuosam Cleri vestri actionem pertinet, hoc huius maxime est temporis, ut vestra, Venerabiles Fratres, sive in eo dirigendo concordia, sive in hortando monendoque solertia et caritas, sive in tuendo ecclesiae disciplinae firmitas officii eluceat singularis.—Vicissim quoque sunt ex ordine clerici necesse est ut Episcopis suis summa cum fide adhaerescant, eorum excipiant monita, consilia et coepta adiuvant; in perfunctione autem munerum sacerorum, in laboribus pro salute hominum sempernata suscipiendis promptos semper alacresque, caritate ducte, zaso impertiant.—Cum vero in omnes partes plurimum possint sacerdotum exempla, imprimis studeant, semetipsos vivam virtutis et continentiae formam

oculis christiani populi constanter exhibere. Cautè vere videant, ne civilium vel politicarum rerum studiis plus nimio se dedant; illudque sæpe Pauli Apostoli memorerint: *Nemo militans Deo, implicat se negotiis secularibus; ut ei placeat, cui se probavit* (1). Certè, exteriorum providentiam, monente S. Gregorio Magno, in interiorum sollicitudine rectum est non relinquere; nominatimque quæ de religione laenda aut de communi bono provchendo agitur, non sunt profecto ea negligenda præsidia atque adiumenta quæ tempus vel locus afferit. Summa tamen prudentia vigilantique opus est, ne sollicit gravitatem modumque transierint sacri ordinis viri, et minus ipsi caelestia quam humana curare videantur. Aptissime idem Gregorius M. Sæcularia itaque negotia aliquando ex compassione tolerandi sunt, nunquam vero ex amore requirenda; ne cum mentem diligenti aggravam, hanc suo vicium pondere ad ima de caelestibus mergant (2).—Hud etiam volumus, excitari a vobis qui curis preesunt, ut ecclesiarum suarum pecuniam religiose eas odiant diligenti atque administrant: si qua vero et hoc in genere minus recta insederint, vos item optam curationem pro munere admoveat.—Præterea valde opportunum censemus, studiosam a Clero confecti curam, ut quæ istæ suat Societates seu Confraternitates laicæ in pristinum decus reviviscant. Namque de eas agitur, quæ non minus curandæ Societatum, quam publicæ spectat religionis bonum. Ut enim cetera omittamus, plurimum sane adiuventum vobis cleroque vestro talia Societata offerre possunt quam in excolendo ad pietatem, ad christianam vitam populo, tum etiam in firmata salutari illa, quam latetere expetimus, animorum voluntatumque consensione.

Demum de his omnibus, quæ vel ad religionis fideique vitæ tutelam, vel ad institutorum catholici nominis incrementum, vel etiam ad Cleri utriusque disciplinam pertinent, optimum sane saluberrimumque fore arbitramur, Venerabiles Fratres, si consilia idem inter vos conferro consueveritis, ea cum communi iudicio decreturi, quæ vel necessaria vel magis opportuna dignoveritis.

Futuram confidimus ut universi ex Hungaria catholici homines, tam plena periculi foram suarum inclinatione percipiant, atque in his omnibus, quæ diximus, potestate Nostræ sollicitudinis studiosissimæque erga ipsos voluntatis testimonium recognoscentes, animum viresque sumant; omniq; uti par est, religione consiliis monitisque Nostris obtemperent. Vobis autem, Venerabiles Fratres itemque clero populoque catholico, una felicitate atque animo, præ religione strenue adlaborantibus cedit propitius Deus, maximeque felicitatem cælestis vestris virtutem imperdit. Nec deest profecto in causa sanctissimæ iustissimæque summi Principis benevolam ac propensum studium, Apostolici iniquimus Regis vestri, cuius vel ab initiis principatus sui late perspicte sunt in gentem vestram promerita.

(1) II. Tim. II, 4.—(2) Reg. Pastor. p. II, c. VII.

Quo autem omnia secundum voti ac prospere cedant, magnas ad Deum preces et ipsi Nobiscum adhibete, Venerabiles Fratres: polissimo patrocinium interponite augustæ Dei Genitricis; tum etiam imploratis fidem sancti Stephani Apostoli vestri, ut e celo Hungariam suam benignus respiciat, in eoque divinis beneficiis religionis sancte inviolatèque conservet.—Caestium vero munus nupscam et paternæ Nostræ benevolentis testem, Apostolicam benedictionem vobis, Venerabiles Fratres, clero populoque vestro universo, peramanter impertimus.

Datum Romæ apud S. Petrum die XI Sep. An. MDCCCXCIII Pontificatus Nostræ Decimosexto.—LEO PP. XIII.



UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

®

AL DE BIBLIOTECAS



EPÍSTOLA ENCÍCLICA

DEL ESTUDIO DE LA SAGRADA ESCRITURA

LEÓN P. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.



La Providencia de Dios, que por un admirable designio de amor ha elevado en sus comienzos al género humano á una participación de la naturaleza divina; que después ha restaurado en su primera dignidad, al hombre redimido del pecado original, arrancándole á su perdición, ha dado á ese mismo hombre un precioso auxilio á fin de abrirle por un medio sobrenatural los tesoros ocultos de su divinidad, de su sabiduría y de su misericordia.

Aunque deben comprenderse en la revelación divina las razones que no son inaccesibles á la razón humana, y que han sido reveladas al hombre, á fin de que todos puedan conocerlas fácilmente, no puede decirse, sin embargo, que esta revelación sea *necesaria de una manera absoluta*, sino porque Dios, en su infinita bondad, ha destinado al hombre á un fin sobrenatural. (*Concedio Vaticano*).

«Esta revelación sobrenatural, según la fe de la Iglesia universal, se halla contenida, tanto en las tradiciones no escritas, como en los libros llamados *santos* y *canónicos*, porque escritos bajo la inspiración del Espíritu-Santo, tienen á Dios por autor, y en tal concepto han sido dados á la Iglesia».

Eso es lo que ésta no ha cesado de pensar ni de profesar públicamente respecto de los libros del Antiguo y Nuevo Testamento. Conocidos son los documentos antiguos muy importantes, que indican que Dios ha hablado primeramente por los profetas, después por sí mismo, luego por los

Apóstoles, y que nos ha dado también la Escritura que se llama canónica (San Agustín de *civ Dei*), y que no es otra cosa sino los oráculos y las palabras divinas, y que constituye como una carta otorgada por el Padre celestial al género humano que viaja fuera de su patria, y que nos han trasmitido los autores sagrados.

Este origen demuestra bien claramente cuánta es la excelencia y el valor de las Escrituras, que teniendo á Dios mismo por autor, contienen la indicación de sus más altos misterios, de sus designios y de sus obras. Resulta de todo esto, que la parte de la Teología que concierne á la conservación y á la interpretación de estos libros divinos, es de suma importancia y de la más grande utilidad.

Nos hemos tomado con empeño la tarea de hacer progresar otras ciencias que Nos parecían muy apropiadas al acrecentamiento de la gloria divina y á la salvación de los hombres; tal ha sido por Nuestra parte el objeto de frecuentes Encíclicas y numerosas exhortaciones que, con la ayuda de Dios, no han resultado estériles. Nos Nos propusimos también, desde hace mucho tiempo, reanimar y recomendar del mismo modo este tan noble estudio de la Sagrada Escritura y de dirigirlo de una manera más conforme á las necesidades de los tiempos actuales.

La solicitud de Nuestro cargo apostólico Nos anima y en cierto modo Nos impulsa, no solamente á querer abrir con toda seguridad y amplitud, para la utilidad del pueblo cristiano, esta preciosa fuente de la revelación católica, sino también á no tolerar que sea enturbiada en alguna de sus partes, ya por aquellos á quienes mueve una audacia impía y que atacan abiertamente á la Sagrada Escritura, ya por los que suscitan á cada paso innovaciones engañosas ó imprudentes.

Nos no ignoramos, seguramente, Venerables Hermanos, que cierto número de católicos, hombres ricos en ciencia y en talento, se dedican con ardor á defender los Libros Santos ó á propagar más y más su conocimiento é inteligencia. Pero alabando á justo título sus trabajos y los resultados que de ellos obtienen, Nos no podemos dejar de exhortar á que lleven á término esta santa tarea para merecer el mismo elogio á otros hombres cuyo talento, ciencia y piedad, promete en esta obra excelentes resultados.

Nos deseamos ardentemente que mayor número de fieles católicos emprendan como conviene la defensa de las

Sagradas Letras, y á ello se dediquen con constancia; Nos deseamos, sobre todo, que áquellos que han sido llamados por la gracia de Dios á las Ordenes Sagradas, pongan de día en día mayor cuidado y más grande celo en leer, meditar y explicar las escrituras: pues nada hay más conforme á su estado.

Aparte de la bondad de tal ciencia y de la obediencia debida á la palabra de Dios, otro motivo, sobre todo, Nos hace juzgar que el estudio de la Sagrada Escritura debe ser eficazmente recomendado. Este motivo es la abundancia de las ventajas que de ello resultan y de las que tenemos como prenda las palabras del Espíritu-Santo: «Toda la Escritura divinamente inspirada es útil para instruir, para razonar, para conozer, para acomodarse á la justicia á fin de que el hombre de Dios sea perfecto y pronto á toda buena obra». (Ep. ad Tim).

Con este designio ha dado Dios á los hombres las Escrituras; los ejemplos de Nuestro Señor Jesucristo y de los Apóstoles lo demuestran. Jesús mismo, en efecto, que «se ha conciliado la autoridad por milagros, ha merecido la fe por su autoridad y ha ganado á la multitud por su fe», tenía costumbre de apelar á la Sagrada Escritura en testimonio de su divina misión.

El se sirvió en ocasiones de los Libros Santos á fin de declarar que es el enviado de Dios y Dios mismo; de ellos toma argumentos para instruir á sus discípulos y para apoyar su doctrina; invoca su testimonio contra las calumnias de sus enemigos; los opone en su respuesta á los saduceos y á los fariseos, y los vuelve contra el mismo Satanás, que los invoca con imprudencia; los emplea aún al fin de su vida; y una vez resucitado los explica á sus discípulos hasta que sube á la gloria de su Padre.

Los Apóstoles se han ceñido á la palabra y á las enseñanzas del Maestro, y aunque El mismo les concedió el don de hacer milagros, ellos sacaron de los Libros Santos un gran medio de acción para propagar por todas las naciones la sabiduría cristiana; vencer las obstinaciones de los judíos y ahogar las nacientes herejías.

Este hecho resulta en todos sus discursos, y en primer término en los de San Pedro; ellos los compusieron en gran parte con texto del Antiguo Testamento, considerándolo como el apoyo más firme de la Nueva Ley. Y esto no es menos evidente en lo que atañe á los Evangelios de San

Mateo y San Juan y en las Epístolas llamadas católicas, según el testimonio de aquel que «delante de Gamaliel» se gloraba de haber estudiado la Ley de Moisés y de los profetas para poder decir con confianza, provisto de armas espirituales: «Las armas de nuestra milicia no tienen nada de terrenales; son la omnipotencia de Dios».

Que todos, y muy especialmente los soldados del ejército sagrado, comprendan, pues, según los ejemplos de Cristo y de los Apóstoles, en cuánta estimación deben tener á la Sagrada Escritura, y con cuánto celo y con qué respeto les es preciso, por decirlo así, aproximarse á este arsenal.

En efecto; aquellos que deben propagar, sea entre los doctos ó entre los ignorantes, la verdad católica, en ninguna parte, fuera de los Libros Santos, encontrarán enseñanzas más numerosas y más completas sobre Dios; bien sumo y perfectísimo, y sobre las obras que ponen de manifiesto su gloria y su amor.

En lo que se refiere al Salvador del género humano, ningún texto es tan fecundo y conmovedor como los que se encuentran en toda la Biblia, y por esto ha podido San Jerónimo afirmar con razón «que la ignorancia de las Escrituras es la ignorancia de Cristo». En ellas se vé viva y palpante la imagen del Hijo de Dios, y este espectáculo allivia los males de un modo admirable, exhorta á la virtud ó invita al amor divino.

En lo que concierne á la Iglesia, su institución, sus caracteres, su misión y sus dones, encuéntranse en la Escritura tantas indicaciones, y existen en su favor argumentos tan sólidos y tan bien apropiados, que el mismo San Jerónimo ha podido decir con mucha razón: «Aquel que se apoya en los testimonios de los Libros Santos, es el valiente de la Iglesia».

Ahora, si se buscan preceptos relativos á las buenas costumbres, á las reglas de vida, los hombres apostólicos encontrarán en la Biblia grandes y excelentes recursos; prescripciones llenas de santidad; exhortaciones en las que maravillosamente se hallan reunidas la suavidad y la fuerza, notables ejemplos de todas las virtudes, á los que se añaden la promesa de las recompensas eternas y el anuncio de las penas del otro mundo; promesas y anuncios hechos en nombre de Dios y apoyándose en sus palabras.

Virtud es ésta notabilísima y particular á las Escrituras: procedente del soplo divino del Espíritu Santo, que da au-

toridad al orador sagrado, le inspira una libertad de lenguaje verdaderamente apostólica y le suministra una elocuencia vigorosa y convincente.

En efecto; aquel que lleve en su discurso el espíritu y la fuerza de la palabra divina «no habla solamente con la lengua, sino con la virtud del Espíritu Santo y con grande abundancia de frutos».

Por esta razón debe decirse que obran con torpeza é imprevisión los que hablan de la Religión y anuncian los preceptos divinos sin invocar apenas otra autoridad que las de la ciencia y de la sabiduría humana; se apoyan más en sus propios argumentos que en los argumentos divinos.

Es, por lo tanto, su elocuencia, aunque brillante, lánguida y fría, en cuanto se vé privada del fuego de la palabra de Dios y carece de la virtud que brilla en el lenguaje divino: «Pues la palabra de Dios es más fuerte y más penetrante que una espada de dos filos; entra en el alma y en el entendimiento hasta el punto de atravesarnos en cierto modo».

Aparte de esto, los mismos sabios deben convenir en ello existe en las Sagradas letras una elocuencia admirablemente variada, admirablemente rica y digna de los más grandes objetos; esto es lo que San Agustín ha comprendido perfectamente probado, lo que la experiencia permite comprobar en las obras de los oradores sagrados. Estos debieron, sobre todo, su gloria al estudio asiduo y á la meditación de la Biblia, y en estos dieron testimonio de su gratitud hacia Dios.

Conociendo á fondo todas estas riquezas y haciendo de ellas un uso frecuente, los Santos Padres no han economizado sus elogios á la Sagrada Escritura, por los frutos que de ella se pueden obtener.

En más de un pasaje de sus obras llaman á los Libros Santos «precioso tesoro de las doctrinas celestiales y eterno manantial de salvación», y los comparan á fértiles praderas y á deliciosos jardines, en los que el rebaño del Señor encuentra una fuerza admirable y un maravilloso encanto.

Tal es también el sentido de San Gregorio el Grande, que ha indicado más excelentemente que nadie los deberes de los Pastores de la Iglesia: «Es necesario—dice—que los que se dedican al ministerio de la predicación no cesen de estudiar los Libros Santos».

Y aquí nos place recordar este aviso de San Agustín: «No será en lo exterior un verdadero predicador de la palabra de Dios, aquel que no la escucha en el interior de sí mismo».

San Gregorio aconseja, aun á los autores sagrados, «que antes de llevar la palabra divina á los otros, deben aquellos examinarse á sí propios para no descuidarse ocupándose en las acciones de los demás».

Esta verdad había ya sido manifestada por la palabra y el ejemplo de Cristo, que empezó «á obrar y á enseñar» y la voz del Apóstol la había también proclamado al dirigirse, no solamente á Timoteo sino á todo el orden de los Eclesiásticos cuando anunciaba este precepto: «Vela con atención sobre ti y sobre tu doctrina; pues obrando así, te salvarás á tí mismo y salvarás á tus oyentes».

Y ciertamente, para la propia y ajena santificación se encuentran preciosos socorros en los Libros Santos, y abundan, sobre todo, en los salmos. No obstante, estos solo aprovecharán á los que presten á la divina palabra no solamente un espíritu dócil y atento, sino una buena voluntad perfecta y una verdadera piedad.

Estos libros, en efecto, dictados por el mismo Espíritu Santo, contienen verdades muy importantes, ocultas y difíciles de interpretar en muchos puntos; para comprenderlos y explicarlos, tendremos siempre necesidad de la presencia de este mismo Espíritu; esto es, de su luz y de su gracia que, como nos advierten los Salmos, deben ser implorados por medio de la oración humana acompañada de una vida santa.

Y en esto aparece de un modo esplendoroso la provisión de la Iglesia. «Para que este tesoro de los Libros Sagrados que el Espíritu Santo ha entregado á los hombres con soberana liberalidad no fuera desatendido, ha multiplicado en todo tiempo las instituciones y los preceptos. Ha decretado no solamente que una gran parte de la Escritura fuera leída y meditada por todos sus Ministros en el ejercicio cotidiano, sino que estas Escrituras fueran enseñadas é interpretadas por hombres doctos, en las catedrales, en los monasterios y en los conventos de Regulares donde pudieran prosperar su estudio; ha ordenado por rescripto que los domingos y fiestas solemnes sean alimentados los fieles con las palabras saludables del Evangelio. De este modo, y gracias á la sabiduría y vigilancia de la Iglesia el estudio de la Sagrada

Escritura se mantiene floreciente y es fecundo en frutos de salvación.

Para afirmar Nuestros argumentos y Nuestras exhortaciones, queremos recordar que todos los hombres notables por la santidad de su vida y por su ciencia de las verdades, siempre han cultivado con asiduidad el estudio de las Santas Escrituras. Vemos que los discípulos más inmediatos de los Apóstoles, entre los que citaremos á Clemente de Roma, á Ignacio de Antioquía, Policarpo, todos los Apolo-gistas, especialmente Justino é Ireneo, han encaminado los argumentos de sus cartas y de sus libros á la conservación ó á la propagación de los dogmas divinos difundiendo la doctrina, la fuerza y la piedad de los Libros Santos.

En las escuelas de Catecismo y de Teología que se fundaron en la jurisdicción de muchas Sedes episcopales, y entre las que figuran como más célebres las de Alejandria y Antioquía, la enseñanza no consistía, por decirlo así, más que en la lectura, explicación y defensa de la palabra de Dios escrita.

De estas aulas salieron la mayor parte de los Santos Padres y escritores, cuyos profundos estudios y notables obras se sucedieron durante tres siglos, con tan grande abundancia, que este período fué llamado la Edad de Oro de la exégesis bíblica.

Entre los de Oriente, el primer puesto corresponde á Orígenes, hombre admirable por la rápida concepción de su entendimiento y por sus trabajos no interrumpidos. En sus numerosas obras y en sus inmensas *Exégesis* puede decirse que se han inspirado casi todos sus sucesores.

Entre los muchos que han extendido los límites de esta ciencia, es preciso enumerar, como más en mentes, en Alejandria, á Clemente y á Cirilo; en Palestina, á Eusebio y al segundo Cirilo; en Capadocia, á Basilio el Grande, á Gregorio Nazianceno y Gregorio de Nicea, y en Antioquía á Juan Crisostomo, en quien á una notable erudición se unió la más elevada elocuencia.

La Iglesia de Occidente no ostenta menores títulos de gloria. Entre los numerosos doctores que se han distinguido en ella, ilustres son los nombres de Tertuliano y de Cipriano, de Hilario y de Ambrosio, de León el Grande y de Gregorio el Grande; pero sobre todo los de Agustín y de Jerónimo.

El uno demuestra su penetración admirable en la interpretación de la palabra de Dios y su consumada habilidad en sacar de ella partido para defender la verdad católica; el otro por su conocimiento extraordinario de la Biblia y por sus magníficos trabajos sobre los Libros Santos, ha sido honrado por la Iglesia con el título de Doctor máximo.

Desde esta época hasta el siglo undécimo, aunque esta clase de estudios no fueron tan ardentemente cultivados, ni tan fecundos en resultados como en las épocas precedentes; florecieron bastante, gracias, sobre todo, al celo de los Sacerdotes.

Estos cuidaron, ó de recoger las obras que sus predecesores habían escrito sobre asunto tan importante, ó de pagarlas después de haberlas estudiado concienzudamente, y de enriquecerlas con el fruto de sus meditaciones. Así es como procedieron, entre otros, Isidoro de Sevilla, Beda y Alcuino. Todos ellos glosaron los manuscritos sagrados, como Valfrido, Strabon y Anselmo de Luan ó trabajaron por medio de procedimientos nuevos, para mantener la integridad de los textos, como lo hicieron Pedro Damían y Loufrán.

En el siglo XII muchos emprendieron con gran éxito la explicación alegórica de la Sagrada Escritura; en este género San Bernardo se distinguió fácilmente entre todos los demás; sus sermones no se apoyan por punto general, sino en las Divinas Letras.

Pero también nuevos y abundantes progresos se realizaron, gracias al método de los escolásticos. Estos, aunque se dedicaron á investigar el verdadero texto de la versión latina, como lo demuestran las *Biblias convegitas* que ellos publicaron, pusieron todavía más celo y más cuidado en la interpretación y en la explicación de los Libros Santos.

Tan sabia y claramente como algunos de sus predecesores distinguieron los diversos sentidos de las palabras latinas, fijaron el valor de cada una desde el punto de vista teológico; anotaron los diferentes capítulos de los libros y el asunto de los capítulos, profundizaron en la significación de las palabras bíblicas y explicaron la relación de los preceptos entre sí. Todo el mundo vé cuánta luz ha sido llevada á puntos oscuros con dichos procedimientos. Además, sus libros, sean relativos á la Teología ó dedica-

dos á comentar la Sagrada Escritura, manifiestan una ciencia profunda, sacada de los libros Santos.

A este título, Santo Tomás se ha llevado, entre todos ellos, la palma.

Pero desde que nuestro predecesor Clemente V nombró para el Ateneo de Roma y para las más célebres Universidades maestros de lenguas orientales, éstos empezaron á estudiar la Biblia, al mismo tiempo que sobre el manuscrito original, sobre la versión latina. Y cuando seguidamente los monumentos de la ciencia de los griegos nos fueron comunicados, y cuando, sobre todo, el arte nuevo de la imprenta fué inventado, el cultivo de la Sagrada Escritura se extendió de un modo extraordinario. Es realmente asombroso cómo en corto espacio de tiempo se multiplicaron las ediciones de los Sagrados Libros, sobre todo, la de Vulgata, de tal modo, que en esta época, tan desacreditada por los enemigos de la Iglesia, los Libros Divinos eran estimados y venerados.

No debe omitirse el recuerdo de aquel gran número de hombres doctos, pertenecientes, sobre todo, á las Ordenes religiosas, que desde el Concilio de Viena hasta el de Trento, trabajaron por la prosperidad de los estudios bíblicos. Estos, gracias á nuevos auxilios, á su vasta erudición y á su notable talento, no sólo acrecentaron las riquezas acumuladas por sus predecesores, sino que prepararon, en cierto modo, el camino que debían seguir los sabios del siguiente siglo; durante el que, y como resultado del Concilio de Trento, la época tan próspera de los Padres de la Iglesia pareció, hasta cierto punto, renacer.

Nadie, en efecto, ignora y á Nos es grato recordar que Nuestros predecesores, desde Pio IV á Clemente VIII, ordenaron la publicación de notables ediciones de las versiones antiguas, entre ellas la de Alejandria y la Vulgata. Las que se publicaron seguidamente de orden y bajo la autoridad de Sixto V y del mismo Clemente son, hoy día, de uso general. Se sabe que en esta época fueron editadas, al mismo tiempo que otras versiones de la Biblia, las Biblias políglotas de Amberes y de Paris, muy bien dispuestas para la investigación de su sentido exacto.

No hay un sólo libro de los dos Testamentos que no encontrara entonces un hábil intérprete; ni existe cuestión alguna relacionada con este asunto, que no ejercitara con fruto el talento de muchos sabios, entre los que, cierto nú-

mero sobre todo, los que estudiaron más á los Santos Padres, adquirieron un renombre notable.

Desde esta época no ha faltado el celo á Nuestros exégetas. Hombres distinguidos han adquirido grandes méritos por sus estudios bíblicos y por sus defensas de la Sagrada Escritura contra los ataques del racionalismo, suecos de la filología y de las ciencias análogas, y que aquéllos han rechazado sirviéndose de argumentos del mismo género.

Todos los que sin prevención examinen esta rápida reseña, Nos concederán ciertamente que la Iglesia no ha carecido jamás de previsión; que siempre ha hecho correr hacia sus hijos las fuentes saludables de la Divina Escritura; que siempre ha conservado este auxilio, para cuya guarda ha sido propuesta por Dios, y que lo ha fortificado por medio de todas suertes de trabajos, de tal modo que no ha tenido jamás, ni tiene ahora, necesidad de ser excitada en semejante tarea por hombres que la son extraños.

El plan que Nos hemos propuesto exige que Nos os hablémos de lo que parece útil al buen régimen de estos estudios. Pero importa, ante todo, examinar qué hombres Nos ponen obstáculos y á qué armas y procedimientos recurren para ello.

Antiguamente la Santa Sede tuvo que habérselas con los que, apoyándose en su juicio particular y repudiando las diversas tradiciones y la autoridad de la Iglesia, afirmaban que la Escritura era la única fuente de la revelación y el Juez Supremo de la fe.

Ahora Nuestros principales adversarios son los racionalistas, que, hijos y herederos, por decirlo así, de aquellos otros hombres de quienes más arriba hablamos, y fundándose igualmente en su propia opinión, rechazan abiertamente aún aquellos restos de fe cristiana aceptados por sus predecesores.

Ellos niegan, en efecto, toda inspiración; niegan la Escritura; proclaman que todos esos sagrados objetos no son sino invenciones y artificios de los hombres, y miran á los Libros Santos, no como el relato fiel de acontecimientos reales, sino como fábulas ineptas y falsas historias. A sus ojos no han existido profecías, sino predicciones forjadas después de haber ocurrido los acontecimientos, ó bien presentimientos producidos por causas naturales, para ellos

no existen milagros verdaderamente dignos de este nombre, manifestaciones de la omnipotencia divina, sino hechos asombrosos que no traspasan en modo alguno los límites de las fuerzas de la Naturaleza, ó más bien *ilusio-*nes y mitos, y que, en una palabra, los Evangelios y los escritos de los Apóstoles no han sido escritos por los autores á quienes se atribuyen.

Para sostener tales errores, gracias á los que creen poder anonadar á la santa verdad de la Escritura, invocan las decisiones de una nueva *ciencia libre*; pero estas decisiones son, por otra parte, tan inciertas á los ojos de los mismos racionalistas, que con frecuencia varían y se contradicen en unos mismos puntos.

Y mientras estos hombres juzgan y hablan de una manera tan impía respecto de Dios, de Cristo, del Evangelio y del resto de las Escrituras, no faltan entre ellos otros que quieren ser considerados como cristianos, como teólogos y como exégetas, y que bajo un nombre honorisísimo ocultan toda la temeridad de un espíritu lleno de insolencia.

A estos tales puede agregarse otro grupo de hombres, que persiguiendo el mismo objeto, los ayudan cultivando otras ciencias con el mismo espíritu de hostilidad hacia las verdades reveladas que les impulsan del mismo modo á atacar á la Biblia.

Nos no sabríamos deplorar demasiado la extensión y la violencia que de día en día adquieren esos ataques. Se dirigen contra hombres instruidos y serios, que pueden defenderse sin gran dificultad; pero se dirigen principalmente contra la multitud de ignorantes, sobre la que obran de mil maneras y con diversos procedimientos. Nuestros enemigos más encarnizados.

Por medio de libros, de opúsculos y de periódicos propagan un veneno mortífero, que en reuniones y por medio de discursos lo infiltran más todavía. Todo lo han invadido: ellos poseen numerosas escuelas arrancadas á la Iglesia, y en las que depravan miserablemente, hasta por medio de sátiras y burlas chocarrerías, las inteligencias; aún tiernas y crédulas de los jóvenes, excitando en ellos el desprecio hacia la Sagrada Escritura.

En todo esto hay, Venerables Hermanos, hartos motivos para excitar y animar el celo común de los Pastores; de tal modo, que á esa ciencia nueva, á esa falsa ciencia, se oponga la doctrina antigua y verdadera que la Iglesia ha

recibido de Cristo por medio de los Apóstoles, y que en este combate tomen parte en todo el mundo hábiles defensores de la Sagrada Escritura.

Nuestro primer cuidado, por lo tanto, debe ser éste: que en los Seminarios y en las Universidades se enseñen las Divinas Letras, punto por punto, como lo piden la misma importancia de esta ciencia y las necesidades de la época actual.

Por esta razón, vosotros debéis emplear la mayor prudencia en la elección de los profesores; para este cometido importa, efectivamente, nombrar, no á personas vulgares, sino á los que se recomienden por un grande amor y una larga práctica de la Biblia, por una verdadera cultura científica y, en una palabra, por hallarse á la altura de su misión.

No exige menos cuidado la tarea de aquellos que después han de ocupar el puesto de éstos. Nos place que en todos aquellos puntos donde sea posible se escoja, entre los discípulos que hayan recorrido de una manera satisfactoria el cielo de los estudios teológicos, un número determinado que se aplique por completo para adquirir el conocimiento de los Libros Santos, y la posibilidad de dedicarse á trabajos más extensos.

Cuando los Maestros hayan sido elegidos y formados de este modo, que ellos emprendan con confianza la tarea que se les haya impuesto, y para que llenen de una manera excelente, y á fin de que obtengan los resultados que son de esperar, Nos queremos darles algunas instrucciones más extensas acerca de este particular.

Al comienzo de los estudios deben (*los maestros*) examinar la índole de la inteligencia de los discípulos, buscar el medio de cultivarla, de modo que resulte apta al mismo tiempo para conservar intacta la doctrina de los Libros Santos y penetrarse de su espíritu. Tal es el objeto del *Tratado de la introducción bíblica*, que suministra al discípulo el medio de demostrar la integridad y autenticidad de la Biblia, el de buscar y descubrir el verdadero sentido de sus pasajes y el de atacar de frente á las interpretaciones sofisticas, extirpándolas en su raíz.

Apenas hay necesidad de indicar cuán importante es discutir estos puntos desde el principio, con orden, científicamente y recurriendo á la Teología; pues todo el estudio de Escritura se apoya en estas bases y se elimina con es-

tos resplandores. El profesor debe aplicarse con grandísimo cuidado á dar á conocer á fondo la parte más fecunda de esta ciencia que concierne á la interpretación, y á explicar á sus oyentes de qué modo podrán utilizar las riquezas de la palabra divina, con ventaja para la Religión y la piedad.

Ciertamente, Nos comprendemos que ni la extensión del asunto, ni el tiempo de que se dispone permiten recorrer en las escuelas todo el círculo de las Escrituras. Pero toda vez que es necesario poseer un método seguro para dirigir con fruto su interpretación, un magistro prudente deberá evitar al mismo tiempo el defecto de los que hacen estudiar pasajes tomados al azar en todos los libros, y el defecto de aquellos otros que se detienen en un capítulo determinado de un sólo libro.

Si, con efecto, en la mayor parte de las escuelas no puede obtenerse el mismo resultado que en las Academias superiores en lo que atañe á que cada libro sea explicado de una manera correlativa y minuciosa, cuando menos debe ponerse especial cuidado en que los pasajes escogidos para la interpretación sean estudiados de un modo suficiente y completo; los discípulos, atraídos e instruidos por este método de explicación, podrán luego releer y gustar el resto de la Biblia durante toda su vida.

El profesor, fiel á las prescripciones de aquellos que Nos precedieron, deberá emplear para los estudios la *versión Vulgata*.

Esta es, en efecto, la que el Concilio de Trento ha designado como auténtica y la que debe ser empleada «en las lecturas públicas, las discusiones, las predicaciones y las explicaciones»; dicha versión es también la que recomienda la práctica cotidiana de la Iglesia. No queremos decir, sin embargo, que no haya necesidad de tener en cuenta las demás versiones que los cristianos de los primeros siglos utilizaron con elogio, y, sobre todo, los textos primitivos. Pues si en lo que se refiere á los principales puntos, su sentido es claro en las ediciones hebreaica y griega de la Vulgata, esto no obstante, cuando algún pasaje ambiguo ó menos claro se encuentre en ellas, «el recurso á la lengua de que proceden» será, siguiendo el consejo de San Agustín, utilísimo.

Claro es que será preciso proceder con mucha circunspección en esta tarea; pues el deber del comentador es in-

dicar no lo que él mismo piensa, sino lo que pensaba el autor cuyo texto explica.

Cuando la lectura haya sido encaminada con cuidado hacia el fin propuesto, habrá llegado el momento de escudriñar y explicar su sentido. Nuestro primer consejo acerca de este punto es que se observen las prescripciones que están en uso respecto de la interpretación, con tanto más cuidado cuanto que el ataque de Nuestros adversarios es sobre este particular más vivo.

Es preciso primeramente pensar con gran cuidado el valor de las palabras en sí mismas, la significación de su contexto, la similitud de los pasajes, etc..., y de este modo aprovechar las extrañas aclaraciones de la ciencia que se nos opone. No obstante, deberá cuidar de no emplear más tiempo ni más solicitud en estas cuestiones que en el estudio de los Libros Santos en sí mismos, para evitar que un conocimiento demasiado extenso y profundo de tales asuntos lleve al espíritu de la juventud estudiosa más turbación que fuerza.

De todo esto resulta una regla fija y segura, que deberá seguirse en el estudio de la Sagrada Escritura desde el punto de vista teológico.

Importa, pues, hacer notar respecto de este asunto, que á las otras causas de las dificultades que se presentan en la explicación de cualquier autor antiguo, hay que agregar algunas, que con especialidad atañen á la interpretación de los Libros Sagrados. Como éstos son obra del Espíritu Santo, las palabras ocultan gran número de verdades que sobrepasan en mucho á la fuerza y á la penetración de la razón humana en lo que se refiere á comprender los divinos Misterios y lo que con ellos se relaciona. Su sentido es á veces más amplio y más velado de lo que parece indicar su letra y las reglas de la hermenéutica; además su sentido literal oculta en sí mismo otros significados que sirven, unas veces para aclarar los dogmas, y otras para dar reglas de conducta para la vida.

No puede negarse que los Libros Santos se hallan envueltos en cierta obscuridad religiosa, y por esto nadie debe sin guía dedicarse á su estudio. Dios lo ha querido así (esta es la opinión de los Santos Padres) para que los hombres los estudien con más atención y cuidado, para que las verdades más pensadamente adquiridas penetren más profundamente en su corazón y para que ellos comprendan, so-

bre todo, que Dios ha dado á la Iglesia las Escrituras á fin de que en la interpretación de sus palabras sea ella el guía y maestro más seguro.

Allí donde Dios ha puesto sus dones, allí debe buscarse la verdad. Los hombres en quienes reside la sucesión de los Apóstoles, explican las Escrituras sin ningún peligro de error; San Ireneo así lo ha declarado. Esta es su doctrina y la doctrina de los demás Santos Padres que fué adoptado el concilio del Vaticano, cuando renovando un decreto del Concilio de Trento sobre la interpretación de la palabra divina escrita, decidió: Que «en las cosas de la fe y de las costumbres que tienden á la aclaración de la doctrina cristiana, se debe considerar como sentido exacto de la Sagrada Escritura el que ha declarado y declara como tal Nuestra Santa Madre la Iglesia, á quien pertenece juzgar del sentido y de la interpretación de los Libros Sagrados». No es, por lo tanto, permitido á nadie explicar la Escritura de una manera contraria á esta significación según el consentimiento unánime de los padres.

Por esta ley llena de prudencia, la Iglesia no detiene ni contraria las investigaciones de la ciencia bíblica, pero la mantiene al abrigo de todo error y contribuye poderosamente á sus verdaderos progresos. Cada doctor, en efecto, vé abierto ante sí un vasto campo, en el que, siguiendo una dirección segura, su celo puede ejercitarse de un modo notable y con provecho para la Iglesia.

Y, verdaderamente, en lo que se refiere á los pasajes de la Biblia, que esperan aún una explicación cierta y bien definida, puede acontecer, gracias á un benévolo designio de la Providencia de Dios, que el juicio de la Iglesia se encuentre, por decirlo así, maduro para un estudio preparatorio. Pero en lo que toca á puntos que ya han sido declarados, el doctor puede desempeñar un papel útil, sea explicándolos con más claridad á la muchedumbre de los fieles, ó bien defendiéndolos con más fuerza contra los adversarios de la fe.

El intérprete católico debe, pues, mirar como un deber importantísimo y sagrado explicar en el sentido declarado los textos de la Escritura cuya significación haya sido declarada auténticamente, sea por los autores sagrados, á quienes ha guiado la inspiración del Espíritu-Santo, como sucede en muchos pasajes del Nuevo Testamento, ó bien por la Iglesia, asistida también por el mismo Espíritu-San-

to, por medio de un juicio solemne, ó por su autoridad universal y ordinaria. Es preciso, por lo tanto, convencerse de que esta interpretación es la única que puede aprobarse, según las leyes de una sana hermenéutica.

Sobre los demás puntos, deberá seguir las analogías de la fe y tomar como modelo la doctrina católica tal como ella está definida por la autoridad de la Iglesia; porque es el mismo Dios el autor de los Libros Santos y de la doctrina que la Iglesia tiene en depósito. No puede, por lo tanto, suceder que una significación atribuida á los primeros, diferente, sea en lo que fuere, de la segunda, proceda de una legítima interpretación.

De aquí resulta, de una manera evidente, que se debe rechazar, como insensata y falsa, toda explicación que ponga á los autores sagrados en contradicción entre sí, ó que sea opuesta á la enseñanza de la Iglesia.

El que profesa la Sagrada Escritura debe también merecer este elogio: que posee á fondo toda la Teología, y que conoce perfectamente los comentarios de los Santos Padres, de los doctores y de los mejores intérpretes. Tal es la doctrina de San Jerónimo y de San Agustín, que se queja con razón en estos términos: «Si toda ciencia, aunque poco importante y fácil de adquirir, pide, como es evidente, ser enseñada por un hombre docto, por un maestro, nada hay más orgullosamente temerario que el no querer conocer los Libros Sagrados, según la enseñanza de sus intérpretes». Tal ha sido también la opinión de otros Santos Padres, que la han confirmado con su ejemplo. «Ellos explicaban las Escrituras, no según su propia opinión, sino según los escritos y la autoridad de sus predecesores, porque era evidente que éstos habían recibido, por sucesión de los Apóstoles, las reglas para la interpretación de los Libros Santos». (Ruf.).

El testimonio de los Santos Padres, que, después de los Apóstoles, han sido, por decirlo así, los jardineros de la Santa Iglesia, sus constructores y pastores, y la han alimentado y hecho crecer (San Agustín), tiene también una grande autoridad, cuando ellos explican de una sola y única manera un texto bíblico; pues de su conformidad resulta claramente que, según la doctrina católica, dicha explicación ha sido recibida por tradición de los Apóstoles.

La opinión de estos mismos Padres, es también muy digna de ser tomada en consideración, cuando tratan de

los mismos asuntos como doctores y declarando su juicio particular; pues no solamente su ciencia de la doctrina revelada y sus grandes conocimientos, tan necesarios para interpretar los libros apostólicos, les recomiendan, sino que Dios mismo ha prodigado los auxilios de sus luces á estos hombres notabilísimos por la santidad de sus vidas y su celo por la verdad.

Que el intérprete sepa, por lo tanto, que él debe seguir sus pasos con respeto y aprovecharse de sus trabajos mediante una elección inteligente. No es preciso, sin embargo, creer que tiene cerrado el camino y que no puede, cuando un motivo razonable exista para ello, ir más lejos en sus pesquisas y en sus explicaciones. Esto le es permitido, siempre que él siga religiosamente el sabio precepto dado por San Agustín: «no apartarse en nada del sentido literal y como evidente, como no tenga alguna razón que le impida ajustarse á él ó que haga necesario abandonarlo». Esta regla debe observarse con tanta más firmeza, cuanto que en medio de un tan grande deseo de innovar y de tal libertad de opiniones, existe un mayor peligro de engañarse.

El que enseña las Escrituras, no descuidará tampoco el sentido alegórico ó analítico, aplicado á ciertas palabras por los Santos Padres, sobre todo cuando estos significados se deriven, naturalmente, del sentido literal y se apoyen en gran número de autoridades.

La Iglesia, en efecto, ha recibido de los Apóstoles este método de interpretación, y lo ha aprobado con su ejemplo, y así resulta de la Liturgia. No quiere decir esto que los Santos Padres hayan pretendido demostrar por sí mismos los dogmas de la Fe, sino que ellos han experimentado que este método era bueno para alimentar la virtud y la piedad.

La autoridad de los demás intérpretes católicos es, en verdad, menor; pero toda vez que los estudios bíblicos han hecho en la Iglesia continuos progresos, es preciso dar á los comentaristas de esos doctores el honor que les corresponde; se puede, por lo tanto, tomar de sus trabajos muchos argumentos idóneos para rechazar los ataques y esclarecer los puntos difíciles.

Pero lo que no conviene en modo alguno, es que, ignorando ó despreciando las excelentes obras que los Nuestrós Nos dejaron en gran número, prefiera el intérprete los li-

bros heterodoxos, que, con gran peligro de la sana doctrina, y muy frecuentemente en detrimento de la Fe, busca en ellos la explicación de los textos respecto de los que los católicos, con un resultado excelente y desde hace mucho tiempo, han ejercitado su talento y multiplicado sus trabajos.

Pues aunque, en efecto, los estudios de los heterodoxos, prudentemente utilizados, puedan á veces ayudar al intérprete católico, importa, no obstante, á éste recordar que, según las numerosas pruebas sacadas de los textos antiguos, el sentido no desfigurado de las Santas Letras, no se encuentra fuera de la Iglesia, y no puede ser definido por los que, privados de la verdadera fe, no llegan hasta la médula de las Escrituras y así únicamente á desflorar su corteza.

Es de desear, y muy necesario sobre todo, que la práctica de la divina Escritura, se extienda á través de toda la Teología, y se convierta, por decirlo así, en su alma; tal ha sido en todos los tiempos la doctrina de todos los Padres y de los teólogos más notables, y la que ellos han apoyado con su ejemplo.

Todos ellos se han dedicado á establecer y afirmar sobre los Libros Santos, sin excepción alguna, las verdades que son objeto de la fe y las que de ésta se derivan. Es, pues, de los Libros Sagrados y también de la tradición divina de los que ellos se han servido para refutar las modernas invenciones de los heréticos, y para encontrar la razón de ser, la explicación y la relación que existe entre los dogmas católicos.

Nada tiene esto de sorprendente para el que reflexione el lugar tan importante que ocupan los Libros Santos entre las fuentes de la revelación divina; hasta tal punto, que sin el estudio y uso diario de aquéllos, no podría la Teología ser tratada de una manera conveniente y digna de tan elevada ciencia. Bueno es también, indudablemente, que los jóvenes se ejerciten, sobre todo en las Universidades y Seminarios, en adquirir la inteligencia y la ciencia de los dogmas, y que, partiendo de los artículos de la fe, deduzcan sus consecuencias por medio de una argumentación establecida según las reglas de una filosofía experimentada y sólida. No obstante, el teólogo profundo é instruido, no debe descuidar la interpretación de los dogmas, basada en la autoridad de la Biblia.

La Teología, en efecto, no toma sus argumentos de las demás ciencias, sino inmediatamente de Dios por la revelación. Por lo tanto, nada recibe de esas ciencias como si le fueran superiores, y si las emplea como á sus inferiores y servidoras.

Este método de enseñanza de la ciencia sagrada está indicado y recomendado por el Príncipe de los teólogos, Santo Tomás de Aquino. Este, además, ha enseñado cómo el teólogo que comprende bien el carácter de la ciencia que cultiva, puede defender sus principios de cualesquiera de los ataques: «Al argumentar, si el adversario concede algunas verdades que nos han sido dadas por la revelación, queda probado que por virtud de la autoridad de la Sagrada Escritura, nosotros discentimos contra los herejes y por medio de un artículo de la fe contra los que niegan otro. Por el contrario, si el adversario nada cree, sólo nos queda el recurso de demostrarle la verdad de los artículos de la fe por medio de razonamientos para destruir los suyos, si él los hace contra la fe».

Debemos, por lo tanto, poner un especial cuidado en que los jóvenes caminen al combate convenientemente instruidos en las ciencias bíblicas para que no frustren Nuestras legítimas esperanzas, ni, lo que sería más grave, para que no corran, inadvertidamente, el peligro de caer en el error, engañados por las falsas promesas de los racionalistas y por el fantasma de una erudición superficial.

Pero ellos estarán perfectamente apercibidos á la lucha si con arreglo al método que Nos mismo les hemos enseñado y prescripto, cultivan religiosamente y con profundidad el estudio de la Filosofía y de la Teología, bajo la dirección del mismo Santo Tomás. De este modo harán grandes y seguros progresos, tanto en las ciencias bíblicas como en la parte de la Teología llamada *positiva*.

Haber demos trado la verdad de la doctrina católica; haber explicado y aclarado esta doctrina, gracias á una interpretación legítima y sabia de la Biblia, es mucho, ciertamente; resta, sin embargo, otro punto que fijar, y tan importante, que el trabajo para conseguirlo es considerable, para que la autoridad completa de las Escrituras quede demostrada tan sólidamente como sea posible.

Este objeto no podrá conseguirse plena y enteramente sino por el magisterio propio y siempre subsistente de la

Iglesia, que «por sí misma, y á causa de su admirable difusión, de su eminente santidad, de su fecundidad inagotable en toda suerte de bienes, de su unidad católica, de su estabilidad invencible, es un grande y perpetuo motivo de credibilidad y una prueba irrefragable de su divina misión».

Pero toda vez que este divino é infalible magisterio de la Iglesia descansa en la autoridad de la Sagrada Escritura, es preciso desde luego afirmar y reivindicar la creencia humana, cuando menos, respecto de su autenticidad. Por éstos Libros, en efecto, como testimonio más probados de la antigüedad, la divinidad y la misión de Jesucristo, la institución de la jerarquía de la Iglesia, la primacía conferida á Pedro y á sus sucesores, serán puestas de manifiesto y, seguramente establecidas.

A este fin será muy conveniente que los hombres que han recibido las Ordenes sagradas combatan sobre este punto por la fe y rechacen los ataques del enemigo, y para ello es preciso, sobre todo, que esos hombres se revistan de la armadura de Dios, según el consejo del Apóstol, y que se hallen habituados á los combates y á las nuevas armas empicadas por sus adversarios. Este es uno de los deberes de los Sacerdotes, y San Crisóstomo lo declara en términos magníficos. «Es preciso —dice— emplear un gran celo, á fin de que la palabra de Dios habito con abundancia en nosotros; no debemos, pues, estar prontos para un sólo género de combate: variada es la guerra, y múltiples los enemigos; éstos no emplean todas unas mismas armas, ni de una manera igual se proponen luchar con nosotros».

Hay, por lo tanto, necesidad de que aquel que deba medirse con todos, conozca las maquinaciones y los procedimientos de todos, que maneje las flechas y la honda, que sea tribuno y jefe de cohorte, general y soldado, infante y caballero, apto para luchar en el mar y para derribar murallas. Si el defensor no conoce todos los medios de combatir, el diablo sabe hacer entrar á sus raptos por un sólo punto, en el caso de que uno sólo se quede sin guarda, y arrebatar las ovejas».

Nos hemos mencionado más arriba las astucias de los enemigos, y los múltiples medios que emplean en el ataque; indiquemos ahora los procedimientos que deben utilizarse para la defensa.

Uno de ellos es, en primer término, el estudio de las antiguas lenguas orientales, y al mismo tiempo el de la cien-

cia que se llama crítica. Estos dos géneros de conocimientos son hoy día muy apreciados y estimados; el Clero que los posea con más ó menos extensión, según el país en que se encuentre y los hombres con quien esté en relación, podrá mejor mantener su dignidad y cumplir con los deberes de su cargo. El Ministro de Dios, debe, en efecto, hacerse todo para todos y estar siempre pronto á satisfacer á todo aquel que le pide la razón de la esperanza que tiene en sí mismo.

Es, pues, necesario á los profesores de la Sagrada Escritura, y conviene á los teólogos, conocer las lenguas en las que los libros canónicos fueron primeramente escritos por los autores sagrados, sería también excelente que los seminaristas cultivasen dichas lenguas, sobre todo aquellos que están destinados á los grados académicos de la Teología.

Debe también tenerse especial cuidado en establecer en todos los Seminarios y Academias, como ya se ha hecho con razón en muchos de ellos, cátedras donde se enseñen las lenguas antiguas, sobre todo las semíticas y sus relaciones con la ciencia. Estos cursos se dedicarán especialmente á los jóvenes llamados al estudio de las Sagradas Letras.

Importa también por la misma razón, que los susodichos profesores de Sagrada Escritura se hallen instruidos y ejercitados en la ciencia de la verdadera crítica; desgraciadamente, y con gran daño para la Religión, ha aparecido un sistema que se adorna con el nombre respetable de «alta crítica», cuyos discípulos afirman que el origen, la integridad y la autoridad de todo libro nacen solamente, como ellos dicen, de sus caracteres intrínsecos. Por el contrario, es evidente que cuando se trata de una cuestión histórica, del origen y conservación de una obra cualquiera, los testimonios históricos tienen más valor que todos los demás, y son, por lo tanto, los que es necesario buscar y examinar con más cuidado.

En cuanto á los caracteres intrínsecos, éstos son, la mayoría de las veces, de mucha menos importancia; de tal suerte, que no pueden ser invocados para confirmar la tesis. De obrar de otro modo resultan graves inconvenientes.

Por eso los enemigos de la Religión tienen en ellos más confianza para atacar y batir en brecha la autenticidad de

los Libros Santos; este género de «alta crítica» que hoy se exalta conducirá en definitiva al resultado de que cada uno en la interpretación se atenga á sus guatos y á sus prejuicios. De este modo la luz, basada en las Escrituras, no se hará, y ninguna ventaja reportará para la ciencia; pero se manifestará con evidencia este carácter del error, que consiste en la diversidad y disentimiento de las opiniones. La conducta de los jefes de esta nueva ciencia lo está ya demostrando.

Además, como la mayor parte de ellos están imbuidos en las máximas de una vana filosofía y del racionalismo, no temerán descartar de los Sagrados Libros las profecías, los milagros y todos los demás hechos que traspasen el orden natural.

El intérprete deberá luchar en segundo lugar contra aquellos que, abusando de su conocimiento de las ciencias físicas, siguen paso á paso á los autores sagrados. Á fin de poder oponer la ignorancia que éstos tienen de tales hechos, y rebatir sus escritos por este motivo.

Como estos ataques se fundan en objetos sensibles, son tanto más peligrosos cuanto que se esparcen en la multitud; sobre todo entre la juventud dedicada á las letras; desde el momento en que ésta haya perdido sobre algún punto el respeto á la revelación divina, no tardará en desvanecerse su fe en lo que se relaciona con todo lo demás.

Porque es demasiado evidente que tanto como las ciencias naturales son propias para manifestar la gloria del Creador grabada en los objetos terrestres, con tal de que sean convenientemente enseñadas, tanto son capaces de artancar del alma los principios de una sana filosofía y de corromper las costumbres cuando se infiltran con dafnadas intenciones en las jóvenes inteligencias.

También el conocimiento de los hechos naturales; será una ayuda eficaz para aquel que enseña la Santa Escritura, en efecto, gracias á él podrá más fácilmente descubrir y refutar los sofismas de todas clases dirigidos contra los Libros Sagrados.

Seguramente no puede existir ningún desacuerdo real entre la Teología y la Física como ambas se mantengan en sus límites, y euiden, según la frase de San Agustín, «de no afirmar nada al azar y de no tomar lo desconocido por lo conocido».

Si á pesar de esto surgiese discrepancia sobre un punto, ¿qué debe hacer el teólogo? Seguir la regla sumariamente indicada por el mismo doctor. «Cuanto á todo aquello que nuestros adversarios pueden demostrarnos con motivo de la naturaleza, apoyándose en verdaderas pruebas, probémosles que no hay nada contrario á estos hechos en nuestras Sagradas Letras. Mas en cuanto á lo que saquen de cierto de sus libros y que invoquen como en contradicción con estas Sagradas Letras, es decir, con la fe católica, mostrémosles que se trata de hipótesis, ó que dudamos en manera alguna de la falsedad de esas afirmaciones». (*De Gen. ad. it.*)

Para penetrarnos bien de la justicia de esta regla consideremos primero que los escritores sagrados, ó más exactamente «el espíritu de Dios que hablaba por su boca, no ha querido enseñar á los hombres estas verdades concernientes á la constitución íntima de los objetos visibles, porque ellas no debían servirles de nada para su salvación». También estos autores, sin dedicarse á observar bien la naturaleza, describen algunas veces los objetos y hablan de ellos ó por una especie de metáfora, ó como lo exigía el lenguaje usado en aquella época, y así se hace todavía hoy sobre muchos puntos en la vida diaria, aún entre los hombres más sabios.

En el lenguaje vulgar se designa primero y por la palabra propia los objetos que caen bajo los sentidos; el escritor sagrado (y el Doctor Angélico nos lo advierte) se ha fijado en los caracteres sensibles, es decir, en aquellos que Dios mismo, dirigiéndose á los hombres, ha indicado, siguiendo la costumbre de los hombres para ser comprendido por ellos.

Pero de que sea preciso defender vigorosamente la Santa Escritura, no resulta que sea necesario conservar igualmente todos los sentidos que cada uno de los Padres ó de los intérpretes que los han sucedido han empleado para explicar estas mismas Escrituras. Aquellos, en efecto, dadas las opiniones corrientes en su época, tal vez no han juzgado siempre según la verdad, hasta el punto de no emitir ciertos principios que distan mucho en la actualidad de estar probados.

Es preciso distinguir con cuidado en sus explicaciones aquello que dan como concerniente á la fe ó como ligado con ella, de aquello que afirman de común acuerdo. En

efecto, cuanto á lo que no es la esencia de la fe, los Santos han podido tener pareceres diferentes lo mismo que nosotros; tal es la doctrina de Santo Tomás.

Este, en otro pasaje, se expresa con mucha sabiduría en estos términos: «Por lo que concierne á las opiniones que los filósofos han profesado comunmente y que no son contrarias á nuestra fe, me parece más seguro no afirmarlas como dogmas, aunque algunas veces sean introducidas en el razonamiento de aquellos filósofos, y de no designarlas como contrarias á la fe, por no facilitar á los sabios de este mundo ocasión de despreciar nuestra doctrina».

Por otra parte, aunque el intérprete debe demostrar que nada contradice la Escritura bien explicada á las verdades que aquellos que estudian las ciencias físicas dan como ciertas y apoyadas en firmes argumentos, no debe olvidar que á veces muchas de estas verdades, dadas también como ciertas, han sido inmediatamente puestas en duda y dejadas á un lado. Que si los escritores que tratan de los hechos físicos, franqueando los límites asignados á las ciencias en las cuales ellos se ocupan, avanzan por el terreno de la Filosofía emitiendo opiniones nocivas, el teólogo puede hacer llamamiento á los filósofos para refutar estas.

Nos queremos ahora aplicar esta doctrina á las ciencias del mismo género, y principalmente á la Historia. Debe afligir, en efecto, que muchos hombres que estudian á fondo los monumentos de la antigüedad, las costumbres y las instituciones de los pueblos, y se entregan con este motivo á grandes trabajos, tienen frecuentemente por objeto encontrar errores en los Libros Santos á fin de dafar y quebrantar completamente la autoridad de las Escrituras.

Algunos obran así con disposiciones verdaderamente demasiado hostiles, y juzgan de una manera que no es bastante imparcial. Tienen tanta confianza en los libros profanos y en los documentos del pasado, que los invocan como si no pudiese existir con este motivo ninguna sospecha de error, mientras niegan toda creencia á los Libros Sagrados, á la menor, á la más vana aparición de inexactitud, y esto mismo sin ninguna discusión.

Á la verdad puede ocurrir que ciertos pasajes, en la impresión de las diversas ediciones, no se encuentren repro-

ducidos de una manera absolutamente justa. Esto es lo que debe estudiarse con cuidado, lo que no debe ser admitido fácilmente, á excepción de los puntos en los cuales el hecho ha sido convenientemente probado.

Puede ocurrir también que el sentido de algunas frases continúe dudoso: para determinarlo, las reglas de la interpretación serán de gran auxilio, pero será absolutamente funesto; ya el limitar la inspiración á algunas partes de las Escrituras, ya en el conceder que el autor sagrado se haya engañado.

Tampoco se puede tolerar el método de aquellos que se libran de estas dificultades no vacilando en conceder que la inspiración divina no se extiende sino á las verdades que conciernen á la fe y las costumbres y á nada más. Piensan equivocadamente que cuando se trata de la verdad de los avisos no es preciso buscar principalmente lo que ha dicho Dios, sino examinar más bien el motivo por el cual ha hablado así.

En efecto, todos los libros enteros que la Iglesia ha recibido como sagrados y canónicos en todas sus partes han sido escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo. Por lo tanto, es preciso que no pueda unirse ningún error á la inspiración divina, que no sólo ésta excluye por sí misma todo error, sino que igualmente excluye y repugna necesariamente, tan necesariamente como Dios, soberana Verdad, no puede ser autor de ningún error.

Tal es la antigua y constante creencia de la Iglesia, definida solemnemente por los Concilios de Florencia y de Trento, confirmada por fin y más expresamente expuesta en el Concilio del Vaticano, que dió este decreto absoluto: «Los libros enteros del Antiguo y Nuevo Testamento, en todas sus partes, tales como están enumerados por el decreto del mismo Concilio de Trento, y talos como están contenidos en la antigua edición *Vulgata* en latín, deben ser mirados como sagrados y canónicos. La Iglesia los tiene por sagrados y canónicos, no porque redactados por la sola ciencia humana han sido aprobados inmediatamente por la autoridad de dicha Iglesia; no porque encierran solamente la verdad sin error, sino porque escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, tienen á Dios por autor.

No debe, por lo tanto, preocupar casi en nada que el Espíritu Santo se haya valido de los hombres como de instrumentos para escribir, como si alguna opinión falsa pu-

diese ser emitida, no seguramente por el primer autor, sino por los escritores inspirados. En efecto, Él mismo les ha excitado por su virtud á escribir; Él mismo les ha asistido mientras escribían, de tal manera que ellos concebían exactamente que querían relatar fielmente y que expresaban con una verdad infalible todo lo que les ordenaba y solamente lo que Él les ordenaba escribir.

Tal ha sido siempre el sentir de los Santos Padres. «También—dice San Agustín,—puesto que éstos han escrito lo que el Espíritu Santo les ha mostrado y les ha hecho escribir, no debe decirse que no lo ha escrito Él mismo; éstos, como los miembros, han ejecutado lo que la cabeza les dictaba». (De cons. Evag.) San Gregorio el Grande se expresa en estos términos: «Es bien supérfluo buscar quién ha escrito estos libros, puesto que se cree firmemente que el autor es el Espíritu Santo. Ha escrito, en efecto, quien ha dictado lo que era preciso escribir; ha escrito quien ha inspirado la obra».

Dedúcese de esto que aquellos que piensan que en los pasajes auténticos de los Libros Santos puede encerrarse alguna idea falsa, aquellos seguramente ó pervierten la doctrina católica ó hacen del mismo Dios el autor de un error. Todos los Padres y todos los doctores han estado tan firmemente persuadidos de que las Letras Divinas, tales como Nos han sido entregadas por los escritores sagrados, están exentas de todo error, que se han aplicado con mucha ingeniosidad y religiosamente á concordar entre sí y á conciliar los numerosos pasajes que parecen presentar alguna contradicción ó alguna divergencia. (Y éstos son casi los mismos que en nombre de la ciencia nueva se nos oponen hoy).

Los doctores han estado unánimes en creer que estos libros, en su conjunto y en sus partes, son igualmente de inspiración divina, que Dios mismo ha hablado por los autores sagrados y que no ha podido enunciar nada opuesto á la verdad.

Se deben aplicar aquí de una manera general las palabras que el mismo San Agustín escribía á San Jerónimo: «Lo confieso, en efecto, á tu caridad; he aprendido á conceder á los únicos libros de las Escrituras que se llaman ahora canónicos, esta reverencia y este honor de creer muy firmemente que ninguno de sus autores ha podido cometer un error al escribirlos. Y si yo encontrase en estas Santas

Letras algún pasaje que me pareciese contrario á la verdad, no vacilaría en afirmar ó que el manuscrito es defectuoso, ó que el intérprete no ha seguido exactamente el texto, ó que yo no comprendo bien.

Pero luchar plena y perfectamente en medio de las ciencias más importantes para establecer la santidad de la Biblia es mucho más, seguramente, de lo que es justo esperar de la sola erudición de los teólogos. Es, por lo tanto, de desear que se propongan el mismo objeto y se esfuerzen en alcanzarlo los católicos que hayan adquirido alguna autoridad en las ciencias extrañas. Si la gloria que han de tales talentos no ha faltado jamás á la Iglesia, gracias á un beneficio de Dios, seguramente ella no le faltará tampoco ahora. Pueda esta gloria ir siempre creciendo para el apoyo de la fe.

Creemos que es de la mayor importancia que la verdad encuentre numerosos y sólidos defensores, y nada es tan propio para persuadir á la multitud para que acepte esta verdad como el ver á hombres distinguidos en alguna ciencia dedicarse á ella muy libremente.

Además el odio de nuestros defensores se desvanecerá fácilmente, ó al menos no se atreverán ya á afirmar con tanta seguridad que la fe es enemiga de la ciencia, cuando ellos vean á los hombres doctos rendir á esta fe el mayor honor, tener por ella un vivo respeto.

Puesto que pueden tanto para la Religión aquellos á quienes la providencia ha dado liberalmente un feliz talento y la gracia de profesar la fe católica, es preciso que, en medio de esta lucha violenta, á la cual dan lugar las ciencias que se refieren en alguna manera á la fe, cada uno de ellos elija un grupo de estudios apropiado á su inteligencia, se aplique á sobresalir en ellos y rechace no sin gloria los dardos dirigidos contra las Santas Escrituras por una ciencia impía.

Nos es dulce atabar aquí la conducta de ciertos católicos, quienes á fin de que los sabios puedan entregarse á tales estudios y hacerlos progresar, les facilitan recursos de todas clases, formando Asociaciones á las cuales dan generosamente sumas abundantes.

Este es un empleo de la fortuna desde luego excelente y muy apropiado á las necesidades de la época. En efecto, cuanto menos deben esperar los católicos socorros del Estado para sus estudios, más conviene que la liberalidad

privada se muestre pronto y abundante; mas importa que aquellos á los cuales Dios ha dado riquezas, las consagren á la conservación del tesoro de la verdad revelada.

Mas para que tales trabajos aprovechen verdaderamente á las ciencias bíblicas, los hombres doctos deben apoyarse en los principios que Nos hemos indicado más arriba. Deben retener fielmente que Dios, creador y Señor de todas las cosas, es al mismo tiempo el autor de las Escrituras; nada, por lo tanto, puede encontrarse en la naturaleza, nada en los monumentos de la Historia que esté realmente en desacuerdo con éstas.

Si parece haber alguna contradicción en algún punto, es preciso procurar hacerla desaparecer, ora recurriendo al sabio juicio de los teólogos y de los intérpretes para demostrar lo que hay de verdad y de verosímil en el pasaje con motivo del cual se discute, ora pensando con cuidado los argumentos que á él se oponen. No se debe retroceder ni aún cuando haya alguna apariencia de verdad en la opinión contraria; en efecto, puesto que lo verdadero no puede en manera alguna contradecir á lo verdadero, se puede estar cierto de que se ha deslizado un error, ya en la interpretación de las palabras sagradas, ya en otra parte de la discusión; y si no se distingue bastante claramente una de estas dos faltas, es preciso esperar antes de definir el sentido del texto.

Efectivamente, durante largo tiempo se han levantado en montón contra las Escrituras numerosas objeciones sacadas de todas las ciencias, y se han desvanecido después enteramente como sin valor alguno.

Del mismo modo en el curso de la interpretación se han propuesto numerosas explicaciones á ciertos pasajes de la Escritura no concernientes á la fe ni á las costumbres que un estudio más profundo ha permitido luego comprender de una manera más justa, más clara. Porque el tiempo destruye las opiniones y las invenciones nuevas, pero la verdad permanece siempre.

Por esta razón, como nadie puede lisonjarse de comprender toda la Escritura, á propósito de la cual San Agustín decía de sí mismo que ignoraba más que sabía, cuando alguno encuentre en ella pasajes demasiado difíciles para poderse los explicar, tenga la prudencia y la paciencia que el citado doctor exige. «Vale más—dice éste—estar carga-

do de signos desconocidos y útiles que envolver su cabeza, al tratar de interpretarlos inútilmente, en un caos de errores después de haber sacudido el yugo de la sumisión».

Si los hombres que se dedican á estos estudios auxiliares siguen honesta y sablamente Nuestros consejos y Nuestras órdenes; si en sus escritos, en sus enseñanzas y en sus trabajos se proponen combatir á los enemigos de la verdad y preservar á los jóvenes de la pérdida de la fe, entonces será cuando puedan vanagloriarse de servir verdaderamente el interés de las Sagradas Letras y suministrar á la Religión católica un apoyo tal como la Iglesia tiene derecho á esperar de la piedad y la ciencia de sus hijos.

He aquí, Venerables Hermanos, las advertencias y los preceptos que Nos, inspirado por Dios, hemos resuelto daros en esta ocasión relativamente al estudio de la Sagrada Escritura. A vosotros toca ahora velar para que sean observados con el conveniente respeto, de suerte tal, que se manifieste más y más el reconocimiento que debemos á Dios por haber comunicado al género humano las palabras de su sabiduría, y á fin de que este estudio produzca al mismo tiempo los frutos abundantes que Nos deseamos, sobre todo en interés de la juventud dedicada al Sagrado Ministerio, juventud que es Nuestro constante desvelo y la esperanza de la Iglesia.

Emplead con ardor vuestra autoridad y multiplicad vuestras exhortaciones á fin de que estos estudios sean honrados y florecientes en los Seminarios y Universidades que dependen de vuestra jurisdicción. Que florezcan pura y felizmente bajo la dirección de la Iglesia según las saludables enseñanzas y los ejemplos de los Santos Padres, siguiendo la costumbre de nuestros antepasados; que hagan en el transcurso del tiempo tales progresos; que sean verdaderamente el apoyo y la gloria de la verdad católica y un don divino para la salvación eterna de los pueblos.

Nos, por último, advertimos con amor paternal á todos los discípulos y á todos los Ministros de la Iglesia que cultiven las Sagradas Letras con un respeto y una piedad vivísimos. Porque su inteligencia no puede abrirse como es necesario de una manera saludable si no echan fuera la arrogancia de la ciencia terrenal, y si no emprenden con ardor el estudio de esa «sabiduría que viene de lo alto».

Una vez iniciados en esta ciencia, alumbrados y robustecidos por ella, su espíritu tendrá un poder extraordinario hasta para reconocer y evitar los errores de la ciencia humana, cosechar sus frutos sólidos y enderezarlos á los intereses eternos. El alma se encaminará de este modo con mayor ardor por las ventajas de la virtud y estará con mayor viveza animada del amor Divino. «¡Dichosos los que averiguan sus testimonios y los guardan con todo su corazón!».

Y ahora Nos, apoyado en la esperanza del divino socorro y lleno de confianza en vuestro celo pastoral, os concedemos con la mayor complacencia en Dios, como prenda de los favores celestes y en testimonio de Nuestra particular benevolencia, la bendición apostólica á todos vosotros; á todo el clero y al pueblo que os está confiado.

Dado en Roma, junto á San Pedro en 18 de Noviembre del año de 1893, décimosexto de Nuestro Pontificado.

LEÓN XIII, PAPA.



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EPISTOLA ENCYCLICA

DE STUDIIS SCRIPTURAE SACRAE

LEOPP. XIII

VENERABILES FRATRES

SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

PROVIDENTISSIMUS Deus, qui humanum genus, admirabili caritatis consilio, ad consortium naturae divinae principio evexit, dein a communi laeae exitioque eductum, in pristinae dignitatem restituit, hoc eidem propterea contulit singulare praesidium, ut arcana divinitatis, sapientiae, misericordiae suae supernaturali via patefaceret. Licet enim in divina revelatione res quoque comprehendantur quae humanae rationi inaccessae non sunt, ideo hominibus revelatae, ut ab omnibus expedit, firma certitudine et nullo admixto errore cognosci possint, non hac tamen de causa revelatio absolute necessaria dicenda est, sed quia Deus ex infinita bonitate sua ordinavit hominem ad finem supernaturalem (1). Quae supernaturalis revelatio, secundum universalem Ecclesiae fidem, continetur tum in sine scripto traditionibus, tum etiam in libris scriptis, qui appellantur sacri et canonici, eo quod Spiritu Sancto inspirante conscripti, Deum habent auctorem, atque ut tales ipsi Ecclesiae traditi sunt (2). Hoc sane de utroque Testamenti libris perpetuo tenent palamque professi est Ecclesia; easque cognita sunt gravissima veterum documenta, quibus enuntietur, Deum, prius per prophetas, deinde per seipsum, postea per apostolos loquentem, etiam Scripturam condidisse, quae canonice nominatur (3), eisdemque essa oracula et eloquia divina (4), litteras esse, humano generi longe a patria peregrinanti a Patre caelesti datas et per auctores sacros transmissas (5). Iam, tanta quam sit praesentia et dignitas Scripturarum, ut Deo ipso auctore confectae, altissima eiusdem mysteria, consilii, opera complectantur, illud consequitur, eam quoque partem sacrae theologiae, quae in eisdem divinis Libris tuendis interpretandi quae

(1) Conc. Vat. sess. III. cap. 11. de reuel. — (2) S. Aug. de civ. Dei XI, 2. — (3) S. Ciom. Rom. I. ad Cor. 4^{to}. S. Petrus, ad Phil. 7. S. Iren. c. Avar. II, 28, 2. — (4) S. Chrys. in Gen. hom. 2, 2. S. Aug. in Ps. XXX. serm. 2, 1. S. Greg. M. ad Theod. ep. IV, 81.

versatur, excellentiae et utilitatis esse quam maximae. — Nos igitur, quemadmodum alia quaedam disciplinarum genera, quippe quae ad incrementa divinae gloriae humanaeque salutis valere plurimum posse videntur, crebris epistolis et cohortationibus provehenda, non sine fructu, Deo adiutore, curavimus, ita nobilissimum hoc sacrorum Litterarum studium excolere et commendare, atque etiam ad temporum necessitates congruentius eligeri iamdiu apud Nos cogitamus. Movamur nempe ac prope impellimur sollicitudine Apostolici muneris, non modo, ut hunc praesclerum catholicae revelationis fontem tutius atque uberius ad utilitatem dominici gregis potere velimus, verum etiam ut eundem ne patiamur ulla in parte violari, ab illis qui in Scripturam sanctam, sive impio ausu invehuntur aperte, sive nova quaedam fallaciter imprudenterve moluntur. — Non sumus equidem nosciti. Venerabiles Fratres, haud paucos esse e catholicis, viros ingenio doctrinaeque abundantes, qui feruntur sacras ad divinorum Librorum vel defensionem egendam vel cognitionem et intelligentiam parandam amplioram. At vero, qui eorum operum atque fructus merito collaudamus; sacra tamen non praesumus quia ceteros etiam, quorum solertia et doctrina et pietas optime huc in re pollicentur, ad eundem sancti propositi laudem vehementer hortemur. Optamus nimirum et cupimus, ut plures patrum divinarum Litterarum rite percipientium tenentque constanter, atque illi potissime, quos divina gratia in eorum ordine vocavit, majorem in dies diligentiam industriaeque isdem legendis, meditando, explanandis, quod sequissimum est, impendant.

Hoc enimvero studium cur tantopere commendandum videatur, praeter ipsius praesentiam atque obsequium verbo Dei debitum, praecipua causa iacet in multiplici utilitatum genere, quae inde nominatim manualibus, sponsoere certissimo Spiritu Sancto: *Omnia Scriptura divinitus inspirata, utilis est ad docendum, ad arguendum, ad corripiendum, ad erudendum in iustitia, ut perfectus sit homo Dei ad omne opus bonum instructus* (1). Tali sane consilio scripturas a Deo esse datas hominibus, exempla ceterum Christi Domini et Apostolorum, hae enim qui emaculata conciliantur auctoritate, sinceritate meruit fidem, hae contra multitudine (2), ad sacras Litteras, in divino suo lectionis munere, appellare consuevit: nam per occasionem ex ipsis etiam esse a Deo missum Deumque declarari; ex ipsis argumenta peti ad discipulis erudiendum, ad doctrinam confirmandam suam; eorumdem testimonia et a columellis iudicet obprobrium, et Sadduceis ac Pharisaicis ad conarguendum opponit, in ipsorumque Sententiam, impudenter sollicitantem, retorquet; easdemque sub ipsum vitam exitum inseravit explanandique discipulis redidit, utque dum ad Patres gloriam ascendit. — Eius autem voce praecipueque Apostoli conformati, tametsi dabit

(1) I. Tim. III, 20-17. — (2) S. Aug. de util. cred. XIV, 22.

ipse signa et prodigia fieri per manus eorum (1), magnam tamen efficacitatem ex divinis traxerunt Libris, ut christianismum suum gentium late gentibus persuaderent, et Iudeorum perveraciam frongerent, ut haereses comprimerent erumpentis. Id apertum ex ipsorum concionibus, in primis, Beati Petri, quas, in argumentum firmissimum praescriptionis novae, dictis veteris Testamenti fere contulerunt, idque ipsum patet ex Matthaei et Iohannis Evangeliiis atque ex Caetholis, quae vocantur, epistolis; luculentissime vero ex eius testimonio qui ad pedes Gamalielis Legem Moysi et Prophetas se didicisse gloriatur, ut armatis spiritualibus telis postea diceret confidenter, *Arma militum vestra non carnalia sunt, sed potentia Dea* (2). — Per exempla igitur Christi Domini et Apostolorum omnes intelligant, titones praesertim militiae sacrae, quanti sciendae sint divinae Litterae, et quo ipsi studio qua religione ad idem veluti armorum exercitium accedere debeant. Non catholicae veritatis doctrinam qui habeant apud doctos vel indoctos tractandam, nulla uspiam de Deo, summo et perfectissimo bono, deque operibus gloriae certitateque ipsius procedentibus, suppetet eis vel cumulator copia vel amplior praedicatorio. De Servatore autem humani generis nihil uberius expressivus quam ea, quae in universo habentur Bibliorum contextu; recteque affirmavit Hieronymus, significationem Scripturarum esse ignorantem Christi (3); ab illis nimirum extat, veluti viva et spirans imago eius, ex qua levatio malorum, cohortatio virtutum, amor a divini invitatio mirifice prorsus diffunditur. Ad Ecclesiam vero quod attinet, institutio, aeterna, munera, charismata eius tam crebra ibidem mentione occurrunt, tam multa pro ea tamque firma prompta sunt, argumenta, idem ut Hieronymus verissime edixerit: «Qui sacrorum Scripturarum testimonio roboratus est, is est propugnaculum Ecclesiae (4)». Quod si de vitae morumque conformatione et disciplina quaeratur, larga indidem et optima subsidia habituri sunt viri apostolici; plene sanctitatis praescripta, suavitate et si condita hortamenta, exempla in omni virtutum genere insignia; gravissima accedit, ipsius Dei nomine et verbis, praemiorum in aeternitatem promissio, denudatio poenarum.

Atque haec propria et singularia Scripturarum virtus, a divino afflatu Spiritus Sancti profecta, ea est, quae oratori sacro auctoritatem addit, apostolicam praebet dicendi libertatem, nervosam victricemque tribuit eloquentiam. Quisquis enim divini verbi spiritum et robur eloquendo relert, ille, *non loquitur in sermone tantum, sed et in virtute et in Spiritu Sancto et in plenitudine veritatis* (5). Quamobrem si dicendi sunt praepostere improvideque facere, qui ita condiciones de religione habent et procepta divina enuntiant, nihil ut fere afferant nisi humanae scientiae et prudentiae verba, suis magis argumentis quam divinis innixi. Istorum scilicet orationem, quan-

tumvis nitentem luminibus, languescere et frigere necesse est, utpote quae igne caret sermonis Dei. 1), eandemque longe abesse ab illa, qua divinus aere pollet virtute: *Vicus est enim sermo Dei et efficax et penetrabitur omni gladio ancipiti, et partingens usque ad divisionem ventris ac spiritus* (2). Quamquam, hoc etiam prudentioribus assentandum est, inesse in sacris Litteris hae variam et uberem magnisque dignam rebus eloquentiam; id quod Augustinus pervidit diserteque arguit (3), atque res ipsa confirmat praestantissimorum in oratoribus sacris, qui nomen suum assidue Bibliorum consuetudini pieque meditationi se praecipue debere, greti Deo affirmarunt.

Quae omnia SS. Patres cognitione et usu quum exploratissima haberent, nunquam cesserunt in divinis Litteris sermone fructibus collaudanda. Eas enim vero crebris locis appellunt vel thesaurum locupletissimum doctrinarum caelestium (4), vel perennes fontes salutis (5), vel ita proponunt quasi prae fertilibus et amoenissimis hortis, in quibus grex dominicus admirabili mole reficiatur et delectetur (6). Apte cedunt illa S. Hieronymi ad Nepotianum clericum: «Divinas Scripturas saepius lege, imo nunquam de manibus tuis sacra lectio deponatur; disce quod doces..... sermo presbyteri Scripturarum lectione conditus sit (7); convenitque sententia S. Gregorii Magi, quo nemo sapientis pastorum Ecclesiae descripsit munera: «Necesse est, inquit, ut qui ad officium praedicationis exaltant, a sacrae lectionis studio non recedant» (8). — Hic tamen libet Augustinum admonentem inducere, «Verbi Dei inanem esse forinsecus praedicatorum, qui non sit intus auditor» (9), eumque ipsum Gregorium sacris concionatoribus praecipientem, ut in divinis sermonibus, priusquam aliis eos praefertat semetipsum requirant, ne insequentes aliorum facta se deserant (10). Sed hoc iam, ab exemplo et documento Christi, qui *cepit facere et docere, vox apostolica late praemoneret, non unum allucit Timotheum, sed omnem clericorum ordinem, eò mandato: Attende tibi et doctrinae, inquit, in illis, hoc enim faciens, et teipsum solum facies, et eos qui te mutant* (11). Saluta profecto perfectionisque et propriae et alienae proxima in sacris Litteris praesto sunt aedimenta, copiosius in Psalmis celebrata; is tamen, qui ad divina eloquia, non solum mentem offerant docilem atque attentam, sed integram quoque piisque habitum voluntatis. Neque enim eorum ratio librorum similis atque communium putanda est; sed, quoniam sunt ab ipso Spiritu Sancto dictata, resque gravissimas continent, multisque periculis reconditas et difficiliores, ad illas propterea intelligendas expendenda semper eundem Spiritus «in vigemus adventus» (12), hoc est lumine et

(1) Ierem. XXIII, 28. — (2) Ioh. IV, 12. — (3) De doctr. chr. IV, 4, 7. — (4) S. Chrys. in Act. serm. 21, 2; Aug. in Ps. 119, 5; Aug. de divinis chr. 2. — (5) S. Athan. op. fest. 38. — (6) S. Aug. serm. 24, S. Rufo. in Ps. CXVIII, serm. 13, 2. — (7) S. Hier. de vita cleric. ad Nepot. — (8) S. Greg. M. Regul. past. II, 11 (ed. 92, Moral. XVII), 28. var. 11. — (9) S. Aug. serm. 171, 1. — (10) S. Greg. M. Regul. past. III, 24 (ed. 68). — (11) I. Tim. IV, 13. — (12) S. Hier. in Mt. 1, 10.

(1) Act. XIV, 8. — (2) S. Hier. de studio Script. ad Paulin. op. LIII, 3. — (3) In It. Prob. — (4) In It. LIV, 12. — (5) I. Thess. I, 5.

gratia eius: quae sane, ut divini Psaltes frequenter instrit, auctoritas, humiliter sunt precatione imploranda, sanctimonia vitæ custodienda.

Præclare igitur ex his providentia exaltati Ecclesiae, quae, ne caelestis illi sacrorum Librorum thesaurus, quem Spiritus Sanctus summa liberalitate hominibus tradidit, neglectus iaceret (1), opimis semper et incaluitis et viribus cevit. Ipsa enim constituit, non solum magnam eorum partem ab omnibus suis ministris in quotidiano sacrae psalmodiae officio legendam esse et vocato pie considerandam, sed eorundem expositionem et interpretationem in ecclesiis cathedralibus, in monasteriis, in conviviis aliorum regularium, in quibus studia commode vigere possint, per idoneos viros esse tradendam: diebus autem sabbaticis et festis solemnibus fideles salutaribus Evangelii verbis pasci, scribitur fuisse (2). Item prudentiae debetur diligentissimo Ecclesiae cultus illo Scripturae sacrae per aeternum omnem vivit et plurimo farax utilitatis. — In quo, etiam ad firmenda documenta hortationesque Nostrae, iuvat commemorare quemadmodum a religiosis christianae fidei, quotquot sanctitas illae perumque divinarum scientia honorant, si sacra in Litteris multi semper assidueque fuerint. Proximos Apostolorum discipulos, in quibus Clementem Romanum, Ignatium Antiochenum, Polycarpum, Ium Arologos, nominatim Iustinum et Irenaeum, videmus epistolis et libris suis, sive ad letalem sive ad commendationem pertinerent catholicorum dogmatum, e divinis maxime Litteris fidem, robur, gratiam omnem pietatis accessero. Scholis autem ecclesiasticis ac theologis in multis sedibus episcoporum exortis, Alexandriae et Antiochena celeberrimis, quae in eis habebatur institutio, non alia prope re, nisi lectione, explicatione, defensione divini verbi scripti continebatur. Inde plerique prodierunt Patres et scriptores, quorum operibus studiose agrèsiueque floris consecuta tria circiter saecula ita abundavit, ut aetis biblicae exegeras auras iure ea sit appellata. Inter orientales principum locum tenet Origenes, ceteris ingenii et laborum constantia admirabilis, cuius ex plurimis scriptis et immenso Hexaplorum opere deinceps fere omnes hauserunt. Adumbrandi plures, qui huius disciplinae fines amplificaverunt, ita, inter excellentiores tubi Alexandriae Clementem, Cyrillum; Palaestina Eusebium, Cyrillum alterum; Cappadocia Basilium Magnum, utrumque Gregorium Nazianzenum et Nyasorum; Antiochia Iohannem Hæm Chrysostrum, in quo huius peritiam doctissime cum summa eloquentia certavit. Neque in præcelsis minus apud occidentales, in multis qui se odmodum probaverunt, clara Tertulliani et Cypriani nomina. Hilarii et Ambrosii, Leonis et Gregorii Magnorum; clarissimas Augustini et Hieronymi; quorum alter miro extitit in perscrutando divini verbi sententia, uberrimusque in ea deducenda ad auxilia catholice veritatis, alter a

(1) *Coat. Trid. sess. V. debeat. de scriptura. l. 1. c. 20. 116. 1. 2.*

singulæ Bibliarum scientia magnisque ad eorum usum laboribus nomine Doctoris maximi praenotio Ecclesiae est honestata. — Ex eo tempore ad undecimum usque saeculum, quumquam huiusmodi contentio statiorum non pari elque aures ardore ac fructu viginti, viginti tamen, opera praesertim hominum sacri ordinis. Curaverunt enim, aut quae vetera in hæc tractatiorum reliquissent diligere, eaque apte digesta de suisque aucti pervulgare, ut ab Isidoro Hispalensi, Beda, Alcuino factum est in primis; aut sacrae codices illustrare glossis, ut Valsfridus Strabo et Anselmus Laufenensis, aut eorundem integritati novis curis consulere ut Petrus Damianus et Laurentius fecerunt. — Saeculo autem duodecimo allegoriam Scripturae enarrationem bona cum laude plerique traxerunt: in eo genere S. Bernardus ceteris facile antecessit, cuius etiam sermones nihil prope nisi divinas Litteras spunt. — Sed nova et laetiora incrementa ex disciplina accessero Scholasticorum. Qui, etsi in germanam versionem Latinae lectionem studuerunt inquirere, confectaque ab ipsis *Correctoria biblica* id plane testantur, plus tamen studii industriaeque in interpretatione et explanatione collocaverunt. Compositae enim dilucidaque, nihil ut melius aures, sacrorum verborum sensus varii distincti; cuiusque pondus in re theologice perpensum; definitæ librorum partes, argumenta partium; investigata scriptorum proposita; explicata sententiarum inter ipsas necessitudo et contextus quibus ex rebus nemo unquam non videt quantum sit luminis obscurioribus locis admotum. Ipsorum praeterea de Scripturis lectam doctrinae copiam admodum profundum tum de theologia libri, tum in eadem commentaria; quo etiam nomine Thomas Aquinas inter eos habuit palmam. — Postquam vero Clemens V decessor Noster Athenoem in Urbe et celeberrimas quasque studiorum Universitates litterarum orientalem magistris auxilii, exquisitis homines nostri in nativo Bibliorum codice et in exemplari Latino elaborare coeperunt, Revecte deinde ad nos tradidit Graecorum, multoque magis arte nova libris felicitate inventa, cultus Scripturae sanctae iustissime crecevit. Mirandum est enim quum brevi aetate spatio multiplicata prole sacra exemplaria, *caligata* praecipue, catholicum orbem quasi compleverint: adeo per id ipsum tempus, contra quum Ecclesiae hostes columinantur, in honore et amore erant divina volumina. — Neque praetereundum est, quantum doctorum virorum numerus, maxime ex religiosi familia, a Viennensi Canonicis ad Tridentinum, in rei biblicae bonum proveniret: qui et nova uti subsidia et variae eruditionis ingenioque sui sagentem conferentes, non modo auxerunt congestas maiorum opes, sed quum munierunt viam ad praestantiam subsecuti saeculi, quod ab eodem Tridentino effluxit, quum nobilissimas Patrum aetas propemodum rediisse visa est. Nec enim quisquam ignorant, Nobisque est memoratu luendum, decessores Nostrae, a Pio IV ad Clementem VIII, auctores fuisse ut insignes illae editiones adornarentur versionum veterum, Vulgatae et Alexandrinae; quae deinde, Sixti V eiusdemque

Clementis iussu et auctoritate, emissas, in communi usu versantur. Per eadem autem tempora, notum est, quum versiones alias Bibliorum antiquas, tum polyglottas Antuerpiensem et Parisiensem, diligentissime esse editas, sincere investigandae sententiae peritissimas; nec ullum esse utriusque Testamenti librum, qui non plus uno nactus sit bonum explanatorem, neque graviozem ullam de iisdem rebus questionem, quae non multorum ingenia fecundissimo exercuerit; quos inter non pauci, siquae studiosiores SS. Patrum, nomen sibi fecere eximium. Neque, ex illa demum aetate, desiderata est nostrorum solertia; quum clari subinde viri de iisdem studiis bene sint meriti, sacrosaque Litteras contra rationalismi commenta, ex philologia et finitimi disciplinae doctria, simili argumentorum genere vindicaverunt. — Haec omnia qui probe ut oportet considerent, debent profecto, Ecclesiam, nec illo unquam providentiae modo defuisse, quo divinae Scripturae fontes in filios suos salutariter derivarent, siquae illud praesidium, in quo divinitus ad eiusdem tutelam decessus locata est, retinuisse perpetuo omnique studiorum ope extorrasse, ut nullis externorum hominum incitamenti egerit, egest.

Isaem postulat a Nobis instituti consilii ratio, ut quae his de studiis recte ordinanda videantur optima, ea votis cum communione, Venerabiles Fratres, Sed principio quale adversetur et instet hominum genus, quibus vel artibus vel armis confidant, interest utique hoc loco recognoscere. — Scilicet, ut antea cum iis praecipue res facti qui privato iudicio fratrum, divinis traditionibus et magisterio Ecclesiae repudiata, Scripturam staterent unicum revelationis fontem supremumque iudicem fidei; ita nunc est cum Rationalistis, qui eorum gussa filii et heredes, item sententias innixi sua, vel has ipsas a patribus acceptas christiano fidei reliquias prorsus abiecerunt. Divinam enim vel revelationem vel inspirationem vel Scripturam sacram, omnino ullam negant, neque illa prorsus esse dicunt, nisi hominum artificia et commenta: illas nihilum, non veras gestarum rerum narrationes, sed aut ineptas fabulas aut historias mendaces; ea, non vaticinia et oracula, sed aut conflictus post eventus praedictiones aut ex naturali vi praesensionis; ea, non veri nominis miracula virtutisque divinae ostenta, sed admirabilia quaedam, nequaquam naturae viribus aeterna, aut praestigia et millos quaedam: evangelia et scriptura apostolica alia plane auctoribus tribuenda.

— Huiusmodi perniciosa errorum, quibus sacramentam divinarum Librorum veritatem putant convelli, tanquam decretoria pronuntiata novae cuiusdam scientiae, liberae, obtrudunt: quae tamen adeo incerta ipsamet habent, ut eisdem in rebus crebrius immutent et suppleant. Quum vero tam impie de Deo, de Christo, de Evangelio et reliqua Scripturae sentiant et praedicent, non desunt ex iis qui theologo et christiano et evangelico haberi velint, et honestissimo nomine obstant insolentis ingenii temeritatem. His adiunt sese consiliorum participes adiutoresque a ceteris disciplinis non pauci,

quos eadem revelationum rerum intolerantia ad oppugnationem Bibliorum similiter trahit. Satis autem deplorare non possumus, quam latius in dies acriusque haec oppugnatio geratur. Geritur in eruditissimos et graves homines, quamquam illi non ita difficulter sibi possunt cavere; et maxime contra doctorem vulgus omni consilio et arte infensi hostes nituntur. Libris, libellis, diariis eximiale virus infundunt, id concionibus, id sermonibus insinuant; omnia iam pervasere, et multas tenent, abstractas ab Ecclesiae tutela, adolescentium scholas, ubi credulas mollesque mentes ad contemplationem Scripturae, per ludibrium etiam et scurriles iocos, depravant misere. — Ista sunt, Venerabiles Fratres, quae commune pastorale studium perturbant, incendunt; ita ut hinc novae fabulae nominis scientiae (!) antiqua illa et vera opponatur, quam a Christo per Apostolos accepit Ecclesia, atque in dimicatione tanta idonei defensores Scripturae sacrae exurgant.

Isaque ea prima sit cura, ut in sacris Seminariis vel Academiis sic omnino tradantur divinae Litterae, quemadmodum et ipsius gravitas disciplinae et temporum necessitas admovent. Cuius rei causa: nihil profecto debet esse antiquius magistrorum delectione prudenti, ad hoc enim munus non homines quidem de multis, sed tales assumi oportet, quos magnus amor et diuturna consuetudo Bibliorum, atque opportunus doctrinae ornatu commendabile faciat, pares officio. Neque minus prospiciendum metare est, horum postea locum qui sint exceptari. Inveni idcirco, ubi commodum sit, ex alumnis optimaee spei, theologiae spatium laudate emensis, nonnullos divinis Libris totes addidi, facta eisdem plenioris cuiusdem studii aliquandiu facultate. Ita delecti instituti quae doctores, commissum munus adeunt fidenter, in quo ut versentur optime et concertantes fructus educant, aliqua ipsis documenta paulo explicitius impertire placeat. — Ergo ingenii thronum in ipso studii limbo sic prospiciant, ut iudicium in eis, aptum pariter Libris divinis tuendis atque arripiedae ex ipsis sententiae, conformet sedulo et excolant. Huc pertinet tractatus de introductione, ut loquuntur, *biblico*, ex quo alumnus commodum habet opem ad integritatem auctoritatemque Bibliorum convincendam, ad legitimum in illis spem investigandum et assuetudinem, ad occupanda epiptosa et radicibus evellenda. Quae quamvis momenti sit dispositio scienterque, comite et adstricta theologia, esse initio disputata, vix attinet dicere, quum tota continenter tractato Scripturae reliquis haece vel fundamentis nitetur vel luminibus claroscat. — Exinde in fructuosorem huius doctrinae partem, quae de interpretatione est, perstudiosa insumbet praescripta opera; unde sit auditoribus, quo deo modo divini verbi divitias in proleum religionis et pietatis convertat. Intelligimus equidem, exortari in scholis Scripturas omnes, nec per amplitudinem rei, nec per tempus licere. Verumtamen, quoniam certa opus est via interpretationis

utiliter expediendae, utrumque magister prudens debeat incommodum, vel eorum qui de singulis libris eursim deilandum praebet, vel eorum qui in certis utriusque parte immoderatus consistunt. Si enim in plerisque scholis adeo non poterit obtineri, quod in Aedemiis maioribus, ut unus aut alter liber continuatione quadam et ubertate exponatur, at magnopere efficiendum est, ut librorum partes ad interpretandum selectae tractationem habeant convenienter plenam; quo veluti specimine cuncti discipuli et docti, cetera ipsi perlegant adamenque in omni vita. Is porro, retinens instituta maiorum, exemplar in hoc sumet versionem vulgatam; quem Concilium Tridentinum in publicis lectionibus, disputationibus, praedicationibus et expositionibus pro authentica habendam decrevit (1), atque etiam commendat quaedam Ecclesiae consuetudo. Neque tamen non sua haec erit ratio reliquarum versionum, quae christiana laudavit usquepervenit antiquae, maximo codicum primigeniorum. Quamvis enim, ad summum rei quod spectat, ex dicentibus Vulgatae hebraicae et graecae bene elocatae sententiae, atque etiam quid ambiguae, si quid minus accurate valde elatum sit, conspectio praecedentis linguae, sicut Augustinus, proficit (2). Iamvero per se liquet, quam multum utilitatis ad haec adhiberi oportet, quum demum sit commentatoris officium, non quid ipse velit, sed quid sentiat illo quem interpretatur, exponere (3). Post expensam, ubi opus sit, omni industria lectionem, tum locus erit scrutandae et proponendae sententiae. Primum autem consilium est, ut probata communiter interpretandi praescripta tanto experectiore observentur cura quanto morosior ab adversariis urget contentio. Propterea cum studio perpendendi quid ipsa verba valeant, quid consequitur rerum velit, quid locorum similitudo aut ista cetera, extorae in quoque apostolicae eruditionis illustratio societate; caute tamen, ne istiusmodi quaestionibus plus temporis tribuantur et operae quam pernoscendis divinis Libris, neve corrogata multiplex rerum cognitio mentibus juvenum plus incommodi afferat quam adjuvamenti. Ex hoc, rursus erit gradus ad usum divinae Scripturae in re theologica. Quo in genere animadverti se oportet, ad ceteras difficultatis causas, quae in quibusvis antiquarum libris intelligendis ferre occurrunt, proprias atque in Libris sacris accedere. Eorum enim verbis auctore Spiritu Sancto, res multas subiciuntur quae humanae vim aciemque rationis longissime vincunt, divinae scilicet mysteria et quae cum illis continentur alia multa; idque nonnunquam ampliore quodam et re condidere sententia, quam exprimeret littera et verba, quae leges indicare videantur; alios praeterita sensus, vel ad dogmata illustranda vel ad commendanda praeccepta vitae, ipso litteralis sensus profecto adsciscit. Quamobrem diffidendum non est religiosa quodam obscuritate sacros Libros involvi, ut ad eos, nisi aliquo viam duce, nemo ingredi

(1) *Sess. IV, deo de edit. et usu sacro. librorum.*—(2) *De doct. chr.* III, 4.—(3) *S. Hier.* ad Romanos.

possit (1): Deo quidem sic providente ique vulgata est opinio Sa. Patrum), ut homines maiora cum desiderio et studio illis perscrutarentur, resque inde operose perceptas mentibus animisque aliis infingerent; intelligerentque praecipua, Scripturas Deum tradidisse Ecclesiae, quae scilicet duca et magistra in legendis tractandisque eloquiis suis certissima uterentur. Ubi enim ephoriam Domini posita sint, ibi discordiam esse veritatem, atque ab illis, apud quos sit successio apostolica, Scripturas nullo cum periculo exponi, iam saeculus docuit Irenaeus (2): cuius quidem ceterorumque Patrum doctrinam Synodus Vaticana amplexa est, quando Tridentinum decretum de divini verbi scripti interpretatione renovans, hanc illius mentem esse declaravit, ut in rebus fidei et morum, ad edificationem doctrinae christianae pertinentium, is pro vero sensu sacrae Scripturae habendus sit, quem tenuit ac tenet sancta Mater Ecclesia, cuius est iudicare de vero sensu et interpretatione Scripturarum sanctarum; atque ideo nemini licere contra hunc sensum aut aliam contra unanimum consensum Patrum ipsam Scripturam sacram interpretari (3).—Qua plena sapientiae logo nequaquam Ecclesia per investigationem scientiae libere retardat aut coeret; sed cum potius ab errore integram praesat, plurimumque ad veram adiuva progressionem. Nam privato cuique doctore magnus patet campus, in quo, tuta vestigiis sua interpretandi industria praedare certet Ecclesiaeque utiliter, in locis quidem divinae Scripturae qui expositionem certam et definitam adhuc desiderant, efficitur potest, ex suavi Dei providentis consilio, ut, quasi praeparato studio, iudicium Ecclesiae maturatur, in locis vero iam definitis potest privatus doctor neque processu, si vera vel enucleatae apud fidelium plebem et ingeniosius apud doctos edisserat, vel insignis vincat ab adversariis. Quo propter praecipuum sanctumque sit catholico interpreti, ut illa Scripturae testimonia, quorum sensus authenticus declaratus est, aut per sacros auctores, Spiritu Sancto affante, uti multis in locis novi Testamenti, aut per Ecclesiam, eodem Sancto adstante Spiritu, sive solemnitate iudicio, sive ordinario et universaliter magisterio (4), eandem ipse re bene interpretetur, atque ad adiungenda disciplinae suae conveniat, eam solum interpretationem, ad sanae hermeneuticae leges, posse recte probari. In ceteris analogia fidei sequenda est, et doctrinae catholicae, quibus ex auctoritate Ecclesiae accepta, tamquam summa norma est adhibenda: nam, quum et sacerum Librorum et doctrinae apud Ecclesiam depositae idem sit auctor Deus profecto fieri nequit, ut annuus ex illis, qui ab hac quoque modo discrepat, legitima interpretatione struatur. Ex quo apparet, eam interpretationem ut inceptam et solam reiciendam, quae, vel inspiratos auctores inter se quodammodo pugnantem faciat, vel doctrinae Ecclesiae

(1) *S. Hier.* ad Paulino, *de studio Script.* ep. LIII, 4.—(2) *C. Iren.* IV, 3, 5.—(3) *Sess. IV, cap. II, de verbis et Cone. Trid.* sess. IV, *deo de edit. et usu sacro. librorum.*—(4) *Cone. Vat. sess. III, cap. III, de Ad.*

trentur spem, neq. quod deterius est, erroris discrimen incaute subeant. Rationistarum capiti fallacis apparatusque specie eruditionis Erunt autem optime compositi, si, qua Nosmetipsi monstravimus et prescriptissimam via, philosophiæ et theologiæ institutionem, eodem S. Thomæ duce, religiose colorant pontisque porceperint. In recte cedent, quæ in re biblicis, tum in ea theologiæ parte quam *positivam* nominant, in utraque lætissime progressuri.

Doctrinam catholicam legitima et solerti sacerorum Bibliorum interpretatione prolasse, exposuisse, illustrasse, multum id quidem est, altera tamen, eaque iam gravis momenti, quam operis laboriosi pars rompet, ut ipsorum auctoritas integrè quam validissime asseratur. Quod quidem nullo alio pacto plene licet universque assenqui, nisi ex vivo et proprio magisterio Ecclesiæ, quæ per se ipsam ob suam *nonne admirabilem propagationem, ætinitatem, sanctitatem et inextinguibilem in omnibus bonis securitatem, ob catholicam unitatem, incvitamque stabilitatem, magnum quoddam et perpetuum et motum creditivatis et æternæ suæ legationis testimonium irrefragabile* (1). Quoniam vero divinam et infallibile magisterium Ecclesiæ, in auctoritate etiam sacræ Scripturæ consistit, huius propterea fides saltem humanis asserendo in primis vindicandaque est: quibus ex libris, utquam ex antiquitatis probatissimis testibus, Christi Domini divinitas et legatio, Ecclesiæ hierarchiæ institutio, primatus Petro et successoribus eius collatus, in tuto spectoque collocentur. Ad hoc plurimum sane conducet, si plures sint et sacro ordine peritiores, qui hæc etiam in parte per fidem dicunt et impetus hostiles propulsent, induti præcipue armamentâ Dei, quem suadet Apostolus (2), neque vero ad nova hostium arma et pericula inavelli. Quod pulere in sacerdotum officis sic recenset Chrysostomus: *in gens adhibendum est studium ut Christi verbum habet in nobis abundantior* (3); neque enim ad unum pugnae genus parati esse debemus, sed multiplex est bellum et viri sunt hostes; neque illæd omnes utuntur armis, neque uno tantum modo nobiscum congrediuntur. Quare opus est, ut is qui cum omnibus congressurus est, omnium machinas artesque cognitas habeat, ut idem sit sagittarius et funditor, infans et manipuli ductor, dux et miles, pedes et eques, navalis ac muralis pugnae peritus: nisi enim omnes dimpendi artes noverit, novit diabolus per unam partem, si sola negligatur, prædonibus suis immissis, oves diripere (4). Rationis hostium artibusque in hæc ad impugandum multiplices supra adumbravimus: iam, quibus presidias ad defensionem nitendum, commoneamus.—Est primum in studio linguarum veterum orientalium simulque in arte quam vocant criticam. Utriusque rei scientia quam hodie in magno sit pretio et laude, ea clerus, plus minusve pro locis et hominibus exquisita, ornatus, melius poterit decus et munus

sustinere suum; nam ipse *omnia omnibus* (1) fieri debet, paratus semper ad *satisfactionem omnia potenti rationem de ea quæ in ipso est spe* (2). Ergo sacræ Scripturæ magistris necesse est atque theologos addeceat, eas linguas cogitas habere quibus libri canonici sunt primitus ab hægiographis exarati, eademque optimam factu erit si colant etiam in Beesæ, qui præsertim ad academicæ theologiæ gradus aspirant. Alique etiam curandum ut omnibus in Academicis, quod iam in multis receptum laudabiliter est, de ceteris item antiquis linguis, maxime semiticis, deque congruente cum illis eruditione, sicut magisteria, eorum in primis usui qui ad sacras Litteras profitendas designantur.—Hos autem ipsos, eiusdem rei gratia, doctores esse oportet atque exercitiosos in vera artis criticæ disciplina: perperam enim et cum religionis demò inductum est artificium, nomine honestatum criticæ sublimioris, quo, ex scholasticis, uti loquuntur, rationibus, cuiuspiam libri origo, integritas, auctoritas diudicata emergunt. Contra perspicuum est, in questionibus rei historice, cuiusmodi origo et conservatio librorum, historice testimonio valere præ ceteris, eaque esse quasi studiosissimam et conquirenda et excolenda: illes vero rationes internis plerumque non esse tantæ, ut in causam, nisi ad *quædam confirmationem*, possint advocari. Secus si fiet, magno profecto consequentur incommoda. Nam hostibus religionis plus confidentie futurum est ut sacerorum authenticitatem Librorum impetent et discerpant: illud ipsum quod extollant genus criticæ sublimioris, eo demum recidet, ut suum quæque studium præiudicatumque opinionem interpretando sciantur: inde neque Scripturis quantum lumen accedet, neque ulla doctrinæ origo utilis est, sed certa illa patebit erroris nota, quæ est varietas et dissimilitudo sentiendi, ut iam ipsi sunt documento huiusce novæ principis discipline: inde etiam, qui perique infecti sunt vanæ philosophiæ et rationalismi phœbis, idæe prophetæ, miracula, cetera quæcumque naturæ ordinem superent, ex sacris Libris dimoversi non verebuntur.—Congrediendum secundo loco cum illis, qui sua physiceorum scientiæ abusi sacros Libros omnibus vestigiis indagant, modo auctoribus incertum rerum talium opponant, scripta ipsa vituperant. Quæ quidem inanimatichæ quæ res attingant sensibus obiectis, eo periculosiores accidunt, manantes in vulgus, maxime in deditam litteris juventutem; quæ, semel reverentiam divinæ revelationis in uno aliquo capite exerit, facile in omnibus omnem eius fidem est dimissura. Nimirum sane constat, de natura doctrinæ, quantum ad percipiendam suam Artificis gloriam in procrentis rebus in pressam epistimæ est modo sit convenienter proposita, tantum posse ad elementa sane philosophicæ evellenda corrumpendosque mores, teni fidei arimæ perverse infusam. Quapropter Scripturæ sacræ doctori cognitio naturalium rerum bono erit subsidio, quò huius quoque modi captiones in divinos Li-

(1) Conc. Vat. sec. III, c. III, de Hæ. — (2) Epl. VI, 13, Hæ. — (3) Cyr. Col. III, 16.
(4) De sacerdot. IV, 1.

(1) 1 Cor. IX, 22 — (2) 1 Petr. III, 13

bros instructas facilius detegat et refellat. — Nulla quidem theologum inter et physicum vera dissensio intercesserit, dum suis uterque finibus se continent, id evadens, secundum S. Augustini monitum, «ne aliquid temere et incogentem pro cognito asserant (1)». Sin tamen dissenserint, quemadmodum se gerat theologus, summum est regula ab eodem oblata: «Quicquid, inquit, ipsi de natura rerum veracibus documentis demonstrare poterint, ostendamus nostris Litteris non esse contrarium, quicquid autem de quibuslibet suis voluminibus aut nostris Litteris, id est catholice fidei, contrarium profulerint, aut aliqui etiam facultate ostendamus, aut nulla dubitatione credamus esse falsissimum (2)». De cuius equitate regulam in consideratione sit primum, scriptores sacros, seu verius «Spiritum Dei, qui per ipsos loquebatur, noluisse ista (videlicet intimam ad spectabilem rerum constitutionem) docere homines, nulli saluti profutura (3); quare eos, potius quam explorationem nature recte persequantur, res ipsas aliquando describere et tractare aut quodam translationis modo, aut sicut communis aeris per ea ferunt tempora, hodieque de multis fert rebus in quotidiana vita, ipsos inter homines scientissimos. Vulgari autem sermone quam ea primo proprièque elegerant quae cadant sub sensus, non dissimulare scriptor sacer (monitumque et Doctor Angelicus) ea secutus est, quae sensibilibus apparent (4), ac, quare Deus ipse, homines alloquens, ad eorum captum significavit humano more. — Quod vero de sensu Scripturae sanctae agenda strenue est, non ex eo omnes aeque sententias tuentes sunt, quos singuli Petres aut qui deinceps interpretes in sedem declarandi ediderint, qui, prout erant opiniones actus, in locis edisserendis ubi physica aguntur, fortasse non ita semper iudicaverunt ex veritate, ut quaedam posuerint, quae nunc minus probentur. Quocirca studietur dignoscendum in illorum interpretationibus, quatenus resps tradant tamquam spectantis ad fidem aut cum ea maxime copulata, quatenus unanimi tradant consensu; namque in his quae de necessitate fidei non sunt, licet in multis diversitate opinari, sicut et nobis, ut est S. Thomas gentilitia (5). Qui et alio loco praedictis hinc habet: «Mihî videtur iustus esse, huiusmodi, quae philosophis communiter sentiorunt, et nostrae fidei non repugnant, nec sic esse asserenda ut dogma a fidei, nisi assequendo sub nomine philosophorum introducantur, nec sic esse neganda tamquam fidei contraria, ne sapientibus hitius mundi occasio cogitandi doctrinam fidei praebentur (6)». Sane quatenus ea, quae speculatores naturae certis argumentis certa ratione esse affirmant, interpres ostendere debet nihil Scripturis recte explicatis obstarè, ipsum tamen ne fugiat, factum quandoque esse, ut certa quaedam ab illis tradita, postea in dubitationem adducta sint

(1) In Gen. ap. Isidorus, IX, 50. — (2) De Gen. ad litt. 1, 21, 41. — (3) S. Aug. 16 II, 9, 30. — (4) S. Augustinus, de Civ. Dei, 1, 1, 1. — (5) In Gen. ad litt. II, 1, 1, n. 2. — (6) Opus, X.

et repudiata. Quod si physicorum scriptores terminis disciplinae suae transgressi, in provinciam philosophorum perversitate opinio-nem invadant, eas interpres theologus philosophis mittat referendas. Haec ipsa deinde ad cognatas disciplinas, ad historiam praesertim, iuvabit transferri. Dolendum enim, multos esse qui antiqua sua monumenta, gentium mores et instituta, similiumque rerum testimonio magni illi quidem laboribus perscrutentur et proferant, sed non sapientis consilio, ut erroris lebes in sacris Libris deprehendant; ex quo illorum auctoritates usquequaque infirmetur et nutet. Idque nonnulli et nimis infesto animo faciunt nec satis aequo iudicio; qui sic fidunt profanis libris et documentis memoriae praescae, perinde ut nulla eis ne auspicio quidem erroris possit subesse, libris vero Scripturae sacrae, ex opinata tantum erroris specie, nec ut ea probe discussa, vel parem abnuunt fidem. Fieri quidem potest, ut quaedam libris in codicibus describendis minus recte exciderint; quod considerate iudicandum est, nec facile admittendum, nisi quibus locis rite sit demonstratum: fieri etiam potest, ut germana alicuius loci sententia permisceat anceps; cui enodanda multum afferent optime interpretandi regulae: et nefas omnino fuerit, aut inspirationem ad aliquos tantum sacrae Scripturae partes constringere, aut concedere sacrum ipsam errasse auctorem. Nec enim toleranda est eorum ratio, qui ex itis difficultatibus sese expediunt, id nimirum dare non dubitantes, inspirationem divinam ad res fidei motumque, nihil praeterea pertinere, eo quod falso arbitrentur, de veritate sententiarum quum agitur, non adeo exquirendum quatenam dixerit Deus, ut non magis perpendatur quam ob eamdem ea dixerit. Etenim libri omnes atque integri, quos Ecclesia tamquam sacros et canonicos recipit, cum omnibus suis partibus, Spiritu Sancto dictatae, conscripti sunt; tantum vero abest ut divinae inspirationi error ullus subesse possit, ut ea per se ipsa, non modo errorem excludat omnem, sed tam necessario excludat et respuat, quom necessarium est, Deum, summam Veritatem, nullius omnino erroris auctorem esse. — Haec est antiqua et constans fides Ecclesiae, solemnè etiam sententia in Concilio definita Florentino et Tridentino; confirmata deique atque expressus declarata in Concilio Vaticano, quo physico adiectum: *Veteris et novi Testamenti libri integri cum omnibus suis partibus, prout in eiusdem Concilii (Tridentini) decreto recenseantur, et in ceteri vulgata latina editione habentur, pro sacris et canonicis suscipiendi sunt. Eos vero Ecclesia pro sacris et canonicis habet, non ideo quod sola humana industria concinnati; sua deinde auctoritate sint approbati; nec ideo dimittant, quod revelationem sine errore contineant; sed propterea quod Spiritu Sancto inspirante conscripti, Deum habent auctorem (1)*. Quare nihil admodum refert, Spiritum Sanctum assumpsisse homines tamquam instrumenta ad scribendum, quasi, non quidem primario auctori, sed scri-

(1) Sess. III, c. II, de revel.

rioribus inspiratis quidpiam falsi elabi poterit. Nam supernaturali ipse virtute ita nos ad scribendum excitavit et movit, ita scribentibus assistit, ut ea omnia equo sola quae ipsa liberet, et recte mente conceperit, et fideliter conscribere vellet, et apte infallibiliter veritate exprimeret: sicus, non ipse esset auctor sacrae Scripturae universae. Hoc ratiom semper habere SS. Patres: etique, ut Augustinus quum illi scripsissent quae hic ostendit et dixit, nequaquam dicendum est, quod ipse non scripsisset: quum quoque membra eius id operata sunt, quod dicente capite cognoverunt (1). pronunciatque S. Gregorius M.: «Quis haec scripsit, valde supervacuae queritur, quum tamen auctor libri Spiritus Sanctus fideliter creditur. Ipse igitur haec scripsit, qui scribenda dictavit: ipse scripsit, qui et in illius opere inspirator extitit &c. Consequitur, ut qui in locis authenticis Librorum sacrorum quid iam falsi conligeri posse existiment, si profecto aut catholicam divinae inspirationis notionem pervertant, aut Deum ipsum erroris faciant auctorem. Atque adeo Patres et omnes et Doctores persuasissimum fuit, divinae Litterae, quales ab historiographis editae sunt, ab omni omnino errore esse immunes, ut propterea non parva ille, quae contrarii aliquid vel dissimile videntur errore (sedemque fore sunt quae nomine novae scientiae nunc oblectant), non subtiliter minus quam religiose componere inter se (1) condiciare studuerint, profecti veraciter. Libros eos et integros et per partes a divino regno esse afflata, Deumque ipsum per sacros auctores elocutum nihil admodum a veritate alienum potuisse. Ea valeant univere quae idem Augustinus ad Hieronymum scripsit: «Ego enim fateor caritati tuae, solis eis Scripturarum libris qui iam canonice appellantur, fidei hanc timorem, honoremque deferre, ut nullum eorum auctorem scribendo aliquid errasse firmissime credam. Ac si aliquid in eis offendere literis quod videatur contrarium veritati, nihil aliud quam vel mendosum esse codicem, vel interpretem non exactum esse quod dictum est, vel me minime ita felicem non subigam (3).

At vero omni graviterum ortum instrumento pro sanctitate Biblicum plene perfecteque consideranda, nulla id minus est, quam ut a sola interpretatione et theologorum solertia eorum sit expectari. Eodem optatum est, conspiret et conluctantur illi etiam ex catholicis viris, qui ob externae doctrinae aliquam sint in minus exactitudinem adepti. Horum sane ingeniorum ornatus, si nunquam intem, ne tunc quidem, Dei beneficio, Ecclesiae et decet: utque utrum eo amplius in fidei subsidium ingrederentur. Nihil enim magis oportere ducimus, quam ut plures validiore quoque nanciscatur veritas propugnatores, quam sentiat adversarios; neque res illa est quae magis persuadere vulgo possit obsequium veritatis, quam si cum libere profiteantur qui in laudata aliqua praesente facultate. Quin facile

(1) De consensu Evangelii, l. 1, c. 36.—(2) Enchir. in Joh. n. 2.—(3) Ep. LXXXI, l. 4. crederet alibi.

etiam cessura est abirectorum invidia, aut certe non ita petulenter iam (traducere illo audebunt inimicos scientiae, fidem, quam viderint a viris scientiae laude nobilibus summum fidei honorem reverentiamque abhiberi.—Quoniam igitur tantum si possint religioni importare commodi, quibus cum catholicae professionis gratia solent inoleam ingenii benignum Numen imperit, ideo in hac acerbitate agitatione studiorum quae Scripturas (quoque modo attingunt, aptum sibi quisque aliquant studii genus, in quo aliquando excellentes, obiectis in illas improbae scientiae tela, non sine gloria, respiciunt.—Quo loco gratum est illud pro merito commemorare nonnullorum catholicorum consilium, qui ut viris doctioribus supplicare possint unde huiusmodi studia omni adiutorum copia pateant et provehant, coactis societatis, largiter pecuniam solent conferre. Optima sane et peropportuna temporibus pecuniae collocandae ratio. Quo enim catholicis minus praesidium in sua studia sperare licet publice, et promptiorum effusiorumque patere deest privatorum liberalitatem; ut quibus a Deo aucti sunt divitias, eas ad tantandam revelatione ipsius doctrinae thesaurum velint convertere.—Tales vultem labores ut ad rem biblicam vere proficiant, insistant erudit in iis tanquam principis, quae supra a Notis praenota sunt fideliterque tenent, Deum, conditorem rectoremque eorum omnium, eundem esse Scripturarum auctorem: nihil propterea ex rerum natura, nihil ex historiarum monumentis colligi posse quod cum Scripturis revera pugnet. Si quid ergo tale videatur, id recto submovendum, tum adhibito prudenti theologorum et interpretum iudicio, quidam verus verisimilium habeat Scripturae locus, de quo disceptetur, tum diligentius expansa argumentorum vi, quae contra adducantur. Neque ideo cessandum, si qua in contrarium species etiam tum residet; non, quoniam verum vero adversari haudquam potest, certum autem in sacrorum interpretationem verborum, aut in alteram disputationis partem errorem incurrisse: neutrum vero si necesse sitis appareat, cunctandum interea de sententia. Pernicula enim ex omni doctrinarum genere sunt diu multumque contra Scripturam factata, quae auctore, utale iugum, penitus obolaverit; item non pauca de quibusdam Scripturae locis (non propria ad fidei morumque pertinentibus regulam) sunt quaedam interpretando proposita, in quibus rectis postea vixit acior quaedam investigatio. Namque opinionum commenta delect dies; sed veritas manet et invalescit in aeternum (1). Quae, sicut nunc ahi arrogaverit ut omnem recte infelligat Scripturam, in qua se ipse plura noscitur quam scire fassus est Augustinus (2), ita, et quid incidit difficultis quam excolari possit, quisque eam sumet cautissime temperationemque eiusdem Doctores: «Melius est vel premi incognitis sed utilis aliquid, quam inutiliter ea interpretando, a iugo servitutis adductam cervicem laqueis erroris inserere (3).» Consilia

(1) Illi Enchir. 4. 38.—(2) Ad Januar. ep. LV, 2.—(3) De doctr. chr. III, 4. P.

et iussa Nostra si probe veréque erunt secuti qui subsidia hęc studia proficiunt, si et scribendo et docendo studiorum fructus dirigant ad hęc veritates redarguendos, ad fidei damna in iuventute pręcaevanda, tum demum lactari poterunt digna se opera sacris Litteris inservire, eamque rei catholice opem afferre, qualem de filiorum pietate et doctrinis iure sibi Ecclesia pollicetur.

Hęc sunt, Venerabiles Fratres, quę de studiis Scripturę sacrę pro opportunitate mandanda et præcipienda, aspirante Deo, constituimus. Iam sit vestrum curare, ut quę par est religione custodiatur et observentur: sic ut delata Deo gratis, de communicata humano generi eloquii sapientię eadę, testatius emittat, optatoque utilitates redundent, maxime ad sacrę iuventutis institutionem, quę tanta est cura Nostra et spes Ecclesię. Auctoritate nimirum et hortatione date alacres operam, ut in Seminariis atque in Academiis quę parenti ditioni vestrę, hęc studia iusto in honore consistant vigeantque. Integre feliciterque vigeant, moderatrice Ecclesię, secundum saluberrima documenta et exempla SS. Patrum laudatissime priorum consuetudinem: atque talia ex temporum cursu incrementa accipiant quę vere sint in præsidium et gloriam catholicę veritatis, natę divinitus ad perennem populorum salutem. Omnes denique alumnos et administratos Ecclesię pateram caritate admonemus, ut ad sacrę Litteras adent summo semper effectu reverentię et pietatis: nequaquam enim ipsarum intelligentia salubriter ut opus est patere potest, nisi remota scientię terrenę arrogantis, studioque sanctę excitato eius quę desunt, est sapientię. Cuius in disciplinam semel admissa mens atque inde illustrata et roborata, mire valeat ut etiám humanę scientię, quę sint fraudes, dignoscant et vident, qui sunt solidi fructus percipia, et ad æternam referat: inde potissime exardescens animus, ad emolumenta virtutis et divini amoris spiritu vehementiore contendat *Beati qui scrutantur testimonia eius, in toto corde exquirunt eum* (1).

Iam divini auxilii spe freti et pastorali studio vestro confisi, Apostolicam benedictionem, cęlestium munerum auspicię Nostręque singularis benevolentię testem, vobis omnibus, universęque Clero et populo singulis concedit, peramanter in Domino imperimus.

Datum Romę apud S. Petrum die xviii novembris annę mccccxlii, Pontificatus Nostri sextodecimo.

LEO PP. XIII.

(1) Ps. XVIII, 2.



EPÍSTOLA ENCÍCLICA A LOS OBISPOS DE POLONIA LEON P. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

DESDE hace largo tiempo veníamos experimentando un inmenso deseo de encontrar ocasión de daros, Venerables Hermanos, un especial testimonio de afecto y de solicitud igual al que las demás naciones católicas han recibido de Nos sucesivamente en las Letras particulares que han llevado a sus Prelados las enseñanzas y la dirección de la Sede Apostólica.

A ese pueblo, al que su origen, lengua y diversidad de ritos dan una fisonomía tan varia, Nos le abrazamos todo entero, con ardor, y como ya hemos tenido ocasión de decirlo con un solo y mismo amor. Nos no pensamos una vez siquiera sin emoción de júbilo en esta nación cuya historia es tan gloriosa y cuya filial piedad hacia Nos hemos reconocido.

Entre sus títulos de gloria brilla, en primer término el heroísmo de vuestros antepasados, que, tranquilizando a la espantada Europa, opusieron la muralla de sus pechos a los triunfantes enemigos del nombre cristiano, y en combates de épica grandeza se mostraron como los fieles defensores y los vengadores intrépidos de la Religión y de la civilización. Estos títulos de gloria los hemos recordado con placer, hace algunos meses, a las piadosas muchedumbres de peregrinos que, bajo la dirección de muchos de vosotros, Venerables Hermanos, han venido a ofrecernos sus homenajes y felicitaciones. Tal demostración conmovedora de vuestra fe, Nos procuró entonces la ocasión y el júbilo de felicitar a los polacos por haber conservado en todo su esplendor, y en medio de vicisitudes numerosas y terribles, el renombre de la Religión de sus antepasados.

et iussa Nostra si probe veréque erunt secuti qui subsidia hęc studia proficiunt, si et scribendo et docendo studiorum fructus dirigant ad hęc veritates redarguendos, ad fidei damna in iuventute pręcaevanda, tum demum lactari poterunt digna se opera sacris Litteris inservire, eamque rei catholice opem afferre, qualem de filiorum pietate et doctrinis iure sibi Ecclesia pollicetur.

Hęc sunt, Venerabiles Fratres, quę de studiis Scripturę sacre pro opportunitate mandata et præcipienda, aspirante Deo, constituimus. Iam sit vestrum curare, ut quę par est religione custodiatur et observentur: sic ut delata Deo gratis, de communicata humano generi eloquii sapientię eadę, testatius emittat, optatoque utilitates redundent, maxime ad sacre iuventutis institutionem, quę tanta est cura Nostra et spes Ecclesię. Auctoritate nimirum et hortatione date alacres operam, ut in Seminariis atque in Academiis quę parenti ditioni vestrę, hęc studia iusto in honore consistant vigeantque. Integre feliciterque vigeant, moderatrice Ecclesię, secundum saluberrima documenta et exempla SS. Patrum laudatissime priorum consuetudinem: atque talia ex temporum cursu incrementa accipiant quę vere sint in præsidium et gloriam catholicę veritatis, natę divinitus ad perennem populorum salutem. Omnes denique alumnos et administratos Ecclesię pateram caritate admonemus, ut ad sacras Litteras adent summo semper effectu reverentię et pietatis: nequaquam enim ipsarum intelligentia salubriter ut opus est patere potest, nisi remota scientię terrene arrogantię, studioque sanctę excitato eius quę desunt. est sapientię. Cuius in disciplinam semel admissa mens atque inde illustrata et roborata, mire valeat ut etiám humanę scientię, quę sint fraudes, dignoscant et vident, qui sunt solidi fructus percipia, et ad cęternam referat: inde potissime exardescens animus, ad emolumenta virtutis et divini amoris spiritu vehementiore contendat *Beati qui scrutantur testimonia eius, in toto corde exquirunt eum* (1).

Iam divini auxilii spe freti et pastorali studio vestro confisi, Apostolicam benedictionem, cęlestium munerum auspicię Nostręque singularis benevolentię testem, vobis omnibus, universęque Clero et populo singulis concedit, peramanter in Domino imperimus.

Datum Romę apud S. Petrum die xviii novembris annę mccccxciii, Pontificatus Nostri sextodecimo.

LEO PP. XIII.

(1) Ps. XVIII, 2.



EPÍSTOLA ENCÍCLICA A LOS OBISPOS DE POLONIA LEON P. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

DESDE hace largo tiempo veníamos experimentando un inmenso deseo de encontrar ocasión de daros, Venerables Hermanos, un especial testimonio de afecto y de solicitud igual al que las demás naciones católicas han recibido de Nos sucesivamente en las Letras particulares que han llevado a sus Prelados las enseñanzas y la dirección de la Sede Apostólica.

A ese pueblo, al que su origen, lengua y diversidad de ritos dan una fisonomía tan varia, Nos le abrazamos todo entero, con ardor, y como ya hemos tenido ocasión de decirlo con un solo y mismo amor. Nos no pensamos una vez siquiera sin emoción de júbilo en esta nación cuya historia es tan gloriosa y cuya filial piedad hacia Nos hemos reconocido.

Entre sus títulos de gloria brilla, en primer término el heroísmo de vuestros antepasados, que, tranquilizando a la espantada Europa, opusieron la muralla de sus pechos a los triunfantes enemigos del nombre cristiano, y en combates de épica grandeza se mostraron como los fieles defensores y los vengadores intrépidos de la Religión y de la civilización. Estos títulos de gloria los hemos recordado con placer, hace algunos meses, a las piadosas muchedumbres de peregrinos que, bajo la dirección de muchos de vosotros, Venerables Hermanos, han venido a ofrecernos sus homenajes y felicitaciones. Tal demostración conmovedora de vuestra fe, Nos procuró entonces la ocasión y el júbilo de felicitar a los polacos por haber conservado en todo su esplendor, y en medio de vicisitudes numerosas y terribles, el renombre de la Religión de sus antepasados.

Y, aunque jamás hayamos cesado de velar con todas Nuestras fuerzas por los sagrados intereses de Polonia, deseamos hacerlo de una manera eficaz todavía y realizar hoy, respecto de vosotros, Nuestros designios... Nos queremos que Nuestra solicitud para con vosotros resplandezca más visible que nunca á los ojos de toda la Iglesia á fin de que vuestras disposiciones para servir á la Religión católica se afirmen y se confirmen más y más, recibiendo nuevos alientos y aumentos de fuerza. Nos lo hacemos con tanta mayor esperanza, cuanto que sabemos, y vemos, Venerables Hermanos, con qué celo é inteligencia habeis sido siempre los intérpretes y los ministros de Nuestra voluntad, y con qué ardor trabajais para defender y enriquecer más todavía los tesoros de Religión que poseen los rebaños confiados á vuestros cuidados.

Que Dios, cuyo Espíritu Nos inspira dirigimos la palabra, bendiga esos preciosos frutos de vuestro celo para con ellos.

El beneficio de la verdad y de las gracias divinas que el Señor Jesús trajo al género humano en su Religión, es de una sublimidad y de una necesidad tales, que ningún otro beneficio, todo el mundo lo sabe, es múltiple, se ejercita de mil maneras por los individuos y por las sociedades doméstica ó política, y ayuda al bienestar de esta pobre vida, tan frágil aquí abajo, y á la conquista de la felicidad eterna.

De esto se sigue que las naciones que gozan del beneficio de la Religión católica, y encuentran en ella el mayor de todos sus bienes, están obligados por el más sagrado de los deberes á practicarla y amarla. Es, al mismo tiempo, evidente, que esta Religión no puede ser entendida ni practicada según las opiniones particulares de los individuos ó de los pueblos, sino que debe serlo según las leyes, la disciplina y el orden determinados y establecidos expresamente por su Divino Fundador; es decir, bajo la dirección doctrinal y disciplinaria de la Iglesia por El establecida. El mismo, *columna y firme sostén de la verdad* (1). Nos asegura que sostenida, particularmente por El, será en todos los siglos floreciente en cumplimiento de esta inmortal promesa: *Estaré con vosotros todos los días, hasta la consumación de los siglos* (2).

(1) 1. Tim. III, 15.—(2) Mat. XXVIII, 20.

Redunda, por lo tanto, en honor de vuestra misma nación que vuestros abuelos y vuestros padres hayan honrado tanto á la Religión, adhiriéndose por una fe perfecta á la Iglesia su Madre inquebrantable en su obediencia igualmente perfecta á los Pontífices Romanos y á los Santos Obispos, en quienes los Pontífices delegaban su autoridad. ¡Qué beneficios, qué motivos de honor, qué consuelos, y, aún todavía qué alientos ha encontrado vuestra nación en esa fidelidad!

Vuestra gratitud lo expresa de un modo elocuente; cada página de la Historia, al desarrollarse, muestra qué inmensa importancia tiene para los pueblos su actitud respecto de la Iglesia Católica, según sea de respeto y de honor, ó de indiferencia ó persecución.

Como el Evangelio encierra en su doctrina y en su fe todo cuanto puede contribuir en el mayor grado al perfeccionamiento y á la salud del hombre, desde el punto de vista de la fe, de la ciencia, de las costumbres y del progreso; y como la Iglesia, en virtud del derecho divino que ha recibido de Cristo, transmite esta doctrina, y hace observar esta ley, es evidente, que esta Iglesia en virtud de su misión divina, es el soberano poder moderador de la sociedad humana, y hace en ella germinar, crecer y desarrollarse los elementos de todas las grandes virtudes y de los bienes más preciosos.

No obstante esto, la Iglesia, á la cabeza de la que Dios ha colocado al Pontífice Romano, lejos de usar de una tan grande y tan universal autoridad para tocar á los derechos de los demás, ó para ayudar á miras extrañas á su misión, no llega por indulgencia y por bondad, hasta los límites extremos de sus derechos, exiendiendo su autoridad soberana sobre los grandes y sobre los pequeños con una justicia prudente, siempre inspirada por una inteligencia y un amor de Madre.

Por esta razón son odiosamente injustos, los que, aún sobre este asunto, se esfuerzan en poner de manifiesto, resucitándolas, las calumnias inventadas contra la Iglesia recientemente pulverizadas. Son igualmente reprensibles los que por igual modo en los consejos administrativos de los pueblos ó en sus Asambleas legislativas, precisamente cuando ella tiene mayor derecho á su gratitud y admiración. La Iglesia, en efecto, no enseña ni prescribe nada que sea contrario al bienestar y progreso de los pueblos; ó al

respeto debido á sus autoridades; del tesoro de la sabiduría cristiana saca constantemente todo lo que puede proporcionar la ventura de la sociedad ó conducir á ella.

Algunas de estas enseñanzas merecen ser recordadas: los que se hallan en posesión de la autoridad, deben ejercerla como Dios ejerce su poder y su solicitud para con los hombres; su autoridad debe ser justa, y recordar la de Dios por un feliz temperamento de paternal bondad, y solo debe ejercerse en interés de la sociedad; algún día ellos tendrán á Dios como juez del ejercicio de su autoridad, y la severidad de la cuenta que ellos le den, será proporcionada á la elevación de las funciones que hayan ejercido; en cuanto á los que se hallen sometidos á la autoridad, ellos deben el respeto y la fidelidad á sus gobernantes, y como á Dios, que se digna gobernar por medio de los hombres, deben obedecerlos: *Non solum propter iram, sed etiam propter conscientiam* (1), y ofrecer á Dios por ellos oraciones: *orationes, orationes, postulationes, gratiarum actiones* (2); observar las leyes civiles, abstenerse de las conjuraciones de los malvados y de los sectarios, no tramar nada sediciosamente, sino hacer concurrir sus esfuerzos al mantenimiento de la paz fundadora sobre la justicia.

Estos preceptos y recomendaciones, y otros semejantes sacados del Evangelio, y sobre los que la Iglesia insiste constantemente, llevan frutos extraordinarios de bondad á todas las partes donde son verdaderamente estimados y practicados, y su beneficio es especialmente notable en las naciones donde la Iglesia goza de mayor libertad para cumplir su misión. Apartarse de estos principios, rechazar la dirección de la Iglesia es hacerse refractarios á la voluntad divina, rechazar un beneficio incomparable, exponer á la sociedad civil á no tener nada bueno ni honesto y á quebrantar todos sus elementos agitados, arrojando á los pueblos y á quien los conduce, en la pavorosa perspectiva de todos los males.

Vosotros conocéis, Venerables Hermanos, las instrucciones más amplias que Nos hemos, á medida que su necesidad lo ha pedido, dado en diversas circunstancias acerca de estas importantes cuestiones; Nos hemos querido, sin embargo, recordároslas someramente; vuestra barca, adhiriendo con el contacto con Nuestra autoridad un impul-

so nuevo, seguirá con más energía y ventura la dirección impresa por el Piloto Supremo. Venturosos serán vuestros fieles, si ellos huyen de las inspiraciones de los fantasmas del desorden, que por todos los medios trabajan criminalmente para trastornar y destruir los imperios; si ellos cumplen todos los deberes de buenos ciudadanos, y si de su fidelidad hacia Dios nace la leal adhesión al bien público y á sus príncipes.

Llevad vuestra atención y vuestro celo á la sociedad doméstica, á la educación de la juventud y del Clero, y á todos los medios más prácticos para ejercer la caridad de Cristo. La integridad y honestidad de la vida privada, fuente principal de donde brota la salud para repartirse por las venas de la sociedad civil, deben obtenerse por la santidad del matrimonio, tal como la ley de Dios y las de la Iglesia lo han establecido, esto es, uno é indisoluble. Los deberes y los derechos recíprocos de los esposos deben ser inviolables, y ejercerse con la mayor paz y la más grande caridad: los padres velarán por la preservación, la dicha, y especialmente por la educación de sus hijos, recorriendo delante de ellos el camino de la vida, é iluminándoles, con el ejemplo y con las lecciones tan provechosas de su propia conducta.

Que no se forjen ilusión alguna sobre este punto: jamás lograrán, sin una extrema solicitud, velar por la buena y honesta instrucción de sus hijos. Deben preservarlos, no solamente de las escuelas y academias donde de propósito, se enseñan errores sobre la Religión, ó donde sus preceptos y enseñanzas se tienen por inútiles. Pues aquellos cuyas inteligencias se forman para las letras y para las artes, deben recibir también la ciencia y la cultura de las cosas de Dios; porque ellos deben más á Dios que á la ciudad, y son educados é iluminados para servir á su patria por los caminos que seguramente conducen á la Patria eterna del Cielo.

Esta instrucción religiosa no debe relajarse á medida, que con los años, se desarrollan los estudios profanos; por el contrario, esta instrucción debe ser más profunda, teniendo en cuenta la sed de conocerlo todo, que, especialmente en nuestra época, consume cada vez más á la juventud, y por los peligros que amenazan á su fe, y cuya grandeza hemos deplorado. Las reglas que la Iglesia ha dado acerca del método de enseñar la doctrina religiosa, cualidades de

(1) Rom., XIII, 5—(2) 1 Tim., III, 1-2.

probidad y ciencia de los maestros y elección de libros, han sido el ejercicio de un sagrado derecho para facilitar el cumplimiento de su deber tan grave como lo es el de velar para que nada se introduzca en la enseñanza que pueda mutilar la fe ó herir las costumbres de la sociedad cristiana. La instrucción religiosa dada en las escuelas, debe ser confirmada y completada por la que en días determinados, el pueblo debe recibir en las Iglesias, donde los géneros de la fe y de la caridad se desarrollan y crecen como en su terreno natural.

Se sigue de esto bien claramente, que la educación del Clero debe ser objeto de su celo y de una atención especial, pues él debe crecer y formarse de modo que llene su vocación de ser á los ojos de los hombres, y en realidad, *la sal de la tierra y la luz del mundo*. El seminarista debe distinguirse, desde su adolescencia, por la pureza de la doctrina que recibe y de las costumbres para que es formado; pero la misma solicitud debe tenerse para los sacerdotes, que, sin levantar mano han de trabajar *ad consummationem sanctorum in opus ministerii, in edificationem Corporis Christi* (1).

Respecto de los Seminarios, sabemos bien, Venerables Hermanos, cuán perfecto es vuestro celo; y en vez de excitar vuestro ardor, Nos queremos más bien manifestar Nuestra satisfacción á vosotros y á todos los que tienen á gran dicha trabajar, ya por su prosperidad, ó por la instrucción de sus discípulos. Y ciertamente, en estos tiempos tan penosos para la Iglesia, en los que los enemigos de la verdad se fortifican, y en los que la corrupción no se detiene ya de una manera vergonzante, sino que camina sin pudor en plena día; y cuando más debe esperarse del Clero mayores socorros y remedios más eficaces, es preciso que los sacerdotes se ejerciten más vigorosamente en las buenas batallas de la fe, y se formen para una virtud mayor en todos sus grados, y hoy necesaria más que nunca.

Conocidas os son las instrucciones que Nos hemos dado acerca del método que ha de seguirse en los estudios, y muy particularmente para los de Teología, Filosofía y Sagrada Escritura; velad porque los profesores se ajusten á ellas por completo, y no descuiden los demás estudios, que son como el ornamento de aquellos más serios, y que son de

(1) Eph. IV, 12.

necesidad imprescindibles para el sacerdote, que bajo atenta dirección, los profesores y rectores (personas siempre notables por su ciencia y virtud), dispongan los reglamentos de la vida común, formen y ejerciten á sus discípulos, de suerte que cada día se añada en ellos un nuevo grado de virtud á las que más les convienen, y que se apliquen también á enseñarles la teoría y la práctica de todo lo que concierne á sus relaciones con la autoridad civil.

Así, de estos gimnasios y campamentos sagrados, saldrá un ejército nuevo, perfectamente instruido y disciplinado, que llevará un aumento de fuerzas á los que trabajan ya á la intemperie, y podrá substituir con tropas de refresco á los soldados fatigados ó ascendidos.

Vosotros conocéis bien los peligros que en el ejercicio de las funciones sagradas puede encontrar la virtud más sólida, y cuán fácilmente la pobre humanidad se cansa y pierde el valor en el cumplimiento de sus propósitos. Por esta razón, vuestra solicitud debe emplearse en poner en práctica los medios que permitan á vuestros sacerdotes alimentar su gusto por el estudio, aumentando así el tesoro de su ciencia; para que renovando de tiempo en tiempo sus fuerzas, trabajen con más ardor en su perfección personal y en la salud eterna de los demás.

Si vosotros, Venerables Hermanos, lográis formar con vuestras propias manos un Clero instruido y preparado según los medios antes dichos, os será no solamente más ligera vuestra carga pastoral, sino que veréis crecer en vuestras Diócesis los frutos de salvación que hay derecho de esperar de un Clero ejemplar y de una caridad activa. Que este precepto de la caridad que Jesucristo llama grande esté presente en el ánimo de todos, sea cualquiera el orden á que ellos pertenecian, y que cada uno se aplique á cumplir como lo dice el Apóstol: *opere et caritate*: éste es el único vínculo capaz de dar unión y la fuerza á las familias y á las sociedades, y de darles, lo que es más aún, la dignidad de familias y de sociedades cristianas.

Esta consideración, y el dolor de presenciar todos los terribles males engendrados en la familia y el de la sociedad por la negligencia ó el desprecio de estos preceptos, Nos han hecho con frecuencia levantar Nuestra voz desde esta Sede Apostólica. Nos lo hemos hecho particularmente en la Encíclica *Rerum novarum*, donde hemos expuesto los únicos principios capaces de dar á la cuestión obrera una solución

verdadera y conforme á la equidad predicada por el Evangelio. Nos repetimos hoy con nueva instancia esos mismos principios.

La experiencia ha demostrado de una manera clara y evidente que el poder de aliviar la miseria de los pobres y hacer circular en el pueblo una sana ilustración, y la impulsión y dirección de la santa caridad, han sido dados á los Círculos Católicos, á las Asociaciones obreras, á las Sociedades de socorros mutuos y á las demás de este género que dedican los recortes de su inteligencia, de su situación, de su fortuna y de su actividad á esas obras de las que dependen los intereses, aún los eternos, de su gran número, y por ello merecen bien de la Religión y de su Patria.

A esas instrucciones, que se refieren de un modo general á Polonia, Nos queremos añadir algunos consejos de interés más particular para las comarcas que habitais, y al mismo tiempo señalaros en las instrucciones generales varios puntos particulares.

Es justo que Nuestras primeras felicitaciones por la constancia en la fe y nuestras primeras exhortaciones se dirijan á vosotros, los católicos sometidos al Imperio de Rusia, que sois los más numerosos; Nos os alentamos, ante todo, para que guardéis y fortifiquéis cada vez más vuestro propósito de practicar vuestra santa fe, pues vosotros poseéis en ella, como antes hemos declarado, el principio y la fuente de los mayores bienes. Que vuestras almas cristianas prefieran ese tesoro á todos los demás bienes, y que ellas le conserven á costa de mil pruebas y fatigas, sin dejaros vencer por ninguna clase de dificultades, teniendo siempre ante los ojos la voluntad divina y los ejemplos admirables de tantos santos personajes.

Fuertes con la posesión de ese tesoro, esperad siempre, sean los que fueren los acontecimientos, confirme confianza y con paciencia, el consuelo y el socorro de un Dios que nada olvida.

Como lo piden los deberes de Nuestro cargo, Nos conocemos vuestra situación, y Nos satisface la confianza de todo punto filial, que vosotros habeis colocado en Nos. Así, pues, rechazad las calumnias que aun pueden sembrar entre vosotros para hacer dudar de vuestra benevolencia y solícitud hacia vosotros, y estad persuadidos de que, no menos que Nuestros antecesores, Nos hemos tenido en pro de vuestros intereses y los de todos vuestros hermanos el mayor cuida-

do posible; Nos estamos dispuestos á todas las fatigas, y á proseguir, sin desfallecimientos, haciendo toda clase de esfuerzos para mantener vuestra confianza.

Nos complace recordar que, desde los comienzos de Nuestro Pontificado, inspirado por el deseo de mejorar la situación de la Iglesia en vuestras comarcas, hemos hecho provechosas gestiones cerca del Consejo del Imperio para pedir lo que á la vez exigen la dignidad de la Sede Apostólica y la salvaguardia de vuestros intereses. El resultado de estas gestiones ha sido pactar en 1882 algunos convenios con el Consejo del Imperio; uno de ellos fué la libertad prometida á los Obispos para gobernar sus Seminarios, según las disposiciones Canónicas. La Universidad eclesiástica de San Petersburgo, abierta igualmente á los Polacos, fué entregada á la plena jurisdicción del Arzobispado de Moillew, y reorganizada en favor del Clero y de la Religión católica; fué hecha, además, la promesa de abrogar ó suavizar lo más pronto posible las leyes que el Clero hallaba demasiado rigurosas.

Desde entonces jamás hemos descuidado una ocasión, fortuita ó preparada, para pedir el cumplimiento del pacto convenido. En más de una ocasión, el muy poderoso Emperador ha juzgado conveniente deferir estas reclamaciones, y Nos hemos reconocido sus disposiciones de amistad respecto á Nos y su grande espíritu de justicia hacia vosotros. Nos continuaremos recordándole estas instancias hechas en vuestro favor, recomendándolas ardentemente á Dios, que tiene en sus manos el corazón de los reyes: *Cor regis in manu Domini* (1).

En cuanto á vosotros, Venerables Hermanos, continuad defendiendo con Nos el honor y los sagrados derechos de la Iglesia Católica, que llena su misión y produce los beneficios que debe repartir cuando goza de la seguridad y de la libertad que reclama la justicia, y cuando tiene necesario apoyo para el desarrollo de su acción. Toda vez que vosotros veis con cuánta perseverancia Nos trabajamos en hacer firmar y afirmar por todas partes el orden en la sociedad y la paz entre los pueblos, trabajad también para que en el Clero y todo el pueblo, los principios y el respeto á las autoridades superiores y la sumisión á las leyes queden sólidamente establecidas.

Velad también, con todas vuestras fuerzas, para que nada de cuanto interesa á la salvación de los fieles sea descuidado en la administración de las parroquias, en la distribución al pueblo del pan de la divina palabra y en todo aquello que tiende á alimentar el espíritu religioso, que sobre todo, en las escuelas de niños, los pequeños y los grandes sean bien instruidos en el Catecismo, y, á ser posible, á cargo de los sacerdotes, cuyo concurso tenéis derecho á pedir. Tendreis igualmente cuidado de que las ceremonias del culto se celebren en las Iglesias con la pompa y el esplendor dignos y capaces de avivar la fe que puede encontrarse en tan preciosos elementos. No obstante, vosotros obrareis siempre, bien previniendo las dificultades que podáis prever en el asunto, sin dudar jamás de apelar seriamente, pero con prudencia, á los compromisos adquiridos con la Sede Apostólica.

Hacer que cese toda mala inteligencia, obtener todos los bienes convenientes, es un objeto que debe ser aprobado, no solamente por los polacos, sino por todos los que sientan un verdadero amor por el bien público. La Iglesia Católica ya lo hemos dicho antes, (y este carácter en ella resplandece más cada día) ha nacido y ha sido instituida en condiciones tales, que no solamente no puede jamás dañar á las naciones ni á los pueblos, sino que, aún desde el punto de vista de los intereses materiales, es una fuente de beneficio y de esplendor.

En cuanto á vosotros, los que estais sometidos al gobierno de la ilustre Casa de Hapsburgo, cuyo celo por la Religión de sus antepasados es tan grande, que la fidelidad y la sumisión, que él merece de vuestra parte, sean cada día más evidentes; aplicad por igual vuestro celo á fin de obtener todo lo que la salvaguardia y el honor de la Religión ha inspirado, ó que según las circunstancias pueda inspirar y establecer.

Nos deseamos ardientemente que la Universidad de Gracovia, sede antigua é ilustre de la ciencia, defienda su integridad y excelencia. Nos deseamos también verla poseída de emulación en presencia del renombre de ciertas Academias, que bajo Nuestros impulsos, la solicitud de los Obispos y la generosidad de los particulares han surgido en gran número desde hace algún tiempo. Que vuestra Universidad como en aquéllas, bajo el impulso de Nuestro hijo bien amado, vuestro Cardenal-Obispo, se admire la unión de las cien-

cias más elevadas con las doctrinas de la fe, y que los beneficios de estabilidad y de ilustración que de esta unión resulten, se hagan sentir en lo más florido de la juventud de vuestra Patria.

Del mismo modo, vosotros debéis tener grande empeño como ciertamente lo tenemos Nos mismo, en ver á las Ordenes religiosas grandemente estimadas entre vosotros, recomendables por sus trabajos de perfección en la virtud, por su ciencia tan vasta y por el éxito en sus tareas de instrucción y educación, forman las tropas escogidas al servicio de la Iglesia: la sociedad civil ha buscado y ha encontrado siempre en ellas, siempre sus mejores auxiliares para llegar á los más nobles objetos. Y en lo que especialmente concierne á la Galitzia, Nos haremos una particular y benévola mención de la Orden tan antigua de S. Basilio, á cuya restauración hemos dedicado Nuestros cuidados y esfuerzos.

Y es para Nos causa de gran satisfacción ver que esta Orden, respondiendo con religioso apresuramiento á lo que Nos esperábamos de ella, trabaja rápidamente en recordar aquella gloriosa época en que su actividad fue tan fecunda en millares de beneficios para la Iglesia de los Ruthenos. Gracias á la solicitud vigilante de los Obispos y á la adhesión de los sacerdotes, felices presagios de salvación se manifiestan de día en día, más evidentes para esa Iglesia. Y ya que Nos hablamos aquí de los Ruthenos, hemos de recomendaros que los profeséis los sentimientos de la amistad más estrecha, no obstante la diversidad de origen y ritos; cual conviene á ciudadanos que habitan la misma región, que viven bajo las mismas leyes, y, lo que es más aún, profesan la misma fe.

La Iglesia quiere y ama en ellos á hijos de su amor; les autoriza, por razones llenas de prudencia, á guardar sus costumbres y sus ritos; vosotros, pues, el Clero sobre todo, debéis considerarlos y tratarlos como á hermanos, no tenien, do para ellos más que un corazón y un alma, trabajando juntos á la mayor gloria de un solo y mismo Señor y Dios, y procurando multiplicar, *in pulcherradine pacis*, los frutos de toda justicia.

Con satisfacción igual dirigimos ahora Nuestra palabra á vosotros los que habitais la provincia de Guesen y de Posen. Nos queremos recordar que hemos tenido la satisfacción de responder á todos vuestros votos colocando en la

Sede angusta de S. Alberto á uno de vuestros conciudadanos, Prelado eminente por su piedad, su ciencia y su caridad.

Y todavía á Nos es más agradable ver, con cuánta sumisión y con qué afecto obedecéis todos á su dulce dirección; espectáculo que hace nacer grandes esperanzas para el progreso de la Religión en vuestra comarca.

Para que estas esperanzas más y más se confirmen, Nos queremos y no sin razón, que tengais confianza en vuestro Serenísimo Emperador. Nos hemos sabido por él mismo sus buenas disposiciones hacia vosotros, y su benevolencia os está asegurada, á cambio de vuestro respeto á las leyes y de vuestra perseverancia en una actitud siempre inspirada en sentimientos cristianos.

Nos queremos también, Venerables Hermanos, que cada uno de vosotros comunique á sus ovejas estas instrucciones y acentos, á fin de que vuestra acción se haga cada vez más fecunda. Que vuestros bien amados hijos puedan comprobar los sentimientos de afecto que Nos animan respecto de ellos, y reciban estas instrucciones con sumisión y filial piedad.

Conformándose á ellas, como no dudamos que lo hagan; se substraerán á los peligros que la gravedad de las circunstancias hace tan terrible para la fe; permanecerán fieles á las gloriosas tradiciones de sus antepasados, las harán revivir en sus corazones y en su vida, gozando al mismo tiempo de los mejores elementos de tranquila prosperidad aquí abajo. Pedid incansablemente con Nos, la abundancia de los socorros celestiales por la intercesión de la gloriosísima Virgen María, de S. José, cuya fiesta regocija hoy á todo el pueblo cristiano, y de los Santos Patronos de Polonia.

Y como prenda de estas gracias y de Nuestra particular benevolencia, Nos concedemos de todo corazón la bendición Apostólica á vosotros, á vuestro Clero y á todo el pueblo confiado á vuestros cuidados.

Dado en Roma, cerca de S. Pedro, el 19 de Marzo de 1834 y XVII de Nuestro Pontificado.

LEÓN XIII, PAPA.



EPISTOLA ENCYCLICA
AD EPISCOPOS POLONOS
LEO PP. XIII
VENERABILES FRATRES
SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

CANTATIS providentiæque Nostræ peculiare testimonium quod vobis catholicis gentibus per intervalla exhibuimus, ut, datis ad eorum Episcopos singularibus litteris, documenta Apostolicæ exhortationis impartiremus, id similiter vobis ex opportunitate præstare posse, tandem Nos ingens desiderium tenebat. Equidem populum istum, genere, sermone, religioso ritu varium, uno Nos omnem, quod alias ediximus, eodemque studio complectimur et fovemus; neque unquam nisi iucundissime de ipso cogitamus, cuius et præclara spirat memoria gestarum rerum, et magnam erga Nos coniunctam cum fiducia pietatem constantiter agnovimus. — In cæteris enim laudibus, laus merito manet eximia petribus illis vestris, qui, tremefactæ Europæ ad impetus hostium christiani neminis præpotentium, pectorum suorum præsidia inter primos, insignibus præliis, opposuerunt, idem religionis et civitis cultus vindicæ acerrimi fidisimique custodes. His de promeritis palmam eat a Nobis non multos ante menses cum gaudio commemoratum, tunc sælicet quam nonnulli vestram, Venerabiles Fratres, pia fidelium agmina peregre ad Nos salutem gratulatamque adduxistis; ex qua pulcherrima fidei testificatione, pergratu adit occasio ut ævite religionis decus, per multos rerum et difficiles casus integram, vividam, Poloniæ vicissim gratularemur. — Invero seris eius rationibus si, quantum erat in Nobis, nihil antea potestæ desultimus, id posse vel amplius cupimus, atque in præsentia efficere consilium est; ea nimirum causa, ut sollicitudinis in vos Nostræ apertior extet coram Ecclesia declaratio, utque etiam vestrum omnium animi in cætholicæ professionis officiis, roborata virtute, subsidia auctis, confirmetur et præstent. Hoc autem facere instituimus alacriore quidem cum spe, propterea quod cognitum perspectumque habemus qua vos, Vene-

robiles Fratres, solertia interpretes voluntatis Nostrae et ministri esse consueveritis, et quo proposito in summa vestrorum progreum bonis tendis augendisque elaboretis. Quos autem in ipsis praestabiles tractus expetimus, ita Deus, qui ad alloquendum movit, benignus idem secundet.

Beneficium divinae veritatis et gratiae, quod humano generi religione sua Christus Dominus attulit, laetiae excellentiae utilitatisque est, cum quo alius vultum in ullo genere ne conferri quidem possit, nedum possit aequari. Eius virtus beneficii, multiplex, ut omnes norant, et saluberrima, mirum in modum affluit ad singulos et ad universos, ad societatem domesticam et ad civilem, ad prosperitatem caducae vitae iuvandam et ad felicitatem adipiscendam vitae immortalis. Ex quo continuo apparet, gentes catholica religione donatas, sicut maximo honorum omnium in ea potiuntur, ita officiorum omnium maximo adstringi eiusdem colendae et diligendae. Simul vere apparet, rem non esse eiusmodi, quam ad sumum cuiusque arbitrium vel singuli vel civitates recte se praestare posse confidunt, verum qua duxit ratione, qua disciplina, qua ordine ipse definit et inest religionis divinae auctor: videlicet magisterio et ductu Ecclesiae, quae ab ipso tanquam *columna et firmamentum certitatis* (1) constituta est eiusque singulari cura per omnes aetates viguit, vigebitque, rata promissione, perpetuo: *Ego sollicita sum omnibus diebus, usque ad consummationem saeculi* (2).—Iuro igitur genti vestrae tam claris religionis honor ab avis et maioribus ideo statit, quod Ecclesiae matris summa semper adhaesit fide, parique in obsequio Pontificum Romanorum et in obedientia sacerorum Antistitum, quos illi pro potestate designarent, immota persistit semper. Inde quam multa ad vos comoda et ornamenta proflexerit, quam praesentia in trepidis rebus solatia ceperitis, quanta habeatis etiamnum adimenta, vosmet gratis tenetis animis, grato profiteamini.—Manifestum quotidie est, quaenam provisissimarum rerum in populis imperisque consequantur momenta, Ecclesiae catholicae vel observata et digno loco habita vel pro iniuriam contemptionemque laesa. Quam enim in doctrina et lege Evangelii esse continentur quae ad salutem perfectionemque hominis, tum in fide et cognitione, tum in usu et actione vitae, usque porro proficiunt; quinque eam doctrinam et legem Ecclesiae, divino a Christo iure, tradere possit et religione sancire; ipsa praeterea, divino munere, vi magna pollet moderatrice humanae societatis, in qua et fatrix est generosae victus et lectissimorum honorum efficitur.—At Ecclesiae vero, cui divinitus Romanus Pontifex praesert tantum adest ut, ex auctoritatis tanta amplitudine, quidquam sibi de alieno arroget iure sui cuiusquam obliquis studiis committat, ut potius de iure suo assepe remittat, indulgendo; atque summis et infimis sapienti consulens aequitate, sese omnibus gubernatricem et matrem exhibeat solertissimam. Qua-

(1) I Tim. III, 15.—(2) Math. XXVIII, 20.

propter illi iniuste factum qui hac etiam in re veteres contra ipsam calumnias, iam toties refutatas planeque contritas, in lucem mittuntur revehere, nova vituperationis specie confictas; neque in minus reprehendi, qui eodem de causa diffidunt Ecclesiae, eique suspicionem conflant apud rectores civitatum et in publicis legumlatorum coetibus; a quibus nempe laus plerumque ipsi debetur et gratia. Nihil enim omnino ea docet aut praecipit quod maiestati principum, quod incoluntati et progredienti populorum vitae, ullo modo officiat vel adversetur; multa imo ex christiana sapientia assidue profert ad communem eorum utilitatem sive quem conducibilis. In quibus haec memorata digna; principatum qui teneant, eos imaginem divinae in homines potestatis providentiaeque referre; eorum imperium debere iustum esse et imitari divinum, boicite temperatum paterna, atque unico emolumentis spectare civitatis; ab ipsis rationem Deo iudici aliquando reddendam, eamque pro celsiore dignitatis loco graviterum: qui vero sint sub potestate, debere constanter reverentiam et fidem servare principibus, tanquam Deo regum per homines exercenti, eisdem obtemperare, non solum propter formam, sed etiam propter convenientiam (1), pro ipsis adhibere obsecrationes, orationes, postulationes, gratiarum actiones (2); debere sanctam custodire disciplinam civitatis; ab improborum machinationibus sectisque abstinere, nec quidquam facere seditionis; omnis confesso ad tranquillam in iustitia pacem tenendam.—Ista et similia praecipua institutaque evangelica, quae ab Ecclesia tantopere suadentur, ubi in pretio sunt et re ipsa valent, praestantissimos sibi fructus afferre non cessant, eosque afferunt in illis gentibus uberiores, in quibus Ecclesia liberiore utitur sui muneris facultate. Eisdem vero refragari preceptis et Ecclesiae ductum recusare, idem est ac refragari voluntati divinae et inigne haereticum abiterre; nihil ut in civitate vere prosperum honestumque permaneat, permixta delabantur omnia, anxia calamitatum temetipso et rectores et populi occupentur.—Habitis quidem, Venerabiles Fratres, de his rerum capitibus iam fuis a Nobis tradita per occasionem proscripta; eadem tamen visum est summum revocare, quo navitas vestra, novo quasi auspicio freta auctoritatis Nostrae, impensus in idem feliciter contendat. Illud certe optimum factumque fuerit in gregibus vestris, si afflatus caveantur turbulentorum hominum; pessimis artibus nihil iam non sceleratissimo autentium ad overenda delenda imperia, si nullae officiorum partes, quae civium sunt honorum, desiderantur, si ex fide Deo debita et sacra, fides erga rem publicam et principes efflorescat.

De societate]tem domestica, de iuventutis et sacri ordinis institutione, de modis optimis christinae tractandae caritatis, diligentiam acute.—Integritas et honestas domesticae conversationis, ex qua praecipue sanitas funditur in venas societatis civis, repetenda est

(1) Rom. XIII, 5.—(2) Tim. III, 1-2.

primam a sanctitate coniugii; quod secundum Dei et Ecclesiae praecepta initum sit, unum et individuum. Tum oportet iura et officia inter coniuges inviolata esse et quanto maxima fieri possit concordia et caritate expleri; proliu tuitio commodisque, potissimum educationi, parentes consuleri; suo ipsos documento vitae, quo nihil praestantius esse neque efficacius, antecedere Institutioni tamen liberorum rectae prolesque nequaquam illi arbitrentur se posse, ut par est, prospicere, nisi summopere evigilando. Neque enim ab his tantum scholis fidesque defugiendum est, ubi doctrinis error de religione, dedita opera, admisceatur, vel ubi propemodum dominetur impietas, sed ab his etiam in quibus de christianis institutis et moribus, perinde ac de importunis rebus, nulla sit praecipio nec disciplina. Nam quorum ingenia litteris et artibus erudiuntur, eodem profecto necesse, esse pariter cognitione cultaque erudiri divinarum rerum, utpote qui, admoventes ipsae et lubente natura, non minus quam civitati, multoque amplius, debeant Deo, qui quae idecirco in lucem suscepti sunt, ut civitati servientes, ad mansuram in caelo patriam iter dirigant suam studiosque conficiant. In hoc autem cessandum minima erit, procedente cum eorum aetate cultura civili, quin etiam eo insistendum erit, tum quod inventus cupiditate sciendi, ut nunc praesertim agitur studiis, vehementius quotidie urgeatur, tum quod eidem maiora quodlibet impendant de fide pericula, magnis iam deploratis tanta in re factoris. Quod vero de ratione sacrae doctrinae tradendae, de magistrorum probitate et peritia, de liberorum delectu, quaequam Ecclesia censet vindicare sibi cautiones, quosdam modos praefinire, id sane suapte iure facit; neque id potest non facere, pro eo quo tenetur gravissimo officio providendi ne quid usquam irrepat, ab integritate alienum fidei momentum, quod christiano populo noceat. — Sacram porro institutionem, quae imperiatur in scholis, ea confirmet et compleat quae certis temporibus praescriptisque habeatur in curiis ac templis, ubi eiusdem fidei caritatisque germina, quasi in solo suo, uberius nutriuntur et proveniunt.

Haec satis per se ipsa mōnent, singulari opus esse diligentia et opera ad informandum ordinem clericalem, qui, divino oraculo, talis suscipi debet atque sacrum its tenere propositum, ut *sat terrae et lux mundi* habeatur et sit. Utraque laus, quae doctrina sana vitaeque sanctorum praecipue continetur, in adolescente quidem clero potissime accuranda est, neque tamen minus est custodienda et probehenda in clero adulto, qui proxime incumbit ad *consummationem sanctorum in operibus ministerii, in sanctificationem corporis Christi* (1). — De sacris seminariis clericorum bene est Nobis cognitum, Venerabiles Fratres, minime partes desse vestras; ut, potius quam admoveamus incitamenta, comprobationem testari deceat vobis eiusque

(1) Eph. IV, 12.

omnibus quorum ipsa laetantur procurandi et docendi labore assiduo. Sane, temporibus quae inciderunt tam Ecclesiae iniquis, quam hostes veritatis invalescunt, quam corruptelarum pestis iam non serpit occulta, sed impudens in omnia grassatur, si plura quam antea levamenta et remedia expectanda sunt a sacerdotali ordine, in nimirum maiore quam antea cura et exercitatione comparandis est ad bonum certamen fidei et ad parem virtutis omnis dignitatem. Quae de ratione dirigenda studiorum sunt a Nobis identidem normae praestitutae, in re praesertim philosophica, theologica, biblica, prole notis: ad eas instate ut sese magistri parilletenter componant, neve ullam praetermittant ex doctrinis ceteris, quae gravius illis ornamento sunt, et sacerdotalibus munis addunt commendationem. Instantibus similiter vobis, moderatores disciplinae et pietatis (homines qui esse debent integritate et prudentia spectatissimi), sic rationem temperent vitae communis, sic alumnorum animos conformem exercentque, ut virtutum congruentium quodlibet in ipsis progressus elincant: atque ut illud etiam spectet, omnium ut addeant matureque induant prudentiam in his attingendis quae civilis sint potestatis. Hoc sane modo ex sacris illis veluti palaestris et castris nova continenter militia, eaque optime instructa, prohibet, quae suppetias vanae laborantibus in pulvere et sole, atque defessos emittitque integra suppleat. Verum, in ipsa sacrorum munerum perfectione, facile videlicet quantum periculi virtus vel solida offendat, et quam sit humanum languescere in propositis ab eisque deflere, luque eo simul perineant curae vestrae, ut sacerdotibus apposite praebitis quo studia doctrinae recolere possint et augere, in primis quo contentus possint, redintegratis interdum animorum viribus, et perfectioni vacare suae et aliorum sempiternae salutis prodesse. — Insem vos, Venerabiles Fratres, rite in oculis vestris eductum etque probatum si habueritis clericum, sentitis profecto vobis pastorele munus, non allevari solum, sed etiam abundare optatis in grege fructibus: quorum licet sperare copiam a clero maxime exemplo et actiosa caritate.

Eiusdem caritatis praecipuum, quod *magna* in Christo est, omnibus ex quovis ordine commende usum sit, idque singuli perficere studeant, quemadmodum Iohannes monet apostolus, *operi et caritate*: nullo enim alio vinculo aut praesidio constare ad firmitatem familiae et civitatis possunt, neque, id quod pleris est, christianae dignitatis merita adipisci. Quae Nos considerantes, deplorantesque tam multa mala et acerba, ac posthabito dimissove praecipio, publice et privatim consecuti, saepe numero in eadem re Apostolicam vocem edidimus: singulariter fecimus per litteras encyclicas, quarum initium est *Nostrarum rerum*, ubi principia retulimus, ad causam de conditione episcopum ex veritate et sequitate evangelicam dirimendam spectans. Ha ipsa nunc renovata admonitione inculcamus. Sancta movente et decante caritate, quantum catholica instituta, sodalitia artificum, mutuo opitulantium consociationes, id genus plura, vim habeant

virtutemque vel ad leniendam tenentium verumtas vel ad infirmam plebem recte erudiendam, apertum experiendo est: qui autem consilium vel auctoritatem, pecuniam vel operam ad ista conferant in quibus veritas multorum salus, etiam sempiterna, si verissime de religione et de civibus suis promoverentur egregio.

Ad haec, genti Polonae universe dicta, certa quaedam subicere libet, quae singularem, pro locorum in quibus versamini conditione, usui fore censuimus, atque adeo ex his ipsis quae dedimus monitis quaedam libet eo altius in animis vestris delibere. — Vos primum, ut plures numero, qui Russico imperio paretis, iure est quod catholicae professionis nomine colludamus, hortatione muniamus. Caput est hortalionis Nostri, ut istum constantissimum in sancta fide colenda retinatis firmiter et fovendis, in qua id bonum habetis, quod principium et fons est, ut diximus, maximorum honorum. Hoc atque christianus animas, ceteris rebus omnibus longe anteponat oportet; hoc ipsum, ut sunt divina iura et splendida sanctorum hominum facta, nec ullis fractis diffractibus desinat, et summis viribus laboribusque custodiat, eisdemque virtute fultus, solatum et opem, quocumque humanae res eventus adducant, aeque cortissime in patienter a Deo memori expectet. — Ad Nos quod attinet, rerum vestrarum quae sit baudilio, eisdem pro munere Nostro, habemus compertum; valdeque ista delectat fiducia quam in Nobis, aliorum instar, plurimum collocatis. Sic igitur admonemus, falsis omnino reiectis quae contra benevolentiam et sollicitudinem in vos Nostram nequiter serantur, hoc sit vobis penitus persuasum, nihil Nos minus quam Pontifices decessores, sicut pro ceteris populis vestris, illis pro vobis suscipisse et intendisse curas; qui etiam, vestram ut sustineamus fiduciam, omnia perati sumus et laboriose cogitavi et praesegri confidimus. Iuvat memoria re, et cetero, inde Nos a Pontificatus exortibus, de re catholica istis relevanda cogitantes, opportuno apud Imperiale Consilium officia interposuisse ut ea contederemus quae simul dignitas huius Apostolicae Sedis, simul rationum vestrarum patrocinium viderentur deponere. Quibus ex officio consecutum est, ut anno MDCCCLXXXI ecclesiis cum illis perfectionem capite suis constituta: haec inter, Episcopis liberam fore copiam moderandi ad canonicos leges seminaria clericorum; tam Academiam ecclesiasticam Petropolitani, quae Polonia quoque patet alumnis, iurisdictioni pleno tradendam Archiepiscopi Mohyloviensis, atque in melius adducendam, ad amplectendum cleri et religionis catholicae nihil rem: acceptis praeterea fide, quae in primis a rege totum sui negotium in singularibus eos leges, quos clerus vestrorum veteribus illi conquerebatur. Illo ex tempore nunquam Nos, vel capta vel quaesita occasione, praeter conventu exposituere desuimus. Quia in mo eisdem exposuimus ad ipsum deferri placeat potentissimum Imperatorem, cuius et exploratum in Nos amici iae animum et studium iustitiae excelsum obtestati omne sumus in causa vestra; neque intermillamus rogationes ad ipsum per tempus oblibere, eos potissime com-

mandantes Deo, quippe *cor regis in manu Domini* (1). — Vos autem, Venerabiles Fratres, pergit dignitatem sacrosanctaque iura religionis catholicae Nobiscum iuri: quae tunc vere propositio potest constare suo et beneficiis afferre quae debet, quam iuste auctoritatis libertatisque compos idoneis praesidiis instruitur ad actionem, quantum oportet, explicandam. Quoniam vero ipsi praesidiis qualem desiderimus demus operam tranquillitati publici, ordinis conciliandae in gentibus continendaeque, iidem agere ne cessetis, ut sublimiorum potestatum observantia et publice obtemperatio disciplinae in clero praeferque in ceteris firme consistat: atque ita, omni procul offensivis vel reprehensionis causa submota, omnique specie insimulationis in reverentiam conversa, catholico nomini sua laus maneat et accrescat. — Item sit vestrum in id incumbere, ut quidquam ne desit de summa fidelium salute neque in administrandis curis, neque in pabulo divini verbi imperitendo, neque in alendo religionis spiritu; ut pueri et adolescentes, maxime in scholis, sacra catechesi diligenter imbuisant, idque, quanto magis fieri possit, opera sacerdotum, quibus sit a vobis id legitime demandatum; ut cultui divino et decor sacrarum aedium et festis solemnitatibus honor plane congruant, unde fides haurit, bona incrementa. Rectissime porro loceritis, praecavendo discrimina, si qua forte hisce in rebus instare videntur: ob eamque causam ne dubitatis ratas ipsas cum hac Apostolica Sede conventiones graviter quidem prudenterque appellere. Talia nimirum et discrimina abesse et conventio bona contingere, non Polonis tantummodo, sed cunctis qui sincerae publicae rei caritate ducuntur, gratum esse et optabile debet. Ecclesia enim catholica, quod principio docuimus quotiesque eminet, sic nata institutaque est, ut civitatibus et populis nihil ad modum detrimenti, sed multiplices vero et decoras utilitates in rerum etiam mortalium genere nunquam non periat feliciter.

Nos deinde qui in ditione estis inclitas Domus Habsburgensis, reputatis vobis quantum Augusto Imperatori, religionis vitae studiosissimo, debeatis, iuste iuratur in Rom fides gratumque obsequium luculentius a vobis in dies magis pateat studium non dissimile in perseperendi omnino: quae in catholicae religionis incolumitatem et decus vel iam sunt optime constituta vel tempora et res provide constitutenda sudent. — Universitatem Cracoviensem, valem atque nobilem doctrinarum eadem, valde optamus integritatem et praestantiam, iuri suam, atque etiam memineri laudis belium Academicorum, quas insignis Episcoporum cura et liberalibus privatorem non paucas, favoribus Nobis, per haec ipsa tempora excitavit. Quemadmodum in illis, ita in vestra, sollicitudine directi Filii Nostri Cardinalis Episcopi moderante, gravissime quoque discipline cum fide amico foedere copules et, quantum ab eis luminis mutantur et licentias, tantum subeidi ad ipsius defensionem referentes, uti-

(1) Prov. XXI, 1.

nam iuventuti lectissimae magis magisque in partes omnes aint profuturæ.—Itam vestra magno interesse debet, Nostra certo interest maxime, vigere apud vos in omnium existimatione ordines Religiosorum; qui, virtutis quam consequantur perfectione et doctrina var a fructuosaque in excelendis animis labori commendati, tanquam apparatus copie præsto sunt Ecclesie, eisque non minus civitas ad honestissimam quæque adiutoribus optimis omni tempore usa est. Nominatimque Galiciam respicientes summa voluntate perantiquum commemoramus Basilienum ordinem, in quo instaurando peculiaris præstantia consilia et curas sæmpridem ipsi posuimus. Non in dioceram enimvero lætitudinis fructum ideo capimus, quod expectationi illæ Nostræ placere religione obsecundans, nihil pleno gradu ad superiorum temperum gloriam, quam ecclesie Ruthenæ multis modis extitit salutaris: patet eiusdem salutis auspicio, Episcoporum vigilantium et curatorum industria, tum ex ipso præclariora in dies nitescunt.—Hic autem quoniam de Rothensis incidit mentio, eam sinite iteramus cohortationem, ut vos cum ipsis, quamquam originum rituumque dissimilitudo intercedat, arctius voluntates amantissimæ societas prout esse condecet, quos regionum, civitatis, maximeque fidei sociat communio. Hos enim sicut Ecclesia benemerentes habet et diligit filios, eisque legitimos consuetudines ac ritus proprios sapienti consilio permittit, non aliter vos, præcedente clero, sic habeat et colite ut fratres; quorum sit cor unum et anima una, eo demum consensuum, ut uni Deo et Domino amplifietur gloria simulque fructus omnis iustitiæ multiplicentur *in pacifica pace*.

Libenti pariter animo gratiam ad vos convertimus, qui provinciam incolitis Gnesensem et Poseniensem. Siquidem hoc inter cetera gratum est recordari, quemadmodum ex civibus ipsis vestris, omnium ut erant vota, ad illustrem sancti Adalberti sedem virum eveximus pietate, prudentia, caritate exultum. Gratius est autem videre, qua vos obedientia, quo amore gubernationi eius miti operoseque unanimi studetis; ex quo vere sperandum, religionis catholice statum fore apud vos bonis auspiciis quotidie lætiores. Eadem vero spes quo magis affirmetur optatisque plenius respondeat, non sine causa iubemus vos magnanimæ æquitati confidere serenissimi Imperatoris; cuius præterea propensam in vos ac benevolam mentem ex ipso coram haud semel pervenimus, sane adfuturam vobis, in verecundia legum, in omnique recte factorum christiana laude perseverantibus.

Hæc, Venerabiles Fratres, præscripta et hortamenta gregibus quisque vestris sic nuntiatis velimus, ut vestra etiam opera fructuosiora eveniant. In his agnoscat carissimi filii quam magno ipsorum gratia affectu caritatis urgemur; hæc autem ipsi, ut optatissimum Nobis est, pari accipiant observantia et pietate. Quæ quidem si diligenter, id quod pro certo habemus, constanterque coluerint, profecto poterunt quam fidei ex temporum gravitate pericula decinare,

tum patrum memorabilia decora custodire, animos et exempla referre, manantibus inde ad hulus quoque solatium vite emolumentis quam optimis.—Secundam autem divini auxilii copiam, precatoribus adhibitis gloriosissima Virgine Maria, Iosepho sanctissimo, cuius hodie solemnius christianus populus gaudet, sanctisque Cæcilius Poloniæ Patronis, vehementer Nobiscum, quæsumus, implorate Huius rei auspiciis atque præcipue benevolentie Nostræ testem, Apostolicam benedictionem, vobis et clero populoque univervo vigilantie vestree commisso, peramanter in Domino impertimus.

Datum Romæ apud S. Petrum die XIX. martii an. MDCCCXCV Pontificatus Nostri decimo septimo.

LEO PP. XIII.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 INSTITUTO VINCENZO GIARDINO DE BIBLIOTECAS

este año, por medio de Nuestras exhortaciones, la ferviente oración á la Reina del Cielo entre los rebaños confiados á vuestra solicitud.

Añadamos que al meditar la íntima naturaleza del Rosario, mayores aparecen á nuestra vista su grandeza y utilidad y más acrecen el deseo y esperanza de que Nuestras recomendaciones consigan que el culto de esta santa oración se conozca y practique más y se desarrolle en adelante.

Para ello no queremos repetir las consideraciones de varia índole expuestas sobre el asunto en años precedentes; mas conviene explicar y enseñar por qué providencial disposición sucede que, gracias al Rosario, aumente la confianza de ser oídos en los que ruegan, y la maternal misericordia de la Virgen Santísima para con los hombres responda á ese ruego asistiéndoles con soberana bondad.

El socorro que imploramos de María por nuestras oraciones tiene su fundamento en el oficio de mediadora de la Divina Gracia, que constantemente cerca de Dios desempeña y en el supremo favor que obtiene por su dignidad y méritos, aventajando mucho en poder á todos los Santos. Y ese oficio no encuentra quizá su expresión en oración alguna tanto como en el Rosario, donde se hace presente la parte que ha tomado la Virgen en la salvación de los hombres y donde la piedad encuentra tan gran satisfacción, ya contemplando sucesivamente los sagrados Misterios, ya recitando con repetición las oraciones.

Primero vienen los misterios gozosos. El Hijo Eterno de Dios se inclina hacia la humanidad y se hace hombre; pero con el consentimiento de María, que *concede del Espíritu Santo*. Entonces Juan, por una gracia insigne, es santificado en el seno de su madre y favorecido con selectos dones para preparar las vías del Señor; pero todo gracias á la salutación de María, que por divina inspiración visita á su prima. En fin, el Cristo esperado de las naciones viene al mundo, y nace de María, y los pastores y los magos, primicias de la fe, se apresuran á llegar á su Cuna y allí encuentran al Niño con María, su Madre. Y este, para ofrecerse á Dios como víctima en una pública ceremonia, quiere ser llevado al templo por el Ministerio de su Madre, y allí es presentado al Señor. La misma Virgen, en la misteriosa pérdida del Niño le busca con inquieta solicitud y le encuentra con grande alegría.

EPÍSTOLA ENCÍCLICA

SOBRE LA DEVOCIÓN AL SANTÍSIMO ROSARIO

LEÓN P. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

Con la misma gozosa expectación de siempre venimos venir el mes de Octubre, que, consagrado á la Bienaventurada Virgen por nuestros consejos y prescripciones, se halla santificado hace algunos años en todo el mundo católico por la ferviente devoción del Rosario. Hemos dicho muchas veces el motivo de nuestras observaciones.

Con los calamitosos tiempos por que atraviesa la Iglesia y la sociedad civil reclamaban con urgencia el socorro inmediato de Dios, hemos pensado que era preciso implorar ese socorro por la intercesión de su Madre y que la manera de súplica que debía emplearse era aquella cuya bienhechora eficacia jamás dejará de experimentar el pueblo cristiano.

Experimentalmente, en efecto, desde el mismo origen del Rosario, ya en la defensa de la fe contra los criminales ataques de los herejes, ya en la conservación de las virtudes en un siglo corrompido, y en no interrumpida serie de beneficios públicos y privados, cuyo recuerdo se conserva en instituciones y monumentos ilustres. Y así en nuestra época, á tantos peligros expuesta, recordamos con placer cuantos saludables frutos han provenido de ese origen.

Con todo, Venerables Hermanos, básteos dirigir la mirada en torno vuestro para conocer que esas razones subsisten, y en parte han aumentado, y que debe excitarse

Ni de otro modo hablan los misterios dolerosos. En el jardín de Gethsemani, donde Jesús es afligido y triste hasta la muerte, y en el Pretorio, donde es azotado, coronado de espinas, condenado á muerte, María sin duda está ausente; pero ha mucho tiempo que todo ello lo conoce y lo medita.

Porque al ofrecerse á Dios como á su sierva por ser su Madre, y al consagrarse enteramente á El en el templo con su Hijo, en ambos actos se asoció á ese Hijo en laboriosa explotación por el género humano, y por esto no es dudoso que tomó en su alma gran parte en las amarguras, angustias y tormentos de su Hijo.

En su presencia y á su vista debía consumarse el Divino Sacrificio, para él que generosamente alimentó la víctima. Esto hay que notar en el último de esos Misterios, y que es lo más enternecedor: *junto á la Cruz de Jesús, estaba en pie María, su Madre*, que movida de inmensa caridad hacia nosotros, para recibirnos por hijos, ofreció voluntariamente el suyo á la justicia divina, muriendo en su corazón con El, traspasado el pecho de una espada de dolor.

En fin, en los misterios *gloriosos* que después vienen, el mismo Océlo misericordioso de la Beatísima Virgen se afirma y desempeña más. Goza en silencio de la gloria de su Hijo, que triunfe de la muerte, le sigue con maternal ternura hasta las celestes moradas; pero, mereciendo el cielo, está retenida en la tierra como la mejor consoladora y directora de la naciente Iglesia, *ella que penetró más allá de cuanto pudiera creerse los insondables abismos de la divina sabiduría* (1).

Y como la sagrada obra de la Redención humana no terminará antes de la venida del Espíritu Santo, prometido por Cristo, Nos contemplamos á la Virgen en el Cenáculo donde, orando con los Apóstoles, y por ellos con inefables gemidos, prepara á la Iglesia para recibir la plenitud de este mismo Espíritu, don supremo de Cristo, tesoro que no faltará en ningún tiempo. Pero ella debe cumplir más completamente y siempre el cargo de abogada nuestra, y una vez que pasa á la vida eterna, vémosla transportada desde este valle de lágrimas á la ciudad Santa de Jerusalén, rodeada de los coros de Angeles; la honramos

(1) S. Bern. De XII prog. B. M. V. n. 3

exaltada en la gloria de los Santos, coronada por Dios su Hijo con diademas de estrellas y sentada cerca de él, Reina y Señora del Universo.

Todas estas cosas, Venerables Hermanos, en que se manifiesta el *designio de Dios, designio de sabiduría, designio de piedad* (1), y donde brillan al mismo tiempo los tres grandes beneficios de la Virgen Madre en favor nuestro, no puede menos de producir en todos una dulce impresión, inspirando la firme confianza de que, por mediación de María, se obtendrá de Dios clemencia y misericordia.

La oración vocal, que está en perfecta conformidad con los misterios, obra en el mismo sentido. Comiénzase, como es debido, por la oración dominical dirigida al Padre que está en los cielos; después de haberle invocado con las más vivas instancias, la voz suplicante se vuelve desde el trono de Su Majestad á María, conforme á esta ley de la misericordia y de la oración de que Nos hemos hablado ya y que San Bernardino de Sena ha formulado en estos términos: *Toda gracia que se comunica á este mundo llega por tres grados: pues de Dios á Cristo, de Cristo á la Virgen y de la Virgen á nosotros es dispensada con toda regularidad* (2); de estos grados, que son de diversa naturaleza, aquí en que solemos reposar más larga y más gustosamente en cierto modo, es el último, mediante el Rosario en que la salutación angélica se recita por decenas, como con el objeto de subir más confiadamente á los otros grados, es decir, por el Cristo á Dios Padre.

Tantas repeticiones de la misma salutación á María tienden á que nuestra oración, débil é imperfecta de suyo, se vea sostenida por la confianza necesaria, suplicando á la Santísima Virgen interceda por nosotros ante el Señor. Nuestras palabras tendrán una mayor eficacia, apoyadas por las plegarias de la Virgen María, á la cual dirige de continuo el Soberano Señor aquella tiernísima invitación del libro de los Cánticos: *Suene tu voz perpetuamente en mi oído; porque es dulce el sonido de tu voz*. Por esto recordamos tantas veces los títulos gloriosos con que ha sido ella ensalzada. En ella saludamos á la que *ha encontrado gracia delante de Dios* y especialmente á la que *ha sido llena de gracia*, para que la sobrecabundancia de esta gracia se de-

(1) San Bernardin, *Sermones en Noche*. B. M. V. n. 6.—(2) Sermon VI en la fiesta de la Anunciación.

rrame sobre nosotros; á aquella con quien está el Señor más íntimamente unido que con ninguna otra criatura; á la *benedita entre todas las mujeres*, á la que *borró el anatema y trajo la bendición*, aquel fruto dichoso de su vientre, en quien *fueron benditas todas las naciones de la tierra*. La invoquemos por último, como á *Madre de Dios*, y amparada con esta sublime dignidad, ¿qué no podrá alcanzar ella para nosotros, *poetas pecadoras*, y que no podemos esperar nosotros de sus ruegos, *ahora y en la hora de nuestra muerte?*

Imposible que el hombre que con fe se aplique al rezo de estas oraciones y á la meditación de estos altísimos misterios, no acabe por admirarse profundamente, contemplando los designios de Dios, realizados en la Santísima Virgen para la salvación de todos los pueblos; y que una vez convencido de la verdad de estas, deje de entregarse confiado en sus brazos protectoras, repitiendo las palabras de San Bernardo.

«Acordaos, oh piadosísima Virgen María, que jamás se oyó decir que ninguno de cuantos han acudido á vuestra protección, implorado vuestro socorro y pedido vuestros auxilios haya sido desoído ni abandonado!»

Y no sólo hemos de tener la confianza de que la Santísima Virgen ha de oírnos, mediante la devoción del Rosario, sino también la de que ha de concedernos su misericordia. Fácil es comprender cuánto ha de complacer á esta Soberana Señora vernos y oírnos, ínterin vamos nosotros tejiendo la corona de sus alabanzas. Rezando de esta manera, damos á Dios la gloria que le es debida; buscamos únicamente el cumplimiento de su voluntad; celebramos su bondad y su munificencia, dán'le el nombre de Padre, y en vuestra igualdad, solicitamos de El los más preciosos dones; todo esto complace sobremedera á María y verdaderamente mediante nuestra piedad, ella *glorifica al Señor*. Pues nosotros dirigimos á Dios una oración digna de El, al recitar la oración dominical.

Á las hermosas peticiones, tan conformes á la fe, á la esperanza y á la caridad, que hacemos en esta oración, viene á juntarse una circunstancia que la hace agradabilísima á la Santísima Virgen Jesucristo, su Hijo, fué el autor de esta oración admirable, y expresamente nos mandó fuera ella la fórmula de nuestras plegarias: *y vosotros rezaréis de este modo*. Luego cuando nosotros, obedientes á

esté mandato, repetimos la oración dominical en el Rosario, la Santísima Virgen se encuentra más dispuesta á ejercer su papel de mediadora entre los hombres y su Hijo divino; y llena de solicitud y de ternura, acoge benévola esa mística ghirnaldia de oraciones que le ofrecemos, dispuesta á recompensarnos con suma abundancia de bienes.

Razon muy digna de tenerse en cuenta y que abona, sobre tantas otras, el rezo del Santísimo Rosario es su eficacia para enseñarnos á orar. Numerosas distracciones, hijas de la humana fragilidad, son, para muchos individuos, escollo de sus buenos propósitos, durante el tiempo que dedican á la oración. Compréndase ahora cuán á propósito es la práctica del Rosario para que la atención más detenidamente se fije en su natural objeto, para remediar fácilmente cualquier falta involuntaria en la materia y para que el espíritu se abstraiga de los terrenales intereses y levante su vuelo hacia las celestiales regiones.

Consta, en efecto, el Rosario de dos partes, bien distintas entre sí, pero íntimamente unidas, sin embargo, la meditación de sus misterios y la oración vocal. Este método de rezar exige, por parte del hombre, atención especialísima; no solamente exige que procure dirigir su espíritu hacia Dios, sino que se abisme en la meditación de lo que contempla. Contempla, en efecto, lo que existe de más grande y admirable; es, á saber, los misterios fundamentales del Cristianismo, que son los que merced á su luz clarísima y á su divina virtualidad, han sido parte á que la verdad, la paz y la justicia hayan establecido un nuevo orden de cosas sobre la tierra y producido, entre todas las gentes, frutos de bienandanza.

Al mismo fin concurre también la manera cómo se presentan estos misterios tan profundos á los que recitan el Rosario, de tal suerte, que se hallan al alcance de las inteligencias menos instruidas. No son dogmas de Fe, principios doctrinales los que el Rosario propone á la meditación, sino más bien hechos visibles que se graban en la memoria, y estos hechos presentados en sus circunstancias de lugar, de tiempo y de personas, se imprimen doblemente en el ánimo y le mueven con mayor eficacia. Cuando desde la infancia el alma se halla bien penetrada de esos misterios, basta su enunciación para que quien ore con algún fervor pueda recordarlos sin esfuerzos por un mo-

vimiento natural del pensamiento y el corazón, y recibir en abundancia por el favor de María, el rocío de la gracia celestial.

Otra razón hace que estas guirnaldas de oraciones sean más agradables á María y más dignas de recompensa á sus ojos. Cuando recorremos piadosamente la tercera serie de los misterios, expresamos más vivamente nuestros sentimientos de gratitud hacia Ella, porque así declaramos que nunca nos cansamos de recordar los beneficios por los cuales Ella ha tomado parte en nuestra salvación con ternura sin límites. Estos recuerdos tan grandes, repetidos tan frecuentemente en su presencia y celebrados con fervor, deben llenar su alma bienaventurada de alegría inexplicable en el lenguaje humano y de solicitud y caridad maternales.

Por otra parte, estos mismos recuerdos dan á nuestra súplica mayor ardor y mayor fuerza porque cada misterio que pasa es un nuevo motivo de deprecación poderosísimo que la Virgen María no podrá menos de atender. A vuestro amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios; no abandonés á los desgraciados hijos de Eva. Os imploramos, mediadora de nuestra salvación, tan poderosa como elemento, por las alegrías venidas de vuestro Hijo Jesús, por vuestra comunión en sus inefables dolores, por el esplendor de su gloria, os suplicamos con todas nuestras fuerzas, y á pesar de nuestra indignidad, óidos con benevolencia y atendidos!

La excelencia del Rosario de María, considerado desde el doble punto de vista de que acabamos de hablar, os hará comprender más claramente. Venerables Hermanos, por qué nuestra solicitud no cesa de recomendar y desarrollar su práctica. El siglo en que vivimos necesita más y más, según ya hemos dicho al empezar, de los favores del Cielo, principalmente, porque la Iglesia encuentra por doquier muchos motivos de adición atañada en su derecho y en su libertad, y porque los Estados cristianos se sienten también amenazados en su paz y en su prosperidad.

Nuestra esperanza en obtener del cielo los socorros necesarios es completa. Lo repetimos y proclamamos de nuevo en el Rosario. ¡Quiera Dios que esta devoción de nuestros padres vuelva á ser honrada, según es nuestra voluntad! ¡Que en las ciudades, las aldeas y los talleres;

en la morada de los grandes y de los humildes sea esta devoción practicada y reverenciada; que el Rosario sea en todas partes la bandera de la Fe cristiana y la prenda segura de la protección y de la misericordia divinas!

De día en día es más preciso que todos los cristianos trabajen por obtener ese resultado en una época en que la impiedad frenética no omite intriga, ni retrocede ante audacia ninguna para irritar la cólera de Dios y hacer caer sobre la patria el peso de su justa ira. Entre otras causas de tantos males, las personas honradas deplorarían con Nos que en el seno de las naciones católicas se encuentre un número considerable de cristianos que se recrean con las afrentas de todo género que se dirigen á la Iglesia. Asimismo se vé cuántos se aprovechan de la libertad de imprenta para poner en ridículo ante la multitud las cosas más santas y hasta la confianza, mil y mil veces justificada por la experiencia, que tienen los pueblos en la intercesión de la Santísima Virgen.

En estos últimos meses se ha visto que ni la Persona misma de nuestro Señor Jesucristo ha quedado á salvo del ultraje. No ha habido el menor reparo en llevarla hasta el teatro, no pocas veces manchado con obscenidades; de representarla despojada de la majestad de su naturaleza divina y de negar, por tanto, la redención del género humano. No se han avergonzado estas mismas gentes de intentar la rehabilitación de un hombre cubierto de perpetua ignominia, odioso por la monstruosidad de una traición que proclamará infame hasta el fin de los siglos, al miserable que vendió á Jesucristo.

Hay que advertir que en todas las ciudades de Italia donde se cometió este crimen ó donde estuvo á punto de cometerse, la indignación fué general y se deploró amargamente la violación de los derechos más sagrados de la Religión, derechos desconocidos y despreciados en una nación que precisamente se gloria de ser la primera entre todas las del mundo católico. La solícita vigilancia de los Obispos se enardeció como era su deber; los buenos Pastores dirigieron sus protestas á los que deben cuidar de la dignidad de la patria y de la Religión, y no contentos con advertir á su grey de la gravedad del peligro, la exhortaron á reparar por medio de solemnidades religiosas la ofensa sacrilega hecha al adorable autor de nuestra redención.

Nos complacemos en consignar la emoción y al mismo tiempo la actividad desplegada, de mil maneras, por las personas honradas, con este motivo; este espectáculo ha contribuido á aminorar notablemente nuestro dolor. En esta ocasión solumne en que os dirigimos nuestra voz, no podemos callar tampoco sobre este punto, y Nos unimos á vuestras protestas más enérgicas á las de los Obispos y fieles. Por virtud de este mismo sentimiento que Nos mueve á quejarnos del atentado sacrilego, Nos exhortamos vivamente á las naciones, y en particular á la italiana, á que guarden con viva fidelidad la Fe cristiana de sus antepasados, que es su herencia más preciosa, á que la defiendan con energía y la propaguen con la honestidad de sus costumbres y su gran piedad.

Á este efecto, Nos deseamos vivamente que, durante todo el mes de Octubre, de la piedad de los fieles y de las cofradías se apresure á honrarlo más dignamente posible, á la Augusta Madre de Dios, poderosa protectora de la sociedad cristiana y gloriosa Reina del Cielo. Nos confirmamos y repetimos de todo corazón los privilegios y las indulgencias que, á este efecto, hemos acordado en años anteriores.

Venerables Hermanos, que el Dios que Nos había reservado con toda su misericordiosa providencia tal Mediadora (1) y que ha querido que lo recibamos todo por María E, se digné por medio de su poderosa intercesión atender á nuestros deseos y colmar nuestras esperanzas; para acudir á su realización, Nos os acordamos de todo corazón la Bendición Apostólica, á vosotros, al Clero y al rebaño confiado á cada uno de vosotros.

Dado en Roma, cerca de San Pedro el 8 de Septiembre de 1894, de Nuestro Pontificado el año XVII.

LEON XIII, PAPA.

(1) *S. Bernardus, De las XII virtudes de la M. V. n. 2.ª y 3.ª. Bernardus, Sermones in Matt. B. M. V. 15.ª.*



EPISTOLA ENCYCLICA

DE MARIALI ROSARIO

LEOPP. XIII

VENERABILES FRATRES

SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

NUNCIA semper expectatione erectaque spe Octobrem mensem conspicimus redeunt; qui, hortatione et præscepto Nostro dictus Virgini Beatissimæ, non paucos iam annos concordi per catholicas gentes et vivida Rosarii floret pietate. Quæ Nos ad hortandam moverit causa, non semel ediximus. Nam calamitosa Ecclesie civitatumque tempora quum præsentissimum Dei auxilium omnino deposcerent, hoc nimirum Matro eius deprecatrice implorandum esse censuimus, eoque præcipue supplicandi ritu contendendum, cuius virtutem christianus populus nunquam sibi non asseverantiam sensit, id enimvero sensit ex ipsa marialis Rosarii origine, tum in fide sancta a nefariis tentanda incurribus hominum hæreticorum, tum in consentaneo virtutum laude, quæ per sæculum corrupti exempli relevanda erat et sustinenda; idque perenni sensit privatum et publice beneficiorum curam, quarum memoris præclaris etiam institutis et monumentis ubique est consecrata. Similiter in salutem nostram multiplici rerum discrimine laborantem, fructus inde salutaris provenisse commemorando lætamur; altamen circumspectos, Venerabiles Fratres, videtis ipsi causas adhuc insidere partimque ingrovescere, quamobrem hoc item anno obsecrandæ cælestis Regine ardor, Nostra exhortatione vestris in gregibus exciletur.—Accedit quod, intus in Rosarii natura cogitationem defigentibus, quanto Nobis eius præstantis utilitates quo illustrius apparent, tanto acuitur desiderium et spes, posse ad eam commendationem nostram, ut eiusdem sacratissimæ precis religio, suctis in animis cognitione et amplificata consuetudine, optimis viget incrementis Cuius rei gratia non ea quidem revocaturi sumus quæ superioribus annis varia in eodem genere ratione libuit edisserere; illud potius ad considerandum docendumque occurrit, qua divini consilii excellentia fiat, ut, ope Rosarii, et impetrandi fiducia in animos præcantum suavissime infusa

et materno in homines almae Virginis miscratio summa benignitate ad opitulandum respondet.

Quod Mariae praesidium orando quaerimus, hoc sane, tamquam in fundamento, in munere nititur concilian^{do} nobis divinae gratiae, quo ipsa continenter longitur apud Deum, dignitate et meritis acceptissima, longeuque Caesilius sanctis omnibus potentia antecellens. Hoc vero munus in nullo fortasse orandi modo tam patet expressum quam in Rosario in quo partes quae fuerunt Virginis ad salutem hominum procurandam sic recurrunt, quasi praesentis effectus explicatae: id quod habet exitum pietatis emolumentum, sive sacris mysteriis ad contemplandum succedentibus, sive precibus ore pio iterandis.—Principio coram sunt gaudii mysteris. Filius enim Dei aeternus sese inclinat ad homines homo factus; assentiente vero Maria et concipiente de Spiritu sancto. Tum Ioannes materno in utero sanctificatur chrisimate insigni, lectusque donis ad eius Domini parandos instruitur; haec tamen contingunt ex salutatione Mariae, cognatae divino afflatu visentis. In lucem tandem editur Christus, expectatio gentium, ex Virgine editur; eiusque ad incunabula pastores et magi, primitivae fidei, pio festinantes, infantem inveniant cum Maria Matre eius. Qui deinde, ut semet hostiam Deo Patri ritu publico tradat, aut ipse in templum offerri; ministerio autem Matris ibi sit titulus Domino. Eadem, in arcana Pueri amissione, ipsam anxiam sollicitudine quaerit repetitque ingenti gaudio.—Neque aliter loquuntur doloris mysteris. In Gethsemani hortu, ubi eus paret mactetque ad mortem, et in praetorio, ubi flagris caeditur, spinea corona compungitur, supplicio multatur, abest enim quidem Maria, talis vero iamdiu habet cognita et perspecta. Quum enim se Deo vel ancillam ad matris officium exhibuit vel totam cum Filio in templo devovit, utroque ex factum iam tum consors cum eo exiit, laboriose pro humano genere expiationis: ex quo etiam, in acerbissimis Filii angoribus et cruciamentis, maxime animo condoluisse dubitandum non est. Ceterum, praesente ipsa et spectante, divinum illud sacrificium erat conficiendum, cui victimam de se generosa aluerat; quod in eisdem mysteriis postremum flebilisque observatur: stabat iuxta Crucem Iesu Maria Mater eius, quae tacta in nos caritate immensa ut visceret filios, Filium ipsam suum ultro obtulit iustitiae divinae, cum eo commorans corde, doloris gledio transfixa.—In mysteris denique gloriae quae consequuntur, idem magna Virginis benignissimum munus confirmatur, res ipsa uberris. Gloriam Filii de morte triumphantis in tacita debet laetitia; sedes autem superas repetentem materno affatu prosequitur; at, caelo digna, detinetur in terris, exorientis Ecclesiae sol-trix optima et magistra, quae profundissimam divinae sapientiae, ultra quam credi solet, penetravit abyssum (1). Quomodo vero humanae redemptionis sacramentum non ante perfectum erit quam promissum a Christo Spiritus Sanctus

advenerit, ipsam idcirco in memori Coenaculo contemplerur, ubi simul cum Apostolis pro eisque postulans inenarrabili gemitu, eiusdem Paraclati amplitudinem maturat Ecclesiae, supromum Christi donum, thesaurum nullo tempore defecturum. Sed cumulo perceptu etque munere causam nostram exoratur est, ad saeculum immortale progressa. Scilicet ex lacrimosa valle in civitatem sanctam Ierusalem erectam suscipimus, choris circumfasis angelicis: cofimusque in Sanctorum gloria sublimem, quae stellanti diademate a Filio Deo acta, apud ipsum sedet regina et domina universorum.—Haec omnis, Venerabiles Fratres, in quibus consilium Dei proditur, consilium sapientiae, consilium pietatis (1), simulque per magna in nos merita Virginis Matris elucent, neminem quidem possunt non iocunde efficere, certa spe injecta divinae clementiae et miseratibus administris Maria consequenda.

Eodem aspectu, apto continens cum mysteris, precatio vocalis. Antecedit, ut aequum est, dominica oratio ad Patrem caelestem; quo eximias postulationibus invocato, a solo maiestatis eius vox supplex convertitur ad Mariam; non alia nimirum nisi hac de qua dicimus conciliationis et deprecationis lego, a sancto Bernardino Senensi in hanc sententiam expressa: *Omnia gratia quae huius saeculo communicatur, triplicem habet processum. Nam a Deo in Christum, a Christo in Virginem, a Virgine in nos ordinatissime dispensatur* (2). Quibus veluti gradibus, diversae quidem inter se rationis, positae, in hoc extremo libertius quodammodo longiusque ex instituto Rosarii insistimus, salutatione angelica in decades continuata, quasi ut lentius ad ceteros gradus, id est per Christum ad Deum Patrem, nitamur. Sic vero eandem salutationem toties effundimus ad Mariam, ut manca et debilis precatio nostra necessaria fiducia sustentetur; eam flagitantes ut Deum pro nobis, nostro veluti nomine, exoret. Nostris quippe vocibus magna apud illum et gratis et vis accesserit, si precibus Virginis commendantur; quum blanda ipsamet invitatione compellat: *Sonet cox tua in auribus meis; vox enim tua dulcis* (3). Hanc ipsam ob rem toties redeunt praedicta a nobis quae sunt ei gloriosa nomina ad impetrandum. Eam assuetamque, quae gratiam apud Deum incenit, singulariter ad illa plene gratia, cuius copia ad universos profuerit: eam, cui Dominus quanta maxima fieri possit conjunctione inhaeret eam, in mulieribus benedictam, quae sola maledictionem sustulit et benedictionem portavit (4), bestium ventris sui fructum, in quo benedictur omnes gentes: eam demum Matrem Dei invocamus; ex qua dignitate excelsa quid non pro nobis peccatoribus cortissime exposcat, quid non speremus in omni vita et in agone spiritus ultimo?

Huiusmodi precibus mysterisque qui omni diligentia et fide vacaverit, fieri certa nequit ut non in admirationem rapiatur de divinis

(1) S. Bernardus, de XII praerogativis B. M. V. n. 3.

(1) S. Bernardus, *serm. in Nativ. B. M. V.* n. 6.—(2) *Serm. VI in festo B. M. V. de Assumpt. d. I. r. 2.—3.* Cant. II, 14.—(3) S. Thomas, *op. VIII, super saluti. angeli. s. o.*

in magna Virgine consiliis ad communem gentium salutem; atque alacri gestiet fiducia sese in tutelam eius sinuque recipere, *es fere sancti Bernardi oblatione: Memorare o piissima Virgo Maria, nunquam audiam a saeculo quemquam ad tua currentem praesidia, tua implorantem auxilia, tua potentem suffragia, esse derelictum.*

Quae eorum est Rosarii virtus ad suscipiendam orantibus impetrationis fiduciam, eandem pollet ad misericordiam nostri in animo Virginis commovendam, illud est manifestum quam sibi laetabile accidit, videre nos et audire dum honestissimas petitiones pulcherrimasque laudes rite nectimus in coronam. Quod enim, ita comprecante, debitum Das reddimus et optamus gloriam; quod nutam voluntatemque eius unice exquirimus perficiendam; quod eius extolimus bonitatem et munificentiam, appellantes Patrem ac munera praesantissima indigni rogantes: hisce mirifico delectatur Maria, vereque in pietate nostra *magnificat Dominum*, Digna siquidem precatione alloquimur Deum, quum oratione Dominum alloquimur. — Ad ea vero quae in hac expectamus, tam per se recta et composita, tamque congruentia cum christiana fide, spe, caritate, ad ille pondus commendatio quaedam Virginis quam gratissima. Nem cum voce nostra vox ipsa consociari videtur Iesu Filii; qui eandem orandi formulam conceptis verbis tradidit auctor, praecipitque adhibendam: *sic ergo nos orabitur* (1). Nobis igitur talem praecceptionem, Rosarii ritu, observantibus propensiore illa voluntate, ne dubitemus, officium suum, solliciti amoris plenum, impendat; haec autem mystica precum seris facili ipsa vult accipiens, bene largo munerum praemio donabit. — In quo, ut liberatissimam bonitatem eius cepimus nobis polliceamur, non mediocri causa est in propria Rosarii ratione, ad recte orandum percepta. Multa quidem et varia, quae hominis est fragilitas, orantem avocatae a Deo solent eiusque fidele propositum interrumpere: at vero qui rem probe reputet, continuo perspiciet quantum in illo efficacitatis insit, quum ad intendendam mentem et sociordiam animi excutendam, tum ad salutarem de admissis dolorum excitandam educandumque spiritum in caelestia. Quippe ex duobus, ut percognitum est, constat Rosarium, distinctis inter se conjunctisque, meditatione mysterium et acta per vocem precatione. Quocirca hoc genus orandi peculiarem quandam hominis attentionem desiderat; quae nimirum, non solum mentem ad Deum modo aliquo dirigat, verum in rebus considerandis contemplandisque ita versetur, ut etiam documenta copiat melioris vitae omniisque alimentis pietatis. Neque enim iisdem rebus minus quidquam aut admirabilius est, in quibus fidei christianae veritum summis, quarum lumine ac virtute, veritas et iustitia et pax, novis in terris rerum ordine laetissimisque cum fructibus, processerunt. — Cum hoc illud cohaeret, quemadmodum eandem res gravissimae cultoribus Rosarii proponantur, eo videlicet modo qui ingenis vel indoctorum accommodate conveniat. Est enim sic institutum, non

(1) Matth. VI, 9.

quasi proponantur capitula fidei doctrinaeque consideranda, sed potius veluti usurpanda oculis facta et recitanda: quae iisdem fere atque acciderent locis, temporibus, personis, obliis, eo magis tenent animos utriusque permovent. Quod autem haec a tenuis vulgo sunt indita animis et impressa, ideo fit ut, singulis evocatis mysteriis, quisquis verè est orandi studiosus, nulla procerus imaginandi contentione sed obvia cogitatione et affectu per se discursat, abundeque sibi imbibat, largiente Maria, rorem gratiae supernae. — Alia est praeterea laus quae acceptiora apud ipsam exserta faciat et praemio digniora. Quum enim terminum mysteriorum ordinem pio memoria replicamus, inde testator a nobis extat gratiae erga ipsam affectio votantis; ita omnium proflentibus, nunquam nos expleri beneficiorum recordatione quibus salutem ipsa nostram inexpleribili est caritate complexa. Tantarum autem monumenta rerum frequenter in eius conspectu diligenterque celebrata, vix adumbrare cogitando possumus qualli beatam ipsius animam usque novae laetitiae voluptate perfundant, et quos in ea sensus exarscissent providentiae beneficentiaeque materinae. Atque adeo ex iisdem recordationibus consequitur, ut imploratio nostra vehementiorem quandam ardorem concipiat et vim induat obsecrandi: sic plane ut quot singulatum revoluntur mysteria, totidem subeant obsecrationis argumenta, sane apud Virginem quantopere valitura, Nempè ad te confugimus, sancta Dei Parens: miseros Hevae filios ne desperemus! Te rogamus, Conciliatrix salutis nostrae aequo potens et clemens; Te, per suavillatam gaudiorum ex teu Filio perceptam, per dolorum eius inexplisibilem communionem, per claritudinem eius gloriae in te redundantem, ante obsecramus; tu nos, quem vis indignos, audi benignè et exaudi.

Vobis igitur, Venerabiles Fratres, Rosarii marialis praesentia, duplici quoque ex parte quam laudavimus, considerata, eo fiat aperlius cur non desinat cura. Nostra idem inculcare, idem provehere, Caelestibus auxiliis, quod initio monuimus, maiorem quotidie in modum indiget saeculorum, praesertim quum lato sint multa quibus afflictorum Ecclesiae, non suo libertatique adversis; multa quae civitatibus christianis prosperitatem et pacem, funditus labefecerunt. Immo vero ad ea demerenda auxilia spem Nos plurimam in Rosarii habere sitam, rursus affirmateque posuimus. Utinam sanctae huius pietatis vultus ubique honor, secundum vota, reddatur: haec in urbibus et villis, in familiis et officinis, apud primores et intimos, admetur et colatur, non secus ac praecleara christianae professionis tessera, optimamque praesidium divinae propitandae clementiae. — Quod quidem in dies impensis urgeant omnes oportet, quando impiorum vesana perveritas nihil iam non urget machinando et audendo, ut divini Numinis iram lacessat iustaeque animadversionis trahat pondus in patriam. Inter ceteras enim causas, hoc dolent Nobiscum boni omnes, in eiu ipso gentium catholicorum animam esse multos, qui contumeliosis religioni quocumque modo illis laetentur, ipsique incredibili quadam licentia quilibet evagandi, in id videantur incumbere ut

sanctissimas eius res exploratamque de Virginis patrocinio fiduciam in contemplatione et ludibrium multitudinis vocent. Proximis hinc mensibus, ne Christi quidem IESU Servatoris personae augustissimae temperatum est. Quam rapere in illecebris scenae, iam passim contaminatae flagitii, minime puduit, eandemque referre propria deminuta naturae divinae maiestate; qua detracta, redemptionem ipsam humani generis tolli necesse est. Neque puduit velle a sempiterna infamis hominem eripere, sceleris reum perfidiaeque summa post hominum memoriam immanitate detestabilis, proditorem Christi. — Ad haec, per Italiae urbes vel patrata vel patranda, indignatio universe commota est, accitit dplorantium sacerrimum ius religionis violatum, in eoque gente violatum, oppressum, quae de catholica nomine in primis meritoque glorietur. Tum vigili Episcoporum sollicitudo, parata ac oportebat, exarsit; qui expositulaciones equissimas ad eos detulerunt, quibus sanctum esse debet patriae religionis tueri dignitatem, et greges suos non modo de gravitate periculi admonuerunt, sed etiam hortati sunt, ut nefarium dedecus Auctori amantissimo salutis nostrae singularibus religionis officis compensarent. Nobis certe omnino probata est honorum alicritas, nullis modis egregio coactas, valuitque ad leniendam aegritudinem ea dare intima acceptam. Per haec vero alloquendi opportunitatem, supremi Nostri muneris vocem iam nequimus premere; atque cum eis ipsis Episcoporum et fidelium expositulacionibus Nostras coniungimus quam gravissimo. Eodemque apostolico pectoris studio quo sacrilegum factum conquerimur et execremur, cohortationem ad christianas gentes, nominatim ad Italos, vehementer intendimus, ut religionem avitam, quae locupletissima hereditas est, inaviolets custodiant, strenue vindicent, honeste pieque factis ne intermittant sugere. — Itaque, hac etiam de causa, continuis Octobri mense certet optamus singularum et sodalium industria in honore habendo magna Dei Matris, Adultrici potenti christianae rei, Reginae caelestis gloriosissimae. Nos vero munera indulgentiae sacrae, in hoc ipso antea concessa, maxima voluntate confirmamus.

Deus autem, Venerabiles Fratres, qui nobis *Ipsem Mediatricem benignissima intercessionem providit* (1), qui *que totum nos habere coluit per Mariam* (2), eiusdem suffragio et gratia, faveat communibus votis, cumulet spes; accedente benedictionis Apostolicae auspicio, quoniam vobis ipsis et vestro cuiusque Clero populoque peramanter in Domino impertimus.

Datum Romae apud S. Petrum die VIII Septembris anno MDCCXCIV, Pontificatus Nostri decimo septimo.

LEO PAPA XIII

(1) S. Bernardus, *de XII prophetis*. B. M. V. n. 2.—(2) S. Bernardus, *tertia in Nativitate B. M. V.*, n. 7.



EPÍSTOLA ENCÍCLICA SOBRE LA PROPAGACIÓN DE LA FE LEON P. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

EXTENDER cada día más el reino de Jesucristo, llamar al seno de la Iglesia á aquellos separados de nosotros por lamentables desdencias deberes ajenos al altísimo cargo que ocupamos. Y por esta razón, desde los comienzos de Nuestro Pontificado, aguijoneados por la Caridad Apostólica, Nos hemos procurado cuidadosamente alcanzar este resultado. Por este motivo, jamás hemos dejado, por cuantos medios están á Nuestro alcance, de proteger y multiplicar las Misiones católicas, únicas que pueden hacer brillar la luz de la cristiana sabiduría ante los ojos de los disidentes, consagrando á su sostenimiento y desarrollo los recursos que con este objeto han llegado á Nos, procedentes de todas las naciones. Por esta razón durante el año tercero de Nuestro Pontificado, publicamos aquella Nuestra Encíclica *Sancta Dei civitas*, encaminada á recabar para la insigne institución de la *Propagación de la Fe* el concurso, cada vez mayor, de la piedad y la generosidad católicas.

Nos, Nos complacimos entonces, con motivo de Nuestras exhortaciones, en recordar los humildes comienzos de esta obra, el considerable desarrollo que alcanzó en breve tiempo, las alabanzas con que la honraron y las generosas indulgencias con que quisieron enriquecerla nuestros ilustres predecesores Pio VII, León XII, Pio VIII, Gregorio XVI y Pio IX; los maravillosos resultados que pudieron obtener con su ayuda las misiones católicas, y los abundantes fru-

tos que aún podían seguramente esperarse de ella. Nuestras exhortaciones, gracias á Dios, no fueron perdidas; antes bien, por consecuencia de la generosidad de los fieles, obedientes á las vivas instancias de los Obispos, esta obra tan m. ritoria se ha desarrollado considerablemente durante los años que acaban de pasar. Pero nuevas y más urgentes necesidades reclaman hoy un celo mayor y una más activa asistencia por parte de la caridad católica, y son motivo para que Vosotros, Venerables Hermanos, redobleis vuestra solicitud y vuestros afanes.

Vos sabéis en efecto como Nos, por Nuestra Encíclica *Preclara*, publicada en el mes de Junio pasado, hemos creído coadyuvar á los designios de la Providencia llamando á todas las naciones de la tierra á la unidad de la cristiana Fe. Nuestros más fervientes deseos consistían entonces en apresurar por Nuestra parte el advenimiento de la dichosa edad, en que, según las divinas promesas, «no habrá más que un sólo rebaño apacentado por un sólo Pastor». Vosotros habéis visto recientemente por nuestras últimas cartas Apostólicas acerca de la conveniencia de conservar en todo su vigor las costumbres orientales, como desde aquel entonces Nuestra atención se halla fija en la oriental región y en sus venerables Iglesias, ilustradas en el curso de la historia por tantos nombres de fama perdurable. Nos os hemos hecho ya conocedores de las medidas que, tras de maduras deliberaciones con los Patriarcas de dichas apartadas regiones, Nos han parecido más conducentes al logro de Nuestros designios.

Nos no Nos hacemos ilusiones sobre las grandes dificultades que rodean esta empresa. Si Nuestro propio poder es demasiado débil para triunfar, Nos colocamos en Dios, de todo corazón, toda Nuestra confianza y toda Nuestra constancia; esto es lo esencial. En efecto, El que en su Providencia Nos ha dado la idea de acometer esta empresa, Nos dará también ciertamente, con su bondad, las fuerzas y los recursos necesarios para llevarla á término. Esto es justamente lo que Nos le pedimos en Nuestras constantes y fervientes oraciones, y Nos encarecemos á los fieles que dirijan al cielo las mismas súplicas. Pero como quiera que á los auxilios divinos que Nos imploramos con confianza, es preciso de toda necesidad, añadir los socorros humanos, es justo que Nos consagremos cuidados particulares á buscar y á escoger entre estos socorros los que á Nos parezcan los

más apropiados para conducirnos al fin que Nos proponemos alcanzar.

Para procurar en efecto la conversión de los orientales, separados de la única Iglesia, vosotros veis, Venerables Hermanos, que es necesario ante todo elegir de su seno un número suficiente de sagrados ministros que, llenos de ciencia y de piedad puedan por su consejo atraer á los otros á la unión tan deseada; que es preciso por otra parte generalizar todo lo posible las sabias prácticas de la vida católica, é inculcarlas á todos los pueblos de tal suerte que puedan acomodarse sin trabajo á su carácter nacional. Para esto es necesario hacer edificios convenientemente dispuestos y que se abran para la instrucción de seminaristas; que la mayoría de los colegios se organicen, repartidos según la densidad de las poblaciones, se provea á cada rito de los medios necesarios para que se desarrolle con la dignidad debida, y que, por la publicación de excelentes obras, los útiles conocimientos de la religión puedan llegar á todos.

Vosotros comprenderéis fácilmente que todas estas cosas y otras parecidas deben llevar consigo algunos gastos; también comprenderéis que las Iglesias de Oriente no pueden de ninguna manera, por sí mismas, hacer frente á empresas tan importantes y numerosas y que Nos mismo por el curso de las dificultades de los tiempos, no podemos venir en su ayuda tan plenamente como quisiéramos.

El único medio que resta es demandar, vista la urgencia de las necesidades, auxilios á la gran institución que Nos venimos alabando, y cuyo objeto se compagina perfectamente con el que Nos tratamos de cumplir ahora. Pero, á fin de que las Misiones Católicas no reciban detrimento alguno, por emplear parte de sus recursos con un fin distinto de aquel que constituye el peculiar de ellas, es necesario redoblar las instancias para que aumente la liberalidad de los católicos, para una obra tan meritoria como la de la Propagación de la Fe. Es justo recabar los auxilios parecidos para la obra tan útil de las *Escuelas de Oriente*, á la que Nos hemos tan eficazmente recomendado y que se halla dispuesta, en virtud de la promesa formal de sus directores, á proporcionar á Nos mismo con igual objeto, y tan ampliamente como le sea posible, los fondos que pueda recoger.

Tal es la obra, Venerables Hermanos, para la cual Nos reclamamos de una manera especial vuestro concurso, y Nos no dudamos que vosotros mismos, que os esforzais asiduamente por sostener y promover con Nos por todos los medios, la causa de la Religión y de la Iglesia, con Nos secundareis con ardor en esta excelente empresa.

Haced de tal suerte y con celo que la sociedad de la *Propaganda de la Fe* reciba un desarrollo tan grande como sea posible entre los fieles confiados á vuestros cuidados. Tenemos por cierto, en efecto, que muchos más fieles darán sus nombres y sus intereses con largueza, según sus facultades, si llegan á conocer, mediante vosotros, la excelencia de esta obra, la riqueza de sus tesoros espirituales y el importante concurso que debe esperarse, con razón, desde ahora para el progreso de la Religión cristiana.

Algo que debe conmover profundamente á los católicos, es saber que no pueden hacer nada que Nos sea más grato á Nos, al mismo tiempo que saludable para la Iglesia, que secundar Nuestros deseos y suministrarlos á portia y con celo, recursos que Nos basten para organizar convenientemente y hacer prosperar las cosas que Nos fundamos para bien de las iglesias orientales.

Que Dios, cuya gloria es la única cosa que Nos tenemos presente para la difusión del nombre cristiano y para el restablecimiento de la unidad de la Fe y de la conducta moral, dirija una mirada benévola hacia Nuestros deseos y favorezca á Nuestra empresa.

En prenda de sus beneficios de predilección, Nos os concedemos á todos, Venerables Hermanos, á vuestro Clero y á vuestro pueblo, la bendición apostólica.

Dado en Roma cerca de San Pedro el 24 de Diciembre, décimo séptimo de Nuestro Pontificado.

LEÓN XIII, PAPA.



EPISTOLA ENCYCLICA

Qua institutum a Propagatione Fidei commendatur.

LEO PP. XIII

VENERABILES FRATRES

SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

Constituit nomen et regnum in gentibus quotidiè latius proferre, atque devios discordesque invitare ad Ecclesie sinum et revocare, hoc nimirum, quemadmodum sentit animus, sanctum in primis esse officium muneris supremi, quod gerimus, illa remedia est curis Nostris studiisque, apostolica urgente caritate, propositum. Hanc Nos ob causam sacros tueri ac multiplicare expeditiones, quarum potissimum ope christianae sapientiae lumen ad errantes diffunditur, ad easque sustentandas auxilia in catholicis populis corrogata submittere, nulla unquam ratione cessavimus. Fecimus id praesertim, datis anno pontificatus tertio encyclicis litteris *Sancta Dei Civitas*, eo consilio, ut praeclaro Instituto a *Propagatione Fidei* ampliore catholicorum quam pietatem tum liberalitatem conciliaremus. Tunc persequi hortando libuit, quam ipsam modicis initiis ingressam, ad quantum amplitudinem brevi tempore provenisset, quibus vel laudum testimonii vel indulgentiarum muneribus Decessores Nostrí illustres, Pius VII, Leo XII, Pius VIII, Gregorius XVI, Pius IX, idem ornassent; quam multum ex eo adiumento sacris per orbem terrarum Missionibus allatum iam esset et quam uberiora forent deinde expectanda. Neque exiguus, Dei beneficio, respondit h'rationi fructus; quem sane, Episcoporum navitati et instantiae obsequente largitate fidelium, benemerentissimum opus hisce etiam proximis annis amplifictum videamus. — At nova iam subest graviorque necessitas, quae effusiores in hanc rem spiritus manusque catholice caritatis desideret, vestramque acuat, Venerabiles Fratres, sollicitiam.

Nam, quod probe nostis, per apostolicam epistolam *Praeclara*, iunio superiore editam, visum est Nobis Dei providentia servare consilia, vocando et incitando gentes quae ubique sunt ad fidei christi-

lianæ unitatem; illud tamquam summum volorum optantibus, ut aliquando per Nos motoretur promissum divinitus tempus, quo *fiet unum ovile et unus Pastor*.—Singulis sultem curis interea spectare Nos ad Orientem eiusque Ecclesias, multis nominibus insignes et venerandas, ex ipsis maxime intellexistis litteris apostolicis, quas perscripsimus de disciplina Orientalium conservanda et tuenda. Iude etiam satis compertæ sunt vobis institutæ rationes, quas, collata diligenter consiliis cum Patriarchis earum gentium, exploravimus, aptius ad exitum profuturas. Neque tamen diffitemur, hanc omnem causam difficultatibus implicari magnis: quibus elucandis si quidem imper est vitæ Nostræ, totam nihilominus fiduciæ constantiæque vim, in quo maxime oportet sitam habemus magno animo in Deo. Qui enim rei mentem Nobis et actiâ providus dedit, vires ipse optemque ad periclitæarum salutem cum benignitate certe sufficit; atque hoc est quod exitis precibus ab ipso implorare contendimus, idemque ut fideles omnes implerent vehementer hortamur. Divinis vero, quæ fidenter expetimus, adiumentis quum humo prorsus accedere sit necesse, eis igitur querendis et suppetendis, quæcumque videantur ad id quo spectamus conducibilia, peculiare quosdam curas sequum est a Nobis impendi.

Namque ut Orientalibus, quotquot discessere, ad unicam Ecclesiam reditus munistur, videtis, Venerabiles Fratres, opus esse in primis parari ex eis ipsis idoneam sacerdotum ministrorum copiam, qui doctrina et pietate abundantes, ceteris ofatæ unitatis consilia susdeant; catholicæ insuper sapientiæ et vitæque institutionem, quæ maxime evulgandam esse, atque ita impertiendam, ut per prio nationis ingenio accomodatius conveniat. Quare providendum, ut sacre educandæ iuventutis, ubicumque expedit, patiant instructa congruenter domus; ut plura numero præsto sint gymnasia, sive alibi pro locorum frequentia; ut sua cuiusque ritus cum dignitate exercendi præbeatur facultas; ut optimis ofendis scriptis manare ad omnes germens religionis notitia possit. Ista et similia officere quantæ sit impenso futurum, vosmet facile intelligitis: simul intelligitis tam multis rebus et magnis non posse Orientales Ecclesias omnino per se ipsas occurrere, nec posse tamen a Nobis, his rerum angustiis, quæ vellemus opem conferri.—Restat ut apta subsidia præcipue opportuneque ex eo petantur, quod modo laudavimus, Institutum; cuius quidem propositum cum illo plane cohaeret quod ipsi nunc animo destinamus. At simul vero, ne apostolicæ Missiones, derivatis partim in alieum usum quibus abutur præsidis, quodquam accepturæ sint detrimenti, magro opere instandum est, ut eo largius catholicorum in ipsum influat liberalitas.—Similem autem cautionem rectum est adhiberi, quod atinet ad affine et peritilo Institutum a *Scholis Orientalis*, aliis auctum commendatione Nostræ; præsertim quum, moderatoribus eius aperti pollicitis, paratum similiter sit, de stipe a se cogenda, Nobis, quantum copiosius licuerit, in idem subministrare.

Id est igitur, Venerabiles Fratres, in quo vestra singulariter officia exposcimus: neque dubitamus quin vos, qui Nobiscum religiosis et Ecclesiæ causam sustinere et provehere modis omnibus assidue studetis, egregium Nobis sitis operam navaturi. Efficitæ sedulo, ut in fidelibus, curæ vestræ commissis ipsa a *Propagatione Fidei* Consociatio, quanta maxims possit, capiat incrementa. Pro certo enim habemus fore, ut multo plures dent ei libenter nomen et largam pro facultate conferant alieum, si per vos plane perspexerint quæ sit eiusdem præstantia et quum dives spiritualium bonorum copia, quantæque inde rei christianæ amolumenta sint in præsens optimo iure speranda. Id certe homines catholicos debet movere penitus, quum noverint nihil se posse Nobis facere tam gratum, neque sibi Ecclesiæque tam salutare, quum sic vobis obsecundare Nostris, ut tribuere studiose certent unde ea, quæ Orientalium bono Ecclesiarum constitutum, re ipse convenienter feliciterque præstemus. At Deus, cuius unice agitur gloriæ in christiani nominis amplificatione et in sancta eiusdem fidei ac regiminis conjunctione, Nostris benignissimus adspiret desideris, faveat ceoptis: eius autem lectissimorum munerum auspice, vobis omnibus, Venerabiles Fratres, et Clero populoque vestro Apostolicam benedictionem amantissimè impertimus.

Datum Romæ apud S. Petrum die XXIV Decembris anno MDCCCICIV, Pontificatus Nostrî decimo septimo.

LEO PP. XIII.



®

EPÍSTOLA ENCÍCLICA

SOBRE LA ADORACIÓN DEL ROSARIO

LEÓN P. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

CONVENIENTE es celebrar con mayor magnificencia cada día y rogar con una ilimitada confianza á la Santísima Virgen, Madre de Dios, auxiliadora constante y clementísima del pueblo cristiano. Los muchos y variados beneficios que se obtienen en todas partes por su intercesión poderosa, son otros tantos motivos de alabarla y de enaltecerla; y el pueblo cristiano, en efecto, á tal punto lleva las muestras de su agradecimiento á esta celestial Señora, que no obstante las circunstancias por que atravesamos, no muy favorables á la Religión, nunca se vió florecer más espléndido y lozano el culto á la Santísima Virgen. Con harta frecuencia prueban esta afirmación el restablecimiento y multiplicación de las asociaciones fundadas bajo su patrocinio, la construcción de tantos espléndidos monumentos consagrados á su nombre augusto; la organización de piadosas peregrinaciones á sus más venerados santuarios, la celebración de Congresos consagrados al incremento de su gloria, y tantas otras manifestaciones parecidas, excelentes en sí mismas y llenas de magníficas promesas para lo porvenir.

Hecho singular y en alto grado consolador es éste, que como satisfacción tan profunda de nuestro corazón, señalamos: entre las múltiples formas que reviste la piedad en sus manifestaciones de amor hacia María, el Santísimo Rosario se propaga más cada día con gran contentamiento y provecho del pueblo cristiano. Esto despertar maravilloso,

lo decimos de nuevo, es para nuestro corazón motivo de santo regocijo; porque, si Nos hemos consagrado no escasa parte de nuestros apostólicos trabajos á la difusión entre los fieles de aquella devoción provechosa, place á Nos igualmente manifestar con cuánta benignidad ha respondido á nuestros votos la Reina Soberana de los Cielos con tan fervorosas plegarias invocada: y de igual modo abrigamos ilimitada confianza en que Ella se dignará endulzar las amarguras que, en día no muy lejano, van á inundar nuestro corazón.

Pero, sobre todo, vemos en el Santísimo Rosario un medio poderoso, y auxiliar eficazísimo para extender cada vez más las fronteras del reino de Jesucristo. En varias ocasiones lo hemos declarado. La reconciliación con la Iglesia de las naciones separadas de ella constituye, en los actuales momentos, el objeto culminante de nuestros deseos, y á esa obra de pacificación se enderezan ahora todos nuestros esfuerzos. Ya hemos indicado asimismo que el éxito de esta magna empresa principalmente dependía de las oraciones y súplicas dirigidas al Todopoderoso; y con motivo de las grandes solemnidades de Pentecostés, recomendamos con gran eficacia á los fieles pidieran al Espíritu Santo un éxito feliz para nuestros designios, por medio de plegarias especialísimas y colectivas. Place á Nos declarar aquí que el pueblo cristiano respondió á nuestras invitaciones de modo tal, que ha superado á nuestras esperanzas.

Pero atendiendo á la gravedad de las circunstancias y teniendo en cuenta que sin la virtud de la constancia flaquean todas las demás virtudes por su base, conviene recordar el consejo del Apóstol «perseverad en la oración» (Col. IV. 2) y esto tanto más, cuanto que los dichos resultados ya obtenidos parece invitarnos á continuar incansables en la oración. Así, pues, Venerables Hermanos, será utilísimo que, durante el próximo mes de Octubre, vosotros y los pueblos confiados á vuestra pastoral solicitud, os unáis á Nos para invocar con fervor, y mediante la práctica del Rosario, á la Santísima Virgen María. Bien claras son las causas que tenemos para encomendar con firmísima esperanza á su protección nuestros designios y nuestros votos.

El profundo misterio de la inagotable caridad de Jesucristo se revela de un modo especialísimo en aquella circunstancia de haber querido, próximo ya á la muerte, con-

fiar su Madre á San Juan, constituyéndola en Madre suya, por virtud de un testamento memorable: «Hé ahí á tu hijo», dijo á María desde lo alto de la Cruz. Según la interpretación constante de la Iglesia. Jesucristo quiso designar en la persona de Juan á todo el género humano; y más especialmente á aquellos hombres que habian de estar ligados con El por los lazos de la fe. Y en este sentido pudo decir San Anselmo de Cantorbery: «¿Qué puede concebirse de más grande, sino esto, que vos, oh Virgen Santísima, sois Madre de aquellos que tienen á Jesucristo por padre y por hermano?» (S. Anas. or. XLVII, olim. XLVI.)

María Santísima recibió con espíritu generoso este espléndido legado, comenzando á cumplir su sagrada misión en el Concilio, bajo los sagrados auspicios del Espíritu Santo. Ella fué ayuda y sostén de la naciente Iglesia por la santidad de su ejemplo, la autoridad de sus consejos, la dulzura de sus exhortaciones y la eficacia de sus plegarias ferventísimas: mostróse verdaderamente Madre de la Iglesia, y fué verdadera Reina de los Apóstoles, á los cuales hizo participantes del tesoro de los divinos oráculos que Ella «guardaba en su corazón».

Imposible de todo punto manifestar hasta dónde llegaron los efectos de su misericordia desde el momento en que se vió elevada al pináculo de la gloria, al lado de su divino Hijo en el trono esplendente que convenia á su altísima dignidad y á sus singularísimos méritos. Desde aquellas luminosas alturas, Ella comenzó á velar constantemente por la Iglesia y á otorgarnos su maternal protección; de tal modo que después de haber sido cooperadora de la obra maravillosa de la redención humana, ha venido á ser la dispensadora de las gracias, frutos de esa misma redención, habiéndosela otorgado para ello un poder cuyos límites no pueden columbrarse. Por esta razón, las almas cristianas se sienten naturalmente impulsadas hacia María; por esta razón comunican á esta Madre amantísima sus pensamientos y sus designios, sus alegrías y sus tristezas; y en todas las vicisitudes de la existencia confían en Ella y en su protección soberana; por esta razón se elevan á María interminables alabanzas en todas las naciones y en todos los ritos, que van multiplicándose á través de las edades. Háscela llamado *Nuestra reina, Nuestra mediadora* (S. Bernardus, *serm. II in adv. Domini n. 6*), la *Reparadora del mundo* (S. Tharasius, *or. in præsenti. Deip, la Dispensadora*

de las Gracias de Dios (In offic. *græc. VIII dec. Orationem p. et oden IX*).

Y como fundamento y el principio de las gracias divinas, mediante las cuales es dado al hombre elevarse por encima de las cosas naturales al conocimiento del orden sobrenatural, es la fe; para adquirir esta fe salvadora y mantenerla siempre encendida en nuestras almas, es necesario pedirle con insistencia á Aquella que concibió en sus entrañas el «Autor de la fe», y que por lo maravilloso de su fe fué proclamada «bienaventurada». «Nadie puede llegar al conocimiento de Dios, oh Virgen Santísima! si no por Vos; nadie puede salvarse si no por Vos, oh Santa Madre de Dios! Nadie, si no es por Vos obtendrá misericordia.» (S. Germán. Constant. Or. II. in dormit. R. V. M.) Ciertamente no pareciera exagerado afirmar que solamente bajo la dirección y mediante el auxilio de María, pudo la doctrina evangélica esparcirse á través de tantos obstáculos y fructificar en todas las naciones, estableciendo en todas ellas el nuevo reino de la justicia y de la paz. Este mismo pensamiento era el que inspiraba la oración de San Cirilo de Alejandria, cuando se dirigía á la Santísima Virgen en aquellas memorables palabras: «Por Vos, predicaron los Apóstoles á las naciones la doctrina salvadora; por Vos, la Cruz bendita fué celebrada y adorada en la redondez de la tierra; por Vos, fueron puestos en fuga los demonios y el hombre se sintió llamado al Cielo; por Vos, toda criatura envuelta en los errores de la idolatría llegó al conocimiento de la verdad; por Vos, alcanzaron los fieles la gracia del Santo Bautismo y se fundaron iglesias en todos los pueblos.» (Hom. contra Nestor).

Todavía más María, como así lo proclama el mismo santo doctor (ib.), fué la que fortaleció y consolidó muy especialmente «el cetro de la Fe ortodoxa», y desplegó todo su poder para que la Fe católica se mantuviera sólida, intacta, poderosa y fecunda. ¿A qué aducir pruebas de demostración de esta verdad inconcusa, pruebas que más de una vez se han manifestado por modo maravilloso? Sobre todo, en aquellas épocas tristes y en aquellos pueblos en que se contempló abatida y como agonizante la Fe, ó en que se vió atacada con furor indecible por multitud de perniciosos errores, se manifestó de un modo evidentísimo el misericordioso auxilio de la augusta Virgen María. En estos momentos fué cuando, merced sobre todo á su protec-

ción nunca desmentida, surgieron varones eminentes en santidad y en apostólico celo, que opusieron dique invencible á los asaltos del error, y lograron tornar á los hombres á la piedad de la vida cristiana. Ilustre, entre estos varones escogidos, fué Domingo de Guzmán, quien consagrándose á este doble apostolado, puso entera su esperanza en el Rosario de María. Nadie ignora cuánta parte cupo á la Santa Madre de Dios en los grandes servicios prestados á la causa de la verdad católica por los venerables Padres y doctores de la Iglesia. De Ella, en efecto, que es «Asiento de la sabiduría», procedió la inspiración tan fecunda que palpita en sus escritos, y por Ella solamente, como ellos mismos lo proclaman, fué confundida la malicia de los errores y se vió detenida, en sus progresos, la herejía. Por último, los príncipes cristianos y los Romanos Pontífices, ces, custodios y defensores de la Fe, los unos en los trances de la guerra, los otros en la promulgación de sus solemnes decretos, siempre imploraron la protección de esta Madre de misericordia y jamás la imploraron en vano.

Por esta razón, la Iglesia y los Padres glorifican á María con tanta verdad como magnificencia: «Salve, lengua siempre elocuente de los Apóstoles, sólido fundamento de la Fe, baluarte inquebrantable de la Iglesia (*Ex himno graecor. Akatistos*). Salve por Vos hemos sido inseritos en el número de los ciudadanos de la Iglesia Una, Santa Católica y Apostólica. (S. Joan. Dam. *or. in annunc. Dei Genitricis, n. 9*). Salve, divino manantial del que fluyen sin cesar los ríos de la divina sabiduría, las aguas puras y limpiadas de la ortodoxia que rechazan lejos las turbias olas de los errores. (S. Germ. Constan. *or. in Dolp. present, n. 14*). Regocijáos; porque Vos sola habeis destruido en el mundo todas las herejías (*In offic. B. M. V.*).

Esta parte principalísima que cabe á la Madre de Dios en los combates y en los triunfos de la Fe Católica, pone de manifiesto con claridad meridiana los designios de la divina Omnipotencia respecto á la Virgen Santísima, y debe inspirar á todos los buenos firme esperanza de que nuestros votos se verán cumplidos y colmados nuestros deseos.

¡Hay que confiar en María! ¡Hay que rogar á María! ¿Qué no podrá Ella hacer en pro de la realización de este Nuestro deseo; que la Religión llegue á unir á todos los espíritus por la profesión de una misma Fe y á todas las voluntades por los lazos de una perfecta caridad? ¿Qué no

querrá hacer Ella en favor de los pueblos, por cuya estrecha unión rogó Cristo con instancias á su Padre, y que llamados, por virtud de un solo Bautismo á participar de una misma inmortal herencia, adquirida al precio de un sacrificio de valor infinito, deben marchar todos juntos y de corazón unidos con dirección á esta «luz admirable»? ¿Cómo no ha de desplegar Ella todos los tesoros de su ternura y de su benevolencia en pro de la Iglesia, endulzando los largos sufrimientos de la Esposa de Jesucristo y fortaleciendo los lazos de la unión en el seno de la familia cristiana, fruto insigne de su *maternidad*?

La esperanza de la próxima realización de todas estas cosas parece confirmada por la creencia firmísima que abrigan tantas almas piadosas, de que María ha de ser el lazo bendito, dulcísimo, pero inquebrantable, por virtud del cual todos aquellos que aman á Cristo, formarán un solo pueblo de hermanos, obedientes todos ellos, como á su común Padre, al Pontífice Romano, Vicario de Jesucristo en la tierra. Al llegar á este punto, nuestro pensamiento se remonta y volando al través de las edades, se fija en los gloriosos testimonios de la antigua unidad, y con placer indecible se recrea con los grandes recuerdos del Concilio de Efeso. La profesión de la misma fe que unía al Oriente y al Occidente en aquellos remotos días, pareció entonces afirmarse con un vigor singularísimo, y respaldarse con una gloria más pura. Entonces fué cuando sancionado por los padres del Concilio el dogma declarando á *María Madre de Dios*, la religiosísima ciudad de Efeso acogió la decisión de la augusta asamblea con transportes de alegría; y al propagarse la fausta nueva de pueblo en pueblo, produjo explosiones de entusiasmo en toda la redondez de la tierra.

Todos estos son motivos poderosos; que vienen en apoyo de la confianza que tenemos puesta en el patrocinio de la Virgen poderosa y santísima, y ellos deben ser otros tantos estímulos que exciten la devoción de los fieles á María. Consideren ellos cuán hermosa es esta devoción, cuán útil para los que la practican, cuán agradable será á los ojos de la misma Virgen Santísima. Gozando, como por dicha gozan ya, de la unidad de la fe, demostrarán que aprecian, en lo que vale, este inmenso beneficio y procurarán conservarlo; y por otra parte, de ninguna manera podrán demostrar mejor su amor hacia aquellos de sus hermanos apartados

de la fe que rogando por ellos y ayudándoles de este modo á reconquistar este bien inapreciable.

Este amor, verdaderamente cristiano, que palpita en todas las páginas de la historia de la Iglesia, siempre ha buscado su fundamento y su vitalidad en la Madre de Dios, como en la manera más poderosa para alcanzar los frutos benditos de la unidad y de la paz de los espíritus. San Germán de Constantinopla la invocaba en estos términos: «Acordáos de los cristianos, que son vuestros servidores, recomendad las oraciones de todos, realizad las esperanzas de todos, fortificad la fe, unid á las diversas Iglesias.» (*Or. hist. a dormit. Doip.*) Tal es aún en el fondo la plegaria de los griegos: «Oh Virgen purísima, que podéis aproximarnos á nuestro Hijo, sin temor de ser nunca desoida, rogadle que conceda la paz al mundo, que inspire un mismo espíritu á todas las Iglesias, para que todos unámonos os glorifiquemos.» (*Men. V. maji, Teotokion postod. IX de S. Irene V. M.*)

Otra razón nos asiste para esperar que la Santísima Virgen escuchará benigna nuestras plegarias en favor de las Iglesias disidentes; y es que estas Iglesias adquieren en otro tiempo títulos bastantes para obtener la protección de María. Ellas se esforzaron por propagar su culto; en su seno alentaron notables apologistas, defensores elocuentísimos de su dignidad, panegiristas ilustres, célebres por el ardor y la suavidad á un tiempo de que hicieron gala en las inmortales obras que nos dejaron: *cooperatrices agrabadísimas á los ojos de Dios* (San Cirilo de Alej. *De Víbe ad Putschid et soror. vep.*), que supieron imitar en las alturas del trono el ejemplo de la purísima Virgen María; celebradas en todos los pueblos por su munificencia, y que erigieron en honor de la Santa Madre de Dios ingentes Basílicas y templos santuosos para rendirle culto magnífico. Y Nos queremos citar aquí un hecho no extraño al asunto que tratamos y que redundará en gloria de la Madre de Dios. Gran número de imágenes de la Santísima Virgen fueron traídas en diversas épocas, desde el Oriente á estas regiones occidentales. Nuestros padres las recibieron con respeto profundo, las honraron con magnificencia, y sus hijos conservan hoy hacia dichas sagradas imágenes los mismos sentimientos de piedad. Nos parece que providencialmente se conservan estos sacros emblemas como testimonios fehacientes de la dichosa época en que la familia

cristiana vivía estrechamente unida, y son ellos como prendas de la común herencia á que son llamados todos los hijos de la Iglesia; Nos parece como que la misma Virgen Santísima invita á sus hijos á que se acuerden de aquellos á quienes la Iglesia católica llama de costinigo para que tornen al seno de la Unidad, de la que en hora infausta se apartaron.

Así la obra de la unidad cristiana ha recibido de Dios un apoyo eficazísimo en María. Y ya que no exista una forma singular de plegaria para obtener este apoyo, Nos creemos que el Santísimo Rosario es muy á propósito á la consecución de este objeto. Ya hemos en otras ocasiones indicado que el ejercicio de esta oración especialísima suministra al cristiano medios para nutrir su fe y perseverarla en los peligros del error; así lo atestiguan los mismos orígenes del Rosario. Siempre que ante Ella con devoción lo rezamos, vamos trayendo sucesivamente á la memoria todos los episodios que constituyeron la obra de nuestra Redención y no es dado contemplar, como si ante nuestros ojos se desarrollaran, todos los acontecimientos que vinieron á constituir las en Madre de Dios y en Madre de los hombres. La grandeza de esta noble dignidad, los benditos frutos de este duplicado ministerio aparecen, entre luminosos resplandores, á los que piadosamente meditan los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos en los que van asociados los recuerdos de la Virgen y de su Hijo. Resulta de aquí, que el alma, llena de reconocimiento hacia Ella, acaba por desdeñar las cosas caducas y perecederas del mundo, esforzándose por hacerse digna de tal Madre y de sus beneficios. Y como Ella es la mejor de todas las madres no puede por menos de enternecerse profundamente y sentirse morida á compasión hacia los hombres que conmemoran piadosamente sus misterios. Por eso Nos decimos que la práctica del Rosario será un medio excelente para alcanzar su misericordia en favor de los disidentes; como que ésta oración se relaciona muy estrechamente con su misión de Madre espiritual. María no ha podido concebir sino en una misma fe y en un mismo amor á aquellos que son de Cristo; pues «¿acaso Cristo está dividido?» (I Cor. 1, 13.) Todos debemos vivir la vida de Cristo para que «fructifiquemos en Dios» (Rom. VII, 4), en un solo y mismo cuerpo.

Todos los que por funestas circunstancias se han separado de esta unidad merecen que esta misma madre, que ha reci-

bido del cielo, el don de hacer nacer perpetuamente una santa posteridad, los una de nuevo á la vida de Cristo. Esto es, seguramente, un resultado que la Virgen Santísima desea vivamente conseguir. Ella obtendrá en abundancia los socorros del Espíritu vivificante. Y los hombres de bien no rehúsen senecudar con sus oraciones la voluntad de aquella Madre misericordiosa, y puedan escuchar y atiendan á esta dulcísima invitación: «Hijos míos pequeñitos, yo os concibo de nuevo para que Jesu-Cristo sea formado en vosotros». (Cgal. IV, 19).

Habiendo sido aprobada la virtud del Rosario, algunos de nuestros predecesores se consagraban á extender y propagar tan hermosa devoción por las Naciones orientales. Tales fueron Eugenio IV por la construcción *Abeesperascente*, dada en el año 1438; Inocencio XII y Clemente XI. Por su autoridad concediéronse grandes privilegios á la Orden de los Hermanos Predicadores. Grandes resultados no faltan gracias al celo de los ministros de esta misma Orden; y numerosos y esclarecidos documentos lo atestiguan; aunque por la serie de los tiempos y por funestas circunstancias se hayan detenido después los progresos de esta obra.

En nuestra época esta misma devoción del Rosario, que Nos habemos ensalzado, ha entrado en aquellas regiones y en el alma de muchas de ellas. Por lo mismo que responde á nuestros esfuerzos, esperamos que contribuya á la realización de nuestros designios.

Á esta doble esperanza se añade un hecho en el que van interesados tanto el Oriente como el Occidente y muy conforme á nuestros deseos. Hablamos, Venerables Hermanos, de la proposición que fué presentada en el Congreso eucarístico de Jerusalén, y que tiende á erigir un templo en honor de la Reina del Santísimo Rosario, en Patras, no lejos del sitio en que, bajo sus auspicios, con tanto brillo resplandeció en otro tiempo el nombre cristiano. Según nos ha manifestado el comité ya constituido, muchos de vosotros habeis organizado colectas especiales, y habeis prometido continuarlas hasta la terminación de las obras. Existen ya recursos bastantes para dar comienzo á la construcción con aquellas proporciones que convienen á su grandeza; y Nos hemos adoptado las disposiciones necesarias para que el acto de la colocación de la primera piedra revista singular magnificencia. Así este templo se elevará como un monumento perenne de reconocimiento y de amor á nuestra divi-

na Madre, y en él será Ella invocada en ambos ritos, griego y latino, de modo que, dándole gracias por los beneficios de Ella recibidos, quiera concedernos ahora lo que confluientemente esperamos obtener de su patrocinio.

Y ahora, Venerables Hermanos, volvemos al punto de partida. Si; que todos, pastores y rebaños, se acojan, sobre todo durante el mes que se avecina, bajo el manto protector de la Santísima Virgen María. Que en público y en privado, con cánticos, plegarias, ofrecimientos, se unan para invocarla y suplicarla como á Madre de Dios Madre nuestra: *Monstra te esse matrem*. Que su maternal clemencia conserve á su universal familia al abrigo de todos los peligros; que haga lucir para ella días de prosperidad verdadera, devolviéndole la Santa Unidad; que mire con benevolencia á los católicos de todos los pueblos, uniéndolos más estrechamente cada día con los lazos de la caridad, y les conceda la virtud de la constancia para sostener el honor de la Religión, en la que van incluidos asimismo cuantos beneficios puede apeteecer el Estado.

Dígnese ella mirar asimismo con especialísima benevolencia á los pueblos disidentes; á esas naciones tan grandes y tan ilustres en las que late tantos corazones generosos, y alientan espíritus tan elevados, para que se acuerden de sus deberes cristianos; dígnese suscitar en ellos deseos saludables y nobles propósitos; y después de haberlos suscitado que favorezca su realización. En cuanto á los disidentes orientales, quiera Ella recordar la devoción acendrada que sus antepasados le profesaron y los altos hechos que realizaron por la gloria de su nombre. En cuanto á los occidentales, continúe otorgándoles el patrocinio con que durante tantos siglos recompensó la gran piedad y devoción hacia Ella de todas las clases de la sociedad.

Dígnese Ella, por último, escuchar la voz unánime y suplicante de las naciones católicas y también la Nuestra, que se eleva hasta su Sello gritando de lo profundo del corazón: *Monstra te esse Matrem*.

Entre tanto, y como testimonio de nuestra benevolencia, os concedemos con amor la Bendición Apostólica á vosotros, á vuestro Clero y al pueblo confiado á vuestro cuidado.

Dado en Roma, junto á S. Pedro, el 5 de Septiembre de 1895, año XVIII de Nuestro Pontificado.

LEÓN XIII, PAPA.

EPISTOLA ENCYCLICA

DE ROSARIO MARIALI

LEO PP. XIII

VENERABILES FRATRES

SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

Auctoritatem populi christiani potentem et clementissimam, Virginem Dei Matrem, dignum est et magnificentiorem in dies celebrare laude et ardore fiducia implorare. Si quidem argumenta fiduciae laudisque nugat ea varia beneficiorum copia, quae per ipsam affluenter quotidie in commune bonum longa lateque diffunditur. Nec beneficentiae tantae profecto a catholicis officia desunt diligentissima voluntatis: quum, si unquam alias, his nimirum vel haereticis religioni temporibus, videre licet amorem et cultum ergo Virginem beatissimam expiunt in omni ordine atque incensum. Cui rei praecolare auni testimonio o restitutae passim multiplicataeque in eius tutela sodalitates; eius nomini angusto splendidae dedicatae aedes; peregrinationes ad aeterniora eius templis actus frequentis religiosissima; convocati custos, qui ad eius gloriose incrementa deliberando incumbunt; alia id genus, per se optima faustique in futurum significantia. Atque id singulare, Nobisque ad recordationem pernicendum, quemadmodum multiplices inter formas eiusdem pietatis, nam Rosarium Mariae, ille tam excellit in orandi rursus, in opatione et consuetudine letius invalenscat. Id Notis, inquit, pernicendum est, qui, si partem curarum non minimam promovendo Rosarii instituto habuimus, probe videmus quam benigna opus sit Nostris adfuerit exorata Regina caelestis. eumque sic Nobis confidimus adfuturam, ut curas quoque aegritudinesque lenire velut quas proximi allaturi sunt dies. — Sed praecipue ad regnum Christi amplificandum uberiora Nobis adiumenta ex Rosarii virtute expectamus. Consilia quae studiosius in praesentia urgemus, de reconciliatione esse dissidentium ab Ecclesia nationum, haud semel ediximus: simul professi, feliciter eventum, orando obsecrandaque divino Numine, maxime quasi oportere. Id etiam non multo antehac testati sumus, quum per sollemnia sacrae Pentecostes, peculiarem preces in eam

causam divino Spiritui adhibendas commendavimus: cui commendationi magna ubique alicaritate obtemperatum est. Al vero pro gravitate rei perendinae, proque debita omnia virtutis constantia, apte facit hortamentum Apostoli: *Instate orationi* (1); eo vel magis quod tali instantiae precandi suavius quoddam incitamentum bonis ipso coeptorum initia admovere videntur. Octobri igitur proximo mihi sane fuerit, Venerabiles Fratres, neque proposito utilis, neque acceptius Nobis, quam si toto meoae vos populiq; vestri, Rosarii prece consuevis qua praescriptis, Nobiscum apud Virginem Matrem pietissimam insistatis. Praeclaras quidem sunt causas cur praesidia eius consilia et vota Nostra summa spe committamus.

Eximie in nos caritatis Christi mysterium ex eo quoque luculenter proditur, quod moriens Matrem ille suam Ioanni discipulo nostrum voluit reliquam, testamento memoris *Ecce Alnus tuus*. In Ioanne autem, quod perpetuo sensit Ecclesia, designavit Christus personam humani generis, eorum in primis qui sibi ex fide adhaerescerent: in qua sententia sanctus Anselmus cantuariensis: *Quid, inquit, potest dignius aestimari, quam ut tu, Virgo, sis mater quorum Christus dignatus esse pater et frater* (2). Huius igitur singularis munoris et laboriosae partes ea suscepit obituque magnanimo, conseratis in Conspectu auspicio, Christianae gentis primitias iam tum sanctimoniam exempli, auctoritate passim, solati suavitate, effluente sanctorum precum admixtissime fovit, varissima quidem mater Ecclesiae atque magistra et regina Apostolorum, quibus largita etiam est de divinis oraculis quae *conserabat in corde suo*. — Ad haec vero dici vix potest quantum amplius virtutisque laque accesserit, quum a fastigium caelestis gloriae, quod dignitatem eius claritateque meritorum decebat, est apud Filium assumpta. Nam inde, divino consilio, sic illa coepit advigilare Ecclesiae, sic nobis adesse et favere mater, ut quae sacramenti humanae redemptionis patranda ministra fuerat, eodem gratiae ex illo in omne tempus derivanda et recte pariter administrare, permissa ei potestate immensa potestate. Hinc recte admodum ad Mariam, velut nativo quodam impulsu adducta, animae christianae feruntur: eum ipsa adnotat consilio et opera, angores et gaudia committant; curaque se honorati eius se quoque omnia filiorum more commandant. Hinc rectissime delata ei in omni gente omnique ritu ampla praerogativa, suffragio crescentis saeculorum: inter multa, ipsam *dominam nostram, matricem nostram* (3), ipsam *reparatricem totius orbis* (4), ipsam *donorum Dei esse conciliatricem* (5). — Et quoniam munera diuina, quibus homo supra naturae ordinem partitur ad aeternum, fundamentum et caput est filius, ad hanc ideo assequendam, salutariterque excolendam iure extollitur aere sua quaedam eius actio, quae *Auctorem* edidit *fidei*, quoque eo lidem

(1) Gal. IV, 2.—(2) Cf. XLVII, alio XLVI.—(3) S. Bernardus, *serm. II in adv. Dominici* n. 5.—(4) S. Thome, *op. in praesent. deip.*—(5) *In q. 186. artic. VII. deo. Sacrosanctio post edam IX.*

beata est salutis: *Nemo est, o sanctissima, qui Dei cognitione repletur, nisi per te; nemo est qui salvetur, nisi per te. O Despara: nemo, qui donum ex misericordia consequatur, nisi per te* (1). Neque is nimis certe videtur qui affirmet, eius maxime docti auxilium factum, ut sapientia et instituta evangelica, per asperitates offensivaneque immanes, progressionem tam celerem ad universalem nationum pervenerint, novo ubique iustitiae et pacis ordine inducto. Quod quidem sancti Cyrilli alexandrini animum et orationem permovet, ita Virginem alloquentis: *Per te Apostoli salutem gentium praedicaverunt... per te Gran preciosa celebratur toto orbe et adoratur... per te fugantur daemones, et loca, ipse ad caelum revocatur; per te omnis creatura adolorum errore detenta, cencersa est ad agnitionem veritatis; per te fideles homines ad sanctum baptismum pervenerunt, atque ecclesiae sunt ubique gentium fundatae* (2).—Quin etiam scriptura orthodoxae fidei, prout idem celebravit doctor (3), praestitit illa valuitque; quae fuit eius non intermissa cura, ut fides catholica perstaret firma in populis atque integra et secunda vigeret. Complura in hoc sunt saeculisque cognita monumenta rerum, miris praeterea modis nonnunquam declarata, quibus maxime temporibus locisque dolendum fuit, fidem vel a cordia elanguisse vel peste nefaria errorum esse tentatam, magne Virginis succurrentis benignitas apparuit praesens. Ipsaque movento, roborante, viri existerunt sanctitate clari et apostolico spiritu, qui constata recunderent improborum, qui animos ad christianae vitae pietatem reducerent et inflammarent. Locus multorum iustarum Dominicus est Gumanus, qui utraque in re elaboravit, marialis Roserii confusus ope, feliciter. Neque dubium cuiquam erit, quantum redundet in eandem Dei Genitricem de promeritis venerabilium Ecclesiae Patrum et Doctorum, qui veritati catholicae tuendae vel illustrandae operam tam egregiam dederunt. Ab ea namque, sapientiae divinae Sede, grato ipsi latentur animo copiam consilii optimi sibi defluxisse scribentibus; ab ipsa propterea, non a se, nequitiam errorum esse devictam. Denique et Principes et Pontifices rerum anni, custodes defensorisque fidei, alii sacris gerendis bellis, alii solemnibus decretis ferendis, divinis Matris implorare nomen, nunquam non praepotens ac propitium venerunt.—Quapropter non vere minus quam splendida Ecclesia et Patres gratulantur Maris: *Ac, os perpetuo eloquens Apostolorum, Fidei stabile firmamentum, propugnaculum Ecclesiae innotatum* (4); *Ac, per quam, inter unitas, sanctas, catholicae atque apostolicae Ecclesiae ceteris descripti sumus* (5); *Ac, fons divinitus scaturiens, e quo, divina sapientia fidei, purissimae ac simplicissimae orthodoxae unitatis defluentes, errorum, agmen dispellunt* (6); *Gaudet, quia cunctas haereseis sola interemisti in universo mundo* (7).

(1) S. Germanus c. constantinop. or. II in idem, II, M. V.—(2) *Ibid.*, oratio Nestorianorum.—(3) *Ibid.*—(4) *Ex Aegypto Graecor. Anaxirotor.*—(5) S. Iohannes Damas. or. in univ. Del. Basilic. n. 9.—(6) S. Germanus constantinop. or. in Desp. praesentatione, n. 14.—(7) *In qst. II. M. V.*

Ista quae Virginis excelsae fuit atque est pars magna in cursu, in proclis, in triumphis fidei catholicae, divinum de illa consilium facti illustrius, magnamque in spem honos debet: omnes erigere, ad ea quae nunc sunt in communibus votis—*Mariae fidem, Mariae supplicandum!* Ut enim christianas inter nationes non fidei professio concordiae habent mentes, una perfectae caritatis necessitudo cupit voluntates, hoc novum exoptatumque Religionis decus, sane quam illa poterit virtute sua ad exitum maturare. Equid autem non velit efficere, ut gentes, quarum maximam conjunctionem Unigena suus impensissime a Patre flagitavit, quaeque per unum ipse baptismus ad eandem hereditatem salutis, prolio immenso partim, vocavit, eo omnes in admirabili eius lumine contendent unanimes? Equid non impendere ipse velit bonitatis providentiaeque, tum ut Ecclesiae, Spem Christi, diuturnos de hac re labores soletur, tum ut unitatis bonum perficiat in christianam familia, quae suae maternitatis instigatio est fructuosus?—Aspiciamusque rei non longius eventuram ad videtur confirmari opinione et fiducia quae in animis piorum calescit, Marium mirum felix vinculum fore, cuius firma lenique vi, eorum omnium, quotquot ubique sunt, qui diligunt Christum, unus fratrum populos fiat, Vicario eius in terris, Pontifici romano, tanquam communi Patri obsequentium. Quo loco sponte revolvat mens per Ecclesiam factos ad priscas unitatis nobilissima exempla, atque in memoria Concilii magni ephesini libentior subsistat. Summa quippe consensus fidei et parae sacrorum communio quae Orientem atque Occidentem per id tempus tenuit, illi omnivero singulari quaedam et stabilitate valuisse et entituisse gloria visa est; quoniam Patribus dogma legitime sancitibus, sanctam Virginem esse Desparam eius facti nunciis a religiosissima civitate exultante manans, una eademque caelestissima laetitia totum christianum orbem complevit.—Quot igitur causis fidei, expellitarum rerum in potente ac perbenigna Virgine sustentatur et crescit, tot veluti stimulis acui oportet studium quod catholicis suademus in ea exoranda. Illi porro apud se reputent quam honestum hoc sit sibi ipsi fructuosum, quam eidem Virgini acceptum gratumque certe futurum. Nam competes ut sunt unitatis fidei, illa declarent, ut hinc vim beneficium magni pro merito facere, et idem se velle sanctus custodire. Nec vero queant praestantiori ullo modo fraterum erga dissidentes probare animum, quam si eis ad bonum recuperandum unam omnium maximum evixit subvepiant. Quae vere christiana fraternitatis affectio, in omni vigena Ecclesiae memoria, praecipuum virtutem concessit, in omni vigena Ecclesiae memoria, tanquam tutrice optima pacis et unitatis. Eam sanctus Germanus constantinopolitans his vocibus orabat: *Christianorum memento, qui seroi tui sunt: omnium precor commenda, spes omnium adiuvans; tu fidem soluta, tu ecclesias in unum conditange* (1). Sic adhuc est Graecorum ad eam obtestatio: *O purissima,*

(1) *In hist. in domini, Despara.*

cui datam accedere ad Filium tuum nullo meli repulsae, tum eum coram, o sanctissimam, ut mundo pacem impartiat et eandem ecclesiam omnibus mentem adspiciat: atque omnes cognoscimus te (1).—Huc propria quaedam accedit causa quomobrem nobis dissentientium nationum gratia compresentibus, annuit Maria indulgentius: egregia scilicet quae in ipsam fuerunt earum merita, in primisque orientium. Haec multum sane debetur de veneratione eius propagata et aucta: in his commendentibus dignitatis eius assertores et vindices, potestate scriptivae gravissimam; laudatores ardore et suavitate eloqui insignes; *dilectissimam Deo Imperatrices* (2), intollerantem Virginem imitabile exemplo, munificentia prosecutas; aedes ad basilicam regali cultu excitatas.—Adhuc unum libet quod non abest a re, et est Deiparae sanctae gloriosum, ignorat nemo, augustas eius imagines ex oriente, variis temporum casibus, in occidentem maximeque in Italiam et in hanc Urbem, complures fuisse advectas: quas et summa cum religione exceperunt patres magnifice coluerunt, et semula nepotes pietate habere student sacerdotibus. Hoc in facto gessit animus nutum quemdem et gratiam agnoscere studiosissimae matris. Significari enim videtur, imagines eius perinde extare apud nostros, quasi totae temporum, quibus christiana familia omnino una ubique cohaerebat, et quasi communis hereditatis bene cura pignora: eandem propterea adspicere, velut ipsa Virgine submonente, ad hoc etiam invitari animos, ut illorum pie meminissent quos Ecclesia catholica ad pristinam in complexu suo concordiam laetitiamque amantissime revocat.

Itaque pernegum unitatis christiane praesidium divinitus oblatum est in Maria. Quod quidem, etsi non uno praedicationis modo demereri licet, attamen instituto Rosarii optime id fieri uberissimeque arbitratur. Monivimus alias, non ultimum in ipso emolumentum inesse, ut prompta ratione et facili habeat christianus homo, quo fidem suam alat et ab ignorantia tutetur errorisve periculo: id quod vel ipsae Rosarii origines faciunt apertum. Iamvero huiusmodi quae exoritur fides, sive precibus voce iterandis, sive potissimum contemplandis mente mysteriis, palmam est quam prope ad Mariam referatur. Nam quoties ante illam supplices coronam sacram rite versamus, sic nostrae salutis admirabile opus commemorando repetimus, ut quasi praesenti ra, ea explicata contuemur, quorum serie et effectu extitit illa simul Mater Dei, simul mater nostra. Ultriusque magnitudo dignitas, utriusque ministerii fructus vivo in lumine apparent, si quis Mariam religiose consideret mysteria gaudii, doloris, gloriae cum Filio sociantem. Inde profecto consequitur ut grati adversus illum amoris sensu animus exardescat, atque caduca omnia infra se habens, forti conetur proposito dignum se matre tanta beneficiis quoque eius probare. Haec autem ipsam mysteriorum crebra

(1) Mes. V mail, *Осороковъ прѣост.*, IX de S. Irene V. M.—(2) S. Cyrilli, alex. de *Ad. ad Pulcheriam et victricem reginas*.

libelique recordatione quam cum a non possit, nos facund saltem officii, et misericordiae in homines, longe omnium matrum optima, non commoveri, idcirco diximus Rosarii precem proportionatam fore, ut fratrum eandem dissentientium apud ipsam oremus. Ad spiritualis malevolentiae eius officium proprie id attinet. Nam qui Christi sunt, eo Maria non peperit nec parere poterit, nisi in una fide unaque amore: numquid enim *deus est Christus?* (1) debemusque una omnia vitam Christi vivere, ut in uno eodemque corpore *fructificemus Deo* (2). Quotquot igitur ab ista unitate calamitas rerum funesta abduxit illos oportet et eadem mater, quae perpetua sanctae prolis fecunditate a Deo aucta est, rursus Christo quodammodo pariat. Hoc plane est quod ipsa praestare vehementer optat, scilicet quo donata a nobis acceptissimae precis, auxilia *trifidantis Spiritus* abunde illis impetret. Qui vitam misericordis matris voluntati obsecundare ne renuant, saepeque consulentes saluti, boni audiam blandissimam invitentem: *Filii mei, quos iterum parturio donec formetur Christus in vobis* (3).—Tali marialis Rosarii virtute perspecta, nonnulli fuere decessores Nostri qui singularis quaedam cursu eo converterent, ut per orientales nationes dilataretur. In primis Egeum IV, constitutione *Adesperascente*, anno dato MCCCXXXIX, tum Innocentius XII et Clemens XI; quorum auctoritate item privilegia ampla Ordine Praedicatorum, eius rei gratia, sunt attributa. Neque fructus desiderati sunt. Sodalium eandem Ordinis contentente collectis, hinc extant multiplici et clara memoria testati: quamquam rei progressibus diuturnitas et adversitates temporum non parum deinde officit. Hac vero aetate idem Rosarii cotendi ardor quem antio excitatum laudavimus, similiter per eas regiones animis multorum inaccessit. Quod sane Nostri quantum respondet conceptis, tantum votis explendis perhibere futurum speramus.—Coniungitur cum hoc spe laetabile quoddam factum, atque Orientem attingens atque Occidentem, eiusdemque plane congruens votis. Illud spectamus propositum, Venerabiles Fratres, quod in parvuli Conventu eucharistico, Hierosolymis acto, initium duxit, templi videlicet exaedificandi in honorem Reginae secretissimi Rosarii; idque Patrae in Aethiopia non procul a locis, ubi olim nomen christianum, ea auspicio, exiit. Et enim a Consilio quod rei promovenda curandisque operi, prebentibus Nobis, constitutum est, perhibentes accepimus, iam priusque vestrum rogati, sollicitiam stipem omni diligentia in id submiserunt; etiam polliciti, se deinceps non dissimiliter adfore usque ad operis perfectionem. Ex quo satis iam est consultum, ut ad molitionem quae amplitudini rei conveniat, aggredi liceat: factaque est a Nobis potestas ut propedem auspicialis templi lapis solemnibus caeremoniis ponatur. Stabit templum, nomine christiani populi, monumentum parentis gratiae Adiutrici et Matri caelesti: quae ibi et latino

(1) Gal. I, 18.—(2) Rom. VII, 4.—(3) Gal. IV, 19.

et graeco ritu assidue invocabitur, ut vetera beneficia novis usque velit praesentior cumulare.

Iam, Venerabiles Fratres, illic unde egressa est Nostra redit hortatio. Eia, pastores gregesque omnes ad praesidium magnae Virginis, proximo praesertim mense, fiducia plena confugiant. Eam publice et privatim, laude, prece votis compellare concordēs ne desinant et obscurare Matrem Dei et nostram: *Monstra te esse Matrem!* Malernae sit clementiae eius, familiam suam universam servare ab omni periculo incolumem, ad veri nominis prosperitatem adducere, praecipue in saecula unitate fundare. Ipsa catholicos cuiusvis gentis benigna respiciat, et vinculis inter se caritatis obsistat, blisiores faciat et constantiores ad sustinendum religionis decus, quo simul bona maxima continentur civilis. Respiciat vero benignissima dissidentes, nationes magnas atque illustres, animos nobiles officioque christiani memores: saluberrima in illis desideris conciliat et conciliata fovet eventaque perferat. Es qui dissident ex oriente, illa etiam valeat tibi effusa quam profertur erga ipsam religio, tamque multa in eius gloriam et proclara facta maiorum. Eis qui dissident ex occidentis, valeat beneficentissimi patrocinii memoria, quo ipsa pietatem in se omnium ordinum, per aetates multas existimam, et probavit et muneravit. Utriusque et ceteris, ubicumque sunt, valeat vox uno supplex catholicorum gentium, et vox valeat Nostra, ad extremum spiritum clamans: *Monstra te esse Matrem!*

Interes divinarum munerum suspicem benevolentiaeque Nostrae testem, singulis vobis cleroque ac populo vestro Apostolicam benedictionem peramanter impertimus.

Datum Romae apud S. Petrum die v. Septembris anno mcccxcv Pontificatus Nostri decimo octavo.

LEO PP. XIII.



DIRECCIÓN GENERAL DE



EPÍSTOLA ENCÍCLICA

SOBRE LA UNIDAD DE LA IGLESIA

LEON P. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

B IEN sabéis que una parte considerable de Nuestros pensamientos y de Nuestras preocupaciones tiene por objeto esforzarnos en volver á los extraviados al redil que gobierna el Soberano Pastor de las almas, Jesucristo. Aplicando Nuestra alma á ese objeto, Nos hemos pensado que sería utilísimo á tamaño designio y á tan grande empresa de salvación trazar la imagen de la Iglesia, dibujando, por decirlo así, sus contornos principales, y poner en relieve, como su distintivo más característico y más digno de especial atención la *unidad*, carácter insigne de la verdad y del invencible poder que el Autor divino de la Iglesia ha impreso en su obra. Considerada en su forma y en su hermosura nativa, la Iglesia debe tener una acción muy poderosa sobre las almas, y no es apartarse de la verdad, decir que ese espectáculo puede disipar la ignorancia, y destruir las ideas falsas y las preocupaciones, sobre todo aquellas que no son hijas de la milicia. Puede también excitar en los hombres el amor á la Iglesia, un amor semejante á la caridad, bajo cuyo impulso Jesucristo ha escogido á la Iglesia por su Esposa, rescatándola con su sangre divina; Pues Jesucristo amó á la Iglesia y se entregó á sí mismo por ella (1).

Si para volver á esta madre amantísima, deben á aquellos que no la conocen, ó los que cometieron el error de aban-

(1) Christus dilexit Ecclesiam, et seipsum tradidit pro ea. (Ephes. v. 25)

et graeco ritu assidue invocabitur, ut vetera beneficia novis usque velit praesentior cumulare.

Iam, Venerabiles Fratres, illic unde egressa est Nostra redit hortatio. Eia, pastores gregesque omnes ad praesidium magnae Virginis, proximo praesertim mense, fiducia plena confugiant. Eam publice et privatim, laude, prece votis compellare concordēs ne desinant et obscurare Matrem Dei et nostram: *Monstra te esse Matrem!* Malernae sit clementiae eius, familiam suam universam servare ab omni periculo incolumem, ad veri nominis prosperitatem adducere, praecipue in saecula unitate fundare. Ipsa catholicos cuiusvis gentis benigna respiciat, et vinculis inter se caritatis obsistat, blisiores faciat et constantiores ad sustinendum religionis decus, quo simul bona maxima continentur civilis. Respiciat vero benignissima dissidentes, nationes magnas atque illustres, animos nobiles officisque christiani memores: saluberrima in illis desideris conciliat et conciliata fovet eventumque perferat. Es qui dissident ex oriente, illa etiam valeat tibi effusa quam profertur erga ipsam religio, tamque multa in eius gloriam et proclara facta maiorum. Eis qui dissident ex occidentis, valeat beneficentissimi patrocinii memoria, quo ipsa pietatem in se omnium ordinum, per aetates multas existimam, et probavit et muneravit. Utriusque et ceteris, ubicumque sunt, valeat vox uno supplex catholicorum gentium, et vox valeat Nostra, ad extremum spiritum clamans: *Monstra te esse Matrem!*

Interes divinarum munusque benevolentiaeque Nostrae testem, singulis vobis cleroque ac populo vestro Apostolicam benedictionem peramanter impertimus.

Datum Romae apud S. Petrum die 7 Septembris anno MCCCXCV Pontificatus Nostri decimo octavo.

LEO PP. XIII.



DIRECCIÓN GENERAL DE



EPÍSTOLA ENCÍCLICA

SOBRE LA UNIDAD DE LA IGLESIA

LEON P. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

B IEN sabéis que una parte considerable de Nuestros pensamientos y de Nuestras preocupaciones tiene por objeto esforzarnos en volver á los extraviados al redil que gobierna el Soberano Pastor de las almas, Jesucristo. Aplicando Nuestra alma á ese objeto, Nos hemos pensado que sería utilísimo á tamaño designio y á tan grande empresa de salvación trazar la imagen de la Iglesia, dibujando, por decirlo así, sus contornos principales, y poner en relieve, como su distintivo más característico y más digno de especial atención la *unidad*, carácter insigne de la verdad y del invencible poder que el Autor divino de la Iglesia ha impreso en su obra. Considerada en su forma y en su hermosura nativa, la Iglesia debe tener una acción muy poderosa sobre las almas, y no es apartarse de la verdad, decir que ese espectáculo puede disipar la ignorancia, y destruir las ideas falsas y las preocupaciones, sobre todo aquellas que no son hijas de la milicia. Puede también excitar en los hombres el amor á la Iglesia, un amor semejante á la caridad, bajo cuyo impulso Jesucristo ha escogido á la Iglesia por su Esposa, rescatándola con su sangre divina; Pues Jesucristo amó á la Iglesia y se entregó á sí mismo por ella (1).

Si para volver á esta madre amantísima, deben á aquellos que no la conocen, ó los que cometieron el error de aban-

(1) Christus dilexit Ecclesiam, et seipsum tradidit pro ea. (Ephes. v. 25)

donarla, comprar ese retorno desde luego, no al precio de su sangre (aunque a ese precio la pagó Jesucristo), pero si al de algunos esfuerzos y trabajos, bien leves por otra parte, verán claramente al menos que esas condiciones no han sido impuestas a los hombres por una voluntad humana sino por orden y voluntad de Dios, y por lo tanto, con la ayuda de la gracia celestial, experimentarán por sí mismos la verdad de esta divina palabra:

«Mi yugo es dulce y mi carga ligera» (1).

Por esto, poniendo nuestra principal esperanza en el Padre de la luz de quien desciende toda gracia y todo don perfecto, (2) en Aquel que sólo «da el acrecentamiento» (3). Nos le pedimos, con vivas instancias, se digne poner en Nos el don de persuadir.

Dios, sin duda, puede, operar por sí mismo y por su sola virtud todo lo que realizan los seres creados; pero, por un consejo misericordioso de su Providencia, ha preferido, para ayudar a los hombres servirse de los hombres. Por mediación y ministerio de los hombres da ordinariamente a cada uno, en el orden puramente natural, la perfección que le es debida, y se vale de ellos, aún en el orden sobrenatural, para conferirles la santidad y la salud.

Pero es evidente que ninguna comunicación entre los hombres puede realizarse, sino por el medio de las cosas exteriores y sensibles. Por esto el Hijo de Dios tomó la naturaleza humana. El que teniendo la forma de Dios, se anonadó, tomando la forma de esclavo y haciéndose semejante a los hombres (4); y así mientras vivió en la tierra, reveló a los hombres, conversando con ellos, su doctrina y sus leyes.

Pero como su misión divina debía ser perdurable y perpetua, se rodeó de discípulos, a los que dio parte de su poder, y haciendo descender sobre ellos desde lo alto de los cielos «el Espíritu de verdad», les mandó recorrer toda la tierra y predicar fielmente a todas las naciones lo que él mismo había enseñado y prescrito, a fin de que, profesando su doctrina y obedeciendo a sus leyes, el género humano,

pudiese adquirir la santidad en la tierra; y en el cielo la bienaventuranza eterna.

Tal es el plan a que obedece la constitución de la Iglesia tales son los principios que han presidido a su nacimiento. Si miramos en ella el fin último que se propone y las causas inmediatas por las que produce la santidad en las almas, seguramente la Iglesia es *espiritual*; pero si consideramos los miembros de que se compone, y los medios por los que los dones espirituales llegan hasta nosotros, la Iglesia es *exterior* y necesariamente visible. Por signos que penetran en los ojos y por los oídos, fué como los Apóstoles recibieron la misión de enseñar; y esta misión no la cumplieron de otro modo que por palabras y actos igualmente sensibles. Así su voz, entrando por el oído exterior, engendraba la fe en las almas: «la fe viene por la audición, y la audición por la palabra de Cristo» (1).

Y la fe misma, esto es, el asentimiento a la primera y soberana verdad, por su naturaleza está encerrada en el espíritu, pero debe salir al exterior por la evidente profesión que de ella se hace: «pues se cree de corazón para la justicia; pero se confiesa por la boca para la salvación» (2). Así nada es más íntimo en el hombre que la gracia celestial que produce en él la salvación pero exteriores son los instrumentos ordinarios y principales por los que la gracia se nos comunica: queremos hablar de los Sacramentos que son administrados con ritos especiales por hombres evidentemente escogidos para ese ministerio. Jesucristo ordenó a los Apóstoles y a los sucesores de los Apóstoles que instruyeran y gobernarán a los pueblos: ordenó a los pueblos que recibiesen su doctrina y se sometieran dócilmente a su autoridad. Pero esas relaciones mutuas de derecho y de deberes en la sociedad cristiana no solamente no hubieran podido ser duraderas, pero ni aun habrían podido establecerse, sin la mediación de los sentidos, intérpretes y mensajeros de las cosas. (R)

Por todas estas razones la Iglesia es con frecuencia llamada en las sagradas letras *un cuerpo*, y también el *cuerpo de Cristo*. «Sois el cuerpo de Cristo» (3). Porque la Iglesia es un cuerpo visible a los ojos, porque es el cuerpo de Cristo,

(1) *Auguri colui meum suava est: et onus meum leve.* (Matt., XI, 30) — (2) *Omnia datam operantur et omnia donum perfectum...* descendunt a Patre: Imitatio. (Ep. Jac., I, 17). — (3) *Quicumque enim dicit: Hic corpus, illi, D. I. Quid cum la forma Dei esset — sumptissimam extenuavit, formam servat accipiens, in similitudinem hominum factus.* (Philippens., II, 6-7).

(1) *Fides ex auditu, auditus autem per Verbum Christi.* (Rom., X, 17) — (2) *Cor de oculis creditur ad iustitiam; ore autem confitetur ut ad salutem.* (Rom., X, 10) — (3) *Vos autem estis corpus Christi.* (I Cor., XII, 27).

es un cuerpo vivo, activo, lleno de savia sostenido y animado como está por Jesucristo, que lo penetra con su virtud, como, aproximadamente, el tronco de la viga alimenta y hace fértiles a las ramas que le están unidas. En los seres animados, el principio vital es invisible y oculto en lo más profundo del ser, pero se denuncia y manifiesta por el movimiento y la acción de los miembros, así el principio de vida sobrenatural que anima a la Iglesia se manifiesta a todos los ojos por los actos que produce.

De aquí se sigue que están en un pernicioso error los que haciéndose una Iglesia a medida de sus deseos, se la imaginan como oculta y en manera alguna visible, y aquellos otros que la miran como una institución humana, provista de una organización, de una disciplina y ritos exteriores, pero sin ninguna comunicación permanente de los dones de la gracia divina, sin nada que demuestre por una manifestación diaria y evidente la vida sobrenatural que recibe de Dios.

Lo mismo una que otra concepción son igualmente incompatibles con la Iglesia de Jesucristo, como el cuerpo a él alma son por sí solos incapaces de constituir el hombre. El conjunto y la unión de estos dos elementos es indispensable a la verdadera Iglesia, como la íntima unión del alma y del cuerpo es indispensable a la naturaleza. La Iglesia no es una especie de cadáver; es el cuerpo de Cristo animado con su vida sobrenatural. Cristo mismo, Jefe y modelo de la Iglesia, no está entero si se considera en él exclusivamente la naturaleza humana y visible, como hacen los discípulos de Photino o Nestorio, o únicamente la naturaleza divina e invisible, como hacen los Monosofistas; pero Cristo es uno por la unión de las dos naturalezas, visible e invisible, y es uno en las dos: del mismo modo su cuerpo místico no es la verdadera Iglesia, sino a condición de que sus partes visibles tomen su fuerza y su vida de los dones sobrenaturales y otros elementos invisibles; y de esta unión es de la que resulta la naturaleza de sus mismas partes exteriores.

Mas como la Iglesia es así por voluntad y orden de Dios así debe permanecer sin ninguna interrupción hasta el fin de los siglos, pues de no ser así, no habría sido fundada para siempre, y el fin mismo a que tiende quedaría limitado en el tiempo y en el espacio; doble conclusión contraria a la verdad. Es por consiguiente cierto que esta reunión de elementos visibles e invisibles, estando por la voluntad de Dios,

en la naturaleza y la constitución íntima de la Iglesia, debe durar, necesariamente, tanto como la misma Iglesia dure.

No es otra la razón en que se funda San Juan Crisóstomo, cuando nos dice: «No te separes de la Iglesia. Nada es más fuerte que la Iglesia. Tu esperanza es la Iglesia; tu salud es la Iglesia; tu refugio es la Iglesia. Es más alta que el cielo y más ancha que la tierra. No envejece jamás, su vigor es eterno. Por eso la escritura para demostrarnos su solidez inquebrantable, le da el nombre de montaña» (1). San Agustín añade: «Los infieles creen que la Religión cristiana debe durar cierto tiempo en el mundo para luego desaparecer. Durará tanto como el sol; y mientras el sol siga saliendo y poniéndose, es decir, mientras dure el curso de los tiempos, la Iglesia de Dios, esto es, el cuerpo de Cristo, no desaparecerá del mundo» (2). Y el mismo Padre dice en otro lugar: «La Iglesia vacilará si su fundamento vacila; ¿pero cómo podrá vacilar el Cristo? Mientras Cristo no vacile, la Iglesia no fluqueará jamás hasta el fin de los tiempos. ¿Dónde están los que dicen: «La Iglesia ha desaparecido del mundo», cuando ni siquiera puede fluquear?» (3).

Estos son los fundamentos sobre que debe apoyarse quien busca la verdad. La Iglesia ha sido fundada y constituida por Jesucristo Nuestro Señor; por lo tanto, cuando inquirimos la naturaleza de la Iglesia, lo esencial es saber lo que Jesucristo ha querido hacer y lo que ha hecho en realidad. Hay que seguir esta regla cuando se preciso tratar, sobre todo de la unidad de la Iglesia, asunto del que Nos ha parecido bien, en interés de todo el mundo, hablar algo en las presentes Letras.

Si, ciertamente la verdadera Iglesia de Jesucristo es una; los testimonios evidentes y multiplicados de las Sagradas Letras han fijado tan bien este punto que ningún cristiano puede llevar su osadía a contradecirlo. Pero cuando se tra-

(1) Ab Ecclesia no Abstinens, nihil enim fortius Ecclesia. Spes tua Ecclesia, salus tua Ecclesia, refugium tuum Ecclesia. Caelo exsuperat et terra latior est illa. Nunquam enervabitur; hoc semper videt. Quamobrem, quibus spernitatem stabilitatemque demonstrans. Scriptura montem illum vocat. (Hom. De capite Petri, n. 6).
 (2) Putant religionem nominalis christianis ad certum tempus in hoc saeculo victuram, et postea non futuram. Permittit ergo enim sole, quamvis sol oritur et occidit, hoc est quamvis tempora sua volvantur, non desit Ecclesia. De ipso Christus scriptum in terra. (In Poenit. LXXI, n. 9). — (3) Stabit Ecclesia, si staverit fundamentum eius unde stabit Christus. — Non tantum Christus non inclinabitur in saeculum saeculi. Tibi sciat qui dicuntur perire de unum Ecclesiam, quanto acc inclinari potest? (Encrat. in Pa. CIII serm. II, n. 5).

ta de determinar y establecer la naturaleza de esta unidad muchos se dejan extraviar por varios errores. No solamente el origen de la Iglesia, sino todos los caracteres de su constitución pertenecen al orden de las cosas que proceden de una voluntad libre; toda la cuestión consiste, pues, en saber lo que en realidad ha sucedido, y por eso es preciso averiguar no de qué modo la Iglesia podría ser una, sino qué unidad ha querido darle su Fundador.

Si examinamos los hechos, comprobaremos que Jesucristo no concibió ni instituyó una Iglesia formada de muchas comunidades que se asemejan, por ciertos caracteres generales, pero distintas unas de otras y no unidas entre sí por aquellos vínculos que únicamente pueden dar á la Iglesia la individualidad y la unidad de que hacemos profesión en el símbolo de la fe: «Creo en la Iglesia una...»

«La Iglesia está constituida en la unidad por su misma naturaleza», es una, aunque las herejías tratan de desgarrarla en muchas sectas. Decimos, pues, que la antigua y católica Iglesia es una, porque tiene la unidad: de la naturaleza, de sentimiento, de principio, de excelencia... Además, la cima de perfección de la Iglesia, como el fundamento de su construcción, consistió en la unidad; por eso sobrepuja á todo en el mundo, pues nada hay igual ni semejante á ella. (1). Por eso, cuando Jesucristo habla de este edificio misterioso, no menciona más que una Iglesia, que llama suya: «Yo edificaré mi Iglesia». Cualquiera otra que se quiera imaginar fuera de ella, no puede ser la verdadera Iglesia de Jesucristo.

Esto resulta más evidente aún, si se considera el designio del Divino autor de la Iglesia. ¿Qué ha buscado, qué ha querido Jesucristo Nuestro Señor en el establecimiento y conservación de la Iglesia? Una sola cosa: transmitir á la Iglesia la continuación de la misma misión del mismo mandado que El recibió de su Padre.

Esto es lo que había decretado hacer, y esto es lo que realmente hizo: «Como mi Padre me envió, os envío á voso-

(1) In unius naturam sortem coequetur Ecclesia quia est una, quam conuenit inuicem in multis dissimulare. Nec enim ita ergo et obliqua et pectus et exere hntia aliam esse dicitur ac antiquam et catholice Ecclesiam. Ceterum societas quaeque unitatis, sicuti principum constructionis, ut ex uoluntate unitatis superans, et nihil habens sibi simile uel aequale. (Clemente Alexandre no, *Stromateis*, lib. VII, cap. XVIII.)

tros» (1). Como tú me enviaste al mundo, los he enviado también al mundo» (2). En la misión de Cristo entraba rescatar de la muerte y salvar lo que había perecido; esto es, no solamente á algunas naciones ó algunas ciudades, sino la universalidad del género humano, sin ninguna excepción en el espacio ni en el tiempo. «El Hijo del Hombre ha venido... para que el mundo sea salvado por El» (3). «Pues ningún otro nombre ha sido dado á los hombres por el que podamos ser salvados» (4). La misión, pues, de la Iglesia es repartir entre los hombres y extender á todas las edades la salvación operada por Jesucristo y todos los beneficios que de ella se siguen. Por esto según la voluntad de su Fundador, es necesario que sea única en toda la extensión del mundo y en toda la duración de los tiempos. Para que pudiera existir una unidad más grande, sería preciso salir de los límites de la tierra é imaginar un género humano nuevo y desconocido.

Esta Iglesia única, que debía abrazar á todos los hombres, en todos los tiempos y en todos los lugares, Isaías, la vislumbró y señaló por anticipado, cuando, penetrando con su mirada en lo porvenir, tuvo la visión de una montaña cuya cima, elevada sobre todas las demás, era visible á todos los ojos y que representaba la Casa de Dios, es decir, la Iglesia: «En los últimos tiempos la montaña, que es la Casa del Señor, estará preparada en la cima de las montañas» (5).

Pero esta montaña colocada sobre la cima de las montañas es única; única es esta Casa del Señor. hacia la cual todas las naciones deben acudir un día en conjunto para hallar en ella la regla de su vida. «Y todas las naciones acudirán hacia ella y dirán: Venid, ascendamos á la montaña del Señor, vamos á la Casa del Dios de Jacob y nos enseñará sus caminos y marcharemos por sus senderos» (6). Optato Milevo dice á propósito de este pasaje: «Está escrito en la profecía de Isaías: La ley saldrá de Sión y la palabra de Dios de Jerusalén.»

(1) Sicut tu me misisti in mundum, et ego mitto uos. (Joán. XX, 21) — (2) Sicut tu me misisti in mundum, et ego mitto uos in mundum. (Joán. XX, 21) — (3) Filium hominis ut rediret mortuis et saluaret quae perierant. (Luc. IX, 60) — (4) Non enim dedit aliud nomen sub caelo dictum hominibus in quo oportet nos saluati fieri. (Act. IV, 12) — (5) Et erit in ultimis diebus praeparata mons domus Domini in vertice montium, (Isaías, II, 2) — (6) Et fuerit in eam omnes gentes, et ibunt: Venite et ascendamus ad montem Domini, et ad domum Dei Jacobi, et docebitur uos uias, et ambulabimus in semitis ejus. (Is. 66, 2)

No es, pues, en la montaña de Sión donde Isaías vé el valle, sino en la montaña santa, que es la Iglesia, y que llenando todo el mundo romano eleva su cima hasta el cielo... La verdadera Sión espiritual es, pues, la Iglesia, en la cual Jesucristo ha sido constituido Rey por Dios Padre, y que está en todo el mundo, lo cual es exclusivo de la Iglesia católica (1). Y he aquí lo que dice San Agustín: «¿Qué hay más visible que una montaña? Y sin embargo, hay montañas desconocidas que están situadas en un rincón apartado del globo... Pero no sucede así con esa montaña, pues que ella llena toda la superficie de la tierra y está escrita de ella que está establecida sobre las cimas de las montañas» (2).

Es preciso añadir que el Hijo de Dios decretó que la Iglesia fuese su propio cuerpo místico al que se uniría para ser su cabeza, del mismo modo que en el cuerpo humano que tomó por la Encarnación la cabeza, mantiene a los miembros en una necesaria y natural unión. Y así como tomó un cuerpo mortal único que entregó a los tormentos y a la muerte para pagar el rescate de los hombres, así también tiene un cuerpo místico único en el que, y por medio del cual hizo participar a los hombres de la santidad y de la salvación eterna. «Dios le hizo (á Cristo) jefe de toda la Iglesia que es su cuerpo» (3).

Los miembros separados y dispersos no pueden unirse á una sola y misma cabeza para formar un solo cuerpo. Pues San Pablo dice: «Todos los miembros del cuerpo, aunque numerosos, no son sino un solo cuerpo: así es Cristo» (4). Y es por esto por lo que nos dice también que este cuerpo está unido y ligado. «Cristo es el jefe, en virtud del que todo el cuerpo unido y ligado por todas sus coyunturas que se prestan mutua auxilio por medio de operaciones proporcionadas á cada miembro, recibe su acrecentamiento para ser edifi-

(1) Scriptum est in Ieremia prophetia, ex Sion prodierit Rex, et verbum Domini de Hierusalem. Non erit in illo homo Sion habitans, quia non habitabit in monte sancto, qui est Hierusalem, qui per omnem orbem romanum expulsi sunt, tunc tunc. Est ergo spiritualis Sion Hierusalem, in qua a Deo Patre rex constitutus est Christus, quae est in toto orbe terrarum, in quo est una Ecclesia catholica. De Solima. Daniel, lib. III, n. 2.—(2) Quod tam manifestum quam montes Sed sunt et montes ignoti, qui in una parte terrarum possunt nasci. Ille autem mons non sic, qui implevit universam faciem terrae; et de illo dicitur peractis in eorumque montium (In Epist. Iacobi tract. I, n. 10).—(3) Ipsam Christum dedit (Deus) caput supra omnem Ecclesiam, quae est corpus ipsius. (Ephes. I, 22-23).—(4) Omnia autem membra corporis, cum sint multa, unum tamen corpus sunt: ita et Christus. (I Cor., XII, 19).

cado en la caridad (1). Así, pues, si algunos miembros están separados y alejados de los otros miembros, no podrán pertenecer á la misma cabeza como el resto del cuerpo. «Hay —dice San Cipriano— un solo Dios, un solo Cristo, una sola Iglesia de Cristo, una sola fe, un solo pueblo que, por el vínculo de la concordia, está fundado en la unidad sólida de un mismo cuerpo. La unidad no puede ser amputada; un cuerpo, para permanecer único, no puede dividirse por el fraccionamiento de su organismo» (2). Para mejor declarar la unidad de su Iglesia, Dios nos la presentó bajo la imagen de un cuerpo animado, cuyos miembros no pueden vivir sino á condición de estar unidos con la cabeza y de tomar sin cesar de ésta su fuerza vital; separados han de morir necesariamente. «No puede (la Iglesia) ser dividida en pedazos por el desgarramiento de sus miembros y de sus entrañas. Todo lo que se separe del centro de la vida no podrá vivir por sí solo ni respirar» (3). Ahora bien; ¿en qué se parece un cadáver á un ser vivo? Nadie jamás ha odiado á su carne, sino que la alimenta y la cuida como Cristo á la Iglesia, porque somos los miembros de su cuerpo formados de su carne y de sus huesos» (4).

Que se busque, pues, otra cabeza parecida á Cristo, que se busque otro Cristo si se quiere imaginar otra Iglesia fuera de la que es su cuerpo. «Mirad de lo que debéis guardaros, ved por lo que debéis velar, ved lo que debéis tener. A veces se corta un miembro en el cuerpo humano, ó más bien, se le separa del cuerpo una mano, un dedo, un pie. ¿Sigue el alma al miembro cortado? Cuando el miembro está en el cuerpo, vive; cuando se le corta, pierde la vida. Así el hombre en tanto que vive en el cuerpo de la Iglesia es cristiano católico; separado se hará herético. El alma no sigue al miembro amputado» (5).

(1) Spiritus Christi est qui totum corpus compactum et connexam per unam iuncturam subministrat, secundum operationem in membris uniuscuiusque membris. (Ephes., IV, 13-16).—(2) Unus deus est, et Christus unus et una Ecclesia una et una fides una, et populus unus in solidam unitatem concordiae gloriose copulatus. Scitasti hactenus potest, nec corpus unum dissidio compariatis separari (S. Cipriano. De cald., Epist. Galat., n. 2).—(3) Non potest (Ecclesia), divisa laceratione visceribus in fracta discorsis. Quasiquid a membris dissociaretur, necesse sit vivere et splere bene possit. (In Act. III, 40).—(4) Nemo enim unquam carum suum esse habuit, sed unum et, fovei eam, sicut et Christus Ecclesiam, quia membra unius corporis eius de carne eius et ossibus, eius. (Ephes., V, 29-30).—(5) Videte quid carnis, videte quid ossibus, videtis quid unum sit. Contigit, ut in corpore humano, uno de corpore aliqui praeceidit membrum, manus, digitus, nec unquam praeceidit sequitur anima? Cum la corpore esset, vivebat; praeceidit amittit vitam.

La Iglesia de Cristo es, pues, única y, además, perpetua: quien se separa de ella, se aparta de la voluntad y de la orden de Jesucristo. Nuestro Señor, deja el camino de salvación y corre a su pérdida. «Quien se separa de la Iglesia para unirse a una esposa adúltera, renuncia a las promesas hechas a la Iglesia. Quien abandona a la Iglesia de Cristo no guardará las recompensas de Cristo... Quien no guarda esta unidad, no guarda la ley de Dios, ni guarda la fe del Padre y del Hijo, ni guarda la vida ni la salud» (1).

Pero Aquel que ha instituido la Iglesia única, la ha instituido una; es decir, de tal naturaleza, que todos los que debían ser sus miembros habían de estar unidos por los vínculos de una sociedad estrechísima, hasta el punto de formar un solo pueblo, un solo reino, un solo cuerpo. «Sed un solo cuerpo y un solo espíritu, como habeis sido llamados a una sola esperanza en vuestra vocación» (2).

En vísperas de su muerte, Jesucristo sancionó y consagró del modo más augusto su voluntad acerca de este punto en la oración que dirigió a su Padre. «No ruego por ellos solamente, sino por aquellos que por su palabra crearán en mí... a fin de que ellos también sean una sola cosa en nosotros... a fin de que sean consumados en la unidad» (3). Y quiso también que el vínculo de la unidad entre sus discípulos fuese tan íntimo y tan perfecto que imitase en algún modo a su propia unión con su Padre: «os pido... que sean todos una misma cosa, como vos mi Padre estais en mí y yo en vos» (4).

Una tan grande y absoluta concordia entre los hombres debe tener por fundamento necesario la armonía y la unión de las inteligencias, de la que se seguirá naturalmente la armonía de las voluntades y el concierto en las acciones. Por esto, según su plan divino, Jesús quiso que la unidad de la fe existiese en su Iglesia; pues la fe es el primer de todas

Sic et homo christifians capillum est; dum in corpore vult; proinde haereticus factus est; membrum amputatum non sequitur spiritum. (S. Anthonius, serm. CCLXXV, n. 4.) Quisquis a Rebus sacrosanctis hinc inde tangit; a provincia Ecclesiae separatur, nec pertinet ad Christum; omnia qui reliquit Ecclesiam Christum. Hanc militiam qui non tenet, non tenet Dei legem, non tenet Patria et Filii fidem, vitam non tenet et salutem. (S. Cyrillus, De christ. Eccl. Unitate, n. 3.) Unum corpus, et unus spiritus, sicut vocati estis in una spe; vocati estis vestrae. (Ephes. IV, 4.) Non propter ego tantum, sed et pro eis, qui credituri sunt per vos hominem eorum. Et ut etiam in vobis unum sint, ut vici consumantur in unum. (Joan., XVII, 20-21-22.) Rogo, ut omnes unum sint, sicut tu, Pater, in me, et ego in te. (Ib., 21.)

los vínculos que unen al hombre con Dios, y a ella es a la que debemos el nombre de *fieles*.

«Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo» (1), es decir, del mismo modo que no tienen más que un solo Señor y un solo bautismo, así todos los cristianos del mundo no deben tener sino una sola fe. Por esto el Apóstol San Pablo no pide solamente a los cristianos que tengan los mismos sentimientos y huyan de las diferencias de opinión, sino les conjura a ello por los motivos más sagrados: «Os conjuro, hermanos míos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que no tengáis más que unánimo lenguaje, ni sufrais cisma entre vosotros; sino que estéis todos perfectamente unidos en el mismo espíritu y en los mismos sentimientos» (2). Estas palabras no necesitan explicación, son por sí mismas bastante elocuentes.

Además, aquellos que hacen profesión de cristianismo reconocen de ordinario que la fe debe ser una. El punto más importante y absolutamente indispensable, aquel en que yerran muchos, consiste en discernir de qué es naturaleza, de qué especies es esta unidad. Pues aquí, como Nos lo hemos dicho más arriba, en semejante asunto no hay que juzgar por opinión ó conjetura, sino según la ciencia de los hechos hay que buscar y comprobar cuál es la unidad de la fe que Jesucristo ha impuesto a su Iglesia.

La doctrina celestial de Jesucristo, aunque en gran parte esté consignada en libros inspirados por Dios, si hubiese sido entregada a los pensamientos de los hombres no podría por sí misma unir los espíritus. Con la mayor facilidad llegaría a ser objeto de interpretaciones diversas, y esto no sólo a causa de la profundidad y de los misterios de esta doctrina, sino por la diversidad de los entendimientos de los hombres y de la turbación que nacería del choque y de la lucha de contrarias pasiones. De las diferencias de interpretación nacería necesariamente la diversidad de los sentimientos, y de ahí las controversias, disensiones y querrelas como las que se estallaron en la Iglesia en la época más próxima a su origen: He aquí por qué escribía San Ireneo hablando de los herejes: «Confiesan las Escrituras, pero

(1) Unus Dominus, una fides, unum baptisma. (Ephes. IV, 5.) (2) Observo autem vos, fratres, per nomen Domini nostri Jesu Christi ut sitis omnes unum, et non sint in vobis schismata, sedis autem perfecti in eodem sensu, et in eadem sententia. (I Corintha., I, 10.)

pervierten su interpretación» (1). Y San Agustín: «El origen de las herejías y de los dogmas perversos que tienden lazos á las almas y las precipitan en el abismo, está únicamente en que las Escrituras que son buenas se entienden de una manera que no es buena» (2).

Para unir los espíritus, para crear y conservar la concordia de los sentimientos, era necesario además de la existencia de las Sagradas Escrituras, otro principio. La sabiduría divina lo exige, pues Dios no ha podido querer la unidad de la fe sin proveer de un modo conveniente á la conservación de esta unidad, y las mismas Sagradas Escrituras indican claramente que lo ha hecho, como lo diremos más adelante. Ciertamente el poder infinito de Dios no está ligado ni constringido á ningún medio determinado, y toda criatura le obedece como un dócil instrumento. Es pues, preciso buscar, entre todos los medios de que disponia Jesucristo, cuál es principio de unidad en la fe que quiso establecer.

Para esto hay que remontarse con el pensamiento á los primeros orígenes del cristianismo. Los hechos que vamos á recordar están confirmados por las Sagradas Letras y son conocidos de todos.

Jesucristo prueba, por la virtud de sus milagros, su divinidad y su misión divina; habla al pueblo para instruirle en las cosas del cielo y exige absolutamente que se preste entera fe á sus enseñanzas; lo exige bajo la sanción de recompensas ó de penas eternas. «Si no hago las obras de mi Padre no me creáis» (3).

«Si no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho no habrían pecado» (4). «Pero si yo hago esas obras y no queréis creer en mí, creed en mis obras» (5). Todo lo que ordena, lo ordena con la misma autoridad; en el asentimiento de espíritu que exige, no excepta nada, nada distingue. Aquellos, pues, que escuchaban á Jesús, si querían salvarse tenían el deber, no solamente de aceptar en general toda su doctrina, sino de asentir plenamente á cada una de las cosas que enseñaba. Negarse á creer, á unqúe sólo fuera en un punto, á Dios cuando habla es contrario á la razón.

(1) Scripturas quidem suscipiuntur, interpretationis vero convertunt. (Lib. III, cap. XI), n. 12.—(2) Neque enim nate sunt hereses et quorundam dogmata perversitatis illaqueant animas et in profundum precipitantia, nisi dum scripturas hanc interpretantur non bene. *Enchiridion*, tract. XVII, cap. V, n. 1.—(3) Si non fecero opera Patris mei, nolite credere mihi. (Joan., X, 37).—(4) Si opera non fecissim talia, quae nemo alius fecit, peccatum non haberent. (Joan., XV, 24).—(5) Si autem facti opera, et si mihi non vultis credere, operibus credite. (Joan., X, 38).

Al punto de volverse al cielo, envía á sus Apóstoles revisitiéndolos del mismo poder con el que el Padre le enviara, les ordenó que esparcieran y sembraran por todo el mundo su doctrina. «Todo poder me ha sido dado en el cielo y sobre la tierra. Id y enseñad á todas las naciones... enseñadas á observar todo lo que os he mandado» (1). Todos los que obedezcan á los Apóstoles serán salvos, y los que no obedezcan perecerán.

«Quien crea y sea bautizado será salvo; quien no crea será condenado» (2). Y como conviene soberanamente á la Providencia divina no encargar á alguno de una misión, sobre todo, si es importante y de gran valor, sin darle al mismo tiempo los medios de cumplirla, Jesucristo promete enviar á sus discípulos el espíritu de verdad que permanecerá con ellos eternamente. «Si me voy os lo enviaré (al Paraelete)... y cuando este Espíritu de verdad venga sobre vosotros os enseñará toda la verdad» (3). «Y yo rogaré á mi Padre y Él os enviará otro Paraelete para que viva siempre con vosotros; este será el Espíritu de verdad» (4). «Él os dará testimonio de mí y vosotros también daréis testimonios» (5).

Además, ordenó aceptar religiosamente y observar santamente la doctrina de los Apóstoles como la suya propia. «Quien os escucha me escucha, y quien os desprecia me desprecia» (6).

Los Apóstoles, pues, fueron enviados por Jesucristo, de la misma manera que Él fué enviado por su Padre: «Como mi Padre me ha enviado, así os envío yo á vosotros» (7). Por consiguiente, así como los Apóstoles y los discípulos estaban obligados á someterse á la palabra de Cristo, la misma fe debía ser otorgada á la palabra de los Apóstoles por todos aquellos á quien instruan los Apóstoles en virtud del mandato divino. No era, pues, permitido repulir un solo precepto de la doctrina de los Apóstoles, sin rechazar en aquel punto la doctrina del mismo Jesucristo.

(1) Dicitur enim mihi omnis potestas in caelo et in terra. Rursum ergo dico et vos omnes gentes. Descendite eos et baptizate in nomine Patris et Filii et Spiritus sancti. Et docete eos in omni sermone. (Math., XXVIII, 18-20).—(2) Qui crediderit et baptizatus fuerit salvus erit: qui vero non crediderit, condemnabitur. (Mark., XVI, 16).—(3) Si autem dixerit, mittas eum (Paracletum) ad vos... Cum autem venerit ille Spiritus veritatis, doceat vos omnia veritatem. (Joan., XVI, 7-13).—(4) Et ego rogabo Patrem, et alium Paracletum dabo vobis, ut manserit vobiscum in aeternum, Spiritum veritatis... (Joan., XIV, 16-17).—(5) Ille testimonium perhibebit in me: et vos testimonium perhibebitis. (Joan., XV, 26-27).—(6) Quis vos audit, me audit: qui vos spernit, me spernit. (Luc., X, 16).—(7) Sicut misit me Pater et ego mitto vos. (Joan., XX, 21).

Seguramente la palabra de los Apóstoles después de haber descendido á ellos el Espíritu Santo, resonó hasta los lugares más apartados.

Donde ponían el pie se presentaban como los enviados de Jesús. «Es por El (Jesucristo) por quien hemos recibido la gracia y el apostolado para hacer que obedezcán á la fe todas las naciones de su nombre» (1). Y en todas partes Dios hacía resplandecer bajo sus pasos la divinidad de su misión por prodigios. «Y habiendo partido, predicaron por todas partes y el Señor cooperaba con ellos y confirmaba su palabra por los milagros que la acompañaban» (2).

De qué palabra se trata? De aquella evidentemente que abraza todo lo que habían aprendido de su Maestro, pues ellos daban testimonio públicamente y á la luz del sol de que les era imposible callar nada de lo que habían visto y oído.

Pero, ya lo hemos dicho, la misión de los Apóstoles no era de tal naturaleza que pudiese perecer con las personas de los Apóstoles ó para desaparecer con el tiempo, pues era una misión pública é instituida para la salvación del género humano, Jesucristo, en efecto, ordenó á los Apóstoles que predicasen «el Evangelio á todas las gentes», y que «llevasen su nombre delante de los pueblos y de los reyes», y que le sirviesen de testigos hasta en las extremidades de la tierra.

Y en el cumplimiento de esta gran misión les prometió estar con ellos, y esto no por algunos años, ó algunos períodos de años, sino por todos los tiempos, «hasta la consumación de los siglos». Acerca de esto escribe San Jerónimo: «Quien promete estar con sus discípulos hasta la consumación de los siglos, muestra con esto que sus discípulos vivirán siempre, y que El mismo no cesará de estar con los creyentes» (3).

¿Y cómo había de suceder esto únicamente con los Apóstoles, cuya condición de hombres les sujetaba á la ley suprema de la muerte? La Providencia divina había, pues, determinado que el magisterio instituido por Jesucristo no quedaria restringido á los límites de la vida de los Apóstoles sino que duraria siempre. Y, en realidad, vemos que se ha

(1) Per quem (Jesum Christum) accepimus gratiam, et apostolatum ad obediendum fidei in omnibus gentibus per nomen ejus. (Rom., 16).—(2) Illi autem profecti presidebant ubique. Domino cooperante, et sermone confirmante, sequentibus agris. (M. c., XVI, 2).—(3) Qui seque ad consummatum usque saeculum cum discipulis se futurum esse protulit, et illos eorumque semper esse victuros, et se nunquam a creditis recessurum. (In Matt., lib. IV, cap. XXVIII, v. 20).

transmitido y ha pasado como de mano en mano en la sucesión de los tiempos.

Los Apóstoles, en efecto, consagraron á los Obispos y designaron nominalmente á los que debían ser sus sucesores inmediatos en «ministerio de la palabra». Pero no fué esto solo: ordenaron á sus sucesores que escogieran hombres propios para esta función y que les revistieran de la misma autoridad y les confiaran á su vez el cargo de enseñar.

«Tú, pues, hijo mío, fortifícate en la gracia que está en Jesucristo, y lo que has escuchado de mí delante de gran número de testigos, confíalo á los hombres fieles que sean capaces de instruir en ello á los otros» (1). Es, pues, verdad que, así como Jesucristo fué enviado por Dios y los Apóstoles por Jesucristo del mismo modo los Obispos y todos los que sucedieron á los Apóstoles fueron enviados por los Apóstoles.

«Los Apóstoles nos han predicado el Evangelio enviados por Nuestro Señor Jesucristo, y Jesucristo fué enviado por Dios. La misión de Cristo es la de Dios, la de los Apóstoles es la de Cristo, y ambas han sido instituidas según el orden y por la voluntad de Dios... Los Apóstoles predicaban el Evangelio por naciones y ciudades; y después de haber examinado, según el espíritu de Dios, á los que eran las primicias de aquellas cristiandades, establecieron los Obispos y los Diáconos para gobernar á los que habían de creer en lo sucesivo... Instituyeron á los que acabamos de citar y más tarde tomaron sus disposiciones para que cuando aquellos murieran, otros hombres probados les sucedieran en su ministerio» (2).

Es, pues, necesario que de una manera permanente subsista, de una parte, la misión constante é inmutable de enseñar todo lo que Jesucristo ha enseñado, y de otra, la obligación constante é inmutable de aceptar y de profesar toda la doctrina así enseñada. San Cipriano lo expresa de un modo excelente en estos términos:

(1) Tu ergo, fili mi, confirma te in gratia, quae est in Christo Jesu et quae audisti a me per multos testes, hanc commenda fidelibus tradidisti, qui docent, erant et tunc. (M. c., lib. II, c. 13).—(2) Apóstoli etiam Franciscus et alii fratres noscunt et dicunt Jesu Christo Jesum Christum missos esse a Deo. Christum igitur a Deo et Apóstoli a Christo, et actum est utrumque ordinatum ex voluntate Dei... Per regentes igitur et alios verba procedentes, primitias eorum spiritu cum probant, constituant eos episcopos et diaconos eorum qui credituri erant... Constituantur praedicti, et tenentur ordinatos defendere, ut cum illi decesserint, ministeriorum eorum alii vici probati existerent. (Clementis Romae Epistolae ad Corinthios, capp. XLII, XLIV).

«Cuando nuestro Señor Jesucristo, en el Evangelio, declara que aquéllos que no están con Él son sus enemigos, no designa una herejía en particular, sino denuncia como á sus adversarios á todos aquéllos que no están enteramente con Él, y que no recogiendo con Él ponen en dispersión su rebaño: El que no está conmigo—dijo—está contra mí, y el que no recoje conmigo espárase» (1).

Penetrada piamente de estos principios, y cuidadosa de su deber, la Iglesia nada ha deseado con tanto ardor ni procurado con tanto esfuerzo, como conservar del modo más perfecto la integridad de la fe. Por esto ha mirado como á robades declarados, y ha lanzado de su seno á todos los que no piensan como ella sobre cualquier punto de su doctrina.

Los arrianos, los montanistas, los novacianos, los cuarto-decimanos, los eutiquianos no abandonaron, seguramente, toda la doctrina católica, sino solamente tal ó cual parte, y, sin embargo, ¿quién ignora que fueron declarados herejes y arrojados del seno de la Iglesia? Un juicio semejante ha condenado á todos los autores de doctrinas erróneas que fueron apareciendo en las diferentes épocas de la historia. «Nada es más peligroso que esos heterodoxos que, conservando en lo demás la integridad de la doctrina, con una sola palabra, como gota de veneno, corrompen la pureza y sencillez de la fe que hemos recibido de la tradición dominical, después apostólica» (2).

Tal ha sido constantemente la costumbre de la Iglesia, apoyada por el juicio unánime de los santos Padres, que siempre han mirado como excluido de la comunión católica y fuera de la Iglesia á cualquiera que se separe en lo más mínimo de la doctrina enseñada por el magisterio auténtico. S. Epifanio, S. Agustín, Teodoro, han mencionado un gran número de herejías de su tiempo. S. Agustín hace notar que otras clases de herejías pueden desarrollarse, y que, si

(1) *Neque enim Dominus creavit Jesus Christus, cum in Evangelio suo testatur in infidos istos esse eos, qui secum non essent, aliquam specie hæreses deservire; sed omnes eos qui secum non essent et secum non colligentes gregem suum spargunt, adversarios esse ostendit, licet: Qui non est mecum adversus me est et qui non mecum colligit spargit. (Epist. LXX ad Magnas, n. 1).—(2) Nihil periculosius his hæresibus esse potest, qui cum in parte per similes decurrant, uno tamen verbo, ac si venale gutta, miram illam ac simplicem fidem Dominicæ et extitit apostolicæ traditionis inflectant. (Auctor Tractatus de Fide orthodoxa contra Arianos).*

alguno se adhiere á una sola de ellas, por ese mismo hecho se separa de la unidad católica.

«De que alguno diga que no cree en esos errores (esto es, las herejías que acaba de enumerar), no se sigue que deba creerse y decirse cristiano católico. Pues puede haber y pueden surgir otras herejías que no están mencionadas en esta obra y cualquiera que abrazase una sola de ellas cesaría de ser cristiano católico» (1).

Este medio, instituido por Dios para conservar la unidad de la fe, de que Nos hablamos, está expuesto con insistencia por San Pablo en su epístola á los de Efeso, al exhortarles en primer término, á conservar la armonía de los corazones, «Aplicáos á conservar la unidad del espíritu por el vínculo de la paz» (2); y como los corazones no pueden estar plenamente unidos por la caridad, si los espíritus no están conformes en la fe, quiere que no haya entre todos ellos más que una misma fe. «Un solo Señor y una sola fe».

Y quiere una unidad tan perfecta, que excluya todo peligro de error «Á fin de que no seamos como niños vacilantes llevados de un lado á otro á todo viento de doctrina por la malignidad de los hombres, por la astucia que arrastra á los lazos del error». Y enseña que esta regla debe ser observada, no durante un periodo de tiempo determinado, sino «hasta que lleguemos todos á la unidad de la fe, en la medida de los tiempos de la plenitud de Cristo». Pero ¿dónde ha puesto Jesucristo el principio que debe establecer esta unidad y el auxilio que debe conservar? He lo aquí: «Ha hecho á unos Apóstoles, á otros pastores y doctores para la perfección de los Santos, para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo».

Esta es también la regla que desde la antigüedad más remota han seguido siempre y unánimemente han defendido los Padres y los doctores. Escuchad á Orígenes: «Cuantas veces nos muestran los herejes las Escrituras canónicas, á las que todo cristiano da su asentimiento y su fe, parecen decir: En nosotros está la palabra de la verdad. Pero no debemos creerlos ni apartarnos de la primitiva tradición

(1) Non omnia, qui ista, numeratas videlicet hæreses non credit, consequenter debet se christianum catholicum jam potare vel dicere. Potuit tamen hæresis arise, quæ in hoc opere nostro commemoratur non aruit, vel esse vel fieri, quænam atque quæque tenuit, christianus catholicus non vit. (De Hæresibus, n. 28).—(2) colligit servare unitatem spiritus in vinculo pacis. (IV, 3 et seq.).

eclesiástica, ni creer otra cosa que lo que las Iglesias de Dios nos han enseñado por la tradición sucesiva» (1).

Escuchad á San Ireneo: «La verdadera sabiduría es la doctrina de los Apóstoles... que ha llegado hasta nosotros por la sucesión de los Obispos... al transmitirnos el conocimiento muy completo de las Escrituras, conservando sin alteración» (2).

He aquí lo que dice Tertuliano: «Es evidente que toda doctrina, conforme con las de las Iglesias apostólicas, madres y fuentes primitivas de la fe, debe ser declarada verdadera; pues que ella guarda sin duda lo que las Iglesias han recibido de los Apóstoles, los Apóstoles de Cristo, Cristo de Dios... Nosotros estamos siempre en comunión con las Iglesias apostólicas; ninguna tiene diferente doctrina; este es el mayor testimonio de la verdad» (3).

Y San Hilario: «Cristo, sentado en la barca para enseñar nos hace entender que los que están fuera de la Iglesia no pueden tener ninguna inteligencia con la palabra divina. Pues la barca representa á la Iglesia, en la que solo el Verbo de verdad reside y se hace escuchar, y los que están fuera de ella y fuera permanecen estériles é inútiles como la arena de la ribera, no pueden comprenderle» (4).

Rullo alaba á San Gregorio Nacianceno y á San Basilio porque se entregaban únicamente al estudio de los libros de la Escritura Santa, sin tener la presunción de pedir su interpretación á sus propios pensamientos, sino que la buscaban en los escritos y en la autoridad de los antiguos, que

(1) Quoties autem (sacerdoti) canonice profertur Scripturas, in quibus verba christianis committit, ore et cunctatur dicens: Hec sunt verba, est certitudo. Sed nos illa credere non debemus, nec exire á prima et apostolica traditione, nec aliter credere, nisi quomodo modum per successionem Bedasius Dei tradidit nobis. (Fides in scripturis communitur in Math., n. 43.—2) Agniti vera est Apostolorum doctrina... non enim successorum episcoporum... que perenni usque ad nos custodit sine detrimento. Secus parum presbiteri (Cicero II oratio, lib. IV, p. 84, n. 3).—3) Constante pando, loquuntur Doctores, que cum illis Ecclesiis apostolicis matribus et ore nobis nec commiser, veritas depositum sine dubio tenemus que Ecclesie ab Apostolis, Apostoli á Christo, Christus á Deo accepit... Communis est ecclesie possessio, quod nulli doctrina, dicitur hoc est testimonium veritatis. (De Prescript., cap. XXI).—4) Significat, Christus et navi docentur eos, qui extra Ecclesiam possident, nullum divini sermonis expressum intelligunt. Nava enim Ecclesie typus profertur, intra quam verbum vitas positum et presertim et qui extra sunt in aream modo steriles sique inutilis ad prece, intelligere non possunt. (Cassian., in Math., XXII, n. 1).

á su vez, según era evidente, recibieron de la sucesión apostólica la regla de su interpretación» (1).

Es, pues, incontestable, después de lo que acabamos de decir, que Jesucristo instituyó en la Iglesia un magisterio vivo, auténtico y además perpetuo, investido de su propia autoridad, revestido del espíritu de verdad, confirmado por milagros, y quiso, y muy severamente lo ordenó, que las enseñanzas doctrinales de ese magisterio fuesen recibidas como las suyas propias. Cuantas veces, por lo tanto, declaré la palabra de ese magisterio que tal ó cual verdad forma parte del conjunto de la doctrina divinamente revelada, cada cual debe creer con certidumbre que eso es verdad; pues si en cierto modo pudiera ser falso, se seguiría de ello, lo cual, es evidentemente absurdo, que Dios mismo sería el autor del error de los hombres. «Señor, si estamos en el error vos mismo nos habéis engañado» (2). Alejado, pues, todo motivo de duda puede ser permitido á nadie rechazar alguna de esas verdades, sin precipitarse abiertamente en la herejía, sin separarse de la Iglesia y sin repudiar en conjunto toda la doctrina cristiana?

Pues tal es la naturaleza de la fe, que nada es más imposible que creer esto y dejar de creer aquello. La Iglesia profesa efectivamente que la fe es «una virtud sobrenatural por la que, bajo la inspiración y con el auxilio de la gracia de Dios, creemos que lo que nos ha sido revelado por El es verdadero; y lo creemos, no á causa de la verdad intrínseca de las cosas, vista con la luz natural de nuestra razón, sino á causa de la autoridad de Dios mismo, que nos revela esas verdades, y que no puede engañarse ni engañarnos» (3).

«Si hay, pues, un punto que haya sido revelado evidentemente por Dios y nos negamos á creerlo, no creemos en nada de la fe divina». Pues el juicio que emite Santiago respecto de las faltas en el orden moral, hay que aplicarlo á los errores de entendimiento en el orden de la fe. «Quien se hace culpado en un solo punto se hace trasgresor de to-

(1) Solis divine scripture voluminibus operam dabat, earumque intelligentiam non ex propria presumptionem, sed ex majorum scriptis et auctoritate sequentibus, quos et ipsos ex apostolica successione intelligendi regulam suscipere constabat. (Hist. ecci. lib II, cap. IX).—(2) Dominus, si error est, a te decepti sumus (Richardus a. S. Victore De Trinit., lib. I, cap. II).—(3) Virtutem supernaturalem, que Dei a juvenis et aspirato gratis, ab eo revelata vera esse et credimus, non propter intrinsicam rerum veritatem naturali rationis lumine percipimus, sed propter auctoritatem ipsius Dei revelantis, qui nec falli nec fallere potest. (Conc. Vatic., sess. III, cap. III).

dos» (1). Esto es aun más verdadero en los errores del entendimiento. No es, en efecto, en el sentido más propio, como pueda llamarse trasgresor de toda la ley á quien haya cometido una sola falta moral, pues si puede aparecer despreciando á la majestad de Dios, autor de toda la ley, ese desprecio no aparece sino por una suerte de interpretación de la voluntad del pecador. Al contrario, quien en un solo punto rehusa su asentimiento á las verdades divinamente reveladas, realmente abdica de toda la fe, pues rehusa someterse á Dios en cuanto á que es la soberana verdad y el motivo propio de la fe. «En muchos puntos están conmigo, en otros solamente no están conmigo; pero á causa de esos puntos en los que no están conmigo, de nada les sirve estar conmigo en todo lo demás» (2).

Nada es más justo; porque aquellos que no toman de la doctrina cristiana sino lo que quieren, se apoyan en su propio juicio y no en la fe, y al rehusar «reducir á servidumbre toda inteligencia bajo la obediencia de Cristo (3) obedecen en realidad á sí mismos antes que á Dios. «Vosotros que en el Evangelio creéis lo que os agrada y os negáis á creer lo que os desagrada, creéis en vosotros mismos mucho más que en el Evangelio» (4).

Los Padres del Concilio Vaticano nada dictaron de nuevo, pues solo se conformaron con la institución divina y con la antigua y constante doctrina de la Iglesia y con la naturaleza misma de la fe, cuando formularon este decreto; «Se deben creer como de fe divina y católica todas las verdades que están contenidas en la palabra de Dios escrita ó transmitida por la tradición, y que la Iglesia, bien por un juicio solemne ó por su magisterio ordinario y universal propone como divinamente reveladas» (5).

Siendo evidente que Dios quiere de una manera absoluta en su Iglesia la unidad de la fe, y estando demostrado de que naturaleza ha querido que fuese esa unidad, y por qué prin-

(1) Quotcumque offendit, in uno fictus est omnium reus. (Ibid., II, 104.)
 (2) In multis haec, in paucis nos habemus; sed in his paucis lo quibus non metum, non est proventus multa, in vobis metum. (S. Augustinus, in Paul. LIT, n. 107.)
 (3) In capacitate resisterent omnem intellectum in obsequium Christi. (II, Corint., X, 6.)
 (4) Qui Evangelio quod vultis, creditis, quod vultis, non creditis vobis potius quam Evangelio creditis. (S. Augustus, lib. XXII contra Julianum Manichaeum, cap. 11.)
 (5) Fide divina et catholica ex omnia credenda sunt, quae in verbo Dei scripto vel tradito continentur, et ab Ecclesia aive solemni iudicio, aive ordinario et universal magisterio tanquam divinitus revelata proponuntur. (Sess. III, cap. 11).

cipio ha decretado asegurar su conservación, séanos permitido dirigirnos á todos aquellos que no han resuelto cerrar los oídos á la verdad y decirles con San Agustín: «Pues que vemos en ellos un gran socorro de Dios y tanto provecho y utilidad, ¿dudaremos en acogernos en el seno de esta Iglesia que, según la confesión del género humano tiene en la Sede Apostólica y ha guardado por la sucesión de sus Obispos la autoridad suprema, á despecho de los clamores de los herejes que la asedian y han sido condenados, ya por el juicio del pueblo, ya por las solemnes decisiones de los Concilios, ó por la majestad de los milagros?»

No querer darla el primer lugar es seguramente producto de una soberana impiedad ó de una arrogancia desespejada. Y si toda ciencia, aun la más humilde y fácil, exige, para ser adquirida, el auxilio de un doctor ó de un maestro (puede ser imaginar un orgullo más temerario, tratándose de libros de los divinos misterios, negarse á recibirlo de boca de sus intérpretes y sin conocerlos querer condenarlos.) (1).

Es, pues, sin duda deber de la Iglesia conservar y pagar la doctrina cristiana en toda su integridad y pureza. Pero su papel no se limita á eso, y el fin mismo para el que que la Iglesia fué instituida no se agotó con esta primera obligación. En efecto, por la salud del género humano se sacrificó Jesucristo, y á este fin refirió todas sus enseñanzas y todos sus preceptos, y lo que ordenó á la Iglesia que buscara en la verdad de la doctrina fué la santificación y la salvación de los hombres. Pero este designio tan grande y tan excelente, no puede realizarse por la fe sola; es preciso añadir á ella el culto dado á Dios en espíritu de justicia y de piedad, y que comprende, sobre todo, el sacrificio divino y la participación de los sacramentos y por añadidura la santidad de las leyes morales y de la disciplina.

Todo esto debe encontrarse en la Iglesia, pues está encargada de continuar hasta el fin de los siglos la funciones

(1) Cum igitur tantum auxilium Dei tantum profectum fructuosaque videamus, dubitabimus eos illis Ecclesiae concedere primis, quae usque ad confessionalium generis humani ab apostolica Sede per successores eius episcoporum, frustra haereticis circumlatriantibus et partim plebs infelix, partim Conciliorum gravitate, partim etiam miraculorum majestate damnata, omnium auctoritatis obtulit? Cui nolle primas dare, vel auctum ne factis impleratis, vel praecipitis arguatur. Et si anaquoque disciplina, quamquam vili et facile, ut percipi possit, doctorum aut magisterium requirit; qui temerarie superbiae plenas, quam divinarum sacramentorum libros et ab interpretibus suis abile cognoscere, et innotitas velle damnare? (De Utilitate credendi, cap. XVII, n. 33).

del Salvador; la religión que por la voluntad de Dios, en cierto modo *toma cuerpo* en ella es la Iglesia sola quien la ofrece en toda su plenitud y perfección; é igualmente todos los medios de salvación que, en el plan ordinario de la Providencia son necesarios á los hombres, solo ella es quien los procura.

Pero así como la doctrina celestial no ha estado nunca abandonada al capricho ó al juicio individual de los hombres, sino que ha sido primeramente enseñada por Jesús después confiada exclusivamente al magisterio de que hemos hablado, tampoco al primero que llega entre el pueblo cristiano, sino á ciertos hombres escogidos ha sido dada por Dios la facultad de cumplir y administrar los divinos misterios y el poder de mandar y de gobernar.

Sólo á los Apóstoles y á sus legítimos sucesores se refieren estas palabras de Jesucristo: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio... bautizad á los hombres... haced esto en memoria mía... A quien remitierais los pecados le serán remitidos». Del mismo modo, sólo á los Apóstoles y á sus legítimos sucesores se les ordenó apacentar el rebaño, esto es, gobernar con autoridad al pueblo cristiano, que por este mandato quedó obligado á prestarles obediencia y su misión. El conjunto de todas estas funciones del ministerio apostólico, está comprendido en estas palabras de San Pablo: «Que los hombres nos miren como á ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios» (1).

De este modo Jesucristo llamó á todos los hombres sin excepción, á los que existían en su tiempo y á los que debían de existir en adelante: para que le siguiesen como á Jefe y Salvador, y no, aislada é individualmente, sino todos en conjunto, unidos en una asociación de personas de corazonas, para que de esta multitud resultase un solo pueblo, legítimamente constituido en sociedad; un pueblo verdaderamente *uno* por la comunidad de fe, de fin y de medios apropiados á éste; un pueblo sometido á un solo y mismo poder.

De hecho, todos los principios naturales que entre los hombres crean espontáneamente la sociedad destinada á proporcionarles la perfección de que su naturaleza es capaz, fueron establecidos por Jesucristo en la Iglesia, de mo-

(1) Sic nos existimet homo ut ministros Christi, et dispensatores mysteriorum Dei. (I Coriath., IV, 1).

do que, en su seno todos los que quieran ser hijos adoptivos de Dios pueden llegar á la perfección conveniente á su dignidad, y conservarla y así lograr su salvación. La Iglesia, pues, como ya hemos indicado, debe servir á los hombres de guía en el camino del cielo, y Dios la ha dado la misión de juzgar y de decidir por sí misma, de todo lo que atañe á la religión, y de administrar, según su voluntad, libremente y sin cortapisas de ningún género, los intereses cristianos.

Es, por lo tanto no conocerla bien ó calumniarla injustamente el acusarla de querer invadir el dominio propio de la sociedad civil, ó de poner trabas á los derechos de los soberanos. Todo lo contrario; Dios ha hecho de la Iglesia la más excelente de todas las sociedades, pues el fin á que se dirige, sobrepaja en nobleza al fin de las demás sociedades, tanto como la gracia divina sobrepaja á la naturaleza y los bienes inmortales son superiores á las cosas perecederas.

Por su origen, es, pues, la Iglesia una sociedad *divina*; por su fin y por los medios inmediatos que la conducen es *sobrenatural*; por los miembros de que se compone, y que son hombres, es una sociedad *humana*. Por esto la vemos designada en las Sagradas Escrituras con los nombres que convienen á una sociedad perfecta. Llámase la, nosolamente *Casa de Dios, la Ciudad colocada sobre la montaña* y donde todas las naciones deben reunirse, sino también *Rebaño* que debe gobernar un sólo pastor, y en el que deben refugiarse todas las ovejas de Cristo; también es llamada *Reino suscitado por Dios* y que durará eternamente; en fin, *Cuerpo de Cristo* cuerpo místico, sin duda, pero vivo siempre, perfectamente formado y compuesto de gran número de miembros, cuya función es diferente, pero ligados entre sí y unidos bajo el imperio de la cabeza que todo lo dirige.

Y pues es imposible imaginar una sociedad humana verdadera y perfecta que no esté gobernada por un poder soberano cualquiera, Jesucristo debe haber puesto á la cabeza de la Iglesia un jefe supremo, á quien toda la multitud de los cristianos fuese sometida y obediente. Por esto también, del mismo modo que la Iglesia, para ser una en su calidad de *reunión de los fieles*, requiere necesariamente la unidad de la fe, también para ser una en cuanto á su condición de sociedad divinamente constituida, ha de tener de derecho divino *la unidad de gobierno*, que produce y comprende *la unidad de comunión*, «La unidad de la Iglesia

debe ser considerada bajo dos aspectos: primero, el de la conexión mutua de los miembros de la Iglesia ó la comunicación que entre ellos existe, y en segundo lugar, el del orden que liga á todos los miembros de la Iglesia á un sólo jefe (1).

Por aquí se puede comprender que los hombres no se separan menos de la unidad de la Iglesia por el *cisma* que por la herejía. Se señala como diferencia entre la herejía y el cisma que la herejía profesa un dogma corrompido y el cisma, consecuencia de una disensión entre el episcopado, se separa de la Iglesia (2).

Estas palabras concuerdan con las de San Juan Crisóstomo sobre el mismo asunto: «Digo y protesto que dividir á la Iglesia no es menor mal que caer en la herejía» (3). Por esto si ninguna herejía puede ser legítima, tampoco hay cisma que pueda mirarse como promovido por un buen derecho. «Nada es más grave que el sacrilegio del cisma; no hay necesidad legítima de romper la unidad» (4).

¿Y cuál es el poder soberano á que todos los cristianos deben obedecer y cuál es su naturaleza? Solo puede determinarse comprobando y conociendo bien la voluntad de Cristo acerca de este punto. Seguramente Cristo es el Rey eterno y eternamente, desde lo alto del cielo, continúa dirigiendo y protegiendo invisiblemente su reino; pero como ha querido que este reino fuera visible, ha debido designar á alguien que ocupe su lugar en la tierra después que él mismo subió á los cielos.

«Si alguno dice que el único jefe y el único pastor es Jesucristo, que es el único esposo de la Iglesia única, esta respuesta no es suficiente. Es cierto, en efecto, que el mismo Jesucristo obra los Sacramentos en la Iglesia. El es quien bautiza, quien remite los pecados; es el verdadero Sacerdote que se ofrece sobre el altar de la cruz y por su virtud se consagra todos los días su cuerpo sobre el altar,

(1) *Eccliesias autem unitas in duobus attenditur scilicet in conexione membrorum: Ecclesie ad invicem seu communicatione, et factum in ordine omnium membrorum Ecclesie ad unum caput.* (S. Thomas, 2^a 2^a, q. XXXIX, a. 1.)—2. *Inter haereticos et schismas hoc esse arbitrantur, quod haereticis perversionem formam habent, schismas propter episcopatum disensionem ab Ecclesia separantur.* (S. Hieronymus, *Commentar. in Epist. ad Titum*, cap. 11, v. 10-11).—3. *Dico et protesto, Ecclesiam scindere non minus esse malum, quam incidere in haereticos.* (Ibid. XI, in *Epist. ad Ephes.*, n. 3).—4. *Non est quicquam gravior sacrilegio schismatis... praecipuas unitatis nulla est justa necessitas.* (S. Agust., *contra Epist. Parmeniani*, lib. II, cap. XI, a. 25).

y, no obstante, como no debía permanecer con todos los fieles por su presencia corpórea, escogió ministros por cuyo medio pudiera dispensarse á los fieles los Sacramentos de que acabamos de hablar; como lo hemos dicho más arriba (cap. 74). Del mismo modo porque debía sustraer á la Iglesia su presencia corporal, fué preciso que designara á alguien para que en su lugar, cuidase de la Iglesia universal. Por eso dijo á Pedro antes de su ascensión: «Apacienta mis ovejas» (1).

Jesucristo, pues, dió á Pedro á la Iglesia por Jefe soberano, y estableció que este poder, instituido hasta el fin de los siglos para la salvación de todos, pasase por herencia á los sucesores de Pedro, en los que el mismo Pedro se sobreviviría perpetuamente por su autoridad. Seguramente al bienaventurado Pedro, y fuera de él á ningún otro se hizo esta insigne promesa: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (2). «Éa á Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (3). «Éa á Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (3).

«En efecto, sin ningún otro preámbulo, designa por su nombre al padre del Apóstol y al Apóstol mismo. Tú eres bienaventurado, Simón, hijo de Jonás, y no permitiendo ya que se le llame Simón, reivindicada para él en adelante como suyo en virtud de su poder, y quiere por una imagen muy apropiada que así se llame el nombre de Pedro, porque es la piedra sobre la que debía fundar su Iglesia» (4).

Según este oráculo, es evidente que por voluntad y orden de Dios, la Iglesia está establecida sobre el bienaventurado Pedro; como el edificio sobre los cimientos. Y pues

(1) *Si quis autem dicit quod unum caput et unus pastor est Christus, qui est unus unus Ecclesie sponsus, non suffragatur respectu. Nam sicut et unum quod ecclesiasticum sacramenta ipse Christus perdit, ipse enim est qui baptizat, ipse est qui peccata remittit, ipse est verus sacerdos, qui se obtulit in ara crucis, ut cujus virtute corpus ejus in altari quodlibet consecratur; et tamen quia corporaliter non cum omnibus fidelibus praesentialiter erat futurus, elegit ministros, per quos praedicta fidelibus dispensaret, ut supra resp. 74. dictum est. Eodem igitur ratione, quia praesentiam corporalem erat Ecclesie subtrahitur, oportuit ut alicui committeret quod loco sui universalis Ecclesie ceteros curam. Hinc est quod Petro dicitur hanc sacrosanctam. Pasce oves meas. (S. Thomas. *cont. Gest. l. IV, cap. LXXVI).*—2) *Tu es Petrus, et super istam petram aedificabo Ecclesiam meam.* (Matth. XVI, 18).—3) *Ad Petrum licentiam est Dominus. Ad unum, ipse est unitatem fundaret ex uno (Petrus) ad sempiternum ep. III, a. 11).*—4) *Nam si quidem oratione praesentiam tam patrem ejus quam istum nomine appellat (beatus es Simón Bar Jonath) et Simonem cum non jam vocari patitur cum ibi pro sua potestate jam tum ut unum videretur sed congrua similitudine iterum a petra vocari placuit, puta super quem fundaturus erat suam Ecclesiam.* (S. Cyril., *Alex. in Excep. Alex.*, lib. II, in cap. v. 42).*

la naturaleza y la virtud propia de los cimientos, es dar cohesión al edificio por la conexión íntima de sus diferentes partes y servir de vínculo necesario para la seguridad y solidez de toda la obra si el cimiento desaparece, todo el edificio se derrumba. El papel de Pedro es, pues el de soportar á la Iglesia y mantener en ella la conexión y la solidez de una cohesión indisoluble. Pero ¿cómo podría desempeñar ese papel si no tuviera el poder de mandar, defender y juzgar; en una palabra, un poder de jurisdicción propio y verdadero? Es evidente que los Estados y las sociedades no pueden subsistir sin un poder de jurisdicción. Una primacía de honor, ó el poder tan modesto de aconsejar y advertir que se llama poder de dirección, son incapaces de prestar á ninguna sociedad humana un elemento eficaz de unidad y de solidez.

Por el contrario; el verdadero poder de que hablamos está declarado y afirmado con estas palabras: «Y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella».

«¿Qué es decir contra ella? ¿Es contra la piedra sobre la que Jesucristo edificó su Iglesia? ¿Es contra la Iglesia? La frase resulta ambigua. ¿Será para significar que la piedra y la Iglesia no son sino una misma cosa? Si; eso es, á lo que creo la verdad; pues las puertas del infierno no prevalecerán, ni contra la piedra sobre la que Jesucristo fundó la Iglesia, ni contra la Iglesia misma» (1). He aquí el alcance de este divina palabra: La Iglesia apoyada en Pedro, cualquiera que sea la habilidad que desplieguen sus enemigos, no podrá sucumbir jamás ni desfallecer en lo más mínimo.

«Siendo la Iglesia el edificio de Cristo, quien sabiamente ha edificado su casa sobre piedra, no puede estar sometida á las puertas del infierno; éstas pueden prevalecer contra quien se encuentre fuera de la piedra fuera de la Iglesia, pero son impotentes contra ésta (2). Si Dios ha confiado su

(1) Et portas inferi non prevalebant adversus eam.—Quis autem est in eum petras supra quem Christus edificavit Ecclesiam? Ambigua quippe locutio est: an quasi unam eamdemque rem, petram et Ecclesiam? Hoc esse verum esse cristiano, nec enim adversus petram, super quam Christus Ecclesiam edificavit, nec adversus Ecclesiam portas inferi praevalerant. (Origenes, *Com. in Matth.*, tomo XII, n. 11).—(2) Ecclesia vero tanquam Christi aedificata, qui suppetor se invenit ed-mus suam supra petram» portarum inferi capax non est, praevalentium quidem adver sus quemcumque ho-minem, qui extra petram et Ecclesiam fuerit sed invalidarum adversus illam (Origenes, *Com. in Matth.*, tom. XII, n. 11).

Iglesia á Pedro, ha sido con el fin de que ese sostén inviolable la conserve siempre en toda su integridad. La ha investido de la autoridad, porque para sostener real y eficazmente una sociedad humana el derecho de mandar, es indispensable á quien la sostiene.

Jesús añade aún: «Y te daré las llaves del reino de los cielos», y es claro que continúa hablando de la Iglesia, de esta Iglesia que acaba de llamar *suja* y que ha declarado que or edificó sobre Pedro, como sobre su fundamento la Iglesia ofrece, en efecto, la imagen no solo de un edificio, sino de un reino; y además nadie ignora que las llaves son la insignia ordinaria de la autoridad. Así cuando Jesús promete dar á Pedro las llaves del reino de los cielos, promete darle el poder y la autoridad de la Iglesia. «El Hijo le ha dado (á Pedro) la misión de esparcir en el mundo entero el conocimiento del Padre y del Hijo y ha dado á un hombre mortal todo el poder de los cielos al confiar las llaves á Pedro que ha extendido la Iglesia hasta las extremidades del mundo y que la ha mostrado más inquebrantable que el cielo» (1).

Lo que sigue tiene también el mismo sentido:

«Todo lo que atares en la tierra será también atado en el cielo, y lo que desatares en la tierra será desatado en el cielo». Esta expresión figurada: atar y desatar, designa el poder de establecer leyes y el de juzgar y castigar. Y Jesucristo afirma que ese poder tendrá tanta extensión y tal eficacia, que todos los decretos dados por Pedro serán ratificados por Dios. Este poder es, pues, soberano y de todo punto independiente, porque no hay sobre la tierra otro poder superior al suyo que abraza á toda la Iglesia y á todo lo que está confiado á la Iglesia.

La promesa hecha á Pedro fue cumplida cuando Jesucristo—nuestro Señor, después de su resurrección, habiendo preguntado por tres veces á Pedro si lo amaba más que los otros, le dijo en tono imperativo: «Apacienta mis corderos... apacienta mis ovejas» (2).

Es decir, que á todos los que deben estar un día en su aprisco, les envía á Pedro como á su verdadero pastor.

(1) Illius vero et Patris et sui ipsius cognitionem per totum orbem illi (Petre) dis-emissa e commisit, se mortali hominum in coelo potestatem dedit, dum clavem illi tradidit, qui Ecclesiam per totum orbem terrarum extendit, et melis ar-cilorem monstravit. (S. Joann. Crystost., tom. LIV in *Matth.*, n. 2).—(2) Pasce agnos meos... pasce oves meas. (Joann., XXI, 16-17).

«Si el Señor pregunta lo que no le ofrece duda, no quiere, indudablemente instruir, sino instruir á quien á punto de subir al cielo, nos dejaba por Vicario de su amor... Y por que solo entre todos Pedro profesaba este amor, es puesto á la cabeza de los más perfectos para gobernarlos, por ser él mismo más perfecto» (1) El deber y el oficio del pastor es guiar al rebaño, velar por su salud, procurándole pastos saludables, librándole de los peligros, descubriendo los lazos y rechazando los ataques violentos; en una palabra, ejerciendo la autoridad del gobierno. Y pues Pedro ha sido propuesto como pastor al rebaño de fieles, ha recibido el poder de gobernar á todos los hombres, por cuya salvación Jesucristo dió su sangre. «Y por qué vertió su sangre para rescatar á esas ovejas que ha confiado á Pedro y á sus sucesores» (2).

Y porque es necesario que todos los cristianos estén unidos entre sí por la comunidad de una fe inmutable, nuestro Señor Jesucristo, por la virtud de sus oraciones, obtuvo para Pedro que en el ejercicio de su poder no desfalleciera jamás su fe. «He orado por ti á fin de que tu fe no desfallezca» (3).

Y le ordenó además que cuantas veces lo pidieran las circunstancias, comunicase á sus hermanos la luz y la energía de su alma: «Confirma á tus hermanos» (4). Aquel, pues, á quien designado como fundamento de la Iglesia, quiere que sea columna de la fe. Pues que de su propia autoridad le dió el reino, no podía afirmar su fe de otro modo que llamándole Piedra y designándole como el fundamento que debía afirmar su Iglesia» (5).

De aquí que ciertos nombres que designan muy grandes cosas y que pertenecen en propiedad á Jesucristo en virtud de su poder, Jesús mismo ha querido hacerlas comunes á Él y á Pedro por participación (6), á fin de que la comunidad de títulos manifestase la comunidad del poder. Así, Él

(1) Dominus non dubitat qui interrogat, non et respondere, sed et facere, quam elevavit in declinatione sui ubi voluit vocatum reliquit... Etideo quia solus perfectior est omnibus imperfectis... perfectioris ut perfectior gubernaret. S. Ambrosio. *Epist. in Rom. sec. Luc.*, 3, X, n. 175-176. — (2) Qui sanguinem effudit illi has oves ovae, quas Petro et successoribus suis tradidit (S. Iren. *Ursionensis de Haereticis*, lib. II, n. 3). Fido autem rogavi pro te, ut non desisteres tibi, Luc., XXI, 32. — (3) Confirma fratres tuos. Luc., XXI, 32. — (4) Qui propria auctoritate regnum dabat, huius atheni firmare non poterat, quem cum petram dicit, firmamenta a Ecclesia invidit (S. amor. de *Publ. lib.* IV, n. 53). — (5) (Quis) ubi potestatem suam propria, voluit eas Petro acram participatione communi. (S. Leo Mag. *serm.* IV, cap. 10).

que es la piedra principal del ángulo sobre la que todo el edificio construido se eleva como un templo sagrado en el Señor» (1), ha establecido á Pedro como la piedra sobre que debía estar apoyada su Iglesia. «Cuando Jesús dice: «Tú eres la piedra», esta palabra le confiere un hermoso título de nobleza. Y sin embargo, es la piedra, no como Cristo es la piedra, sino como Pedro puede ser la piedra. Cristo es esencialmente la piedra inquebrantable y por esta es por quien Pedro es la piedra. Por que Cristo comunica sus dignidades sin empobrecerse... Es sacerdote y hace sacerdotes... Es piedra, y hace de su Apóstol la piedra» (2).

Es, además, el Rey de la Iglesia, «que posee la llave de David; cierra, y nadie puede abrir; abre, y nadie puede cerrar» (3), y por eso al dar las llaves á Pedro le declara jefe de la sociedad cristiana. Es también el Pastor supremo, que á sí mismo se llama el Buen Pastor (4) «y por eso también ha nombrado á Pedro pastor de sus corderos y ovejas. Por esto dice San Crisóstomo:

«Era el principal entre los Apóstoles, era como la boca de los otros discípulos y la cabeza del cuerpo apostólico... Jesús, al decirle que debe tener en adelante confianza, porque la mancha de su negación está ya borrada, le confía el gobierno de sus hermanos. Si tú me amas, sé jefe de tus hermanos» (5). Finalmente, Aquel que confirma «en toda buena obra y en toda buena palabra» (6), es quien manda á Pedro que confirme á sus hermanos.

San León el Grande dice con razón: «Del seno del mundo entero, Pedro sólo ha sido elegido para ser puesto á la cabeza de todas las naciones llamadas, de todos los Apóstoles, de todos los Padres de la Iglesia; de tal suerte que, aunque haya en el pueblo de Dios muchos pastores, Pedro, sin embargo, rige propiamente á todos los que son principalmente regidos por Cristo» (7). Sobre el mismo asunto es-

(1) Lapis est angularis, in quo omnis aedificatio constructa respicit in templum, sanctum in Deum. (Rohr, II, 21). — (2) Cum audisset petra esse praefectum sociorum est. Quamquam autem petra est non de Christo petra sed de Petro Petra. Christus enim essentialiter petra in seipso, Petrus vero per petram. Nam Jesus dignatus est hunc lapidum esse fundamentum. Sacerdos est, sed sacerdos... petra est petra in seipso. (Rom. de *Trinitate*, 3, 4, in app. sup. S. Basilio). — (3) Qui habet clavem David qui aperit et nemo claudit claudit et nemo aperit. (Apoc., III, 7) — (4) Bon., X, II. — (5) Erasmus erat inter Apostolos, et es discipulorum et contra illum caput... Simul petros sensu ei, oportere de ipse sedere, quasi ab illis agatione, tratum et praefecturam committit. Dicit autem: Si amas me, instruis praesto. (Ho n. LXXXVII), in *deca*, n. 1) — (6) In omni opere et sermone bonus. II Thessal. n. 13). — (7) De toto mundo unus Petrus eligitur, qui et universarum gentium voca-

cribe San Gregorio el Grande al emperador Mauricio Augusto: «Para todos los que conocen el Evangelio, es evidente que por la palabra del Señor, el cuidado de toda la Iglesia ha sido confiado al Santo Apóstol Pedro, jefe de todos los Apóstoles... Ha recibido las llaves del reino de los cielos, el poder de atar y desatar le ha sido concedido, y el cuidado y el gobierno de toda la Iglesia le ha sido confiado» (1).

Y pues esta autoridad, al formar parte de la constitución y de la organización de la Iglesia, como su elemento principal es el principio de la unidad, el fundamento de la seguridad y de la duración perpetua, se sigue que de ninguna manera puede desaparecer con el bienaventurado Pedro, sino que debía necesariamente pasar a sus sucesores y ser transmitida de uno a otro. La disposición de la verdad permanece, pues, el bienaventurado Pedro, perseverando en la firmeza de la piedra, cuya virtud ha recibido, no puede dejar el timón de la Iglesia, puesto en su mano» (2).

Por esto los Pontífices que suceden a Pedro en el episcopado romano poseen de derecho divino el poder supremo de la Iglesia. «No definimos que la Santa Sede Apostólica y el Pontífice Romano poseen la primacía sobre el mundo entero, y que el Pontífice Romano es el sucesor del bienaventurado Pedro Príncipe de los Apóstoles, y que es el verdadero Vicario de Jesucristo, el jefe de toda la Iglesia, el Padre y el Doctor de todos los cristianos, y que a él en la persona del bienaventurado Pedro, ha sido dado por nuestro Señor Jesucristo, el pleno poder de apacentar, regir y gobernar la Iglesia universal; así como está contenido, tanto en las actas de los Concilios ecuménicos, como en los Sagrados Cánones» (3). El cuarto Concilio de Letrán dice

«... cum in his apostolicis constitutionibus Beatus Petrus praesentaretur et quatuor in populo dei nulli sacerdotum nisi multique pastores, omnes tamen proprio regali Petrus, quos principaliter regit et Christus. Item IV. cap. III. — «I. Dignos avange- lum electus has liquet, quod voce et nomen sancti et omnium Apostolorum Petri princeps apostolorum titulus Ecclesiae curae summus est. Hae claves regali ecclesiae accepit, et illi auctoritate solvendi et ligandi in curia et in terra. Et in principio hunc mittitur, et Epistolae in H. N. ca. XX. — «Mandato ergo disceptato, et illi, et illius Petrus in acceptis fortitudinis petras permoverant, suscipio potestatem gubernaculi non reliquit. (S. Leo. Mag. Serm. III, cap. III.) — «Definimus, sanctam Apostolicam Sedem et Romanam Pontificem in universam orbis terrarum primatui, et ipsam Pontificem Romanam, universam esse beatum Petri Principis Apostolorum, et Veram Christi Vicariam totiusque Ecclesiae caput, et omnium christiano- rum patrum ac doctorum vicarium, et ipsam in beato Petro Praesentem, regere illi ac gubernari universaliter. Hoc eadem in Domino nostro Jesu Christo plane potestatem tradidit esse, quomodo in illis, in quibus commemorantur, cum illorum et in sacris canonibus continetur. (Cone. Vatican.)

también: «La Iglesia romana... por la disposición del Señor, posee el principado del poder ordinario sobre las demás Iglesias, en su cualidad de madre y maestra de todos los hijos de Cristo».

Tal había sido antes el sentimiento unánime de la antigüedad, que sin la menor duda ha mirado y venerado á los Obispos de Roma como á los sucesores legítimos del bienaventurado Pedro. ¿Quién podrá ignorar cuán numerosos y cuán claros son acerca de este punto los testimonios de los Santos Padres? Bien eloquente es el de San Ireneo que habla así de la Iglesia romana: «A esta Iglesia por su preeminencia superior, debe necesariamente recurrirse toda la Iglesia» (4).

San Cipriano afirma también de la Iglesia romana que es «la raíz y madre de la Iglesia católica» (5), la Cátedra de Pedro y la Iglesia principal aquella de donde ha nacido la unidad sacerdotal» (6). La llama «Cátedra de Pedro», porque está ocupada por el sucesor de Pedro: «Iglesia principal» á causa del principado conferido á Pedro y á sus legítimos sucesores; «aquella de donde ha nacido la unidad», porque en la sociedad cristiana la causa eficiente de la unidad es la Iglesia romana.

Por esto San Jerónimo escribe lo que sigue á Dámaso: «Hablo al sucesor del Pescador y al discípulo de la Cruz... Estoy ligado por la comunión á Vuestra Beatitude, es decir, á la Cátedra de Pedro. Sé que sobre esa piedra se ha edificado la Iglesia» (7).

El método habitual de San Jerónimo para reconocer si un hombre es católico, es saber si está unido á la Cátedra romana de Pedro, «si alguno está unido á la Cátedra romana de Pedro, ese es mi hombre» (8). Por un método análogo San Agustín, que declara abiertamente que en la Iglesia romana está siempre contenido lo principal de la Cátedra apostólica, afirma que quien se separa de la fe romana no es católico. «No puede creerse que guardais la

(1). Ad hanc enim Ecclesiam propter patri sui principatitatem necesse est omnem convenire Ecclesiam. (Cyprian. Testim. lib. III, cap. III, n. 2). — (2). Ecclesiam catholicam esse railem et matricem. (Ephes. XLVII ad Cor. c. 20). — (3). Petri Cathedram atque Ecclesiam principatum, unde solius auctoritatis exorta est. (Ephes. LIX ad Cor. n. 10). — (4). Cum in successore petrae et discipulo trams loquar, Beatitude tue illi est Cathedra Petri, nominatim necesse est. Super illam petram aedificam Ecclesiam meam. (Ep. XV ad Demet. n. 2). — (5). Si quis Cathedrae Petri jungitur, meus est. (Ep. XVI ad Demet. n. 2).

fe católica los que no enseñáis que se debe guardar la fe romana» (1).

Y lo mismo San Cipriano: «Estar en comunión con Cornelio es estar en comunión con la Iglesia católica» (2).

El Abad Máximo enseña igualmente que el sello de la verdadera fe y de la verdadera comunión consiste en estar sometido al Pontífice Romano. «Quien no quiera ser hereje ni pasar plaza de tal, no trate de satisfacer á éste ni al otro... Apresúrese á satisfacer en todo á la Sede de Roma. Satisfecha la Sede de Roma, en todas partes y á una sola voz le proclamarán pio y ortodoxo. Y el que de ello quiera estar persuadido, será en vano que se contente con hablar, si no satisface y si no imploran al bienaventurado Papa de la santísima Iglesia de los Romanos, esto es, la Sede apostólica». Y he aquí, según él, la causa y la explicación de este hecho. La Iglesia romana ha recibido del Verbo de Dios Encarnado y según los Santos Concilios, según los santos Cánones y las definiciones, posee, sobre la universalidad de las santas Iglesias de Dios que existen sobre la superficie de la tierra, el imperio y la autoridad, en todo y por todo, y el poder de atar y desatar. Pues cuando ella ata y desata, el Verbo que mandó á las virtudes celestiales, ata y desata también en el cielo (3).

Era esto, pues un artículo de la fe cristiana; era un punto reconocido y observado constantemente, no por una nación ó por un siglo, sino por todos los siglos, y por Oriente no menos que por Occidente, conforme recordaba el Sinodo de Efeso, sin levantar la menor contradicción el Sacerdote Felipe, Legado del Pontífice Romano: «No es dudoso para nadie y es cosa conocida en todos los tiempos que el Santo y bienaventurado Pedro, Príncipe y Jefe de los Apóstoles, columna de la fe y fundamento de la Iglesia católica, recibió de nuestro Señor Jesucristo, Salvador y Redentor del género humano, las llaves del reino, y que el poder de atar

(1) In Romanae Ecclesiae semper Apostolicae cathedrae vigiliis principatum. (Ep. XLIII, n. 7). «Non creditis veram fidem tenere catholicam, qui fidem non dicit esse servandam romanam» (Sessio CXX, n. 15) — (2) Hoc est cum catholica Ecclesia communicare. (Ep. XL, n. 1). — (3) Ad ipso locutione Dei Verbo ad et omnibus sanctis synodis, secundo sacros canones et terminos, universarum quoque in toto terrarum orbe sunt saecularum Dei Ecclesiarum in omnibus et per omnia percepti et habet imperium, auctoritatem et potestatem ligandi et solvendi. Cum hoc enim ligat et solvit, etiam in caelo verbum, quod coelestibus virtutibus principaliter. (Declaratio ex Ep. ad Petrum Illustri).

y desatar los pecados fué dado á ese mismo Apóstol, quien hasta el presente momento y siempre, vive en sus sucesores y ejerce por medio de ellos su autoridad» (1). Todo el mundo conoce la sentencia del Concilio de Calcedonia sobre el mismo asunto: Pedro ha hablado... por boca de León» (2); sentencia á la que la voz del tercer Concilio de Constantinopla respondió como un eco: El soberano Príncipe de los Apóstoles combatía al lado nuestro, pues tenemos en nuestro favor su imitador y su sucesor en su Sede... No se veía al exterior (mientras se leía la carta del Pontífice Romano) más que el papel y la tinta, y era Pedro quien hablaba por boca de Agatón» (3). En la fórmula de profesión de fe católica propuesta en términos precisos por Hormisdas en los comienzos del siglo VI, y subscripta por el emperador Justiniano y los Patriarcas Epifanio, Juan y Mennas, se expresó el mismo pensamiento con gran vigor: «Como la sentencia de nuestro Señor Jesucristo, que dice: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, no puede ser desatendida, lo que ha dicho está confirmado por la realidad de los hechos, pues en la sede Apostólica la Religión católica se ha conservado sin ninguna mancha» (4).

No queremos enumerar todos los testimonios; pero no obstante, nos place recordar la fórmula con que Miguel Paleólogo hizo su profesión de fe en el segundo Concilio de Lyon: «La Santa Iglesia romana posee también el soberano y pleno primado y principal sobre la Iglesia católica universal, y reconoce con verdad y humildad haber recibido este primado y principado con la plenitud del poder del Señor mismo, en la persona del bienaventurado Pedro, príncipe ó jefe de los Apóstoles y de quien el Pontífice romano es el sucesor. Y por lo mismo que está encargado de defender, antes que las demás, la verdad de la fe, también cuan-

(1) Nulli dubium est immo sacculis omnibus notum, quod sanctus beatissimusque Petrus, Apostolorum princeps et caput, adique columnas et Ecclesiae catholicae fundamentum, a Domino nostro Jesu Christo, salvatore humani generis ac testamento eius accepit et accepit. Verba sunt ad Leonem II. quibus potestas ipsi data est, quia hoc huic tempore etiam per se sanctis scripturis legit et legitimum existit. (Actio III). — (2) Petrus per Leonem... rogatus est. (Actio III). — (3) Summae notitiae concertabat Apostolorum princeps. Illius enim imitato regna... et solis successorum habuimus. Quare et charta et sacramentum videtur et per Agathionem Petrus loquebatur. (Actio XVIII). — (4) Quis non potest Dominum nostrum Jesum Christum praetermitti sententia dicenti: Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam... haec, quae dicta sunt, remanet probatur effectibus quia in Sede Apostolica citra maculam semper est catholica servata religio. (Past. epist. XVI ad omnes epist. Belg., n. 4).

do se levantan dificultades en puntos de fe, es, á su juicio, al que las demás deben atenerse (1).

De que el poder de Pedro y de sus sucesores es pleno y soberano, no se ha de deducir, sin embargo, que no existen otros en la Iglesia. Quien ha establecido á Pedro como fundamento de la Iglesia, también «ha escogido doce de sus discípulos, á los que dió el nombre de Apóstoles» (2). Así del mismo modo que la autoridad de Pedro es necesariamente permanente y perpetua en el Pontificado romano, también los Obispos, en su cualidad de sucesores de los Apóstoles, son los herederos del poder ordinario de los Apóstoles, de tal suerte que el orden episcopal forma necesariamente parte de la constitución íntima de la Iglesia. Y aunque la autoridad de los Obispos no sea ni plena, ni universal, ni soberana, no debe mirárselos como á simples *Vicarios* de los Pontífices romanos, pues poseen una autoridad que les es propia, y llevan en toda verdad el nombre de Prelados *ordinarios* de los pueblos que gobiernan.

Pero como el sucesor de Pedro es único mientras que los de los Apóstoles son muy numerosos, conviene estudiar qué vínculos, según la constitución divina, unen á estos últimos al Pontífice Romano. Y desde luego la unión de los Obispos con el sucesor de Pedro es de una necesidad evidente y que no puede ofrecer la menor duda; pues si este vínculo se desata, el pueblo cristiano mismo no es más que una multitud que se disuelve y se desgrega, y no puede ya en modo alguno formar un solo cuerpo y un solo rebaño. «La salud de la Iglesia depende de la dignidad del soberano sacerdote; si no se atribuye á éste un poder aparte y sobre todos los demás poderes, habrá en la Iglesia tantos cismas como sacerdotes» (3).

Por esto hay necesidad de hacer aquí una advertencia importante. Nada ha sido conferido á los Apóstoles independientemente de Pedro, muchas cosas han sido conferidas á

(1) «Ipse quoque servata romana Ecclesie summa et plenam primatum, et principatum super universam Ecclesiam catholicam obtinet, quem se ab ipso Domino in beata Petri, Apostolorum principe sive vertice, cuius romanus Pontifex est successor, cum potestatis plenitudine recepisse carere et humiliter recognoscit. Et licet pro certis tenetur fidei veritatem defendere, sic et si quis de fide subiecta fuerint questiones, sub d-beat iudicio defendit (cetero IV). — 2) Elegit apostolicam, quos et apostolicos nominavit. (Luc. VI, 12.—3) Locutus autem in summi sacerdotis dignitate benedixit, cum et non solum quosdam et ab omnibus emissus detur per totam, tota in Ecclesia officiosior schiamati quod sacerdotes. (S. Hieron.; *Dist. cont. Laetif.* n. 9).

Pedro aislada ó independientemente de los Apóstoles. San Juan Crisóstomo, explicando las palabras de Jesucristo (S. Juan XXI, 15), se pregunta «¿por qué dejando á un lado á los otros se dirige Cristo á Pedro?» y responde formalmente: «Porque era el principal entre los Apóstoles, como la boca de los demás discípulos y el jefe del cuerpo apostólico» (1). Solo él, en efecto, fué designado por Cristo para fundamento de la Iglesia. A él le fué dado todo el poder de atar y de desatar; á él solo confió el poder de apacentar el rebaño. Al contrario, todo lo que los Apóstoles han recibido en lo que se refiere al ejercicio de funciones y autoridad lo han recibido conjuntamente con Pedro. «Si la divina Bondad ha querido que los otros príncipes de la Iglesia tengan alguna cosa en común con Pedro, lo que no ha rehusado á los demás no se les ha dado jamás sino por Él (2). «El solo ha recibido muchas cosas, pero nada se ha concedido á ninguno sin su participación» (3).

Por donde se ve claramente que los Obispos perderían el derecho y el poder de gobernar si se separasen de Pedro ó de sus sucesores. Por esta separación se arrancan ellos mismos del fundamento sobre que debe sustentarse todo el edificio y se colocan fuera del mismo edificio; por la misma razón quedan excluidos del rebaño que gobierna el Pastor supremo y deserrados del reino cuyas llaves ha dado Dios á Pedro solamente.

Estas consideraciones hacen que se comprenda el plan y el designio de Dios en la constitución de la sociedad cristiana. Este plan es el siguiente: el Autor divino de la Iglesia al decretar dar á ésta la unidad de la fe, de gobierno y de comunión, ha escogido á Pedro y á sus sucesores para establecer en ellos el principio y como el centro de la unidad. Por esto escribe San Cipriano: hay, para llegar á la fe, una demostración fácil que resume la verdad. El Señor se dirige á Pedro en estos términos: «Te digo que eres Pedro... Es, pues, sobre uno sobre quien edifica la Iglesia. Y aunque después de su Resurrección confiere á todos los Apóstoles un poder igual, y les dice: «Como mi Padre me envió...» no

(1) «Cur, alia praeteritis, de his Christus Petrum allocuatur?—Eximus erat inter Apostolos, et os discipulorum, et motus illius captus. (Rom. LXXVIII in Jeron., s. 1). — 2) Divina clementia si quis cum a commune certis rebus esse principibus nunquam nisi per locum dei, quiquid illis non negavit. (S. Leo Mag. *Serm.* 77, cap. II). — 3) Ut cum multa solus accepisset, nihil in quemquam sine ipsius participatione transierit. (S. Leo Mag. *Serm.* 77, cap. II).

obstante, para poner la unidad en plena luz, coloca en uno solo, por su autoridad, el origen y el punto de partida de esta misma unidad» (1).

Y San Optato de Milevo: «Tú sabes muy bien—escribe—tú no puedes negarlo, que es á Pedro el primero á quien ha sido conferida la Cátedra episcopal en la ciudad de Roma; es en la que está sentado el jefe de los Apóstoles, Pedro, que por esto ha sido llamado Cefas. En esta Cátedra única en la que todos debían guardar la unidad, á fin de que los demás Apóstoles no pudiesen atribuirse la cada uno en su Sede, y que fuera en adelante cismático y prevaricador quien elevara otra Cátedra contra esta Cátedra única» (2).

De aquí también esta sentencia del mismo San Cipriano, según la que la herejía y el cisma se producen y nacen, del hecho de negar al poder supremo la obediencia que le es debida: «La única fuente de donde han surgido las herejías y de donde han nacido los cismas, es que no se obedece al Pontífice de Dios, ni se quiere reconocer en la Iglesia un solo Pontífice y un solo juez que ocupa el lugar de Cristo» (3).

Nadie, pues, puede tener parte en la autoridad, si no está unido á Pedro, pues sería absurdo pretender que un hombre excluido de la Iglesia tuviese autoridad en la Iglesia. Fundándose en esto Optato de Milevo, reprendía así á los donatistas: «Contra las puertas del infierno, como lo leemos en el Evangelio, ha recibido las llaves de salud Pedro, es decir, nuestro jefe; á quien Jesucristo ha dicho: «Te daré las llaves del reino de los cielos, y las puertas del infierno no triunfarán jamás de ellas». ¿Cómo, pues, tratáis de atribuirlos las llaves del reino de los cielos, vosotros que combatis la cátedra de Pedro?» (4).

(1) Prohibito est ad idem scilicet commentum reverti. Loquitur Dominus ad Petrum: Ego tibi dico, inquit, quia tu es Petrus... Super unum aedificabo Ecclesiam. Si quarevis Apostolus quibus post resurrectionem suam parvos potestatem tribuit, et dicit: Sicut inquit me Pater... tamen et unitatem manifestare, unitatem eiusdem originis ab uno Iudicioque sui auctoritate dispositi. *De verb. Ev. n. 4.*

(2) Negare non potest, quanta in ipso Beato Petro, primo Cathedrae episcopalis sede, galena esse collata, in qua solent omnium Apostolorum caput Petrus, verus et Cyprius appellatur est: in qua una Cathedra habita ab omnibus servatur, ne ceteri Apostoli singulis sibi quisque deficerent, et iam schismatici et peccator essent, qui contra singularem Cathedram alteram collocaret. *(De Verb. Domini, lib. II.)*

(3) Neque enim aliunde haereres obortae sunt, aut nata sunt schismata, quam inde quod accessit Dei non obtemperatur, nec unum in Ecclesia ad tempus sacerdos et ad tempus iudex vices Christi cogitatur. *(Ibid. III. ad Cor. n. 5.)*

(4) Contra quos portas *(israël)* claves salutaris aeternae accepimus Petrum, principem scilicet nostrum, cui á Christo dictum est: Tibi dabo claves regni caelorum, et quaevis intuleris super terram, etc. Unde est ergo, quod claves regni caelorum tollit usurpare contempsit, qui contra cathedram Petri... militatis, *(Ibid. II, n. 43.)*

Pero el orden de los Obispos no puede ser mirado como verdaderamente unido á Pedro, de la manera que Cristo lo ha querido; sino en cuanto está sometido y obedece á Pedro; sin esto, se dispersa necesariamente en una multitud en la que reinan la confusión y el desorden. Para conservar la unidad de fe y comunión, no bastan ni una primacía de honor ni un poder de dirección; es necesaria una autoridad verdadera y al mismo tiempo soberana, á la que obedezca toda la comunidad. ¿Qué ha querido, en efecto, el Hijo de Dios cuando ha prometido las llaves del reino de los cielos solo á Pedro? que las *llaves* signifiquen aquí el poder supremo; el *uso bíblico* y el consentimiento unánime de los Padres no permiten dudarlos. Y no se pueden interpretar de otro modo los poderes que han sido conferidos sea á Pedro separadamente ó ya á los demás Apóstoles conjuntamente con Pedro. Si la facultad de atar y desatar, de apacientar el rebaño, da á los Obispos, sucesores de los Apóstoles, el derecho de gobernar con autoridad propia al pueblo confiado á cada uno de ellos, seguramente esta misma facultad debe producir idéntico efecto en aquel á quien ha sido designado por Dios mismo el papel de apacientar los *corderos* y las *ovejas*. Pedro no ha sido solo instituido Pastor por Cristo, sino Pastor de los pastores. Pedro, pues, apacienta á los corderos y apacienta á las ovejas; apacienta á los pequeños y á sus madres, gobierna á los súbditos y también á los Prelados, pues en la Iglesia fuera de los corderos y de las ovejas no hay nada» (1).

De aquí nacen entre los antiguos Padres estas expresiones que designan aparte al bienaventurado Pedro, y que le muestran evidentemente colocado en un grado supremo de la dignidad y del poder. Le llaman con frecuencia jefe de la Asamblea de los discípulos; príncipe de los santos Apóstoles; corifeo del coro apostólico; boca de todos los Apóstoles; jefe de esta familia; aquel que manda al mundo entero, el primero entre los Apóstoles; columna de la Iglesia.

La conclusión de todo lo que precede parece hallarse en estas palabras de San Bernardo al Papa Eugenio: «Quién sois vos? Sois el gran Sacerdote, el Pontífice soberano.

(1) Non solum pastorem (Petrum), sed pastorum pastorem (Christum) constituit; pascat igitur Petrus agnos, pascat et oves, pascat illos, pascat autem matrem: regit subditos, regit et Praesbiteros, quia praeter agnos et oves in Ecclesia nihil est. *(S. Bernardus ep. Signinensis, Cons. in Joann. part. III, cap. XXI, n. 26.)*

Sois el príncipe de los Obispos, el heredero de los Apóstoles... Sois aquel á quien las llaves han sido dadas, á quien las ovejas han sido confiadas. Otros además que vos son también porteros del cielo y pastores de rebaños; pero ese doble título es en vos tanto más glorioso cuanto que lo habeis recibido como herencia en un sentido más particular que todos los demás. Estos tienen sus rebaños que les han sido asignados á cada uno el suyo; pero á vos han sido confiados todos los rebaños; vos únicamente tenéis un solo rebaño formado no solamente por las ovejas, sino también por los pastores; sois el único pastor de todos. Me preguntáis cómo lo pruebo. Por la palabra del Señor. ¿A quién, en efecto, no digo entre los Obispos, sino entre los Apóstoles, han sido confiadas absoluta é indistintamente todas las ovejas? Si tú me amas, Pedro, apacienta mis ovejas. Cuáles? ¿Los pueblos de tal ó cual ciudad, de tal ó cual comarca, de tal reino? Mis ovejas, dice. ¿Quién no vé que no se designa á una ó algunas, sino que todas se confían á Pedro? Ninguna distinción, ninguna excepción (1).

Sería apartarse de la verdad y contradecir abiertamente á la constitución divina de la Iglesia, pretender que cada uno de los Obispos, considerados aisladamente, debe estar sometido á la jurisdicción de los Pontífices Romanos; pero que todos los Obispos, considerados en conjunto, no deben estarlo. ¿Cuál es, en efecto, toda la razón de ser y la naturaleza del fundamento? Es la de poner á salvo la unidad y la solidez más bien de todo el edificio que la de cada una de sus partes.

Y esto es mucho más verdadero en el punto de que tratamos, pues Jesucristo nuestro Señor ha querido para la solidez del fundamento de su Iglesia obtener este resultado; que las puertas del infierno no puedan prevalecer contra ella. Todo el mundo conviene en que esta promesa divina se refiere á la Iglesia universal y no á sus partes tomadas

Q. Quis est Secretus magus, summus Pontifex, Tam princeps episcoporum, tu haeres Apostolorum. Tu es, cui claves traditae, cui oves creditae sunt. Sur quidem et alii cœli ancores et gregum pastores; sed tu tanto gloriosus, quantum differens utrumque proæ ceteris uocem hæresitanti. Habent illi sibi assignatos greges, singuli singulos; tibi universi crediti, uni uani, nec modo oves, sed et pastorum, tu unus unum pastor. Ude id probem queris. Ex verbo Domini. Caeterum, non dico episcoporum, sed etiam Apostolorum, sic ablatu et indiscrete uicæ commissæ sunt oves? Si me amas, Petre, pascue oves meas. Quas illius uel illius populus ciuitatis aut regionis, aut certi regni? Oves meas inquit: cui non plarium: uos autem ad alios, sed assignasse uicæ? Nihil excipitur, qui distinguitur nihil. (La concordia, lib. II, cap. VIII).

aisladamente, pues éstas pueden, en realidad, ser vencidas por el esfuerzo de los infiernos, y ha ocurrido á muchas de ellas separadamente ser, en efecto, vencidas.

Además, el que ha sido puesto á la cabeza de todo el rebaño, debe tener necesariamente la autoridad, no solamente sobre las ovejas dispersas, sino sobre todo el conjunto de las ovejas reunidas. ¿Es acaso que el conjunto de las ovejas gobierna y conduce al pastor? Los sucesores de los Apóstoles, reunidos, ¿serán el fundamento sobre el que el sucesor de Pedro debería apoyarse para encontrar la solidez?

Quien posee las llaves del reino tiene evidentemente derecho y autoridad, no solamente sobre las provincias aisladas, sino sobre todas á la vez; y del mismo modo que los Obispos, cada uno en su territorio, mandan con autoridad verdadera, no solamente á cada individuo, sino á toda la comunidad, así á los Pontífices Romanos, cuya jurisdicción abraza á toda la sociedad cristiana, tiene todas las potencias de esta sociedad, aún reunidas en conjunto, sometidas y obedientes á su poder. Jesucristo nuestro Señor, según hemos dicho repetidas veces, ha dado á Pedro y á sus sucesores el cargo de ser sus Vicarios, para ejercer perpetuamente en la Iglesia el mismo poder que El ejerció durante su vida mortal. Después de esto, ¿se dirá que el colegio de los Apóstoles excedía en autoridad á su Maestro?

Este poder de que hablamos sobre el colegio mismo de los Obispos, poder que las Sagradas Letras denuncian tan abiertamente, no ha cesado la Iglesia de reconocerlo y atribuirlo. He aquí lo que acerca de este punto declaran los Concilios: «Lemos que el Pontífice romano ha juzgado á los Prelados de todas las Iglesias; pero no leemos que él haya sido juzgado por ninguno de ellos» (1). Y la razón de este hecho está indicada con solo decir que «no hay autoridad superior á la autoridad de la Sede Apostólica» (2).

Por esto Gelasio habla así de los decretos de los Concilios: «Del mismo modo que lo que la Sede primera no ha aprobado, no puede estar en vigor, así, por el contrario, lo que ha confirmado por su juicio, ha sido recibido por toda la Igle-

(1) Romanum pontificem de omnium Ecclesiarum præsulibus iudicari legitimum de eo vero quemquam iudicari, non legitimum. Hadrian II, in Alloc. 17. et 18. Sya. Rom. an. 868. III. Actionem VII. Conc. Constantinens. VII. et II. Nicola, in Ep. LXXXIII. et Michal. Inj. Tatst. profecto ceteris apostolicæ uicæ autoritate mai. non est, iudicium a ceteris fore retractandum, neque quicumque de suis licet iudicare iudicium.

sia (1). En efecto, ratificar ó invalidar la sentencia y los decretos de los Concilios ha sido siempre propio de los Pontífices romanos. León el Grande anuló los actos del conciliábulo de Efeso; Dámaso rechazó el de Rimini; Adriano I el de Constantinopla; y el vigésimo octavo cánón del Concilio de Calcedonia, desprovisto de la aprobación y de la autoridad de la Sede Apostólica, ha quedado como todos saben, sin vigor ni efecto.

Con razón, pues, en el quinto Concilio de Letrán expidió León X este Decreto: «Consta de un modo manifiesto, no solamente por los testimonios de la Sagrada Escritura, por las palabras de los Padres y de otros Pontífices romanos y por los Decretos de los Sagrados Cánones, sino por la confesión formal de los mismos Concilios, que solo el Pontífice romano, durante el ejercicio de su cargo, tiene pleno derecho y poder, como tiene autoridad sobre los Concilios, para convocar, transferir y disolver los Concilios (2).

Las Sagradas Escrituras dan testimonio de que las llaves del reino de los cielos fueron confiadas á Pedro solamente, y también que el poder de atar y desatar fué conferido á los Apóstoles conjuntamente con Pedro; pero dónde consta que los Apóstoles hayan recibido el soberano poder *sin Pedro y contra Pedro*? Ningún testimonio lo dice. Seguramente no es de Cristo de quien lo han recibido.

Por esto el decreto del Concilio del Vaticano que definió la naturaleza y el alcance de la primacía del Pontífice Romano, no introdujo ninguna opinión nueva, pues solo afirmó la antigua y constante fe de todos los siglos.

Y no hay que creer que la sujeción de los mismos súbditos á dos autoridades implique confusión en la administración.

Tal sospecha nos está prohibida en primer término por la sabiduría de Dios que ha concebido y establecido por sí mismo la organización de ese gobierno. Además, es preciso notar que lo que turbaría el orden y las relaciones mutuas, sería la coexistencia, en una sociedad, de dos autoridades del mismo grado y no se sometería la una á la otra. Pero la autoridad del Pontífice es soberana, universal y del todo independiente; la de los Obispos está limitada de una manera precisa y no es plenamente independiente. «Lo incon-

(1) Sicut illi quod prima Sedes non probaverat, constare non potuit, sic quod illis censuit, iustitiam, Ecclesia tota suscepit. (Ep. XXV *Let. Ep. Dardanis*, n. 6).—(2) Sens. IV, cap. II.

veniente sería que dos Pastores estuviesen colocados en un grado igual de autoridad sobre el mismo rebaño. Pero que dos superiores, uno de ellos sometido al otro, estén colocados sobre los mismos súbditos, no es un inconveniente, y así un mismo pueblo está gobernado de un modo inmediato por su Párroco, por el Obispo y por el papa» (1).

Los Pontífices romanos, que saben cuál es su deber, quieren más que nadie la conservación de todo lo que está divinamente instituido en la Iglesia, y por esto del mismo modo que defienden los derechos de su propio poder con el celo y vigilancia necesarios, así también han puesto y pondrán constantemente todo su cuidado en mantener á salvo la autoridad de los Obispos.

Y más aún, todo lo que se tributa á los Obispos en orden al honor y á la obediencia, lo miran como si á ellos mismos lo fuere tributado. «Mi honor es el honor de la Iglesia universal. Mi honor es el pleno vigor de la autoridad de mis hermanos. No me siento verdaderamente honrado sino cuando se tributa á cada uno de ellos el honor que le es debido» (2).

En todo lo que precede, Nos hemos trazado fielmente la imagen y figura de la Iglesia según su divina constitución. Nos hemos insistido acerca de su unidad, y hemos declarado cuál es su naturaleza y por qué principio su divino Autor ha querido asegurar su conservación.

Todos los que por un insigne beneficio de Dios tienen la dicha de haber nacido en el seno de la Iglesia católica y de vivir en ella escucharán Nuestra voz Apostólica, Nos no tenemos ninguna razón para dudar de ello. «Mis ovejas oyen mi voz» (3). Todos ellos habrán hallado en esta Carta medios para instruirse más plenamente y para adherirse con un amor más ardiente cada uno á sus propios Pastores, y por éstos al Pastor supremo, á fin de poder continuar con más seguridad en el aprisco único, y recoger una mayor abundancia de frutos saludables.

Pero «fijando nuestras miradas en el autor y consumador de la fe, Jesús» (4), cuyo lugar ocupamos y por quien

(1) Inconveniens est, quod duo, æqualiter super eundem preceptum constituantur. Sed quod duo, quorum unus alio, principalior est, super eandem plebem constituantur, non est inconveniens; et ærumum hoc super eandem plebem, immediate sunt et Sacerdos parochialis et Episcopus et Papa. 8. Titulus in 1ª *Stat.*, art. XVII, n. 4, et q. 4, ad 3).—(2) Meus honor est honor universalis Ecclesie. Meus honor est tantum meum si solus vigor. Tuus ego vere honoratus sum, cum singulis quibusque honor, scilicet una honoratur. (S. Greg. M. *Ep. 102*, ep. XXX, ad Fulgentium).—(3) Oves meæ vocem meam audiant. (Joan. X, 27).—(4) In auctoritate fidei et consummatore Jesum. (Hebr., XI, 2).

Nos ejercemos el poder, aunque sean débiles nuestras fuerzas para el peso de esta dignidad y de este cargo. Nos sentimos que su caridad inflama Nuestra alma y emplearemos no sin razón, estas palabras que Jesucristo decía de sí mismo: «Tengo otras ovejas que no están en este aprisco; es preciso también que yo las conduzca y escucharán mi voz» (1). No rehusen, pues, escucharnos y mostrarse dóciles á nuestro amor paternal, todos aquellos que detestan la impiedad, hoy tan extendida, que reconocen á Jesucristo, que le confiesan Hijo de Dios y Salvador del género humano, pero que, sin embargo, viven errantes y apartados de de su Esposa. Los que toman el nombre de Cristo es necesario que tomen todo entero. «Cristo todo entero es una cabeza y un cuerpo, la cabeza es el Hijo único de Dios; el cuerpo es su Iglesia: es el esposo y la esposa, dos en una sola carne. Todos los que tienen respecto de la cabeza un sentimiento diferente del de las Escrituras, en vano se encuentran en todos los lugares dando se halla establecida la Iglesia, porque no están en la Iglesia».

É igualmente todos los que piensan como la Sagrada Escritura respecto de la cabeza, pero que no viven en comunión con la autoridad de la Iglesia, no están en la Iglesia» (2).

Nuestro corazón se dirige también con sin igual ardor tras aquellos á quien el soplo contagioso de la impiedad no ha envenenado del todo, y que, á lo menos experimentan el deseo de tener por padre al Dios verdadero, creador de la tierra y del cielo. Que reflexionen y comprendan bien que no pueden en manera alguna contarse en el número de los hijos de Dios, si no vienen á reconocer por hermano á Jesucristo y por madre á la Iglesia.

A todos, pues, Nos dirigimos con grande amor estas palabras que tomamos á San Agustín: «Amemos al Señor nuestro Dios, amemos á su Iglesia: á El como á un padre, á ella como una madre. Que nadie diga: Si, voy aun á los ídolos; consulto á los poseídos y á los hechiceros; pero, no obstante, no dejo la Iglesia de Dios; soy católico. Permane-

(1) *Alia oves habeo, quae non sunt in ovili: et illas oportet me adducere et vocare meam ovilem.* (Joan., 1.º, 16.)—(2) *Totus Christus caput et corpus est, caput unigenitus Filius Dei, corpus eius Ecclesia: sponsus et sponsa, duo in una persona. Quicumque de seipso capite et corpore sanctis dissentiat, etiam si in omnibus locis inveniantur in quibus Ecclesia designata est, non sunt in Ecclesia. Et rursus, quicumque de seipso capite Scripturae sanctae dissentiat, et univati Ecclesiae non communicat, non sua in Ecclesia.* (S. August. *Contra Donat., ep. sine De Unit. Ecl., cap. IV, n. 7*)—

ceis adherido á la madre, pero ofendeis al padre. Otro dice poco más ó menos: Dios no lo permita; no consulto á los hechiceros, no interrogo á los poseídos, no practico adivinaciones sacrilegas, no voy á adorar á los demonios, no sirvo á los dioses de piedra, pero soy del partido de Donato: ¿De qué os sirve no ofender al padre que vengará á la madre á quien ofendeis? ¿De qué os sirve confesar al Señor, honrar á Dios, alabarle, reconocer á su Hijo, proclamar que está sentado á la diestra del Padre, si blasfemáis de su Iglesia? Si tuvieseis un protector, á quien tributáseis todos los días el debido obsequio, y ultrajáseis á su esposa con una acusación grave, ¿os atreveríais ni aún á entrar en la casa de ese hombre? Tened, pues, mis muy amados, unánimemente á Dios por vuestro padre, y por vuestra madre á la Iglesia» (1).

Confiado grandemente en la misericordia de Dios, que pueda tocar con suma eficacia los corazones de los hombres y formar las voluntades más rebeldes á venir á El, Nos recomendamos con vivas instancias á su bondad á todos aquellos á quien se refiere Nuestra palabra. Y como prenda de los dones celestiales, y en testimonio de Nuestra benevolencia os concedemos, con grande amor en el Señor, á vosotros, Venerables Hermanos, á vuestro Clero y á vuestro pueblo la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, en San Pedro, á veintinueve de Junio del año 1836, decimonoveno de Nuestro Pontificado.

LEÓN XIII, PAPA.

(1) *Amemus Dominum Deum nostrum, amemus Ecclesiam eius: illum sicut patrem, istam sicut matrem. Nemo dicat ad ista quidem verba, acceptitio et sortitio cogitatio, sed tamen Dei Ecclesiam, non reliquis catholicis sum, tenens matrem, offendit patrem: illa (templum) ablati a me, non consilio sortitioque non quaero, acceptitum, non quiaero infidelibus sacrilegis, non eo ad adoranda documenta, non servio Ligibus sed laqueis in parte Divini sum. Quis tibi potest non offensus pater, qui offensam vindicat mater? Qui potest a Dominum confiteri, Deum honorare, ipsum provere, Filium eius agnoscere, sedentem ad Patris dexteram confiteri, et blasphemare Ecclesiam? etc. Si haberes aliquem patrum cui quoties oves queraris: si unum erimes de eius ovibus fieres, numquid domum eius intrares? Tenet ergo, carissimi, tenetis omnes unanimitur Deum patrem et matrem Ecclesiam. (S. August. *De Unit. Ecl., serm. II, n. 14.*)*



EPISTOLA ENCYCLICA

DE UNITATI ECLESIE

LEO PP. XIII

VENERABILES FRATRES

SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

Saris cognitum vobis est, cogitationum et curarum Nostrarum partem non exiguam illuc esse conversam, ut ad *utile* in potestate positum summi pastoris animarum Iesu Christi revocare devotus contemur. intento huc in re animo, non parum conducere salutari consilio propositoque arbitrati sumus, Ecclesie officium ac velut linamenta describi: in quibus praeicipua consideratione dignissima *unitas* est, quam in ea, velut insigne veritatis in victa qua virtutis, divinae auctor ad perpetuam impressit. Multum in intentionum animis nativa Ecclesiae pulchritudo speciesque posse debet: neque abest a veri similitudine, tolli eius contemplatione posse irasci: nisi; sanari opiniones falsas praedudatasque, maximo apud eos qui non sua ipsorum culpa in errore versentur: quin imo excitari etiam in hominibus posse Ecclesiae amorem utique similem caritati, qua Iesus Christus cum sibi sponsam, divino cruce redemptionem, optavit: *Christus dilexit Ecclesiam, et se ipsum tradidit pro ea* (1). Reversuris ad amantissimum parentem, aut non probe cognitum adhuc, aut iniuria desertum, si reditum atque oportet non sanguine quidem, quo tamen pretio est Iesu Christo quae sit, sed labore aliquo molestiaeque multo ad perpetuandum leviore, saltem perspicuum erit non voluntate humana id onus homini, sed iussa nuntique divino impostum, ob eamque rem, optulante gratia caelestis, facile veritatem experiendo intelligent divinae eius sententiae: *Inquam enim meum suave est, et onus meum leve* (2). Quomobrem spe maxima in *Patre luminum* reposita, unde *omne datum optimum et omne donum perfectum descendit* (3), ab eo scilicet, *qui incrementum dat* (4) unius, enixe petimus, ut Nobis vim persuadendi impertire benigne velit.

(1) Ephe. V, 25.—(2) Matth. XI, 30.—(3) Ep. Iac. I, 17.—(4) I. Corinth. III, 8

Etsi Deus, quaecumque a naturis creatis efficiuntur, omnia ipse efficere sua solius virtute potest, nihilominus tamen ad juvenandos homines ipsis uti hominibus, ex benigno providentiae consilio, meluit et quemadmodum in rerum genere naturalium perfectionem debitam, ita in iis, quae modum naturae transiunt, sanctitatem homini ac salutem non nisi hominum opera ministerique impertire consuevit. Sed perspicuum est, nihil inter homines communicari, nisi per externas res quae sensibus percipiuntur, posse. Haec de causa humanam naturam assumpsit Dei Filius, *qui cum in forma Dei esset... semetipsum ezinavit, formam servi accipiens, in similitudinem hominum factus* (1); atque ita, in terra agens, doctrinam suam suarumque praecepta legum hominibus, colloquendo, tradidit.

Cum divinum munus eius perenne ac perpetuum esse oporteret, idcirco nonnullos ille sibi adiunxit alumnos disciplinae suae, fectique potestatis quae percipies: cumque *Spiritum veritatis* in eos devocasset e caelo, praecepit, *peragrare orbem terrarum, quodque ipse docuerat quodque iusserat, id omne fideliter universitati gentium praedicarent*: hoc quidem proposito, ut eius et professione doctrinae et obtemperations legibus posset hominum genus sanctitatem in terris, felicitatem adipisci in caelo sempiternam.—Hac ratione atque hoc principio Ecclesiam genita: quae quidem, si extremam illud quod vult, causaeque proximae sanctitatem efficiens spectaret, profecto est *spiritualis*: si vero eos consideres, quibus cohaeret, resque ipsae quae ad spiritualis dona perducunt, *externa* est necessarioque conspicua. Docendi munus accipere Apostoli per cognoscenda visu audituque signa: idque illi munus non aliter executi quam dictis factisque, quae utique sensus permoverent. Ha quidem illorum vox extrinsecus illapsa per aures, fidem ingeneravit in animis: *Fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi* (2). Ac fides ipsa, scilicet assensio primae supremaeque veritati, mente quidem per se comprehenditur, sed tamen eminere foras evidenti professione debet: *Corde enim creditur ad iustitiam: ore autem confessio fit ad salutem* (3). Simili modo nihil est homini gratia caelesti, quae *genit* sanctitudinem, interius: sed *externa* sunt ordinaria se praecipua a recipiendae instrumenta gratiae: sacramenta dicimus, quae ab hominibus ad id nominatum factis, certorum operum rituum, administrantur. Iussit Iesus Christus Apostolis perpetuisque Apostolorum successoribus, gentes ut docerent ac regerent: iussit gentibus, ut illorum et doctrinam acciperent et potestati obedienter subessent. Verum isthaec in christiana republica iurium atque officiorum vicissitudo non modo permanere, sed ne incitari quidem potuisset nisi per interpretes ac nuntios rerum sensus.—Quibus de causa Ecclesiam cum *corpus*, tum etiam *corpus Christi* tam crebro sacrae litterae nominant: *Vos autem estis corpus Christi* (4). Propter eam rem quod corpus est, oculis cernitur Ecclesiae: propterea quod est

(1) Philippens. II, 6-7.—(2) Roman. X, 17.—(3) I. Corinth. XII, 27.

Christi, vivum corpus est actuosum et vegetum, quia eam tuetur ac sustentat, immixta virtute sua, Iesus Christus, in eum fore modum quo coherentes sibi palmites sicut ac fructuosos facit vitis. Quomodemum autem in animantibus principium vitae in occulto est ac penitus abditum, indicatur tamen atque ostenditur motu actaque membrorum, sic in Ecclesia supernaturalis principium vitae perspicue ex illis, quae ab ipsa aguntur, apparet.

Ex quo consequitur, in magno eodemque pernicioso errore versari, qui ad arbitrium suam fingunt Ecclesiam atque informant quasi latentem minimique conspicuam: item qui perinde habent atque institutum quoddam humanum cum temperatione quadam disciplina ritibusque externis, ac sine perenni communicatione munerum gratiae divinae sine rebus illis, quae haustam a Deo vitam quotidianam atque apertam significationem testentur. Nimirum alterutrum esse posse Iesu Christi Ecclesiam tam repugnat, quam solo corpore, vel anima sola constare hominem. Complexio copulatioque earum duarum velut partium prorsus est ad veram Ecclesiam necessaria, sic fere ut ad naturam humanam infima animae corporisque coniunctio. Non est Ecclesia interiorum quiddam, sed corpus Christi vita supernaturali praeditum. Sicut Christus, caput et exemplar, non omnia est, si in eo vel humana admixta spectetur natura visibilis, quod Photiniani ac Nestoriani faciunt, vel divina tantummodo natura invisibilis, quod solent Monophysitae: sed unus est ex utraque et in utraque natura cum visibili tum invisibili; sic corpus eius mysticum non vera Ecclesia est nisi propter eam rem, quod eius partes conspicuae vim vitamque docent ex donis supernaturalibus rebusque ceteris, unde propria ipsarum ratio ac natura efflorescit. Cum autem Ecclesia sit eiusmodi voluntate et constitutione divina, permanere sine ulla intermissione debet eiusmodi in aeternitate temporum: ni permaneret, profecto nec esset condita ad perennitatem, et finis ipse, quo illa contendit, locorum esset temporumque certo spatio definitus: quod cum veritate utrumque pugnat. Iam igitur et visibilibus et invisibilibus coniunctionem rerum, quia naturalis atque insito in Ecclesia nullo divino inesse tantum permanere necesse est, quamdum ipsa permanens Ecclesia. Quare Chrysostomus: *Ab Ecclesia ne abstinere: nihil enim sortis Ecclesiae Spes tua Ecclesia, zelus tua Ecclesia, refugium tuum Ecclesia, Caelo excelsior et terra latior est illa. Numquam renescit, sed semper egerit. Quamobrem eius firmitatem stabilitatemque demonstrans, Scriptura nomen illam docet* (1). Augustinus vero: *Putant gentiles religionem homines christiani ad certum tempus in hoc saeculo victuram, et postea non futuram. Permanebit ergo cum sole, quamdum sol oritur et occidit; hoc est quamdum tempora ista volucrum, non dierum Ecclesiae Dei, id est Christi corpus in terra* (2). Idemque sibi: *Notabit Ecclesia, si nutaverit fundamentum: sed unde nutabit Christus?*

(1) Hom. De casto Eutropio, c. 6. — (2) In Psal. LXXI, v. 8.

stus?... Non vivante Christo, non inclinabitur in saeculum saeculi. Ubi sunt qui dicunt, perisse de mundo Ecclesiam, quando nec inclinari potest? (1).

His velut fundamentis utendum veritatem quaerenti. Scilicet Ecclesiam insitit formavitque Christus Dominus: propterea natura illius cum quaeritur cuiusmodi sit, caput est nosse qui d' Christus voluerit quidque reapse effecerit. Ad hanc regulam exigenda maximo Ecclesiae unitas est, de qua visum est, communis utilitatis causa, nonnulli his litteris attingere.

Profecto unam esse Iesu Christi germanam Ecclesiam, ex luculentio ac multiplici sacrarum litterarum testimonio, sic constat inter omnes, ut contradicere christianus nemo auxit. Verum in diuidicanda statuendaeque natura unitatis, multos varius error de via defleceit. Ecclesiae quidem non solum ortus, sed tota constitutio ad rerum voluntate libera effecturam pertinet quocirca ad id quod revera gestum est, iudicatio est omnis revocanda, exquirendumque non sene quo pacto una esse Ecclesia queat, sed quo unam esse vis voluit, qui condidit.

Iamvero, si ad id respicitur quod gestum est, Ecclesiam Iesus Christus non talem finxit formavitque, quae communitates plures complexorator genere similes, sed distinctas, neque his vinculis alligatas, quae Ecclesiam individuum atque unicum efficerent, eo plane modo, quo Credo unam... Ecclesiam in symbolo si lei profiteamur. In unius naturae sortem cooptatur Ecclesia quae est una quam conantur haereseis in multas disindere. Et essentia ergo et opinione, et principio et excellentia unica, esse dicitur antiquam et catholicam Ecclesiam... Ceterum Ecclesiae quoque eminentia, sicut principium constructionis, est et unitate, omnia alia superans, et nihil habens sibi simile vel aequale (2). Sane Iesus Christus de aedificatio cuiusmodi mystico cum loqueretur, Ecclesiam non commemorat nisi unam quam appellat suam: *aedificabo Ecclesiam meam*. Quaecumque, praeter hanc, cogitatur alio, cum non sit per Iesum Christum condita, Ecclesiae Christi vero esse non potest. Quod aminet etiam mscis, si divini auctoris propositum consideratur. Quid enim in condita condenda Ecclesia petit, quid voluit Christus Dominus? Hoc scilicet, munus idem, idemque insodisum in eam continuandum transmittere, quod ipse acceperat a Patre. Id plane staturat faciendum, idque re effecit. *Sicut misit me Pater, et ego mitto eos* (3). *Sicut in me misisti in mundum, et ego mitto eos in mundum* (4). Iamvero Christi muneris est vindicare ubi laterit ad salutem quod perierat, hoc est non aliquot gentes aut civitates, sed omnino hominum, nullo locorum temporumque discrimine, universum genus: *venit Filius hominis... ut salvetur mundus per ipsum* (5). *Nec enim aliud nomen est sub caelo datum hominibus, in quo oporteat nos salvos fieri* (6). Itaque partiam

(1) *Saravatio in Psal. CIII, verso II, m. 2-3*. Clemens Alexandrinus, *Stromatum* lib. VII, cap. 12. — (2) *Ioan. XX, 31.* — (3) *Ioan. XVI, 18.* — (4) *Ioan. III, 17.* — (5) *Act. IV, 12*

per Jesum Christum salutem, simulque beneficia omnia quae inde proficiuntur, late fundere in omnes homines atque ad omnes propagare actus debet Ecclesia. Quocirca ex voluntate auctoritatis sui univocam in omnibus terris, in perpetuis temporum, esse necesse est. Plane plus una ut esse posset, excedere terris et genus hominum fingere novam atque inauditam oporteret.

Hoc ipsum de Ecclesia una, quotquot essent ubique et quovis tempore mortales conlectura, vixit ac praesignificavit Isaías, cum futura prospiciens, obiecta species mentis est, celsitudinis exsuperantia conspicit, qui imaginem Domus Domini, videlicet Ecclesiae, expressam gerebat: *Et erit in novissimis diebus praeeparatus mons domus Domini in vertice montium* (1). At qui unus iste mons est, in vertice montium locatus: una domus Domini ad quam omnes gentes vivendi normam petitarum aliquando confluerent: *Et fluent ad eam omnes gentes... et dicent: venite et ascendamus ad montem Domini, et ad domum Dei Jacobi, et docebit nos vias suas, et ambulabimus in viis eius* (2). Quem locum cum Optatus Milevitanus attingeret, *Scriptum est, inquit, in Isaia propheta: ex Sion prodiet lex, et verbum Domini de Hierusaleni. Non ergo in illo monte Sion laeas aspiciat colleni, sed in monte sancto, qui est Ecclesia, qui per omnem orbem resonant caput tollit sub tota caelo... Est ergo spiritalis Sion Ecclesia, in qua a Deo Patre res constitutus est Christus, quae est in toto orbe terrarum, in quo est una Ecclesia catholica* (3). Augustinus vero: *Quid tam manifestum quam mons? Sed sunt et montes ignoti, quia in una parte terrarum positi sunt. Ille autem, mons non sic, quia implet universas faciem terrae: et de illo dicitur: paratius in cacumine montium* (4). Illud ascendit, quod Ecclesiam Filius Dei mysticum corpus suum docere fore, quocum ipse velut caput coningeretur: ad similitudinem corporis humani quod suscepit: cui quidem naturali conglutinatione inhaeret naturale caput. Sicut igitur mortale corpus sibi sumpsit unicum, quod obtulit ad cruciatum: et necem ut liberationis humanae pretium exsolveret, sic pariter unum habet corpus mysticum, in quo et cuius ipsius opera fuit ennobilitatis solitudo aeternae hominis composuit: *Jesum (Christum) dedit (Deus) caput supra omnem Ecclesiam, quae est corpus ipsius* (5). Dispersa membra atque seiuncta non possunt eodem cum capite, unum simul effectura corpus, cohaerere. Atqui Paulus, *Omnia autem, inquit, membra corporis cum sint nulla unum tamen corpus sunt: ita et Christus* (6). Propterea corpus istud mysticum compactum est esse et connexum. *Caput Christus: ex quo totum corpus compactum, et connexum per omnem inacturam subministrationis, secundum operationem in mensuram autem usque membri* (7). Quamobrem dispersa a membris ceteris si quae membra videntur, cum eodem atque unico capite conglutinata esse nequeunt: *Unus Deus est,*

(1) Isaías, II, 2.—(2) *Ibid.* 3.—(3) *De Seditione Donatiana*, lib. III, n. 2.—(4) *In Beati Joannis tract. 7*, n. 13.—(5) *Ephes. 1*, 22—23.—(6) *I. Corinth. XII*, 12.—(7) *Ephes. IV*, 15—16.

et Christus unus, et una Ecclesia eius: et fides una et plebs una in solidam corporis unitatem concordiae glutino copulata. Scindi unitus non potest, nec corpus unum diducido compaginis separari (1). Quo melius Ecclesiam effingat unicum, similitudinem animati corporis informet, cuius non aliter victura membra sunt, nisi colligata cum capite, vim ad se vitalem ex capite ipso traducant: seiuncta, necesse est emori: *Non potest Ecclesia... diculis laceratione discerpi: in frustra discerpi. Qui quid a matrice discesserit, seorsum vivere et spirare non poterit* (2). Mortuum vero corpus quid habet in vivo similitudinis? Nemo unum unquam cornem suam odio habuit: sed natris, et foet eam, sicut et Christus Ecclesiam: quia membra eius corpus eius, de carne eius et de ossibus eius (3). Aliud igitur simile Christo incubetur caput, alius Christus, si praeter eum, quae corpus eius est, fingi Ecclesiam alteram libet. Videat quid careatis, videte quid obsecretis, videte quid timeatis. Contingit, ut in corpore humano, imo de corpore aliquid praecidatur membrum, manus, digitus, pes: namquid praecisum sequitur animus? Cum in corpore esset, vivebat: praecisum amittit vitam. Sic et homo christianus catholicus est, dum in corpore vivit: praecisus, haereticus factus est: membrum amputatum non sequitur spiritus (4). Est igitur Ecclesia Christi unica et perpetua: qui unque seorsum cum, abierunt a voluntate et praescriptione Christi Domini, relictoque solitis itinere, ad interitum digrediantur. *Quisquis ad Ecclesia sequegens adulterae iungitur, a promissis Ecclesiae separatur, nec percipit ad Christi praemia, qui reliquit Ecclesiam Christi...* Hanc unitatem qui non tenet, non tenet Dei legem, non tenet Patris et Filii fidem, citam non tenet et salutem (5).

At vero qui unicum condidit, is idem condidit unam: videlicet eiusmodi, ut quotquot in ipsa futuri essent, arctissimis vinculis sociali tenerentur, ita prorsus ut unam gentem, unum regnum corpus unum efficerent: *Unum corpus, et unus spiritus, sicut coacti estis in una spe invocationis vestrae* (6). Voluntatem hac de re suam Iesus Christus auxit, propinqua iam morte, augusteque concitavit, ita Patrem adprecatus: *Non pro eis rogo tantum, sed et pro eis, qui credituri sunt per verbum eorum in me, ut et ipsi in nobis unum sint...* ut sint consummati in usum (7). Imo tam inlime nexam iussit esse in sectatoribus suis unitatem tamque perfectam, ut coniunctionem cum Patre suam ratione aliquis imitaretur: *Rogo... ut omnes unum sint, sicut in Patre, in me, et ego in te* (8). Tantae autem inter homines ac tam absolutae concordiae necessarium fundamentum est convenientia coniunctioque mentium: ex quo conspiratio voluntatum atque agendorum similitudo naturae gignitur. Quomobrem, pro suae divinitatis consilio, unitatem fidei in Ecclesia sua iussit esse: quae

(1) S. Cyrillus, *De cath. Eccl. Unitate*, n. 38.—(2) *Ibid.* loc. cit.—(3) *Ephes. V*, 29—30.—(4) S. Augustinus, *sermo CXLVII*, n. 4.—(5) S. Cyrillus, *De cath. Eccl. Unitate* n. 6.—(6) *Ephes. IV*, 4.—(7) *Iohann. XVII*, 20—21.—(8) *Ibid.* 21.

quidem virtus primum est in vinculis fidei quae hominum iungunt Deo, et inde nomen *fideles* accipiunt: *Unus Dominus, una fides, una baptisima* (1): videlicet sicut unus Dominus, et baptisima unum, ita omnium christianorum, qui ubique sunt, unam esse fidem oportet. Itaque Paulus Apostolus christianos, ut idem sentiant omnes, effugiantque opinionum dissidia non rogat tantum, sed flagitat ac plane obsecrat: *Oscero autem vos, fratres, per nomen Domini, nostri Iesu Christi, ut idipsum dicatis omnes, et non sint in vobis schismata: sicut autem perfecti in eodem sensu, et in eadem sententia* (2). Quae loca sane non indigent interprete: satis enim per se loquuntur ipsa. Ceteroqui unam esse fidem debere, qui se prolestant christianos, vulgo assentiuntur. Illud potius maximi momenti ac prorsus necessarium in quo multi errore falluntur, internoscere quae sit istius species et forma unitatis. Quod ipsum, ut supra fecimus in causa simili, non opinatione ut coniectura est, sed scientia rei gestae iudicandum: quaerendo scilicet statuendoque qualem in fide unitatem Iesu Christus esse praeceperit.

Iesu Christi doctrinae caelestis, tametsi magnam partem consignata litteris afflatu divino, colligere tamen mentes, permissa hominum ingenio, ipsae non poterat. Erat enim proplive factum ut in variis incidere sine inter se differentes interpretationes: idque non modo propter ipsius vim ac mysteria doctrinae, sed etiam propter humani ingenii varietatem et perturbationem in studiis contentia abeuntium cupiditatem. Ex differentiis interpretandi dissimilitudines sentiendi necessitate nascuntur, hinc controversiae, dissidia, contentiones, qualis incumbere in Ecclesiam ipsa vidit proxima originibus actus. De hieroglyphis illud scribit Irenaeus: *Scripturas quidem continentur, interpretationes vero concertantur* (3). Atque Augustinus: *Neque enim natae sunt haereses et quaedam dogmata peruersitatis illoqueantur animas et in profundum praecipitantia, nisi dum scripturae bene intelliguntur non bene* (4). Ad coniungendas igitur mentes, ad efficiendam quendam concordiam sententiarum, ut exarent divinae litterae, omnino erat alio quodam principio opus. Id exigit divina sapientiae neque enim Deus unam esse fidem velle potuit, nisi conservandae unitatis rationem quamdam idoneam providisset: quod et sacrae litterae perspicuae, ut mox dicturi sumus, significant. Certo infinita Dei potentia nulli est vincula vel adstricta rei, omniaque sibi habet obnoxia, velut instrumenta, parentis. De isto igitur principio externo, dispiciendam, quaedam ex omnibus, quae essent in potestate sua, Christus optavit. Quam ob rem oportet christiani nominis retocare cogitatione primordia.

Divinis testata litteris, eademque vulgo cognita commemoramus. Iesus Christus divinitatem divinamque legationem suam miraculorum virtute comprobavit: erudire verbo multitudinem ad caelestia

(1) Ephes. IV, 5—(2) Corinth. I, 10.—(3) Lib. III, cap. 12, n. 12.—(4) *In Disp. locis*, tract. XVII, cap. 5, n. 1.

insistit, omninoque iubet ut sibi fides doctri adungatur, hinc praemis, hinc poenis propositis sempiternis: *Si non facio opera Patris mei, nolite credere* (1). *Si opera non fecerim in eis, quae nemo alius fecit, peccatum non habent* (2). *Si autem facio (opera), et si mihi non cultus crederet, operibus credite* (3). Quaecumque praecipit, eadem omnia auctoritate praecipit: in exigendo mentis assensu nihil excipit, nihil accernit. Eorum igitur qui Iesum audissent, si adipisci salutem vellet, officium fuit non modo doctrinam eius accipere univere, sed tota mente assentiri singulis rebus, quas ipse tradidisset: illud enim repugnat, si dem vel una in re non adhiberi Deo.

Matero in caelum rediit, qui ipse potestate missus a Patre fuerat, eadem mittit Apostolos, quos spargere ac disseminare iubet doctrinam suam: *Data est mihi omnis potestas in caelo et in terra. Euntes ergo docete omnes gentes... Docentes eos servare omnia, quaecumque mandavi vobis* (4). *Salvos fore, qui Apostolis praeissent, qui non paruerunt, interituros: Qui crediderit et baptizatus fuerit, salvus erit: qui vero non crediderit, condemnabitur* (5). Cumque illud sit providentiae Dei maximo congruum, ut muneri praesertim magno atque excellenti praestitit nomen, quin pariter suppediet unde licet rite defungi, idcirco Iesus Christus missurum se ad discipulos suos Spiritum veritatis pollicetur, eumque in ipsis perpetuo mansurum: *Si autem abiero, mittam enim (Paracletum) ad vos... Cum autem venerit ille Spiritus veritatis, docebit vos omnem veritatem* (6). *Et ego rogabo Patrem, et alium Paracletum dabit vobis, ut maneat vobiscum in aeternum, Spiritum veritatis... (7). Ille testimonium perhibebit de me; et vos testimonium perhibebitis* (8). Hinc doctrinam Apostolorum religiose accipi sanctaque servare perinde imperat ac suam: *Qui vos audit, me audit: qui vos spernit, me spernit* (9). Quomobrem legati Apostoli a Iesu Christo sunt non secus ac ipse legatus a Patre: *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos* (10): propterea quemadmodum dicto audientes Christo esse Apostolos ac discipulos ipsi ex mandato divino diducunt. Ergo Apostolorum vel unum repudiare doctrinae praecceptum plane non plus licuit, quam de ipsius Christi doctrinae reiectione quicquam — Sane Apostolorum vox, illa quoque in eos Spiritu sancto, quam latissime insonuit. Quocumque vestigium possident, perhibent se ab ipso Iesu legatos, *Per quem (Iesum Christum) accepimus gratiam, et apostolatum ad obediendum fidei in omnibus gentibus pro nomine eius* (11): divinitaque eorum legationem passim Deus per prodigia in aperto ponit: *Illi autem perfecti praedicaverunt ubique, Domino cooperante, et sermonem confirmante, sequentibus signis* (12). Quam vero sermonem eum utique, qui id omne comprehenderet, quod ipsi ex magistro diducissent:

(1) Ioh. X, 37.—(2) Ioh. XV, 21.—(3) Ioh. X, 38.—(4) Matth. XXVIII, 18—19—20.—(5) Marc. XVI, 16.—(6) Ioh. XVI, 7—13.—(7) Ioh. XIX, 1—11.—(8) Ioh. XV, 26—27.—(9) Luc. X, 16.—(10) Ioh. XX, 21.—(11) Rom. I, 5.—(12) Marc. XVI, 20.

palam enim aperteque testantur, nihil se eorum posse, quae viderant quaeque audierant, non loqui.

Sed, quod alio loco diximus, non erat eiusmodi munus apostolicum, ut aut cum personis Apostolorum interire posset, aut cum tempore lebi, quippe quod et publicum esset et saluti generis humani institutum. Apostolis enim mandavit Iesus Christus ut praedicarent *evangelium omni creaturae et portarent nomen ipsius coram gentibus et regibus; et ut sibi testes essent usque ad ultimum terrae*. Atque in tanti perfectione muneris odore se pollicitis eis est, idque non ad aliquot vel annos vel aetates, sed in omne tempus, *usque ad consummationem saeculi*. Quam ad rem Hieronymus: *Qui usque ad consummationem saeculi cum discipulis se futurum esse promittit, et illos ostendit semper esse victuros et se nunquam a credentibus necessurum?* (1) Quae quidem omnia in solis Apostolis, supremae necessitati ex humana conditione obnoxii, qui vera esse potuissent? Erat igitur provisum divinitus ut magisterium a Iesu Christo institutum non lisdem finibus, quibus vita Apostolorum, terminaretur, sed esset perpetuo mansurum. Propagatum reversa ac velut in manibus de manu traditum videmus. Nam consecraverit episcopos Apostoli, quique sibi proxime succederent in ministerio verbi, singillatim designare. — Neque hoc tantum: illud quoque sanxerunt successoribus suis, ut et ipsi viros idoneos adigerent, quos, eadem auctoritate auctos, eidem praedicerent docendi officio et muneri. Tu ergo, fili mi, confortare in gratia, quae est in Christo Iesu: et quae audisti a me per multos testes, haec commenda fidelibus hominibus, qui idonei erant et alios docere (2) Quae de causa sicut Christus a Deo, et Apostoli a Christo, sic episcopi et quotquot Apostolis succedere, missi ab Apostolis sunt: *Apostoli nobis Evangelium praedicatores facti sunt a Domino Iesu Christo, Iesus Christus missus est a Deo. Christus igitur a Deo, et Apostoli a Christo, et factum est utrumque ordinatum ex voluntate Dei...* Per regiones igitur et urbes eorum praedicantes, primitus earum spiritu cum probarent, constituerunt episcopos et diaconos eorum qui credituri erant... Constituerunt praedictos, et deinceps ordinationem dederunt, ut quum illi necesserent, ministerium eorum alii acri probati exciperent (3). Permittere igitur necesse est ex una parte constans atque immutabile munus docendi omnia, quae Christus docuerat: ex altera constans atque immutabile officium accipiendi proflandique omnem illorum doctrinam. Quod praefatus Cyprianus his verbis illustrat: *Neque enim Dominus magister Iesus Christus, cum in Evangelio suo testaretur inimicos suos esse eos, qui secum non essent, aliquam speciem haereticos designavit; sed omnes omnino qui secum non essent et secum non colligentes, prorem suam spargerent, adversarios esse ostendit, dicens:*

(1) In Matth. lib. IV, cap. 28, v. 20. — (2) II. Tim. II, 1-2. — (3) S. Clemens Rom. Epist. I ad Corinth. capp. 42, 44.

Qui non est mecum, adversus me est; et qui non mecum colligit, spargit (1).

His Ecclesiae praeceptis instituta, sui memor officii, nihil egit studio et contentione maiore, quam ut integritatem fidei omni ex parte tueretur. Hinc perduellium haerese loco et procul amandare a se, qui de quolibet doctrinae suae capite non secum una sentirent, Ariani, Montanistae, Novatiani, Quartadecumani, Eutychiani certe doctrinam catholicam non penitus omnino, sed partem aliquam deseruerant; haereticos tamen declaratos, electosque ex Ecclesiae sinu quis igitur fuisse? Similique iudicio damnati quotquot pravorum dogmatum auctores veris temporibus postea consecuti sunt. Nihil periculosius his haereticis esse potest, qui cum integre per omnia decurrant, uno tamen verbo, ac si veneni gutta, meram illam ac simplicem fidem Dominicam et exinde apostolicam traditionis inhaerant (2). Idem semper Ecclesiae mos, idque sanctorum Patrum consensiente iudicio: qui scilicet communionis catholicae expertem et ab Ecclesia extorem habere consueverunt, quicumque a doctrina, authentico magisterio proposita, vel minimum discessisset. Epiphanius, Augustinus, Theodoretus haereseon sui quisque temporis magnum recensere numerum. Ahi Augustinus animadvertit posse genera invalescere, quorum vel utri si quis assentiantur, haec ipso ab unitate catholica seinguntur: *Non omnia, qui ista numerata sunt, haereseos non erant, consequenter debet se christianum catholicum iam putare vel dicere. Possant enim et haereseos aliae, quae in hoc opere nostro commemoratae non sunt, vel esse vel fieri, quarum aliquam quisquis tenuerit, christianus catholicus non erit* (3).

Istam intendae unitati, de qua dicimus, institum divinitus rationem urget beatus Paulus in epistola ad Ephesios; ubi primum monet, amorum et concordiam magno studio conservandam: *soliciti servare unitatem spiritus in vinculo pacis* (4): cumque concordies animi caritate esse omni ex parte non possint, nisi mentes de fide consentiant, unam spud omnes vult esse fidem: *Unus Dominus, una fides*: ac tam perfecte quidem unam; ut errandi discrimen omne prohibeat: *Ut iam non simus parvuli fluctuantes, et circumferamur omni vento doctrinae in nequitiâ hominum, in astutiâ aut circumventionem erroris*. Idque non ad tempus servari docet oportere, sed donec occurramus omnes in unitatem fidei... in mensuram aetatis plenitudinis Christi. Sed eiusmodi unitatis ubinam Iesus Christus posuit principium inchoandae, praedictam custodiendae? In eo videlicet, quod: *Ipse dedit quosdam quidem Apostolos... alios autem pastores, et doctores, ad consummationem sanctorum in opus ministerii, in aedificationem corporis Christi*. Quare vel inde ab ultima voluntate hanc ipsam regulam doctores Pastresque et sequi consueverunt et

(1) Epist. LXIX ad Magnam, n. 1. — (2) Auctor Tractatus de Fide Orthodoxa contra Ariana. — (3) De Haereticis, n. 88. — (4) IV, 3 et 20.

uno ora defendera. Origenes: *Quoties autem (haeretici) canonicas profert scripturas, in quibus omnis christianus consentit et credit, videntur dicere: ecce in donibus verbum est certitatis. Sed nos illa credere non debemus, nec extra a prima et ecclesiastica traditione, nec aliter credere, nisi quemadmodum per successionem Ecclesiae Dei tradiderant nobis (1).* Irenaeus: *Agnitio vera est. Apostolorum doctrina... secundum successiones episcoporum... quae peruenit usque ad nos custoditione sine fictione scripturarum tractatio plenissima (2).* Tertullianus verò: *Constat probe, omnem doctrinam, quae cum illis Ecclesiis apostolicis maritibus et originalibus fidei conspiret, veritati deputandam, sine dubio iuventon quod Ecclesiae ab Apostolis, a postoli a Christo, Christus a Deo accepit. Communicamus cum Ecclesiis apostolicis, quod nulli doctrina diversa: hoc est testimonium veritatis (3).* Alique Hilarius: *Significat (Christus e navi docens) eos, qui extra Ecclesiam positi sunt, nullam divinae sermonis copere posse intelligentionem. Navis enim Ecclesiae typum praefert, intra quam verbum vitae astitum et per eductum ha qui extra sunt et arenae modo steriles atque inutilis nascunt, intelligere non possunt (4).* Rufinus Gregorij Nazianzenum laudat et Basilium, quod solis divinae scripturae voluminibus operam dabant, earumque intelligentiam non ex propria praesumptione, sed ex maiorum scriptis et auctoritate sequentibus, quos et ipsos ex apostolica successione intelligendi regulam suscepisse constabat (5).

Quomobrem, id quod ex his, quae dicta sunt, apparet, insituit Iesus Christus in Ecclesia aeterna, authentica, idemque persona magisterium, quod suscipi potestate auxit, spiritu veritatis instruxit, miraculis confirmavit: et usque praeccepta doctrinae atque accipi ac sua voluit gravissimaeque imperavit. — Quoties igitur huius verbo magisterium edicitur, traditae divinitus doctrinae complexu hoc contineri vel illud, id quodque debet certo credere, verum esse: si falsum esse ullo modo posset, illud consequatur, quod aperte repugnat, erroris in homine ipsum esse auctorem Deum: *Domine si error est, a te decepti sumus (6).* Ita omni amoto dubitanti causa, ullumne ex his xristianis potest cuiquam flos esse repuere, quin se det hoc ipso praecipium in spiritum haerensim quin, saluatus ab Ecclesia, doctrinam christiadem una complexione repudiet universam? Ea quippe est natura fidei, ut nihil tam repugnet quam ista credere, illa reicere. Fidem enim Ecclesia proleitur esse virtutem supernaturalem, qua, Dei aduante et aspirante gratia, ab eo reuelata, vera esse credimus, non propter intrinsecum rerum certitatem ipsius Dei reuelantis, quae nec falli nec fallere potest (7). Si quid igitur traditum a Deo liqueat fuisse, nec tamen creditur, nihil omnino fide divina cre-

(1) *Vetus Interpretatio Communis: Irenaeus in Math., n. 41.—(2) Contra II. heres., lib. IV. cap. 33, n. 8.—(3) De Praescript., cap. XXI.—(4) Demonstr. in Math., XXXI, c. 1.—(5) Hist. Eccl. lib. II, cap. 1.—(6) Richardus de S. Victore, de Trin. lib. 1, cap. 2.—(7) Conc. Vat. sess. III, cap. 8.*

dicitur. Quod enim Iacobus Apostolus de delicto iudicat in generum, idem de opinionis erroris in genere fidei iudicandum: *Quicumque... offenderit... in uno, factus est, omnium reus (1):* imo de opinionis errore, multo magis, factus est, omnium reus (2). Ac sane merito: qui enim sumat de doctrina christiana, quod malant, li iudicio suo nituntur, non fide: idemque minime in captivitate redigentes omnem intellectum in obsequio Christi (3), sitimelipsis verius obtemperant, quam Deo: *Qui in Evangelia quod cultis, creditis, quod cultis, non creditis, nobis potius quam Evangelia creditis (4).*

Quoties nihil Patres in Concilio Vaticano confidere novi, sed institutum divinum, veterem atque constantem Ecclesiae doctrinam, ipsamque fidei naturam sequi sunt, cum illud decessere: *Fide divina et catholica ea omnia credenda sunt, quae in verbo Dei scripto vel tradito continentur, et ab Ecclesia sicut solemniter iudicio, sicut in divinis et univereali magisterio tamquam divinitus reuelata proponantur (5).* Haec cum apparet, omnino in Ecclesia sua velle Deum unitatem fidei, compertumque sit cuiusmodi eam esse, et quo principio tuendam ipse iusserit, licet Nobis, quotquot sunt qui non animam inluxerint aures veritati claudere, iis Augustini verbis offeri: *Cum vultur tantum auxilium Dei, tantum profectum fructumque cōtinuus, dubitabimus nos eius Ecclesiae condere gremio, quae usque ad confessionem generis humani ab apostolica Sede per successiones episcoporum, frustra haeretis circumlatrantibus, et partim plebis ipsius iudicio, partim Conciliorum gravitate, partim etiam miraculorum ministerio d'navit, culmen auctoritatis obtinuit? Cui nolle primas dare, vel summas profecto impietas est, vel praecipitis arrogantia... Et si unquamque disciplina, quamquam velle et fociat, ut percipi possit, doctorem aut magistrum requirit: quid temerariae superbiae plenius, quam dicentium sacramentorum, libros et ab interpretibus suis nolle cognoscere, et incognitos velle damnare! (6).*

Haec igitur siue ulli dubitatione est officium Ecclesiae, christianam doctrinam tursi eamque progessere integram atque incorruptam. Sed nequam in isto sunt omnia: imo ne finis quidem, cuius causa est Ecclesia instituta, officio isto condiciunt. Quandoquidem, ut Iesus Christus pro salute humani generis se ipse devovit, atque huc, quae docuisset quaeque praecipisset, omnia relitit, sic iussit

(1) II, 10.—(2) Augustinus, in Psal. LVI, n. 19.—(3) Corin. X, 5.—(4) S. Augustinus, lib. XVII. *Contra Praesent. Manichaeorum*, cap. 3.—(5) Sess. III, cap. 8.—(6) *De Utilitate Credendi*, cap. XVII, n. 25.

Ecclesiam quaerere in veritate doctrinas, quo homines cum sanctos efficeret, tum salvos.—Verum tantam magnitudinem atque excellentiam propositi consequi sola fides nullo modo potest; adhiberi necesse est cum Dei cultum iustum ac piū, qui maximo sacrificio divino et sacramentorum communicatione continetur, tum etiam sanctitatem legum ac disciplinae.—Ista igitur omnia inesse in Ecclesia oportet, quippe quo Salvatoris munus in seivum persequitur; religionem, quam in ea vult incorporari ille voluit, mortalium generi omni ex parte absolutam sola praestat; itemque ea, quae ex ordinario providentiae consilio sunt instrumenta salutis, sola suppeditat.

At vero quo modo doctrina caelestis nunquam fuit privatorum arbitrio ingenioe permissa, sed principio a Iesu tradita, deinceps ei separatim, de quo dictum est, commendata magisterio: sic etiam non singulis e populo christiano, verum selectis quibusdam data divinitus facultas est perficiendi atque administrandi divina mysteria, una cum regendi gubernandique potestate. Neque enim nisi ad Apostolos legitimisque eorum successores ea pertinent a Iesu Christo dicta: *Euntes in mundum universum, praedicite Evangelium... baptizantes eos... Hoc facite in meam commemorationem... Quorum remisistis peccata, remittuntur eis.* Similique ratio non nisi Apostolis, quibus eis iure successissent, mandavit ut *praeserent*, hoc est cum potestate regerent universitatem christianorum, quos hac ipso eis subesse debere atque obtinere est consequens. Quae quidem officia apostolici muneris omnia generatim Pauli sententia complectitur: *Si quis existimet homo ut ministros Christi, et dispensatores mysteriorum Dei* (1).

Quapropter martires Iesus Christus, quotquot essent, et quotquot essent futuri, universos advocavit, ut docem se eum lemque servatorem sequerentur, non tantum seorsum singuli, sed etiam consociati atque invicem re animisque iuncti, ut ex multitudine populus existeret iure sociatus; fidei, iuris, rerum ad finem idonearum communione unus, uni eidemque subiectus potestati. Quo ipse facto principia naturae, quae in hominibus societatem sponta capiunt, perfectionem naturae consentandam adopturis, omnia in Ecclesia posuit, nimirum ut in ea, quotquot illi Deo esse adoptione volunt, perfectionem dignitatis suae congruenter assequi et retinere ad salutem possent. Ecclesia igitur, id quod alias attingimus, dux hominibus est ad caelestia, eisdemque hoc est manus assignatum a Deo ut de his, quae religionem attingunt, videat ipsa et statuat, et rem christianam libere expeditioque iudicio suo administrat. Quocirca Ecclesiam aut non recte morantur aut inique criminantur qui eam insulant, velle se in civitatum rationes inferre, aut in iura potentatus invadere. Imo Deus perfecti, ut Ecclesiae esset omnium societatum longo praesentissima: nam quod petit ipse tanquam finem, tanto nobilissimum est quam quod ceterae

(1) I. Corinth. IV, 1.

petunt societates, quanto natura gratia divina, rebusque caducis immortalia sunt praestabilita bona.—Ergo Ecclesiae societas est ortu aeterna: sine, rebusque finiri proxime admoventibus, *supernaturalis*: quod vero coalescit hominibus, *humana* communis est. Ideoque in sacris litteris posam videmus vocabulis, societatis perfectae nuncupatam. Nominatur enim non modo *Domus Dei Civitas supra montem posita*, quo convenire gentes omnino necesse est: sed etiam *Oile*, cui praesit pastor unus, et quo recipere se oves Christi omnes debent: imo *Regnum quod suscitavit Deus, quodque stabit in aeternum*: denique *Corpus Christi, mysticum* illud quidem, sed tamen vivum apteque compositum, multaque confutum membris; quo membra non eandem aetiam habent; copulata vero inter se, gubernante ac moderante capite, continentur. Imvero nulla hominum cogitari potest vera ac perfecta societas, quin potestate aliqua summa regatur. Debet igitur Iesus Christus magistratum Ecclesiae maximum praefecisse, cui obediens ac subiecta omnis esset christianorum multitudo. Qua de causa sicut ad unitatem Ecclesiae, quatenus est *coetus fidelium*, necessario unitas fidei requiritur, ita ad ipsius unitatem, quatenus est divinitus constituta societas, requiritur iure divino unitas regiminis, quae unitatem communionis efficit et complectitur: *Ecclesia autem unitas in duobus attenditur: scilicet in conexione membrorum Ecclesiae ad invicem seu communicatione, et iterum in ordine omnium membrorum Ecclesiae ad unum caput* (1).—Ex quo intelligi licet, excidere homines ab Ecclesiae unitate non minus schismate quam haeresi: *Inter haereses, et schisma hoc esse arbitrantur, quod haereses percerere dogma habeat: schisma propter episcopalem discessionem ab Ecclesia separaretur* (2). Quibuscumque illo Iohannis Chrysostomi in eandem rem sententia concordat: *Dico et protestor, Ecclesiam scindere non minus esse vitium, quam incidere in haeresim* (3). Quomohrem si nulla potest esse honesta haeresis, pari ratione schisma nullum est, quod possit iure factum videri: *Non est quicquam gratius sacrilegio schismatis... praecedendae unitatis nulla est iusta necessitas* (4).

Quae vero et cuiusmodi summa iste potestas sit, cui christianos parere oportet universos, non aliter nisi competita cogniti que voluntate Christi statuentur. Certe in aeternum tuerique regnum suum e caelo non visus peraverat: sed quia consuevit illud esse voluit, designare debuit qui gereret in terris vices eius, potestatem quam ipse ad celestia reddisset: *Si quis autem dicat quod unum caput et unus pastor est Christus, qui est unus unus Ecclesiae, sponsus, non sufficienter respondeat. Manifestum est enim, quod ecclesiastica sacramenta ipse*

(1) S. Thomas, 2^a 2^{ae}, q. XXXIX, a. 1.—(2) S. Hieronymus, *Commentariorum in Epistolam ad Titum*, cap. 11, v. 16-17.—(3) Idem, XI, in *Epistolam ad Ephesios*, n. 2.—(4) S. Augustinus, *Contra Epistolam Parmeniani*, lib. 11, cap. 11, n. 25.

Christus perficit: ipse enim est qui baptizat, ipse est qui peccata remittit, ipse est verus sacerdos, qui sui obtulit in ara crucis, et cuius virtute corpus eius in altari quotidie consecratur; et tamen quia corporaliter non cum omnibus fidelibus presentatior erat futurus, elegit ministros, per quos predicta sielibet dispensaret, ut supra (cap. 74) dictum est. Eadem igitur ratione, quia presentium corporaliter erat Ecclesiam subiecturus, oportuit ut alicui committeret qui loco sui universis Ecclesiae gereret curam. Hinc est quod Petrus dixit ante ascensionem: *Pasce oves meas* (1). Iesus Christus igitur summum rectorem Ecclesiae Petrum dedit, idemque sabbat ad eummodi magistratus salutem communi ad perennitatem institutus, ad successores hereditate transferretur, in quibus Petrus ipse esset auctoritate perpetua superies. Sane insignis illud promissum beato Petro fecit, peccatores nemini; *Tu es Petrus et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam* (2). Ad Petrum locutus est Dominus ad unum, ideo ut unitatem fundaret ex uno (3).—Nulla sequitur oratione praemissa, tam patrem eius, quam ipsam nomine appellat (beatus est Simon Bar Jona), et Simonem cum non iam vocari patitur, cum sibi pro sua potestate non tam ut suum iudicans, sed congrua similitudine Petrum a petra vocari placuit, petra super quam fundaturus erat suam Ecclesiam (4). Quo ex circulo liquet; Dei voluntate iussuque Ecclesiam in beato Petro, velat aedem in fundamento consistere. Atqui fundamentum propria natura et vis est, ut collidentes efficiat aedes vartorum congeminatione membrorum, itemque ut operi sit necessarium vinculum incolunitatis ac firmitudinis: quo sublato, omnis se officio collabitur. Igitur Petri est sustinere Ecclesiam turrique non solubili compage connectam ac firmam. Tantum vero exple re manus qui possit sine potestate iubendi, vetandi, iudicandi, quae vere proprieque iurisdictione dicitur. Profecto non nisi potestate iurisdictionis stan civitates resque publicae. Principatus honoris ac perentio illa consulendi monendique facultas, quam directionem vocant, nulli hominum societati admodum prodesse neque ad quietem negare ad firmitudinem queant. Atque hanc, de qua loquimur, potestatem illa Ecclesiam et confirmant: *Et potes in inferi non praecedebunt adversus eam*.—*Quam auctem eam? an enim petram supra quam Christus aedificat Ecclesiam? an Ecclesiam? A utriusque quippe locutio est; an quasi unam eandemque rem, petram et Ecclesiam? Hoc ego verum esse existimo, nec enim adversus petram super quam Christus Ecclesiam aedificat, nec adversus Ecclesiam portae inferi praecedebunt* (5). Cuius divinae sollicitudinis ea vis est: quae cumque visis invigilare hostes vim, quoscumque artes adhibuerint, nunquam fore ut falsa Petro Ecclesiam succumbat, aut quoquo modo deficiat: «Ecclesia vero tamquam Christi aedificium, qui sapienter aedificavit domum suam supra petram,

(1) S. Thomas, *Contra Gentes*, lib. IV, cap. 74.—(2) Matth., XVI, 13.—(3) S. Paphnus, ad Sympronium, epist. II, n. 11.—(4) S. Cyrillus Alexandrinus, in *Evangelio Iohannis*, lib. II, in cap. 1, v. 42.—(5) Origenes, *Comment. in Matth.*, tom. XII, n. 11.

sportarum inferi capax non est, praevaleant quidem adversus quaecumque hominem, qui extra petram et Ecclesiam fuerit, sed invalidarum adversus illam» (1). Ergo Ecclesiam suam Deus iudicio commendavit Petro, ut perpetuo incolomum tutor in victis conservaret, Eum igitur auxit potestatis debitor: quis societati hominum re et cum effectu tuendae, ius imperii in eo qui tuetur est necessarium. Illud praeterea Iesus adnexuit: *Et tibi dabo claves regni caelorum*. Plano loqui de Ecclesia pergit, quam paulo ante nuncuperaat suam, quamque ipsam velle se in Petro dixit, tanquam in fundamento, statuere. Expressam non modo aedificii, sed etiam regni imaginem gerit Ecclesia; ceteroqui insignis usitatum imperii claves esse, nemo nescit. Quapropter *claves regni caelorum* cum Iesus dare Petro pellicetur, potestatem et ius in Ecclesiam pollicetur daturum: «Filius vero et Patris et sui insus cognitionem per totum orbem illi, »(Petro) disseminare commisit, ac mortali homini omnem in caelo potestatem dedit, dum claves illi tradidit, qui Ecclesiam per totum orbem terrarum extendit, et caelis firmiore monstravit» (2). Conciunt cetera: «Quodcumque ligaveris super terram, erit ligatum et in caelis, et quodcumque solveris super terram, erit solutum et in caelis. Ligandi solvendique translati locutionis forendarum legum item iudicandi vindicandique designat potestatem. Quae quidem potestas tantae amplitudinis virtutisque dicitur fore, ut quaelibet decreta eius rota sit habiturus Deus. Itaque summa est pleneque sui iuris, quippe quae nullam habet in terris superiorem gradu Ecclesiamque totam et quae sunt Ecclesiae commissa, universa complectitur.

Promissum exolvitur, quo tempore Christus Dominus, post anastasiis suam, cum terra Petro, num se dilexerit plus quam ceteri, quaesisset, praecipiens in modum et, *Pasce, ait, agnos meos... pasce oves meas* (3). Nimirum quotquot essent in ovili suo futuri, omnes illi velut pastori committit: «Dominus non dubitat, qui interrogat, non ut disceret, sed ut doceret, quem elevandus in caelum amoris sui nobis velut vicarium reliquerat... perfectionem ut perfectior gubernaret» (4). Illa vero sunt pastore officii et partes, gregi se praebere docem, eundemque sospitare salubritate pabulo rum, prohibendo pericula, cavendo insidias, tutando a vi brevi, regendo gubernando. Cum igitur Petrus est gregi christianorum pastor impositus, potestatem accepit gubernandi omnes homines, quorum saluti Iesus Christus profuso sanguine propexerat: «Cur sanguinem effudit? Ut has emeret oves, quae Petro et successoribus eius tradidit» (5).

(1) Ib.—(2) S. Joannes Chrysostomus, Hom. LIV, in *Matth.*, n. 2.—(3) Ioh. XXI, 13—17.—(4) S. Ambrosius, *Respons. in Petrus, secundum Lucam*, lib. X, no. 173—176.—(5) S. Joannes Chrysostomus, *De Hierodote*, lib. II.

Quoniamque inmutabilis communione fidei christianos omnes oportet esse inuicem coniunctos, idcirco sursum virtute precam Christus Dominus impetravit Petro, ut in gerenda potestate nunquam fidem laboraret: *Ego autem rogavi pro te, ut non deficiat fides tua* (1). Eadem praeterea mandavit ut, quoties tempora postularent, ipse impertiret fratribus suis lumen animi Ecclesiae et robur: *Confirma fratres tuos* (2). Quem igitur fundamentum Ecclesiae designat eundem esse vult columnam fidei: «Cui propria auctoritate regnum dabitur, huius fidem firmare non poterat, quem cum petram dicit fundamentum Ecclesiae indicere vult» (3). Hinc ipse Iesus certa quaedam nominat, magnum in domino verum, quae sibi potestate sunt propria, voluit esse Petro, secundum participationem communiam (4), nimirum ut ex coniunctione titulum appareret communio potestatis. His ipse, qui lapis est angularis, in quo omnis aedificatio constructa crescit in templum sanctum in domino (5), Petrum vult lapidem statuit, quo facta esse Ecclesiam deberet. «Cum adisset petra ex proconio nobilitatis est. Quamquam autem petra est, non ut Christus petra, sed ut Petrus petra. Christus enim essentialiter petra inconcusus; Petrus vero per petram. Nam Iesus digitatas suas largitur, nec exsurritur... Sacerdos est, facit sacerdotes... petra est, petram facit» (6). Rex idem Ecclesiae, qui habet clavem David, qui aperit et nemo claudit, claudit et nemo aperit (7), traditis Petro clavibus, principem christianae reipublicae declaravit. Pariter pastor maximus, qui se ipsa pastorem bonam accipit (8), iugis atque oculis suis pastorem Petrum praeposuit: «Pascite agnos, pascite oves». Quare Christus dominus: «Exitus erat inter Apostolos, et os discipulorum et ceterum illius caput... Simul ostendens ei, oportere deinceps fidere, quasi abolita negotiatione, iterum ei praefecturam committit... Dicit autem: Si amas me, fratribus praeston (9). Demum qui confirmat in omni opere et sermone bono (10), mandavit Petro ut confirmaret fratres suos, iure igitur Leo magnus: «De toto mundo unus Petrus» eligitur, qui et universarum gentium vocalioni et omnibus Apostolis, cunctisque Ecclesiae patribus praepositor: ut quavis in populo Dei multi sacerdotes sint nullique pastores, omnes tamen proprio regat Petrus, quos principaliter regit et Christus (11). Romque Gregorius magnus ad Imperatorem Mauritum Augustum: «Genetis evangelium scientibus liquet, quod voce dominica sancto et omnium Apostolorum Petro principi apostolo totius Ecclesiae cura commissa est... Haece claves regni caelestis accepit, potestas et ligandi et solvendi tribuitur, et cura ei totius Ecclesiae et principatus committitur» (12).

(1) Luc. XXI, 32—37; 1b.—(2) S. Ambrosius, *De Fide*, lib. IV, n. 76.—(3) S. Leo M. serm. IV, cap. 2.—(4) Ephes. II, 21.—(5) Rom. 9. *Peccentibus*, n. 4 in appositione epi. S. Basilii.—(6) Apoc. III, 7.—(7) Ioh. X, 1.—(8) Rom. LXXXVIII, in Ioh. n. 1.—(9) II. Thimotheo, II, 16.—(10) Sermon. IV, cap. II.—(11) Epistolae, lib. V, epist. XX.

Eiusmodi autem principatum, quoniam constitutione ipsa temporationeque Ecclesiae, velut pars principia, continetur, videlicet ut principium unitatis ac fundamentum incoluntis perpetuae, nequaquam cum beato Petro interire, sed recidere in eius successores ex alio in alium oportuit: «Manet ergo dispositio veritatis, et beatus Petrus in accepta fortitudine petrae perseverans, successori Ecclesiae gubernacula non reliquit» (1). Quare Pontifices, qui Petro in episcopatu romano successerunt, supremam Ecclesiae potestatem obtinent iure divino. «Definimus sanctam Apostolicam Sedem et Romanum Pontificem in universum orbem tenere primatum, et ipsum Pontificem Romanum successorem esse beati Petri, principis Apostolorum, et verum Christi vicarium totiusque Ecclesiae caput et omnium christianorum patrem ac doctorem existere, et ipsi in beato Petro pascendi, regendi ac gubernandi universalem Ecclesiam a Domino nostro Iesu Christo plenam potestatem traditam esse, quemadmodum etiam in gestis conciliorum conciliorum et in sacris canonibus continetur» (2). Similiter Concilium Lateranense IV: «Romana Ecclesia... disponente Domino, super omnes alias ordinariae potestatis obtinet principatum, utpote mater universorum Christi filiorum et magistra». Antecesserat consensus antiquitatis, quae episcopus romanus sine ulla dubitatione sic semper observavit et coluit ut beati Petri legitimos successores. Quomodo lateat quot in eadem rom extent et quem luculentis sanctorum patrum testimoniis illud valde praesclarum irenaei qui cum de Ecclesia romana disserteret, ad hanc eam, inquit, Ecclesiam propter potorem principatum necesse est omnem convenire Ecclesiam (3). Ac Cyprianus itidem de Ecclesia Romana affirmat, eam esse Ecclesiam catholicam radicem et matricem (4). Petri Cathedralis atque Ecclesiam principalem unde unitas sacerdotalis exorta est (5). Cathedralis Petri appellat quippe quam insidet Petri successor: Ecclesiam principalem ob principatum Petro ipsi et legitimis successoribus collatum: unde unitas exorta, quis in christiana republica caussa efficiens unitatis est Ecclesia romana. Quare Hieronymus in verbis Damasceni effatur: «Cum successore piscatoris et discipulo crucis loquer... Hostilitudini atque, id est Cathedralis Petri communionem consocior. Super illam apertam aedificatam Ecclesiam scio» (6). Sollemne illi est, catholicum hominem ex coniunctione cum romana Petri sede interoscere: «Si quis Cathedralis Petri iungitur, meus est» (7). Neque absimili ratione Augustinus, palam testatur, in romana Ecclesia semper Apostolicam cathedralis obvisse principatum (8). Negat esse catholicum, quicumque a fide romana dissentiat: «Non crederis veram fidem tenere

(1) S. Leo M. Sermon. III, cap. 2.—(2) *Constitutiones Synodales*.—(3) *Contra Haereticos*, lib. III, cap. 3, n. 2.—(4) Epist. XLVII, ad Cornelium n. 3.—(5) Epist. LIX, ad simonem, n. 14.—(6) Epist. XV, ad Demosthenem, n. 2.—(7) Epist. LXV, ad Damascum, n. 2.—(8) Epist. XLIII, n. 7.

«catholicam, qui fidem non docess esse servandam romanam» (1). Item Cyprianus: Communicare cum Cornelio, hoc est cum catholica Ecclesia communicare (2). Similiter Maximus Abbas hunc veras fidei verasque communionis notam esse docet, subesse Pontifici romano: «itaque si vult hereticus non esse neque audire, non iest aut illi satisfaciat... Festinet pro omnibus sedi romanæ satisfacere. » Hæc enim «catholicæ» communiter ubique omnes piam hunc et orthodoxam prædicabant. Nam frustra seipsummodo loquitur, qui nihil nisi es eisdemque patat, et non satisfacit et implorat sanctissimæ romanorum Ecclesiæ beatissimum Papam, id est Apostolicum Sedem. Cuius rei causam rationemque in eo affirmat residere, quod ab ipso inextrato Verbo, sed et omnibus sanctis synodis, secundum sacros canones et terminos universarum quæ in toto terrarum orbe sunt sanctorum Dei Ecclesiarum in omnibus et per omnia percipit et habet imperium, auctoritatem et potestatem ligandi et solvendi. Cum hoc enim ligat et solvit, situm in caelo Verbum, quod castribus virtutibus principatur (3). Quod igitur erat in christiana, quod non una gens, aut una setas, sed setates omnes, et Oriens præter atque Occidens agnoscere etque observare consueverat, id meminit, nullo contradicente, ad Ephesinam Synodum Philippus presbyter, a Pontifice legatus: «Nulli dubium est, imo sæculi omnibus notum, quod sanctus beatissimusque Petrus, Apostolorum princeps et caput, fideique columna et Ecclesiæ catholice fundamentum, a Domino nostro Iesu Christo, salvatore humani generis ac redemptore, claves regni accepit, solvendique ac ligandi specata potestas ipsi data est, qui ad hoc usque tempus est semper in suis successoribus vivit et iudicium exercet» (4). Eademque de re in omnium cognitione versatur Concilii Chalcedonensis sententia: «Petrus per Leonem... loquutus est» (5): cui vox Concilii Constantinopolitani III resonat, tamquam imago: «Summus nobiscum concertabat Apostolorum princeps: illius enim imitorem et Sedis præsertorem habuimus factorem... charta et atramentum videbatur, et per Agathonem Petrus loquebatur» (6). In formula catholice professionis ad Hieronymum conceptis verbis, incunato sæculo sexto, proposita, cui tam Iustinianus Imperator, tam Epiphanius, Iohannes et Meana Patriarchæ subse ipserunt, illud es magna vi sententiarum declaratum: «Quia non potest Domini nostri Iesu Christi prætermitti sententia dicentis: Tu es Petrus, et super hoc petram edificabo Ecclesiam meam, hæc, quæ dicta sunt, rerum probantur effectibus, quia in Sede Apostolica extra maculam semper est catholica sacra religio» (7). Nolamus quidem perscrutari singula: libet tamen formulam fidei meminisse, quam Michael Palæologus in Con-

(1) Norm. CXX. n. 13.—(2) Epist. LV. n. 1.—(3) De oratione, ex Epistola ad Petrum Martirium.—(4) Actio III.—(5) Actio II.—(6) Actio XVIII.—(7) Actio Epistolam XXVI, ad omnes Episc. Hispan., n. 4.

«cilio Lugdunensi II professus est; ipsas quoque sancta romana Ecclesia summam et plenam primatum et principatum super universam Ecclesiam catholicam obtinet, quem se ab ipso Domino in beato Petro, Apostolorum principe sive vertice, cuius romanus Pontifex est successor cum potestate plenitudine recepisset veraciter et humiliter recognoscit. Et sicut præ ceteris tenetur fidei veritatem defendere, sic et si quæ de fide subortas fuerint questiones, suo debent iudicio definiri» (1).

Si Petri eiusque successorum plena ac summa potestas est, ea tamen esse ne putetur sola. Nam qui Petram Ecclesiæ fundamentum posuit, idem elegit duodecim... quos et apostolicos nominavit (2). Quæ modo Petri auctoritatem in romano Pontifice perpetuum permanere necesse est, sic Episcopi, quod succedunt Apostolis, horum potestatem ordinariam hereditate capiunt; ita ut in illam Ecclesiæ constitutionem ordo episcoporum necessario attingat. Quamquam vero neque plenam neque in versalem ii, neque summam obtinent auctoritatem, non tamen eicari romanorum pontificum putandi, quia potestatem gerunt sibi propriam, verissimeque populorum, quos regunt, antistes ordinarii dicuntur.

Verum quia successor Petri unus est, Apostolorum permulti, consentaneum est perspicere quæ sint istorum cum illo, divina constitutione, necessitudines.—Ac primo quidem conjunctionis episcoporum cum eo qui Petro succedit non obscura est neque dubia necessitas: hoc enim soluto nexu, solvitur ac diffinit multitudo ipsa christianorum, ita placet ut nullo pacto queat unum corpus consistere unumque gregem: «Ecclesiam salus in summi sacerdotis dignitate pendet, cui si non exors quædam et ab omnibus eminent detur potestas, tot in Ecclesia efficiuntur schismata, quod sacerdotibus» (3). Ideo ad id præcalat advertere animum: nihil esse Apostolis seorsum a Petro collatum: plura seorsum ab Apostolis ac separatim Petro, Iohannes Chrysostomus in Christi disserenda sententia (Ioh. XXI, 15) cum percontatus esset, *Cur, alia præmissis, de his Christus Petram alloquitur?* omnino respondit: «Primus erat inter Apostolos, et es discipulorum, et coetus illis datus» (4). Hic enim unus designatus a Christo est fundameutum Ecclesiæ: ipsi ligandi copia solentique permittis, eidemque pacendi data potestas uni. Contra quidquid auctoritatis ac muneris accipere Apostoli, coniuncte cum Petro accipere: «Divina dignitate si quid eum eo commune acteris voluit esse principibus, nunquam nisi per ipsum dedit, quidquid illis non negavit» (5). Ut cum multa solus acciperit, nihil un quemquam sine ipsius participatione transierit (6). Ex quo plane

(1) Actio IV.—(2) Luc. VI, 13.—(3) Hieronymus, Dialog. Contra Iovinianum, c. 8.—(4) Rom. LXXXVIII, in Isidoro, n. 1.—(5) S. Leo M. norm. IV, exp. 4.—(6) Ib.

intelligitur, excidere episcopos iure ac potestate regendi, si a Petro eiusque successoribus scientes recesserint. Nam a fundamento, quo totius debet aedificium nitri, secessione divellantur; itaque exclusi aedificio ipso sunt: ob eandemque causam ab *omni* seipmeti cui dux est pastor maximus, *regnoque* extorres, cuius uni Petro datae divinitus claves.

Quibus rebus rursus noscimus in constituenda christiana republica penitentem descriptionem mantemque divinam. Videlicet cum Ecclesiam divinus auctor fide et regimine et communionem unam esse decrevisset, Petrum eiusque successores delegit in quibus principium foret ac volui contrum unitatis. Quare Cyprianus: «Probatio vesti ad fidem facili compendio veritatis. Loquitur Dominus ad Petrum: Ego tibi dico, *inquit*, Quia tu es Petrus... Super unum aedificavit Ecclesiam. Et quamvis Apostolis omnibus post resurrectionem suam parem potestatem tribuit, et dicit: sicut misit me Pater... tamen ut unitatem manifestaret unitatis eiusdem originem ab uno incipientem sua auctoritate disposuit (1). Atque Optatus Milevitanus: «Negare non potes, scire te in urbe Roma Petro primo Cathedrali episcopalem esse collatam, in qua sederit omnium Apostolorum caput Petrus, unde et Cephas appellatus est: in qua una Cathedra unitas et omnia servatur: ne ceteri Apostoli singulas sibi quisque defenderent, ut iam schismaticus et peccator esset, qui contra singularem Cathedrali altarem collocaret (2). Unde est illa ipsius Cypriani sententia, cum haeresim iam schisma ex eo ortum habere dignique, quod debita supremae potestati obedientia obicitur. «Neque enim aliunde haereses obortae sunt aut nata sunt schismata, quam quom inde quod sacerdoti Dei non obtemperatur, nec unus in Ecclesia ad tempus sacerdos et ad tempus iudex vice Christi cogitatur (3). Nemo igitur, nisi cum Petro cohaereat, participare auctoritatem potest, cum absurdum sit opinari, qui extra Ecclesiam est, cum in Ecclesia praesente. Quare Optatus Milevitanus reprehendebat hoc nomine Donatistas: «Contre quas portas (inferi) claves salutaris accepisse legitimus Petrum, principem scilicet nostram, cui a Christo dictum est: tibi dabo claves regni caelorum, et quae inferi non vincunt eas. Unde est ergo, quod claves regni caelorum vobis usurpare contenditis, qui contra cathedram Petri... militastis? (4).

Sed Episcoporum ordo tunc rite, ut Christus iussit, colligagatus cum Petro putandus, si Petro subsit eique pareat: secus in multitudinem confusum ac perturbatum n cessatio delabitur. Fides et communio unitati rite conservandos, non gerere honoris causa priores partes, non curam agere satis est; sed omnino auctoritate

(1) De *Civil. Eccl.*, n. 4.—(2) De *Schisma. Donat.*, lib. II.—(3) Epist. XII, ad Cornelium, n. 5.—(4) *Id.*, lib. II, n. 4, 5.

est opus vere eademque summa, cui obtemperet tota communitas. Quid enim Dei Filius spectavit, cum claves regni caelorum uni pollicitus est Petro? Summum fastigium potestatis nomine *clavium* eo loco designari, *utis biblicis* et Patrum consentientes sententiae dubitari non sinunt. Neque secus interpretari fas est, quae vel Petro separatim tributa sunt, vel Apostolis coniunctim cum Petro. Si ligandi, solvendi, pascendique facultas hoc perit in episcopis, successoribus Apostolorum, ut populum quisque suum vera cum potestate regat, certa idem parere eandem facultas in eo debet, cui pascendi *agnas et oves* assignatum est. Deo auctore, munus: «Non solum Pastorem (Petram), sed pascitorum pastorum (Christus) constituit: pascit igitur Petrus agnos, pascit et oves, pascit filios, pascit et matres: regit subditos, regit et praefatos quia praeter agnos et oves in Ecclesia nihil est (1). Hinc illae de beato Petro singulares veterum locutiones, quae in summo dignitatis potestatisque gradu locutum luculenter praedicant. Appellat passim *principem* *chori* *illius coryphaeam*: *es Apostolorum omnium: caput illius familiae: orbis totius praepositum: inter Apostolos primum: Ecclesiae columnam*. Quae omnia concludere Bernardus his verbis videtur ad Eugenium Papam: «Quis est Sacerdos magnus, summus pontifex. Tu princeps episcoporum, tu heres Apostolorum... Tu es, cui claves hereditariae, cui oves creditae sunt. Sunt quidem et alii caeli ianitoris et gregum pastores; sed tu tante gloriosius, quanto et differentius utrumque prae ceteris nomen hereditasti. Habent illi sibi assignatos greges, singuli singulos, tibi universi crediti, uni unus, nec modo ovium, sed et pastorum, tu unus omnium pastor. Unde id aprobe quaeris. Ex verbo Domini. Cui enim, non dico episcoporum, sed etiam Apostolorum, sic absolute et indiscrete totae commissae sunt oves? Si me amas, Petro, pascere oves meas. Quasi illius vel illius populus civitatis aut regionis, aut certi regni? Oves meas, inquit: cui non planum, non assignatus aliquis, sed assignasse somnes? Nihil excipitur, ubi distinguitur nihil (2).

Illud vero abhorret a veritate, et aperte repugnat constitutioni divinae, iurisdictioni romanorum Pontificum episcopos *subesse singulos*, ius esse; *universos*, ius non esse. Haec enim omnis est causa ratione fundamenti: ut unitatem stabilitatemque toti potius aedificio quam *partibus* eius *singulis* laestur. Quod est in causa de qua loquimur, multo verius, quia Christus Dominus fundamenti virtute confieri voluit, ut portae inferi non praevaleant adversus Ecclesiam. Quod promissum divinum constat inter omnes de Ecclesia universa

(1) S. Remigii Episcopi Signinensis *Comment.*, in *Joan.*, part. III, cap. VI, n. 55.—(2) De *Consideratione*, lib. II, cap. 4.

intelligi oportere, non de singulis eius partibus, quippe quae utique vinculis interum impetu possunt, nonnullisque eorum, ut vincerentur singillatim evenit. Rursus, qui gregi propositus est universo, eum non modo in oves dispersas sed proras in multitudinem inanimul congregatarum habere imperium necesse est. Num regis aequalque pastorem eum universitas ovium? Num successores Apostolorum, simul confuncti, fundamentum sint, quo Petri successor, adipiscendi firmitati, cibus, innitatur? Profecto cuius in potestate sunt claves regni, ei ius atque auctoritas est non tantum in provinciis singulares, sed in universas simul; et quo modo episcopi in regione quisque sua non solum privato cuique, sed etiam communitati vera cum potestate praesunt, ita Pontifices romani, quorum potestas christianam rempublicam totam complectitur, omnes eius partes, etiam una collectas subiectas atque obediens habent potestati suae. Christus Dominus, quod iam dictum estis, Petro eiusque successores tribuit ut essent vicarii sui, atque eandem in Ecclesia perpetuo gererent potestatem quam ipsemet possidet in vita mortali. Num Apostolorum collegium magistro suo praestitisse auctoritate dicatur.

Hanc vero, de qua dicimus, in ipsam episcoporum collegium potestatem, quam sacrae litterae tam aperte enuntiant, egredere ac testari nullo tempore Ecclesia destitit. Illa sunt in hoc genere effata Conciliorum: «Romanum Pontificem de omnium Ecclesiarum praesulibus iudicasse legimus: de eo vero quemquam iudicasse, non aegimus» (1). Cuius rei ex ratio redditur, quod auctoritate Sedis Apostolicae maior non est (2). Quare de Conciliorum decretis Gelasius: «Sicut id quod prima Sedes non probaverit, constare non potuit, sic quod illa censuit iudicandum, Ecclesia tota suscepta» (3). Sane Conciliorum consulta et decreta, rata habere vel infirmare semper romanorum Pontificum fuit. Concilium Ephesini acta rescidit Leo magnus; Ariminensis, reiecit Damasus; Constantinopolitani, Hadrianus I. canonem vero XXVIII Concilii Chalcedonensis, quod assensu et auctoritate corruit Sedis Apostolicae, velut incassum quiddam constat iacuisse. Recte igitur in Concilio Lateranensi V Leo X statuit: «Solum romanum Pontificem pro tempore existentem, tamquam auctoritatem super omnia concilia habentem, tam Conciliorum indicendorum, transferendorum, suo dissolvendorum plenum ius ac potestatem habere, nedum ex sacrae Scripturae testimonio dictisque Patrum ac aliorum romanorum Pontificum, sacerdotumque canonum decretis, sed propria

(1) Hadrianus I, in Allocutione III ad Synodum Romanam an. 822. Cf. Actinetti VII Concilii Constantinopolitani IV.—(2) Nicolaus III Epist. LXXXVI. Ad Michael Imperat.—Pater profecto Sedis Apostolicae, cuius auctoritate maior non est, nihil est e ventura fore retrocedendum, itaque eligam de eius locis iudicare caetera.—(3) Epist. XXVI ad Episcopos Britanniae n. 6.

vetiam eorumdem Conciliorum confessione manifeste constat. Sane claves regni caelorum uni creditis Petro. Item ligandi solvendi que potestatem Apostolis una cum Petro collatam, sacrae litterae testantur: ac vero summam potestatem sine Petro et contra Petrum unde Apostoli acceperint, nusquam est testatum. Profecto a Iesu Christo nullo pacto acceperunt.—Quibus est testatum, Concilii Vaticani decreto, quod est de vi et ratione primatus Romani Pontificis, non opinio est inventa nova, sed vetus et constat omnium saeculorum asserta fides (1).

Neque vero potestati geminae eosdem subesse, confusionem habet administrationis. Tale quicquam suspicari, primum sapientiae Dei prohibetur, cuius consilio est temperatio istiusmodi regiminis constituta. Illud praeterea (animadvertendum, tum rerum ordinem multasque necessitudines perturbari, si hinc magistratus in populo sint eodem gradu, neutro alteri obnoxio. Sed romani pontificis potestas summa est, universalis, planeque sui iuris: episcoporum vero certis circumscriptis finibus, nec plane sui iuris: inconveniens est, quod uno aequaliter super eundem gregem constituantur. Sed quod duo eorum unus alio principalior est, super eandem plebem constituantur, non est inconveniens; et secundum hoc super eandem plebem immediate sunt et Sacerdos parochialis et Episcopus et Papa (2). Romani autem Pontifices, officii sui memores, maxime omnium conservari volunt quiddam est in Ecclesia divinitus constitutum; propterea quemadmodum potestatem suam ea qua par est cura vigilantique tuentur, ita et dedere et dabant constanter operam ut sua Episcopis auctoritas salva sit. Imo quicquid Episcopis tribuitur honoris, quicquid obsequii, id omne sibi melipsis tributum deputant. «Meus honor est honor universalis Ecclesiae. Meus honor est fratrum meorum solidus vigor. Tunc ego verus honoratus sum, cum, singulis quisque honor debitus non negatur» (3).

His quae dicta sunt, Ecclesiae quidem imaginem atque formam ex divina constitutione fideliter exprimitur. Plura persecuti de unitate sumus, cuiusmodi hanc esse, et quo conservandam principio divina auctor voluerit, estis expraevimus. Quotquot divino munere beneficeque contigit, ut in sint Ecclesiae catholicae tamquam ex ea nati vivant, eos vocem Nostram apostolicam audituros, non est cur dubitemus: «Oves meae vocem meam audiunt» (4). Atque hinc facile sumpserint quo et erudiantur plenus, et voluntate propensiore cum pastoribus quisque suis et per eos cum pastore summo cohaerent, ut tollis queant intra ovile unicum permanere, fructumque

(1) Sens. IV, cap. 3.—(2) S. Thomas in 1^a 2^aae q. XVII, a. 4. ad 4. ad 12.—(3) S. Gregorius M. Epistolatum lib. VII. epist. XXX. ad Galliam.—(4) Ioh. X. v. 27.

ex eo salutarium maiorem ubertatem capere. Verum aspicientibus Nobis in auctorem fidei, et consummatorem Iesum (1), cuius vicaria potestate, tametsi impares dignitati et muneri, fungimur, caritate eius inflammatur animus: illudque de se a Christo dictum de Nobismetipsis non sine causa usurpamus: «Aliis oves habeo, quae non sunt ex hoc ovili: et illas oportet me adducere, et vocem meam audient» (2). Nos igitur audire et caritati Nostrae paternae obsequi ne recusent, quosquot sunt qui impietatem tam late fusam oderunt, et Iesum Christum Filium Dei, eundemque servatorem generis humani agnoscunt et fidentur, sed laemen vagantur ab eius Sponsa longius. Qui Christum sumunt, totum sumant necesse est: «Totus Christus caput et corpus est: caput unigenitus Filius Dei, corpus eius Ecclesia: sponsus et sponsa, duo in carne una. Quicumque de ipso capite Scripturis sanctis dissentiant, etiamsi in omnibus locis inveniantur in quibus Ecclesia designata est, non sunt in Ecclesia.» Et rursus, quicumque de ipso capite Scripturis sanctis consentiunt, et unitati Ecclesiae non communicant, non sunt in Ecclesia (3). Ac pari studio ad eos provocat animus Noster, quos impietatis non funditus corrupti pestilens afflatus, quippe haec saltem expetunt, sibi patris esse locum Deum verum, terrae caelique opificem. Hi quidem apud se reputent ac plane intelligant, numerari se in filiis Dei nequam posse, nisi fratrem sibi Iesum Christum simulque Ecclesiam matrem adsciverint. Omnes igitur peramantur, sumpta ex Augustino ipso sententia, compellimus: «Memins Dominum nostrum, amemus Ecclesiam eius: illum sicut patrem, istam sicut matrem. Nemo dicat: ad idola quidem vado, arripitibus et sortilegos consulo, sed istamen Dei Ecclesiam non relinquo: catholicus sum. Tenens matrem offendisti patrem. Alius item dicit: absit a me, non consulo sortilegum non quero arripitium, non quæro divinationes sacrilegas: non eo ad adoranda daemones, non servo lapidibus: sed tamen in parte Donati sum. Quid tibi prodest non offensus pater, qui offensam vindicest matrem? Quid prodest si Dominum confiteris, Deum honoras, ipsum praedicas, Filium eius agnoscis, sedentem ad Patris dexteram confiteris: et blasphemias Ecclesiam eius?... Si abheres siquidem patræ, cui quotidie obsequeris, si unum scrimen de eius coniuge dices, num quid domum eius intrares? Tenete ergo, carissimi, tenete omnes unanimiter Deam patrem et matrem Ecclesiam» (4).

Purimum misericordiae Deo confisi, qui maxime potest animos hominum permovere, et unde vult, et quo vult, imbellere, benignitate

ti eius universos, quos in oratione spectavimus, vehementer commendamus. Caelestium vero inonum auspiciem et benevolentiam Nostrae testam vobis, Venerabiles Fratres, Clero populoque vestro Apostolicam benedictionem peramanter in Domino impertimus.

Datum Romae apud Sanctum Petrum XXIX Iulii anno MDCCCXCVI, Pontificatus Nostri decimo nono.

LEO PP. XIII.



(1) Hebr. XII, 2.—(2) Iona, X, 12.—(3) S. Augustinus, *Contra Donatistas*, *Epistola ad Deo. Unit. Eccl.* cap. IV, n. 7.—(4) *Esarcatio in Pani. LXXXVII*, sermo II, n. 14.

tratamos de honrar, y utilísima á los que debidamente la rezan, grato Nos es también insistir en ello y confirmar Nuestras instrucciones.

Excelente ocasión se Nos ofrece de exhortar paternalmente á las almas y corazones para que aumenten su piedad y se vigoricen con la esperanza de los inmortales premios.

La oración de que hablamos recibió el nombre especial de Rosario, como si imitase el suave aroma de las rosas y la belleza de los floridos ramilletes. Tan propia como es para honrar á la Virgen, llamada *Rosa mística del Paraíso*, y coronada de brillante diadema, como Reina del Universo, así parece anuncio de la corona de celestiales alegrías que María deparará á sus siervos.

Bien lo vé quien considera la esencia del Rosario; nada se Nos aconseja más en los preceptos y ejemplos de Nuestro Señor Jesucristo y de los Apóstoles, que invocar á Dios, y pedir auxilio. Padres y doctores Nos hablaron luego de la necesidad de la oración, tan grande que si los hombres desquidan este deber, en vano contarán con la salvación eterna.

Mas si la oración por su misma índole y según la promesa de Cristo es camino que conduce á la obtención de las mercedes, sabemos todos que hay dos elementos que la hacen eficaz, la asiduidad y la reunión de muchos fieles.

Indicase la primera en la bondadísima invitación que nos dirige Cristo: *Pedid, buscad, llamad.* (Math. VII, 7).

Parécenos Dios á un buen Padre que quiere contestar los deseos de sus hijos; pero también que éstos con instancia acudan á él y como que con sus ruegos, le importunen, de suerte que ligan á El su alma con los vínculos más fuertes.

Nuestro Señor más de una vez habló de oración en común. «Si dos de entre vosotros se reúnen en la tierra, mi Padre que está en los Cielos les concederá lo que pidan, porque donde se hallen dos ó tres reunidos en mi nombre, yo estaré entre ellos.» (Math. XVIII, 19 y 20). Así dice enérgicamente Tertuliano: «Nos reunimos para situar á Dios con nuestras oraciones y como si nos cogiésemos con las manos, violencia agradable á Dios.»

Son de Santo Tomás de Aquino estas memorables frases: «Imposible que las oraciones de muchos hombres no sean escuchadas, si, por decirlo así, forman una sola.»

Ambas recomendaciones se hallan bien aplicadas al Rosario. Porque en él, en efecto, para no extendernos, redo-

EPÍSTOLA ENCÍCLICA

SOBRE LA DEVOCIÓN DEL ROSARIO

LEÓN P. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

MUCHAS veces en el transcurso de Nuestro Pontificado, atestigüamos públicamente nuestra confianza y piedad respecto á la Bienaventurada Virgen, sentimientos que abrigamos desde nuestra infancia, y que durante la vida hemos mantenido y desarrollado en nuestro corazón.

A través de circunstancias funestísimas para la religión cristiana y para las naciones, conocimos cuán propio era de Nuestra solícitud recomendar ese medio de paz y de salvación que Dios, en su infinita bondad, ha dado al género humano en la persona de su Augusta Madre, y que siempre se vió patente en la historia de la Iglesia.

En todas partes el celo de las naciones católicas ha respondido á nuestras exhortaciones y deseos; por donde quiera se ha propagado la devoción del Santísimo Rosario, y se ha producido copia de excelentes frutos. No podemos dejar de celebrar á la madre de Dios, *verdaderamente digna de todo loor*, y recomendar á los fieles el celo y el amor á María, madre de los hombres, *llena de misericordia y de gracia.*

Nuestro ánimo, lleno de apostólicos cuidados, sintiéndose acrecerse cada vez más el momento último de la vida, mira con más gozosa confianza á la que como aurora bendita, anuncia la ventura de un día interminable.

Si Nos es grato, Venerables Hermanos, el recuerdo de otras cartas publicadas en fecha determinada en loor del Rosario, oración en todos conceptos agradable á la que

blamos nuestras súplicas para implorar del Padre celestial el reinado de su gracia y de su gloria, y asiduamente invocamos a la Virgen María para que por su intercesión, nos socorra, ya que durante la vida entera estamos expuestos al pecado, ya porque en la última hora estaremos a las puertas de la eternidad.

Apropiado es también el Rosario a la oración en común, y con razón se le ha llamado *Salterio de María*. Debe renovarse religiosamente esta costumbre de nuestros mayores: en las familias cristianas, en la ciudad y en el campo, al finalizar el día y los rudos trabajos del mismo, reuníanse ante la imagen de la Virgen y se rezaba una parte del Rosario. Vivamente interesada por esta piedad filial y común, María, como la madre al hijo, protegía a las familias y les concedía los beneficios de la paz doméstica, que era como presagio de la celestial.

Considerando esa eficacia de la oración en común entre las decisiones que en varias épocas tomamos respecto al Rosario, dictamos ésta; deseamos que diariamente se recite en las catedrales y todos los días de fiesta en las parroquias (Letras apostólicas, *salutaris ille*, del 24 Diciembre 1883) «Obsérvese esta práctica con celo y constancia alegrámonos de que se observe, acompañada de otras manifestaciones solemnes de la piedad pública y de peregrinaciones a los santuarios célebres cuyo nombre debemos desear que aumente».

Esa asociación de rezos y alabanzas a María tiene mucho de tierno y saludable para las almas. Sentimoslo Nosotros y Nuestra gratitud Nos hace recordarlo, cuando en ciertas circunstancias solemnes de Nuestro Pontificado, Nos hallamos en la Basílica Vaticana, rodeados de gran número de personas de todas condiciones, que uniendo sus ánimos, votos y confianza a los Nuestros rezaban con ardor por los misterios y oraciones del Rosario a la misericordiosa protectora de la Religión católica.

¿Quién pudiera pensar y decir que la viva confianza que tenemos en el socorro de la Virgen es exagerada? Ciertamente el nombre y representación del perfecto conciliador solo conviene a Cristo, porque solo Él, Dios y hombre a la vez, volvió al género humano la gracia del Padre Supremo. Solo hay un mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, que se entregó a sí mismo como Redentor de todos. (I, Timoteo II, 5.-6.) Mas si, como enseña el Doctor

Angélico, nada impide que otros sean llamados, *secundum quid*, mediadores entre Dios y los hombres, porque colaboran a la unión del hombre con Dios, *dispositioe et ministerialiter* (III, Q. XXVI, a. 1-2), como los Angeles, Santos, Profetas, y Sacerdotes de ambos Testamentos, la misma gloria conviene plenamente a la Santísima Virgen.

Es imposible concebir que nadie para reconciliar a Dios y a los hombres haya podido o en adelante pueda obrar tan eficazmente como la Virgen. A los hombres que marchaban hacia su eterna perdición, les trajo un Salvador, al recibir la nueva de un Sacramento pacífico que el Angel anunció a la tierra, y dar su admirable consentimiento en nombre de todo el género humano. (S. Thomas, III q. XXX, a. 1.) De ella nació Jesús, Ella es su verdadera Madre, y por ende digna y gratísima *Mediadora para con el Mediador*.

Como estos misterios se incluyen en el Rosario y sucesivamente se ofrecen a la memoria y meditación de los fieles, se ve lo que significa María en la obra de Nuestra reconciliación y salvación.

Nadie puede abstraerse a un tierno afecto viendo presentarse a María en el hogar de Isabel como instrumento de las gracias divinas y cuando presenta a su Hijo a los pastores, a los Reyes, a Simeón.

Pero ¿Qué se ha de sentir pensando que la Sangre de Cristo vertida por nosotros y los miembros que presenta a su Padre son llagas recibidas en preito de *nuestra libertad*, son el mismo cuerpo y la sangre misma de la Virgen? «La carne de Jesús es, en efecto, la de María, y aunque haya sido exaltada por la gloria de la resurrección, su naturaleza quedó siendo la misma que se tomó en María» (San Agustín).

También hay otro fruto notable del Rosario, en relación con las necesidades de nuestra época. Ya hemos recordado que consiste en que, viéndose expuesta a tantos ataques y peligros la virtud de la fe divina, el Rosario da al cristiano con que alimentarla y fortalecerla eficazmente. Las divinas Escrituras llaman a Cristo «autor y consumidor de la fe» (Hob. XII, 2); autor de la fe porque Él mismo enseñó a los hombres un gran número de verdades que debían creer, sobre todo las relativas a Dios mismo y al Cristo en que reside todo El lleno de divinidad; (Col., II, 9) y porque por su gracia y en algún modo por la unión del Espíritu Santo,

les da afectuosamente los medios de creer; y consumidor de la misma fe porque Él hace evidente en el Cielo cuanto el hombre no percibe en su vida mortal más que á través de un velo, y allí cambiará la fe presente en gloriosa iluminación.

Ciertamente la acción de Cristo se hace sentir en el Rosario de una manera poderosa. Consideramos y meditamos su vida privada en los misterios gozosos, la pública hasta la muerte entre los mayores tormentos, y la gloriosa que, después de la resurrección, triunfante, se ve trasladada á la Eternidad, donde está sentado á la diestra del Padre.

Y pues que la fe para ser plena y digna debe necesariamente manifestarse, porque se erige en el corazón para la justicia, pero se confiesa la fe por la boca para la salvación. (Rom. X, 10), encontramos precisamente en el Rosario un excelente medio de confesarla. En efecto; por las oraciones vocales que forman su tejido podemos expresar y confesar nuestra fe en Dios, nuestro Padre, lleno de providencia; en la vida de la eternidad futura, en la remisión de los pecados, y también nuestra fe en los misterios de la Trinidad Santísima, del Verbo hecho carne, de la divina maternidad y en otros. Nadie ignora cuál es el valor y el mérito de la fe. Ni es otra cosa la fe que el germen escogido, del que nacen actualmente las flores de toda virtud, por las que nos hacemos agradables á Dios, donde nacerán más tarde los frutos que deben durar para siempre. «Conocerte es, en efecto, la consumación de la justicia, y su virtud es la raíz de la inmortalidad». (Sap. XV, 3).

Conviene añadir á este propósito algo de los deberes de virtud que necesariamente exige la fe. Entre ellos se halla la penitencia, que comprende la *abstinencia*, necesaria y saludable por más de un concepto. Si la Iglesia en este punto obra cada día con más indulgencia con sus hijos, comprendan éstos, en cambio, su deber de compensar con otros actos esa maternal indulgencia. Añadimos con gusto este motivo á los que nos han hecho recomendar el Rosario, que también puede producir buenos frutos de penitencia, sobre todo meditando los sufrimientos de Cristo y su Madre.

En nuestros esfuerzos para lograr el supremo bien, ¡con qué sabia providencia se Nos indica el Rosario como socorro que á todos conviene, fácilmente aprovechable, mas sin comparación con otro alguno! Aun el medianamente ins-

truido en asuntos de Religión puede servirse de él fácilmente y con utilidad, y el Rosario no toma tanto tiempo que perjudique á cualesquiera ocupación.

Los anales sagrados abundan en ejemplos famosos y oportunos, y se sabe que muchas personas cargadas de importantes quehaceres y grandes trabajos, jamás han interrumpido un solo día esta piadosa costumbre.

Bien se concilia la devoción del Rosario con el íntimo afecto religioso que profesamos á la Corona sagrada, afecto que á muchos les lleva á amarla como compañera inseparable de su vida y su fiel protectora y á estrecharla contra su pecho en lo último de la agonía, considerándola como el dulce presagio de la «incorrutable corona de la gloria». Presagio que se apoya en la copia de sagradas indulgencias, si el alma se encuentra en disposición de recibirlas. De ellas ha sido enriquecida la devoción del Rosario cada vez más por nuestros predecesores y por Nos mismo, concedidas en cierto modo por las manos mismas de la Virgen misericordiosa, utilísimas á los moribundos y á los difuntos, para que cuanto antes gocen de los consuelos de la paz tan deseada y de la luz eterna.

Estas razones, Venerables Hermanos, Nos mueven á alabar siempre y recomendar á los pueblos católicos tan excelente fórmula de piedad y de devoción tan conducente para llevar al hombre al puerto de salvación. Pero aún tenemos otro muy grave motivo que ya en Nuestras cartas y alocuciones os hemos manifestado, como abriendo de par en par nuestro corazón.

Nuestras acciones, en efecto, se inspiran más ardientemente cada día en el deseo concebido en el divino corazón de Jesús de favorecer la reconciliación en la reconciliación que apunta entre los disidentes.

Comprendemos que esa admirable unidad no puede prepararse y realizarse por mejor medio que por la virtud de las santas oraciones. Recordamos el ejemplo de Cristo, que en una dirigida á su Padre le pidió que sus discípulos fuesen «uno sólo» en la fe y en la caridad; y que su Santísima Madre dirigiera la misma ferviente oración, es indudable recorriendo la historia apostólica.

Ella nos representa la primera Asamblea de los Apóstoles, implorando á Dios y concibiendo gran esperanza en la prometedora efusión del Espíritu Santo y á la vez á María presente en medio de ellos y orando especialmente. «Todos

perseveraban en la oración con María, Madre de Jesús». (Act. 1, 14). Por eso también la Iglesia en su cuna se unió juntamente á María en la oración, como promotora y custodio excelente de la unidad, y en Nuestro tiempo con viene obrar así en el mundo católico, sobre todo en el mes de Octubre, que ha mucho tiempo, por razón de los días infaustos que corren para la Iglesia, se ha destinado á la expresada devoción, y por eso hemos querido dedicarlo y consagrarlo á María invocada en rito tan solemne.

Redúcese, por tanto, esa devoción, sobre todo para obtener la santa unidad. Nada puede ser más dulce y agradable para María que intimamente unida con Cristo, desea y anhela que los hombres todos favorecidos con el mismo y único bautismo de Jesucristo se unan á Él y entre sí por la misma fe y una perfecta caridad.

Que los augustos misterios de esta santa fe, por el culto del Rosario, penetren más hondamente en las almas para obtener el dichoso resultado de imitar lo que contienen y lograr lo que prometen.

Entre tanto, como prenda de las divinas mercedes y testimonios de nuestro efecto, os concedemos benignamente á cada uno de vosotros y á vuestro clero y pueblo la bendición Apostólica.

Dado en Roma, junto á San Pedro, el día 20 de Septiembre del año 1896, de nuestro Pontificado el décimonono.

LEÓN, PAPA XIII.



EPISTOLA ENCYCLICA
DE MARIALI ROSARIO
LEO PP. XIII
VENERABILES FRATRES

SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

REVIDENTEM plúmque animum erga Virginem beatissimam, quem inde a teneris haustum, tota vita studiumus alere et augere, iam saepius in summo Pontificatu licuit Nobis apertiusque testari. Tempora enim naoti neque calamitosa rei christianae ac populis ipsius periculosa, nempe cognovimus quanti foret ad providendum, commendare vel maxime illud salutis pacisque praesidium quod in augusta Genitrice sua benignissime Deus humano generi attribuit, perpetuo eventum in Ecclesiae fatis insigne. Hortationibus votisque Nostris multiplex gentium catholicorum solertia respondit, religione praesortim sacratissimi Rosarii excitata: neque copia desiderata est fractum optimorum. Nos tamen expleri nequaquam possumus celebranda Matre divina, quae vere est *omni laude dignissima*, et commendando amoris studio in *Matrem omnium hominum, quae plena est misericordiae, plena caritatis*. Quin etiam animus, apostolicis curia defatigatus, quo propius sentit demigrandi tempus inatere, eo contentiore fiducia respicit illam, ex qua, tamquam ex felici aurora, innocuae faustitatis haebusque processit dies. Quod si, Venerabiles Fratres, iucundum memoratu est, aliis Nos datis ex intervallo litteris collaudasse Rosarii precem, utpote quae multis modis et pergrata sit ei, cuius honori adhibetur, et eis perutilis cedat qui rite adhibeant, aeque est iucundum posse nunc idem insistere et confirmare propositum. Hinc autem praecleara se dat occasio ut mentis animosque ad religionis incrementa more psterno adhortemur, et acuemus in eis praemiorum spem immortalium.

Procedendi formae, de qua dicimus, appellatio adhaesit propria Rosarii, velut si rosarum suavilatatem venustatemque sertorum contextu suo imiletur. Quod quidem ut persaptum est instituto colendae Virginis, quae *Rosa mystica* Paradisi merito salutatur, quaeque universorum Regina stellente ibi corona praefulget, ita videtur nomine ipso

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

perseveraban en la oración con María, Madre de Jesús». (Act. 1, 14). Por eso también la Iglesia en su cuna se unió juntamente á María en la oración, como promotora y custodio excelente de la unidad, y en Nuestro tiempo con viene obrar así en el mundo católico, sobre todo en el mes de Octubre, que ha mucho tiempo, por razón de los días infaustos que corren para la Iglesia, se ha destinado á la expresada devoción, y por eso hemos querido dedicarlo y consagrarlo á María invocada en rito tan solemne.

Redúcese, por tanto, esa devoción, sobre todo para obtener la santa unidad. Nada puede ser más dulce y agradable para María que intimamente unida con Cristo, desea y anhela que los hombres todos favorecidos con el mismo y único bautismo de Jesucristo se unan á Él y entre sí por la misma fe y una perfecta caridad.

Que los augustos misterios de esta santa fe, por el culto del Rosario, penetren más hondamente en las almas para obtener el dichoso resultado de imitar lo que contienen y lograr lo que prometen.

Entre tanto, como prenda de las divinas mercedes y testimonios de nuestro efecto, os concedemos benignamente á cada uno de vosotros y á vuestro clero y pueblo la bendición Apostólica.

Dado en Roma, junto á San Pedro, el día 20 de Septiembre del año 1896, de nuestro Pontificado el décimonono.

LEÓN, PAPA XIII.



EPISTOLA ENCYCLICA
DE MARIALI ROSARIO
LEO PP. XIII
VENERABILES FRATRES

SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

REVIDENTEM plúmque animum erga Virginem beatissimam, quem inde a teneris haustum, tota vita studiumus alere et augere, iam sæpius in summo Pontificatu licuit Nobis apertiusque testari. Tempora enim nati neque calamitosa rei christianno ac populis ipsius periculosa, nempe cognovimus quanti foret ad providendum, commendare vel maxime illud salutis pacisque præsidium quod in augusta Genitrice sue benignissime Deus humano generi attribuit, perpetuo eventum in Ecclesie fatis insigne, Hortationibus votisque Nostris multiplex gentium catholicorum solertia respondit, religione præsertim sacratissimi Rosarii excitata: neque copie desiderata est fractum optimorum. Nos tamen expleri nequaquam possumus celebranda Matre divina, quæ vere est *omni laude dignissima*, et commendando amoris studio in *Matrem omnium hominum, quæ plena est misericordiarum, plena cælitum*. Quin etiam animus, apostolicis curia defatigatus, quo propius sentit demigrandi tempus inatere, eo contentiore fiducia respicit illam, ex qua, tamquam ex felici aurora, innocensæ faustitatis habitusque processit dios. Quod si, Venerabiles Fratres, iucundum memoratu est, aliis Nos datis ex intervallo litteris collaudasse Rosarii precem, utpote quæ multis modis et pergrata sit ei, cuius honori adhibetur, et eis perutilis cedat qui rite adhibeant, æquo est iucundum posse nunc idem insistere et confirmare propositum. Hinc autem præclara se dat occasio ut mentis animosque ad religionis incrementa more pæterno adhortemur, et acuemus in eis præmiorum spem immortalium.

Processi formæ, de qua dicimus, appellatio adhesit propria Rosarii, velut si rosarum suavilatatem venustatemque sertorum contextu suo imiletur. Quod quidem ut persaptum est instituto colendæ Virginis, quæ *Rosa mystica* Paradisi merito salutatur, quæque universorum Regina stellente ibi corona præfulget, ita videtur nomine ipsa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

obscure cogitum; eorumque sibi ab illo oblatum, de gaudiis ser-
tisque caelestibus. Hoc autem perspicue apparet, si quis Rosarii
marialis rationem consideret. Nihil quippe est quod Christi Domini
et Apostolorum tum praecepta, tum exemplo gravius suadent, quam
invocandi Dei extrinsecus officium. Patres deinde ac doctores com-
munerunt tantae rei esse necessitatis, ut homines eo neglecto, sibi
frustrare de sempiterna salute assequenda confidant. Quum vero cui-
quam oranti, ex rei sumptu etque ex promissione Christi, aditus
patet ad impetrandum, ex duabus, tamquam praecipue rebus, ut nemo
ignorat, maximam efficaciam trahit precatio; si perseveranter
assidua, si complurium sit in unum collata. Alterum ea declarat
plena bonitatis involucri Christi, *petite, quærite, pulsate* (1); plane
ad similitudinem parentis optimi, qui liberorum vult ille quidem in-
dulgere optatis, sed etiam gaudet se deo rogari ab eis et quasi preci-
bus fatigari, ut ipsorum animos arcibus sibi devinciat. Deal ero idem
Dominus non solum testatus est: *Si dixerit ebrius contulerint super
terram, de omni re quæcumque petierint, facta illis a Patre meo, eo
quod, ubi erant, dicit eis vel sces congregati in nomine meo, sibi enim in
nullo eorum* (2). Et quod illud Tertullianus nervose dicitur: *Coimus in
coelum et congregatorem, ut ad Deum, quas manu facta, precatio-
nibus ambiamus; hæc Deo grata eis est* (3). Illudque commemorabile
Aquilinus: *Impossibile est matorum precum non exaudiri, si ex nullis
orationibus fiat quasi una* (4). — In utroque commendatio egregie in
Rosario præstat. In hoc enim, plura ne persequamur, eisdem inge-
minandis precibus regnum gratiarum et gloriae susce a Patre caelesti.
Implere contendimus, Virginemque Matrem etiam atque etiam ob-
secrantes ut culpas obnoxios incurrere nobis deprecando velit, quum
in omni vita, tum sub horam extremam quæ gradus est ad eternita-
tem. Eiusdem autem Rosarii formulæ ad precationem communitè
habentem optime accommodata est; ut non sine causa nomen etiam
psalterii mariani obtinuerit. Atque ea religiose custodienda est, vel
redintegranda consuetudo quæ apud patres viguit, quam familiis
christianis, æque in urbibus atque in agris, id sanctum erat, ut, de-
cedente die, sub festo operum ante effigiem Virginis rite convenientes,
Rosarii cultum alterna laude persolverent. Quo ipsa fidei concordie
que obs quo admodum delectata, sic eis aderat perinde ac bona
mater in corona florum, pacis domesticæ imperiens munera,
quæ ipsi pacis pronuntiata caelestis. — Hoc quidem communis præconiis
virtute sociatis, inter ea quæ plurimè de Rosario placuit ducere,
etiam adducimus. Nobis esse in optata ut in officession singularum
et templo principaliter, in templis curialibus diebus festis singulis,
ipsum recitetur (5). Id autem constanter et studice fiat: licentes-
que videmus id fieri et propagari in aliis quoque publicæ pietatis so-

(1) Matth. VII, 7.—(2) Matth. XXIII, 19, 23.—(3) Apolog. n. XXXIX.—(4) In Feony.
Matth., c. XVIII.—(5) Litt. apost. *Solutatis vite*, datæ die XXIV decembris, an-
MDCCCLXXXIII.

lemnibus, atque in pompis peregrinantium ad insigniora templa,
quarum commendanda est frequentia invocans. — Quidam præte-
ron et pericundum et salubre animis habet ista precum laudumque
marialium consuetudo. Neque ipsi tunc maxime sensimus, ac memof
gestit animus revocare, quum per singularia quædam tempora Pon-
tificatus Nostri in basilica Vaticana adfuitis, circumfusa omnia
ordinum numero ingenti, qui una Nobiscum mente, voce, fiducia,
per Rosarii mysteria et preces enice supplicabant Adiatrici nominis
catholici præsentissimo.

Equis vero fiduciam in præsidio et opo Virginis tacto perlo collo-
catam, putare velit et arguere nimiam? Certissimo quidem perfecti
Conciliatoris nomen et partes alii nulli conveniunt quam Christi
quippe qui unus, homo idem et Deus, huiusmodi genus summo Petri
in gratiam restituerit: *Unus mediator Dei et hominum homo Christus
Iesus, qui dedit redemptionem æternam pro omnibus* (1). At veri-
si nihil prohibet, ut docet Angelicus, aliquos alios secundum quæ
dici mediatoris inter Deum et homines, prout scilicet cooperatur ad
rationem hominis cum Deo dispositores et ministrantes (2). cuiusmodi
sunt angeli sanctique eselites, prophetae et utriusque testamenti
sacerdotes, profecto eiusdem gloriæ deus Virginis excelsæ comula-
tus convenit. Nemo etenim uos cogitari quidem potest qui recon-
ciliandis Deo hominibus parum atque illa operam vel unquam con-
tulerit vel aliquando sit collaturus. Nempe ipsa ad homines in
sempiternum ruentes exitum Servatorem adduxit, iam tum scilicet
quum pacifici sacramenti nuncius, ab Angelo in terras alatum,
admirabili assensu, loco totius humanæ naturæ (3), excepit ipsa
est de qua natus est Iesus, vera scilicet eius Mater, oh eamque
causam digna et per accepta ad Mediatorem Mediatricem. — Quorum ro-
rum mysteria quum in Rosarii ritu ex ordine succedant plorum
animis recolenda et contemplanda inde simul elucet Mariæ pro-
merita de reconciliatione et salute nostra. Nec potest quisquam non
suavissimo affici quoties eam considerat, quæ vel in domo Rihabet-
hæ admistrata charismatum divinorum apparuit, vel Filium pastoris-
bus, regibus, Simeoni præbet infantem, Quid vero quum consideret
sanguinem Christi causæ nostræ profusum ac membra in quibus ille
Patri vulnera exopta, nostræ pretio libertatis, ostendit, non aliud
ea esse nisi carnem et sanguinem Virginis? *siquidem caro Iesu caro
est Mariæ; et quævis gloria resurrectionis fuerit magnificata,
eandem tamen carnem mansit et manet natura quæ suscepta est de
Maria* (4).

Sed alius quidam fructus insignis e Rosario consequitur, cum
temporum ratione omnia connexus; cuius Nos alius mentem
intulimus, Is nimirum est fructus, ut quando virtus fidei divinæ tam
multis vel periculis vel incurribus obiecta quotidie est, homini christi

(1) 1 Tim. II, 5, 6.—(2) III, q. XXVI, aa. 1, 2.—(3) S. Th. III, q. 153, a. 1.—(4) De
assumpti. II, M. P. C. v. later op. S. Aug.

liano hinc etiam bene suppetat quo alere eam possit et roborare.—
Auctorem fidei et consummatorem nominat Christum divina gloria (1); *auctorem*, eo quia docuit ipsa homines multa quae crederent, de se praecipue in quo *inhabitat omnis plenitudo divinitatis* (2), idemque gratia et velut unctione suavitatis Spiritus benigne dat unde credant, *consummatorem*, quia res per velamen in mortali vita ab eis perceptas, pandit ipse apertas in caelo, ubi habitum fidei in claritudinem gloriae commutabit. Sanè vero in Rosarii instituto luculenter eminet Christus; cuius vitam meditando conspicimus, et privatam in gaudiis, et publicam summas inter labores doloresque ad mortem, denique gloriosam—quae ab ananias triumphantis, in aeternitatem profertur sedentis ad dexteram Patris. Et quoniam fides ut plena dignaque sit, se prodant necesse est, *corde enim creditur ad iustitiam, ore autem confessio fit ad salutem* (3); propterea ad hanc etiam habemus ex Rosario facultatem optimam. Nam per eas quibus interior vocales preces, licet exprimeri ac profiteri fidem in Deum providentissimum nostri patrem, in venturi saeculi vitam, in peccatorum remissionem; etiam in mysteria Trinitatis augustae, Verbi hominis facti, maternitatis divinae atque alia. Nemo autem est necis quantum sit pretium meritisque fidei. Quippe fides non secus est ac lectissimum germen, virtutis omnis flores in praesentia emittens, quibus prohemur Deo, fructus diuinae saluturum qui perpetuo maneat. *Nosse enim deo consummatam iustitia est, et scire iustitiam et virtutem tuam radix est immortalitatis* (4).—Admonet locus ut, unum adiciamus, atque nimirum ad officia virtutum quae iure suo postulat, fides. Est inter eas poenitentiae virtus, eiusque pars etiam est *abstinentia*, non uno nomine, et debita et salutaria. In quo quidem si filios suos Ecclesia clementius in dies habet, et videant ipsi diligentiam sibi omnem esse adhibendam ut indulgentiam maternam alia compensent officia. Libet vero in hanc pariter eandem Rosarii usum cum primis proponere, qui bonos poenitentiae fructus, maximo ab angoribus Christi et Matris recolentis, atque potest efficere.

Nitentibus igitur ad summum bonorum, sane quam providenti consilio hoc Rosarii adiumentum exhibitum est, idque tam promptum omnibus atque expeditum ut nihil magis. Quis enim religione vel mediocriter institutus eo facile uti et cum fructu potest, neque res est tanti temporis quae cuiusquam negotiis efferat moram. Opportunitis clarisque exemplis abundante annales sacri, solique est cognitum multos semper fuisse, qui vel sustinentes graviora munera, vel curis operosis disenti, hanc tamen pietatis consuetudinem nullo unquam die intermisere. Quae cum res suaviter congruit intimis ille religionis sensus, quo animi erga coronam sacram feruntur, ut eam adament tamquam individuum vitae comitem fidumque praesidium;

(1) Hebr. xii, 2.—(2) Col. i, 2.—(3) Rom. x, 10.—(4) Sap. XV, 9.

eandemque in agone supremo complexi, auspiciam dulces teneant ad *inmarcescibilem gloriae coronam*. Auspicio plurimum laudent beneficia *sacrae indulgentiae*, si perinde habentur ac digni sunt: his enim ampissime Rosarii institutum a Deo nostro Nobismetipsis est actum. Esque certe et morientibus et vita factis, quasi per manus misericordiae Virginis imperitis, valde sunt profuturo, quo maturius expellat pacis lucisque perpetuae fruantur solitibus.

Haec, Venerabiles Fratres, permouet Nos, ut formam pietatis tam excellentem, tamque utilem ad capiendum salutis partem, laudare et commendare gentibus catholicis ne cossemus. Sed alia praeterea id ipsum suadet causa gravissima, de qua iam saepius litteris et allocutione animi aperimus.—Videlicet, quoniam Nos quotidie acrius ad agendum impellat id votum, quod ex divino Christi Iesu Corde concepimus, inite dissidentium reconciliationis fovendae, intelligimus quidem hanc praestantissimam salutem nulla re melius parari posse et adstringi quam sanctorum precum virtute. Obversatur exemplum Christi, qui ut alumni discipline suae essent in fide et caritate unum, effusa ad Patrem observatione rogavit. Deoque valida in idem deprecatione Matris eius sanctissimae, illustre documentum in historia est apostolica. In qua commemoratur primus Discipulorum coetus, promissam almi Spiritus amplitudinem magna spe flagitans et expectans, simulque Mariae praesentis comparentis singulariter commemoratur: *Hi omnes erant perseverantes unanimiter in oratione cum Maria matre Iesu* (1). Ut igitur ad eam, tamquam ad unitatis fœdericem et custodem eximiam, recte se Ecclesia exorietis precando adiunxit, id similiter his temporibus per orbem catholicum fieri peropportunum est: toto praesertim octobri, quem mensem iamdiu Nos divinae Matri, pro afflictis Ecclesiae temporibus implorandae, deditum sacramque solemnem Rosarii ritu volumus.—Proinde ea est ubique huiusmodi precis studium, ad propositum in primis sanctae unitatis. Neque aliud quidquam Mariae gratius acceptiusque fuerit, utpote quae Christo maxime coniuncta, maximo pere id cupiat et velit ut qui uno eodemque donati sunt eius baptismate, una omnes eademque fide perfectisque caritate cum ipso et inter se cohaerant.—Eiusdem vero fidei mysteria augusta etiam in animis per Rosarii cultum insident, eo felicissimo fructu ut *imitemur quod continent et quod promittunt assequamur*.

Interea munerum divinatorum auspicio caritatisque Nostrae testem, singulis vobis cleroque ac populo vestro Apostolicam benedictionem peramanter impertimus.

Datum Romae apud Sanctum Petrum die XX Septembris anno MDCCCXCVI, Pontificatus Nostrae decimo nono.

LEO PP. XIII.

(1) Act. I, 14.

EPÍSTOLA ENCÍCLICA

De la admirable presencia y virtud del Espíritu Santo.

ALERE
VERITAS
LEÓN P. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

El oficio divino que recibido del Padre desempeñó santísimamente por la salvación del género humano Jesucristo, á la manera que exigía, por lo que respecta al fin, que los hombres fuesen hechos participantes de una vida bienaventurada en la gloria eterna, así, en lo tocante á la duración de esta vida, pide que tengan y vivan la vida de la divina gracia, que finalmente florece en la vida celestial. A cuyo fin el Redentor no cesa de invitar con suma benignidad á todos los hombres de cualquier nación y lengua á que vengan al seno de su Iglesia: *Tenid á mi todos: Yo soy la vida; Yo soy el buen pastor*. Sin embargo, según altísimos consejos, no quiso por sí mismo completar y terminar esta misión durante su permanencia en la tierra; sino que lo que El mismo había recibido del Padre, esto mismo entregó al Espíritu Santo para que lo perfeccionase. Dignas son de recuerdo las consoladoras frases que Cristo, poco antes de abandonar el mundo, pronunció ante los apóstoles: *Os conviene que yo vaya: si yo no partiere, el Paracrito no vendrá á vosotros; mas si partiere, os le enviaré* (1).

Afirmando estas cosas, dió la razón principal de su separación y vuelta al Padre, y el provecho que había de seguirse á sus discípulos de la venida del Espíritu Santo: demostrando al mismo tiempo, que igualmente era enviado por El y por tanto que de El procedía como del Padre, y que era El que concluyese como deprecador, consolador

(1) San Juan XVI, 7.

preceptor, la obra realizada por El en la vida mortal. Providentísimamente estaba reservada á la múltiple virtud de este Espíritu, que en la creación *adornó los cielos* (1) y *llenó el orbe de tierras* (2), la perfección de la obra de su redención. Ahora bien: Nos hemos procurado constantemente, con el auxilio de Cristo Salvador, que es el príncipe de los pastores y el Obispo de nuestras almas, imitar sus ejemplos; insistiendo religiosamente en el mismo oficio suyo, encomendado á los Apóstoles, principalmente á Pedro, *cuya dignidad no decrece en su indigno heredero* (3). Guiados por este consejo cuanto hemos llevado á cabo y perseguido en el desempeño ya largo del Sumo Pontificado, deseamos conspire principalmente á dos fines. Primero; á la restauración de la vida cristiana en la sociedad civil y doméstica, en los príncipes y en los pueblos; puesto que no puede derivarse verdadera vida en todos más que de Cristo. Segundo; para fomentar la reconciliación de los que están separados de la Iglesia Católica por la fe ó por la obediencia; toda vez que esta es la voluntad ciertísima del mismo Cristo que todos se hallen juntamente unidos en un solo rebaño bajo su Pastor. Ahora bien, cuando consideramos se acerca el día del término humano, somos movidos enteramente para que la obra de nuestro Apostolado, sea la que quiera la que hasta aquí hemos llevado á cabo, la consagremos para su madurez y fecundidad al Espíritu Santo, que es el amor vivificante. A fin de que mejor y más saludablemente tenga lugar nuestro deseo hemos resuelto hablaros con motivo de la próxima solemnidad de Pentecostés de la admirable presencia y virtud del mismo Espíritu; y cuanto sobre é influya con la preclara abundancia de superiores carismas en toda la Iglesia y en el alma de cada uno. De aquí resultará, como vehémente deseamos, que se excite y vigorice en las almas la fe acerca del misterio de la Trinidad augusta, y principalmente se aumente y encienda la piedad acerca del Divino Espíritu, á quien todos los que siguen el camino de la verdad y de la justicia deben referir cuanto han recibido: pues como predicó Basilio *las disposiciones que acerca de los hombres han tenido lugar por el gran Dios y nuestro Salvador Jesucristo*

(1) Job. 31-33. (2) Sap. 1:7. (3) S. León Mag. Sermon 2.º del div. de su elección.

según la bondad de Dios, quién niega han sido cumplidas por la gracia del Espíritu? (1)

Antes de desarrollar el asunto propuesto será conveniente y útil tratar algo del misterio de la sacrosanta Trinidad. Es llamado por los doctores sagrados *Substancia del Nuevo Testamento*, á saber el más grande de todos los misterios, puesto que es como cabeza y fuente de todos; para cuyo conocimiento y contemplación han sido creados en el cielo los ángeles y en la tierra los hombres: que prefigurado en el antiguo testamento, para enseñarle con más claridad, descendió el mismo Dios de los ángeles á los hombres: ninguno él jamás á Dios; el Hijo unigénito que está en el seno del Padre ese lo manifestó (2).

Qualquiera que escriba ó hable de la Trinidad conviene tenga ante la vista lo que prudentemente amonesta el Ángelico. Cuando hablamos de la Trinidad se ha de obrar con cautela y modestia pues como dice Agustín ni se yerria en ninguna parte con más peligro, ni se busca algo con más trabajo, ni se encuentra algo más fructuoso. El peligro procede de confundir entre sí en la fe ó en el culto á las divinas personas ó en separar entre ellas la única naturaleza; puesto que esta es la fe católica que veneramos á un solo Dios en la Trinidad y la Trinidad en la unidad.

Por lo cual nuestro predecesor Inocencio XII negó enteramente algunas cosas solemnes propias al honor del Padre á los que las pedían. Y si hay ciertos días festivos para celebrar cada uno de los misterios de la Encarnación del Verbo, no hay del mismo modo una fiesta para celebrar al Verbo según tan solamente la divina naturaleza; y hasta la misma solemnidad de Pentecostés no fué introducida antiguamente simplemente para honrar al Espíritu Santo por sí, sino para recordar su advenimiento ó externa misión. Todo lo cual ha sido sabiamente establecido, para evitar que alguno por la distinción de las personas cayese en el error de distinguir la divina esencia. Por cuya razón la Iglesia, á fin de contener á sus hijos en la integridad de la fe, é instituyó la fiesta de la Sma. Trinidad, que Juan XXII mandó después celebrar en todas partes, y permitió se dedicasen á este misterio templos y altares y aprobó la orden religiosa para la redención de cautivos, dedicada y bajo el título de la Trinidad por inspiración celestial.

(1) Del Esp. Sanct. cap. 16 n.º 33 — 2) S. Juan. 3:18.

Muchas cosas confirman esta materia. El culto que se tributa á los Santos y Angeles, á la Virgen Madre de Dios y á Cristo redonda y termina en la misma Trinidad. En las preeces que se dirigen á una persona se hace mención de las demás; en la forma de las súplicas, al invocar á cada una de las Personas separadamente, se hace la invocación común; en todos los salmos é himnos la misma alabanza se hace al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; las bendiciones, los ritos, los sacramentos se hacen en nombre de la santa Trinidad. Y esto mismo hacia ya mucho tiempo que lo habia anunciado el Apóstol en esta sentencia: *Porque de Él y por Él y en Él son todas las cosas; gloria á Él eternamente* (1); significando en este pasaje la Trinidad de las Personas, y afirmando la unidad de naturaleza, que siendo una é idéntica en cada una de las Personas, procede se tribute á cada una, como á uno y mismo Dios, igual gloria eterna y majestad. Explanando este testimonio Agustín: *No se ha de tomar confesamente, dice, el dicho del Apóstol: de Él y por Él y en Él; pues dice de Él, por el Padre; por Él, por el Hijo; en Él, por el Espíritu Santo* (2).

Con gran propiedad la Iglesia acostumbra atribuir al Padre las obras en que se deja sentir el poder; al Hijo aquellas en que brilla la sabiduría; al Espíritu Santo aquellas en que se manifiesta el amor. No por que todas las perfecciones y todas las obras *ad extra* no sean comunes á las divinas Personas; puesto que las obras de la Trinidad son indivisibles, como indivisible es la esencia de la Trinidad (3) porque así como las tres Personas divinas son inseparables, así obran inseparablemente; (4) sino por cierta comparación y como afinidad que tiene lugar entre las mismas obras y las propiedades de las personas aquellas, se atribuyen á una más bien que á las otras, ó como dicen se apropian; así como de la semejanza de vestigio ó imagen que se halla en las criaturas nos valemos para manifestar á las divinas personas, así también de los atributos esenciales; esta manifestación de las personas por los atributos esenciales se dice apropiación (5).

De esta manera el Padre que es principio de toda la deidad (6) es al mismo tiempo causa eficiente de todas las

(1) Rom. XI, 36. — (2) De Trin. I. VI cap. 10-3. I cap. 6. — (3) San Agust. De Trin. I. I cap. 4 y 5. — (4) S. Agus. D. d. 10. — (5) S. Thom. 1.º part. quest. 39. art. 7.º — (6) S. Agus. De Trin. D. d. 1. cap. 20.

cosas de la Encarnación del Verbo y de la santificación de las almas *ex ipso sunt omnia*; de Él y por el Padre. Mas el Hijo Verbo *imagen de Dios*, es la causa ejemplar de la que todas las cosas reciben la forma y la belleza, el orden y el concierto; el cual es para nosotros cam'no, verdad, vida, reconciliador del hombre con Dios *per ipsum sunt omnia*; por Él, por el Hijo. Finalmente el Espíritu Santo es la causa última de todas las cosas, puesto que así como la voluntad descansa en todas las cosas como en su fin, no de otra manera Él que es la divina Bondad y la misma Caridad entre el Padre y el Hijo, perfecciona y completa con cierto impulso suave y eficaz la obra misteriosa de la sempiterna salud de los hombres *In ipso sunt omnia*. En Él, por el Espíritu Santo.

Ahora bien, conservado inviolable y fielmente el estudio de la religión, debido a toda la beatísima Trinidad, y que es preciso inculcar una y otra vez en el pueblo cristiano, nuestra exhortación se dirige a exponer la virtud del Espíritu Santo. —Primariamente conviene mirar a Cristo, fundador de la Iglesia y Redentor del género humano. Ciertamente entre todas las obras de Dios *ad extra* sobresale el misterio de la Encarnación del Verbo, en el cual de tal manera brilla la luz de las divinas perfecciones que ni es posible pensar nada superior ni puede haber nada más saludable a la naturaleza humana. Tan gran obra, aun cuando es de toda la Trinidad, sin embargo se atribuye como propia al Espíritu Santo: de tal manera que los Evangelios digan de la Virgen: *Ha sido hallada en el seno teniendo del Espíritu Santo, y lo que ha nacido en ella es del Espíritu Santo* (1). Y con razón se atribuye al que es la caridad del Padre y del Hijo; puesto que *este gran Sacramento de piedad* (2) procede de la gran caridad de Dios para con los hombres, como advierte Juan: *Así amó Dios al mundo que le dió su Unigénito Hijo* (3). Añádase que en Él la humana naturaleza ha sido levantada a la unión *personal* con el Verbo; cuya dignidad no ha sido dada por mérito alguno sino por pura gracia y por lo tanto como por don propio del Espíritu Santo. Refiriéndose a esto Agustín: *Este modo, dice, por el cual nació Cristo del Espíritu Santo nos insinúa la gracia de Dios por la cual el hombre sin mérito precedente alguno en el mismo primer principio de su naturaleza, en el que comenzó a ser, se uniese al Verbo de Dios*

(1) S. Mat. 1-18 y 20. — 2. 1.º a Timoteo cap. 3-10. — (3) S. Juan cap. 3-16.

en tanta unidad de persona que uno mismo fuese el Hijo de Dios y el Hijo del hombre y el Hijo del hombre y el Hijo de Dios (4).

Por la virtud del Espíritu divino no solamente tuvo lugar a concepción de Cristo, si que también la santificación de su alma que se llama en los Sagrados Libros *unción* (5) y de tal manera toda su acción *se realizaba presente el Espíritu* (6) principalmente en su sacrificio: *Por el Espíritu Santo se ofreció a sí mismo immaculado a Dios* (4). El que medite estas cosas no extrañará que todos los carismas del Espíritu Santo allanasen el alma de Cristo. Puesto que en Él se asentó una abundancia de gracia singularmente llena en el modo más grande y con la mayor eficacia que puede tenerse; en Él todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, las gracias gratis dadas, las virtudes, todos los dones, ora anunciados en las profecías de Isaías, (5) ora significados en aquella admirable palabra del Jordán cuando Cristo con su Bautismo consagró las aguas para el nuevo Sacramento.

A cuyo pasaje conviene admirablemente aquello de Agustín: *Es absurdísimo decir que Cristo, siendo ya de treinta años, recibió el Espíritu Santo, sino que vino al Bautismo sin pecado pero no sin el Espíritu Santo. Entonces, pues, esto es, en el Bautismo, se dignó prefigurar a su cuerpo, es decir, a la Iglesia en la que los bautizados reciben principalmente el Espíritu Santo* (6). Y así por la constante presencia del Espíritu Santo sobre Cristo y su íntima virtud en su alma se personificaba la doble misión del mismo Espíritu, es a saber, la que manifiestamente aparece en la Iglesia, y la que secretamente se ejerce en las almas de los justos.

La Iglesia que ya concebida, había nacido del costado mismo del segundo Adán como dormiente en la Cruz, se manifestó a los hombres por vez primera de un modo admirable en el celeberrimo día de Pentecostés. En el mismo día el Espíritu Santo comenzó a derramar sus beneficios sobre el cuerpo místico de Cristo con aquella admirable efusión, que el profeta Joel había visto de lejos (7). Pues el Paraíso se puso sobre los Apóstoles para que como nuevas coronas espirituales por medio de las lenguas de fuego se impusiesen a sus cabezas. (8).

(1) Encic. cap. 40. — 2) Act. Apóst. 10-38. — (3) S. Basilio de Esp. Sanct. cap. 16. — (4) A los Hebreos. 9-11. — (5) Is. 41 y 42 y 3. — (6) De Trinit. 10. 15, cap. 16. — (7) Cap. 2-28 y 29. — (8) S. Ciriil. Hípor. Catech. 11.

Entonces los Apóstoles *descendieron del monte*, como escribe Crisóstomo, *no llevando en sus manos como Moisés tablas de piedra sino llevando rodeada su mente del Espíritu y derramando un tesoro y fuente de dogmas y carismas* (1). Así ciertamente tenía lugar lo último que Cristo había prometido á sus Apóstoles de enviarles el Espíritu Santo, que completase y en efecto modo sellase con su inspiración el depósito de la doctrina revelada: *Aun tengo que deciros muchas cosas, pero no podéis recibirlos aún; cuando viniere aquel, Espíritu de verdad os enseñará toda verdad* (2). Este pues que es Espíritu de verdad, como procedente á un tiempo del Padre, que es la verdad eterna, y del Hijo, que es la verdad substancial, recibe de uno y otro, juntamente con la esencia, toda cuanto hay amplitud de verdad: Cuya verdad reparte y distribuye á la Iglesia, cuidando, con su constante auxilio y presencia, que jamás esté expuesta á error, y que la semilla de la divina doctrina pueda desarrollarse en ella en todo tiempo y ser fructuosa para la salud de los pueblos. Y puesto que la salud de los pueblos, para la que ha nacido la Iglesia, pide que este oficio se prosiga perpetuamente, recibe en consecuencia del Espíritu Santo una perenne vida y virtud que conserva y aumenta la Iglesia: *Yo rogaré al Padre y os dará otro Paráclito, para que permanezca con vosotros eternamente, espíritu de verdad* (3). Por El son constituidos los Obispos, por cuyo ministerio no solamente son engendrados hijos, si que también padres, esto es, Sacerdotes para regirla y nutrirla con la misma sangre con que fué redimida por Cristo: *El Espíritu Santo puso á los Obispos para regir la Iglesia de Dios, que adquirió con su sangre* (4). Unos y otros, Obispos y Sacerdotes, han recibido el cargo insigne del Espíritu de perdonar los pecados con potestad, según aquello de Cristo á los Apóstoles: *Recibid al Espíritu Santo, á los que perdoneis los pecados les serán perdonados, y á los que les retuviereis les serán retenidos* (5).

Que la Iglesia es una obra enteramente divina como ningún otro argumento se confirma más claramente que con el esplendor y gloria de los carismas con que por todas partes está adornada; siendo el dador y autor el Espíritu Santo.

Y baste para afirmar esto, que siendo Cristo la cabeza de la Iglesia, el Espíritu Santo es su alma: *Lo que es en*

(1) En S. Mat. Homil. 1.^a 2.^a nd Corint. 3.3.—(7) S. Juan 16.22 y 12.7—(3) S. Juan 14.16 y 17.—(4) Aut. apoc. 2.28.—5) S. Juan 20.22 y 23.

nuestro cuerpo el alma, eso es el Espíritu Santo en el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia (1). Y siendo esto así en manera alguna es lícito pensar y esperar en otra mayor y más abundante manifestación y ostensión del divino Espíritu, puesto que la que al presente se tiene en la Iglesia, es máxima y permanecerá cuanto permanezca la Iglesia, esto es, hasta que abandonando el estado de milicia sea conducida á la alegría de los que triunfan en la sociedad celestrial.

Cuanto y cómo el Espíritu Santo obre en las almas de cada uno no es menos digno de admiración que difícil de ser entendido, por lo mismo que se escapa á toda mirada de sentido.

Esta efusión del Espíritu es de tanta abundancia que el mismo Cristo, de cuyo cargo se aprovecha, dijo que era semejante á un río abundantísimo, según se lee en S. Juan: *El que cree en Mí, como dice la Escritura beutarán de su seno ríos de agua viva: cuyo testimonio explicó el mismo Evangelista, diciendo: Dijo esto del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en El* (2).

Y es cierto que en los mismos hombres justos que fueron antes de Cristo inhabitó por la gracia el Espíritu Santo, como se halla escrito de los profetas, de Zacarías, de Juan Bautista, de Simeón y de Ana; más no se dió el Espíritu Santo en Pentecostés de tal modo que entonces comenzase á ser primeramente inhabitador de los Santos, sino para inundar más copiosamente, llenando con sus dones, no incoñando, y por lo tanto, no nuevo en la obra por lo mismo que más abundante en largueza (3). Pero si aquellos que eran reenumerados entre los hijos de Dios eran casi de la misma condición que si fuesen siervos, por que el hijo *no se diferencia del siervo mientras está bajo tutores y autores* (4), y á más de que la justicia en ellos no era sino por los méritos del Cristo, que habia de venir, la comunicación del Espíritu Santo hecha después de Cristo es mucho más copiosa, como excede en precio la cosa pactada á la prenda, y como excede la verdad á la imagen. Esto mismo afirmó Juan: *Aun no habia sido dado el Espíritu porque Jesús no era glorificado* (5). Inmediatamente que Cristo ascendiendo á lo alto gozó de la gloria de su reino, adquirida con tanto trabajo, manifestó con gran munificencia las riquezas del Espiri-

(1) S. Agus. serm. 187 de Tempore.—(2) S. Juan, cap. 7. 37 y 38.—(3) S. Leo M. Homilia 3 in Pentecost.—(4) Ad. Galat. 4.1 y 2.—(5) S. Juan 7.39.

tu Santo: *Dió dones á los hombres* (1). Pues aquella cierta donación y misión del Espíritu Santo después de la clarificación de Cristo había de ser tal cual jamás antes lo había sido, ni antes había sido nula, sino que no había sido tal (2). Y en verdad la naturaleza humana es esencialmente sierva de Dios: *La criatura es sierva, nosotros somos siervos de Dios según la naturaleza* (3) y también por la común culpa toda nuestra naturaleza cayó en el mismo vicio y degradación de tal modo que éramos enemigos de Dios: *éramos por la naturaleza hijos de ira* (4). Ni había fuerza capaz de levantarnos y vindicarnos de tal ruina y sempiterno castigo. Mas esto lo hizo Dios creador de la humana naturaleza sumamente misericordioso por medio de su Unigénito: Por cuyo beneficio aconteció que el hombre fuese restituído á la altura y nobleza de donde había caído con más abundante riqueza de dones. Ninguno puede manifestar cuál sea la obra de la divina gracia en las almas de los hombres; los que son llamados por esto mismo ya en las Sagradas Escrituras ya en los escritos de los Padres de la Iglesia, regenerados, criaturas nuevas, participantes de la divina naturaleza, hijos de Dios, deíficos y otras alabanzas semejantes. Ahora bien, tan grandes bienes no sin razón se deben como propios al Espíritu Santo.

El es el Espíritu de adopción de los hijos en el cual clamamos *Abba, Pater*; El mismo es el que inunda los corazones con la suavidad de su amor paternal; *El mismo Espíritu da testimonio á nuestro espíritu de que somos hijos de Dios* (5). A declarar esta verdad contribuyen oportunamente aquellas cosas, que consideró el Angélico, la semejanza entre una y otra obra del Espíritu Santo; puesto que por El mismo Cristo fué concebido en Santidad para ser hijo natural de Dios y los demás son santificados para ser hijos adoptivos de Dios (6). Así con mayor nobleza que en la naturaleza sucede que la espiritual generación trae su origen del amor, esto es, del amor increado.

Los principios de esta regeneración y renovación del hombre están en el Bautismo: en cuyo Sacramento, arrojado del alma el espíritu inmundo, se derrama primeramente el Espíritu Santo, haciéndola semejante á sí: *Lo que nace del Espi-*

(1) A los Efez. 4-8. (2) S. Agus. de Triant. lib. 4, cap. 29. (3) S. Cirilo de Alej. tesoro lib. 5, cap. 5.—(4) A los Efesios, 2-4.—(5) A los Rom. 8, 15 y 16.—(6) S. Thom. III pan. quest. 32, art. 1.^o

ritus espíritu (1). El mismo Espíritu se da á sí mismo como don más abundantemente por la Sagrada Confirmación para constancia y fuerza de la vida cristiana; del cual procedió ciertamente la victoria y triunfo de los mártires y de las vírgenes de los peligros y corrupción. Decimos que el mismo espíritu se da á sí mismo en don: *la caridad de Dios se difunde en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos da* (2). El en verdad no solamente nos llena de divinos dones sino que es el autor de ellos y El mismo es don supremo, que procediendo del mutuo amor del Padre y del Hijo con razón se tiene y es llamado *don de Dios altísimo*. A fin de que más claramente aparezca la naturaleza y fuerza de este don conviene recordar las cosas que, enseñadas en las Sagradas Escrituras, explicaron los sagrados doctores, esto es, que Dios se halla presente á todas las cosas y está en ellas, por potencia en cuanto todas se hallan sujetas á su potestad, por presencia en cuanto todas están abiertas y demudas á sus ojos, por esencia en cuanto se halla en todas como causa de su ser (3). Mas en el hombre no está Dios tan solamente como en las cosas sino que más ampliamente es conocido y amado por él, cuando, dejándonos conducir por la naturaleza, amamos, deseamos y buscamos espontáneamente el bien. Además Dios por la gracia inhabita en el alma justo como en templo de un modo casi íntimo y singular; de lo cual se sigue aquella necesidad de caridad por la cual el alma íntimamente se une y adhiera á Dios más que el amigo al amigo más querido, y goza de él plena y suavemente.

Esta admirable unión, que recibe el nombre de inhabitación, tan solamente se diferencia en la condición ó estado de aquella de que Dios llena á los bienaventurados beatificados, y aunque realmente tiene lugar por la presencia de toda la Trinidad *vendremos á él y haremos mansión junto á él* (4) sin embargo se predica como peculiar del Espíritu Santo; y en verdad hasta en el hombre malo aparecen vestigios de la divina potencia y sabiduría; pero de la caridad, que es como nota propia del Espíritu Santo, ninguno es participante más que el justo.

Perfectamente concuerda con esto aquello de llamar Santo al mismo Espíritu; puesto que él primero y sumo amor

(1) S. Juan, 3, 7.—(2) A los Rom. 5, 5.—(3) S. Thom. I part. usual. 4 art. 3.^o—(4) S. Juan 14, 23.

mueve y obra en las almas para la santidad que finalmente se contiene en el amor á Dios. Por lo cual el Apóstol, cuando llama á los justos templo de Dios, no les llama tales expresamente del Padre ó del Hijo sino del Espíritu Santo: *Ignoratis que vestros miembros son templo del Espíritu Santo que está en vosotros que le habéis recibido de Dios?* (1). La abundancia de dones celestiales se obtiene de muchas maneras por la inhabitación del Espíritu Santo en las almas piadosas. Pues doctrina es de Santo Tomás que aunque el Espíritu Santo proceda como amor procede en razón de don primero; de donde dice Agustín que por el don que es el Espíritu Santo muchos dones propios se distribuyen á los miembros de Cristo (2). Hállanse entre estos dones aquellos ocultos llamamientos é inspiraciones que se suscitan en las mentes y almas por la moción del Espíritu Santo, y que si faltasen ni habría principio de vida buena ni progreso ni éxito de salud eterna. Y puesto que tales llamamientos y mociones se hacen ocultamente en las almas, aptísimamente en las Sagradas Escrituras se asemejan alguna vez al silbido del aura que viene; las cuales el Angélico doctor sabiamente hace corresponder á los movimientos del corazón cuya virtud se halla oculta en el sér: el corazón tiene cierta influencia oculta y por consiguiente se compara al corazón el Espíritu Santo que invisiblemente vivifica y une la Iglesia (3).

Esta obra se realiza con más amplitud en el hombre justo que vive la vida de la divina gracia y obra por las oportunas virtudes como por facultades, por aquellos siete dones que propiamente se llaman del Espíritu Santo. Por beneficio de ellos el alma se instruye y se fortalece para seguir más fácil y prontamente sus voces é impulsos; tanta es la eficacia de estos dones que le conducen á la cumbre de la santidad; tanta su excelencia que perseveran los mismos aunque perfeccionados en el reino celestial. Merced á ellos el alma llena de carismas es inducida y llevada á desear y conseguir las evangélicas bienaventuranzas que como flores nacidas en primavera son indicio y presagio de la eterna bienaventuranza. Finalmente son felices aquellos frutos enumerados por el Apóstol (4) que el Espíritu Santo engendra y produce en los hombres justos hasta en esta miserable

(1) 1.ª a los corint. 6.º 16.—(2) Summa Theol. parte 1.ª quest. 88, art. 2.ª.—(3) Summa Theol., parte tercera, enclat. 8.ª art. 1.ª ad tertium.—(4) Ad Galat. 5.º 22.

vida llenos de toda dulcedumbre y gozo, como deben ser los del espíritu que es en la Trinidad la suavidad del Generante y del Engendrado y que con largueza derrama la fecundidad del Unigénito en todas las criaturas (1). Así el divino Espíritu, procedente del Padre y del Hijo en eterna lumbré de santidad, amor y don al mismo tiempo, después de haberse manifestado por el velo de imágenes en el Antiguo Testamento derrama la abundancia de sí mismo en Cristo y en su cuerpo místico que es la Iglesia; y levanta con su gracia y saludable presencia á los hombres sumidos en maldad y corrupción, para que no como terreros de tierra sino celestes de cielo busquen y deseen cosas celestiales. Todas estas cosas, como sean tantas y declaren admirablemente la Bondad del Espíritu Santo en nosotros, á su vez nos exigen que procuremos con todo empeño dedicarle obras de obsequio y piedad.

Seguramente que los hombres cristianos harán esto con rectitud si procurasen cada día con mayor empeño conocerle, amarle y pedirle. A cuyo fin se dirige á los mismos esta exhortación según espontáneamente dice del ánimo paternal.

Tal vez ni aún hoy mismo faltan entre ellos quienes habiendo sido interrogados de la misma manera por el Apóstol San Pablo, si habían recibido el Espíritu Santo, respondan del mismo modo; *pero ni hemos oído si existe el Espíritu Santo* (2), por lo menos muchos ciertamente sienten gran deficiencia en su conocimiento; cuyo nombre usan frecuentemente en sus actos religiosos, pero con aquella fe que se halla rodeada de crasas tinieblas. Por lo cual tengan en cuenta cuantos son predicadores sagrados y curas de almas que á ellos pertenece enseñar al pueblo diligente y claramente las cosas que se refieren al Espíritu Santo; pero de tal modo que se separen de las controversias difíciles y sutiles y se desvien de la perversa necesidad de aquellos que temerariamente quieren profundizar todas las cosas hasta los divinos misterios. Lo que principalmente se ha de conmemorar y explicar con toda claridad son los muchos y grandes beneficios que constantemente nos vienen de este dador divino, para que el error y la ignorancia de tantas cosas, indigna de los hijos de la luz, enteramente desaparezca. En esto insistimos no solamente porque se refiere á un ministerio por el cual so-

(1) S. Agus. de Trinit. lib. 6, cap. 2.—(2) Act. Ap. 19.º 2.

mos dirigidos próximamente a la vida eterna, por cuya razón es necesario crearle firmemente, si que también, porque el bien cuanto más clara y plenamente se conoce con más intensidad se quiere y ama. Pues al Espíritu Santo, como ya hemos advertido, se le debe amor porque es Dios: *Amara el Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fortaleza* (1). Y ha de ser amado por es el amor substancial eterno y primero: nada hay más amable que el amor, mucho más porque nos ha llenado de beneficios, que así como atestiguan la benevolencia del donante así piden gratitud en el ánimo del que recibe. Este amor tiene doble y no pequeña utilidad. Pues no solamente nos incita á tener en esta vida noticia más clara del Espíritu Santo; el amante, como dice Santo Tomás, no se contenta con la aprensión superficial del amado sino que se empeña en conocer cada una de las cosas que intrínsecamente le pertenecen y así entra en su interior como del Espíritu Santo que es amor de Dios se dice que examina hasta lo profundo de Dios (2), sino que nos proporciona mayor abundancia de celestiales dones por lo mismo que al contrair la mano y el ánimo del donante dilata su gratitud y recuerdo. Se ha de procurar también con todo empeño que este amor sea tal que no se limite á un árido pensamiento y externo obsequio sino que aproveche para obrar y alejarse principalmente de la culpa que resulta más injuriosa al Espíritu Santo con cierto peculiar nombre. Cuanto somos, tanto somos por la divina Donad, que se atribuye principalmente al Espíritu Santo: á tan benigno bienhechor ofende el que peca y el que, abusando de sus dones y confiando cada día más en su bondad, se hace insolente.

Para esto siendo el espíritu de verdad si alguno falta por enfermedad ó ignorancia tal vez tenga alguna excusa carente de Dios; mas él que por malicia se opone á la verdad ó se separa de ella peca gravísimamente contra el Espíritu Santo. Lo cual de tal modo acontece en nuestra época, que parecen llegados los tiempos anunciados por S. Pablo, en los cuales, obsecados los hombres por justos juicios de Dios, reputan las cosas falsas como verdaderas y al príncipe de este mundo, que es mentiroso y padre de la mentira, le creen como á maestro de la verdad: *Dios les enviará operación de error*

(1) Deut. 6, 5.—(2) S. Thomas Summa prima secundae quest. 58, art. 2.^o

para que crean á la mentira (1), en los últimos tiempos se separarán algunos de la fe atendiendo á los espíritus del error y á la doctrina de los demonios (2). Puesto que el Espíritu Santo, como arriba hemos dicho, habita en nosotros como en su templo, se ha de persuadir aquello del Apóstol: *No queráis contristar al Espíritu Santo de Dios en el cual estais señalados* (3). Para esto no ha de huir de las cosas indignas: sino que el hombre cristiano debe resplandecer en toda alabanza de virtud, á fin de que agrade á huesped tan grande y tan benigno, principalmente en castidad y santidad; la castidad y la santidad son propias del templo. De aquí el mismo Apóstol: *Ignorais que sois templo de Dios, Dios le pariderá; pues el templo de Dios es santo que sois vosotros* (4), terribles amenazas en verdad, pero justísimas.

Por último conviene rogar y pedir al Espíritu Santo, cuyo auxilio y protección no hay quien no necesite en gran manera. Cuanto uno está más necesitado de consejo, enfermo de fuerzas, agobiado de trabajos, inclinado á las cosas prohibidas, tanto más debe acercarse al que es fuente perenne de luz, de fortaleza, de consuelo y de santidad.

Y principalmente es necesario al hombre y debe pedirle el perdón de los pecados: propio es del Espíritu Santo, por lo mismo que es don del Padre y del Hijo; la remisión de los pecados se hace por el Espíritu Santo como por don de Dios (5); de cuyo espíritu manifiestamente se dice en el Misal: *El es remisión de todos los pecados* (6). Como ha de ser invocado apísimamente lo enseña la Iglesia que le compele y suplica con suavísimos y especiales nombres: *Ven, Padre de los pobres. Ven, dador de los dones. Ven, luz de los corazones, consolador desado, dulce huesped del alma, dulce refrigerio; y al mismo implora encarecidamente que limpie, sane y riegue las mentes y los corazones, que de á los que confían en El el mérito de la virtud, el éxito de la salvación y el goce perenne. Ni es hecho dudar en modo alguno que oiga estas plegarias aquel de quien leemos: *el mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos inenarrables* (7).*

Finalmente se le ha de suplicar con confianza y constancia que diariamente nos llustre más y más con su luz y nos encienda con los ardores de su caridad; así pues, fortalecidos

(1) Il. Terat. 2, 10.—(2) I. 4. Timot. 4, 1.—(3) I. 1. Cor. 3, 16, 17.—(4) S. Paul. 1. Cor. 3, 16.—(5) Misal Romano For. 3.^a post. Vñ.—(6) A los Rom. 8, 26.

con la fe y con el amor, trabajaremos con denuedo por los premios eternos, puesto que El es la *prenda de nuestra heredad* (1).

Teneis, Venerables Hermanos, lo que ha parecido decir instruyendo y exhortando, para fomentar el culto del Espíritu Santo; en manera alguna dudamos que por virtud principalmente de vuestro trabajo y cuidado han de producir frutos saludables en el pueblo cristiano. Jamás ha de faltar para perseguir este fin cosa alguna por parte nuestra y tenemos determinado proveer y atender por los medios que parezca más oportuno este fin tan piadoso é importante. Entre tanto, puesto que en el bien anterior y en las letras *Provida matris* recomendamos a los católicos en la solemnidad de Pentecostés peculiares oraciones para conseguir el bien de la unidad cristiana, parece oportuno determinar acerca de esto algunas cosas. Determinamos pues y mandamos que por toda el urbe católico en este año y perpetuamente en los años siguientes se suplique durante nueve días, antes de Pentecostés, en todos los templos parroquiales y, si pareciere útil á los ordinarios de los lugares, también en otros templos y oratorios.

A todos los que asistieren á este novenario y oraren, según Nuestra intención, les concedemos en cada día siete años y siete cuarentenas de indulgencia; y plenaria en cualquiera de dichos días ó en el mismo de Pentecostés ó en cualquiera de los ocho siguientes, si confesados y comulgados orasen piadosamente según Nuestra intención. Es Nuestra intención que puedan gozar igualmente de estos beneficios cuantos impedidos por legítima causa no puedan asistir á los citados ejercicios ó donde, según la prudencia del Ordinario, ni hubiere templo en que cómodamente pueda hacerse, si hacen privadamente la Novena y cumplen las demás condiciones. Además Nos es grato conceder *in perpetuum* del tesoro de la Iglesia que si alguno pública ó privadamente dedica algunas oraciones al Espíritu Santo según su piedad diariamente durante la Octava de Pentecostés hasta la fiesta de la Trinidad inclusiva, observando por otra parte las condiciones arriba expuestas, le sea lícito conseguir una y otra indulgencia. Todos estos dones de indulgencia concedemos misericordiosamente en el Señor que pueden aplicarse en el sufragio de las almas piadosas atormentadas con

(1) A los Ejes. 3-14

el fuego del purgatorio. Ya Nuestro pensamiento y ánimo se levanta á aquellos deseos que manifestamos en el principio, cuyo cumplimiento pedimos y pediremos con grandes ansias al divino Espíritu. Procurad, Venerables Hermanos, unir vuestras oraciones con las Nuestras y que exhortándoos Vosotros una las suyas con las vuestras el pueblo cristiano bajo la protección poderosa y conciliadora de la Virgen Beatísima.

Que relaciones tan íntimas y admirables existan entre el Espíritu Santo y Ella, que con razón se llama su Esposa Inmaculada, perfectamente las conocéis.

Por tanto la intercesión de la Virgen valió mucho para el misterio de la Encarnación y para el advenimiento del mismo Paráclito sobre los Apóstoles. Dignese Ella robustecer con su sufragio las comunes oraciones para que en todas las naciones, llenas de tantas miserias, se restauren felizmente los divinos prodigios por el divino Espíritu, según se manifiesta en la profecía de David: *Enciárás tu Espíritu y serán creados y renovarás la faz de la Tierra*. (1).

Como presagio de los celestiales dones y testimonio de Nuestra benevolencia, os concedemos amantísimamente en el Señor, á Vosotros, Venerables Hermanos, y á vuestro clero y pueblo la Bendición Apostólica.

Dado en Roma junto á S. Pedro el día IX de Mayo del año MDCCCLXXXVII, vigésimo de Nuestro Pontificado.

LEÓN, PAPA XIII.

(1) *Salm. CIII-30.*





EPISTOLA ENCYCLICA

De praesentia et virtute mirifica Spiritus Sancti.

LEO PP. XIII

VENERABILES FRATRES

SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

DIVINUM illud munus quod humani generis causa a Patre acceptum Iesus Christus sanctissimo obiit, sicut eo semper ad ultimum spectat, ut homines vitae compotes fiant in sempiterna gloria beatæ, ita huc proximo attinget per succelli cursum, ut divinae gratiæ habeant colantque vitam, quæ tandem in vitam floreat caelestem. Quamobrem omnes ad unum homines cuiusvis nationis et linguae Redemptor ipse invitare ad sinum Ecclesiæ suæ summæ benignitate non cessat: *Venite ad me omnes; Ego sum, etia; Ego sum pastor bonus.* Hic tamen secundum altissimam quaedam consilia, eiusmodi munus notum quidem per se in tercis usqueque officere et explere; verum quod ipse traditum a Patre habebat, idem Spiritus Sancto tradidit perficiendum. Atque iucunda memorato ea sunt quæ Christus, paulo ante quam terras reliqueret, in discipulorum coetu affirmavit: *Expediit vobis ut ego eundem; si enim non abiero, Paracletus non veniet ad vos; si autem abiero mittam quem ad vos* (1). Hæc enim affirmans, eandem discipulis sui reditusque ad Patrem eam potissimum, atulit, utilitatem ipsi alumnis suis profecto accessuram ab adventu Spiritus Sancti; quem quidem una monstravit, a se sequi mitti alique adeo procedere sicut a Patre; eundemque fore qui opus a semetipso in mortali vita exactum, deprecator, consolator, preceptor, absolvet. Multiplici nempe virtuti huiusmodi Spiritus, qui in procreatione mundi ornatus cælestis (2), et repletit orbem terrarum (3), in eandem redemptione perfectio operis erat providentissime reservata.—Imvero Christi Servatoris, qui princeps pastorum est et episcopus animarum nostrarum, exempla Nos imitari, ipso opitulante, continenter studuimus; religiose insistentes idem ipsius munus, Apostolis creditum in primisque Petro,

(1) Ioann. XXI, 7.—(2) Ioh. XXXI, 12.—(3) Sap. I, 7.

cuius etiam dignitas in indigno herede non deficit (4). Hoc adducti consilio, quascumque in perfensione iam diluturna summi pontificatus aggressi sumus iustandoque persequimur, ea conspiciamus voluimus ad duo præcipue. Primum, ad rationem vitæ christianæ in societate civili et domestica, in principibus et in populis instaurandam; propterea quod nequaquam nisi a Christo versis in omnes profuerit vitæ. Tum ad eorum fovendam reconciliationem qui ab Ecclesia catholica vel fide vel obsequio dissident; quum hæc eiusdem Christi certissima sit voluntas, ut si omnes in unico Ovili sub suo Pastore uno censeantur. Nunc autem, quum humani exitus adventantem diem conspiciamus, omnino permovemur animo ut Apostolatus Nostræ operam, qualemcumque adhuc deduximus, Spiritui Sancto, qui Amor vivificans est ad maturitatem fecunditatemque commendemus. Pæpocatum Nostrum quo melius uberiusque eveniat deliberatum habemus alloqui vos per sollempnis proxima sacræ Pentecostes de praesentia et virtute mirifica eiusdem Spiritus; quantopere nimirum et in tota Ecclesia et in singulorum animis ipse agat efficiatque præclera copia charismatum supererorum. Indefiat, quod vehementer optamus, ut fides excitetur vigetque in animis de mysterio Trinitatis augustine, ac præsertim pietas auguratur et calvat erga divinum Spiritum cui plurimum omnes acceptum referre debent quotquot vias veritatis et iustitiae sectantur; nam, quemadmodum Basilus prædicavit, *Dispensationes circa hominem quæ factæ sunt a magno Deo et servatore nostro Iesu Christo iuxta bonitatem Dei, quis negat per Spiritus gratiam esse adimpletas?* (2).

Antiquam rem agredimur institutum, nonnulla de Trinitatis sacrosanctissimo mysterio placet atque utile erit attingere. Hoc namque substantia novi testamenti à sacris doctoribus appellatur, mysterium videlicet unum omnium maximum, quippe omnium valui fons et caput; cuius cogitandi contemplandique opus in cælo angeli, in terris homines procreati sunt, quod in testamento veteri adbramatum, ut manifestius doceret, ab angelis ad homines Deus ipse descendit: *Ideum nemo vidit unquam. Unigenitus Filius qui est in sinu Patris, ipse enarravit* (3). Quisquis igitur de Trinitate scribit aut dicit, illud ob oculos tenet oportet quod prædentat monet Angelicus: *Quam de Trinitate loquimur cum cautela et modestia est opendum, quia, ut Augustinus dicit, nec periculosius olicubi erratur, nec laboriosius aliquid quaeritur, nec fructuosius aliquid invenitur* (4). Periculum autem ex eo fit, ne in fide sui in cultu vel divitiae inter se Personæ eos fœderantur vel iusticia in ipsa natura separantur; nam, *fides catholica hæc est, ut unum Deum in Trinitate et Trinitatem in unitate veneremus.* Quare Innocentius XII, decessor Noster, sollempnis quaedam honoris Patris propria postulante omnino negavit. Quod si singula incarnati Verbi mysteria certis diebus festis celebrantur, non tamen

(1) S. Leo M. ser. II, in omnia, ante rem.—(2) De Spiritu Sancto, c. XVI, n. 39.—(3) Ioann. I, 18.—(4) Sæcul. II, l. 1, c. XXV, a. 2.—De Trinitate, l. I, c. 1.

proprio illo festo celebrantur, Verbum, secundum divinam tantum naturam; atque ipsa etiam Pentecostes sollemnis non ideo inducta antiquitas sunt, ut Spiritus Sanctus per se simpliciter honoraretur, sed ut eiusdem recoleretur adventus sive externa missio. Quae quidem omnia sapienti consilio sancta sunt, ne quis forte a distinguendis Personis ad divinam essentialiter distinguendam prolaberetur. Quin etiam Ecclesia ut in fidei integritate filios contineret sanctissimo Trinitatis fœrum instituit, quod Ioannes XXII deinde iussit ubi ique agendum; tum altaria et templa eidem dicari permisit; atque Ordinem religiosorum captivis redimendis, qui Trinitati devotus omnino est cuiusque titulo gaudet, non sine caelesti nutu rite comprobavit. Multaque rem confirmant. Callus enim qui sanctis Caelitibus atque Angelis, qui Virgine Deiparæ, qui Christo tribuitur, is domum in Trinitatem ipsam redundat et desinit. In precationibus quæ uni Personæ adhibentur, item de ceteris mentio est; in forma supplicationum, singulis quidem Personis seorsum invocatis, communis earum invocatio subijcitur, psalms hymnisque idem omnibus præcedit, sededit in Patrem et Filium et Spiritum Sanctum; benedictiones, ritus, sacramenta comitentur aut conficit sanctæ imperatoris Trinitatis. Atque hæc ipsa iampridem Apostolus præmoneret in ea sententia: *Quoniam ex ipso et per ipsum et in ipso sunt omnia; ipsi gloria in sæcula* (1); inde significans Personarum trinitatem, hinc unitatem affirmans naturæ, quæ quum una eademque singulis sit Personis, ideo singulis, tamquam uni eodemque Deo, aeterna sequæ maiestatis gloria debetur. Quod testimonium, edisserens Augustinus, *Non confuso, inquit accipiendum est quod ait Apostolus, ex ipso et per ipsum et in ipso; ex ipso dicens propter Patrem, per ipsum propter Filium, in ipso propter Spiritum Sanctum* (2). — Apertissimeque Ecclesie, ea divinitatis opera in quibus potentia excellit, tribuere Patri, ea in quibus excellit sapientia, tribuere Filio, ea in quibus excellit amor, Spiritui Sancto tribuere consuevit. Non quod perfectiores cunctæ atque opera extrinsecus edita Personis divinis communia non sint; sunt enim *indivisa opera Trinitatis, sicut et indivisa est Trinitatis essentia* (3), quia uti tres Personæ divinæ inseparabiles sunt, ita inseparabiliter operantur (4); verum, quod ex comparatione quadam et propemodum effinitate, quæ inter opera ipsa et Personarum proprietates intercedit, ea alteri potius quam alteris addicuntur sive, ut aiunt, appropriantur. *Sicut similitudine vestigiæ et imaginis in creaturis inveniunt, atque ad manifestationem divinarum Personarum, ita et essentialibus attributis, et hæc manifestatio Personarum per essentialia attributa appropriatio dicitur* (5). Hoc modo Pater qui est *principium totius Deitatis* (6), idem causa est effectrix universitatis rerum et Incarnationis Verbi et sanctificationis animorum, *ex ipso sunt omnia; ex ipso, propter Patrem, Filius autem,*

(1) Rom. XI, 36 — (2) De Trin. I, VI, c. 10, — I, c. 6. — (3) S. Aug. de Trin. I, 1, c. 4 et 5. — (4) S. Aug. ib. — (5) S. Th. I, 2, q. XXXIX, a. 7. — (6) S. Aug. de Trin. I, IV, c. 20.

Verbum Imago Dei, idem est causa exemplaris unde res omnes formam et pulchritudinem, ordinem et concentum imitantur; qui exitus nobis via, veritas, vita, hominis cum Deo reconciliator, per ipsum sunt omnia; per ipsum, propter Filium, Spiritus vero Sanctus idem est omnium rerum causa ultima, eo quia sicut in fine suo voluntas integro omnia conspiciunt, non alter ille, qui divina bonitas est ac Patris ipsa Filique inter se caritas, arcana ea opera de salute hominum semperitas, impulsione quadam validæ suavique compiet et perficit, in ipso sunt omnia; in ipso, propter Spiritum Sanctum.

Rite igitur inviolatæque custodito religionis studio, toti debito Trinitati beatissime, quod magis maximeque in christiano populo æquum est inculcari, ad virtutum Spiritus Sancti exponendam oratio Nostræ convertitur. — An principio respiciat oportet ad Christum, conditorem Ecclesie et nostri generis Redemptorem. Sano in operibus Dei externis illud exitime præstat Incarnati Verbi mysterium, in quo divinarum perfectionum sic enitet lux ut quidquam supra ne cogitari quidem possit, et quo aliud nullum humanæ naturæ esse poterat salutaris. Hoc igitur tantum opus, etsi talis Trinitatis fuit attamen Spiritui Sancto tamquam proprio adscribitur: ita ut de Virgine sic Evangelia commemorant: *Inventa est in utero habens de Spiritu Sancto, et: Quod in ea natum est, de Spiritu Sancto est* (1). Idque merito adscribitur ei qui Patris et Filii est caritas; quum hoc *magnum pietatis Sacramentum* (2) sit a summa Dei erga homines caritate profectum, prout Ioannes commonet: *Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum unigenitum daret* (3). Accedit quod natura humana evæta inde ait ad conjunctionem personalem cum Verbo; quæ dignitas non ullis quidem data est eius promeritis, sed ex integre plane gratis, proptereaque ex munere veluti proprio Spiritus Sancti. Ad rem apposite Augustinus: *Iste modus, inquit, quo est natus Christus de Spiritu Sancto, insinuat nobis gratiam Dei, quæ homo nullis præcedentibus meritis, in ipso primo errore naturæ suæ quo esse coepit, Verbo Dei copularetur in tantam personæ unitatem, ut idem ipse esset Filius Dei qui Filius hominis, et Filius hominis qui Filius Dei* (4). Divina autem Spiritus opera non solum conceptio Chrifti effloata est, sed eius quoque sanctificatio animæ, quæ *invento in sacris libris nominatur* (5); atque adeo omnis eius actio *presenti spiritu permebatur* (6), præcipueque sanctorum sui: *Per Spiritum Sanctum sanctipsum obtulit immaratum Deo* (7). — Ista qui perpendit, nihil erit ei mirum quod charismata omnia ei sui Spiritus in animam Christi affluerint. Non quæ in ipso capis inest præstio singulariter pleni, quanto maximo videlicet modo atque efficacitate haberi possit; in ipso omnes sapientia scientiaque thesauri, gratiæ gratis datæ, virtutes, donaque omnino omnia quæ tum Isaiæ oraculis

(1) Math. I, 18. — (2) I. Tim. III, 14. — (3) III, 16. — (4) Annot. c. XL. — S. Th. 2, q. XXXII, a. 1. — (5) Act. 1, 2. — (6) S. Dav. de Sp. S. c. XVI. — (7) Hebr. IX, 14.

nunciato (1), tum significata sunt admirabili ea columba ad Iordanem, quam eas aquas suo Christus baptismo ad sacramentum novum consecravit. Quo loco illa eiusdem Augustini recte conveniunt: *Aburdissimum est dicere quod Christum, quum iam triginta esset annorum, accepit Spiritum Sanctum, sed venit ad baptismum sicut sine peccato, id est non sine Spiritu Sancto. Tum ergo, scilicet in baptismate, corpus suum, id est Ecclesiam, praefigurari dignatus est, in qua postea baptizati accipiunt Spiritum Sanctum* (2) Itaque Spiritus Sancti et praesentis consocius super Christum et virtute in illius in anima eius, duplex eiusdem Spiritus praesignificatur missio, et nimirum quae in Ecclesia manifesta patet, et ea quae in animis inistorum secreto illapsu exercetur.

Ecclesia, quae iam concepta, ex Iteris ipso secundi Adami, voluit in cruce dormientis, orta erat, sese in lucem hominum insigni modo primitus dedit die celebratissima Pentecostes. Ipsaque die beneficia sua Spiritus Sanctus in mystico Christi corpore prodere coepit, ea mira effusione quam Iosel propheta iam pridem viderat (3) nam Paracletus sedit super Apostolos ut novae coronae spirituales per linguas igneas imponerentur capitibus illorum (4) Tum vero Apostoli de monte descendunt, ut Chrysostomus scribit, non tabulas lapideas in manibus portantes, sicut Moyses, sed Spiritum in mente circumferentes, et thesaurum quandam ac fontem dogmatum et charismatum effundentes (5) — Ita plane eveniebat illud extremum Christi ad Apostolos suos promissum de Spiritu Sancto mittendo, qui doctrinae, ipso afflante, traditis complementurus ipso esset et quodammodo obseguaturus depositum: *Adhuc multa habeo vobis dicere, sed non potestis portare modo; quum autem venerit ille Spiritus veritatis, docebit vos omnem veritatem* (6) Hic enim qui Spiritus est veritatis, utpote simul a Patre, qui verum aeternum est, simul a Filio, qui veritas est substantialis, procedens, haurit ab utroque una cum essentia omnem veritatis quanta est amplitudinem: quam quidem veritatem imperit ac largitur Ecclesiae, auxilio praesentissimo providens ut ipsa ne ulli unquam errori obnoxia sit, utque divinae doctrinae germina aere copiosius in dies possit et frugifera praesare ad populorum salutem: Et quoniam populorum salus, ad quam nota est Ecclesiae, plane postulat ut haec manus idem in perpetuitatem temporum persequatur, perennis ideoque vita atque virtus a Spiritu Sancto suppetit, quae Ecclesiam conservat augeatque: *Ego rogabo Patrem, et alium Paracletum dabit vobis, ut maneat vobiscum in aeternum, Spiritum veritatis* (7). Ab ipse namque episcopi constituntur, quorum ministerio non modo illi generantur, sed etiam patres, sacerdotis videlicet ad eum regendam nutriendamque eodem sanguine quo est a Christo redempta: *Spiritus Sanctus posuit episcopos regere Ecclesiam Dei, quam acquisivit sanguine suo* (1). Utrique eutem, episcopi et sacerdotes, insigni Spiritu munere id habent ut peccata pro potestate deleant, secundum illud Christi ad Apostolos: *Accipite Spiritum Sanctum; quorum remiseritis peccata, remittantur eis, et quorum retinueritis, retenta sunt* (2). Porro Ecclesiam opus esse plane divinum, alio alio argumento praeclearius constat quum charismatum quibus undique illa oratur splendore et gloria; auctore nimirum et datore Spiritu Sancto. Atque hoc affirmare sufficiat, quod quum Christus caput sit Ecclesiae, Spiritus Sanctus sit eius anima: *Quod est in corpore nostro anima, id est Spiritus Sanctus in corpore Christi, quod est Ecclesia* (3). — Quae ita quum sint, nequaquam commisso et expectare licet aliam ullam ampliorem uberioremque divini Spiritus manifestationem et ostensionem; quae enim nunc in Ecclesia habetur, maxima sane est, eoque tamdiu manebit quoad Ecclesiae contingat ut, militiae emensa aeternam, ad triumphantium in caelestis societatis laetitiam educatur.

Quantum vero et quo modo Spiritus Sanctus in animis singulorum sgat, id non minus admirabile est, quamquam intellectu paulo est difficilius, eo etiam quia omnem intuitum fugiat oculorum — Haece pariter Spiritus effusio tenae est copiae, ut Christus ipse, cuius de munere proficiscitur, abundantissimo vni similibus dixerit, prout est epus Iohannem: *Qui credit in me, sicut dicit Scriptura, flumina de ventre eius fluent aquae vitae: cui testimonio idem Evangelista explanationem subiicit: Hoc autem dixit de Spiritu, quem accipiunt, erant credentes in eum* (4) Certum quidem est, in ipsis etiam hominibus iustis qui ante Christum fuerunt, inesse per gratiam Spiritum Sanctum, quemadmodum de prophetis, de Zachario, de Iohanne Baptista, de Simone et Anna scriptum accepimus; quippe in Pentecoste non ita se Spiritus Sanctus tribuit, ut tunc primum essentia sanctorum inhabitator inciperet, sed ut copiosius inundaret, emulans sua dona, non iachans, nec ideo novus operi, quia dicitur largitate (5). Verum, si et illi in filiis Dei numerabantur, conditio tamen pessima erant ac servi, qui etiam filii nihil differunt a servis, quousque est sub iustis et actoribus (6): ac, praeter usum quod iustitia in illis non erat nisi ex Christi meritis adrenturi, dominatio Spiritus Sancti post Christum facta multo est copiosior, propmodum ut erram pretio vincit res pecta, atque ut imagni longe praetula veritas. Hoc propterea affirmavit Iohannes: *Nondum erat Spiritus datus, quia homo non erat glorificatus* (7). Statim igitur ut Christus, ascendens in caelum, regni sui gloria iam laboriose parta potius est, divinus Spiritus Sanctus munifico reclusit, dedit dona hominibus (8). Nam, certis illa Spiritus Sancti datus vel missio post clarificationem Christi futura erat qualis nunquam antea fuerat,

(1) IV, 1, XI, 2, 3. — (2) De Trinitate, I, X, c. 76. — (3) II, 28, 29. — (4) Cyr. hieronost. estrid. 17. — (5) In Matth. Azo. I, II, Cor. 11, 3. — (6) Ioh. XXV, 14, 13. — (7) In X, 16, 17.

copios regere Ecclesiam Dei, quam acquisivit sanguine suo (1). Utrique eutem, episcopi et sacerdotes, insigni Spiritu munere id habent ut peccata pro potestate deleant, secundum illud Christi ad Apostolos: *Accipite Spiritum Sanctum; quorum remiseritis peccata, remittantur eis, et quorum retinueritis, retenta sunt* (2). Porro Ecclesiam opus esse plane divinum, alio alio argumento praeclearius constat quum charismatum quibus undique illa oratur splendore et gloria; auctore nimirum et datore Spiritu Sancto. Atque hoc affirmare sufficiat, quod quum Christus caput sit Ecclesiae, Spiritus Sanctus sit eius anima: *Quod est in corpore nostro anima, id est Spiritus Sanctus in corpore Christi, quod est Ecclesia* (3). — Quae ita quum sint, nequaquam commisso et expectare licet aliam ullam ampliorem uberioremque divini Spiritus manifestationem et ostensionem; quae enim nunc in Ecclesia habetur, maxima sane est, eoque tamdiu manebit quoad Ecclesiae contingat ut, militiae emensa aeternam, ad triumphantium in caelestis societatis laetitiam educatur.

Quantum vero et quo modo Spiritus Sanctus in animis singulorum sgat, id non minus admirabile est, quamquam intellectu paulo est difficilius, eo etiam quia omnem intuitum fugiat oculorum — Haece pariter Spiritus effusio tenae est copiae, ut Christus ipse, cuius de munere proficiscitur, abundantissimo vni similibus dixerit, prout est epus Iohannem: *Qui credit in me, sicut dicit Scriptura, flumina de ventre eius fluent aquae vitae: cui testimonio idem Evangelista explanationem subiicit: Hoc autem dixit de Spiritu, quem accipiunt, erant credentes in eum* (4) Certum quidem est, in ipsis etiam hominibus iustis qui ante Christum fuerunt, inesse per gratiam Spiritum Sanctum, quemadmodum de prophetis, de Zachario, de Iohanne Baptista, de Simone et Anna scriptum accepimus; quippe in Pentecoste non ita se Spiritus Sanctus tribuit, ut tunc primum essentia sanctorum inhabitator inciperet, sed ut copiosius inundaret, emulans sua dona, non iachans, nec ideo novus operi, quia dicitur largitate (5). Verum, si et illi in filiis Dei numerabantur, conditio tamen pessima erant ac servi, qui etiam filii nihil differunt a servis, quousque est sub iustis et actoribus (6): ac, praeter usum quod iustitia in illis non erat nisi ex Christi meritis adrenturi, dominatio Spiritus Sancti post Christum facta multo est copiosior, propmodum ut erram pretio vincit res pecta, atque ut imagni longe praetula veritas. Hoc propterea affirmavit Iohannes: *Nondum erat Spiritus datus, quia homo non erat glorificatus* (7). Statim igitur ut Christus, ascendens in caelum, regni sui gloria iam laboriose parta potius est, divinus Spiritus Sanctus munifico reclusit, dedit dona hominibus (8). Nam, certis illa Spiritus Sancti datus vel missio post clarificationem Christi futura erat qualis nunquam antea fuerat,

(1) Act. XX, 28. — (2) Ioh. XX, 22, 23. — (3) S. Aug. serm. CXXXII de temp. — (4) VII, 38, 39. — (5) S. Leo M. hom. III de Peccato. — (6) Gal. IV, 1, 2. — (7) VII, 39. — (8) Eph. IV, 8.

neque enim antea nulla fuerat, sed talis non fuerat (1). Siquidem natura humana necessario serva est Dei: *Creatura serva est, servi nos Dei sumus secundum naturam* (2); quin etiam ob communem noxam natura nostra omnis in id vitium dedecusque prolapsa est, ut praeterea infensi Deo existeremus; *Etiam natura filia irae* (3). Tali nos a ruina exitioque aempterna nulla usquam vis tanta erat quae possit erigere et vindicare. Id vero Deus, humanae naturae conditor, summo miserationis penetrit per Unigenum suum: cuius beneficio factum, ut homo in gradum nobilitatemque, unde exciderat, eum donorum locupletiore ornatu sit restitutus. Eloqui nemo potest quale sit opus istud divinae gratiae in animis hominum; qui propterea fuerunt tam in sacris litteris tum apud Ecclesiae patres, et regenerati et creaturae novae et consortes divinae naturae et filii Dei et diuici similibusque laudibus appellantur. — Iamvero tam ampla bona non sine causa debentur quam propria Spiritui Sancto. Ipsae enim est *Spiritus adoptionis filiorum, in quo clamamus: Abba, Pater*; idemque paterni amoris suavitate corda perfundit: *Ipsa Spiritus testimonium reddit spiritui nostro quod sumus filii Dei* (4). Cui rei declarande oportune eodem, quam Angelicus suscepit, similitudo inter utramque Spiritus Sancti operam; quippe per eum ipsam et *Christus est in sanctitate conceptus ut esset Filius Dei naturalis, et alii sanctificantur ut sint filii Dei adoptivi* (5). Ita, nulla quidem nobilitas quam in rerum natura fiat, ab amore oritur spiritualis regeneratio, ab Amore scilicet increato.

Huius regenerationis et renovationis initia sunt homini per baptismum: in quo sacramento, spiritu immundo ab anima depulso, illabitur primum Spiritus Sanctus, tamque sibi em sibi facit: *Quod natum est ex Spiritu spiritus est* (6). Uteriusque per sacram confirmationem, ad constantiam et rebus christianae vitae, aese dono dat idem Spiritus; a quo mirum fuit victoris martyrum et virginum de illecebris corruptelarum triumphus. Sese, inquam, dono dat Spiritus Sanctus: *Caritas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis* (7). Ipsae enim vero non modo offert nobis divina munera, sed eorumdem est auctor, aliquae etiam munus ipse est supremum; qui a matris Patri Filiique amore procedens, iure habetur et nuncupatur *ultissimi donum Dei*. — Cuius doni natura et vis quo illustrius patet, revocare oportet ea quae in divinis litteris tradita sacri doctores explicaverunt, Deum videri licet adesse rebus omnibus in omni esse, per potentiam, in quantum omnia eius potestati subiacent: *per presentiam, in quantum omnia nuda sunt et aperta oculis eius; per essentiam, in quantum adstantia bene ut causa essendi* (8). At vero in homine est Deus non tantummodo ut in rebus sed eo amplius cognoscitur ab ipso et diligitur; quam vel duce nata-

(1) 2. Aug. de Trinitate, l. IV, c. 20. — (2) S. Cyr. Alex. Theodor. l. V, c. 3. — (3) Eph. II, 3. — (4) Rom. VIII, 15, 16. — (5) S. Th. 2^a, q. XXXII, a. 1. — (6) Iohann. III, 7. — (7) Rom. V, 5. — (8) S. Th. 1^a, q. VIII, a. 3.

ra bonum sponte amemus, cupisamus, conquiramus. Praeterea Deus ex gratia insidet animae iustae tamquam in templo, modo penitus intimo et singulari; ex quo etiam sequitur ea necessitudo caritatis, qua Deo adhaeret anima coniunctissima, plus quam amico amicus possit benevolentiae maxime et dilecto, eoque plene suaviterque frui. — Haec autem vita continuatur, quae suo nomine *inhabitatio* dicitur, conditione tantum seu stotu ab ea discrepans qua caelitus Deus habendo complectitur, tametsi verissime afficitur praesenti totius Trinitatis numine, *ad eam venimus et mansionem apud eum faciemus* (1), attamen de Spiritu Sancto tamquam peculiari praedictur. Siquidem divinae et potentiae, et sapientiae vel in homine improbo apparent vestigia; caritatis, quae propria Spiritus veluti nota est, alius nemo nisi iustus est percipere. Atque illud cum re cohaeret, eundem Spiritum nominari Sanctum, ideo etiam quod ipse, primus summusque Amor, animos movet agatque ad sanctitatem, quae demum amore in Deum continetur. Quapropter Apostolus quem iustos appellat templum Dei, tunc non expresse Patris aut Filii appellat, sed Spiritus Sancti: *An nescitis quoniam membra ecclesiae templum sunt Spiritus Sancti, qui in vobis est, quem habetis a Deo* (2). — Inhabitantem in animis piis Spiritum Sanctum ubertat munerum caesestium multis modis consequitur. Nam, quae est Aquinatis doctrina, *Quoniam Spiritus Sanctus procedat ut amor, procedit in ratione doni primum; unde dicit Augustinus, quod per donum quod est Spiritus Sanctus, multa propria dona dividuntur membris Christi* (3). In his autem muneribus sunt arcaeae illae admonitiones invitationesque, quae instinctu Sancti Spiritus identidem in mentibus animisque excitantur; quae, si desint, neque initium vitae bonae habetur, neque progressionem, neque exitum salutis aeternae. Et quoniam huiusmodi voces et motiones occultae admodum in animis sunt, apte in sacris paginis sibi ea nonnumquam habentur venientes aureae sibilis, easque Doctor Angelicus scite confert motibus cordis, cuius tota via est in animato perhibitis: *Cor habet quandam infirmitatem occultam, et ideo cordi comparatur Spiritus Sanctus, qui insubtiliter Ecclesiam vivificat et unit* (4). Hoc amplius homini iusto vitam scilicet viventi divinae gratiae ad per congruas virtutes tamquam facultates agentis, opus plene est sapientis illis quae proprie dicuntur Spiritus Sancti donis. Horum enim beneficio instruitur animus et munitur ut eius vocibus atque impulsioni facilis promptisque obsequatur; haec propterea donec tantae sunt efficacitatis ut eum ad iam ignem sancti montis adducant, tactuque excellentiae ut in caelesti regno eundem quamquam perfectius, pervaserent. Ipsorumque ope charismatum provocatur animus et effertur ad appellendas adimplendisque bestitudines evangelicae quae, perinde ac flores vetno tempore erumpentes, evadunt ac nunciant sui beatitatis perpetuo

(1) Iohann. XXX, 31. — (2) I. Cor. VI, 19. — (3) Summ. theol. I, q. XXXVIII, a. 2. — S. Aug. de Trinitate, l. XV, c. 16. — (4) S. Th. 2^a, q. VII, a. 1. ad 3.

mansurae. Felices denique sunt fructus illi, ob Apostolo enumerati (1), quos hominibus iustis in hac etiam caduca vita Spiritus parit et exhibet, omni refectus dulcedine et gaudio; cuiusmodi esse debent a Spiritu, qui est in Trinitate genitoris, genitricis, sanctaeque, ingenti largitate atque ubertate, perfundens omnes creaturas (2). — Itaque divinus Spiritus in aeterno sanctitatis lumine a Patre et a Verbo procedens, amor idem et donum, postquam se per velamen imaginum in testamento veteri exhibuit, plenam sui copiam effudit in Christum in eiusque corpus mysticum, quae est Ecclesia; atque homines in pravitatem et corruptelam obducentes, praesentia et gratia sua tam salutanter revocavit, ut iam non de terra terreni, longe alia sapienter et vellent, quasi de caelo caelestes.

Haec omnia quum tanta sint, quumque Spiritus Sancti bonitatem in nos immensam luculenter declarent, omnino postulamus a nobis, ut obsequii pietatisque studium in eum, quum maxime intendamus. Id vultem christiani homines recto optimeque efficiant, si eandem certaverint maiore quotidie cura et noscere et amare et exorare: cuius rei gratia et haec ad ipsos, prout spoſitum fuit paterno ex animo, exhortatio. — Fortasse non hodie quidem in eis desunt, qui similiter rogati ut quidam olim a Paulo apostolo, acceperint Spiritum Sanctum, respondeant similiter: *Sed neque est Spiritus Sanctus est, audivimus* (3). Sin minus, multi certe in eius cogitatione valde deficiunt, cuius quidem crebro usurpent nomen in religiosis actibus exercendis, sed ea fide quae crebris tenebris circumfusa est. Quapropter quotquot sunt sacri concionatores curatoresque animarum hoc meminere esse suum, ut quae ad Spiritum Sanctum pertinent diligentius atque ubertius populo tradant, sic tamen ut difficiles subtilesque absint controversiae, et prava eorum stultitia deviantur qui omnia etiam creana divina temere conantur persecrari. Illud potius commemorandum enciclasticae explorandum est, quam multa et magna beneficia ab hoc largitore divino et manserint ad nos et manere non desinant, ut vel error ignorantio tantarum rerum, lucis illius indigna, prorens depreciantur: Hoc autem propterea arguimus non modo quia id altissimum mysterium quod est vitam aeternam proxime dirigitur, ob eamque rem firmo credendum; verum etiam quia bonum quo clarior pleniusque habetur cognitum, eo impensius diligitur et amatur.

Nempe Spiritu Sancto, quod alterum praestandum esse monuimus debetur amor qui Deus est: *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, ex tota anima tua et ex tota fortitudine tua* (4). Amandusque idem est, quippe substantialis, aeternus, primus amor, amore autem nihil est amabilius: multoque id magis quia summus ipse nos cumulavit beneficia, quae ut largientis benevolentiam testantur, ita gratum animum accipientis repossunt. Qui amor duplicem habet utilitatem neque esse exiguam. Nam tum ad illustriorem in dies noti-

(1) Gal. V, 22.—(2) S. Aug. de Trin. I, VI, c. 3.—(3) Act. XIX, 2.—(4) Deut. VI, 5.

tiam de Spiritu Sancto capiendam nos excoquet: *A mans enim, ut Angelicus ait, non est contentus superficiali apprehensione amati sed nititur singula quae ad amatum pertinent intrinsece disquirere, et sic ad interiora eius ingreditur, sicut de Spiritu Sancto, qui est amor Dei, dicitur quod scrutatur etiam profunda Dei* (1). Cum caelestium donorum copiam nobis concessit largiorem, eo quod donantis mentium ut augustus animus contemnit, ita gratus et memor dilatat. Curandum tamen magnopere ut ista amor eiusmodi sit qui non in cogitatione arida externeque obsequio subsistat, sed ad agendum proxiat refugiat maxime a culpa; quum haec Spiritui Sancto, peculiari quodam nomine, accidit iniuriosior. Quantumque enim sumus, tanti sumus ex bonitate divina; quae eadem Spiritum praesertim adorabiliter; hunc benigne sibi facientem in offendi qui peccat, quippe ipsis eius abusus numeribus et bonitati confusus, quotidie magis insolescit. — Ad haec, quum veritatis ille sit Spiritus, si quis ex invidiamtate eum iustitiam deliquerit, forsitan excusationis aliquid apud Deum habeat, at qui per malitiam veritatem repugnet ab eaque se avertat, in Spiritum Sanctum peccat gravissime. Quod quidem aetate nostra increbuit aetate, ut deterrima ex temporibus adventive videntur a Paulo praenunciata, quibus homines iustissimo Dei iudicio obsecrati, falsa pro veris habituri sint, et huius mundi principio, qui mendax est et mendacii pater, temquam veritatis magistro erudiri: *Mittit illis Deus operationem erroris ut credant mendacio* (2). In novissimis temporibus descendant quidam a fide, attendentes spiritalibus erroris et doctrinalis docemoniorum (3). — Quoniam vero Spiritus Sanctus in nobis, ut supra monuimus, quasi suo quodam in templo habitat, suadendum est illud Apostoli: *Nolite contristari. Spiritum Sanctum Dei, in quo signati estis* (4). Idque ipsum non satis est indigna omnia defegere, sed omni victuliam laude christianus homo vitare, debet, ut hospitium tam magno tempore benigno placeat, custumonia in primis et sanctitudine; ensis enim et sancta addecent templum. Hinc idem Apostolus: *Nescitis quia templum Dei estis, et Spiritus Dei habitat in vobis? Si quis autem templum Dei violaverit disperdet illam Deum, templum enim Dei sanctum est, quod patet nos* (5) formidolose ead quidem, sed perquam iuste minas. — Postremo, Spiritum Sanctum exorari et obsecrari oportet, quippe cuius praesidio adiuventus quae nemo unius non eget maxime. Ut enim quisque est inopis consilii, viribus infirmus, aerumnis pressus, prorens in vitium, ita ad eum confugere debet, qui luminis, fortitudinis, consolatoris, sanctitatis fons patet perennis. Atque illa homini in primis necessaria, admittitur venia, ab eo potissimum expellens est Spiritus Sancti proprium: *est quod sit domum Patris et Filii; remissio autem peccatorum fit per Spiritum Sanctum, tanquam per donum Dei* (6): de quo Spiritu aperit

(1) I Cor. II, 10.—S. Anselm. de Trinitate, p. XXXVIII, c. 2.—(2) II Thess. II, 10—

(3) I Tim. IV, 1.—(4) Eph. IV, 30.—(5) I Cor. III, 16.—(6) S. Anselm. de Trinitate, c. III, c. 8 ad 3.^o

habetur in ordine rituali: *Ipsa est remissio omnium peccatorum* (1). Quam vero ratione sit exorandus, per se docet Ecclesia, quae supplicem eum compellat et obsecratur suavissimis quibusque nominibus: *Veni pater pauperum, veni datur munerum, veni lumen cordium: consolator optime, dulcis hospes animae, dulces refrigeria;* eundemque enixe implorat ut elcet, et sa. et. ut irriget mentes atque corda, detque confidentibus et virtutis meritum et salutis exitum et perenne pascuum. Nec dubitare illo pacto licet ad huiusmodi preces audituras. Ille est, qui auctore scriptum legimus: *Ipsa Spiritus postulat pro nobis gentibus inenarrabilibus* (2). Demum hoc est fidenter assidueque supplicandum, ut nos quotidie magis et luce sua illustret et caritatis suae quasi facibus incendat; sic enim fide et amore freti acriter existimur ad praemia sempiterna, quoniam *ipso est pignus hereditatis nostrae* (3).

Habete, Venerabiles Frates, quae ad fovendum Spiritus Sancti cultum movendo hortandoque placuit edicere: minimeque dubitamus, quin epi praesertim novitatis auctoritate vestrae praesertim in christiano populo sint fructus laborum. Nostra quidem tanta haec rei persequenda vultis unquam cessatura est opera, atque etiam consilium est, ut, quibus subinde modis videbitur opportunius, idem pietatis studium tam praestabile aliam et provehamus. Inter ea, quoniam hinc inde, datis litteris *Fronda matris*, peculiare preces, casus ad maturandum christianae unitatis bonum, in solemnibus Pentecostes catholicis commendavimus, libet de hoc ipso capite ampliora quaedam decernere. Deperimus igitur et mandamus ut per orbem catholicum universum, hoc anno itemque annis in perpetuum consequentibus, supplicatio novendialis ante Pentecosten, in omnibus curialibus templis et, si Ordinarii locorum utile iudicaverint, in aliis etiam templis sacrariis fiat. Omnibus autem qui eidem novendiali supplicationi interfuerint, et ad mentem Nostram, rite oraverint eis annorum septem septemque quadragenarum apud Deum indulgentiam in singulos dies concedimus; tum plenariam in uno quolibet eorumdem dierum vel festo ipso die Pentecostes, vel etiam quolibet ex octo subsequenibus, modo rite confessione ab huiusmodi sacraeque communionis relecti ad eandem mentem Nostram pie supplicaverint. Quibus beneficiis fruiti pariter eos posse volumus quos publicis illis precibus legitima causa prohibeat, vel ubi non ita commode, secundum Ordinarii praesentiam, in templo res fieri possit, dum tamen supplicationi novendiali privatum detur opera ceteraque conditiones explicentur. Hoc praeterea placet de thesauro Ecclesiae in perpetuum trahere, ut si qui vel publice vel privatim preces aliquas ad Spiritum Sanctum pro pietatis suae iterum praesentent quotidie per octavam Pentecostes ad festum inclusive sanctae Trinitatis, ceterisque ut supra conditionibus rite satisfecerint, ipsis

(1) *In Mat. rom. ser. III post Fest. — (2) Eos. VIII, 26. — (3) Eph. I, 14.*

liceat utrumque iterum consequi indulgentiam. Quae omnia indulgentiae munera etiam animabus piis igni purgatorio addictis, converti in suffragium posse, misericorditer in Domino concedimus.

Iam Nobis mens animasque ad ea revolat vota quae initio aperuimus; quorum eventum sumis precibus a Divino Spiritu flagitamus, flagitabimus. Agite, Venerabiles Frates, Nostris cum precibus vestras consocietis, vobisque hortatoribus universae christianae gentes coniungant suas, adhibita conciliatrice potentia et percepta Virgine Beatissima. Quae ipsi rationes cum Spiritu Sancto intercedant intimae admirabilesque, probe nostis; ut Sponsa eius immaculata merito nominetur. Ipsius deprecatio Virginis multum profecto valuit et ad mysterium Incarnationis et ad eundem Patris in Apostolorum coronam adventum. Communes igitur preces pergat ipsa suffragio suo benignissima roborare, ut in universitate nationum tam misere laborantium divina rerum proscia per alium Spiritum feliciter instaurantur, quae vaticinatione Davidica sunt celebrata. *Emittes Spiritum tuum et creabuntur et renovabis faciem terrae* (1).—Caesatum vero donorum auspicio et benevolentiae Nostrae testem vobis, Venerabiles Fratres, Clero populoque vestro Apostolicam benedictionem perammutet in Domino impertimus.

Datum Romae apud Sanctum Petrum die IX Maii anno MDCCCLXXXVII, Pontificatus Nostri vigesimo.

LEO PP. XIII.

(1) Ps. CIII, 6.



EPÍSTOLA ENCÍCLICA

Acerca del Centenario del Beato Pedro Canisio.

LEÓN P. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

IMPORTA á la utilidad de la Iglesia militante, no menos que á su honor, renovar constantemente, con toda solemnidad, el recuerdo de aquellos varones á quienes excelente virtud y piedad levantó á la gloria de la triunfante.

Por medio de estas demostraciones de culto se penetra en el recuerdo de la antigua santidad, recuerdo casi siempre oportuno y muy saludable en tiempos tan opuestos á la fe y á la virtud. Mas como quiera que en el presente año, por un beneficio de la Divina Providencia, Nos es permitido alegrarnos en el tercer centenario de la muerte de Pedro Canisio, varón santísimo, nada nos hemos propuesto tan firmemente como el que se exciten por estos medios los espíritus de los buenos. A quienes ha sido encomendado por tan exímio varón y dar felizmente por la república cristiana. Tiene la época presente ciertas semejanzas con el tiempo en que vivió Canisio; puesto que del afán de cosas nuevas y del ejercicio de mayor libertad de doctrina, se sigue un gran perjuicio á la fe y una gran perversidad de costumbres. Una y otra peste, procuró arrojar de todos los ámbitos, pero muy singularmente de la juventud, este otro Apóstol de Alemania, después de Bonifacio, no solo valiéndose para ello de oportunas predicaciones, y de la sutileza en las disputas, sino principalmente de instituir escuelas y editar buenos libros. E-*to* preclaros ejemplos han sido seguidos por muchos esforzados hombres de entre los vuestros, que, usando de las mismas armas contra enemigos no menos te-

naces, jamás dejaron, en defensa y honor de la religión, de cultivar cualquier noble ciencia ni de proseguir con incansable esfuerzo el estudio de toda arte honesta con el beneplácito y aprobación de los Romanos Pontífices, quienes siempre tuvieron esmerado empeño de que se conservase la antigua majestad de las letras, y toda humanidad recibiese constante incremento. Ni se os oculta, Venerables Hermanos, que, si ha habido algo que nos haya interesado en gran manera, ha sido el procurar que la adolescencia sea recta y saludablemente educada, á cuyo negocio, en cuanto Nos ha sido posible, hemos atendido por todas partes. Con gran gozo nos aprovechamos al presente de la ocasión poniendo ante la vista de los que militan con Cristo en el campamento de la Iglesia el ejemplo del esforzado capitán Pedro Canisio, á fin de que, llevando consigo unidas según las circunstancias, las armas de la justicia y de la ciencia, puedan con más facilidad y mejor éxito defender la causa de la religión.

La gravedad del negocio que tomó á su cargo este varón, defensor acérrimo de la fe católica, en la defensa de los asuntos sagrados y civiles, fácil es calcularlo, al que considere el estado de Alemania en los comienzos de la rebelión luterana. Pervertidas las costumbres y siendo cada día más libres, fué fácil la entrada del error; el error mismo hizo llegar al colmo la ruina de las costumbres. De aquí la manifiesta separación de muchos de la fe católica, ó inmediatamente la corrupción se extendió por todas las provincias, inficionando de tal modo á hombres de toda condición y fortuna, que muchos opinaban que la causa de la religión en el imperio había llegado al último extremo, y que apenas había ya remedio para la curación de este mal. Y ciertamente se estaba en lo último, si no hubiera existido el presente auxilio de Dios.

Aún había en Alemania varones probados de antigua fe, doctrina y piedad; aún había príncipes de las casas de Baviera y de Austria, principalmente Fernando I, Rey de los Romanos, que tenían el firme propósito de defender y guardar con todas sus fuerzas la causa católica. Mas Dios envió un grande y poderoso auxilio á la Alemania, próxima á perecer, en la sociedad del Padre de Loyola, nacida precisamente en tales circunstancias, y de la que fué el primer miembro alemán Pedro Canisio. — Ciertamente no es de este lugar referir cada uno de los hechos de este varón de exímia

santidad; con cuánto trabajo procuró conducir la patria, herida por disensiones y sediciones, al unánime consentimiento de ánimos y antigua concordia; con qué ardor disputó con los maestros del error; con qué predicaciones excitaba los ánimos; cuántas molestias sufrió; cuántas regiones recorrió; cuán graves comisiones desempeñó por causa de la fe.

Mas volviendo el pensamiento á aquellas armas de doctrina, con qué constancia, con qué destreza, prudencia y oportunidad las manejó! El cual habiendo vuelto de Messina, de donde había salido maestro en el decir, inmediatamente se dedicó á enseñar las disciplinas sagradas en las Universidades de Colonia, Ingolstadt y Viena, en las que, ocupando el primer lugar entre los probados doctores de la escuela cristiana, dió á conocer á los alemanes la grandeza de la teología escolástica. De la que, como los enemigos de la fe huiesen, por entonces, por lo mismo, que por ella la verdad católica brilla, con más esplendor, él procuró, por lo mismo, establecer públicamente este método de estudiar en los liceos y colegios de la compañía de Jesús, que él había fundado con tanto trabajo é industria. Aunque rodeado de este aparato de ciencia, no se avergonzó de descender á los primeros rudimentos de las letras y de tomar á su cargo niños para instruirles en ellos, sino que hasta escribió para este fin libros de literatura y gramática.

A la manera que de predicar á los príncipes siempre pasaba á predicar al pueblo, así después de escribir de asuntos elevados, como de controversias y costumbres, se dedicaba á componer libritos que ó afirmasen la fe de las clases populares ó las excitasen ó fomentasen á la piedad.

Es admirable cuánto trabajo de este modo para evitar que los incultos cayesen en los lazos del error, publicando á este fin una *Suma* de la doctrina católica, obra voluminosa y substanciosa, sobresaliente en la elegancia del latín, no indigno del estilo de los Padres de la Iglesia. A esta preclará obra, recibida en casi toda Europa con gran aplauso por los doctos, cedon en magnitud, mas no en utilidad, aquellos dos célebres *catecismos*, escritos por el bienaventurado varón para uso de los ignorantes; uno para instruir en la religión á los niños, y el otro para instruir á los jóvenes que se dedicaban al estudio de las letras. Uno y otro, tan luego fueron citados, tan en gracia cayeron á los católicos, que no había quién se dedicase á enseñar los rudimentos de religión y no

los tuviese en sus manos, no solo en las escuelas se daba á los niños, cual substanciosa leche, sino que públicamente se explicaba en los templos para utilidad común. Por lo cual ha sucedido que Canisio ha sido considerado por espacio de tres siglos como común maestro de los católicos, hasta el punto de que en lenguaje vulgar significase lo mismo conocer á Canisio que conservar la verdad católica.

Tales documentos de este santísimo varón indican bien claramente á todos los buenos la necesidad de seguir sus huellas. Bien sabemos, Venerables Hermanos, que es digno de alabanza el modo de obrar de vuestra gente, que aprovecha sabiamente y con gran éxito el ingenio y los estudios para contribuir al esplendor de la patria y procurar el bien privado y público. Pero es de suma importancia, que cuantos entre vosotros son buenos y sabios trabajen con ahínco por la religión, ofreciendo para su esplendor y defensa toda la lumbré de su ingenio y todas las fuerzas de su literatura; y con el mismo fin aprovecharse inmediatamente y recoger en su conocimiento cuanto por doquiera haya de bueno para el progreso del arte y de la ciencia. Pues, si ha existido alguna época en que, para la defensa de la causa católica, sea muy provechosa la abundancia de erudición y doctrina, ninguna como la nuestra, en que la necesidad de combatir á los enemigos de la fe cristiana presta ocasión de dedicarse con toda celeridad á toda clase de conocimientos.

Las mismas fuerzas se han de emplear en rechazar el ataque de los enemigos; ocupando antes su lugar; arrancando de sus manos las armas con que pretenden romper toda alianza entre lo divino y lo humano, y así será fácil á los varones católicos, dotados de ese vigor é instrucción, demostrar palmariamente, que la fe divina no solamente no entorpece el progreso de la humanidad, antes por el contrario es como su complemento y perfección; y que las cosas que parece están más distantes y aun opuestas entre sí, pueden armonizarse y componerse tan fácilmente con la filosofía, que la una brille y resplandezca más con la luz de la otra; que la naturaleza no es enemiga sino compañera y ayuda de la religión; por cuyo influjo no solamente se enriquece todo género de conocimiento, sino que las letras y las artes reciben más fuerza y vida. Por lo cual lo que, entre las gentes sobre todo se confia en lo humano, ni ofrece confianza á la sabiduría de los ignorantes y es des-

preciado por los doctos, puesto que no viene precedido de deslumbrante forma. Somos deudores á los sabios no menos que á los ignorantes, de tal modo que con aquéllos estemos combatiendo y con éstos estemos alentando y levantando á los débiles y caídos.

Así es manifiesto cuán ancho campo sea el de la Iglesia. Pues cuando el ánimo se detiene á considerar, después de los cotidianos combates, observa que la fe que sellaron con su sangre los enforzados mártires, es la misma que ilustraron con su ingenio y ciencia los sabios. En esta obra de alabanza aparecen en primer término los Padres, á cuyos dardos nada pudo resistirse, pues hasta su voz llena de erudición era digna de griegos y romanos. Por cuya doctrina y elocuencia excitados muchos, cual por agujones, dedicaron todos sus energías al estudio de las cosas sagradas; y formaron un patrimonio amplísimo de la sabiduría cristiana, en el que en todo tiempo la posteridad encuentra medios de desvanecer las viejas supersticiones y de contradecir las nuevas manifestaciones del error. No ha habido época que no haya producido esta copiosa falange de doctores, ni siquiera aquella en que todas las bellezas, por la invasión de los bárbaros, parecían relegadas al olvido y desprecio: de tal modo, que si no perecieron aquellas admirables obras de la inteligencia y manos de los hombres, y las riquezas que en otro tiempo eran tan estimadas por griegos y romanos, se debe al trabajo y cuidado de la Iglesia.

Pero si tanto brillo producido por los estudios de la ciencia y del arte cede en gloria de la religión, importa que de tal modo se piense y con tal actividad se obre, por los que emplearen en esto sus fuerzas, que no parezca ayuno y estéril su conocimiento. Procebran los doctos ordenar sus estudios á utilidad de la república cristiana, y dedicar el tiempo disponible al negocio común, para que su ciencia no sea solo especulativa sino que se junte con la acción. Esta acción debe dirigirse principalmente á educar á la juventud; negocio de tanta importancia, que pide una gran porción de trabajo y cuidados.

Por lo cual exhortamos vehementemente en primer lugar á vosotros, Venerables Hermanos, que procureis mantener en las escuelas la integridad de la fe, y si fuere preciso vigileis con empeño por que vuelvan á ella, las ya establecidas por vuestros mayores, ya las que de nuevo se han fundado, no solamente las primarias, sino las que llaman medias y aca-

demias. Los demás católicos de vuestras regiones trabajen y hagan por que en la educación de la juventud se respeten los derechos de los Padres y de la Iglesia.—En cuyo asunto ha de procurarse ante todo lo siguiente: Primero, que los católicos tengan escuelas, principalmente de niños, más no mixtas, sino por doquiera propias, con selectos y probados maestros. Esta llena de peligros aquella enseñanza en la que ó no se enseña ninguna religión ó la enseñanza que de ella se da es corrompida, lo cual observamos que con frecuencia acontece en las escuelas mixtas. Ni se piense que es fácil separar en el ánimo incorrupta la piedad de la doctrina. Puesto que si no hay época ni manifestación de la vida ni pública ni privada que pueda separarse de la religión, mucho menos aquella edad falta de consejo, fogosa de ingenio y rodeada de los peligros de tantos vicios. Por lo tanto, el que pretenda enseñar el conocimiento de las cosas, sin relación alguna con la religión, corrompe el germen mismo de lo bello y de lo honesto, y prepara no un auxiliar de la patria sino un peligro y peste del género humano. Qué podrá, prescindiendo de Dios, contener á la juventud en sus deberes, y volver al camino de la virtud á los que de él se han separado, precipitándose en el abismo de los vicios?

Preciso es, además, no solamente enseñar á los jóvenes durante ciertas horas la religión, sino rodear toda otra instrucción del sabor de la piedad cristiana. Si falta esto; si este soplo no penetra y fomenta los ánimos de los que enseñan y de los que aprenden, pequeños resultados se obtendrán de cualquier doctrina, y las más de las veces se seguirán no leves peligros. Cada ciencia tiene sus peligros, que apenas podrán evitar los jóvenes, si no tienen en sus mentes y en sus ánimos un freno superior. Ha de evitarse á todo trance que lo que es capital, esto es, el culto de la religión y de la piedad, se relegue á segundo término; no sea que acosumbrada la juventud á no ver más cosas que las que son del dominio de los sentidos, destruya todas las fuerzas de la virtud, y los preceptores, mientras soportan el trabajo de una enseñanza pesada y examinan las sílabas y las síldas, no sean solícitos de aquella verdadera sabiduría, cuyo principio es el temor de Dios, y á cuyos preceptos deben conformarse en todas las acciones de la vida. El conocimiento de muchas cosas lleve consigo unido el cuidado de educar el ánimo; la religión informe y domine todo estudio, sea el que quiera, y de tal manera sobresalga entre todo por su majes-

tad y suavidad, que deje como agujones en las almas de los jóvenes.

Tanto empeño ha mostrado siempre la Iglesia en que toda clase de estudios se ordenasen principalmente á la educación religiosa de la juventud, que no solamente ha procurado que á esta enseñanza se diese el primer lugar entre todas, sino que nadie desempeñase este grave oficio de maestro que no fuese idóneo y aprobado como tal por juicio y autoridad de la Iglesia.

Mas no solamente tiene la religión sus derechos en las escuelas de párvulos. Fué un tiempo, en que por estatuto de toda Academia, singularmente la de París, estaba determinado, que todos los estudios de tal manera se acomodasen á la teología, que ninguno llegase al término de la sabiduría, si no había obtenido el grado de Doctor en aquella ciencia. El restaurador de la época de Augusto, León X. y, después de él, los Pontífices Nuestros predecesores, quisieron que el ateneo romano y las llamadas Universidades de estudios, fuesen, en tiempos en que la impiedad hacia cruda guerra á la religión, como firmes baluartes, en los que se educase la juventud bajo los auspicios y dirección de cristiana sabiduría. Tal método de estudios, que daba la primacía á la ciencia de Dios y de las cosas sagradas, produjo abundantes frutos, é hizo que los jóvenes, así educados, mejor se contuviesen en el cumplimiento de sus deberes. Este mismo resultado obtendréis vosotros, si procuráis con todas vuestras fuerzas, que en las escuelas, que llaman medias, en los ginasios, liceos y academias se respeten los derechos de la religión. Ni esto dejará jamás de suceder, resolviéndose á tomar este árduo trabajo, si existe la deseada unión de voluntades y concordia en el obrar. ¿Qué pueden hacer las fuerzas de los buenos, si se dividen, contra el ataque de los enemigos? ¿O qué puede aprovechar la virtud de cada uno, no habiendo común disciplina? Por lo cual exhortamos vehementemente, que, removidas las inoportunas disputas y disensiones de las partes, que con tanta facilidad disocian los ánimos, todos trabajen á una para procurar el bien de Iglesia, uniendo la á sus fuerzas y teniendo una misma voluntad, *solicitos en conservar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz* (1).

A estas amonestaciones nos mueve la memoria y recuerdo del santísimo varón, cuyos admirables ejemplos, ojalá

(1) A los Efectos, esp. IV, v. 3

se graven en las almas, y exciten su amor á la sabiduría, que jamás se desvíe de procurar la salvación de los hombres y defender la dignidad de la Iglesia.

Confiamos que vosotros, Venerables Hermanos, procuréis con gran solicitud ante todo reunir muchos compañeros entre los varones doctos para esta gloriosa empresa. Mas aquellos más pueden ayudar á colocar en su verdadero lugar obra tan excelsa, que son destinados por la providencia de Dios al importante ministerio de educar la juventud. Los cuales si tienen presente, lo que agradaba á los antiguos, que la ciencia separada de la justicia más merece el nombre de habilidad que el de ciencia, ó mejor, si grabasen en sus ánimos lo que afirman las sagradas letras, *vaneos son todos los hombres en quienes no reina la ciencia de Dios* (1), sabrían usar las armas de la doctrina no tanto para provecho propio como para utilidad común. Los mismos frutos pueden esperar de su trabajo é industria, que en otro tiempo consiguió Pedro Canisio en sus Colegios é Institutos, á saber, que los jóvenes resulten dóciles y morigerados, adornados de buenas costumbres, separados en todo de los ejemplos de los hombres impíos, y solícitos de la ciencia y de la virtud.

Cuanto la piedad eche más profundas raíces en sus corazones, tanto más se alejará el temor de que sean inficionados con perversas opiniones ó se desvíen de la virtud. En estos han de poner la esperanza de futuros honrados ciudadanos tanto la Iglesia como la sociedad civil, por cuyo consejo, prudencia y doctrina, el orden de los asuntos civiles y la tranquilidad de la vida doméstica podrán estar seguros.

Ultimamente, elevemos plegarias á Dios óptimo y máximo, que es el Señor de las ciencias, á su Virgen Madre, que es llamada *señora de la sabiduría*, teniendo por intercesor á Pedro Canisio, que tanto honor y alabanza mereció de la Iglesia por su doctrina, para que hagan eficaces Nuestros votos por el incremento de la Iglesia y por el bien de la juventud. Alentados con esta esperanza, concedemos amantísimamente, á vosotros, Venerables Hermanos, y á todo vuestro clero y pueblo, como presagio de los dones celestiales y testimonio de Nuestra paternal benevolencia, la bendición Apostólica.

Dada en Roma, junto á San Pedro, el día 1.º de Agosto de 1897, de nuestro Pontificado año vigésimo.

LEÓN, PAPA XIII.

(1) Sabid. XIII, 1



EPISTOLA ENCYCLICA

DE MEMORIA SAECULARI B. PETRI CANISI

LEO PP. XIII

VENERABILES FRATRES

SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

MILITANS Ecclesiae suadet utilitas, non minus quam decus, ut quos excellens virtus ac pietas aliis evertit ad gloriam triumphantis, eorum solemnem rursus memoria instauretur. Per has enim honoris significationes antiquis subit recordatio sanctitatis, opportuna illa quidem semper, infestis autem anno divinae providentiae beneficio fit, ut de exipito saeculo tertio ab exitu *Petri Canisi* viri sanctissimi, laetari Nobis liceat, nihil magis pensi habentibus quam ut his artibus excitentur bonorum animi, quibus per eum virum tam feliciter christianae reipublicae consuetum fuit. Refert enim praesens aetas similitudines quasdam eius temporis, in quod incidit *Canisius*, quam non aram rerum cupidinem et liberioris doctrinae cursum ingens factura fidei sequeretur morumque perversitas. Utramque pestem, quam a ceteris omnibus, tam impensius a iuventute propulsandam curavit atque post Bonifacium Germaniae Apostolum, neque solum opportunis concionibus aut disputandi subtilitate, sed scholis praesertim institutis edisque optimis libri. Cuius proclara exempla sequuti multi etiam de vestra gente impigri homines iisdemque usi armis contra genus hostium minime rude, nunquam destiterunt ad religionis praesidium ac dignitatem, obliuissimas quoque disciplinas tueri, omnem honestarum artium cultum incenso animo persequi, libentibus ac probantibus Romanis Pontificibus, quibus solertissima semper cura fuit ut litterarum staret antiqua maiestas, et humanitas omnis nova in dies incrementa suscipere. Naque vos laetel, Venerabiles Fratres, si quid Nobis ipsis maxime cordi fuit, id appetisse adolescentiam recte ac salubriter instituebam, cui rei certe, quantum licuit, ubicumque prospeximus. Nunc vero praesenti ultimae occasione libenter, *Petri Canisi* strenui ducis exemplum sub oculos ponentes, iis qui in Ecclesiae

castris militant Christo, ut, quam secum reputaverint iustitiae armis arma consolanda esse doctrinae, causam religionis ceteris tueri possint atque felicitus.

Quanti negotii munus suscepit vir catholicae fidei retinentissimus, proposita sibi causa rei sacrae et civilis, facile occurrit Germaniae faciem intuentibus sub initiis rebellionis lutheranae. Immutatis moribus atque in dies magis collabentibus, facilis ad errorem aditus fuit; error autem ipse ruinam morum ultimam maturavit. Hinc sensim plures a catholica fide desciscere; mox pervagari molum virus provincias fere universas; tum omnis conditionis fortunaeque homines inficere, a deo ut multorum animis opinio insideret causam religionis in illo imperio ad extrema esse deductam, morboque curando vix quidquam superesse remedium. Atque actum plane de summis rebus erat, nisi praesenti ope Deus adstulisset. Supererant quidem in Germania viri antiquae fidei, doctrina et religionis studio conspicui; supererant principes domus Bavaricae et Austriae imprimisque rex romanorum *Ferdinandus* eius nominis primus, quibus firmum erat rem catholicam totis viribus tueri atque defendere. At novum longaque valentissimum periclitanti Germaniae subsidium addidit Deus, opportune natam ea tempestate *Loyolae* Patris societatem, cui primus inter Germanos non dedit *Petrus Canisius*.—Hac protecto non attitit stogula persequi de hoc viro eximia sanctitatis; quo studio patriam disidis ac seditionibus laerantem curaverit ad animorum consensionem et veterem concordiam revocare, quo ardore cum erroris magistris in disputationis certamen venerit, quibus conclonibus animos excitaverit, quas molestias tulerit, quot regiones perstrerit, quam graves legationes fidei causae susceperit. Verum, ut ad arma illa doctrinae animam referamus, quam ea constanter tractavit, quam apte, quam prudenter, quam opportune! Qui, quam Messana reversus esset, quo se contulerat dicendi magister, mox sacris disciplinis tradendis in Coloniae, Ingolstadtii, Viennae Academiis egregiam operam dedit, in quibus regiam tenens viam probatorum scholae christianae doctorum, theologiae scholasticas magnitudinem Germanorum animis spernit. A quo quam fidei hostes eo tempore summo opere abhorrenter, quod ea catholice veritas fulciretur maxime, hanc scilicet studiosorum rationem instaurandam curavit publice in lyceis atque in collegiis Societatis laevi, quibus ipse excitanda tantum operae industriaeque contulerat. Neque eundem a sapientiae fastigio pulhru ad litterarum initia descendere et pueros erudiendos suscipere, scriptis etiam in eorum usum literariis libris atque grammaticis. Quomadmmodum vero a principum aulis, ad quos orationes habuisset, aenepe redibat concionaturus ad populum, ita, quam maiora scripsisset, sive de controversiis, sive de moribus, componendis libellis manum admovebat, qui aut populi roborarent fidem, aut pietatem excitarent atque fovarent. Mirum autem quantum in eam rem profuit, ne errorum laqueis imperiti operentur, edita ab ipso catholicae doctrinae Summa, den-

sum opus ac pressum, nitore latino excellens, Ecclesiae Patrum stylo non indignum. Huic proclamo operi, quod in omnibus paene Europae regnis ingenti plus a doctis exceptum est, mole cedunt, non utilitate, celebratissimi duo illi *catechismi*, in rudiorum usum a beato viro conscripti, alter imbuendis religione pueris, alter erudiendis ipsa adolescentibus, qui in litterarum studio versarentur. Uterque, ubi primum editus est, tantam catholicorum inibi gratiam: ut omnium fore manibus foret qui christianae veritatis elementa traderent, neque in scholis tantum, veluti sac pueris sugendum, adhiberetur, sed publice in communem utilitatem explicaretur in templis. Quo factum est ut Consensu per annos tercentos communis catholicorum Germaniae magister habitus fuerit, utque in populari sermone quo haec plene idem sonarent, Cantaium nosse ac veritatem christianam retinere.

Haec viri sanctissimi documenta inveniendam bonis omnibus viam indicant satis. Novimus quidem, Venerabiles Fratres, hanc vestrae gentis laudem esse proclaram, ut foveat studioque ad patriam decus provehendum, ad privata et publica commoda procuranda sapienter utamini ac felicissime. Verum interest plurimum, quidquid sapientum ac honorum est inter vos, pro religione committi strenue; ad ipsius ornamentum atque praesidium omne ingenii lumen, omnes litteraturae nervos referre; eodemque consilio quidquid ubique beneverat sive artis incrementum sive doctrinae arripere statim et cognitione complecti. Etenim si fuit unquam aetas, quae, ad rei catholice defensionem, doctrinae atque eruditionis copiam maxime postularet, ea profecto nostra aetas est, in qua celerior quidam ad omnem humanitatem cursus occasioem aliquando praebet impugnandae fidei christiani neminis hostilitas. Porro igitur vires afferendae sunt ad horum impetum excipiendum; praecipuus locus; extorquenda e manibus arma, quibus nituntur foedus, omne inter divina et humana abrumperet. Catholicis viris ita animo comparata atque utili decet instructis plane licet libet re ipsa ostendere, fidem divinam, non modo a nulli humanitatis nullatenus abhorrere, sed eius esse veluti culmen atque fastigium; eodem, in his etiam quae longe distat aut inter se repugnantia videantur, tam amice posse cum philosophia componi et consociari, ut altera alterius luce magis magisque illustretur; naturam, non hostem, sed comitem esse atque administratam religionis; huius haustu non modo omnis generis cognitionem discere, sed plurimum roboris ac vitae litteris etiam caterisque artibus provenire. Quantum autem esset doctrinae ornamentum ac dignitas accedat ex profanis ipsis disciplinis, facili intelligi potest cui hominum natura cognita sit, prior ad ea, quae sensus incunde permoveant. Quare apud gentes quae prae ceteris humanitate commendantur, vix ulla fiducia est rudi sapientiae, esque negliguntur maxime doctis, quae nullam speciem formamque praeserant. *Sapientibus autem debitorae enim us non minus quam insipientibus, ita ut cum illis in acie sit, re, nos debeamus libentes erigere ac confirmare.*

Atque hic sane campus Ecclesiae patuit latissime. Nam, ubi primum post diuturnas caeteras redit animus, quem fidem viri fortissimi sanguine obsignaverant, eandem doctissimi homines ingenio suo et scientia illustrarunt. In haec laudem primum conspiciunt Patres, his, quidem laetis, ut fieri nihil posset valentius; vocem autem plerumque erudita et romanis graecisque auribus dignus, Quorum doctrinae eloquentiaeque quasi aculeis excitati complures deinde impetum omnem in sacrarum rerum studiis contulerunt, atque tam amplum christianae sapientiae quasi patrimonium colligerunt, in quo quavis aetate ceteris Ecclesiae homines invenirent unde aut veteres superstitiones evellerent, aut nova errorum portenta subverterent. Hanc vero uberem doctorum copiam nulla non aetas effudit, ne illa quidem excepta quum pulcherrima quoque, barbarorum obnoxia rapinis, ad neglectum atque oblivionem recidissent: ita ut in antiqua illa humane mentis manusque miracula, si res quo olim spud romanos aut graecos summo in honore erant, non penitus exciderunt, totum id acceptum Ecclesiae labori atque industriae sit referendum.

Quod si tantum religioni lumen accedit ex doctrinae studiis atque artium, profecto qui totos se in his collocarunt adhibent opus est non modo cogitandi, verum etiam agendi solertiam, ne ipsorum solivago cognitio et incerta videatur. Sui igitur docti studia ad christianae reipublicae utilitatem, privatamque atque ad commune negotium conferentes efficiant, ut sui ipsorum cogitatio, non inchoata quodammodo videatur, sed cum rerum actione coniuncta. Haec autem solio in inventura instituta maxime coniuncta. Haec autem negotii res est, ut pariter laboris et curam postulet maximam. Quomobrem vos in primis vehementer hortamur, Venerabiles Fratres, ut scholis in fidei integritate retinendis, aut ad ipsam, si opus fuerit, revocanda sedulo advigiletis, sive quae a maioribus institutae, sive quae conditae recentius fuerint, nec pueriles vocant, sed etiam quae medias et quae academicas vocant. Ceteri autem e vestris regionibus catholici id in primis nitantur atque efficiant, ut in sapientiae adolescentium sua parentibus, sua Ecclesiae iura sita, teclaque sint. — Quae in re haec potissimum curanda. Primum, ut catholici scholas, praesertim puerorum, non mixtas habeant, sed ubique proprias, magistrique delignantur optimi ac probatissimi. Plena enim periculum est ea disciplina, in qua aut corrupta sit, aut nulla religio, quod alterum in scholla quae diximus mixtas, saepe videmus contingere. Nec facile quisquam in animum inducat impune posse pietatem a doctrina seungi. Etenim si nulla vitae pars, neque publicis neque privatis in rebus vacare officio religioni potest, multo minus arenda ab eo officio est aetas et consilii experta, et ingenio fervida, et inter tot corruptelarum illecebras constituta. Igitur qui rerum congruam sic instituit, ut nihil habeat cum religione coniunctum, is germina ipsi pulchri honestique corrumpet, si non patrio praesidium, sed humani generis pestem ac perniciem parabit. Quid

enim, Deo auctore, adolescentes poterit aut in officio retinere, aut iam a recta virtutis semita devios et in praerupta viliorum praecipites revocare!

Necesso deinde est non modo certis horis doceri iuvenes religionem, sed reliquam institutionem omnem christianae pietatis sensus redolare, id si desit, si sacer hic habitus non doctorum animos ac decentium pervadet fovetque, exiguae capiuntur ex qualibet doctrina utilitates; damna saepe consequuntur haud exigua. Habent enim fere sua quaeque pericula disciplinae, et saepe vitari vix ab adolescentibus poterunt, nisi frensus quaedam divina eorum mentibus atque animis infundantur. Cavendum igitur maxime, ne illud, quod caput est, insidiatio caelus ac pietatis, secundas partes vitent; ne contritiola inventur his tantummodò rebus, quae sub oculis cadunt, omnes nervos virtutis elidat; ne dum praecipitores laboriosae doctrinae fastidio ferant et syllabas apicoque rimantur, minime siot de vera illa sapientiae solliciti, cuius *initium timor Domini*, et cuius praecipue in omnes partes usus vitae confortari debet. Multarum igitur rerum consilio adhaerentem habeat excolendi animi curam; omnem autem disciplinam, quavis denique ea sit, religio penitus informet ac dominetur, eademque maiestate sua ac suavitate illa percellant, ut in adolescentium animis quasi aculeos relinquat.

Quaedequidem vero id Ecclesiae semper propositum fuerit, ut omnia studiorum genera ad religiosam iuvenum institutionem maxime referrentur, necesse est huic disciplinae non modo suum esse locum, eumque praecipuum, sed magisterio tam gravi fungi neminem, qui non fuerit ad id muneris idoneus ipsius Ecclesiae iudicio et auctoritate probatus.

Verum non a puerorum tantum scholis postulat sua iura religio. Fuit tempus illud, quum legibus cuiusque Academiae, imprimisque Parisiensis, cautum erat, ut studia omnia ita se theologiae accommodarent, ut nemo iudicaretur ad sapientiae fastidium pervenisse, nisi eius disciplinae laudem adeptus. Augustalis autem aevi instaurator Leo decimus, ceterisque ab illo Pontifices Decessores Nostri, romanam hinc usum alioque studiorum, quae vocant, universitates, quum impia bella in religionem irderent, firmas velut arcus esse voluere, ubi, ductu auspicioque christianae sapientiae, iuvenes docerentur. Eiusmodi studiorum ratio, quae Deo rebusque sacris primas deferrebat, fructus tulit haud mediocres, certe illud effecti, ut sic instituti adolescentes melius in officio continerentur. Haec tu vobis etiam fortuna liberabitur, si viribus omnibus contendatis, ut in scholis, quae medias vocant, in gymnasiis, lyceis, academiis sua re igitur iura serventur. — Neque tamen id excidat unquam, consilia vel optima ad irritum cadere et inane laborem suscipi, si animorum consensio desideretur atque in agendo concordia. Quid enim efficiunt honorum divisae vires adversus confuictum impium hostium? Aut quid singulorum proderit virtus, ubi nulla sit communis disciplina? Quare vehementer hortamur, ut, remotis importunis controversiis

partiumque contentionibus, quae facile animos dissociare possunt, de curando Ecclesiae bono omnes uno ore consentiant, collectis viribus in id unum conspirent ac eandem afferant voluntatem, *soliciti zereare unitatem spiritus in vinculo pacis* (1).

Haec sumpsit ut moneremus sanctissimi hominis memoria et recordatio; cuius utinam praeclara exempla in animis haereant, excitentque eius amorem sapientiae, quae a curanda hominum salute et Ecclesiae dignitate tuenda nunquam recedat. Confidimus, autem, vos, Venerabiles Fratres, quae vestra prae ceteris sollicitudo est, socios et consortes habituros gloriosi laboris e viris doctissimis quamplurimos. Sed rem nobilem, quasi in suo sinu positam, praestare ii poterunt maxime, quicumque praeclaro muneri instituendae iuventutis sunt Dei providentia praepositi. Qui, si illud meminerint, quod veteribus placuit, scientiam, quae remota sit ab iustitia, calliditatem potius quam sapientiam esse appellandam, aut melius, si animo delixerint quod Sacrae Litterae affinit, *cani sunt. omnes homines, in quibus non subest scientia Dei* (2), discont armis doctrinae non tam ad privata commoda uti, quam ad communem salutem. Fructus autem laboris industriaeque suae eosdem se laturos sperare poterunt, quos in suis olim collegiis atque institutis Petrus Canisius est consecutus, ut dociles ac morigeros experiantur adolescentes, honestis moribus ornatos, ab impiorum hominum exemplis longe abhorrentes, aequae de scientia ac de virtute sollicitos. Quorum in animis ubi pietas altius radices egerit, fere sberit metus ne opinionum pravitate inficiantur aut a pristina virtute deflectant. In his Ecclesia, in his civilis societas spem optimam reponet futuros aliquando egregios cives, quorum consilio, prudentia, doctrina, et rerum civilium ordo et domesticae vitae tranquillitas possit salva consistere.

Quod reliquum est, Deo optimo maximo, qui est *scientiarum Dominus*, Eiusque Virgini Matri, quae *sedes sapientiae* appellatur, deprecatore adhibito Petro Canisio, qui doctrinae laudem tam bene est de Ecclesia catholica meritus, preces adhibeamus, ut votorum, quae pro ipsius Ecclesiae incremento ac pro bono iuventutis concepimus, fieri compotes liceat. Haec speret, vobis singulis, Venerabiles Fratres, et clero populoque vestro universo, auspicioem caelestium munerum et paternae benevolentiae Nostrae testem, Apostolicam Benedictionem peramanter imperimus. ®

Datum Romae apud S. Petrum die 1 Augusti MDCCCXCVII, Pontificatus Nostri anno vigeimo.

LEO PP. XIII.

(1) Ad Eph. IV, 3.—(2) Sap. XIII, 1.

Apóstol del amor con aquellas dulcísimas palabras: *Ahí tienes á tu Madre* (1).

Nos, pues, que, aunque indignos, hacemos las veces y representamos en la tierra á la persona de Jesucristo Hijo de Dios, jamás dejaremos de alabar á tan grande Madre mientras tengamos vida.

Conociendo que, por lo avanzado de nuestra edad, no la hemos de tener muy larga, no podemos menos de reiterar á todos y á cada uno de Nuestros Hijos en Jesucristo, para dejarles como en testamento, las últimas palabras del mismo cuando estaba pendiente de la Cruz: *Ahí tienes á tu Madre*.

Y nos consideramos plenamente satisfechos, si con Nuestras exhortaciones consiguiéramos, que cada uno de los fieles nada tenga más arraigado, nada mire con más amor como al culto de María, y que Nos fuere permitido aplicar á cada uno las palabras de San Juan que escribió de sí mismo: *Y desde aquel punto encargóse de ella el discípulo, y la tuvo consigo en su casa* (2).

Acercándose, pues, el mes de Octubre, no permitiremos tampoco en este año, Venerables Hermanos, dejar de dirigiros Nuestras Letras, exhortándoos una vez más con la mayor solicitud que esté á Nuestro alcance, que procure cada uno, por medio del Santo Rosario, adquirir méritos para sí y para la Iglesia militante.

Y esta devoción parece que al finalizar el presente siglo por singular providencia de Dios aumenta de día en día, para excitar la piedad de los fieles que languidecen; y de ello dan testimonio los grandes templos y santuarios que son celebrísimos por el culto de la Madre de Dios. A esta Madre Divina, á la cual ofrecimos flores en el mes de Mayo, consagrémonos también con especial afecto de piedad el fructífero mes de Octubre: pues es muy propio que dediquemos ambas épocas del año á aquella que dijo de sí misma: *mis flores dan fruto de gloria y de riqueza* (3).

El espíritu de asociación á que se inclinan naturalmente los hombres, en ninguna época se ha hecho más efectivo constituyendo lazos de estrecha unión, como en la nuestra; ni nadie ciertamente le condenará, á no ser, que, torciéndose esta nobilísima inclinación de naturaleza, tienda á malos fines, confederándose y reuniéndose los hombres im-

(1) *Ioa. XIX, 27.*—(2) *Ioa. XIX, 27.*—(3) *Eccii. XXIV, 28.*



EPÍSTOLA ENCÍCLICA

SOBRE LA DEVOCIÓN DEL SANTO ROSARIO

LEÓN P. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

CUANTO interés fomentar constantemente el culto de la Augustísima Virgen María y promoverle cada día con más esfuerzos en privado y en público, fácilmente lo echará de ver cualquiera que consigo mismo considere el grado altísimo de dignidad y gloria á que ha sido elevada por el Señor. Desde el principio de los siglos la destinó para ser Madre del Verbo que había de tomar carne humana; y por lo tanto de tal manera la distinguió entre todos los seres que existían más hermosos en los tres órdenes de naturaleza, gracia y gloria, que con razón la Iglesia, há aplicado á Ella aquellas palabras: *Yo salí de la boca del Altísimo, engendrada primero que existiese ninguna criatura* (1). Mas luego que comenzaron los siglos, caídos en la culpa original nuestros primeros padres, é inficionados con la misma mancha todos sus descendientes, fué constituida como prenda restauradora de la paz y de la salvación. El mismo unigénito Hijo de Dios no pudo menos de dar á su Madre Santísima señales evidentes de honor: pues cuando hacía vida privada en la tierra, fué mediadora para la ejecución de dos prodigios, que entonces realizó: uno de gracia, dando muestras de gozo el niño en el vientre de Isabel, con motivo del saludo que le dirigió María; el otro de naturaleza, al convertir el agua en vino en las bodas de Caná; y cuando, al fin de su vida pública, instituyó el nuevo testamento que había de ser sellado con su divina sangre, la encomendó al

(1) *Eccii. XXIV, 6.*

píos en asociaciones de varia especie *contra el Señor y contra su Cristo* (1). Se ocha, no obstante, de ver con gozo del alma, que también entre los católicos se despierta el amor y se procura el fomento de las asociaciones piadosas, acrecentándose el número de sus individuos, uniéndose todos en ellas con el vínculo del amor cristiano, considerándolas como domicilios comunes, de tal manera que pueden llamarse y parecen ser verdaderamente hermanos. No debe en manera alguna llevar el nombre de asociación fraternal aquella donde no exista el amor de Cristo; lo cual condenaba severamente en otro tiempo Tertuliano con estas palabras: *somos por derecho de naturaleza vuestros hermanos, como hijos de una madre, aunque tenéis poco de hombres, porque sois malos hermanos. Pues, ¿Cuánto más son dignos del nombre de hermanos aquellos que reconocen á un Dios como padre, que bebieron un mismo espíritu de santidad, y de un mismo vientre de ignorancia salieron á la luz de único verdad?* (2). Muchos son los motivos que deben excitar á los hombres católicos á la institución de estas últimas asociaciones, como las llamadas círculos y bancos agrarios, las reuniones para recreo del ánimo en los días de fiesta, las que se conocen con el nombre de patronatos dedicados á la vigilancia y buena dirección de los niños, con otras congregaciones y cofradías constituidas sobre excelentes bases. En verdad que todas ellas, aunque por su nombre, forma y especial próximo fin, parezcan de institución moderna, son antiquísimas; pues se encuentran vestigios de las mismas en los comienzos de la religión cristiana. Regularizándose más tarde mediante ciertas reglas, distinguiéndose con signos especiales, obtuvieron privilegios, y empleadas en el culto divino en los templos, ó destinadas al cuidado de las almas y de los cuerpos, se las han dado varios nombres según los distintos tiempos. El número de estas asociaciones se ha aumentado de día en día, de tal modo que, en Italia sobre todo, no hay ciudad, villa y aun parroquia donde no existan una ó muchas.

Entre estas asociaciones no dudamos dar el primer lugar de dignidad á la que se llama del Santo Rosario. Pues si atendemos á su origen, es de las primeras en antigüedad, porque se tiene por autor de esta institución al mismo Padre Santo Domingo: si consideramos sus privilegios,

(1) Psalm. II, 2.—(2) Apolog. rap. XXXIX.

está dotada de innumerables gracias por la munificencia de de Nuestros Pradecesoras.—La forma y la vida de institución es el Rosario Mariano, de cuyo poder hemos hablado extensamente en otras ocasiones. Sin embargo, es mucho mayor la virtud y eficacia del Rosario en cuanto que es práctica de la asociación que lleva su nombre. A nadie se oculta lo necesario que es la oración á todos, no porque puedan mudarse por su virtud los decretos divinos, sino para que según dice San Gregorio: *los hombres elevando á Dios sus plegarias, merezcan recibir lo que el Señor omnipotente tiene dispuesto concederles desde la eternidad* (1). Y San Agustín: *el que sabe orar rectamente, sabe también vivir rectamente* (2). Pero las oraciones tienen más vigor para impetrar el auxilio del cielo, cuando se dirigen por muchos á Dios, pública, constante y unánimemente; de tal manera que entonces se hacen como un solo coro de súplicas y esto lo declara manifiestamente aquello de los Hechos Apostólicos, cuando se dice que los Apóstoles que esperaban el Espíritu Santo, *perseveraban unánimes en oración* (3). Los que oren de este modo, no podrán menos de lograr fruto ciertísimo, y esto acontece con los Cofrades del Santo Rosario. Pues, así como oran los sacerdotes pública y constantemente y por consiguiente con mucha eficacia con la recitación del oficio divino; así también es de cierta manera pública, constante y común la oración que se hace por los cofrades con el rezo del Santo Rosario, ó *Salterio de la Virgen*, como se le llama por algunos Romanos Pontífices.

Y por cuanto estas plegarias públicas, según dijimos, son mucho más excelentes que las que se hacen en privado, tienen también mayor fuerza de impetración, de ahí es que se haya dado por los escritores eclesiásticos á esta Cofradía el nombre de *emissia supplicante* inscrita por el Padre Santo Domingo bajo la bandera de la Madre de Dios á la que saludan las sagradas letras y los fastos eclesiásticos como á vencedora del demonio y de todos los errores. Ciertamente el Rosario Mariano une á todos aquellos que dan su nombre á esta asociación con un vínculo común á manera de una compañía fraternal y militar bien constituida y formada, que se compone de un ejército potentísimo para resistir los esfuerzos de los enemigos, que nos acometen intrínseca ó extrínsecamente. Con mucha razón pue-

(1) Dial. I. l. cap. 8.—(2) In Psalm. CXVIII.—(3) Act. I. 14.

den, por tanto, aplicarse á sí mismos los cofrades de esta piadosa asociación aquellas palabras de San Cipriano: *Tenemos una oración pública y común, y cuando oramos, no elevamos nuestras plegarias al Señor por uno, sino por todo el pueblo, porque todo el pueblo somos una misma cosa* (1). Por otra parte nos dan testimonio de la virtud y eficacia de tal súplica los anales eclesiásticos al consignar la derrota sufrida por las tropas Turcas en la batalla naval en las islas del mar Jónico, como también las victorias alcanzadas contra los mismos en el siglo pasado en la Polonia y en Córcega. Gregorio XIII quiso que perseverase la memoria del primero de dichos triunfos con la práctica pública del Santísimo Rosario en el día de Nuestra Señora de las Victorias, cuyo día lo dedicó después Nuestro Predecesor Clemente XI á la misma Señora bajo la advocación del Rosario, mandando además que se celebrara dicha fiesta cada año en toda la Iglesia.

Por cuanto esta milicia es suplicante inscrita bajo la bandera de la Madre de Dios, lleva consigo nueva virtud y especial honor. A esto se refiere particularmente la salutación angélica repetida muchas veces después de la oración dominical. Dista mucho de oponerse esta devoción del Rosario á la dignidad de Dios, pareciendo que hemos de tener por medio de ella más confianza en el patrocinio de María que en el poder divino; sino por el contrario, no hay cosa que más pueda promover el culto del Señor y hacérsenos propicio. La fe católica nos enseña que no solamente hemos de dirigir á Dios nuestras plegarias, sino también á los bienaventurados del Cielo, aunque de distinto modo, porque elevamos nuestras súplicas á Dios como á fuente de toda clase de bienes, y á los santos como á intercesores. La oración, dice Santo Tomás, *se dirige á alguno de dos maneras, de una en cuanto que ha de ser despachada por aquel á quien oramos, y de otra en cuanto que ha de ser conseguida por mediación de aquel á quien se eleva. Del primer modo oramos solamente al Señor, porque todas nuestras oraciones deben ordenarse á la consecución de la gracia y de la gloria, cuyos dones solo Dios puede otorgar, conforme á aquello del Salmo LXXXIII, 12: «el Señor dará la gracia y la gloria». Pero del segundo modo dirigimos la oración á los Angeles y hombres Santos, no para que por medio de ellos conozca Dios nuestras peti-*

(1) De orat. Domin.

ciones, sino para que nuestras oraciones produzcan su efecto por las súplicas y méritos de ellos. Y por eso se dice en el Apocalipsis VIII, 4, que el humo de los perfumes ó aromas encendidos de las oraciones de los Santos subió por la mano del Angel al acatamiento de Dios (1).

¿Quién entre todos los bienaventurados podrá competir con la augusta Madre de Dios en el poder y en la gracia de intercesión? ¿Acaso hay alguno que pueda ver más claramente en el Verbo eterno, las calamidades que sufrimos y las cosas que necesitamos? ¿A quién se le dió mayor poder para atraernos la misericordia de Dios? ¿Quién podrá compararse con Ella en sentimientos de piedad maternal? Es de notar que no pedimos á los Santos del mismo modo que lo hacemos á Dios, pues á la Santa Trinidad le pedimos que tenga misericordia de nosotros, pero á todos los demás Santos les decimos que *oren por nosotros* (2); mas el modo de orar á la Virgen tiene algo de común con el culto de Dios, de tal manera que la Iglesia pide á Ella empleando las mismas palabras con que ora al Señor: *Ten misericordia de los pecadores*. Muy bien, pues, obran los cofrades del Santo Rosario al dirigirle tantas saluciones y súplicas, que vienen á ser otras tantas guirnaldas de rosas. Tal es la grandeza de María y tanta la gracia que tiene ante Dios, que aquel que estando necesitado de auxilio no recurre á ella, es lo mismo que si deseara volar sin el auxilio de las alas.

Hay también otro motivo de alabanza para esta Asociación que no debemos pasar en silencio. Siempre que meditamos con el rezo del Santo Rosario los misterios de nuestra salvación, otras tantas veces practicamos con noble emulación los oficios santísimos encomendados en otro tiempo á los Angeles del cielo á quienes imitamos.

Ellos revelaron cada uno á su tiempo estos misterios, tomaron parte muy principal en ellos, diligentísimos fueron al intervenir en los mismos, manifestando en sus rostros unas veces gozo y alegría y tristeza otras: San Gabriel es enviado á la Virgen para anunciarle la Encarnación del Verbo eterno: los coros angélicos celebran con cánticos de alegría el nacimiento del Salvador en la gruta de Belén: un Angel sugiere á José la huida á Egipto, y que se mantuviese allí con el niño: un Angel consuía al Señor que á fuerza de dolor sudaba sangre en el huerto. Vencida la

(1) S. Th. 2.^o 2.^o quest. LXXXIII, a. IV. (2) Ibid.

muerte, los Angeles anuncian á las mujeres la resurrección del Señor, y, subido á los cielos, los Angeles también proclaman que desde allí ha de venir acompañado de los ejércitos celestiales, con los cuales juntarán las almas de los escogidos, llevándolas consigo á los cielos, sobre los cuales ha sido ensalzada la Santa Madre de Dios.

Pueden con razón aplicarse á los cofrades del Santo Rosario aquellas palabras que dirigia el Apóstol San Pablo á los primeros cristianos: *vosotros os habeis acercado al monte de Sión y á la ciudad de Dios viviente, la celestial Jerusalén, al coro de muchos millares de ángeles* (1). ¿Qué cosa puede haber más divina y más dulce que el contemplarle con los Angeles y orar juntamente con ellos? ¿Cuánto deben esperar y confiar que gozarán algún día en el cielo de la compañía bienaventurada de los Angeles, aquellos que se asociaron en cierto modo á su ministerio en la tierra?

Por estas consideraciones ensalzaron con grandes elogios esta Cofradía Mariana, los Romanos Pontífices, entre los cuales Inocencio VIII la llama *Cofradía devotísima* (2); Pío V, afirma que por su virtud se ha conseguido que: *comenzasen á mudarse repentinamente los fieles de Jesucristo en otros varones, á desvanecerse las tinieblas de las heregias y á manifestarse la luz de la verdad católica* (3). Sixto V, considerando los frutos que se derivaban de esta religiosa institución, se manifiesta devotísimo de ella; y otros, en fin, ó la enriquecieron con grandes y provechosísimas indulgencias, ó se pusieron bajo su tutela dando á ellas su nombre con excelentes señales de benevolencia. También Nos, Venerables Hermanos, movido por el ejemplo de Nuestros Predecesores, os exhortamos y rogamos con encarecimiento, como ya lo hemos hecho muchas veces, que consagreis especial cuidado al fomento de esta sagrada Cofradía de tal manera que con vuestro auxilio, cada día se llenen é inscriban nuevos cofrades; que por medio de vuestra solicitud y con el auxilio del Clero sometido á vuestra vigilancia que trabaja por la salvación de las almas, conozcan los fieles y estimen verdaderamente cuánta sea la virtud y utilidad de esta Cofradía para la salvación de los hombres. Y esto lo pedimos con tanto más empeño, cuanto que en estos presentes tiempos vuelve á excitarse la hermosí-

(1) Hebr. XII y 22.—(2) Día 21 Febr. 1491.—(3) Día 17 Sept. 1569.

sima manifestación de piedad para con la Madre de Dios por medio del Rosario que llaman *perpetuo*.

Damos con grato contento de Nuestro corazón Nuestra bendición á esta asociación, y deseamos sobre manera que os ocupéis en promoverla con mucha constancia y diligencia. Esperamos, pues, con gran confianza que han de ser muy valiosas las alabanzas y oraciones que sin cesar surgirán del corazón y los labios de la muchedumbre cristiana; y alternando de día y de noche por las varias regiones del orbe, junten el canto de sus voces concordes con la meditación de las cosas divinas. Y esta perpetuidad de alabanzas y súplicas la significaron hace ya muchos siglos, aquellas voces con que era aclamada Judit con el canto de Ozias: *Bendita eres del Señor Dios altísimo tú, oh hija, sobre todas las mujeres de la tierra.... porque hoy ha engrandecido tu nombre de tal manera, que jamás tus alabanzas cesaron en los labios de los hombres; á cuyas voces todo el pueblo de Israel respondió clamando: Así sea, así sea* (1).

Entre tanto, como prenda de celestiales beneficios, y en testimonio de Nuestra paternal benevolencia, os damos la Bendición Apostólica con mucho amor en el Señor á vosotros, Venerables Hermanos, y á todo el clero y pueblo encomendado á vuestra fe y solicitud.

Dado en Roma junto á San Pedro el día 12 de Septiembre del año 1897, vigésimo de Nuestro Pontificado.

LEÓN, PAPA XIII.

(1) Luc. XII, 23 et seq.



EPISTOLA ENCYCLICA

DE ROSARIO MARIALI

LEO PP. XIII

VENERABILES FRATRES

SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

AUGUSTISSIMAE Virginie Mariae ferri assidue cultum et contentiore quotidie studio promoveri quantum privatim publiceque interat, facile quisque perspiciet, qui secum reputaverit, quam excelso dignitatis et gloriae fastigio Deus ipsam collocarit. Eam enim ab aeterno ordinavit ut mater Verbi fieret humanam carnem assumpturi; adeoque inter omnia, quae essent in triplici ordine naturae, gratiae, gloriisque pulcherrima ita distinxit, ut merito eidem Ecclesia verba illa tribuerit: *Ego ex ore Altissimi prodici primogenita ante omnem creaturam* (1). Ubi autem volvi primum coepere saecula, lapsis in culpam humani generis euctoribus infelicisque eadem lae posteris universis, quasi pignus constituta est instaurendae pacis atque salutis. — Nec dubiis honoris significationibus Unigenitus Dei Filius sanctissimam matrem est prosequutus. Nom et dum privatim in terris vitam egit, ipsam adscivit utriusque prodigii administratorem, quae tunc primum paravit; alterum gratiae, quo ad Mariae salutacionem exultavit infans in utero Elisabeth; alterum naturae, quo eam in vinum convertit ad Conae nuptias; et quom supremo vitae saepe publicae tempore novum Conderet Testamentum divino sanguine obsequendum, eandem dilecto Apostolo commisit verbis illis dulcissimis: *Ecce Mater tua* (2). Nos igitur qui, licet indigni, vices ac personam gerimus in terra Iesu Christi Filii Dei, tantas Matris persequi laudes nunquam desistemus, dum hae lucis usura fruamur. Quom quia sentimus hanc futuram Nobis, ingrevescente aetate, diuturnam, facere non possumus quin omnibus et singulis in Christo illis Nostris Ipsius cruce pendens extrema verba, quasi testamento relicta, iteremus: *Ecce mater tua*. Ac praecclare quidem Nobiscum actum esse censemus, si id Nostrae commendationes effecerint, ut unusquisque fidelis Mariali cultu nihil

(1) Eccl. XXIV, 5.—(2) Io. XIX, 27.

habeat antiquius, nihil carius, licetque de singulis usurpare verba Ioannis, quae de se scripsit: *Accepti eam discipulus in sua* (1).— Adventante igitur mense Octobri, ne hoc quidem anno psellimur, Venerabiles Fratres, carere vos Litteris Nostris, rursus adhortantes sollicitudine, qua possumus maxima, ut Rosarii recitatione student sibi quisque ac laboranti Ecclesiae demereri. Quod quidem prociandi geova divina providentia videtur sub huius saeculi exitum mire invaluisse, ut languescens fidelium excitaretur pietas; idque maxime testantur insignia templa ac sacraia Deiparae cultu celeberrima. — Huic divinae Matri, cui flores dedimus mense Maio, vellimus omnes fructiferum quoque Octobrem singulari pietatis effectu esse dicatum. Docet enim utrumque hoc anni tempus ei consecrari, quae de se dixit: *Flores mei fructus honoris et honestatis* (2).

Vitae societas atque coniunctio, ad quam homines natura feruntur, nulla aetate fortasse erit effecta est, aut tanto studio tamque communi expetita, quam nostra. Nec quisquam sane id reprehendat, nisi vis haec naturae nobilissima ad prava saepe consilia detorqueatur, convenientibus in unum atque in varii generis societates coeuntibus implis hominibus *adversus Dominum et adversus Christum Elias* (3). Cernere tamen est, idque profecto accidit iucundissimum, inter catholicos etiam adamari magis coeptos pios coetus; eos haberi confortatissimos; iis quaei communibus domiciliis christiane vinculo dilectionis ita adstringi cu ctos et quasi coalescere, ut vere fratres et dici posse et esse videantur. Neque enim, Christi caritate subleis, fraternis societate et nomine gloriar i quisquam potest; quod acriter olim Tertullianus hinc verbis persequabatur: *Fratres caestri sumus iure naturae matris unius, etsi eos parum homines, quia mali fratres. At quanto dignius fratres et dicuntur et habentur qui unum patrem Deum agnoscunt, qui unum spiritum biberunt sacetitatis qui de uno ut ro ignorantiae eiusdem ad unam lucem exparerint veritatis* (4). Multiplex autem ratio est, qua catholici homines societates huiusmodi saluberrimas inire solent. Huc enim et circuli, ut aiunt, et rustica aetaria pertinent, itemque conventus animis per dies festos relaxandis, et saecus pueritiae advigilanda, et sodalitia, et coetus alii optimis consiliis instituti complures. Profecto haec omnia, etsi nomine, forma, aut suo quaque peculiari ac proximo fine, recense inventa esse videantur, re tamen ipsa sunt antiquissima. Constat enim, in ipsis christiane religionis exordis eius generis societatum vestigia reperiri. Serius autem legibus confirmatae, suis distinctae signis, privilegiis donatae, divinum ad cultum in templis adhibita, aut animis corporibusque sublevandis destinatae, variis nominibus, pro varia temporum ratione, appellatae sunt. Quarum numerus in dies ita percrebuit, ut, in Italia maxime, nulla civitas, oppidum nullum, nulla ferme parocia sit, ubi non illae aut complures, aut aliqua certe habeantur.

(1) Ib.—(2) Eccl. XXIV, 5.—(3) Pa. II, 2.—(4) Apolog. c. XXXIX.

In his minime dubitamus praeclarum dignitatis locum assignare sodalitati, quae a sanctissimo Rosario nuncupatur. Nam sive eius spectetur origo, a primis pollet antiquitate, quod eiusmodi institutionis auctor fuisse foratur ipse Dominicus pater; sive privilegia aestimentur, quamplurimis ipsa ornata est, Decessorum Nostrorum munificentia. — Eius institutionis forma et quasi anima est Mariae Rosarium, cuius de virtute fuse alius loquuti sumus. Verumtamen ipsius Rosarii vis atque efficacitas, prout est officium Sodalitatis, quae ab ipso nomen mulstatur, adiunctum, longe etiam maior apparet. Neminem enim latet, quae sit omnibus orandi necessitas, non quod immulari possint divina decreta, sed, ex Gregorii sententia, *ut homines postulando mereantur accipere quod eis Deus omnipotens ante saecula disposuit donare* (1). Ex Augustino autem: *qui recte novit orare, caelo nocit vivere* (2). At preces tunc maxime robur assumunt ad celestem optem impetrandam, quum et publice et constanter et concorditer fundantur a multis, ita ut velut unus efficiatur precantium chorus: quod quidem illa aperte declarant Actuum Apostolicorum, ubi Christi discipuli, expectantes promissum Spiritum Sanctum, fuisse dicuntur *perseverantes unanimiter in oratione* (3). Hanc orandi modum qui sectentur, certissimo fructu carere poterunt nunquam. Iam id plane accidit inter sodales a sacro Rosario. Nam, sicut a sacerdotibus, divini Officii recitatione, publice lugiterque supplicatur, ideoque validissime; ita, publica quodammodo, iugis, communis est supplicatio sodalium, quae fit recitatione Rosarii, vel *Psalterii Virginis*, ut a nonnullis etiam Romensis Pontificibus appellatum est.

Quod autem, uti diximus, preces publicae adhibitae multo iis praesent, quae privatim fundantur, vimque habeant impetrandi maiorem, factum est ut Sodalitati a sacro Rosario nomen ab Ecclesiae scriptoribus inditum fuerit a militiae praesentis, a Dominico Patre sub divinae Matris vexillo conscriptas, quem scilicet divinam Matrem sacrae litterae et Ecclesiae fasti salutant daemones errorumque omnium delibellatorem. Enimvero Mariae Rosarium omnes, qui eius religionis petunt societatem, communi vinculo adstringit tanquam fraterni sut militaris contubernii, unde validissima quaedam acies conflatur ad hostium impetus repellendos, sive intrinsecus illis sive extrinsecus urgeamur, rite instructa atque ordinata. Quamobrem merito pii huius instituti sodales usurpare sibi possunt verba illa S. Cyrilli: *Publica est nobis et communis oratio, et quando oramus, non pro uno, sed pro toto populo oramus, quia totus populus unum sumus* (4). — Ceterum eiusmodi precatio vim atque efficaciam annales Ecclesiae testantur, quum memorent et fractae navali proelio ad Echinadas insulas Turcarum copias, et relatas de iisdem superiore saeculo ad Temesariam in Pannonia et ad Coreyram insulam victorias nobilissimas. Prioris rei gestae memoriam pereni-

(1) Dialog. I. c. 8. — (2) In Ps. CXV III. — (3) Act. I. 14. — (4) De orat. domini.

nem exstare voluit Gregorius XIII, die festo insaluto Mariae victricis honori; quem diem postea Clemens XI Decessor Noster titulo Rosarii consecravit, et quot annis celebrandum in universa Ecclesia decrevit.

Ex eo autem quod precans haec militia sit usub divinae Matris vexillo conscripta, nova eidem virtus, novus honor accedit. Huc maxime spectat repetita crebro, in Rosarii ritu, post orationem dominicam angelica salutatio. Tantum vero adest ut hoc dignitati Numinis quodammodo adversetur, quasi suadere videatur maiorem nobis in Mariae patrocinio fiduciam esse collocandam quam in divinae potentia, ut potius nihil ipsum facilius permoveat propitiumque nobis efficiat. Catholica enim fide docemur, non ipsum modo Deum esse precibus exorandum, sed beatos quoque caelites (1), licet ratione dissimili, quod a Deo, tamquam a bonorum omnium fonte, ab his, tanquam ab intercessoribus, petendum sit. *Oratio*, inquit S. Thomas, *porrigitur alicui dupliciter, uno modo quasi per ipsum impetra, alio modo, sicut per ipsum impetrandam. Primo quidem modo soli Deo orationem porrigimus, quia omnes orationes nostrae ordinari debent ad gratiam et ad gloriam consequendam, quae solus Deus dat, secundum illud Psalmi LXXXII, 19: gratiam et gloriam dabit Dominus. Sed secundo modo orationem porrigimus sanctis Angelis et hominibus, non ut per eos Deus nostras petitiones cognoscat, sed ut eorum precibus et meritis orationes nostrae sortiantur effectum. Et ideo dicitur Apoc. VIII, 4, quod ascendit fumus incensorum de orationibus sanctorum de manu Angeli coram Deo* (2). Iam quis omnium, quotquot beatorum incolunt sedes, audeant cum augusta Dei Matre in certamen demerere? unde gratiae veniret Equus in Verbo aeterno clarius intuetur, quibus argutis premamur, quibus rebus indigemus? Cui melius arbitrium permissum est permoveendi Numinis? Quis maternae pietatis sensibus aequari cum ipsa queat? Id scilicet caesae est cur beatos quidem caelites non eadem ratione precemur ac Deum, *nam a sancta Trinitate petimus ut nostri miseretur, ab aliis autem sanctis quibuscumque petimus ut orent pro nobis* (3). Implorandae vero Virginis ritus aliquid habet cum Dei cultu commune, adeo ut Ecclesiae his votibus ipsam compellet, quibus exoratur Deus: *Peccatorum miserere*. Rem igitur optimum praestant sodales a sacro Rosario, tot salutationes et Mariales preces quasi sarta rosarum contextentes. Tanta enim Mariae est magnitudo, tanta, qua apud Deum pollet, gratia, ut qui episcopus non ad illam confugiet, is optet nulla aliam remigio volare.

Aliis etiam Sodalitatis, de qua loquimur, laus est, nec praetereunda silentio. Quoties enim Mariales recitatione Rosarii salutes nostrae mysteria commemorantur, toties officia sanctissimas, caelesti quaedam Angelorum militiae commissae, similitudine quaedam aemu-

(1) Conc. Trid. sess. XXV. — (2) E. Th. 2^a 2^a a. q. LXXXII, a. IV. — (3) Ib.

lamur. Ea ipsi, suo quaeque tempore mysteria revelarunt, eorum fuere pars magna, iidem adfuerunt seduli, vultu modo ad gaudium composito, modo ad dolorem, modo ad triumphalis gloriae exultationem. Gabriel ad Virginem mittitur nuntium Verbi aeterni incarnationem. Bethlehemicum in antro, Salvatoris in lucem editi gloriae Angeli cantibus prosequuntur. Angelus Iosepho auctor est fugae arripienda, sequae in Aegyptum recipiendi cum puero, Iesum in horto praese moerore sanguine exsudantem Angelus pio aliequo solatur. Eundem, devicta morte, sepulcro excitatum, Angeli mulieribus indicant. Evectum ad caelum Angeli referunt atque inde reversuram praedicant angelicis comitatum ceteris, quibus electorum animas admisceat secumque rapiat ad aethereos choros, super quos *exaltata est sancta Dei Genitrix*. Pileissima igitur Rosarii prece inter sodales utentibus ea maxime convenire possunt, quibus Paulus Apostolus novos Christi assecutus alloquebatur: *Accessistis ad Sion montem, et civitatem Dei cipientis, Ierusalem caelestem, et multorum millium Angelorum frequentiam* (1). Quid autem divinius quidve suavius, quam contemplari cum Angelis cum hisque precari? Quanta niti spe liceant atque fiducia, fructuosos olim in caelo beatissime Angelorum societate eos, qui in terris eorum ministerio sese quodammodo addiderunt!

His de causis Romani Pontifices eximii usque praeconiis Mariam huiusmodi Sodalitatem extulerunt, in quibus cum Innocentius VIII *devotissimam Confraternitatem* (2) appellat; Pius V affirmat, eiusdem virtute haec consequuta: *Cooperunt Christi fideles in alios viros repente mutari, haereseum tenebrae remitti et lux catholicae fidei aperiri* (3); Sixtus V, attendens quam fuerit haec institutio religioni frugifera, eiusdem se studiosissimum profitetur; alii denique multi, aut praecipuis eam indulgentiis, hisque uberrimis auctore, aut in peculiarem sui tutelam, dato nomine variisque editis benevolentiae testimoniis, receperunt. Eiusmodi Decessorum Nostrorum exemplis permoti, Nos etiam, Venerabiles Fratres, vehementer hortamur vos atque obsecramus, quod saepe iam fecimus, ut sacrae huius militiae singularem curam adhibeatis, atque ita quidem, ut, vobis adnitenlibus, novae in dies evocentur undique copiae atque scribantur. Vestra opera et eorum, qui e clero subdito vobis curam gerunt animerum, noscant ceteri e populo, atque ex veritate aestiment, quantum in ea Sodalitate virtutis sit, quantum utilitatis ad aeternam hominum salutem. Hoc autem contentione poscimus eo maiore, quod proximo hoc tempore iterum viginti pulcherrima in sanctissimam Matrem pietatis manifestato per Rosarium, quod *perpetuum* appellant, Hinc Nos instituto libenti animo benediximus; eius ut incrementis seculo vos naviterque studeatis,

(1) Heb. XII, 22.—(2) *Spectetur patrum gloriae*, die 26 Februarii 1491.—(3) *Consesternat RR. PP.* die 17 Septembris 1562.

magnopere optamus. Spem enim optimam concipimus, laudes praecaeque fore validissimas, quae, ex ingenti multitudinis ore ac pectora expressae, nunquam conticescant; et per varias terrarum orbis regiones dies noctesque alternando, conspirentium vocum concertum cum rerum divinarum meditatione coniungant. Quam quidem laudationum supplicationumque peregrinitatem, multis abhinc saeculis divinae illae significarunt voces, quibus Oziae cantu compellabatur Iudih: *Benedicta es tu filia a Domino Deo excelso praese omnibus mulieribus super terram, quia hodie nomen tuum ita magnificavi, ut non recedat laus tua de ore hominum*. Hisque vocibus universus populus Israel acclamabat: *Fiat, fiat* (1).

Interea, caelestium beneficiorum auspicio, paternaeque Nostrae benevolentiae festem, vobis, Venerabiles Fratres, et clero populoque universo, vestrae fidei vigilantiaeque commisso, Apostolicam benedictionem permanentem in Domino impertimus.

Datum Romae apud S. Petrum die XII Septembris anno MDCCCXCVII Pontificatus Nostri anno viciesimo.

LEO PP. XIII.

(1) Iud. XIII, 23 et seqq.

Gratisimo Nos es el recuerdo de tales cosas; tanto más cuanto vemos que aquellos frutos permanecen en no escasa medida.

Aquel gran amor del pueblo fiel y vehemente estudio de la divina religión, que vuestros mayores, venidos primero y en gran parte de Francia, después de Irlanda y más tarde de otros países, santamente cultivaron y transmitieron á la posteridad para conservarle incólume. Aunque, fácilmente conocemos que si la posteridad agradecida guarda esta preciosa herencia, se debe en gran parte á vuestra vigilancia y trabajos, Venerables Hermanos, y á la laboriosidad de vuestro clero: todos, sin embargo, con unidad de voluntades trabajais asiduamente por la incolumidad é incremento del nombre católico, y esto, á decir verdad, sin contradicción ni oposición por parte de las leyes del imperio inglés. Y así, movidos por el pensamiento de vuestros comunes hechos, al conferir, hace algunos años, el honor de la púrpura romana al Arzobispo de Quebec, no solamente quisimos premiar las virtudes del varón, sino dar un testimonio honorífico de la piedad de todos los católicos de aquí. Por lo demás, jamás la Sede Apostólica deja de trabajar por la educación de los niños en la que se ha de colocar la esperanza máxima de la sociedad cristiana y civil, uniendo su estudio con el vuestro y el de vuestros predecesores. De aquí las muchas fundaciones, que se han llevado á cabo con frecuencia, para educar vuestros jóvenes en la virtud é instruirlos en las letras, y que desde su origen han florecido bajo la protección y custodia de la Iglesia: en cuyo género sobresale el gran Liceo de Quebec, que establecido y perfeccionado con perfecto derecho según la norma de las leyes pontificias, es bastante á atestiguar, que la Sede Apostólica nada procura y espera con más ardor, como que se produzca un linaje de ciudadanos, adornado de letras y recomendable por la virtud. Por lo cual, con exquisito cuidado, como podeis fácilmente juzgar por vosotros mismos, Nos fijamos en los casos que estos últimos tiempos han producido á los institutos católicos de los jóvenes Manitobenses. Queremos, conforme es Nuestro deber, con cuánta eficacia y empeño somos capaces, trabajar y procurar para que la fe y religión no sufran detrimento alguno entre los millares de hombres, cuya salvación Nos está en alto grado encomendada, principalmente en aquella ciudad que ha recibido de la Iglesia católica los rudimentos de la doctrina cristiana no menos que los

EPÍSTOLA ENCÍCLICA

A los Ordinarios de las ciudades federales del Canadá,
acerca de las escuelas de párvulos.

LEÓN P. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

A PENAS Nos es lícito hablaros, como lo hacemos con sumo gusto y amor, sin que espontáneamente venga á nuestro ánimo la constante reciprocidad de benevolencia de la Sede Apostólica con los del Canadá, y el régimen de los oficios. Desde el principio de vuestros asuntos os ha acompañado la caridad de la Iglesia católica; y una vez que os recibió en su seno maternal, no ha dejado después de procurar vuestro progreso, colmándoos de beneficios. Ciertamente aquel inmortal varón Francisco de Laval Montmorency, primer Obispo de Quebec, quien cuanto felicísima y santísimamente hizo en memoria de sus antepasados por la pública felicidad, lo hizo bajo la autoridad y gracia de los Romanos Pontífices. Ni buscaron en otra fuente aquellos Obispos, llenos de grandes méritos, los auspicios y origen de las cosas que habían de realizar. Por la misma razón, si se recorre el periodo de antiguos tiempos, los generosos discípulos de los varones apostólicos no acostumbraron á ir aquí sino con la aprobación y misión de la Sede apostólica, mas llevando con la luz de la sabiduría cristiana la semilla de más elegante culto y de honestísimas artes, cuyas semillas, madurando paulatinamente merced al gran trabajo por ellos empleado, hicieron que el Canadá comparada en gloria y civilización con los pueblos cultos no resultase inferior.

principios de la civilización humana. Y como muchos esperasen de Nos una sentencia acerca de esto, deseando conocer qué camino y modo de obrar debían seguir, pareció que nada debía establecerse antes que regresase Nuestro Delegado Apostólico para este asunto, quien, después de haber examinado las cosas con toda diligencia, Nos las refiriere, según se lo habíamos encargado, produciendo diligente y fielmente el efecto que Nos habíamos propuesto.

Se trata de un asunto grave é importantísimo. Nos referimos á lo que hace siete años decretaron de común acuerdo los legisladores de la Provincia Manitobense acerca de la educación de la niñez: los cuales quitaron, con leyes contrarias, el derecho establecido por las leyes de la federación Canadiense, según las cuales los niños de profesión católica, que asisten á las escuelas públicas, tienen derecho á que se les instruya y eduque conforme á sus creencias. Cuya ley no ha producido pequeño mal. Pues de donde quiera que la religión católica es ó despreciada por ignorancia, ó combatida con obras premeditadas; donde se desprecia su doctrina y los principios de donde emana, se arroja á nuestros jóvenes, á quienes no es lícito acudir á tales sitios, ni aun con el fin de instruirse. Y si en alguna parte lo permite la Iglesia, lo hace con gran dificultad y movida por la necesidad, y con muchas precauciones, constandingo que las más veces no son suficientes á evitar los peligros.

De la propia manera aquella enseñanza ha de detestarse y de ella se ha de huir que permite y sin ninguna diferencia aprueba y concede iguales derechos, que cada uno crea lo que más le agrade, como si nada interese sentir rectamente de Dios y de las cosas divinas, ó por el contrario, siendo indiferente seguir lo verdadero ó lo falso. Harto conocéis, Venerables Hermanos, que toda enseñanza de la juventud, que sea de este jaez, está condenada por el juicio de la Iglesia, porque nada hay más pernicioso para destruir la integridad de la fe, y separar de la verdad los tiernos ánimos de los niños.

Hay además otro, en el que fácilmente convendrán los mismos que en las demás cosas disienten de nosotros; es á saber que es imposible que con sola la instrucción literaria y con estéril y ayuno conocimiento de la virtud salgan jamás de la escuela los alumnos católicos, tales cual la patria les desea y espera. Se les han de enseñar cosas más graves y elevadas, á fin de que resulten buenos cristianos y probos y

honrados ciudadanos; es necesario que sean informados de aquellos mismos principios, que se hallan altamente grabados en su mente y conciencia, y los que deben seguir y obedecer, por lo mismo que proceden de la fe y la religión. No hay moral que merezca este nombre y sea eficaz, si se prescinde de la religión. Pues la misma forma y fuerza de los deberes, procede en gran manera de estos deberes, que ordenan al hombre obedecer á Dios que sancionan seguir el bien y evitar el mal. Y así querer inculcar en los ánimos buenas costumbres y al mismo tiempo prescindir de la religión es tan absurdo como llamar á la práctica de la virtud á quien ha perdido el fundamento de ella. Es así que para el hombre católico no hay más que una religión verdadera; y por lo tanto éste no puede reconocer como buena ni acerca de costumbres ni acerca de religión otra doctrina que la que proceda y se desprenda de la religión católica. Luego la justicia y la razón piden que la escuela no solamente suministre á los alumnos el conocimiento de las letras, sino, con más razón, la que hemos dicho ciencia de las costumbres unida convenientemente con los preceptos de nuestra religión sin la que toda instrucción resultara perniciosa en lugar de ser fructuosa. De lo cual se sigue la necesidad de que los maestros sean católicos; que no se empleen otros libros para leer y para estudiar que los aprobados por los Obispos; que convenga haya libertad de enseñar toda clase de ciencia, á fin de que todo método de enseñar y de aprender se conforme con la profesión del nombre católico y con los deberes que de ella se derivan.

Cuidar de sus propios hijos, atendiendo quiénes son sus maestros, quiénes los directores de su vida, pertenece singularmente á los padres. Lo que quieren los católicos, en cumplimiento de su deber, de que la educación de los maestros se acomode á la religión de sus hijos, es un derecho. Ni cabe obrar con ellos más inicivamente que obligándoles á elegir entre que lleguen á la adolescencia sus hijos rudos é indoctos ó moverse en manifiesto peligro de las cosas más transcendentales.

Ciertamente que estos principios del juzgar y del obrar, que se apoyan en la verdad y en la justicia, contienen la salvación no solo de las cosas privadas, si que también de las públicas, no es lícito ponerles en duda ó abandonarles de cualquier manera; y por tanto obligación vuestra fué, Venerables Hermanos, cuando la nueva ley quitó la debida

educación de los niños católicos en la Provincia Manitobense, protestar con voz libre de tal injuria y perversidad; cuyo oficio de tal modo fué desempeñado por cada uno de vosotros, que brillase la común vigilancia de todos y una voluntad digna de los Obispos. Y aun cuando sea bastante el haber obrado en esto conforme al dictamen de vuestra conciencia, sabed que le acompaña Nuestro asentimiento y aprobación; pues son santísimas las cosas que habeis procurado, y aún procurais conservar.

Por otra parte, los perjuicios de la ley Manitobense, de que hablamos, reclamaban de sí, buscar algún alivio al consiguiente crecimiento del mal. La causa de los católicos era merecedora de que trabajasen por ella, con perfecta unión de voluntades, todos los ciudadanos amigos de lo bueno y de lo justo en la sociedad, fuesen del partido que fuesen. Pero, no sin gran perjuicio, ha sucedido al revés. Apenas profundamente, que en materia que á todos interesaba tanto, las mismas opiniones de los católicos no estuvieron concordadas, como procedía, para defenderla; cuando era necesario, prescindir de las cuestiones políticas que son de tan poca monta comparadas con la grandeza y gravedad de ésta.

No ignoramos, que se ha comenzado á reformar algo esa ley.

Que en las ciudades federadas, los que ejercen autoridad en la Provincia han decretado ya algunas cosas para disminuir los inconvenientes, por cuya desaparición claman y de cuyos efectos se quejan con razón los católicos Manitobenses.

No tenemos por qué dudar que tal reforma se ha comenzado por justo consejo y amor á la equidad. Pero no puede disimularse, porque es la verdad, que la ley dada para reparar los daños, es manca, insuficiente, y poco a propósito. Mucho más es lo que reclamán los católicos; y nadie negará que lo piden con justicia. Además, en los mismos temperamentos, que se han adoptado, hay un vicio que, en distintas circunstancias de lugar, fácilmente pueden carecer de efecto. En pocas palabras; aun no se ha atendido lo bastante en Manitoba á los derechos de los católicos acerca de la educación de los niños católicos; el asunto pide aún, como es de justicia, que se atienda del todo, esto es, que se protejan y observen como es debido todos aquellos incommutables y augustos principios de que arriba hemos hecho mérito. Esto se ha de esperar y procurar con ahínco y perseveran-

cia. Nada puede ser obstáculo mayor á este fin que la discordia; la unión de voluntades y como cierto concierto de acciones es necesaria. Mas como para conseguir lo que es y debe ser un propósito, no está marcado el camino, sino que, como sucede en todas estas cosas, puede ser múltiple, se sigue que puede haber distintas opiniones acerca del modo de obrar.

Por lo cual acuérdense todos y cada uno de la modestia, lenidad, y mutua caridad; procuren no pecar en el respeto que se debe uno á otro; establezcan y hagan con fraterna unanimidad, no sin vuestro consejo, lo que parezca de mejor resultado.

Por lo que respecta nominalmente á los mismos católicos de Manitoba, confiamos en que, con la ayuda de Dios, se harán participantes de todo nuestro deseo. Cuya esperanza descansa primeramente en la misma bondad de la causa; en segundo lugar en la equidad y prudencia de los varones, que administran la cosa pública; y por último se apoya en la honesta voluntad de cuantos Canadienses son partidarios de la rectitud. Entre tanto, sin embargo, hasta que puedan vindicar todos sus derechos, no desprecien tener conquistada alguna parte de ellos. Si hay algo permitido por la ley, por la costumbre, ó por la facilidad de los hombres, por virtud de lo cual los daños se hagan más tolerables y los peligros se alejen, conviene y es útil hacer uso de las concesiones y sacar el mayor fruto posible y provecho de ellas. Donde no haya medio alguno de aliviar los inconvenientes, exhortamos y rogamos, que continúen saliendo á su encuentro con más liberalidad y munificencia. No crean que pueden merecer más para su propia salvación y para la prosperidad de las ciudades, que procurando la defensa de las escuelas de niños, según las fuerzas de cada uno.

Hay otro punto dignísimo en el que debe trabajar vuestra común industria. Esto es que, bajo Vuestra dirección y ayuda, los que están al frente de las escuelas, convienen oportuna y sabiamente el método de enseñanza, procurando principalmente que los que se dedican á ella, se hallen suficientemente instruidos en los conocimientos de la naturaleza y del arte. Proceda que las escuelas de los católicos puedan competir con las más florecientes en la cultura de los ingenios y en el brillo de las letras.

Si se busca la erudición y el decoro de la humanidad, se ha de tener como honesto, sano y noble, el propósito de las

Provincias del Canadá de aumentar y proveer, conforme á las fuerzas de los que con ansia lo desean, la pública enseñanza, á fin de que cada día se desenvuelva con más progreso y perfección. Mas no hay género de ciencia, ni elegancia de doctrina que no pueda admirablemente conciliarse con la doctrina é institución católica.

Para ilustrar y defender cuanto hasta aquí hemos dicho, aprovecharán no poco aquellos católicos que se dedican á escribir principalmente en diarios. Acuérdense de su oficio. Defiendan religiosamente y con todas sus fuerzas, lo verdadero, lo recto y lo útil al nombre cristiano y la sociedad civil; pero de tal modo que guarden el decoro, respeten á las personas, pero no transijan en el fondo. Obedezcan y observen santamente la autoridad de los Obispos y toda potestad legítima: cuanto son más difíciles los tiempos, y el peligro de las discusiones está más próximo, tanto con más ahínco se ha de insistir en persuadir la concordia en el sentir y en el obrar, sin la cual apenas habrá esperanza de que se consiga lo que constituye el deseo de todos.

Como presagio de los celestiales dones y prenda de nuestra paternal benevolencia, recibid la bendición Apostólica, que amantísimamente os damos á vosotros, Venerables Hermanos, y á vuestro clero y pueblo.

Dada en Roma, junto á San Pedro el día 8 de Diciembre de 1897, de nuestro Pontificado año vigésimo.

LEÓN, PAPA XIII.



EPISTOLA ENCYCLICA

Ad Ordinarios phoederatarum civitatum
Canadensium quoad puerorum puerorum scholas.

LEO PP. XIII

VENERABILES FRATRES

SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

AFFERT vos, quod perlibenter atque amantissime facturus, vix Nobis licet, quin sua sponte occurrat animo vetus et constantis apostolicæ Sedis cum Canadensibus vicissitudo benevolentiae consuetudoque officiorum. Ipsis rerum vestrarum primordiis comitata Ecclesie catholice caritas est: maternoque semel acceptos sine, amplexari vos fecere, beneficiis et fieri nunquam postea desinit. Certe immortalis vir Franciscus de Laval Montmorency, primus Quebecensium episcopus, quas res proavorum memoria pro salute publicæ felicissime sanctissimeque gessit, auctoritate gratiaque dignitas romanorum Pontificum gessit. Neque alio ex fonte auspicia atque orsus agendarum rerum cepere consequentes episcopi, quorum tanta exhibit magnitudo meritorum. Similique ratione, si spatium respicitur veteriorum temporum, non istuc commensare nisi nota misereque Sedis apostolicæ consuevere virorum apostolicorum generosi manipuli, utique cum christianæ sapientie lumine elegantiorum cultum atque artem honestissimum semina allaturi. Quibus seminibus multo eorum ipsorum l bore sensim maturescentibus, Canadensium natio in contentione urbanitatis et glorie cum excellentia gentibus sera, non impar, venit.—Istæ sunt res Nobis omnes admodum ad recordationem iucundæ: eo vel magis, quod earum permagere fructus cernimus non mediocres. Illo profecto permagnus, amor in catholica multitudine atudiumque vehemens divine religionis, quam scilicet maiores vestri primum et maximo ex Galliarum ex Hibernis, mox quoque aliunde, auspicio advechi, et ipsi sancto coluerunt et posteris inviolate servandam tradiderunt. Quamquam, si optimam hanc hereditatem tuetur posteritas memor, facile intelligimus quantum huius laudis partem sibi iure vindicet vigilantia atque opera vestra, venerabiles Fratres, quantum etiam vestri sedulitas Cleri: omnes quippe, concordibus animis, pro incolunitate

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

Provincias del Canadá de aumentar y proveer, conforme á las fuerzas de los que con ansia lo desean, la pública enseñanza, á fin de que cada día se desenvuelva con más progreso y perfección. Mas no hay género de ciencia, ni elegancia de doctrina que no pueda admirablemente conciliarse con la doctrina é institución católica.

Para ilustrar y defender cuanto hasta aquí hemos dicho, aprovecharán no poco aquellos católicos que se dedican á escribir principalmente en diarios. Acuérdense de su oficio. Defiendan religiosamente y con todas sus fuerzas, lo verdadero, lo recto y lo útil al nombre cristiano y la sociedad civil; pero de tal modo que guarden el decoro, respeten á las personas, pero no transijan en el fondo. Obedezcan y observen santamente la autoridad de los Obispos y toda potestad legítima: cuanto son más difíciles los tiempos, y el peligro de las discusiones está más próximo, tanto con más ahínco se ha de insistir en persuadir la concordia en el sentir y en el obrar, sin la cual apenas habrá esperanza de que se consiga lo que constituye el deseo de todos.

Como presagio de los celestiales dones y prenda de nuestra paternal benevolencia, recibid la bendición Apostólica, que amantísimamente os damos á vosotros, Venerables Hermanos, y á vuestro clero y pueblo.

Dada en Roma, junto á San Pedro el día 8 de Diciembre de 1897, de nuestro Pontificado año vigésimo.

LEÓN, PAPA XIII.



EPISTOLA ENCYCLICA

Ad Ordinarios phoederatarum civitatum
Canadensium quoad puerorum puerorum scholas.

LEO PP. XIII

VENERABILES FRATRES

SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

AFFERT vos, quod perlibenter atque amantissime facturus, vix Nobis licet, quin sua sponte occurrat animo vetus et constantis apostolicæ Sedis cum Canadensibus vicissitudo benevolentiae consuetudoque officiorum. Ipsis rerum vestrarum primordiis comitata Ecclesie catholice caritas est: maternoque semel acceptos sine, amplexari vos fecere, beneficiis et fieri nunquam postea desinit. Certe immortalis vir Franciscus de Laval Montmorency, primus Quebecensium episcopus, quas res proavorum memoria pro salute publicæ felicissime sanctissimeque gessit, auctoritate gratiaque dignitas romanorum Pontificum gessit. Neque alio ex fonte auspicia atque orsus agendarum rerum cepere consequentes episcopi, quorum tanta exhibit magnitudo meritorum. Similique ratione, si spatium respicitur veteriorum temporum, non istuc commensare nisi nota misereque Sedis apostolicæ consuevere virorum apostolicorum generosi manipuli, utique cum christianæ sapientie lumine elegantiorum cultum atque artium honestissimum semina allaturi. Quibus seminibus multo eorum ipsorum l bore sensim maturescentibus, Canadensium natio in contentione urbanitatis et glorie cum excellentia gentibus sera, non impar, venit.—Istæ sunt res Nobis omnes admodum ad recordationem iucundæ: eo vel magis, quod earum permagere fructus cernimus non mediocres. Illo profecto permagnus, amor in catholica multitudine atudiumque vehemens divine religionis, quam scilicet maiores vestri primum et maximo ex Galliarum ex Hibernis, mox quoque aliunde, auspicio advechi, et ipsi sancto coluerunt et posteris inviolate servandam tradiderunt. Quamquam, si optimam hanc hereditatem tuetur posteritas memor, facile intelligimus quantum huius laudis partem sibi iure vindicet vigilantia atque opera vestra, venerabiles Fratres, quantum etiam vestri sedulitas Cleri: omnes quippe, concordibus animis, pro incolunitate

atque incremento catholici nominis assidue contenditis, idque, ut vera fateamur, non invidis neque repugnantibus Britannici imperii legibus. Itaque communium recte factorum vestrorum cogitatione adducti, cum Nos romane honorem purpuree Archiepiscopo Quebecensium aliquot ante annis contulimus, non solum orare viri virtutes, sed omnium istis catholicorum pietatem honorifice efficere testimonio voluimus. — Caterum de institutione laborare inuentis aetatis, in qua et christiane et civilis reipublicae spes maximae nituntur, apostolica Sedes nunquam intermisit, conuictivo vobiscum et cum assessoribus vestris studio. Hinc constituta passim adolescentibus vestris ad virtutum, ad litteras erudiendis complura eademque in primis florentia, auspice et custode Ecclesiae, domicilia: quo in genere eminet profecto magnum Liceum Quebecense, quod ornatum atque suctum omni iure legitimo ad legum pontificiarum consuetudinem, satis testatur, nihil esse quod expectat, studestque apostolica Sedes vehementius, quam educere civium sobolem exoptatam litteris, virtute commendabilem. Quamobrem summa cura, ut facile per vos ipsi iudicetis, animum ad eos casus adiecinus, quos catholice Manitobensium adolescentulorum institutioni novissime temporis attuler. Voluimus enim et velle debemus omni, qui possumus, ope et mentione eriti atque effere ut fides ac religio ne quid detrimenti capiant spud tot hominum milia, quorum Nobis maxime est commissa salus, in ea praesertim civitate quae christianae rudimentis doctrinae non minus quam politioris initia humanitatis ab Ecclesia catholica accepit. Cumque ea de re plurimi sententiam expectarent a Nobis, ac nosse cuperent qua sibi via, qua agendi ratione utendum, placuit nihil ante statuere, quam Delegatus Noster apostolicus in rem praesentem venisset, qui, qui res statu essent, exquirere diligenter et ad Nos subinde referre iussus, naviter ac fideliter effectum dedit quod man faveramus.

Causa profecto veritatis permagni momenti ac ponderis. De eo intelligi volumus, quod septem ante annis legislatores Provinciae Manitobensium consensu suo de disciplina puerilli decreverat: qui scilicet quod leges Canadensis fœderis sanxerant, pueris professione catholica in ludis discendi publicis institutis educarique ad conscientiam animi sui ius esse, id ius contraria lege sustulero. Quae lege non exiguum importatum detrimentum. Ubi enim catholica religio aut ignorantia negligitur, aut dedita opera impugnatur, ubi doctrina eius contemnitur, principi quae unde signatur, repudiantur, illic accedero, eruditionis causa, adolescentulos nostros fas esse non potest. Id sibi tacitari stitit Ecclesia, non nisi aegre ac necessitate sinit, multisque adhibitis cautionibus, quas tamen constat ad pericula declinanda nimium saepe non valere. — Similiter ea deterrima omninoque fugienda disciplina, quae quod quisque malit fide credere, il sine ullo discrimine omnia probet et sequo iure habeat, velut si de Deo resque divinis recte sentias an secus, verum an falsa secleris, nihil intersit. Probe notis, venerabiles Fratres, omnem disciplinam

puerilem, quae sit eiusmodi Ecclesiae esse iudicio damnatae, quia ad laesendam integritatem fidei teneroque puerorum animos a veritate recedendos nihil fieri perniciosius potest.

Aliud est praeterea, de quo facile vel illi assentiantur, qui cetera nobiscum dissident: nimirum non mera institutione litteraria, non selivago seivanaque cognitione virtutis posse fieri, ut alumni catholici talis et schola aliquando prodent, quales patria desiderat atque expectat. Tradenda eis graviora quaedam et maiora aunt, quo possint et cristiani boni et cives frugi probeque evadere; videlicet informantur ab ipsa illa principia necesse est, quae in eorum conscientia mentis alte inserantur, et quibus parere et quae sibi debent, quia ex fide ac religione sponte efflorescant. Nulla est enim disciplina morum digna quidem hoc nomine atque efficax, religio posthabita. Nam omnium officiorum forma et vis ab illis officis maxime ducitur, quae hominem iungunt iubenti, velanti bona malaque sancienti Deo. Itaque velle animos bonis imbueri moribus simulque esse sine ore religionis expertes tam est absorbum, quam vocare ad percipiendam virtutem, virtutis fundamento sublati. Atqui catholice homini una atque unica vera est religio catholica: propterea nec morum is potest, nec religionis doctrinam ullam accipere vel agnoscere, nisi ex intima sapientia catholicis petitam ac deproptiam. Ergo iustitia ratiocine postulat, ut non modo cognitionem litterarum alumnus schola suppediet, verum etiam eam, quam diximus, scientiam morum cum praecipitiis de religione nostra apte coniunctam, sine quam nedum non fructuosa, sed perniciosa plane omnia futura est institutio. Ex quo illa necessario consequuntur: magistris opus esse catholicis: litteras ad perlegendum, ad ediscendum non alios, quam quam quos episcopi probarint, assumendos: liberam esse potestatem oportere constituendi regendique omnem disciplinam, ut cum professione catholici nominis, cumque officis quae inde proficiuntur, tota ratio docendi discendique aptissime congruat atque consentiat. — Videre autem de suis quemque liberis, spud quos insistantur, quos habeant vivandi praecipitos, magnopere pertinet ad patriam potestatem. Quocirca cum catholici volunt, quod et velle et contentiore officium est, ut ad liberorum suorum religionem institutio doctoris accomodetur, iure faciunt. Nec sane iniquis agi cum illi quaest, quam si eliteritrum male compellatur, aut rudes et indoctos, quos procreantur, adolescere, aut in aperto rerum maximam discriminem versari.

Ista quidem et iudicandi principia et agenda, quae in veritate utilitatem nituntur, nec privatorum tantummodo, sed verum quoque publicarum continent: salutem, nefas est in dubium revocare, aut quoquo modo deserere, igitur cum puerorum catholicorum institutionem delibam iniqua lex in Manitobensi Provincia perculisset, vestri muneris fuit, venerabiles Fratres, illam iniuriam ac perniciem libera voce refutare: quo quidem officio sic profundi singuli exis, ut communis omnium vigilantia ac digna episcopos voluntas

eluxerit. Et quamvis hac de re satis unusquisque vestrum sit conscientiae testimonio commendatus, assensum tamen atque approbationem Nostram acitote accedere: sanctissima enim ea sunt, quae conservare ac lucri studiosius, studetis.

Ceterum incommoda legis Manitobensis, de qua loquimur, per se ipsa monebant, opportunitatem sublevationem mali opus esse concordiae querere. Catholicorum digna causa erat, pro qua omnes omnium pariter aequi bonique cives consiliorum societate summaque conspiratione voluntatum contenderent. Quod, non sine magna iactura, contra factum. Dolenda n. illud etiam magis, catholicos ipsos Canadenses sententias concorditer, ut oportebat, minime in re hinc junxisse, quae omnium interest plurimum: cuius prae magnitudine et pondere silere studia politicarum rationum, quae tanto minoris sunt, necesse erat.

Non sumus pescii, emendari aliquid ex ea lege coeptum. Qui federatis civitatibus, qui in Provincias cum potestate praesunt, nonnulla iam decrevere minuendorum gratia incommoedum, de quibus expostulare et conquiri catholici ex Manitoba merito insistant. Non est cur dubitemus, susceptum id sequitatis amore fuisse consilio laudabili. Dissimulari tamen id quod res est, non potest: quam legem ad sarcinam damna condidere, ea manca est, non idonea, non apta. Multo maiora sunt, quae catholici petunt, quaeque eos iure petere, nemo negat. Praeterea in ipsis illis temperamentis, quae excogitata sunt, hoc etiam inest vitii quod, mutatis locorum adiunctis, exere effectum fuisse possunt. Tota ut res in breve cogatur, iuribus catholicorum educatioque puerili nontum est in Manitoba consultum satis: res autem postulat, quod est in utilitate consentaneam, ut omni ex parte consulatur, nimirum in toto positus debitoque praesidio septis iis omnibus, quae supra attigimus, incommutabilibus augustissimisque principis. Huc spectandum, hoc studiose et considerato quaerendum. — Cui quidem rei nihil obesse potest discordia peius: coniunctio animorum est et quaedam quasi concertu actionum per necessarios. Sed tamen cum perveniendi eo, quo propositum est, et esse debet, non certa quaedam ne definita via sit, sed multiplex, ut fere fit in hoc genere rerum, consequitur varias esse posse de agendi ratione honestas eademque conducibiles sententias. Quomobrem universi et singuli meminerint modestiae, lenitatis, caritatis mutuae videant ne quid in verecundia peccet, quam alter alteri debet: quid optimum factu videatur, fraternam unanimem, non sine consilio vestro, constituent, efficiant.

Ad ipsos ex Manitoba catholicos nominatim quod attinet, futuros aliquando totius voti compotes, Deo adjuvante, confidimus. Quae spes primum sane in ipsa bonitate causae conquiescit: deinde in virorum, qui res publicas administrant, sequitate ac prudentia, tum denique in Canadensium, quotquot recte sequuntur, honesta voluntate nititur. Interea tamen, quam dixi rationes suas vindicare nequeant universas, salvas aliquid ex parte habere ne recusent. Si

quid igitur lege, vel usu, vel hominum facilitatem quadam tribuatur quo tolerabiliora damna, ac rem-tiora pericula fiant, omnino expedit atque utile est concessis uti, fructamque ex iis atque utilitatem quam fieri potest maximam capere. Ubi vero illa nulla moderi ratione incommoedis lloset, hortamur atque obsecramus, ut aucta liberalitate munificentiaque pergant occurrere. Non de salute ipsorum sua, nec de prosperitate civitatum morari melius queant, quam si in scholarum pueritium tuitionem contulerint, quantum sua cuique ainst facultas.

Est et aliud valde dignum, in quo communis vestra elaborat industria. Scilicet vobis auctoribus, siisq. adiuvantibus, qui scholis praesunt, instituere accurate ac sapienter studiorum rationem oportet, potissimumque eniti ut, qui ad docendum accedunt, affiat im et naturae et artis praesidiis instructi accedant. Scholae enim catholicorum rectum est cum florentissimis quibusque de cultura ingeniorum, de litterarum laude, posse contendere. Si eruditio, si decus humanitatis queritur, honestam sane ac nobile iudicandum Provinciarum Canadensium propositum, augere ac provelere pro viribus expetentium disciplinam institutionis publicam, quo politius quotidie ac perfectius quiddam contingat. Atqui nullum est genus scientiae, nulla elegantia doctrinae, quae non optime possit cum doctrina atque institutione catholica consistere.

Hicce omnibus illustrandis ac laendis rebus quae haecenus dictae sunt, possunt non parum et ex catholicis proficere, quorum opera in scripturae praesertim quotidiana versatur. Sint igitur memores officii sui, Quae vera sunt, quae recta, quae christiano nomini reque publice utilis, pro iis religioso animoque magno propugnent: ita tamen ut decorum servent, personis parcant, modum nulla in re transiliant. Vereantur ac sancte observent episcoporum auctoritatem, omnemque potestatem legitimam: quanti autem est temporum difficultas maior, quantoque dissensionum praesentium periculum, tanto insistant studiosius suadere sentiendi aequique concordiam, sine qua vix aut ne vix quiddam spes est futurum ut id, quod est in optatis omnium nostrum impetretur.

Auspiciem coelestium munerum benevole: usque Nostrae paternae testem accipite apostolicam benedictionem, quam vobis, venerabiles Fratres, Clero populoque vestro peremerant in Domino impertimus.

Datum Romae apud S. Petrum, die VIII Decembris anno MDCCCLXXXVII, Pontificatus Nostri vicesimo.

LEO PP. XIII.



EPÍSTOLA ENCÍCLICA

A LOS OBISPOS DE ESCOCIA

ALERE FLAMMAM
VERITATIS
LEON P. XIII

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.



El amor de caridad que Nos hace estar solícitos de la salvación de los hermanos disidentes, no Nos permite cesar jamás, si podemos volver al buen Pastor los que el error tienen separados del único rebaño de Cristo.

Cada día nos dolemos vehementemente del miserable estado de tanto número de hombres como se hallan separados de la integridad de la fe. Y así ya por obligación del santísimo oficio, ya unidos como por persuasión é instinto del amantísimo Salvador de los hombres, cuya persona representamos sin mérito alguno Nuestro, insistimos con todo empeño en pedirles, que alguna vez quieran formar con Nosotros en la misma é idéntica comunión de fe. Obra grande y de un éxito mucho más difícil que las humanas: cuya perfección es solamente de Dios, que todo lo puede. Mas por esta misma razón no perdemos la esperanza, ni nos aleja del propósito la magnitud de las dificultades, que no puede vencer por sí sola la humana virtud. *Nosotros predicamos á Cristo crucificado.... Y lo más débil de Dios, es fuertísima para los hombres (1).* En tanto error de opiniones, entre tantos males como nos rodean é amenazan; tenemos empeño en mostrar como con el dedo, dónde ha de buscarse la salvación, exhortando y amonestando á todas las gentes á que eleven sus ojos á los montes de donde vendrá el auxilio. Lo que Isaías anunció se realizaria, demostraron los sucesos: esto es, que

(1) 1.º á los Cor. 1.º 23. 24.

la Iglesia de Dios por su divino origen y dignidad de tal modo resplandece, que se manifiesta á los ojos de todos los que la miran: *Y estará preparado en los últimos días el monte de la casa del Señor en la cumbre de los montes, y se elevará sobre los collados y correrán á él todas las gentes (1).*

Por esta razón obtiene un lugar en Nuestros cuidados y consejos la Escocia muy amada desde hace tiempo de la Sede Apostólica y aún de Nos mismo que de un modo especial la tenemos afecto. Sea licito recordar que hace veinte años realizamos en Escocia las primicias del ministerio Apostólico al procurar restituir en ella, al día siguiente de comenzar nuestro Pontificado, la jerarquía eclesiástica. Desde cuya época con vuestro preclaro auxilio, Venerables Hermanos, y el de vuestro clero, no hemos dejado de procurar el bien de tal pueblo, sumamente á propósito, por su carácter, para abrazar la verdad.

Aquella turbulentísima tempestad que se desencadenó contra la Iglesia en el siglo XVI, así como separó de la fe católica á muchos de Europa, así separó también la mayor parte de los escoceses, que con no pequeña gloria la habían conservado por más de mil años.

Grato Nos es recordar los grandes méritos de vuestros antepasados en favor de la causa católica; y además Nos complace hacer mérito de tantos varones cuya virtud y acciones honraron el nombre de Escocia. Por ventura vuestros ciudadanos relusarán hoy recordar á su vez lo que deben á la Iglesia católica y á la Sede Apostólica? Hacemos mención de cosas harto conocidas y sabidas de vosotros. — Consignase en vuestros anales que Ninián, hombre escocés, habiendo comenzado con gran fuerza la lectura de los sagrados libros, decidido á proseguirla, dijo: «Me levantaré, recorreré el mar y la tierra, buscaré la verdad que ama mi alma. Por ventura es preciso tanto? Acaso no fué dicho á Pedro: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella?* Si, pues, en la fe de Pedro nada hay disminuido, nada obscuro, nada imperfecto, nada contra lo que sean capaces de prevalecer ni las falsas doctrinas, ni las sentencias perversas, como «puertas del infierno. Y dónde está la fe de Pedro, sino en la sede de Pedro? Aquello ciertamente, aquello debo seguir,

(1) Isaías, 11, 2

que saliendo de mi tierra y de mi parentela y de la casa de mi padre, merezca en la tierra de la visión, ver la voluntad del Señor y ser protegido por su templo (1). Y así se apresuró á venerar á Roma: y habiendo recibido con largueza en el sepulcro de los Apóstoles, de la misma fuente y cabeza de la verdad católica, vuelto á su casa por precepto y mandato del Pontífice máximo instruyó á sus compatriotas en los documentos de la fe romana, dos siglos antes, de que el bienaventurado Agustín llegase á los Ingleses.

Esta fe enseñaron elegantísimamente Santa Columba, esta misma guardaron con gran cuidado los antiguos monjes, de cuyas preclaras virtudes está ennoblecida la Sede Yonense. Para qué hemos de mentar á la Reina Margarita, lucero y honor no solo de Escocia sino de todo el pueblo cristiano? Que colocada en la cumbre de las cosas mortales, no deseando en toda su vida más que lo inmortal y divino, llenó el mundo con el esplendor de sus virtudes. Empero si consiguió tan excoelsa santidad, la obtuvo por el espíritu e impulso de la fe católica. Wallace y Bruce, lumbreras de vuestro pueblo, por fortuna no fueron fortísimos defensores de la patria, por la contancia de la fe católica? Omitimos otros innumerables varones utilísimos á la república, que la Iglesia jamás dejó de guiar como madre. Omitimos otros beneficios importados por ella entre vosotros; merced á su providencia y autoridad, han brillado en estudios superiores las Universidades de San Andrés, Glasgow y Aberdonia, y ella misma es la que estableció la norma de ejercer los juicios civiles. Por lo que entendemos hubo razón bastante para dar al pueblo de Escocia el honroso calificativo de *hijo especial de la Santa Sede*.

Pero desde aquella época ha habido un gran cambio en las cosas, hallándose en muchos extinguida la antigua fe. Jamás les juzgaremos convertidos? Al contrario, aparecen ciertos indicios de cosas, que permiten con la ayuda de Dios, incoar buena esperanza de Escocia. Pues vemos que los católicos son tratados cada día con más blandura y benignidad; que los dogmas de la ciencia católica, ya no son despreciados por el vulgo, como antes sucedía, sino que muchos les respetan y no pocos les rinden obsequio; que sensiblemente envejecen las perversas opiniones, que tanto han

(1) Sacada de la vida de S. Nisiano, Obispo de Calcedonia en Escocia, compuesta por S. Adelredo, Abad Beivalense.

impedido el juicio de lo verdadero. Y ojalá se extendiese más la investigación de la verdad; pues no cabe dudar que el mayor y más exacto conocimiento de la religión católica, sacado de sus propias fuentes, no deducido de ajenas, limpia casi por completo el ánimo de prejuicios.

No pequeña alabanza ha de tributarse á todos los escoceses, por haber acostumbrado á cultivar y reverenciar constantemente las divinas letras. Permitan por tanto que Nos, tomemos algo de este argumento para procurar con todo amor su salvación. Esto es, en aquel pudor de las Sagradas Escrituras de que hemos hecho mención hay como cierto consentimiento con la Iglesia Católica. Por ventura no hay un principio de volver alguna vez á la antigua unidad? No se olviden de recordar que los libros de uno y otro Testamento, ellos mismos los han recibido no de otra parte que de la Iglesia Católica: á cuya vigilancia y perpetuos cuidados ha de atribuirse el que las Sagradas Escrituras permanezcan íntegras en medio de los grandes disturbios de los tiempos y de las cosas. La historia atestigua que ya desde antiguo merecieron un nombre inmortal por procurar la incolumidad de las Escrituras el Sinodo Cartaginense III é Inocencio I Romano Pontífice. En tiempos más recientes son conocidos los trabajos y vigiliias del mismo género ya de Eugenio IV ya del Concilio de Trento. Nos mismo, en época no desconocida y en Letras Enciclicas, hemos llamado gravísimamente y advertido con toda diligencia á los Obispos del Orbe católico que debía hacerse para que la integridad y divina autoridad de las Sagradas Escrituras permaneciese á salvo.

Pues en este curso precipitado de ingenios hay muchos á quienes cualquier concupiscencia de disquisiciones y el desprecio de la antigüedad de tal modo fastidiosamente les separa del camino que no dudan ó destruyr toda la fe en los Sagrados Libros ó disminuirla. Y en verdad, hombres hinchados por la opinión de la ciencia y sumamente confiados en su juicio no entienden cuán lleno está de reprobada temeridad el medir con medida solamente humana las que son obras de Dios, y muchos menos oyen á Agustín que clama con voz alta: «Honra la Escritura de Dios, honra la palabra de Dios aun cuando no sea clara, depón la inteligencia por la piedad» (1). «Deben ser amonestados los que se

(1) En el Salmo 143 n.º 12.

dedican al estudio de las Venerables Escrituras... oren para que entiendan» (1).

«No sea que afirmen algo temerariamente y tengan lo desconocido por conocido... Nada debe ser afirmado temerariamente sino que todo debe ser tratado cautelosamente y modestamente» (2).

Mas como quiera que convenga que la Iglesia permanezca perpetuamente debe ser instruida no solamente por las Escrituras sino por cualquier otro medio. Del divino Autor fué el precaverlo para que jamás el tesoro de la celestial doctrina se disipase en la Iglesia lo cual habia de suceder por necesidad si se dejase al arbitrio de cada uno de los hombres. Aparece pues, que fué necesario desde el principio de la Iglesia algún magisterio vivo y perenne al cual por autoridad de Cristo se pidiese ora la saludable doctrina de las demás cosas, ora la interpretación de las Escrituras; cuyo magisterio, defendido y amparado por el constante auxilio del mismo Cristo, en manera alguna pueda caer en error al enseñar. A cuya necesidad Dios proveyo sapientísima y abundantemente por su Unigénito Hijo Jesucristo; el cual y colocó en lugar seguro la genuina interpretación de las Escrituras cuando primeramente y ante todo mandó á sus Apóstoles que en manera alguna escribiesen la obra ni dividiesen entre el vulgo los volúmenes de las antiguas Escrituras sin diferencia, sin ley, sino que enseñasen á todas las gentes de viva voz y hablando las condujesen al conocimiento y profesión de la doctrina celestial: *Id por todo el mundo predicad el Evangelio á toda criatura* (3). Mas á uno dió el principado de enseñar en el cual como en fundamento convenia que se apoyase toda la Iglesia docente. Pues Cristo al dar á Pedro las llaves del reino de los cielos le dió juntamente y al mismo tiempo el regir á los demás que habian de desempeñar el ministerio de la palabra: *Confirma á tus hermanos* (4). Así pues como los fieles deban aprender de este magisterio cuanto pertenece á la salvación es necesario que á él pidan la misma inteligencia de los divinos libros.

Fácilmente aparece cuán incierto, manco y destituido de propósito, es el pensar de aquellos que creen que el sentido de las Escrituras, únicamente puede conocerse con el auxilio

(1) Doct. Crit. lib. III cap. 57 n.º 53.—(2) En el Gener. 49 in.—(3) S. Marc. 16:15.—(4) S. Luc. 22:32

de las mismas Escrituras. Pues dada esta hipótesis la suprema ley de interpretación consistiría finalmente en el juicio de cada uno. Ahora bien, como antes hemos dicho según que cada cual acceda á la lectura adornado de espíritu, ingenio, estudios y costumbres, así interpretará la sentencia de las divinas palabras acerca de las mismas cosas. De aquí la diversidad de interpretar, la diferencia en el sentir, y las disputas que necesariamente se engendran convertido en materia de mal lo que ha sido dado para bien, unidad y concordia. Lo cual ciertamente cuán verdadero sea lo manifiesta la misma cosa.

Pues todos los que tienen experiencia de la fe católica y disienten entre sí de la religión de secta toman para sí cada una de las sentencias, pretendiendo corroborar enteramente con las Sagradas Escrituras sus opiniones y creencias. Pues no hay don de Dios por santo que sea del cual el hombre no sea capaz de abusar para su perdición hasta de las mismas divinas Escrituras, según enseña con grave sentencia el B. Pedro: «Los indoctos ó inconstantes malician... para su misma perdición» (1). Por estas razones Ireneo próximo á la época de los Apóstoles y por lo mismo seguro intérprete de ellos, jamás desistió de inculcar en las mentes de los hombres que no de otra parte convenia recibir noticia de la verdad que de la viva institución de la Iglesia: «Donde está la Iglesia allí el Espíritu de Dios y donde el Espíritu de Dios allí la Iglesia y toda gracia; más el Papitium veritas» (2). Donde están puestos los carismas del Señor allí conviene aprender la verdad junto á los que está la que es sucesión de la Iglesia desde los Apóstoles (3).—Ahora bien, si los católicos, aunque en otro género de cosas civiles no estén unidos, si lo están con unión tan admirable y apropiada acerca de la fe, no cabe dudar que se debe principalmente á la virtud y protección de este magisterio.

Muchos de los escoceses que disienten de nosotros acerca de la fe aman ciertamente de todo corazón el nombre de Cristo y procuran seguir su disciplina é imitar sus santísimos ejemplos.

Más; pueden conseguir alguna vez el fruto de sus trabajos los que con la mente y con la voluntad trabajan sin que permitan ser instruidos y alimentados para las cosas celestes.

(1) Epist. II de S. Petr. Cap. II v. 15.—(2) Contra los heret. lib. III.—(3) Cuarta sus heret. lib. IV.

tiales por la misma razón y camino que el mismo Cristo instituyó? Si no oyen lo que se ha dicho á la Iglesia, á la que el mismo Autor de la fe mandó que los hombres obedeciesen como á sí mismo: *El que á vosotros oye á mí me oye; el que á vosotros desprecia á mí me desprecia!* Si no obtienen los alimentos de piedad y de todas las virtudes de Aquel á quien el Sumo Pastor de las almas constituyó Vicario de su oficio dándole el cuidado de todo el rebaño?

Entre tanto cierto es que no faltan partidarios; y en primer lugar conviene pedir á Dios para que inclinadas las mentes al bien quiera aumentar los fuertes incitamentos de su gracia. Y, ¡ojalá que la divina Benignidad por Nos suplicada conceda á la Madre Iglesia este deseado consuelo de ver aceleradamente á todos los escoceses restituidos á la antigua fe en espíritu y en verdad. Qué no podrá esperarse de ellos reconciliados con nosotros? Inmediatamente brillaría por doquiera la perfecta y absoluta verdad con la posesión de los más grandes bienes, que habían perecido por la separación.

Entre cuyos bienes sobresale uno, cuya carencia es la mayor miseria: Nos referimos al Sacrificio Santísimo en el cual Jesucristo, Sacerdote al mismo tiempo y Víctima, se ofrece á mismo cada día á su Padre por ministerio de sus Sacerdotes en la tierra. Por la virtud infinita de este Sacrificio se nos aplican los méritos de Cristo engendrados por el derramamiento de su Sangre, que derramó una vez levantado en la Cruz por la salvación de los hombres. La fe de estas cosas florecía íntegra en Escocia cuando Santa Columba vivía esta vida mortal; y después, cuando se construyeron esos magníficos que templos atestigian á la posteridad la excelencia de arte y piedad de vuestros mayores. La necesidad del Sacrificio se contiene en la misma fuerza y naturaleza de la religión. Pues en esto está la perfección del culto divino en reconocer y reverenciar á Dios como supremo Señor de las cosas, en cuya potestad estamos nosotros y todo lo nuestro. Ahora bien, no es otra la razón y la causa del Sacrificio, que por lo mismo se llama propiamente cosa sagrada; y quitados los sacrificios ni hay ni puede haber religión. La ley del Evangelio no es inferior á la ley antigua, antes bien mucho más excelente, puesto que perfecciona totalmente todo lo que en aquella tuvo principio. Los sacrificios usados en el Antiguo Testamento prefiguraban, mucho antes que Cristo naciese, el Sacrificio de la Cruz: Des-

pués de su Ascensión á los cielos el mismo sacrificio se continúa en el sacrificio eucarístico. Y así yerran lamentablemente los que desprecian este Sacrificio como si disminuyera la verdad y virtud del que Cristo hizo clavado en la Cruz: *Ofrecido una vez para borrar los pecados de muchos* (1). Aquella espaciación de los pecados mortales fué enteramente perfecta y absoluta y en manera ó modo alguno es otra, sino la misma la que se halla en el Sacrificio Eucarístico. Y puesto que convenia que en todo tiempo el rito de sacrificar acompañase á la religión, fué divinísimo consejo del Redentor que el Sacrificio consumado una vez en la Cruz se hiciese perpetuo y perenne.

La razón de esta perpetuidad se halla en la Sacratísima Eucaristia, que no tan solamente es vacia semejanza ó memoria de la cosa, sino la misma verdad aunque específicamente desemejante; y por lo tanto la eficacia de este Sacrificio ya para impetrar, ya para expiar, fluye toda de la muerte de Cristo: *Pues desde el nacimiento del sol hasta el ocaso es grande mi nombre entre las gentes, y en todo lugar se sacrifica y ofrece en mi nombre una oblación limpia, porque es grande mi nombre entre las gentes* (2).

Ya por último Nuestra palabra se dirige propiamente á los que profesan el nombre católico, y esto por esta causa, á fin de que ausobras contribuyan algo á Nuestro intento. La caridad cristiana manda procurar cuanto cada uno pueda la salvación de los prójimos. Por lo cual á estos les pedimos ante todo que para este fin no cesen de pedir y rogar á Dios que solo puede derramar la luz eficaz en las inteligencias y dirigir á donde quiera las voluntades. Después, puesto que los ejemplos sirven de mucho para inclinar los ánimos preséntense ellos mismos como dignos de la verdad de que son poseedores por don divino; y añadan á la fe que profesan la práctica de una vida de buenas costumbres: *Luceat vuestro vultus delante de los hombres para que vean vuestras obras* (3); y ejereten al mismo tiempo las virtudes cívicas para que cada día aparezca más claro que á no ser por calumnia no puede decirse que la religión católica es enemiga del estado; antes por el contrario no puede hallarse cosa que contribuya más eficazmente al público bien y dignidad. Conviene en gran manera defender religiosísimamente y establecer con toda firmeza que la educación católica de la

(1) S. Pablo, á los Heb. 9-28.—(2) Malach. 1-11.—(3) S. Math. 5-16.

adolescencia esté rodeada de toda defensa. No se Nos oculta ciertamente que se hallan junto a vosotros las escuelas públicas para instruir á la juventud en las que ciertamente no se halla el mejor método de los estudios. Pero es necesario procurar y hacer que los lugares de la enseñanza católica en nada cedan á los demás, ni se ha de omitir que nuestros jóvenes estén menos preparados en la ciencia de las letras y en la elegancia de la doctrina, cuyas condiciones pide la fe cristiana como honestísimas compañeras suyas para defensa y ornato.

Pide además el amor de la religión y la caridad de la patria que los católicos, cuantos institutos tengan dispuestos para enseñar en ellos las primeras letras ó las disciplinas más graves, procuren conservarlas y aumentarlas según las fuerzas de cada uno. Mas es justo ayudar principalmente la erudición y cultura del clero que no puede ocupar hoy de otra manera su lugar digna y útilmente, que favoreciendo casi en toda alabanza de humanidad y doctrina. En cuyo género de beneficencia proponemos se ayude con suma diligencia al Colegio Bairensis de católicos. Obra muy saludable, comenzada con gran trabajo y liberalidad por un piadosísimo ciudadano que no debe permitirse caiga y muera, sino que debe proseguirse á su emulación y mayor munificencia, procurando llegue lo antes posible á su perfección. Todo esto es lo que el orden sagrado puede sacar de estos tiempos congruentemente casi en toda Escocia.

Todas estas cosas, Venerables Hermanos, que Nuestro ánimo muy inclinado á los Escoceses, ha expresado, tenedlas como encomendadas principalmente á vuestra solícitud y caridad. Continúa probando la diligencia que hasta ahora no habéis demostrado palmariamente, á fin de que se hagan estas cosas que aprovechan mucho al fin propuesto. Ciertamente que es causa muy difícil la que actualmente se ventila según muchas veces hemos confesado, y superior en cuanto al éxito á las fuerzas humanas; pero santísima y muy conforme con los consejos de la divina Bondad. Por lo cual no Nos conmueve tanto la dificultad del asunto, como Nos recrea el pensamiento de que, trabajando Vosotros al fin que os hemos propuesto, jamás faltará el auxilio de Dios misericordioso.

Como presagio de los dones celestiales y testimonio de Nuestra Paternal benevolencia á todos Vosotros, Venerables Hermanos, y á vuestro Clero y Pueblo, concedemos con gran amor en el Señor la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, junto á S. Pedro, el día 25 de Julio de MDCCLXXXVIII, de Nuestro Pontificado año veinte y uno.

LEON, PP. XIII



EPISTOLA ENCYCLICA

A DEPISCOPOS SCOTIAE

LEO PP. XIII

VENERABILES FRATRES

SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

Contrarius studium, quod Nos habet de salute disidentium fratrum sollicitos, nequaquam cessare Nos patitur, si quos et ante Christi ovili error vicius segregatos tenet, ad complexum Pastoris boni revocare possimus. Vehementius quoddam miseram dolemus vicem hominum tanto numero, quibus christianae fidei abest integritas, itaque et exactissimam conscientiam officii, et amatissimi hominum hospitatoris, cuius personam nullo merito Nostro gerimus, tamquam sussa et instinctu permitti, contendere ab his omni ope insistimus, ut instaurare nobiscum unius eiusdemque communionem fidei aliquando veliat. Magnum opus, ac de humanis operibus longe difficillimum exitu: quod quidem perficere non nisi eius est, qui omnia potest, Dei. Sed hac ipsa de causa non despondemus animum, nec deterreri a proposito sumus ob magnitudinem difficultatum, quas humana virtus perumpere sola non potest. Nos autem praedicamus Christum crucifixum. Et quod infirmum est Dei, fortius est hominibus (1). In tanto opinionum errore, in tot malis quae vel premunt vel imminant, monstrare veluti digitus conamur, unde sit petenda salus, cohortando, monendo universitatem gentium ut levant oculos in montes, unde veniet auxilium. Quod enim Isaias praedixerat futurum, id comprobavit eventus: scilicet Ecclesia Dei petu divinae dignitate sic amine, ut se intuantium oculis plena conscientiam praebat. *Et erit in novissimis diebus praeparatus mons domus Domini in vertice montium, et elebabitur super colles* (2).

Huiusmodi in curis consiliisque Nostris suum obtinet Scotia locum, quam Apostolicae huius Sedi dia multumque affectam, Nos ipsi proprio quodam nomine curam habemus. Ante annos viginii, libet enim commemorare, Apostolici ministerii in Scotia dedicavimus pri-

(1) I. Cor. I, 25, 25 - (2) Is. II, 2

mitias, cum altero ab initio Pontificatus die ecclesiasticam apud ipsas hierarchiam restituendam curavimus. Quo ex tempore praesera vobis, Venerabiles Fratres, vestroque adstante clero, nunquam non bono studiumus istius gentis, quam quidem sua indoles amplectendae veritati perdonem facit. Nunc vero quoniam id aetatis sumus, ut propius iam abeat humanus exitus, etiam visum est alloqui vos, Venerabiles Fratres, populoque vestro novum Apostolicae providentiae documentum impertire.

Turbulentiſſima illa tempeſtas, quae in Eccleſia ſaeculo decimo ſexto incubuit, ſicut alibi nimium multos per Europam, ita Scotias maximam partem abſtraxit a fide catholica, quam plus mille annis cum gloria retinuerant. Gratium Nobis eſt cogitatione repetere maiorum veſtrorum in rem catholicam non exigua promerita; itaque libet eos recordari, nec ſunt paucos, quorum virtute rebusque geſis Scotiae nomen inclaruit. At vero num hodie cives veſtri abſtant meminiffe viciſſim, quid Eccleſiae catholicae, quid Apoſtolicae Sedis debeant? Cognita vobis planeque explorata commemoramus. — Eſt in vetuſtis annalibus veſtris, Ninianum, hominem Scotum, cum ipſum legendis ſacris litteris ſerius cepiſſet ſtadium in ſpiritu proficienſiſſi dixiſſe: «Surgam, circumibo mare et aridam, quaeram veritatem quam diligunt animae meae. Hanc tantis opus eſt? Nonne Petro dictum eſt: «Tu eſ Petrus, et ſuper hanc petram aedificabo Eccleſiam meam, et ſportae inferi non praevalebunt adverſus eam? Igitur in fide Petri nihil minus eſt, nihil obſcurum, nihil imperfectum, nihil adverſum, quod doctrinae nequam ſententiaeque perverſae, quaſi portae inferi praeverſariae ſufficiant. Et ubi fides Petri niſi in ſede Petri? Illud ſecreto, illud mihi enudum eſt, ut exiens de terra mea et de cognatione mea et de domo patris mei merear in terra viſionis videre ſvoluntatem Domini et protegi a templo eius? (1). Itaque Romanum venerandum praeparavit, cumque ad ſepulchra Apoſtolorum de ipſa fonte et capite catholicae veritatis large accipiſſet, iuſſu mandatoque Pontificis maximi domum reverens, romanæ fidei documenta cives imbuit, Eccleſiamque Gallovidienſem condidit, duobus tunc aeneis, quem beatus Auguſtinus ad Angles ſpallit. Hanc fidem S. Columba, hanc ipſam veteres monachi, quorum eſt Iona ſedes tam claris nobilitata virtutibus, et ipſi ſummo ſervarunt obſequio et alios diligentiffime edocuerunt. Quid Margaritam reginam memoremus, non Scotiae tantummodo, ſed chriſtiani nominis univerſi lumen et decus? quae in rerum mortalium collocta ſaſtigio cum nihil tamen niſi immortale ac divinum in omni vita ſpiciſſiſſet, ſuarum ſplendore virtutum orbem terrarum implevit. Iamvero ſi tantam excellentiam ſanctitatis attingit, catholicae fidei afflata impulſusque attingit, Walleſem vero Bruceſque, lumina veſtri generis, nonne conſtantia catholicae fidei fortiffimos patriae propugnatores

(1) Excerpta ex hiſtoria vitae S. Niniani, Epilcopi Candidae Caſſae ſeu Gillieſiae in Scotia, a S. Adreſto abbate Rivalentini conſcripta.

praesitit? Mitimus innumerabiles alios utiliſſimos reipublicae cives quos Eccleſia parens educere nunquam deſiit. Mitimus edimenta caetera pro ipſam vobis publice importata; eius certe providentia et auctoritate celeberrimo ſtudio optimis domiciliis S. Andreae, Glaſcuſe, Aberdoniae patuerunt, ipſaque eſt exercendorum iudiciorum civilium conſtituta ratio. Quomobrem intelligimus ſatis fuiſſe cauſae cur honeſtiſſimum nomen ſanctae Sedis ſpecialiſſis filia genti Scotiarum adhaerit.

Verum magna ex eo tempore converſio rerum conſecuta eſt. fide avita apud plurimos extincta. Numquam et exitatum iri cenſebimus? Imo vero certa quaedam apparent indicia rerum quae ſpem bonam de Scotia, adiuvente Deo, inclinare iubeant. Videmus enim lenius quotidie benigniſque haberi catholicos; dogmatis catholicae ſapientiae iam non, ut fortaiſſe antea, contemptum vulgo adhiberi, ſed favorem a multis, obſequium a non paucis; perverſitates opinionum, quae nimium quantum impediunt iudicium veri, ſenſim obſoleſcere. Atque utinam vigeat latus perveſtigio veritatis; neque eam dubitandum, quin auſtior notitia religionis catholicae, germana nimirum ſuiſque et fontibus, non ex alienis pelita, praevindictas eiusmodi opinionones penitus ex animis abſtergat.

Scotia univerſis ea quidem tribuenda laus non mediocriſ, quod divinas litteras colere et revereri aſſiduo conſueverunt. Sinant igitur, nonnihil Nos de hoc argumento ad ſuam ipſorum ſaſutum amantem attingere. Videlicet in ea, quam diximus, verecundia ſacrarum litterarum inſeal velut quaedam cum Eccleſia catholica, non aliunde accipiſſe: cuius vigilantiſſae perpetuaeque curis acceptum referendum quod ſacrae litterae maximas temporum ac raris procellis integre evaſere. — Hiſtoria teſtatur iam inde antiquitas de Scripturarum incolumitate Synodum Carthagiſienſem III atque Innocentium I. romanum pontificem immortaliter meruiſſe. Recentiora vero memoria cogniti ſunt tam Eugeni IV, tam Concilii Tridentini vigiles in eodem genere labores. Nos autem ipſi, laud ignari temporum, datis non ita pridem litteris encyclicis, Epilcopos catholici orbis graviſſime appellavimus, diligenterque monuimus quid opus eſſet factu, ut integritas ac divina auctoritas ſacrarum litterarum ſalva conſiſteteret.

Nam, in hoc praecipui ingeniorum curſu, ſunt plures quos libido faſtidiſſius quaelibet diſquirendi, contemploque vetuſtatis ita agit tranſverſos, ut fidem ſacro volumini vel elevare omnem, vel certe minuire non dubitent. Nimirum homines opinione ſcientiae inſati, iudicioque praediditatis ſuo, non intelligunt quam ſit improbie temerariſſis plerum, humano prorsus modulo metri quae Dei ſunt opera, eoſque minus auctum Auguſtinum, ſiſe clamantem: «Honora Scripturam Dei, honora verbum Dei ſuum non apertum, diſſer pietate intelligentiam» (1). «Admonendi ſunt ſtudioſi venerabilium litterarum.... orent ut intelligant» (2). «Ne aliquid temere et incognitum

(1) In Pa. 148. n. 12. — (2) Doctr. Chr. lib. III, c. 37, n. 58.

«pro cognito asserant.... Nihil temere esse affirmandum, seu caute somnia modestique tractanda» (1).

Veruntamen cum Ecclesiam perpetuo mensuram esse oporteret, non solis ea Scripturis, sed alio quodam praesidio instrui debuit. Scilicet divini auctoritas fuit illud cavere, nequando caelestium doctrinarum thesaurus in Ecclesia dissipatus deficeret; id quod necessitate futurum erat, si eam singulorum hominum arbitrio permisisset. Opus igitur fuisse apparet ab initio Ecclesiae magisterium aliquod vivum et personae, cui ex Christi auctoritate demandata esset cum salutifera ceterarum; rerum doctrina, tum interpretatio certa Scripturarum; quoad usque, aeduo Christi ipsius auxilio munitum ac septum, nullo modo delabi in errorem docendo posset. Cui rei sapientissimo Deus cumulateque providit, idque per unigenitum Filium suum Iesum Christum: qui scilicet germanam Scripturarum interpretationem tum in tuto posuit cum Apostolos suos in primis et maxime Ioseph, nequaquam de se scripturam operam neque vulgo diribere veterum Scripturarum, sine discrimine, sine lego volumine, sed omnino edocere gentes viva voce universas, et ad cognitivam professionemque doctrinae caelestis, alloquendo, perducere: *Enates in mundum universum praedicare Evangelium omni creaturae* (2). — Principium autem docendi contulit uni, quo tamquam fundamento universitatem Ecclesiae docentis nihil oporteret. Christus enim claves regni caelorum Petro traderet, una simul ei dedit rectoris regere, qui ministerio certis fungeretur: *Confirma frater tuus* (3). Hoc itaque ministerio cum discere fideles debeant quicumque ad salutem pertinent, ipsam petam divinarum librorum intelligentiam necesse est.

Facile autem apparet quam incerta sit et manca et inepta propositio eorum ratio, qui Scripturarum ope vestigari posse existimant. Eam eo dato, suprema lex interpretandi in iudicio denique consistit singulorum. Iamvero, quod supra attigimus, prout quisque comparatus animo, ingenio, studiis, moribus ad legendum scovsarit, ita divinum sententiam eloquiorum iisdem de rebus interpretabitur. Hinc discrepantia interpretandi dissimilitudinem sentiendi contentionesque pignat necesse est, converso in materia mell, quod unitati concordiaeque bono datum erat.

Quae quidem quam verè dicamus, res loquitur ipsa. Nam omnes catholicae fidei expertes atque inter se dissentientes de religione, ecclesiae, id sibi singulae sumunt ut omnino placitis institutisque suis suffragari sacras litteras contendant. Adeo nullum est tam sanctum Dei donum, quo non abuti ad perniciem suam homo queat, quandoquidem divinas ipsas litteras, quod gravi sententia monuit beatus Petrus, *indocet et instabiles depravant.... ad suam ipsorum perditionem* (4). His de causis Irenaeus, recens ab ae'ale Apostolorum idemque fidus eorum interpres, inculcare hominum mentibus nunquam

(1) In Gen. Op. Imp. — (2) Marc. X. vii, 13. — (3) Luc. XXII, 32. — (4) II pt. III, 18.

destitit, non aliunde accipi notitiam veritatis, quam ex viva ecclesiae institutione oportere: «Ubi enim Ecclesia, ibi et Spiritus Dei, et ubi Spiritus Dei illic Ecclesia et omnis gratia; Spiritus autem veritatis (1).... Ubi igitur charismata Domini posita sunt, ibi discere oportet veritatem apud quos est ea quae est ab Apostolis Ecclesiae successio» (2). — Quod si catholici, quamvis in genere civium rerum non ita coniuncti, connexi tamen spūque inter se unitate fidei mirabili tenentur, minime est dubium quin huius praecipuae magisterii virtute est ope teneantur.

Scotorum nobiscum de fide dissidentium complures quidem Christi nomen ex animo diligunt, eiusque et disciplinam assequi et exempla assuetissima persequi imitando nituntur. At qui mente qui animo unquam adipisci poterunt quod laborant, nisi erudiri sese atque illi ad caelestia en ratione et via patiantur qua Christus ipse constituit nisi dicto audientes Ecclesiae sint, cui praecipienti ipse auctor fidei perinde obtemperari homines iussit ac sibi: *Qui eos audit, me audit; qui nos spernit, me spernit* nisi requirant alimenta pietatis virtutumque omnium ex eo, cui Pastor summus snimorum vicario dedit esse sui muneris, universi gregis cura concredita? Interea curiam Nobis est Nostris non deesse partibus; imprimique supplices contendere a Deo, ut inclinatis ad bonum mentibus velit potiora gratiae suae incitamenta adicere. Atque utinam divina Nobis exorta benignitas hoc Ecclesiae patri solatium optatissimum largiatur, ut Scotos universos ad fidem avitum in spiritu et veritate restitutos complecti celeriter queat. Quid non ipsis sperandum, reconciliata nobiscum concordia? Confossum effugeret undique perfecta et absoluta veritas cum possessione bonorum maximorum, quae secessione interierant. Quibus in bonis longe excellit unum, quo miserimum est cavere: sacrificium sanctissimum dicimus, in quo Iesus Christus, sacerdos idem et victima, Patri suo se offert ipse quotidie, ministerio suorum in terris sacerdotum. Cuius virtute sacrificii infinitis nobis Christi applicantur meritis nimirum divino credere parta, quem actus in cruce pro salute hominum semel affudit. Harum fides rerum forebat integra apud Scotos, ipso tempore S. Columba martire agobat avum: itemque postea cum templa maxima passim excitarentur, quae maiorum vestrorum excellentiam et artis et pietatis posteritati testantur. — Necessitatem vero sacrificii vis ipsa et natura religionis continet. In hoc enim est summa divini cultus agnoscere et revereri Deum in supparam dominatorem rerum cuius in potestate et nos et omnia nostra sunt. Iamvero non alia est ratio et causa sacrificii, quam propterea res divinae proprie nominatur: remotisque sacrificiis, nulla nec esse, nec cogitari religio potest. Lega vetari non est lex inferior Evangelii: imo multo praestantior, quia id cumulate perficit, quod illa inchoat. Iamvero sacrificium in Cruce factum praesignificabat sacrificia in Testamento veteri usitata,

(1) Act. Haer. lib. III. — (2) Adv. Haer. lib. IV.

multo ante quam Christus nasceretur: post eius ascensum in coelum dem illud sacrificium sacrificio eucharistico continuatur. Itaque vehementer errant, qui hoc perinde respiciunt, ac si veritatem virtutum sacrificij deminuat, quod Christus, cruci suffixus fecit; *semel oblatum ad multorum exherediando peccata* (1). Omnino perfecta atque absoluta illa expiatio mortuum fuit: nec ullo modo altera, sed ipsa illa in sacrificio eucharistico inest. Quoniam enim sacrificialem ritum comitari in omne tempus religioni oportebat, divinissimum fuit Redemptoris consilium, ut sacrificium semel in Cruce consummatum, perpetuum et perenne fieret. Huius autem ratio perpetuitatis inest in sacratissima Eucharistia, quae non similitudinem tantum memoriamve tantum rei affert, sed veritatem ipsam, quamquam specie distanti: proptereaque huius sacrificij efficientia sive ad impetrandum, sive ad expiandum, ex morte Christi tota fluit. *Ad ortum enim solis usque ad occasum, magnum est nomen meum in gentibus: et in omni loco sacrificatur, et offertur nomini meo oblatio manda: quia magnum est nomen meum in gentibus* (2).

Iam, quod reliquum est, ad eos qui catholicum nomen profiterentur Nostra propius spectat oratio: idque ob eam causam, ut proposito Nostró prodesse aliquid operi sua valent, Statera, quoad quisque potest, proximorum salutem christiana caritas iubet. Quamobrem ad eam primum omnium petimus, ut huius rei gratia orare atque obsecrare Deum ne desinant, qui tamen efficacius modis effundere, voluntatesque impellere quo volit, solus potes. Deinde, quia ad flectendos animos plurimum exempla possunt, dignos se ipsi praesentem veritate, cuius divino munere sunt compotes; ac hanc morato instituto vitae adficient commendationem fidei, quam profitentur: *Luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona* (3); unaque simul civilium exercitatione virtutum efficiant, ut illud quotidie magis appareat, religionem catholicam inimicam civili, nisi per calumniam, traduci, non posse: quin imo alia in re nulla plus reperiri ad dignitatem commodumque publicum praesidii.

Illud etiam magno opere expedit, tueri religiosisime, imo etiam stabilire firmius, septamque omnibus praesidiis tenere catholicam adolescentis aetatis institutionem. Haud sane latet Nos cupidas discendi inventuti supplicare apud vos publice ludos probe instructos, in quibus certe optimam studiorum rationem non requiramus. Sed eanti atque efficere necesse est, ut domicilia litterarum catholica nulla in re concedant ceteris: neque enim est committendum, ut adolescentibus nostris minus parati existant litterarum scientia, ab elegantia doctrinae, quas res fides christiana honestissimas sibi comites ad tutelam et ornamentum exposcit. Postulat igitur religionis amor et patriae caritas, ut quaecumque catholici apte instituta habent vel primordiis litterarum, vel graviorebus disciplinis tradendis, ea con-

(1) Hebr. IV, 28.—(2) Mat. I, 11.—(3) Mat. V, 16.

stabilienda et augenda pro suis quisque facultatibus curent— Aequum est autem adjuvari praecipua eruditionem cultumque Cleri, qui non aliter suum hodie locum digno utiliterque tenere potest, quam si omni fore humanitatis et doctrinae laude flourit. Quo in genere beneficentiae catholicorum atque assiduae ad opitulandum proponimus Collegium Baisicense. Opus saluberrimum, magno studio ac liberalitate inchoatum a piatissimo civo, ne patiantur inopemissione collabi et interire, sed omnia munificentia in maius etiam provehent, ad festigiumque celeriter perducant. Tanti enim id est, quanti providere ut ferme in Scotia sacer ordo rite congruentique temporibus educi possit.

Haec omnia, Venerabiles Fratres, quae propensissimum Scotos animus Nobis expressit, sic habeto ut sollicitiae potissimum caritativae vestrae commendata putetis. Porro eam navitatem, quam Nobis luculenter probastis adhaec, probare pergit, ut ista efficiantur quae non parum videntur proposito conducibilia. Perdifficilis sane causa est in manibus, ut profecti saepe sumus, humanisque viribus ad expediendum maior; sed longe sanctissima, consilii quoque divinae bonitatis apprime congruens. Quare non tam difficultes rei Nos commovet, quam recitat es cogitatio, vobis ad praescripta Nostra elaborantibus, Dei miserantis opem nunquam absuturam.

Auspice n caelestium munerum, et paternae Nostrae benevolentiae testem vobis omnibus, Venerabiles Fratres, clero, populoque vestro Apoloicam benedictionem peramanter in Domino imperlimus.

Datum Romae apud S. Petrum die XXV Iulii an. MDCCCXCVIII Pontificatus Nostri anno vicesimo primo.

LEO PP. XIII.



®

BIBLIOTECA

EPÍSTOLA ENCÍCLICA

A los Obispos, Clero y pueblo de Italia.

LEÓN P. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

MUCHAS veces en el curso de nuestro Pontificado hemos lamentado y enérgicamente protestado en defensa de los sagrados derechos del Ministerio Apostólico, cuando los gobernantes de la república, que se encumbraron al supremo poder en Italia, mereced á violentas perturbaciones de manifiesta rebeldía, perpetraban actos civiles, que redundaban en detrimento de la Religión y de la Iglesia. Esto mismo, bien á pesar nuestro, nos vemos obligados á hacer de nuevo sobre una cuestión gravísima, que llena nuestro ánimo de profunda tristeza. Nos referimos á la supresión de las Instituciones católicas, decretada no hace mucho en varias provincias de Italia. Semejante disposición, tan arbitraria como injusta, es reprobada con indignación por toda persona sensata y Nosotros vemos por ella renovarse sumaria y cruelmente casi todas las infamias, que hemos sufrido en años pasados.

Aunque demasiado conocido á vosotros, estimamos muy oportuno recordar el origen y necesidad de estas Instituciones, fruto de nuestra paternal solicitud y de vuestro cuidado, á fin de que comprendan todos cuál fué nuestro pensamiento al fundarlas y cuál sea el fin, que dichas Instituciones persiguen en el orden religioso, moral y caritativo.

Después que se destruyó el poder temporal de los romanos Pontíficos se fueron gradualmente quitando á la Iglesia católica ciertos elementos de vida y libertad, y aún la misma protección de los pueblos, dispensada, como por

instinto natural, al mismo Pontífice en los negocios público-privados y en los internacionales. Después con las nuevas disposiciones, progresivamente promulgadas, se arrojaron de los Monasterios á los religiosos de ambos sexos; la mayor parte del patrimonio eclesiástico fué confiscada y miserablemente disipada; los Clérigos sujetos al servicio militar; la libertad del ministerio eclesiástico amarrada á leyes arbitrarias é injustas; borrada casi toda huella de la Religión cristiana de las instituciones públicas; el favor y benevolencia otorgados á los Heterodosos; y mientras se concedía la más amplia libertad á las sectas (llamadas masónicas), se inferían vejaciones y crueldades solo á aquella religión, que fué siempre gloria, defensa y amparo de la Italia.

Alguna vez hemos lamentado semejantes atentados, tan malvados y con tanta frecuencia repetidos: lo hicimos en primer término en defensa de la Santa Religión, expuesta á grave peligro, después lo hemos deplorado una y muchas veces, y declinamos esto con toda la sinceridad de nuestro corazón, en beneficio de nuestra Patria. Porque la religión es la fuente de prosperidad y grandeza para las naciones y el fundamento principal de toda sociedad bien ordenada. En efecto, debilitado el sentimiento religioso, que en cierto modo eleva y ennoblece el ánimo, é imprime profundamente en él la noción de lo justo y de lo honesto, el hombre se envilece y se abandona al instinto salvaje y al interés material, y de aquí como necesaria consecuencia los odios, discordias, depravación de costumbres y perturbación del orden social; para cuyos males no suelen ser remedio seguro y suficiente la severidad de las leyes, ni el rigor de los tribunales, ni la misma fuerza armada. Que el culto de la Religión y la conservación de la sociedad se hallan naturalmente conexiónados en tal forma, que el decaimiento religioso lleva consigo la ruina de la sociedad á causa de tumultos y perturbaciones, lo hemos advertido muchas veces en cartas dirigidas al pueblo Italiano, á los que incumbe la formidable responsabilidad del poder mostrándoles los futuros progresos de la perversa doctrina del socialismo y de la anarquía, como también los incalculables males, á que estaba expuesta la Italia. Mas no fuimos escuchados: la falsa y frívola opinión, introducida por la secta de los rebeldes, ha cubierto la inteligencia con un velo y la guerra contra la Religión todavía continúa con la

misma crueldad. Lejos de dictar medida alguna los encargados de la república, hombres perversos han esparecido en libros, en periódicos, en las escuelas y aún en las cátedras, en los círculos, en los teatros... los gérmenes de irreligiosidad é immoralidad, han arrancado los principios religiosos, en que se forman las fuertes y honestas costumbres de los pueblos, é impunemente han difundido la máximas opuestas, de las cuales se sigue indiscutiblemente la pervención del entendimiento y la corrupción del corazón.

Nosotros entonces, Venerables Hermanos, viendo los peligros y desgracias, que amenazaban al pueblo Italiano, creímos llegado el momento de levantar la voz y decir públicamente á los católicos de Italia; la Religión y la sociedad misma, están en peligro; llegó la hora de desplegar todo vuestro valor, de obrar en oposición á los males, que se avecinan, con la palabra, con la acción, con asociaciones de individuos, cuyo pensamiento y acción sea la misma, con reuniones, con publicaciones, con congresos, con instituciones de caridad y de piedad, con todos los medios, en fin, pacíficos y legales, que sean conducentes á mantener en los pueblos el piadoso sentimiento de religión, y para socorrer la miseria, consejera de crímenes, la cual amplia y gravemente se ha difundido por Italia, por la depresiva condición económica, en que se encuentra nuestra nación. Todo esto lo hemos muchas veces recomendado, principalmente en dos cartas dirigidas al pueblo Italiano el día 15 de Octubre del año 1830 y el 8 de Diciembre del 1832.

Nos es muy grato declarar aquí, que Nuestra exhortación cayó en terreno muy fecundo. Mediante vuestro generoso esfuerzo, Venerables Hermanos, del Clero y demás fieles, encomendados á vuestro cuidado, se han obtenido algunos efectos prósperos y agradables y no es difícil prever otros más saludables en plazo próximo. Innumerables asociaciones surgieron en casi todas las regiones de Italia, á cuya mutua unión y celo deben su origen las cajas rurales para defensa de los agricultores; las cocinas llamadas económicas; dormitorios económicos, para albergue nocturno de los pobres; lugares amenos, para honesto recreo de los jóvenes en los días festivos; luego aparecieron sociedades, para catequizar á los niños, para visitar los enfermos en los hospitales, para defensa de las viudas y huérfanos y tantas otras instituciones benéficas, que fueron saludadas con

la gratitud y bendición del pueblo, y de las cuales hicieron calurosos elogios muchos varones del partido contrario. Los católicos según costumbre, en el desenvolvimiento de estas instituciones, como no existiera cosa alguna que juzgaran digna de reserva, se mostraron á la luz del día y se mantuvieron constantemente dentro de los límites señalados por la ley.

Mas sobrevinieron las tristes vicisitudes de las repúblicas, las cuales, acompañadas de tumultos y derramamiento de sangre, mancharon algunas provincias de Italia. Nada conmovió y contristó tanto nuestro ánimo como aquel triste espectáculo.

Pensamos, que los gobernantes de la república llegarían á conocer en el origen próximo de estas sediciones y luchas civiles, el fruto, funesto en verdad, pero natural de las perniciosas semillas, por largo tiempo diseminadas amplia é impunemente en Italia. También supusimos que aleccionados por la triste experiencia, y que remontándose de los efectos á las causas, tornarían á las normas cristianas, para la restauración del orden social con las cuales deben renovarse las naciones, so pena de perecer y que tributarían de esta suerte, el debido homenaje á los supremos principios de la justicia, de la probidad y de la Religión, de la cual se deriva, principalmente, el bienestar material de los pueblos. Pensamos, finalmente, que, al menos en su deseo de descubrir á los autores y cómplices de estas sediciones, se apresturarían á buscarles entre los que, enemigos de la religión católica y adictos al naturalismo y materialismo científico y político, excitan todo desorden innombrado del hombre, y entre los que en las sombras de reuniones sectarias esconden sus malvados designios y alían el arma contra el orden y la seguridad de la sociedad humana. Y en verdad, algunos de espíritu elevado y completamente imparcial, aunque del partido contrario, han comprendido y han tenido el valor de proclamar públicamente la verdadera causa de estos desórdenes sociales.

Mas, ahí Grande fue nuestra sorpresa y dolor cuando supimos que, con ridiculo pretexto, que en vano pretenden disimular con el artificio, á fin de despistar á la opinión pública y para poner en ejecución un designio premeditado, los gobernantes de la república con increíble osadía culpaban á los católicos como perturbadores del orden, con la sola intención, de que en ellos redunde,

como en su causa, el desdoro y el daño de los desórdenes civiles, de que fueron teatro algunas provincias de Italia. Este nuestro dolor aumentó, cuando, uniendo á tales calumnias hechos arbitrarios y violentos, hemos visto suprimidos muchos de los principales y más valientes diarios católicos; prohibidas las procesiones en las parroquias y en las Diócesis; dispersadas las asociaciones de los católicos; despojadas de casi todo elemento de vida algunas Instituciones, en especial las que pretenden como único fin el incremento de la piedad entre los fieles y la beneficencia pública y privada; otras amenazadas con castigos; disueltas muchas sociedades, de suyo inocentes y beneméritas y en su consecuencia destruida y miserablemente perdida en breves horas de tormenta la paciente y modesta y por ende caritativa obra de muchos años, debida á entendimientos nobles y corazones generosos.

Con tal disposición enorme y odiosa, la autoridad pública contradecía abiertamente sus precedentes afirmaciones. Por mucho tiempo habían denunciado al pueblo italiano como indulgente y cómplice en la obra revolucionaria contra el Pontificado romano, mas ahora se muestran reos de mentira, al emplear la fuerza y violencia, para eliminar las innumerables sociedades ampliamente difundidas en Italia, no por otro motivo, que por haberse mostrado afectas y devotas á la Iglesia y á la S. Sede.

Mas esta disposición dañaba sobre todo los principios de la justicia y las normas de las Leyes vigentes. En virtud de estos principios y de aquellas normas se permite á los católicos, como á los demás ciudadanos gozar de la libertad de promover de mutuo acuerdo el bien moral y material de sus conciudadanos y ejercitarse á la vez en la práctica de la religión y de la piedad. Arbitraria fué, pues, la disolución de tantas asociaciones católicas (las cuales existen tranquilas y respetadas en otras naciones) sin prueba alguna de su culpabilidad, sin ningún documento que demos, para con claridad la participación de sus socios en los muchos acaecidos. Fué, además, una ofensa especial inferida á Nosotros, que habíamos ordenado y bendecido estas pacíficas y utilísimas instituciones y á vosotros, Venerables Hermanos, que procurasteis su aumento y las gobernasteis con vigilancia. Nuestra protección y vuestra vigilancia debió hacerlas dignas de mayor respeto é inmunes de toda sospecha.

No podemos pasar en silencio, cuán perniciosa sea esta disposición al interés de la multitud, á la conservación social y al verdadero bien de Italia. Con la supresión de estas asociaciones aumentará la miseria moral y material del pueblo, que procuraban aquéllas mitigar con todo medio, puesto á su alcance, se verá privada la sociedad humana de una fuerza poderosamente conservadora, porque su organización y la difusión de la moral cristiana, que profesaban, eran un dique contra las aberraciones del socialismo y del anarquismo, se encenderá, en fin, con más violencia el conflicto religioso, que todo hombre, ageno á pasión sectaria, juzga funestísimo, para Italia, cuya fuerza, unión y armonía destruye.

No ignoramos que las asociaciones católicas son acusadas de una tendencia contraria al presente estado de cosas en Italia y consideradas, por ende, como subversivas. Seméjante acusación se funda en un equívoco, provocado con intención y maliciosamente defendido por los enemigos de la Religión y de la Iglesia, para cohonestar el reprobado ostracismo, que se intenta imputar á dichas sociedades. Nosotros queremos que tal equívoco sea disipado y desaparezca para siempre. Los católicos italianos, por razón de los inmutables y á todos conocidos principios de su Religión, detestan toda conspiración y rebelión contra el poder público constituido, á quien entregan el tributo, que se le debe. Su conducta pasada, de la que toda persona imparcial puede dar honrado testimonio, es garantía de la futura y esto debía bastar, para asegurar á los católicos la justicia y la libertad, á que tiene derecho todo pacífico ciudadano. Añadiremos algo más. Siendo ellos por la doctrina que profesan los más valiosos fundamentos del orden, merecían grandísimo respeto, y si se apreciaran adecuadamente la virtud y el mérito tendrían perfecto derecho á especial gratitud y á la remuneración de los que presiden la República.

Mas los católicos italianos, precisamente por ser católicos, no prescinden de querer (ni pueden hacerlo) que al supremo Jefe de la Iglesia le sea restituida su independencia y la verdadera, plena y efectiva libertad de régimen, la cual es condición indispensable, para la libertad é independencia de la Iglesia católica. Bajo este punto de vista jamás cambiará su opinión ni por las amenazas ni por la violencia; sufrirán con paciencia el actual estado de cosas,

pero siempre que esto tenga por fin la depresión del Pontificado romano y por causa la conspiración de todos los elementos antireligiosos y sectarios, no podrá suceder, que cooperen a sostenerlo con su adhesión y con su apoyo, sin violar los sagrados derechos de la Religión, que profesan. Y á la verdad, exigir de los católicos un positivo concurso al mantenimiento del actual estado de cosas repugna á la razón y al común sentir de los hombres, porque dejarían de obedecer las enseñanzas y preceptos de la Sede Apostólica, mas aun, obrarían contra ellas y en oposición á la conducta de los católicos de todas las naciones.

Por lo cual la acción de los católicos en la presente conjunción de cosas, agena de todo punto á la política de Italia, se encuentra en el campo social y religioso y mira á moralizar los pueblos y hacerlos obedientes á la Iglesia y á su suprema Cabeza; á apartar de los italianos del peligro del socialismo y del anarquismo; inculcarles el respeto al principio de autoridad; socorrer, en fin, oportunamente la indigencia con la múltiple obra de la caridad cristiana. Como, pues, pueden calificarse á los católicos de enemigos de la Patria y ser confundidos con los facciosos, que atacan contra el orden y seguridad de la República?

Semejantes calumnias desaparecen ante el solo buen sentido. Estas se fundan en solo este concepto: que la suerte, la unidad y prosperidad de las naciones consisten en los hechos consumados violentamente contra la S. Sede, hechos, que deploran muchos varones, cuya veracidad á nadie es sospechosa, los cuales abiertamente declaran ser una grande imprudencia provocar un conflicto contra la S. Sede; contra aquella institución, que Dios puso en medio de la Italia; que fué y será siempre su principal ornato é incomparable gloria; contra una institución prodigiosa, que domina la historia y por la cual ha llegado Italia á ser la maestra fecunda de los pueblos, la cabeza y centro de la ciudad cristiana.

De que culpa, por tanto son reos los católicos, cuando suspiran con ansia por el término de tan larga disidencia, causa del gravísimo daño en el orden social, moral y político; cuando demandan, que se oiga la voz paternal de su cabeza suprema, que tantas veces ha reclamado la debida reparación de los daños causados, mostrando los bienes incalculables, que de ello se derivaría á la Italia?

Los verdaderos enemigos de Italia hay que buscarlos en otra parte; hay que buscarlos entre los que inficionados de un espíritu antireligioso y sectario y apartando su ánimo y mirada de los peligros, que amenazan á la patria, rechazan toda verdadera y fecunda solución del conflicto y procuran con sus depravados designios hacerle más largo y más cruel. A estos y no á otros se debe atribuir la dura disposición, en virtud de la cual se han disuelto tantas y tan útiles asociaciones católicas; disposición, si, que Nos angustia sobremedura por un otro título de orden más elevado y que no afecta solamente á los católicos italianos,

sino que á los del mundo entero. Esa misma disposición explica satisfactoriamente la penosa é intolerable condición, á que estamos reducidos. Pues si algunos hechos, cuyos autores en modo alguno fueron los católicos, bastaron para decretar la supresión de tantas asociaciones utilísimas é innumeros de toda culpa, no obstante la garantía, que tienen en la ley fundamental del Estado Italiano, cualquier hombre sensato é imparcial comprenderá, cuál y cuánta sea la eficacia de la seguridad ofrecida á Nosotros por el supremo poder, en favor de la libertad é independencia de Nuestro Ministerio Apostólico. Y en verdad, ¿qué libertad es la nuestra, cuando después de haber sido despojados de la mayor parte de los medios de vida y régimen, con que habian enriquecido á la Sede Apostólica y á la Iglesia los antiguos Príncipes cristianos, somos ahora privados de aquellos medios de acción religiosa y gubernativa, que Nuestra solícitud y el celo admirable del Episcopado y del Clero católico habian reunido, para tutela de la Religión y beneficio del pueblo italiano? ¿Qué libertad podemos tener, cuando una otra ocasión, un otro incidente puede servir de pretexto para proceder con medidas violentas y arbitrarias y para producir una nueva y más profunda herida á la Iglesia y á la Religión? Nos señalamos este estado de cosas á nuestros hijos de Italia y á los de todas las naciones; á todos sin embargo decimos, que, aunque sea intensísimo nuestro dolor, no es menor nuestra firmeza de ánimo y nuestra confianza en la Providencia Divina, que gobierna el mundo y vigila constante y amorosamente en la defensa de la Iglesia, la cual se identifica con el Papado, según la bella expresión de S. Ambrosio *Ubi Petrus ibi Ecclesia*. Ambas son institución divina, ambas han sobrevivido á todo género de ultrajes y acometidas de sus enemigos; y de esta suerte han visto pasar los siglos, adquiriendo de las mismas desventajas fuerza, energía y constancia.

En cuanto á Nosotros, no cesaremos de amar á esta bella y noble nación, en la cual hemos nacido; deseando vivamente emplear el firme avance de nuestras acciones, para conservar el precioso tesoro de la fe y de la Religión; para mantener á sus hijos en la honrosa ostera del deber y de la virtud, y para socorrer, en cuanto Nos sea posible, su miseria.

En el cumplimiento de este nobilísimo deber de la Religión y de la piedad, nos preparáis vosotros, Venerables Hermanos, y de ello estamos seguros el concurso eficaz de vuestro cuidado, de vuestro celo vigilante y constante. Continuar, como lo hacéis, en la obra de revivir la piedad en los fieles; de preservarles del error y de la sedición, que por doquier les rodea; de consolar benignamente á los pobres y á los desgraciados con todos los medios, que os surgiera la caridad cristiana. Vuestras fatigas no serán nunca estériles, cualquiera que fuesen las vicisitudes de las cosas y la apreciación de los hombres, porque las diri-

gis á un fin más alto, que estas cosas mundanas; y si llegara, por último, á suceder, que vuestra labor se viera interrumpida ó destruida, os librarán del deber de responder de los daños que pudieran sobrevenir á la Italia los obstáculos interpuestos á vuestro Ministerio pastoral.

Y á vosotros, católicos Italianos, objeto principal de Nuestra solicitud y de Nuestro afecto; á vosotros, á quienes las vejaciones oprimen con más crueldad, por vuestra proximidad á Nosotros y por ser los más adictos á la Sede Apostólica, sirvan de consuelo y de valor estas Nuestras palabras y la firme promesa, de que el Pontificado romano, así como en siglos anteriores, en medio de los tristes y borrascosos acostecimientos, fue guía, defensa y salvación del pueblo católico, en especial del Italiano, así también no dejará jamás de cumplir su elevada y saludable misión de defender y reivindicar vuestros derechos con constancia en medio de las dificultades y con más especial amor, cuanto más oprimidos os hallareis.

Y vosotros habéis dado, especialmente en estos últimos años, numerosos testimonios de abnegación y laboriosidad en toda institución buena.

No perdáis la esperanza; mas ateniéndoos, en el pasado, á los límites y fines legales, y plenamente á la dirección de vuestros pastores, perseverad con valor cristiano en el mismo propósito. Y si en el camino encontráis nuevas contradicciones y hostilidades, no os acobardeis; la bondad de vuestra causa aparecerá siempre más luminosa, cuando vuestros enemigos, para combatirla se vean obligados á recurrir á las armas; los peligros de vuestra virtud aumentarán, sin duda, vuestro mérito delante de los vuestros honestos y lo que importa más, delante de Dios.

Como auspicio, entre tanto, de los dones celestiales y prenda de nuestro paternal amor hacia vosotros, os damos con el sincerísimo afecto de Nuestro corazón la Bendición Apostólica á Vosotros, Venerables Hermanos, al Clero y al pueblo italiano.

Dado en Roma junto á S. Pedro el día 5 de Agosto del año 1898, vigésimo primero de Nuestro Pontificado.

LEON, PAPA XIII.



EPISTOLA ENCYCLICA

Ad Episcopos, Clerum et Populum nationis Italiae.

LEO PP. XIII

VENERABILES FRATRES

SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

SAPRIMENTERO Pontificatus nostri tempore, cum per reipublice administratores, qui notae rebellionis aestu fervente, supremum in Italia regimen ad se sumpserunt, civiles actus Religionis atque Ecclesiae infestis perpetrarentur, sacra Apostolici Ministerii iura tuendi gratia, vehementer conquesti et protestati sumus.—Id ipsum nunc super re sane gravissima, quae magna vos tristitia afflicti, iterum, quamvis aegro, facere cogimur. De his catholicis Institutis hic Nobis sermo est, quorum lata lege, suppressio in plerisque Italiae provinciis nuper decreta est. Huiusmodi leges, sane arbitrarias atque iniustas, probus quisque indignatus maximo opere improbet; ac Nos per eam ferre omnia, quae celsis annis perpetrari fuimus, probes, summam acrisque renovari videmus.

Unde primum haec Instituta, paternae sollicitudinis nostrae curaque vestrae fructus, exorta et quam necessaria, quamvis apprimo vobis notum sit, tamen ad memoria repetere operae pretium existimamus; ut omnes cognoscant, quod Nobis consilium in his condendis, quique sive quoad Religionem, sive quoad morum disciplinam, sive demum quoad civium indigentiam servandam scopus esset per eadem Instituta attingendus.

Civili romanorum Pontificum Principatu disiecto, Ecclesiae catholicae quaelibet vitae ac libertatis subsidia, immo et fides ipsa populorum, qui hi in rebus publicis sive domi, sive apud externas nationes gerendis, eidem Pontifici plerisque abhinc saeculis, naturalis quodam instinctu, obsequabantur, petentim substracta sunt. Novis deinceps aetilis legibus, quae subinde constanter prodibant, utriusque aetis Monachis Cognobis adempta sunt: potior ecclesiastici Patrimonii pars Fisco adjudicata et misere consumpta; Clerici militari delectui subiecti; Ecclesiastici Ministerii libertas arbitraria

atque iniustis legibus compedita: ab omnibus publicis institutionibus quodvis ferme christianae Religionis vestigium deletum: erga Heterodoxos gratia et favor impensus; ac dum sectis (quas Massonicae vocant) amplissima concederetur libertas, tantummodo in illam Religionem quae gloria, praesidium ac munimentum semper Italiae fuit, severitate ac vexationes adhibebantur.

Huiusmodi adeo pravos ac saepius congeminos ausus identidem deploravimus: primum quidem Sanctae Religionis causa in supremum discrimen adductae, dein etiam, atque id sincerissimo cordis affectu pronunciamus, communis Patriae causa etiam atque etiam deploravimus. Religio enim cuiuslibet nationi prosperitatis atque excellentiae fons est, et omnis recte compositae Societatis praecipuum fundamentum. Etenimvero enervato Religionis sensu, quo sustollitur quodammodo ac nobilitate animus, in coepe iusti et honesti cogitatio penitus infigitur, homo se demittit, ac belluino instinctui, pecuniaeque aucupandae totum tradit; atque exinde similitate, discordiae, morum depravatio, iurgis, et publici ordinis perturbatio necessario consequuntur; quibus incommodis aptum remedium nec legum severitas nec tribunalium rigor, nec ipsa armata vis conferre solent. Religionis autem cultum et Societatis incolumitatem ita invicem colligari, ut illa ruere non possit, quin ista tumultibus et rerum perturbatione levissetur, pluries eos quibus formidandum rei publicae regendae onus incumbit, datis ad Italos litteris, communiis, perversae eorum doctrinae qui sive civium bonis, sive ipsam civilem Regionem impetunt, progressus ostendentes certissime futuros, atque innumera mala, publicis Italiae sublecebant. At vero Nobis auscultatum non est: facta ac frivola per rebellium sectam inducta opinio intelligentiae velum obduxit; atque in Religionem eadem atrocitatis bellum geri haud desitum fuit. Non modo per viros rei publicae praefectos quidquam provisum, sed et in libris, in publicis ephemeridibus, in gymnasiis, imo etiam ex cathedris, in quibuslibet civium conventibus, in theatris... pravi homines incredulitatis atque improbitatis semina spargere, religiose axiomata convellere, quibus robusti atque honesti populorum mores informantur, hisque opposita proferre, ex quibus intellectus perverso, et cordis depravatio certissime consequitur, impune perrexerunt.

Tum vero Nos, Venerabiles Fratres, pericula et procellas Italiae imminere prospicientes, tempus advenisse arbitrati sumus, vocem extollendi; atque in eadem catholicae Italiae pulvis denunciavimus: Religio ac ipsa Societas periclitantur: tempus est totam virtutem vestram excedenti, opposito malis ingruentibus eggere, tum sermone tum opere, immo etiam sociis quam plurimis adscitis, quorum una mens sit, et communis actio; sodalibus, comitibus, libris in lucem editis, sociorum conventibus, charitatis et supplicationum Institutis, omnibus denique, quae per legem licent, adminicula, pacifice adhibitis, quae ad pium Religionis sensum in populis servandum, atque egestatem, quae crimina sustinere consuevit, quaeque adeo late gra-

viterque Italiam pervisit ob miseram aerarii conditionem, in qua haec nostra regio versatur, levandam apta sint. Haec Nos saepius, praesertim in duabus Epistolis ad Ita'os datis, die 15 Octobris anno 1890, et die 8 Decembris anno 1892 enixis commendavimus.

His vero palam enunciare Nobis pergratum est, coloratione nostras in optimam terram exidisse. Vobis, Venerabiles Fratres, una cum Clericis, ceterisque Fidelibus cura vestrorum conceditis fortiter aduentibus, laeta ac prospera quaeque consecuta sunt; laetioraque proxime consecutura esse, facile exinde perscipi poterat. Innumeri ferme ubique in Italia socii adlecti simul convenerunt, qui collatis studiis et consiliis adlaborsunt, ut servia ruricolis adiuvandis constituerentur, coquinae, quae vocant oeconomicae, dicatae dormitoriae pauperibus parva impensa necti excipiendis, amena loca diebus festis inventum animis honesto recreandis paterent: Institutiones insuper subinde prodire pueris catechizandis, segris in nosocomis reuiciendis, viduis ac pupillis tutandis, aliaeque sexcentae, quae grati animi significantibus plausuque populi ubique exoeperunt, ac plerique contrariae factionis viri haud semel maxime commendarunt. Catholici autem, uti semper consueverunt, in haece christianae claritatis operibus periciendis, quum nihil haberent, quod celandum esse existimarent, ad lucem diu prodierunt, atque intra fines Legum praescriptos constantes sese continuerunt.

Sed tristes rerum publicarum vicissitudines supervenere, quae tumultibus et civium sanguine quassam Italiae provincias funeantur. Nos quidem omnium maximo immane huiusmodi spectaculum commovit et contristavit.

Arbitrati sumus fore, uti qui rei publicae praesent, proximam istarum seditionum et civium furgorum causam fuisse agnoscerent prava semina, quae in Italia multo iam tempore larga et impune sparsaerant, atque horum pessimum quidem, sed prorsus naturalem fructum. Arbitrati itum sumus fore, uti fidem ab effectibus ad causas ascendentes, tristi experientia edocti, in civili ordine instaurando christianas normas, quibus nationes, ne forte perant, ad officium revocandae sunt, iterum sequenda suspicerent; atque ita suprema iustitiae, probitatis ac Religionis regulis, quibus civilis etiam cultus vis populi salus innitur, debitum honorem tribuerent. Denique arbitrati sumus saltem fore uti fidem harum additionum auctores vel complices invenire cupientes, inter illos inquirenda esse ducerent, qui doctrinam catholicam adversarent, qui in naturae et motoriae cultu, sive logico sive prescivo, persuequendo, quamlibet effrenam hominum cupiditatem incendunt: qui in latebris faciosorum conventuum improba consilia abscondunt, et contra civilem societatis humanae ordinem arma parant. Respo quidam ex ipsis adversariis, ingenio praestans, et ab studio partium omnino alienus, veras horum civium tumultuum causas intellexit, ac strone ausus est palam edicere.

Sed heul magnus Nos stupor et dolor incessit, cum accepimus, ab his qui rem publicam gererent, ridiculo praetextu, quem artificio dissimulare perperam perentatum est, publicam opinionem distrabendi, et conceptum iam propositum perficendi gratia, stultam in catholicos incriminationem de perturbato ordine, incredibili eusu detorqueri, ut civilium tumultuum, qui in quibusdam Italiae provinciis pontigerant, dedecus et damnum in eosdem, tamquam in eorum causam, converterentur. Tam vero dolor noster excrevit cum his calumniis accedentibus lapsis arbitrariis ac violentis, suspensas vel suppressas vidimus plerasque ex praecipuis ac summopere strenuis ephemeridibus catholicis, proscriptis comitatus, qui sive pro Patrie, sive pro Dioecesisbus instituti fuerant: dispersa catholicorum conventus, congressuum causa initos: quaedam Instituta, ex his praesertim, quorum unicus scopus est pietatis incrementum inter fideles, vel sive publica, sive abditis beneficentia, omnibus pena subsidii exolata, ne civium inopiae epululari possent, quaedam vero minus perterrita, plurimas omnino innocuas ac de Patria bene meritas Societates dissolutas; atque ita patientem ac modestam plurimum animum laborem, christianae charitatis ergo a plerisque praerariis scientia et magnanimitate praeditis viris susceptam, pauculis horis procellosis misere deperditam atque consumptam.

Qua immani et hostili sanctione, rei publicae Rectores us, quae ante exierant, manifeste contradixerant. Diu enim Italicum populum in rebellionem contra romanum Pontificatum peragenda committentem, complicitemque enticiaverant: nunc vere vi ac violentia adhibita, ut innumeras Societates, late in Italia sparsas, eliminarent, haud aliam ob causam, quam quod illae sese Ecclesiae ac S. Sedis addictas atque obsequentes exhibuerint, ipsi se mendacii reos ostenderunt.

At vero haec ipsa sancta lex iustitiae dictata potissimum ac vigentium Legum norma laedebat. Ob haec dictata enim, atque ob illas normas, Catholicis, sicut et ceteris civibus, libertate frui licet, concivium suorum bonum sive spirituale, sive materiale colant studio, sponte curandi, atque una sepe in pietatis ac religionis officia exorandi. Arbitraria itaque facta ista tot catholicorum institutionum (quae tamen penes alias nationes pacifice obtinent, atque in honore sunt) dissolutio, praesertim sine ullius admittae culpae testimonio, sine ullo documento, sociorum participationem in his, qui evenerant, lucullibus, serio comprobante. Sed praeterea fuit etiam peculiaris iniuria Nobis illata, qui eas peritulas ac pacificas institutiones mandavimus, atque ilis fausta quoque adprecati sumus: immo et vobis, venerabiles Fratres, qui his augendis curam adhibuistis, atque his regendis sedulo invigilastis. Praefecto nostra tutela ac vestra vigilantia eandem maiori reverentia dignas, atque ab omni auspicio immunes efficere debuisset.

Praeterire hic non possumus quantum isthaec sanctio civili populorum prosperitati, nationum incolumitati, veroque Italiae bono

perniciosa sit. His enim Societatibus abolitis miseris populi augetur, tum ea quae pertinet ad subsidia pietatis, tum quae ad subsidia egestatis, quam illae omni, quo poterat, modo mitigare studebant: oriatur humana societas potenti vi qua se sustentet; nam ipsamet eorum constitutio, et moralis doctrinae, quam profitebantur, diffusio illorum placitis, qui sive omnia omnibus communis esse praedicant, sive quodvis regimen evertere conantur, egger erant: magis denique conflictus religiosus incenditur, quem omnes factiosarum opinionum expertes, Italii, quorum vim unionem harmonicismque destruit, norunt esse funestissimum.

Nos quidem haud latet, catholicas Societates tamquam praesentem in Italia rerum statum adversas incusari, ac proinde publicae tranquillitati perniciosas haberi. Huiusmodi incriminatio ambigua inniditur, quod ab Ecclesiis et Religionis hostibus, ad turpem Ostracismum, quem iisdem Societatibus infligere perentant, honestatis specie contegendum, studiose inventum est, ac maligne sustinetur. Equidem volumus, ut hoc ambiguum perpetuo abigatur et dissipetur.

Catholici Italii ob aeterna atque omnibus nota suae Religionis documenta, ab omni conspiratione ac rebellionem contra constitutum civile Regimen, cui tributum, quod ipsi debetur, sedulo praesent, summopere abhorrent. Eorum haecenus egendi ratio, cui omnes qui a quoque partium studio alieni sunt, aequum testimonium perhibent, illius quae posthaec erit, sponsor est: atque id sufficere debet, ut Catholici securi sint, ius suum libertatemque quem omnes pacifici cives omnino expostulant, sibi tributam iri. Sed aliquid amplius dicimus. Quoniam ipsi ob doctrinam quam profitentur, omnium validissimi sunt ordinis assertores, maxime reverentiam merentur ac ad virtutis et meriti, ut par est, ratio haberetur, specialis considerationis et remunerationis ab his, qui rei publicae praesent, obtinenda protecto ius habent.

Sed Itali catholici ob id ipsam quod catholici sunt, nunquam velle, desistent (nec desistere possunt), ut supremo Ecclesiae Rectori adimpla dominatio, ac plena et integra, vera ac respice exercenda Regiminis libertas, quae ad immunitatem libertatemque catholicae Ecclesiae omnino necessaria conditio est, restitatur. Haec super re eorum opinio neque ob minas, neque ob vim quae ipsis inferatur, unquam immutabitur: praesentem verum statum pacifice sustinebunt; sed quosque huius scopus erit romani Pontificatus depressio ut causa conspiratio eorum omnium, qui Ecclesiae infecto animo seculis perfulsum ferent fieri non poterit, ut neglectis Religionis, quam profitentur, iuribus ei adhererant, eumque sua actione fuleant atque sustentent. Enimvero a Catholicis exigere, ut in eundem praesentem rerum statum firmandum suam et ipsi operam conferant, id a ratione atque a communi hominum sensu omnino absonum est: tum enim huius Apostolicae Sedis praereceptionibus mandatisque obtemperare desinerent: immo contra eadem aperte

gerent, ab omnium Catholicorum, qui penes ceteras nationes consistunt, agendi ratione recedentes.

Quapropter Catholicorum actio in praesenti rerum conditione ab Italici Dominatus rationibus prorsus aliena, intra sociorum et Religionis rationes unice curanda circumscribitur manet; studetque populos morum praecipitis imbuere, atque illos Ecclesiae eiusque Summo Rectori obsequentes efficere: ab eorum haurienda atque amplectenda ductione, qui quodvis sive rerum dominium, sive civis regimen excludunt, illos avertere; ergo auctoritatem constitutam isdem observantiam suadere; denique eorum pauperlatem variis christianaе charitatis operibus opportune levare. Igitur quomodo possunt catholici Patriam hostes compellari, atque una cum factiosis qui in Reipublicae tranquillitatem inobscumitateque conitant, iure confundi?

Haec columnae ipso communi hominum sensu dilantur. Haec enim hoc uno in verbo fundantur: casuslibet Institionis sortes, unitatem et prosperitatem in factis, quae contra Sanctum Sedem vi consummata sunt, certo consistere; quae quidem facta plerique Viri, quorum veracitas nemini suspecta esse potest, deplorarunt; atque palam affirmant, summae imprudentiae merito tribui quoniam contra S. Sedem conflictum; contra videlicet Institutum illud, quod Deus in medio Italia collocavit, quodque fuit semper et perpetuo erit, praecipuum Italiae ipsius ornamentum et incomparabile decus; contra Institutum opprime prodigiosum, quod in historia dominatur; per quod insuper Italia facta est populorum foecunda Magistra, civis christiani cultus cepit et centrum.

Cuius igitur factionis arguendi sunt catholici quando diuturno huic dissidio, unde et in populorum consortium, et in civium mores, et in ipsam civile regimen gravissima incommoda derivantur finem tandem imponi efflagiant; quando paterna supremi sui Capitis vox ut suscitatur exposcunt, qui toties debitas illorum damnorum compensationem postulavit ostendens quot exinde incommoda in Italiam consecutura essent?

Veri Italiae hostes alicui sane inquirendi sunt inter illos, nimirum qui summo Religioni infenso et perduellium sectis addicto, oculos mentemque a periculis, quae Patriae imminet, avertentes, quamcumque dissidii eiusdem veram utilemque solutionem respiciunt et ob sua prava consilia diuturnius illud acerbiusque efficere conantur. His profecto, non vero aliis, tribuenda dira illa sanctio est, qua totaque-utiles Catholicorum Societates dirumpuntur sunt; sanctio atque, quae ob aliam etiam sublimioris ordinis rationem Nos vehementer angit, quaeque non Italos tantum, sed et totius Orbis Catholicos spectat. Ea quippe duram hanc nostram, in qua adhuc versamur atque incertam et nullimode ferendam conditionem manifestius ostendit. Etenim si quidam eventus, quorum auctores profecto Catholici nequaquam fuerant, tot tamque utilium atque ab omni culpa immunium societatum suppressioni decernendae satis fuerunt quam-

vis iis securitatis sponsore ipso potissima Italici Dominatus legat quis quis sano iudicio praesidius, et ab studio partium alienus intellige; quae et quarta sit cautio, quam pro libertate atque immunitate Apostolici Ministerii Nostrae, suppressi rei publice in Italia Administratores Nobis obtulerunt, efficaciam. Eumvero quaequam Nobis libertas est, quando posteaquam omnibus ferme cum vixit tum regiminis praesidiis, quibus vetustissimi christiani Principes Apostolicum Sedem atque Ecclesiam ditarent, expoliati sumus; nunc vero iis etiam adimiculis, quibus acta ad Religionem, vel ad Ecclesiae administrationem spectantia offerre Nobis libet, quaeque et nostrae sollicitudo, et admiranda Episcopatus clerique catholici studiosa voluntas, Religionis tuendae, et populi Italici iuvandi gratia, congescerunt, prorsus desituerunt? Quae Nobis libertas esse potest, quando alteri oppressio, alter eventus praetextum suggerere potest, vi et arbitrio crudellius saeviendi, atque atrocioribus Ecclesiae et Religionem vulneribus confodiendi? Nos hanc nostram conditionem Italiae coaeratarumque nationum illis patefacimus; utrisque tamen dicimus, etsi praegravata est Nobis dolor, hunc tamen minorem Nobis suppetere animi firmitatem ac fiduciam in Dei Providentiam, qua ille Mundum moderatur; quique Ecclesiae tuendae confidendum eam eademque res est, iusta perpulorum S. Ambrosii effatum *Ubi Petrus, ibi Ecclesia*. Utriusque divina Institutio est: utriusque firmitatem hostium contumeliae et aggressus neullquam excuserunt; atque ita post vices ferme centenos annos adhuc persistunt, imo ex ipsis calamitatibus vim virtutem atque constantiam hauserunt.

Ad Nos quod pertinet, hanc proleptam nobiliterque nationem, ex qua orti sumus, praediligere numquam cessabimus; res dum virtutum nostrarum, ut eidem Nationi pretiosum fidei ac Religionis thesaurum servemus; eius filios in decore officii ac virtutis tramite continemus, atque eorum inopiae, quod possumus, optulemur, impendere gestientes.

In hoc praeclearissimo Religionis ac pietatis munere exequendo vos, Venerabiles Fratres, (id satis peracuum Nobis est), vestris curis, vestro vigili et continentis studio Nos adiuvabitis. Pergite, ut factis, fidelium pietatem incendere, eos ab erroribus et a seductione, quibus undique arguntur, incolentes servare: pauperes et miseros omnibus, quos christianae charitas vobis suggeret, modis benignis solari. Labores vestri fructu steriles numquam erunt, quaecumque faciat rerum vicissitudines atque hancum existimatio; utpote quae ad sublimiorem, quam hae mundanae res sint, scopum a vobis diriguntur; demum etsi forte contingat, eosdem labores aut praepediari aut destrui, vos tamen damnorum, quae propter obices ab adversariis pastoralis vestro Ministerio interpositos Italiae obvenire ciantur, cautione liberabunt.

Vobis autem, catholici Itali, quos nostra cura ac dilectio praecipue spectat; Vobis, inquam, quos, quia Nobis proximiores, atque

hinc Apostolicæ Sedi omnium maxime addictos, acerbior vexatio præmit vobis solamen afferent, atque animos addant hæc Nostra verba ac firmissima sponsio, Romanum Pontificatum, uti elapsis temporibus, in tristibus et procellosis eventibus, catholici populi, præsertim in Italia, dux, defensio, salus existit; ita et posthac sancto ac salutari, sibi demandato, iura vestra tuendi ac vindicandi muneri, sive assidue in arctis rebus adstantia, sive speciatim vos dilectione, quanto magis vexatos atque iniuste oppressos, prose- quendo, nunquam defuturum.

Vos his præsertim postremis annis vestri animi robur ac forti- tudinem in quovis opere bono perficiendo sæpissime ostendistis.

Animum ne despondatis; sed, ut semper facere consuevistis, intra fines ac terminos, Lega signatos vos ipsos ad amussim cõ- niteant, et Pastorum vestrorum præceptionibus plene atque integre obsequentes, christiana virtute in eodem proposito persistite.

Si vero novæ occurrant vexationes ac molestiæ, ne consternemini: cause vestras ac iuris tum clarior apperebit, cum adversarii vestri ad huiusmodi arma confugere cogentur: ac virtutis vestre pericula, quæ subeunda vobis erunt, exitium vestrum meritis coram honestis quibusque Viris, et quod magis interest, coram Deo, procul dubio augebunt.

Interca celestium donorum auspiciem, ac paterni in vos amoris pignus Apostolicam Benedictionem Vobis, venerabiles Fratres, Clero et populo Italiane intimo cordis affectu impertimas.

Datum Romæ apud S. Petrum die V Augusti MCCCXCVIII.
Pontificatus Nostri anno vigesimo primo.

LEO PP. XIII.



EPÍSTOLA ENCÍCLICA

Acercas de la devoción del Sagrado Corazón de Jesús.

LEON P. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

RON Nuestras Letras Apostólicas, harto recientes, hemos ya promulgado, como os es notorio, el Año Santo ó Jubilar, que, según costumbre ó institución de Nuestros Mayores, debe ser celebrado en esta ciudad próximamente. En el día de hoy, abrigando la esperanza de celebrar otra solemnidad religiosa de muy santa nombradía, Nos manifestamos autores y aconsejadores de cierta empresa ilustre, de la cual ciertamente si todos secundais gustosos y consentis con unánime voluntad, esperamos insignes frutos y muy permanentes, en primer lugar y con razón para el buen nombre de cristiano y después para toda la sociedad humana.

La aprobadísima devoción acerca del Sacratísimo Corazón de Jesús, hemos procurado defenderla y colocarla en grande esplendor más de una vez, á ejemplo de Nuestros Antecesores Inocencio XII, Benedicto XIII, Clemente XIII, Pío VI, VII y IX, y esto hicimos con mayor intensidad un decreto dado el 28 de Junio de 1879 cuando elevamos á rito de primera clase la festividad de tal título y advocación. Ahora, pues, hemos concebido una forma más brillante de obsequiar al Divino Corazón, la cual vendrá á ser como cifra y compendio de todos los honores al Mismo tributados y que confiamos ha de ser muy grata á la persona de Jesucristo Nuestro Redentor.

No obstante, no es ella nueva ni se emplea ahora por vez primera, puesto que hace veinticuero años, con ocasión del solemne centenario del celestial mandato confiado á la Beata Margarita María de Alacoque, de propagar la devo-

ción del Sagrado Corazón, fueron enviadas á Pío IX por particulares y varios Prelados muchas instancias, á fin de que se dignase consagrar todo el linaje humano al Augustísimo Corazón de Jesús. Plúgo á Su Santidad diferir la ejecución para resolverla con mayor detenimiento, y entre tanto, dióse amplia facultad á todas las ciudades y pueblos para que se consagrasen voluntariamente y se les prescribió una fórmula especial para ello. Ahora, pues, los sucesos que han sobrevenido, Nos han hecho juzgar que había llegado la sazón y coyuntura de ejecutar tan hermoso y santo propósito.

Ciertamente que tan completo y máximo testimonio de obsequio y piedad conviene de ni modo especial á Jesucristo por ser Príncipe y Sumo Señor de todas las cosas. Su imperio no se circunscribe exclusivamente á las gentes católicas ó á aquellas solas que han sido regeneradas por el sagrado bautismo, y si por el hecho pertenecen á la Iglesia aún los desviados de ella por el error ó falsas opiniones ó las que la disensión apartó de la caridad, no es menos cierto que su poderío se extiende también á todos los depositados de la fe cristiana, del tal suerte, que es verdad inconcusa que la universalidad del género humano está bajo la potestad de Jesucristo. Puesto que quien es Unigénito del Padre, y es consubstancial á El, *esplendor de su gloria y figura de su substancia* (1), es necesario que tenga comunes todas las cosas con el Padre y consiguientemente el sumo imperio de todas ellas.

Por esta razón dijo de sí mismo el Hijo de Dios por el Profeta: *Yo he sido constituido Rey sobre Sión y su monte Santo.—El Señor me dijo: Tu eres mi hijo, yo te engendré hoy. Pídenme y te daré los gentes en herencia y los confines de la tierra para tu posesión* (2). Con lo cual declara que recibió de Dios potestad amplísima, ya sobre toda la Iglesia, que por el monte Sión se significa, ya sobre todo lo demás del orbe que se entiende bajo la denominación de términos ó confines del mismo. Y aquellas palabras *Tu eres mi hijo*, indican claramente en qué fundamento se apoya aquella suma potestad, según dicen aquellas palabras: *Te daré las gentes en herencia*, que son semejantes á las del Apóstol S. Pablo: *Al cual constituyó heredero de todo* (3).

(1) Hebreo, I, 3—2 Ps. II.—(2) Hebr., I, 2

Hay que considerar muchísimo todo cuanto afirmó Cristo de su imperio, no solo por los Apóstoles y Profetas, sino también, por sus propias palabras. Al preguntale el presidente romano: *¿Luego tú eres Rey?* (1), sin vacilación alguna respondió: *Tú lo dices que yo soy Rey* (1). Y confirmamos más claramente la magnitud de esta potestad, y la infinidad de aquel Reinado, aquellas palabras que dirigió á los Apóstoles: *Me ha sido dada toda la potestad en el cielo y en la tierra* (2).

Si ha sido, pues, dada toda la potestad á Cristo, se sigue forzosamente que su imperio ha de ser sumo, absoluto y no sujeto á ningún arbitrio ajeno, que ningún otro haya semejante ni igual, y por haberle sido dado sobre el cielo y la tierra, éstos deben estarle en todo sujetos y obedientes. Y este derecho exclusivo y propio suyo lo ejerció mandando á los Apóstoles divulgar su doctrina, congregando á todos los hombres en un cuerpo llamado Iglesia por medio del bautismo de salud é imponiendo leyes que nadie puede recusar sin peligro grave de la salvación eterna.

Y no consiste todo en esto solamente. Cristo manda no solo con derecho nativo, por ser el Unigénito de Dios sino también con otro adquirido. Él nos libró del *poder de las tinieblas* (3), y también se entregó en redención *á sí mismo por todos* (4).

Por ello se hicieron *pueblos de adquisición para Él* (5) no solo todos los cristianos y católicos bautizados debidamente, sino también todos y cada uno de los hombres. Y á este propósito, dijo oportunamente San Agustín: *¿Preguntáis que compró? Ved lo que dió y vendió en conocimiento de lo que compró. El precio es la sangre de Cristo. ¿Qué cosa puede haber de igual valor? ¿Que si no todo el mundo, que si no todas gentes? Todo cuanto dió, lo dió para adquirirlo todo* (6).

Y porque hasta los mismos infieles están sujetos al poderío y dominación de Cristo, lo muestra Santo Tomás al tratar acerca de si su potestad judicial se extiende á todos los hombres, y afirma que la potestad judicial alcanza á la potestad regia, y concluye diciendo que todas las cosas están sujetas á Cristo en cuanto á la potestad, aunque no lo estén en cuanto á la ejecución de esa potestad misma (7). Y esta potestad Cristo la ejerce sobre los hombres todos por medio

(1) Joan. XVIII, 37.—(2) Matt. XXVIII, 18.—(3) Colos. I, 13.—(4) Timoth. II, 6.—(5) I, Petr. II 2.—(6) Tract. 120 in Joan.—(7) S. p. 4, 22, 2, 4.

de la verdad, de la justicia y principalmente de la caridad.

Para el fundamento de tal potestad y dominio, benignamente permite que Nosotros añadamos una devoción voluntaria: ciertamente Jesucristo, Dios y Redentor á la vez, es rico por la posesión perfecta y cumplida de todas las cosas, mientras que Nosotros somos tan pobres é indigentes, que nada poseemos que sea bastante para remunerarle.

¶ Pero, no obstante, llevado de su bondad y caridad summa, no rechaza que le ofrezcamos lo que es suyo y que se lo demos y consagremos como si se tratara de cosa nuestra, y no solamente no lo rechaza, sino que lo pide ahincadamente. *Hijo mío, dame tu corazón.* Así, pues, podemos todos ciertamente gratificarle con el mejor ánimo y buena voluntad; puesto que consagrándose al Mismo, no solamente reconocemos y acatamos su poderío de un modo grato y manifiesto, sino que á la par atestigüamos con ello que si en realidad de verdad fuese nuestro lo que ofrecemos, que lo daríamos con la misma excelente voluntad, y le pedimos á la vez no se ofenda al admitir de nosotros lo que es completamente suyo. Tal es la fuerza de ello, y así es Nuestro firme y leal parecer.

Y puesto que en el Sagrado Corazón se encierra el símbolo y expresión de la infinita caridad de Cristo, que nos incita y mueve á amarnos mutuamente, es oportuno y justo consagrarse á su Corazón Augustísimo, lo que no es otra cosa más que entregarse y obligarse con Jesucristo, ya que todo honor, obsequio ó devoción piadosa que se ofrece al Corazón Divino, se ofrece propia y verdaderamente al mismo Cristo.

Así, pues, excitamos y exhortamos á todos cuantos amen y conozcan al Sagrado Corazón á admitir con la mejor voluntad la devoción indicada, y queremos con todo empeño que en el día en que se eleven al cielo tantos millares de significaciones de almas que se consagran al mismo objeto, vayan todas á la Augusta Mansión unidas y á un mismo tiempo. ¿Y acaso sufriremos que no hagan tal aquellos innumerables para quienes no resplandeció todavía la verdad cristiana? Desempeñando Nos las veces de Aquel que vino á salvar lo que había perecido y que remedió á todo el linaje humano con su propia Sangre; por esta misma razón procuramos asiduamente llamar á la vida

verdadera á aquellos que están sentados en las sombras de la muerte, enviando mensajeros de Cristo á todas partes con el fin de instruir á todos, y con mayor motivo compadecidos de su desdicha, los encomendamos al Sagrado Corazón de Jesús, y en cuanto depende de Nos, se los consagramos con toda el alma.

Y por esta razón esta devoción, que aconsejamos á todos, creemos que también á todos ha de ser muy provechosa; y si así lo hicieren, todos cuantos vivan en el amor y conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo fácilmente han de experimentar cómo aumenta en ellos el amor y la fe hacia el mismo Señor Augustísimo.

¶ Pero á aquellos que, después de conocer á Cristo, desprecian sus leyes y preceptos, les será posible esconderse en la llama de caridad del Sagrado Corazón. Y para aquellos, finalmente, tan desdichados, que viven sumergidos en la más ciega de las supersticiones, pediremos todos á una el celeste auxilio á fin de que Jesucristo así como ya les tiene sometidos según su potestad, los someta algún día según la ejecución de esta potestad misma, y no solamente en el siglo venidero cuando se cumplirá su voluntad sobre todos salvando á unos y castigando otros (1), sino también en esta vida mortal otorgándoles la fe y la santidad, con las cuales virtudes puedan adorar á Dios como es debido, y aspirar á la eterna felicidad en el cielo.

Y semejante consagración trae á los pueblos la esperanza de mejores cosas ya que puede restaurar y hacer más firmes los vínculos que juntan por naturaleza propia á las cosas civiles con Dios. En nuestros tiempos de ahora sucede con harta frecuencia que parece levantarse un muro de obstáculos entre el poder civil y la Iglesia. Al tratarse de la constitución y administración de las ciudades, acaece que se tenga en nada la autoridad del derecho divino y sagrado con el deliberado intento de que ninguna fuerza ni elemento religioso tenga ingerencia en el trato y modo de vivir de la sociedad común.

Llega tal osadía hasta el extremo de pretender quitar de enmedio de la fe de Cristo, y, si posible fuese, arrojar del mundo al mismo Dios. Y, qué tiene de particular que tanta insolencia en los ánimos orgullosos conduzca al género humano á tal perturbación de cosas y vaivenes que á

(1) S. Thom. I, 2.

nadie dejen vivir exento de riesgos y temores? Cierta cosa es que ha de desvanecerse la incolumidad de los poderes públicos siempre que se tenga á la religión en menosprecio. Dios, al castigar justa y mercedamente á los prevaricadores los entregó á sus propios apetitos á fin de que sirvan á sus concupiscencias y sean exterminados por el exceso de libertad.

De aquí se origina aquel aluvión de males que hace tiempo tienen carácter permanente y que exigen con vehemencia que se busque el auxilio de uno con cuyo esfuerzo y virtud puedan ser alejados. Y ¿quién será este, sino Jesucristo Unigénito de Dios? *No se dió otro nombre debajo de los cielos á los hombres, que así convenga para hacernos salvos (1).* A Él, pues, debemos acudir ya que es camino, verdad y vida. Quién se hayo extraviado vuelva al camino: quien tenga oscurecida su mente por las tinieblas, arrójelas de sí con la luz de la verdad, y á quien sobrevino la muerte, ábrase á la vida.

Entonces podrán sanarse tantas heridas y restituirse á su primitivo vigor todo derecho, se restaurarán los ornamentos de la paz; caerán las espadas, y las armas se escurrirán de las manos cuando todos acepten el imperio de Cristo y gustosos le obedezcan, y toda lengua confesará que *Nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre (2).*

Cuando la Iglesia estaba oprimida con el yugo de los Césares en sus tiempos primitivos, fué manifestada una cruz en lo alto al joven emperador, que fué, por cierto, auspicio y causa de la gloriosísima victoria que después obtuvo. Hé aquí otra señal que hoy se ofrece á Nuestros ojos, excelsa y divinísima, es á saber: el sacratísimo Corazón de Jesús, con la cruz por remate y resplandeciente de llamas entre esplendísimos fulgores. En Él se han de cifrar, pues, todas las esperanzas; á Él se ha de rogar y de Él hemos de aguardar la salvación de los hombres.

Hay otra razón para ello que no debemos pasar en silencio y es propia Nuestra, pero bastantemente justa y poderosa para emprender tal obra, y es la bondad suma de Dios, autor de todo bien, que nos conserva hasta ahora después de habernos librado de grave enfermedad. Por todo ello queremos que públicamente se haga memoria de tal

(1) Act. IV, 12. — (2) Phil. II, 11.

gracia y de tan grande beneficio por medio del acrecentamiento de los honores al Sacratísimo Corazón que Nos decretamos.

Así, pues, mandamos que en los días nono, décimo y undécimo del próximo mes de Junio, en la Iglesia principal de cada ciudad ó pueblo se hagan rogativas y en cada uno de dichos días se añadan á las demás preces las Letanias del Sagrado Corazón, aprobadas por Nuestra autoridad, y que en el último día se rece la fórmula de la consagración que os enviamos juntamente con estas Letras Apostólicas.

En prenda de los celestes dones y en testimonio de Nuestra benevolencia, á vosotros, al clero y al pueblo que regis os otorgamos de todo corazón la bendición apostólica en el Señor.

Dado en Roma, en San Pedro el día 25 de Mayo del año 1885 de Nuestro Pontificado el vigésimo segundo.

LEÓN XIII, PAPA.



UNIVERSIDAD AVILA
UNIVERSIDAD AVILA
ROMA DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS



EPISTOLA ENCYCLICA

De hominibus Sacratissimo Cordi Iesu devovendis.

ALERE FLAMMAM VERITATIS LEO P. P. XIII

VENERABILES FRATRES

SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

Natus Sacrum, more institutioque maiorum in hac alma Urbe proxime celebrandum, per apostolicas Litteras, ut probe nostis, nuperime indicimus. Hodierno autem die, in spem suspiciumque peragenda sanctius religiosissimae celebratio, auctores susororque sumus praecclare futuram rei, ex qua quidem, si modo omnes ex animo, si consentientibus libentibusque voluntatibus paruerint, primum quidem nomine christiano, deinde societati hominum universae fructus insignes non sine causa expectamus eodemque mansuros.

Probatissimam religionis formam, quae in cultu Sacratissimi Cordis Iesu versetur, sancte tueri ac maiore in lumine collocere non semel conati sumus; exemplo Ducum nostrorum Innocentii XII, Benedicti XIII, Clementis XIII, Pii VI eodemque nomine VI et XI; idque maxime per Decretum regimus die XXVIII Iunii mensis anno MDCCCLXXXIX datum, quo scilicet Festum eo titulo ad ritum primae classis eveximus. Nunc vero luculentior quaedam obsequii forma observatur animo, quae scilicet honorum omnium, quotquot Sacratissimo Cordi haberi consueverunt, velut absolutio perfectioque sit; eamque Iesu Christo Redemptori pergratam fore confidimus. Quamquam haec, de qua loquimur, haud sane nunc primum mota res est. Etiam abhinc quinque ferme lustris, cum saecularia solennia in nuper interum instauranda postea quam mandatum de cultu divini Cordis propagando beati Margaritae Mariae de Alacoque divinitus occiperat, belli supplices non a privatis tantummodo sed etiam ab Episcopis ad Pium IX in id undique missi complures, et communitatem generis humani devovere singularissimo Cordi Iesu vellet. Differri placuit rem, quo decerneretur maturius; interim devovendi esse singillatim civitatibus data facultas volentibus, praescriptaque devotionis formula. Nevis tunc accidentibus causis, maturitatem venisse rei perlicendam iudicamus.

Atque amplissimum istud maximumque obsequii et pietatis testimonium omnino convenit Iesu Christo, quia ipse princeps est ac dominus summus. Videlicet imperium eius non est tantummodo in gentes catholici nominis, sed in eas solum, qui sacro baptismate rite ablut, utique ad Ecclesiam, si spectetur ius pertinent, quamvis vel error opinionum devotio agat, vel dissensio a christitate avingent; sed complectitur etiam quotquot numerantur christianae fidei expertes, ita ut verissime in potestate Iesu Christi sit universitas generis humani. Nam qui Dei Patris Unigenitus est, eandemque habet cum ipso substantiam, splendor gloriae et figura substantiae eius (1), huic omnia cum Patre communis esse necesse est, propterea quoque rerum omnium summum imperium. Oh eum eam Dei Filius de se ipse apud Prophetam *Ego autem, effatur constitutus sum rex super Sion montem sanctum eius—Dominus dixit ad me: Filius meus es tu, ego hodie genui te Postula a me, et dabo Tibi gentes hereditatem tuam et possessionem tuam terminos terrae* (2). Quibus declarat, se potestatem a Deo accepisse cum in omnem Ecclesiam quae per Sion montem intelligitur, tum in reliquum terrarum orbem, qua eius late terminis proferebantur. Quo autem summa ista potestas fundamenta nitatur, satis illa docent, *Filius meus es tu*. Hoc enim ipso quod omnium regis est Filius, universae potestatis est horae: ex quo illa, *dabo Tibi gentes hereditatem tuam*. Quorum sunt ea similia, quae habet Paulus apostolus: *Quem constituit heredem universorum* (3).

Illud autem considerandum maxime, quid affirmaverit de imperio suo Iesus Christus non iam per apostolos aut prophetas, sed suis ipse verbis. Querenti enim romano Praesidi: *ergo res ex te sine ulla dubitatione respondit: tu dicis quia rex sum ego* (4). Atque huius magnitudinem potestatis et infinitam regni illa ad Apostolos aperit confirmant: *Data est mihi omnis potestas in caelo et in terra* (5). Si Christo data potestas omnis, necessario consequitur, imperium eius summum esse oportere, absolutum, arbitrio nullius obnoxium, nihil ut ei sit nec per nec simile: cumque data sit in caelo et in terra, debet sibi habere caelum terraque praesentia. Res autem vera ius istud singulare sibi quoque proprium exaruit, iussit nitrum Apostolis evulgare doctrinam tuam, congregare homines in unum corpus Ecclesiae per lavacrum salutis, leges denique imponere, quae recusare sine salutis sempiternae discrimine nemo posset.

Naque tamen sunt in hoc omnia. Imperat Christus non iure tantum nativo, quippe Dei Unigenitus, sed etiam iussum. Ipse enim eripuit nos *de potestate tenebrarum* (6), idemque *dedit redemptionem semetipsum pro omnibus* (7). Et ergo facti sunt *populus acquisitionis* (8) non solum et catholici et quotquot christianum baptismate rito

(1) Hebr. 1, 3.—(2) Ps. 110.—(3) Hebr. 1, 2.—(4) Ioan. XVIII, 37.—(5) Matth. XXVIII, 18.—(6) Coloss. 1, 13.—(7) 1. Tim. 2, 6.—(8) 1. Petr. 2, 9.

accipere, sed homines singuli et universi. Quam in rem apte Augustinus: *quaeritis, inquit, quid emerit? Videte quid dederit, et invenietis quid emerit. Sanguis Christi pretium est. Tanti quid valeat? quid, nisi totus mundus? quid, nisi omnes gentes? Pro toto dedit, quantum dedit* (1).

Cur autem ipsi infideles potestate dominatuque Iesu Christi teneantur, caussam sanctus Thomas rationemque, edisserendo, docet. Cum enim de iudiciali eius potestate quiescisset, num ad homines porrigatur universos, affirmassetque, *iudiciaria potestas consequitur potestatem regiam*, plane concludit: *Christo omnia eunt subiecta quantum ad potestatem, etsi nondum sunt et subiecta quantum ad executionem potestatis* (2). Quae Christi potestas et imperium in homines exercetur per veritatem, per iustitiam, maxime per caritatem.

Verum ad istud potestatis dominationisque suae fundamentum duplex benigne ipse sinit ut accedat nobis, si libet devotio voluntaria. Porro Iesus Christus, Deus idem ac Redemptor, omnium est rerum cumulata perfectaeque possessione locuples: nos autem adeo inopes atque egentes ut, quo eum numerari licet, de nostro quidem appetat nihil. Sed tamen pro summa bonitate et caritate sua minime recusat quin sibi, quod suum est, perinde demus, addicamus, ac iuris nostri foret: nec solum non recusat, sed expetit ac rogat: *Fili, praebere cor tuum mihi*. Ergo gratificari illi utique possumus voluntate atque affectione animi. Nam ipsi devovendo nos, non modo et agnoscamus et accipimus imperium eius aperte ac libenter: sed res ipsa testantur, si nostrum id esset quod dono damus, summa nos voluntate daturos; ac petere ab eo ut id ipsum, etsi plane suum, tamen accipere a nobis ne gravetur. Haec vis rei est, de qua agimus, haec Nostra subiecta verbis sententis. — Quoniamque inest in Sacro Corde symbolum atque expressa imago infinito Iesu Christi caritatis, quae movet ipsa nos ad amandum mutuo, ideo consentaneum est dicari se Cordi eius augustissimo: quod tamen nihil est aliud quam dedere atque obligare se Iesu Christo, quia quicquid honoris, obsequii, pietatis divino Corde tribuitur, vere et proprie Christo tribuitur ipsi.

Itaque ad istiusmodi devotionem voluntate suscipiendam excitamus cohortamurque quotquot divinissimum Cor et noscent et diligant: ac valde velimus, eodem id singulos die efficere, ut tot millium idem vocatum animarum significationes uno omnes tempore ad caeli templi perveniant. — Verum mune gloriis enim pallemur innumerasibiles alios, quibus christiana veritas nondum afflavit. Atqui eius persona geritur a Nobis, qui venit a seculum facere quod perierat, quique totius humani generis saluti addidit sanguinem suum. Propterea eos ipsos qui in umbra mortis sedent, quemadmodum et, quantum in Nobis est, dedicamus. — Qua ratione haec, quam cunctis susdemus, cunctis est profutura devotio. Hoc enim, facto, in

(1) Trac. 120, in Ioan. — (2) III. p. q. 80, a. 4.

quibus est Iesu Christi cognitio et amor, si facile sentiant sibi fidem amoremque crescere. Qui, Christo cognito, praecipua tamen eius legemque negligunt, his fas est a Sacro Corde flammam caritatis arripere. His demum longe miseris, qui caeca superstitione conflictantur, caeleste auxilium uno omnes animo flagitamus, ut eos Iesus Christus, sicut iam sibi habet subiectos *secundum potestatem*, subiciat aliquando *secundum executionem potestatis*, neque solum in futuro saeculo, quando de omnibus voluntatem suam implebit *quosdam quidem salvando, quosdam puniendo* (1), sed in hac etiam vita mortali, fidem scilicet ac sanctitatem impertiendo; quibus illi virtutibus colere Deum queant, uti par est, et ad sempiternam in caelo felicitatem contendere.

Quismodi dedicatio spem quoque civitatibus affert rerum meliorum, cum vincula instaurare aut firmissis possit adstringere, quae res publicas utraque iungunt Deo. — Novissimis hinc temporibus id maxime actum, ut Ecclesiam inter ac rem civilem quasi murus interstet. In constitutione atque administratione civitatum pro nihilo habetur sacri divinique iuris auctoritas, eo proposito ut communis vitae consuetudinem nulla vis religionis attingat. Quod hae forme recidit, Christi fidem de medio tollere, ipsamque, si fieri posset, terris exigere Deum. Tanta insolentia elatis animis, quid mirum quod humana gens plerumque in eam incidit rerum perturbationem hincque iactetur fluctibus, qui metu et periculo vacuum sinant esse neminem? Certissima incolumitatis publicae firmamenta diaboli necesse est, religione posthabita. Poenas atum Deus de perculibus iustus moribusque sumpturus, tradidit eos suae ipsorum libidini, ut serviant cupiditatibus ac sese ipsi nimia libertate concidant.

Hinc vis illa malorum quae iamdiu insident, quaeque vehementer postulant, ut unius auxilium exquiratur, cuius virtute depellantur. Quisnam autem ille sit, praeter Iesum Christum Unigenitum Dei? *Neque enim aliud nomen est sub caelo datum hominibus, in quo operiet nos saluos fieri* (2). Ad illum ergo confugiendum, qui est *vita, veritas est, vita*. Erratum est: redeundum in viam: obductae mentibus tenebrae: discutiende de igo luce veritatis: mors occupavit: apprehendenda vita. Tum demumque licet sanari tot vulsura, tum ius omne in pristinae auctoritatis spem revirescet, et restituentur ornamenta pacis, atque excident gladii fueruntque arma de manibus, cum Christi imperium omnes accipiant libentes eique praebunt, *atque omnis lingua confitebitur quia Dominus Iesus Christus in gloria est Dei Patris* (3).

Cum Ecclesia per proxima originibus (tempora caesareo iugo praemeretur, conspecta sublimi adolescenti imperatori crux, amplissima victoriae, quae mox est consecuta, auspex simul atque electrix. En alterum hodie oblatum oculis auspiciatissimum divinissimumque

(1) S. Tom. I. 2. — (2) Act. IV. 12. — (3) Phil. II. 11.

signum: videlicet Cor Iesu sacratissimum, superimposita cruce, splendidissimo candore inter flammam elucens. In eo omnes collocandae spes: ex eo hominum petenda atque expectanda salus.

Deoque, id quod praeterire silentio nolumus, illa quoque causa, privatim quidem Nostre, sed satis iusta et gravis, ad rem suscipiendam impulit, quod honorum omnium auctor Deus Nos haud ita pridem, periculoso depulso morbo, conservavit. Cuius tanti beneficii, suavis nunc per Nos Sacratissimo Cordi honoribus, et memoriam publice extare volumus et gratiam.

Itaque edicimus, ut diebus, nono, decimo, undecimo proximi mensis Iunii, in suo cuiusque urbis atque oppidi templo principis sistae supplicationes fiant, perque singulos eos dies ad ceteras precum Litanias Sanctissimi Cordis adiciantur auctoritate Nostra probate: postremo autem die formula Consecrationis recitetur: quum vobis formulam, Venerabiles Fratres, una cum his litteris mittimus.

Divinorum munerum auspicio benevolentiaeque Nostrae testem vobis et clero populoque, cui praesentis apostolicam benedictionem persmanenter in Domino impertimus.

Datum Romae apud Sanctum Petrum die XXV Maii anno DCCGCXCIX Pontificatus Nostri vicesimo secundo.

LEO PP. XIII.



EPÍSTOLA ENCÍCLICA

A los Prelados y Clero de Francia
Sobre educación de los Clérigos en los Seminarios
y modo de conducirse el Clero en sociedad. (1)

LEON P. XIII.

Venerabiles Hermanos: Salutē et benedictionē apostolicā.

DESDE el día en que Nos hemos sido elevado á la Sede Pontificia, Francia fué constantemente el objeto de Nuestra solicitud y de Nuestra estimación señaladísima. Y, en efecto, Francia es el pueblo donde, durante el curso de los siglos, movido por los insosdables designios de su misericordia sobre el mundo, ha elegido Dios con preferencia á los hombres apostólicos destinados á predicar la verdadera fe por todo el ámbito de la tierra y á llevar llavar la luz del Evangelio á las naciones aún sumidas en las tinieblas del paganismo. El la ha predestinado á ser el adalid de su Iglesia y el instrumento de sus grandes obras: *Gesta Dei per Francos*.

A una misión tan alta responden evidentemente numerosos y graves deberes. Deseosos Nos, como Nuestros predecesores, de ver á Francia cumplir fielmente el glorioso mandato de que fué investida, le hemos dirigido muchas veces ya, durante Nuestro largo Pontificado, Nuestros consejos, Nuestros estímulos, Nuestras exhortaciones; y muy especialmente lo hemos hecho en Nuestra Carta Encíclica de 8 de Febrero de 1884. *Nobilissima Gallorum gens*, y en

(1) Como el original de esta Encíclica está en francés, y no se ha hecho versión latina de ella, se damos más breví que el castellano, advirtiendo que las palabras con que comienza y suela citarse, son: *Deposuit se pour*.

signum: videlicet Cor Iesu sacratissimum, superimposita cruce, splendidissimo candore inter flammam elucens. In eo omnes collocandae spes: ex eo hominum petenda atque expectanda salus.

Desique, id quod praeterire silentio nolumus, illa quoque causa, privatim quidem Nostre, sed satis iusta et gravis, ad rem suscipiendam impulit, quod honorum omnium auctor Deus Nos haud ita pridem, periculoso depulso morbo, conservavit. Cuius tanti beneficii, suavis nunc per Nos Sacratissimo Cordi honoribus, et memoriam publice extare volumus et gratiam.

Itaque edicimus, ut diebus, nono, decimo, undecimo proximi mensis Iunii, in suo cuiusque urbis atque oppidi templo principia sistae supplicationes fiant, perque singulos eos dies ad ceteras precum Litanias Sanctissimi Cordis adiciantur auctoritate Nostra probatae: postremo autem die formula Consecrationis recitetur: quum vobis formulam, Venerabiles Fratres, una cum his litteris mittimus.

Divinorum munerum auspicio benevolentiaeque Nostrae testem vobis et clero populoque, cui praesentis apostolicam benedictionem persmanenter in Domino impertimus.

Datum Romae apud Sanctum Petrum die XXV Maii anno DCCGCXCIX Pontificatus Nostri vicesimo secundo.

LEO PP. XIII.



EPÍSTOLA ENCÍCLICA

A los Prelados y Clero de Francia
Sobre educación de los Clérigos en los Seminarios
y modo de conducirse el Clero en sociedad. (1)

LEON P. XIII.

Venerabiles Hermanos: Salutē et benedictionē apostolicā.

DESDE el día en que Nos hemos sido elevado á la Sede Pontificia, Francia fué constantemente el objeto de Nuestra solicitud y de Nuestra estimación señaladísima. Y, en efecto, Francia es el pueblo donde, durante el curso de los siglos, movido por los insosdables designios de su misericordia sobre el mundo, ha elegido Dios con preferencia á los hombres apostólicos destinados á predicar la verdadera fe por todo el ámbito de la tierra y á llevar llavar la luz del Evangelio á las naciones aún sumidas en las tinieblas del paganismo. El la ha predestinado á ser el adalid de su Iglesia y el instrumento de sus grandes obras: *Gesta Dei per Francos*.

A una misión tan alta responden evidentemente numerosos y graves deberes. Deseosos Nos, como Nuestros predecesores, de ver á Francia cumplir fielmente el glorioso mandato de que fué investida, le hemos dirigido muchas veces ya, durante Nuestro largo Pontificado, Nuestros consejos, Nuestros estímulos, Nuestras exhortaciones; y muy especialmente lo hemos hecho en Nuestra Carta Encíclica de 8 de Febrero de 1884. *Nobilissima Gallorum gens*, y en

(1) Como el original de esta Encíclica está en francés, y no se ha hecho versión latina de ella, se damos más breves que el castellano, advirtiendo que las palabras con que comienza y suele citarse, son: *Deposuit se pour*.

Nuestras Letras de 16 de Febrero de 1892, publicadas en el idioma de Francia y que comienza así: *Au milieu des sollicitudes*. Nuestras palabras no han sido infructuosas, y por vosotros, Venerables Hermanos, sabemos, que una gran parte del pueblo francés guarda hoy, como siempre, con veneración la fe de sus abuelos y cumple con fidelidad los deberes que ella impone. De otra parte sin embargo, Nos no podríamos ignorar que los enemigos de esta fe santa no han estado inactivos, sino que han conseguido desterrar de gran número de familias todo principio de religión, las cuales, á causa de esto, viven en lamentable ignorancia de la verdad revelada y completa indiferencia para todo cuanto está ligado con sus intereses espirituales y con la salvación de sus almas.

Así es que, si bien felicitamos á Francia con justicia por ser para las naciones infieles un hogar de apostolado, debemos á la vez alentar los esfuerzos de aquellos de sus hijos que, alistados en el sacerdocio de Jesucristo, se ocupan en la labor de evangelizar á sus compatriotas, de pertracharlos contra la invasión del naturalismo y de la incredulidad, con sus fustas y graves consecuencias. Llamados por la voluntad de Dios á ser los salvadores del mundo, los Sacerdotes deben ser siempre, y ante todo recordar que son por la institución misma de Jesucristo, *la sal de la tierra* (1); de donde San Pablo, escribiendo á su discípulo Timoteo, concluyó con razón que deben ser *elchado de los fieles en palabra, en buena vida, en caridad, en fe, en pureza* (2).

Que esta es la conducta del Clero en Francia, considerada en su conjunto, Nos lo habeis hecho saber, Venerables Hermanos, siempre con gran consuelo de Nuestro corazón, sea por las relaciones que de cuatro en cuatro años Nos enviáis sobre el estado de vuestras Diócesis, en conformidad con la Constitución de Sixto V, ó bien por las comunicaciones que de vuestros labios recibimos cuando tenemos la satisfacción de conversar con vosotros y de escuchar vuestras con denencias. Si, la dignidad de la vida, el ardor de la fe el espíritu de abnegación y sacrificio, los alientos y la generosidad del celo, la caridad inagotable para con el prójimo, la energía en todas las nobles y fecundas empre-

(1) Mat., v. 13—(2) 1. Tim., IV, 12.

sas que tienen por objeto la gloria de Dios, la salud de las almas, la felicidad de la patria: tales son las tradicionales y preciosas enalidades del Clero francés, á las que Nos es muy grato poder tributar aquí público y paternal reconocimiento.

Sin embargo, y merced precisamente al tiempo y profundo afecto que le profesamos, tanto para cumplir el deber de Nuestro ministerio apostólico, como para responder á Nuestro vivo deseo de verle mantenerse siempre á la altura de su gran misión, hemos resuelto, Venerables Hermanos, tratar en la presente Enciclica algunos puntos que las circunstancias actuales recomiendan con instancia á la encienzuda atención de los primeros Pastores de la Iglesia de Francia y de los sacerdotes que trabajan bajo su autoridad.

Es desde luego evidente que cuando más elevado, complejo y difícil es un cargo, más larga y más esmerada debe ser la preparación de los llamados á desempeñarlo. Ahora bien, ¿existe en la tierra dignidad más alta que la del sacerdocio y un ministerio que imponga más pesada responsabilidad que aquel que tiene por objeto la santificación de todos los actos libres del hombre? No es del gobierno de las almas del que los Padres con razón dijeron que es *el arte de las artes* esto es, la más importante y más delicada de todas las labores á que un hombre puede ser destinado en pro de sus semejantes, *ars artium regimen animarum* (1)? Nada, pues, deberá omitirse para preparar, cual lo requiere el digno y fructuoso cumplimiento de tal misión, á los que por vocación divina á ella fueren llamados.

Ante todo conviene discernir entre los de edad infantil aquellos en quienes el Altísimo ha depositado el germen de semejante vocación. Nos sabemos que en cierto número de Diócesis de Francia, gracias á vuestras sabias recomendaciones, los Sacerdotes de las parroquias, especialmente en los campos, se aplican con celo y abnegación, que no podríamos alabar bastante, á comenzar por sí mismos la enseñanza elemental de los niños en quienes han notado serias disposiciones para la piedad y aptitud para el trabajo intelectual. Las escuelas presbiterales son, pues, como el primer peldaño de esa escala ascendente que, primero por los Seminarios menores; después por los mayores, hará su-

(1) S. Greg. M., lib. *Regula Past.*, V, l. C. 1.

bir hasta el sacerdocio á los jóvenes á quienes el salvador ha repetido el llamamiento dirigido á Pedro y á Andrés, á Juan y á Santiago: «Dejad vuestras redes, venid en pos de mí y haré que vosotros seáis pescadores de hombres (1)».

Cuanto á los Seminarios menores háse comparado con frecuencia y muy exactamente esta institución saludabilísima á esos sembreros en que son puestas aparte las plantas que piden cuidados más especiales y asiduos, solo merced á los cuales pueden producir frutos ó indemnizar de sus faenas á los que se dedican á cultivarlas: Nos renovamos á este respecto la recomendación que á los Obispos dirige nuestro predecesor Pío IX en su Encíclica de 8 de Diciembre de 1849. Referíase ésta á una de las más importantes decisiones de los Padres del Santo Concilio de Trento, y es altamente glorioso para la Iglesia de Francia en el presente siglo haberla observado tan esmeradamente, puesto que no hay una sola de las 94 Diócesis de que se compone, que no esté dotada de uno ó de muchos Seminarios menores.

Nos sabemos, Venerables Hermanos, de cuántos cuidados rodeáis esas instituciones, que con razón mira como preciosas vuestro celo pastoral, y por ello os felicitamos. Los Sacerdotes que bajo vuestra alta dirección trabajan en el amaestramiento de la juventud llamada á alistarse un día en las filas de la milicia sacerdotal, nunca emplearán tiempo sobrado en meditar ante Dios la importancia excepcional de la misión que vosotros les confiáis. Porque no es el único deber de éstos, como si de otros maestros se tratase, enseñar á los niños los elementos de las ciencias humanas. Esta es sola la parte menor de su tarea. Menester es que su atención, su celo, su generoso afán, esté sin cesar en vela y en acción, de un lado para estudiar continuamente bajo la mirada y luz de Dios las almas de los niños y los indicios significativos de su vocación para el servicio del altar; de otra parte, para ayudar á la inexperiencia y la debilidad de sus jóvenes discípulos á proteger la gracia tan preciosa del llamamiento divino contra todas las influencias funestas, tanto del exterior como del interior. Tienen, pues, que ejercer un ministerio humilde, laborioso, delicado, que exige constante abnegación; y á fin de sostener su valor en el cumplimiento de sus deberes, deberán cuidar

(1) Mat., IV, 19.

de templarlo en las fuentes más puras del espíritu de fe. No pierdan jamás de vista que no es su misión preparar para funciones terrestres por legítimas y honrosas que sean, á los niños cuya inteligencia, corazón y carácter forman. La Iglesia se los confia para que los hagan capaces de ser un día Sacerdotes, es decir, misioneros del Evangelio, continuadores de la obra de Jesucristo, distribuidores de su gracia y de sus sacramentos. Que esta consideración altísima, sobrenatural, se mezcle incesantemente á su doble acción de profesores y educadores y sea cual la levadura que es necesario mezclar al trigo, según la parábola evangélica, para transformarlo en un pan sabroso y substancial (1).

Si la preocupación constante de uno: primera é indispensable formación para el espíritu y las virtudes del Sacerdocio debe inspirar á los maestros de vuestros Seminarios menores en sus relaciones con sus discípulos, está misma idea principal y directiva es á la que deben ajustarse el plan de estudios y toda la economía de la disciplina. Nos no ignoramos, Venerables Hermanos, que en cierta medida os veis obligados á contar con los programas del Estado y las condiciones que éste impone para la obtención de los grados universitarios, puesto que en algunos casos exigen esos grados á los Sacerdotes, bien sea en la dirección de los colegios libres, colocados bajo la tutela de los Obispos ó de las Congregaciones religiosas, bien en la enseñanza superior de las facultades católicas que vosotros habeis tan laudablemente fundado. Es por otra parte de soberano interés para mantener la influencia del Claro en la sociedad, que este cuente en sus filas numerosos Sacerdotes que en nada cedan cuanto á la ciencia, de la cual son los grados la comprobación oficial á los maestros que el Estado forma para sus liceos y sus universidades.

Sin embargo, y después de haber concedido á esta exigencia de los programas la importancia que imponen las circunstancias, necesario es que los estudios de los aspirantes al Sacerdocio continúen fieles á los métodos tradicionales de los siglos pasados. Ellos son los que han formado á los hombres eminentes de quienes la Iglesia de Francia está con justo título orgullosa: los Thomasino, los Mabillon y tantos otros, sin mentar á vuestro Bossuet, llamado el águila de Meaux, porque, tanto por la elevación de los pen-

(1) Mat., XIII, 33.

samientos como por la nobleza del lenguaje, su genio se cierne en la más sublimes regiones de la ciencia y de la elocuencia cristiana. Ahora bien, el estudio de las bellas letras fué el que poderosamente ha ayudado á estos hombres para que llegasen á ser utilísimos y muy intrépidos obreros al servicio de la Iglesia, y los ha hecho capaces de escribir obras verdaderamente dignas de pasar á la posteridad y que contribuyen aún en nuestros días á la defensa y á la difusión de la verdad revelada. En efecto, es casualidad peculiar de las bellas letras, cuando son enseñadas por maestros cristianos y hábiles, desenvolver rápidamente en el alma de los jóvenes todos los gérmenes de vida intelectual y moral, á la vez que contribuyen á dar al juicio rectitud y amplio carácter, y al lenguaje elegancia y distinción.

Adquiere esta consideración importancia especial cuando se trata de las literaturas griega y latina, depositarias de las obras maestras de ciencia sagrada, que la Iglesia con justo motivo cuenta entre sus más preciosos tesoros. Hace un medio siglo, durante aquel período, demasiado corto, de verdadera libertad, en que los Obispos de Francia podían reunirse y concertar las medidas que estimaban más conducentes á favorecer los progresos de la Religión y al mismo tiempo más provechosas á la paz pública, muchos de vuestros Concilios provinciales, Venerables Hermanos, recomendaron del modo más expreso el culto de la lengua y de la literatura latinas. Vuestros colegas de entonces deploraban ya que en vuestro país el conocimiento del latin tendiese á decrecer (1).

Si desde muchos años há los métodos pedagógicos vigentes en los establecimientos del Estado reducen progresivamente el estudio de la lengua latina y suprimen ejercicios en prosa y verso que nuestros antepasados acertadamente juzgaban que debían hacer gran papel en las clases de los colegios, los Seminarios menores deben ponerse en guardia contra esas innovaciones, inspiradas por preocupaciones utilitarias y que redundan en detrimento de la sólida formación del espíritu. A estos antiguos métodos, tantas veces justificados por sus resultados, Nos aplicaria-

(1) *Porro linguam latinam apud nos obsolescere nec quisquam est qui assueti, et viri productos conseruantur. Dicitur facilissima, plurimum deservitur. (Lett. Synod. Petrum Conc. Paris ad clericos et fideles, an. 1549).*

mos de buen grado la palabra de San Pablo á su discípulo Timoteo y con el Apóstol os diríamos, Venerables Hermanos: *Guardad el depósito* (1) con celoso cuidado. Si un día, lo que Dios no quiera, hubiese de excluirse totalmente de las otras escuelas públicas, que vuestros Seminarios menores y colegios libres los guarden con inteligente y patriótica solicitud; ó imitareis así á los Sacerdotes de Jerusalén que, queriendo substraer á bárbaros invasores el fuego sagrado del templo, lo escondieron de manera que pudiesen encontrarlo y devolverle todo su esplendor cuando los malos días hubiesen pasado (2).

Una vez en posesión de la lengua latina, que es como la clave de la ciencia sagrada, y desvenueitas suficientemente por el estudio de las bellas letras las facultades del espíritu, pasen los jóvenes que se consagran al sacerdocio del Seminario menor al mayor, y prepárense en éste por la piedad y el ejercicio de las virtudes clericales, á la recepción de los santos Ordenes, aplicándose al mismo tiempo al estudio de la Filosofía y de la Teología.

Lo decíamos ya en Nuestra Enciclica *Aerani Patris*, cuya lectura atenta recomendamos de nuevo á vuestros seminaristas y á sus maestros, y lo decíamos apoyándonos en la autoridad de San Pablo; las vanas sutilezas de la mala filosofía, *per philosophiam et inanem fallaciam* (3); he aquí por lo que el espíritu de los fieles las más de las veces se deja engañar y la pureza de la fe se corrompe entre los hombres. Nos añadíamos, y los sucesos acaecidos de veinte años acá han confirmado bien tristemente las reflexiones y las aprensiones que á la sazón expresábamos: «Si se presta atención á las condiciones críticas del tiempo en que vivimos, si con el pensamiento se atarea el estado de los negocios tanto públicos como privados, se descubrirá sin dificultad que la causa de los males que nos abruma, como la de los que nos amenazan, consiste en que las más insensatas doctrinas sobre todas las cosas divinas y humanas, nacidas aquéllas de diversas escuelas filosóficas, se han deslizado paso á paso en todos los órdenes de la sociedad y han llegado á hacerse aceptar de gran número de entendimientos (4).

Nos reprobamos de nuevo esas doctrinas que de la verdadera filosofía no llevan más que el nombre, y que soca-

(1) 1 Tim. VI, 20.—(2) Col. II, 8.—(3) Encicl. *Aerani Patris*.

vando la base misma del saber humano, conduce lógicamente al escepticismo universal y á la irreligión.

Profundo dolor Nos causa saber que ha habido en los años últimos católicos que han creído lícito seguir á remolque de una filosofía que niega á la razón del hombre, bajo el especioso pretexto de emanciparla de toda idea preconcebida y de todo género de ilusiones, el derecho de afirmar nada que esté más allá de sus propias operaciones, sacrificando así á un subjetivismo radical todas las certidumbres que la metafísica tradicional, con grada por la autoridad de los más vigorosos espíritus presentaba como necesarios é inquebrantables fundamentos para la demostración de la existencia de Dios, de la espiritualidad é inmortalidad del alma y de la realidad objetiva del mundo exterior. Es profundamente lamentable que este escepticismo doctrinal, de importación extranjera y de origen protestante, haya podido ser tan favorablemente acogido en un país con justicia celebrado por su amor á la claridad de las ideas y á la del lenguaje. Nos sabemos, Venerables Hermanos, hasta qué punto compartís en esto Nuestras justas preocupaciones, y contamos con que redoblaréis vuestra solícitud y vigilancia para apartar de la enseñanza de vuestros Seminarios esa falaz y peligrosa filosofía, enalteciendo más que nunca los métodos que Nos recomendábamos en Nuestra precitada Enciclica de 4 de Agosto de 1879.

Menos que nunca deben en nuestra época los alumnos de vuestros Seminarios menores y mayores mantenerse extraños al estudio de las ciencias físicas y naturales. Conviene, pues, que á ellas se apliquen, pero con medida y en discretas proporciones. No es en manera alguna necesario que en los cursos de las ciencias ajenos al estudio de la filosofía los profesores se crean obligados á exponer en detalle las aplicaciones casi innumerables de las ciencias físicas y naturales á las diversas ramas de la industria humana. Basta que sus discípulos conozcan con precisión los grandes principios y las conclusiones sumarias, á fin de que no estén sin aptitud para resolver las objeciones que los incrédulos toman de esas ciencias contra las enseñanzas de la revelación.

Y sobre todo importa que durante dos años cuando menos, los alumnos de vuestros Seminarios mayores estudien con cuidado asiduo la filosofía racional; pues está—decía un sabio benedictino, honor de su orden y de Francia,

Maillón,—les será sumamente provechosa, no sólo para enseñarles á razonar bien y á formar exactos juicios, sino con el fin de ponerlos en apropiadas condiciones para defender la fe ortodoxa contra los argumentos capciosos y frecuentemente sofisticos de los adversarios (1).

Vienen después las ciencias sagradas propiamente dichas, á saber, la Teología dogmática y la Teología moral. La Sagrada Escritura, la Historia Eclesiástica y el Derecho canónico. Estas son las ciencias propias del Sacerdote, en ellas se inicia durante su estancia en el Seminario mayor; después, obligado está á proseguir estudiándolas toda su vida.

La Teología es la ciencia de las cosas de la fe. La cual se alimenta—nos dice el Papa Sixto V—en fuentes que jamás se agotan: las Sagradas Escrituras, las decisiones de los Papas, los decretos de los Concilios (2).

Llamada positiva y especulativa, ó escolástica, según el método que para estudiarla se emplea, la Teología no se limita á proponer las verdades que se han de creer, sino que escudriña su fondo íntimo, muestra sus relaciones con la razón humana, y ayudada de los recursos que le suministra la verdadera filosofía, las explica, las desenvuelve y las adapta exactamente á todas las necesidades de la defensa y propagación de la fe. A semejanza de Belesael, á quien el Señor había dado su espíritu de sabiduría, de inteligencia y de ciencia, confiándole la misión de edificar su Templo, el teólogo talla las piedras preciosas de los divinos dogmas, las acomoda con arte, y merced al mareo en que las coloca, hace resaltar su brillantez, su atractivo y su belleza (3).

Con razón, pues, el mismo Sixto V llama á esta Teología (hablando especialmente aquí de la Teología escolástica) un don del Cielo, y pide que se la mantenga en las escuelas y sea cultivada con grande ardor, como cosa la más fructifera (4) para la Iglesia.

¿Será necesario añadir que el libro por excelencia en que podrán los alumnos estudiar con mayor provecho la Teología escolástica es la *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino? Nos queremos, por lo tanto, que los profesores

(1) De *Studio Monachis*, Part. II, c. IX.—(2) Const. Apost. *Triumphantis Jerusalem*.
—(3) *Præfatio* divini dogmatis per hunc scripturam, *Eccliam*, capitulo, ad extra, in principio, *Et sic* *quærendum*, gratiam, non estatem. (S. Vinc. Lit. *Cassiolet*, C. H.)—(4) *Citata* Const. Apost.

cuiden de explicar su método á todos sus discípulos, así como los principales artículos relativos á la fe católica.

Recomendamos de igual manera que todos los seminaristas tengan en sus manos y lean frecuentemente el libro de oro, conocido con el nombre de Catecismo del Santo Concilio de Trento ó Catecismo romano, dedicado á todos los Sacerdotes investidos del cargo pastoral (*Catechismus ad parochos*). Notable por la riqueza y la exactitud de la doctrina, á la vez que por la elegancia de su estilo, este catecismo es un precioso resumen de toda la Teología dogmática y moral. Quien lo poseyere á fondo tendrá siempre á su disposición los recursos con ayuda de los cuales puede un sacerdote predicar con fruto, ejercer dignamente el importante ministerio de la confesión y de la dirección de las almas, y hallarse con medios para refutar victoriosamente las objeciones de los incrédulos.

Cuanto al estudio de las Santas Escrituras, Nos llamamos de nuevo vuestra atención, Venerables Hermanos, sobre las enseñanzas que os hemos dado en Nuestra Encíclica *Providentissimus Deus* (1), de la cual deseamos que los profesores den conocimiento á sus discípulos, agregando á esto las explicaciones necesarias. En especial queremos que los pongan en guardia contra las alarmantes tendencias que procuran introducirse en la interpretación de la Biblia, y que, si llegasen á prevalecer, no tardarían en arruinar su inspiración y su carácter sobrenatural. Bajo el especioso pretexto de substraer á los adversarios de la palabra revelada el uso de argumentos que parecían irrefutables contra la autenticidad y la veracidad de los Libros Santos, han estimado algunos escritores católicos, como un recurso habilísimo, hacer suyos estos mismos argumentos; y en virtud de esta extraña y peligrosa táctica han contribuido con sus propias manos á la labor de abrir brechas en los muros de la ciudad que tenían la misión de defender. En Nuestra Encíclica precitada, así como en otro documento (2), hemos juzgado esas peligrosas temeridades. Al mismo tiempo que alentábamos á nuestros exógetas á ponerse al corriente de los progresos de la crítica, hemos mantenido firmemente los principios sancionados en esta materia por la autoridad tra-

(1) 18 Nov. 1869.—(2) *Gravis interpretandi auctor alicujus innotuit liberum* (Carta al Ministro general de los Hermanos Menores, 25 Nov. 1868).

dicional de los Padres y de los Concilios, y renovados en nuestros días por el Concilio del Vaticano.

La historia eclesiástica es como un espejo donde resplandece la vida de la Iglesia á través de los siglos. Mucho mejor aún que la historia civil y profana, demuestra aquélla la soberana libertad de Dios y su acción providencial sobre la marcha de los acontecimientos. Los que la estudian no deben nunca perder de vista que ella encierra un conjunto de hechos dogmáticos que se imponen á la fe y que á nadie es permitido poner en duda. Esta idea directiva y sobrenatural que preside á los destinos de la Iglesia, es al mismo tiempo la llama cuya luz ilumina su historia. Sin embargo, puesto que la Iglesia, que continúa entre los hombres la vida del Verbo encarnado, se compone de un elemento divino y de un elemento humano, este último debe ser expuesto por los maestros y estudiado por los discípulos con grande probidad. Como se dice en el libro de Job: *Dios no tiene necesidad de nuestras mentiras* (1).

El historiador de la Iglesia será tanto más fuerte para hacer resaltar su origen divino, superior á todo concepto de orden puramente terrestre y natural cuanto más leal fuere, no disimulando ninguna de las pruebas á que las faltas de sus hijos, y á veces hasta sus ministros, han sometido á esta Esposa de Cristo en el curso de los siglos. Estudiada de esta manera, la historia de la Iglesia constituye por sí sola una magnífica y concluyente demostración de la verdad y divinidad del Cristianismo.

Finalmente, para acabar el ciclo de los estudios con que los candidatos al sacerdocio deben prepararse para su futuro ministerio, es menester mencionar el Derecho canónico, ó ciencia de las leyes y de la jurisprudencia de la Iglesia. Esta ciencia está ligada con lazos muy íntimos y muy lógicos con la de la Teología, y hace conocer sus aplicaciones prácticas á todo lo que concierne al gobierno de la Iglesia, á la dispensación de las cosas santas, á los derechos y deberes de sus ministros, y al uso de los bienes temporales, de los cuales necesita para el cumplimiento de su misión. Sin el conocimiento del Derecho canónico—decían muy bien los Padres de unos de vuestros Concilios provinciales—la Teología es imperfecta, incompleta, semejante á un hombre á quien faltase un brazo. Fué la ignorancia del Derecho

(1) Numquid Deus indiget vestro mendaciis (Job, XIII, 77).

canónico falta que ha favorecido al nacimiento y á la difusión de numerosos errores sobre los derechos de los Romanos Pontífices, los de los Obispos y sobre el poder que la Iglesia, por derecho que emana de su propia constitución, ejerció siempre de un modo adecuado á las circunstancias (1).

Resumiremos todo lo que acabamos de decir acerca de vuestros Seminarios mayores y menores, con estas palabras de San Pablo, que Nos recomendamos á la frecuente meditación de los maestros y de los alumnos de vuestros ateneos eclesiásticos: «Oh, Timoteo guarda lo que se te ha encomendado, evitando las profanas novedades de palabra y los argumentos de la falsamente llamada ciencia, la que profesando algunos se descaminaron acerca de la fe» (2).

Ahora es á vosotros, queridísimos Hijos, á vosotros que ordenados Sacerdotes sois los cooperadores de vuestros Obispos, á quienes Nos queremos dirigir la palabra. Conocemos, y el mundo entero conoce como Nos las cualidades que os distinguen. No hay una sola buena obra de la que vosotros no seáis ó los inspiradores ó los apóstoles. Dóctiles á los consejos que os hemos dado en Nuestra Encíclica *Rerum Novarum*, os acercáis al pueblo, á los obreros, á los pobres; procuráis por todos los medios acudir en su ayuda, moralizarlos y hacer su suerte menos dura. Con este fin, promovéis reuniones y congresos; fundáis patronatos, círculos, cajas rurales, agencias de asistencia y colocación para los trabajadores, y os ingeniáis para introducir reformas en el orden económico y social: á trueque de realizar empresas tan difíciles, no vaciláis en hacer considerables sacrificios de tiempo y de dinero, y con igual propósito escribís libros y publicáis artículos en periódicos y revistas. Todas estas cosas son en sí mismas muy laudables y con ellas dais pruebas nada equívocas de buena voluntad, de inteligente y generoso sacrificio á las necesidades más apremiantes de la sociedad contemporánea y de las almas.

(1) Theologicarum doctrinarum scilicet scientiis conjungi debet Sacrorum Canonum cognitio, sine qua theologia erit imperfecta et quasi manca, nec non multos errores de Ecclesiæ Pontificis, episcoporumque juribus, ac presertim de potestate quam Ecclesiæ jure proprio exercuit, pro variatis temporibus, fortiter serpsit et paulatim invalescent. (C. de. rev. Bibl., a. 1868). — (2) O Timothee, depositum custodice, devotissime vocem custodites, et ea positionis filii namque ecclesie, quae quidam promittentes, circa Deum exciderunt. (1 Tim., VI, 20-21.)

Sin embargo, queridísimos Hijos, Nos creemos deber llamar paternalmente vuestra atención sobre algunos principios fundamentales con los cuales no dejareis de conformaros, si queréis que vuestra acción sea realmente fructuosa y fecunda.

Recordad ante todo que el celo para que sea provechoso al bien y digno de alabanza debe ser «discreto, recto y puro». Así se expresa el grave y juicioso Tomás de Kempis (1). Antes que él, San Bernardo, gloria de vuestro país en el siglo XII, aquel apóstol infatigable de todas las grandes causas concernientes al honor de Dios, á los derechos de la Iglesia, al bien de las almas, no había temido decir que «separado de la ciencia y del espíritu de discernimiento ó de discreción, el celo es insoportable... que cuanto más ardiente es éste, mayor es la necesidad de que se halle acompañado de aquella discreción que pone orden en el ejercicio de la caridad y sin la cual la virtud misma puede ser un defecto y un principio de desorden» (2).

Pero la discreción en las obras y en la elección de los medios para hacerlas eficaces, es tanto más indispensable cuanto más turbados están los tiempos, cual los presentes, y más erizados de numerosas dificultades. Excelentes podrán ser en sí mismos tal acto, tal medida, tal práctica de celo, los cuales, no obstante, merecía á las circunstancias, no producirán otra cosa que resultados funestos. Evitarán los sacerdotes este inconveniente y esta desgracia, si antes de obrar y en la acción cuidan de conformarse con el orden establecido y las reglas de la disciplina. Ahora bien; la disciplina eclesiástica exige la unión entre los diversos miembros de la jerarquía, y el respeto y obediencia de los inferiores para con los superiores. Lo decíamos ya en nuestras letras al Arzobispo de Tours: «El edificio de la Iglesia, cuyo arquitecto es Dios mismo, descansa sobre un cimiento muy visible; primeramente sobre la autoridad de Pedro y de sus Sucesores, después sobre los Apóstoles y los Sucesores de éstos, que son los Obispos; por manca que escuchar su voz

(1) Zelus cum caritate laudabilis est, si sit discretus, rectus et purus. — (2) Importabilis spiritum abaque scientia est zelus. Quae igitur rebus fervidior, ad valde mentis exercitium, profundiorque charitas, eo vigilatiori opere alendis est, quae scilicet supponit, spiritus et temperet, ordo et charitatem. Tolle haec discretio et virtus vitiosa erit. Ipse quoque affectus naturalis in perturbatissimum magis convertitur exterminiumque naturae. (S. Bern. Serm. XLIX in Cant. num. 3.)

ó despreciarla vale tanto como escuchar ó despreciar á Jesucristo mismo» (1).

Escuchad pues, las palabras dirigidas por el gran mártir de Antioquia, San Ignacio, al Clero de la Iglesia primitiva: «Obedezcan todos á su Obispo, como Jesucristo obedeció á su Padre. No hagais sin auencia de vuestro Obispo nada de lo tocante al servicio de la Iglesia, y así como Nuestro Señor no ha hecho nada sino en estrecha unión con su Padre, vosotros, Sacerdotes, nada hagais sin vuestro Obispo. Que todos los miembros del cuerpo presbiterial estén con él unidos, como lo están con el arpa todas las cuerdas del instrumento (2).

Mas, si por el contrario, obraseis en cuanto á sacerdotes, fuera de esta sumisión y de esta unión con vuestros Obispos, Nos os repetiríamos lo que decía nuestro predecesor Gregorio XVI, á saber: que en cuanto de vosotros depende, destruis fundamentalmente el orden con tan sabia previsión establecido por Dios, autor de la Iglesia (3).

Tampoco olvideis, Nuestros queridos Hijos, que la Iglesia es con razón comparada á un ejército formado en batalla, *sicut castrorum acies ordinata* (4), porque tiene la misión de combatir á los enemigos visibles é invisibles de Dios y de las almas. Hé aquí por qué San Pablo recomendaba á Timoteo que obrase «como buen soldado de Jesucristo (5). Ahora bien; lo que constituye la fuerza de un ejército y contribuye más á la victoria es la disciplina, es la obediencia exacta y rigurosa de todos á los que tienen la carga de mandar.

Y en esto, ciertamente, es en lo que el celo intempestivo y sin discreción puede con facilidad convertirse en causa de verdaderos desastres. Recordad uno de los hechos más memorables de la historia santa: Seguramente no carecían de valor, ni de buena voluntad, ni de adhesión á la sagrada

(1) *Divinum quippe adfuerit, quod est Ecclesiam, variatum in tantis fundamentis conservando, primum qui est in Petro et successoribus ejus, proxime in Apostolica et successoria serie, Episcopis, quos, qui nulli vel spernit, se perire fecit ac si audiat vel spernit Christum Dominum.* (Epist. ad Arch. Tarant.) (2) *Omnes Episcopos sequimini ut Christum Jesum Patrem. Sicut Episcopo nemo quilibet sciat eorum quae ad Ecclesiam spectant.* (5. leg. A. S. Ep. ad Sm. r. n. 8). *Quomodo enim itaque Dominus aut sine Petro nihil creavit, sic et vos sine Episcopo.* (idem ad Magn. VIII). *Vestrum presbyterium ita constitutum sit Episcopo ut chordae ciliarum (idem ad Ephes. IV).* (3) *Quantum in vobis est ordinem ab auctore Ecclesiae Deo providentissime constitutum servatis servate.* (Greg. XVI. Enc. B. Enc. et. 15. Aug. 1836.) (4) *Cant.*, VI, 3. (5) *I Tim.*, II, 3.

causa de la religión aquellos Sacerdotes que se habian agrupado alrededor de Judas Macabeo para combatir con él á los enemigos del verdadero Dios, á los profanadores del Templo, á los opresores de su nación. Sin embargo, habiendo querido emanciparse de las reglas de la disciplina, se empeñaron temerariamente en un combate en que fueron vencidos. El Espíritu Santo nos dice de ellos «que no eran de la raza de los que podian salvar á Israel. ¿Por qué? Porque habian querido no obedecer sino á sus propias inspiraciones y se habian lanzado á la batalla sin esperar las órdenes de sus jefes. *In die illa ceciderunt Sacerdotes in bello, dum volunt fortiter facere, dum sine consilio exeunt in praelium. Ipsi autem non erant de semine vicorum illorum, per quos salus facta est in Israel* (1).

Cuanto á esto, nuestros enemigos pueden servirnos de ejemplo. Ellos saben muy bien que la unión constituye la fuerza, *vis unita fortior*; así no dejan de unirse estrechamente luego que se trata de combatir á la Santa Iglesia de Jesucristo.

Por lo tanto, si deseais, Nuestros queridos Hijos, tal es seguramete vuestro deseo, que en la lucha formidante empeñada contra la Iglesia por las sectas anticristianas y por la ciudad del demonio, la victoria sea de Dios y de su Iglesia, es de absoluta necesidad que combatais todos juntos, en gran orden y con exacta disciplina, bajo el mando de vuestros jefes jerárquicos. No escuchéis á esos hombres nefastos que, aún diciéndose cristianos y católicos, arrojan la cizaña en el campo del Señor y siembran la división en su Iglesia, atacando y, frecuentemente, hasta calumniando á los Obispos, «puestos por el Espíritu Santo para regir á la Iglesia de Dios (2)». No leáis ni sus folletos, ni sus periódicos. Un buen Sacerdote no debe autorizar en manera alguna ni sus ideas, ni la licencia de su lenguaje. Podrá olvidar jamás que el día de su ordenación ha prometido solemnemente á su Obispo ante los santos altares *obedientiam et reverentiam* (3).

Pero antes que todo, Nuestros queridos Hijos, recordad que la condición indispensable del verdadero celo sacerdotal y la mejor prenda de éxito en las obras á que la obediencia y la jerarquía os consagra, es la pureza y la santidad de la vida. «Jesús ha comenzado por hacer, antes

(1) *I Mach.*, V, 61. 62. (2) *Act.*, XX, 28.

de enseñar (1). Como Él, por la predicación del ejemplo, debe el Sacerdote preluar la predicación de la palabra. «Separados del siglo y de sus negocios—dicen los PP. del Santo Concilio de Trento,—los clérigos han sido colocados á una altura que los pone en eviflencia, y los fieles fijan en su vida la mirada cual en un espejo, para saber lo que deben imitar. Hé aquí por qué los clérigos, y todos los llamados de un modo especial al servicio del Señor, deben tan cuidadosamente regular sus acciones y sus costumbres, que en su manera de ser, en sus movimientos, en su andar, en sus palabras y en todo cuanto ejecuten, no haya nada que no sea grave, modesto, profundamente impregnado de religión. Con esmero deben evitar hasta las faltas que si bien ligeras en cualquier otro, serian en ellos gravísimas, á fin de que ni uno solo de sus actos dejen de inspirar á todos respeto. (2)»

A éstas recomendaciones, del Santo Concilio Nos quiséramos, queridos Hijos Nuestros, grabar en todos vuestros corazones, dejarían de ajustarse ciertamente los Sacerdotes que adoptasen en su predicación un lenguaje poco en armonía con la dignidad de su sacerdocio y la santidad de la palabra de Dios; que asistiesen á reuniones populares, donde su presencia no serviría más que para excitar las pasiones de los impíos y de los enemigos de la Iglesia, y á ellos mismos los expondría á groseras injurias, sin utilidad para nadie y con gran asombro, sino escándalo, de los fieles piadosos; que adoptasen, en fin, los usos, las maneras de ser y de obrar y el espíritu de los seculares. La sal necesita, sí, mezclarse con la masa que ha de preservar de la corrupción; pero á la vez ha de librarse de ésta, so pena de perder todo sabor y de no servir ya para nada, sino para ser echada fuera y pisada por los hombres. (3)

De igual modo el sacerdote, sal de la tierra, en su contacto obligado con la sociedad que le rodea, debe conservar la modestia, la gravedad, la santidad en su continente,

(1) Act., 4, 1. — (2) Cum enim interius sacerdoti in altorem sobrietas locum contemplabilis, in eis tanquam in speculum reliq. il. oculis continet ex hisq. sancti quod imitentur. Qui propter hoc de se omnino carnis, in sortem bonis moribus, vltima moreq. de suis omnes comp. ut habita, gest. i. accessu, sermone, illiq. cum his rebus ali. nisi pr. moderata in religione plenum p. se ferat; bene etiam dilecta, que in ipis, maxima essent, admagis et eorum actiones equitate afferat vestratiorem. (S. Conc. Tril., Sess. XXI. De Reform., cap. 4. — Mat. V. 13.

en sus actos, en sus palabras, y no dejarse invadir por la ligereza, la disipación y la vanidad de las gentes del mundo. Menester es, al contrario, que en medio de los hombres conserve su alma tan unida con Dios que nada pierda del espíritu de su santo estado, y no se vea en la necesidad de hacer ante Dios y ante su conciencia esta triste y humillante confesión: «No he estado una sola vez entre los laicos, que no me haya retirado menos sacerdote».

¿No será por haber dado de mano, llevado de un celo presuntuoso, á las reglas tradicionales de la discreción, de la modestia, de la prudencia sacerdotales, el por qué ciertos Sacerdotes tachan de rancios, de incompatibles con las necesidades del ministerio en el tiempo en que vivimos, los principios de disciplina y de conducta que en el Seminario han recibido de sus maestros? Se les vé salir como por instinto al paso de las innovaciones más peligrosas de lenguaje, de maneras, de relaciones. Muchos ¡ay! corriendo temerariamente por pendientes resbaladizas, en las que les faltaban fuerzas para detenerse por sí mismos, despreciando las advertencias caritativas de sus superiores ó de sus hermanos más antiguos y experimentados, han caído en apostasias que llenaron de regocijo á los adversarios de la Iglesia é hicieron derramar lágrimas muy amargas á sus Obispos, á sus hermanos en el sacerdocio y á los piadosos fieles. San Agustín nos lo dice: «Cuando se está fuera del buen camino, cuanto más y con cuanta mayor rapidez se avanza, más grande es el extravío» (1).

Cierto que hay novedades ventajosas, apropiadas para hacer que el reino de Dios se extienda en las almas y en la sociedad. Pero nos dice el Santo Evangelio (2): al padre de familia, y no á los hijos, y á los sirvientes, es á quien incumba examinarlas y darles, si lo estimare conveniente, carta de naturaleza al lado de los usos antiguos y venerandos que componen la otra parte de su tesoro.

Cuando no ha mucho Nos cumplíamos el deber apostólico de poner á los católicos de la América del Norte en guardia contra innovaciones que tienden, entre otras cosas, á substituir á los principios de perfección, consagrados por la enseñanza de los Doctores y por la práctica de los Santos, máximas ó reglas de vida moral más ó menos impregnadas de ese naturalismo que en nuestros días propende á infil-

(1) Enarr. in Ps. XXXI, v. 4. — (2) Mat. XIII, 54.

trarse por todas partes, hemos proclamado muy alto que, lejos de repudiar y desechar en conjunto los progresos realizados en los tiempos presentes, queríamos acoger muy de buen grado todo cuanto puede aumentar el patrimonio de la ciencia ó generalizar más las condiciones de la prosperidad pública. Teníamos, no obstante, cuidado de añadir que estos progresos no podían servir eficazmente á la causa del bien si no se prestaba acatamiento á la sabia autoridad de la Iglesia (1).

Al poner fin á estas Nuestras Letras, Nos es grato aplicar al Clero de Francia lo que en otro tiempo escribíamos á los Sacerdotes de Nuestra Diócesis de Perugia. Nos reproducimos aquí una parte de la Carta Pastoral que les dirigimos el 19 de Julio de 1896.

«Pedimos á los eclesiásticos de nuestra diócesis que reflexionen seriamente sobre sus altísimas obligaciones, sobre las circunstancias difíciles que atravesamos, y que obren de manera que su conducta esté en armonía con sus deberes y siempre de acuerdo con las reglas de un celo ilustrado y prudente. Así, aún aquellos que son nuestros enemigos, buscarán en vano motivos de reproche y vituperio: *qui ex adverso est, veretur, nihil habens malum dicere de nobis* (2).

«Bien que las dificultades y los peligros se multipliquen de día en día, el Sacerdote piadoso y ferviente no debe por esto desalentarse, no ha de abandonar sus deberes, ni siquiera detenerse en el cumplimiento de la misión espiritual que ha recibido para el bien, para la salvación de la humanidad y para el sostén de esa angusta Religión, de la que es heraldo y ministro. Porque en las dificultades, en las pruebas, es principalmente donde su virtud se afirma y se fortifica: es en las más grandes desgracias, en medio de las transformaciones políticas y de los trastornos sociales cuando la acción bienhechora y civilizadora de su ministerio se manifiesta más esplendorosa.

«...Pero, viniendo á la práctica, Nos encontramos una enseñanza perfectamente adaptada á las circunstancias

(1) Abest profecto a Nobis ut quascunque horum temporum legationum parit omnia repudiemus. Quin potius quicquid in agendo variet aut entendo boni, attingitur, ad patrioentum doctrinae augeadum publi-seque prosperitate fines profertendos, libentius sane Nobis accedit. Id tamen amos, nō sordide utilitatis sit expectare, esse ac vixere unquamquam debet. Hoc estiac auctoritate sapientiaque posthabita.

(Epius. ad S. S. B. E. Presbyt. Card. Gibbosus Archiep. Baltimor, die 22 Jan. 1896.)

(2) Tit. II, 8.

en las cuatro máximas que el gran Apóstol San Pablo daba á su discípulo Tito: «Muéstrate á tí mismo en todo por dechado de buenas obras, en tu doctrina, en la integridad de tu vida, en la gravedad de tu conducta, no haciendo uso sino de palabras santas é irreprochables» (1). «Nos quisiéramos que cada uno de los miembros de nuestro Clero meditase estas máximas y á ellas amoldase su conducta.

«*In omnibus teipsun prabe exemplum bonorum operum.*

«Muéstrate á tí mismo en todo por dechado de buenas obras, es decir, de una vida ejemplar y activa, animada de un verdadero espíritu de caridad guiada por las máximas de la prudencia evangélica; de una vida de sacrificio y de trabajo, consagrada á hacer bien al prójimo, no con miras terrenas y por una recompensa perecedera, sino con un fin sobrenatural. Da tú el ejemplo de ese lenguaje, á la vez sencillo, noble y elevado, de esa palabra sana é irreprochable que confunde toda oposición humana, apaga los antiguos odios que contra nosotros ha sentido el mundo y nos concilia el respeto y hasta la estima de los enemigos de la Religión. Todo el que se ha ofrecido al servicio del santuario ha estado siempre obligado á mostrarse vivo modelo, ejemplar perfecto de todas las virtudes; pero esta obligación es mucho más grande, cuando á causa de los trastornos sociales, se camina por un terreno difícil é inseguro donde pueden encontrarse á cada paso emboscadas y pretextos de ataque...

«... *In doctrina.* En presencia de los esfuerzos combinados de la incredulidad y de la herejía para consumir la ruina de la fe católica, sería un verdadero crimen en el Clero mostrarse vacilante ó inactivo. En medio de tan grande desbordamiento de errores, de tal conflicto de opiniones, él no puede faltar á su misión, que es defender el dogma atacado, la moral puesta en parodia y la justicia tan frecuentemente desconocida. A él es á quien incumbe oponerse como una barrera al error que todo lo invade y á la herejía que oculta su faz; no perder de vista las tramas de los corifeos de la impiedad, que dirigen sus tiros contra la fe y el honor de este país católico, y desenmascarar sus amaños y señalar sus emboscadas; á él in-

(1) In omnibus teipsun prave exemplum bonorum operum, in doctrina, in integritate, in gravitate, verbo n eamum irreprochabile (Tit. II, 7-8).

•cumbre amparar á los sencillos, farta leer á los tímidos,
•abrir los ojos á los ciegos. Una erudición superficial, una
•ciencia vulgar, no bastan para esto, son indispensables
•estudios sólidos, profundos y no interrumpidos; un conjun-
•to, en fin, de conocimientos doctrinales, capaces de luchar
•con la sutileza y la singular astucia de nuestros modernos
•contradictores...

•... *In integritate*. No hay prueba tan patente de la im-
•portancia de este consejo como la triste experiencia de lo
•que pasa en derredor de nosotros. ¿No vemos, en efecto,
•que la vida relajada de ciertos eclesiásticos desacerdita y
•hace despreciar su ministerio y ocasiona escándalo? Si
•hay hombres que, dotados de un entendimiento tan bril-
•lante como insigne, desertan de las filas de la santa mi-
•slicia y se alzan contra la Iglesia, esta madre que en su
•afectuosa ternura los había elegido para el gobierno y la
•salud de las almas, su defección y sus extravíos las más
•de las veces no tienen otro origen que su indisciplina y sus
•depravadas costumbres...

•... *In gravitate*. Por gravedad es necesario entender esa
•conducta seria, llena de discreción y de exquisito tacto,
•que es propia del ministro fiel y prudente, que Dios ha es-
•cogido para el gobierno de su familia. El Sacerdote, en
•efecto, á la vez que agradecido á Dios por haberse digna-
•do elevarle á tanto honor, debe mostrarse fiel á todas sus
•obligaciones, al mismo tiempo que mesurado y prudente
•en todos sus actos; no ha de dejarse dominar por viles pa-
•siones, ni sus labios deben proferir palabras violentas y
•excesivas; debe compartir bondadosamente las desventu-
•ras y debilidades del prójimo, hacer á todos todo el bien
•que pueda de un modo desinteresado, sin ostentación,
•manteniendo siempre intacto el honor de su carácter y de
•su dignidad sublimes.

Volviendo ahora á vosotros, Nuestros queridos Hijos del
Clero francés, y tenemos firme confianza en que Nuestras
prescripciones y Nuestras consejos, únicamente inspirados
por Nuestro afecto paternal, serán comprendidos y recibidos
por vosotros según el sentido y el alcance que Nos he-
mos querido darles al dirigiros estas Letras.

Mucho esperamos de vosotros, porque Dios os ha provis-
to abundantemente de todos los dones, y de todas las cualida-
des necesarias para ejecutar grandes y santas cosas en pro-
vecho de la Iglesia y de la sociedad. Nos quisiéramos que ni

uno sólo de vosotros se dejase menoscabar por esas imperfec-
ciones que anublan el esplendor del carácter sacerdotal y
perjudican á su eficacia.

Los tiempos actuales son tristes; el porvenir es todavía
más sombrío y más amenazador; parece anunciar la apro-
ximación de una crisis formidable de perturbaciones socia-
les. Necesario es, pues, como Nos hemos dicho en diversas
circunstancias, que enaltezcamos los principios saludables
de la Religión, así como los de la justicia, de la caridad,
del respeto y del deber. A Nosotros toca inculcarlos pro-
fundamente en las almas, particularmente en las que son
cautivas de la incredulidad ó están agitadas por funestas
pasiones; hacer reinar la gracia y la paz de Nuestro Divino
Redentor, que es la Luz, la Resurrección y la Vida, y agru-
par en Él á todos los hombres, no obstante las inevitables
distinciones que los separan.

Si, los días en que estamos reclamamos más que nunca el
concurso y desinteresado afán de Sacerdotes ejemplares,
llenos de fe, de discreción, de celo, que, inspirándose en
la dulzura y en la energía de Jesucristo, cuyos verdade-
ros embajadores son, *pro Christo legatione fungimur* anun-
cien con valerosa ó indefectible paciencia las verdades
eternas, las cuales son para las almas, simientes fecundas
de todas las virtudes.

Su ministerio será laborioso, frecuentemente hasta difi-
cil, sobre todo en los países donde las poblaciones, absorbi-
das por los intereses terrenales, viven en el olvido de Dios
y de su santa Religión. Pero la acción ilustrada, caritati-
va, infatigable del Sacerdote, fortalecida por la gracia di-
vina, realizará, como lo ha hecho en todos los tiempos, in-
creíbles prodigios de resurrección.

Nos saludamos con todos Nuestros votos y con gozo inef-
fable esta consoladora perspectiva, mientras que, con todo
el afecto de Nuestro corazón, os damos á vosotros, Venera-
bles Hermanos, al Clero y á todos los católicos de Francia,
la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, cerca de San Pedro, á ocho de Septiem-
bre de mil ochocientos noventa y nueve, año vigésimose-
gundo de Nuestro Pontificado.

LEÓN, PAPA XIII.



EPÍSTOLA ENCÍCLICA

DE JESUCRISTO REDENTOR

LEÓN P. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

QUANDO los fieles que, cuidándose principalmente de la vida futura, están atentos á su salvación, se ven rodeados de cuidados y zozobras, por ser muchos é inminentes los peligros que amenazan su vida, tanto en el orden público como en el privado, no desmayan, sin embargo, teniendo aún en estos calamitosos días del siglo XIX alguna esperanza y algún consuelo.

Y no se crea que nada importan á la salvación de las almas el pensamiento constante de la otra vida y de las cosas referentes á la fe y á la piedad cristiana: hechos á los que no es posible negarles asentimiento, demuestran que estas virtudes se han de confirmar y corroborar con más ahínco que en otros, en los tiempos que corren, pudiendo servir de saludable ejemplo el que, á pesar de los mil halagos del siglo y de tantas ofensas á la piedad como se ven por todas las partes, una inmensa multitud de peregrinos de todas las naciones acuden á la sola indicación del Pontífice para prosternarse ante los sepulcros de los santos Apóstoles; y todos, ya pertenezcan á esta ó la otra categoría social, dan claras muestras de su religión, y confiados en la indulgencia que les ofrece la Iglesia, buscan con tierna solicitud la manera de conseguir la bienaventuranza eterna.

¿A quién no llaman la atención estos hechos que están á la vista de todos, y á quién no entervorizan el ánimo, más que de costumbre, para con el Salvador del género humano? Digno es, en verdad, de los mejores tiempos del cristianismo este sublime ardor de la fe cristiana en tantos miles de

hombres que, con una sola voluntad y una sola idea invocan el nombre de Dios y pregonan las alabanzas de Cristo desde un confin al otro de la tierra; pues ciertamente que á estas como llamaradas del fervor religioso, ha de seguir un formidable incendio; tan heróico ejemplo no puede pasar inadvertido y ser indiferente á los demás. ¿Qué cosa más necesaria y más conveniente en estos días que restablecer ampliamente en los pueblos el espíritu cristiano y las antiguas virtudes?

Es peligroso y malvado hacerse sordo á estos llamamientos, mucho más, cuando son tan abundantes en número, y cuando desoyéndolos se desoyen y desprecian los medios que influyen en la renovación de esta piedad: *si sciret donum Dei*, y si considerasen que nada puede haber más miserable que el apartarse de las enseñanzas del Libertador del mundo y el abandonar las costumbres é instituciones cristianas, indudablemente resucitarían y procurarían huir de una muerte tan segura y horrible. Ahora bien; el defender y propagar en la tierra el reino del Hijo de Dios y el esforzarse á que los hombres se salven con la comunicación de los divinos beneficios, es precisamente misión de la Iglesia, y tan grande y tan exclusiva de ella, que en esta obra consiste principalmente toda su autoridad y poder.

Nos hemos procurado hasta el día, de una manera difícil pero con gran solicitud y en la medida de Nuestras fuerzas aquel beneficio en el ejercicio de Nuestro Pontificado: y vosotros, oh, Venerables Hermanos, en lo que os toca habeis obrado también de este modo, y aun habeis consumido en esta obra juntamente con Nos, todos vuestros pensamientos, vigillas y trabajos; pero ante las circunstancias actuales, debemos redoblar Nuestrós esfuerzos y propagar ahora, con ocasión del año santo, el conocimiento y amor de Jesucristo enseñando, persuadiendo y exhortando, si es que han de escuchar Nuestra voz no tan sólo los que reciben siempre fácilmente las enseñanzas cristianas, sino también aquellos desgraciados que llamándose cristianos, viven sin fe y sin el verdadero amor de Dios, Nuestro Señor, de los cuales nos compadecemos grandemente, queriendo atender á ellos de modo expreso para que sepan lo que han de hacer y á dónde han de ir si hacen caso de Nos y no Nos desatienden.

El no haber conocido nunca á Jesucristo es una gran desgracia, pero desgracia, al fin, que no envuelve ingratitude ni maldad; mas el repudiario ó olvidarlo, ya conocido, es un

crimen tan nefando y aborrecible, que parece no puede darse en el hombre; pues Cristo es el origen y el principio de todos los bienes, y el género humano, así como no pudo ser redimido sin su preciosísima sangre, así tampoco pudo ser conservado sin su divino poder. *Non est in alio aliquo salus. Nec enim aliud nomen est sub coelo datum hominibus in quo oporteat nos salvos fieri* (1).

¿Qué vida será la de los mortales que arrojen de sí á Jesús, que es la virtud y la sabiduría de Dios? ¿Cuáles serán las costumbres, cuáles los excesos de aquellos hombres que están privados de la luz del Cristianismo?

Reflexionando un poco sobre estas cosas, entre las cuales se cuentan la obscura ceguedad de la mente, de que habla San Pablo, la depravación de la naturaleza, el libertinaje y el cúmulo de supersticiones que lo inficionan todo, á la vez se siente en el ánimo la compasión y el horror, estando esto en la conciencia del vulgo aunque no medite y reflexione sobre ellas con el detenimiento que merecen. No arrastraría á muchos la soberbia, ni la desidia enervaría sus buenos propósitos si se guardaran en la memoria los inmensos beneficios que debe el hombre á Dios, evocando con frecuencia en su ánimo de dónde lo sacó Cristo y hasta qué punto lo ha ensalzado.

Desterrado y desheredado por tanto tiempo el linaje humano, día por día caminaba hacia su destrucción y ruina, envuelto en aquellos males y en otros que trajo consigo el delito de nuestros primeros padres, sin que en lo humano cupiera remedio á tantas desgracias, hasta que apareció, bajado del cielo, el Libertador del género humano. Cristo Señor, con cuya venida se vió cumplida la promesa del Eterno, hecha en el principio del mundo, de que vendría á la tierra el Vencedor y Dominador de la serpiente y Restaurador de la dignidad humana, por lo cual las generaciones sucesivas miraban su venida con gran expectación y deseos.

Los ojos fijos en Él, el pueblo había entonado, durante mucho tiempo y con toda solemnidad, las profecías de los sagrados vates que con anterioridad habían significado distinta y claramente los varios acontecimientos, las hazafas, las instituciones, las leyes, las ceremonias y los sacrificios del pueblo elegido, diciendo además que la perfecta y absoluta salud del género humano radicaban en Aquel que

(1) Act., IV, 12.

había de entregarse como Sacerdote futuro y que había de ser la víctima de expiación, el Restaurador de la libertad, el Rey de la paz, el Doctor universal y el Fundador del imperio que permanecería en pie mientras durasen los siglos.

Con estos signos, estos vaticinios y estos títulos, tan varios en la forma, pero tan congruentes en el fondo, era designado Aquel que, por la excesiva caridad con que nos amó se había ofrecido para nuestra salvación. Por tanto, como llegase el tiempo de realizarse el divino decreto, el unigénito Hijo de Dios, hecho hombre, satisfizo ubérrima y cumplidamente con su sangre al Dios ofendido por los hombres, y reivindicó para sí al género humano, á tanto precio redimido. *No estis redimidos por el oro y la plata corruptibles, sino por la preciosa sangre de Cristo, que es como la de un cordero inmaculado é inocente.*

Y así, redimiendo verdadera y propiamente á todos los hombres ya sujetos á su imperio y potestad, puesto que Él mismo es su creador y conservador, los hizo de nuevo suyos. *No os pertenecéis, pues que habeis sido comprados á gran precio.* De aquí que todas las cosas fueron restablecidas por Dios en Cristo.

El arcano de su voluntad, fundado en su mero beneplácito por el cual se propuso restaurar en Cristo, cumplidos los tiempos prescritos, todas las cosas.

Y como Jesús borrara el documento de aquel decreto que era contrario á nosotros, fijándolo en la cruz, las celestiales iras se aplacaron para siempre, quedando rotos los lazos de la antigua servidumbre en que estaba el conturbado y errante género humano, reconciliada ya la voluntad divina, devuelta la gracia, abiertas de par en par las puertas de la eterna bienaventuranza y restablecido el derecho con los medios de conseguirla.

Entonces, despierto el hombre de aquel mortífero y continuo letargo en que yacía, vió la luz de la verdad tan deseada y que buscaron en vano siglos y siglos; desde luego conoció que había nacido para unos bienes más altos y seguros que los que se perciben con los sentidos, frágiles y pasajeros, y en los cuales había puesto el fin de todos sus pensamientos y cuidados; conoció también que esta era la constitución de la vida humana, que esta era la ley suprema, y que todas las cosas deben dirigirse á Dios como á su fin para que habiendo salido de Él, á Él volvamos algún día.

De este principio y fundamento surgió renovada la conciencia de la dignidad humana, y los corazones recibieron el sentimiento de la fraternal caridad de todos.

Entonces los deberes y los derechos, como era consiguiente, en parte fueron perfeccionados y en parte constituidos íntegramente, y a la vez, las virtudes se exaltaron hasta un punto que no lo pudo nunca sospechar siquiera ninguna filosofía; y de aquí que los consejos, las costumbres y la conducta de la vida tomaran otro rumbo, y cuando el conocimiento del Redentor hubo afluido copiosamente, y su virtud, que excluye la ignorancia y los antiguos vicios, se hubo fundido en las íntimas arterias de los pueblos, entonces se obtuvo aquella mudanza de cosas de las gentes que, adquirida por la humanidad cristiana, cambió radicalmente la faz de todo el orbe.

El recuerdo de todas estas cosas que hasta aquí hemos dicho, lleva consigo, Venerables Hermanos, un inmenso consuelo, al mismo tiempo que una gran fuerza para exhortar. Puesto que debemos estar agradecidos y mostrar, en cuanto podamos, Nuestro mismo agradecimiento al Divino Salvador.

Nos hallamos separados desde muy antiguo de los principios, bases o fundamentos de nuestra restaurada salvación: sin embargo, nos ha de importar esto, cuando es perpetua la virtud de la redención, y sus beneficios son inmortales y han de permanecer eternamente; el que una vez reparó la naturaleza perdida por el pecado, la conserva y la ha de conservar para siempre: *Se entregó Él para la redención de todos...* (1). *En Cristo, todos serán justificadas...* (2). *Y su reino no tendrá fin* (3). Así, pues, por voluntad eterna de Dios, está en Jesucristo puesta toda salvación no solamente de algunos sino de todos los mortales; pues aquellos que de él se alejan asimismo por esto se condenan a su propia ruina; guiados por un ciego furor; y al mismo tiempo cuanto es de su parte hacen porque la sociedad humana, como arrebatada por gran ímpetu, caiga en aquellos grandes males e infortunios de que nos libró el Redentor por su misericordia y piedad.

Incurren en un error harto trivial, que los aparta muy lejos del fin deseado, quienes se extravían por el otro camino; del mismo modo, si se rechaza la clara y pura luz de la

(1) 1 Tim., II, 6.—2 1 Cor., XV, 22.—3 Luc., I, 33.

verdad, es porque los ánimos están ofuscados y como infatuados de la miserable perversidad de las opiniones.

¿Qué esperanza de salud puede haber para aquéllos que abandonan el principio y fuente de la vida? Cristo es únicamente el camino, la verdad y la vida (1); de tal manera, que sin él necesariamente caen por tierra estos tres principios indispensables para la salvación de todos.

Consideramos ahora lo que la realidad misma enseña diariamente y lo que aún en la mayor afluencia de bienes mortales experimenta todo el mundo, á saber: que nada puede haber fuera de Dios en que la voluntad humana descanse de un modo absoluto y completo. El único fin del hombre es Dios, y la vida que hacemos en la tierra es una verdadera semejanza é imagen de cierta peregrinación. Ahora bien; para nosotros Jesucristo es el camino, porque desde esta vida mortal, tan llena de trabajos y de dudas, no podemos de ninguna manera llegar á Dios, sumo, único y principal de los bienes, si no somos guiados y conducidos por Cristo. *Nadie tiene á mí sino por el Padre* (2).

¿Y cómo podríamos conseguir esto sino por Él? Pues, en primer lugar, y muy principalmente por su gracia, la cual, sin embargo, sería vacía ó vana en el hombre que desprecia sus preceptos y leyes. Pues para conseguir esto, una vez adquirida la salud por Cristo, hizo que su ley fuese la custodia y directora del género humano, con cuyo gobierno se separasen los hombres de sus maldades y se dirigiesen seguros á su Dios. *Id y enseñad á todas las gentes... enseñandoles á observar todo lo que yo os he mandado...* (3). *Guardad mis mandamientos* (4). De donde resulta que es lo más principal y necesario para la profesión de la fe cristiana el mostrarse docil á los preceptos de Jesucristo y sujetar completamente la voluntad á él como á nuestro dueño y Supremo Rey.

Cosa grande y difícil de conseguir y que muchas veces requiere trabajo intenso y esfuerzo y constancia, pues aunque la humana naturaleza fué reparada por la misericordia del Redentor, sin embargo, todavía en cada uno de nosotros queda cierta enfermedad, la enfermedad y el vicio de la naturaleza.

(1) Joann., XIV, 6.—(2) Joann., XVI, 6.—(3) Math., XXVIII, 19-20.—(4) Joann., XIV, 15.

Los diversos apetitos traen al hombre de acá para allá, y fácilmente lo impelen hacia los halagos de los placeres mundanos para que siga más bien lo que le agrada que lo mandado por Jesucristo. De aquí que hemos de poner todo nuestro empeño en rechazar con todas nuestras fuerzas á las pasiones en obsequio de Cristo; las cuales si no obedecen á la razón se constituyen en dueñas y señoras del hombre haciéndolo su siervo y quitando el hombre entero á Cristo.

Los hombres de entendimiento extraviado, réprobos en cuanto á la fe, se ve que son esclavos, pues se ven á una triple pasión, la sensualidad, el orgullo y las diversiones mundanas (1); y en esta lucha de tal manera debe el hombre empeñarse que lleve con agrado por causa de Cristo las molestias ó innumerables incomodidades que en este mundo ha de sufrir.

Difícil es, en verdad, rechazar lo que con tanta fuerza nos atrae y nos deleita: duro y áspero, el despreciar, sujetándose al imperio y voluntad de Cristo, Nuestro Señor, aquellas cosas que consideramos como bienes del cuerpo y de fortuna; pero es necesario que el hombre cristiano se muestre sufrido y fuerte en sobrellevar esto que se le ha dado para su vida, si quiere conducirse bien.

¿Nos hemos olvidado acaso cuyo es el cuerpo y cuya es la cabeza de que somos miembros? Con grandé gozo llevó la cruz el que nos prescribió la abnegación de nosotros mismos.

Y en esta disposición del alma de que hablamos consiste precisamente la dignidad de la naturaleza humana. Pues los mismos sabios de la antigüedad bien han reconocido que el dominarse á sí mismos y hacer que la parte inferior del alma se sujete á la superior, no indica debilidad ó abatimiento de la voluntad, sino antes bien cierta generosa virtud, en gran manera conveniente á la razón, y que es, á la vez digna del hombre.

Por lo demás, hemos de sufrir y padecer mucho: tal es la presente condición del hombre. No puede el hombre gozar una vida exenta de dolores y llena de goces y felicidad sin borrar de algún modo el decreto, la voluntad de su divino Fundador y Criador, que quiso se perpetuasen las consecuencias de aquel primer pecado. Muy conveniente es, por lo tanto, no esperar en la tierra el término de los dolores,

(1) S. Ang., *De civitate dei*, 57.

sino fortalecer nuestro ánimo para mejor soportarlos, con lo cual somos instruidos con la esperanza cierta de los mayores bienes.

Pues Cristo no asignó á las riquezas, ni á la vida delicada ni á los hombres, ni al poder, sino á la paciencia con lágrimas y afán de justicia y al corazón limpio, la felicidad sempiterna en el cielo.

Fácilmente se deduce de lo expuesto qué se puede esperar del terror y soberbia de aquellos que despreciando el reino de Cristo ponen y encumbran á un hombre mortal sobre todas las cosas y proclaman que es preciso acatar en todo la humana razón y la naturaleza vana, mientras no pueden ni alcanzan á definir cuál sea este reinado.

El reino de Cristo tiene su fuerza y forma en la caridad divina, y su principio y fundamento es el amor santo y ordenadamente. De lo cual fluye necesariamente, que todo deber ha de ser guardado inviolablemente; que en nada se han de mermar los derechos inviolables; que en nada se han de mermar los derechos ajenos; que se han de reputar por inferiores las cosas humanas á las celestes, y anteponer el amor de Dios á todas las cosas. Y esta dominación del hombre sobre sí mismo toda estriba en el amor de Cristo, á quien rechazar ó empeñarse en no conocer es propio de alma vacía de caridad y falta de devoción.

Gobierne, pues, el hombre en nombre de Jesucristo, pero con esta sola y única condición: la de servir á Dios primeramente ó inspirar en la ley divina su norma y sistema de vida.

Entendemos por ley de Cristo, no solamente los preceptos naturales de las costumbres y todo lo que los antiguos recibieron directamente de Dios y que Cristo perfeccionó á maravilla declarándolo y sancionándolo sabiamente; sino que entendemos además comprendido en ello el resto de su doctrina y todas las cosas verbalmente establecidas por El. Y de todo ello la Cabeza es la Iglesia; aún más, de nada se hace Jesucristo Autor ó Legislador que la Iglesia no lo comprenda ó abraza como propio.

Por fin, con el ministerio de la Iglesia, quiso perpetuar gloriosamente el cargo que le señaló su Padre, dándola y contritiéndola por una parte todos los auxilios conducentes á la salvación del linaje humano, y por otra, sancionando seriamente que en lo sucesivo los hombres obedeciesen á la Iglesia y con todo empeño la tuviesen por guía en la carrera de esta vida mortal: *Quien á vosotros oye, á Mi oye; quien á*

vosotros desprecia, á Mi desprecia (1). Por lo cual la ley de Cristo se ha de buscar totalmente en la Iglesia, y así el camino seguro para el hombre serán Cristo y la Iglesia á la vez; Aquél por sí mismo y por su naturaleza, y ésta por mandato especial y divino y por comunicación de la potestad. De todo lo dicho se sigue con evidencia que todos aquellos que pretenden alcanzar la salvación fuera de la Iglesia siguen caminos extraviados y, en vano se esfuerzan para conseguirlo.

Y lo mismo acontece con los individuos que con las naciones, las cuales forzosamente caen en el abismo de la ruina si se apartan del Camino. El Hijo de Dios procreador y redentor de la naturaleza humana es Rey y Señor de todo el universo mundo y tiene la potestad y sumo dominio sobre cada uno de los hombres en particular y sobre toda sociedad civil que ellos constituyan. *Dióe toda potestad y honor y reino; y todos los pueblos, tribus y lenguas servirán al Mismo* (2). *Yo, pues, estoy constituido como rey por Él... Y le dará las gentes en herencia tuya, y tu posesión tendrá por límites los términos de la tierra* (3).

Debe, pues, en toda sociedad humana estar en vigor la ley de Cristo, de suerte que no tenga carácter privado solamente, sino público, y sea á la vez guía y maestra de toda norma de vida. Y porque esto ha dispuesto así y así decretado por Dios, á nadie es lícito el impugnarlo; y así mal proveerán los intereses y beneficios de los estados quienes pretendan establecer los cimientos de todo orden social fuera de un régimen genuinamente cristiano.

Apartada de Jesús, la razón humana cae en la abyección privada de luz y de socorro, se oscurece la noción de toda causa, la cual, como tiene á Dios por autor, engendra la sociedad común, la que consiste principalmente en que los ciudadanos por medio de la ayuda de la unión y vínculo civil consigan el bien natural, entendiéndose por tal aquel que está por muy encima de todo lo terreno y es congruente con todo don perpetuo y perfectísimo. Ocupadas las mentes en tal confusión de ideas, entran por un camino dudoso tanto los que mandan como los que obedecen, y no tienen norma segura ni para proseguir adelante, ni para permanecer firmes.

(1) Luc., X, 36.—(2) Dan., VII, 14.—(3) Ps. II.

De qué suerte sea desdichado y calamitoso errar el camino recto, se verá por lo pernicioso que sea también apartarse de la verdad. La primera, absoluta y esencial verdad es el mismo Cristo, como que es el Verbo de Dios, consubstancial y coeterno con el Padre y uno mismo con Él. *Yo soy la Verdad, el Camino y la Vida*. Así, pues, si se busca la verdad, es menester que la razón humana obedezca en todo á Jesucristo y á su magisterio, por lo mismo que la misma verdad habla por boca del mismo Cristo.

Muchísimas cosas hay en las que puede espaciarse libremente el ingenio humano, como en un campo ubérrimo y feracísimo, contemplando é investigando, y esto no sólo por concesión, sino hasta por exigencia de la naturaleza misma. Pero es ilícito y contra la razón natural no querer limitar los fueros de la mente humana, en sus ciertos y propios límites, y, rechazando las leyes de la debida modestia, despreciar la autoridad del magisterio de Cristo. Porque la doctrina de la cual depende nuestra salvación, versa toda ella acerca de Dios y acerca de cosas todas divinisimas, y nunca ciencia humana alguna bastó para crearla, antes bien, únicamente el Hijo de Dios la recibió y sacó toda de su Padre Celestial: *Las palabras que me diste, son las que á ellos he dado* (1).

Por lo cual es necesario que comprenda muchas cosas, no que repugnen á la recta razón, ya que esto no puede ser en modo alguno, sino otras cuya alteza no podemos abarcar ni con el pensamiento ni comprender con nuestro limitado raciocinio, como es el entender tal cual es en sí Dios Nuestro Señor. Ahora bien, si tantas cosas existen ocultas y tan secretas por su naturaleza misma, que no puedan ser investigadas por ninguna humana diligencia, acerca de cuya existencia ningún entendimiento se atreverá á dudar; será ciertamente propio de los que abusan con perversidad de su libre albedrío no admitir la existencia de cosas puestas muy sobre el alcance humano, por que no es dado al hombre percibir las tales cuales ellas sean.

A esto pertenece el rechazar todo dogma y declarar inadmisibles la sagrada religión cristiana. Pero hay que inclinar el entendimiento con humildad y sin condiciones en obsequio á Jesucristo hasta tanto que sea aquel como cautivo de la divinidad é imperio de Este, reduciendo á cautiverio

(1) Jo., XVII, 8.

todo entendimiento en obsequio de Jesucristo (1). Y este total obsequio es el que Cristo quiere se le tribute, y lo quiere con todo derecho, pues es Dios, y por lo mismo, así como ha de imperar en las voluntades de los hombres, ha de hacer lo mismo en las inteligencias. Y al servir el hombre á Cristo con su inteligencia, no lo hace servilmente, sino de un modo muy conforme á la razón y á su nativa excelencia, pues con su voluntad acepta el imperio, no de un hombre cualquiera, sino del autor suya y monarca de todo, que es Dios mismo, al cual debe estar sujeto por ley de naturaleza. Y no se diga en manera alguna que se oprime su dignidad ante la opinión humana, antes bien, aquélla se ensalza con una verdad eterna é inmutable. Así, pues, todo bien intelectual y toda la plenitud de la libertad se alcanzan con ello.

La verdad que se deriva del magisterio de Cristo, pone de manifiesto lo que vale y en lo que debe estimarse cada cosa, y el hombre, imbuido en tal conocimiento, si obedeciere á la verdad que percibe, en lugar de hacer servir su razón á la concupiscencia, haría que ésta sirviese á aquélla, y, apartada de sí la pésima servidumbre del error y del pecado, se regeneraría entre la más excelente de todas las libertades. *Conoceréis á la verdad, y la verdad ha de libraros* (2).

Queda bien patente, pues, que toda inteligencia que rechaza el imperio y tutela de Cristo con voluntad perversa lucha contra Dios. Y emancipados los que así piensan de la potestad divina, no por esto serán más libres; puesto que han de caer en manos de otra cualquiera potestad humana, y han de elegir, como suele acontecer, un hombre cualquiera á quien oigan, obedezcan ó sigan como maestro y guía. De ahí, cerrada su inteligencia á la comunicación de las cosas divinas, la hacen revolver en un círculo vicioso de una ciencia limitada y mezquina, y hasta en aquellas mismas cosas que suelen conocerse más por medio de la razón natural son menos aptos para aprovechar debidamente.

Hay en la naturaleza de las cosas muchas á luz cuales ayuda no poco la luz de la doctrina de lo alto para comprenderlas ó explicarlas, y para castigar muchas veces Dios la culpa de su soberbia, permite que no vean la verdad tal cual ella es para que lleven el castigo en aquello mismo en que pecaron. Por esto se ven hoy día muchísimos ingenios

(1) II Cor., X, 5. (2) Jo. VIII, 32.

privilegiados por su erudición exquisita, que al investigar los misterios de la naturaleza persiguen teorías tan absurdas que puede decirse que nadie erró más torpemente que ellos.

Téngase, pues, por cosa cierta que ha de entregarse totalmente la inteligencia humana, para vivir vida de cristiano, á la autoridad divina. Y si por aquello de que la razón ceda á la autoridad, aquel orgullo íntimo que tanta fuerza tiene en nosotros se rebela y lamenta con dolor, se sigue que es más necesario todavía al cristiano el sacrificio del entendimiento que el de la voluntad.

Y por esto queremos recordar que los que se forjan en su mente una ley y manera de sentir y obrar más ancha y muelle en la vida cristiana, de preceptos más suaves y conformes con su floja inclinación y más benignos con la humana naturaleza, no han de ser jamás tolerados ni oídos con benevolencia. No comprenden los tales la fuerza de la fe y de las instituciones cristianas, no ven que á cada paso la Cruz nos sale al encuentro, como estandarte perpetuo y ejemplar para todos aquellos que real y verdaderamente, y no solo de nombre, quieren seguir á Cristo.

Propio es de sólo Dios ser Vida verdadera; todas las otras naturalezas son participantes de la Vida, pero no han sido ellas la Vida jamás. Desde toda la eternidad, por su peculiar naturaleza, Cristo es la Vida, del mismo modo que es la Verdad, porque es Dios de Dios. Del mismo, como de altísimo principio, fluye en el mundo toda vida y fluirá perpetuamente todo lo que es, es por Él mismo; todo lo que vive, por Él mismo vive, porque todas las cosas por el Verbo fueron hechas, y sin Él nada se hizo de cuanto hoy hecho.

Esto accade en cuanto á la vida de la naturaleza, pero muchísimo más en la otra vida más excelente que debemos á Cristo y de la que hemos hecho mención, es á saber: la vida de la gracia, á la cual debemos referir todos nuestros pensamientos y acciones. Y en esto estriba toda la fuerza de la doctrina y leyes cristianas, en que muertos para el pecado vivamos para la justicia (1); esto es, para la santidad y virtud en que consiste la vida moral de las almas con la esperanza cierta de una bienaventuranza perpetua.

Se puede muy propiamente decir que nada alimenta mejor el espíritu de la justicia que la fe cristiana, la más

(1) I Pet. II, 24.

apta también para la salvación. *El justo vive de la fe* (1). *Sin la fe es imposible agradar á Dios* (2). Así, pues, el implantador y padre de la fe, y el que en nuestras almas la mantiene, no es otro que el mismo Jesucristo, y Él es quien sustenta y conserva en nosotros la vida moral, y esto de un modo muy principal por medio del ministerio de la Iglesia. Y con benigno y providentísimo parecer entregó á esta todos los medios aptos para engendrar esta vida de fe de que hablamos, y una vez engendada, la conservaran y defendieran, y la hiciesen renacer si por acaso se extinguía.

Pero toda esta fuerza procreatriz y conservadora de las virtudes se estrella si la norma y disciplina de las costumbres se aparta de la fe divina, y es cosa manifiesta que pretenden despojar al hombre de su altísima dignidad, despojándole de la vida sobrenatural y haciéndole revolver en los horrores de naturalismo grosero, los que intentan ó quieren enderezar las costumbres hacia la honestidad por medio del magisterio único de la razón.

No se crea por esto que el hombre no pueda entender y discernir cosas naturales con la luz de su razón; pero aún cuando entendiésemos con ella todas las cosas, y sin ningún tropiezo guardásemos todo precepto en su vida, lo que no puede ser sin la gracia del Redentor por auxilio, nadie habría que pudiese confiar en su eterna salvación destituido de la fe. *Si alguien no permaneciere en Mí, será echado fuera como una rama, y se secará, y lo recogerán, y lo echarán al fuego, y arderá* (3). *El que no creyera será condenado* (4). Y por fin demasiadas pruebas y documentos tenemos ante nosotros, de los frutos que acarrea este menosprecio de la fe. ¿Por qué causa muchas ciudades trabajan y se esfuerzan hasta debilitarse, sólo por establecer y aumentar por todos los medios posibles e imaginables la prosperidad pública?

Dicen que la sociedad civil está ya harto segura y custodiada por sí misma, y que puede, cómodamente, subsistir sin el auxilio de las instituciones cristianas, y que consoló su esfuerzo puede alcanzar la meta apetecida. De ahí viene que los que tienen á su cargo la administración pública, lo hacen de un modo profano y de tal suerte, que en las leyes civiles y en la vida pública de los pueblos hoy nadie hallará ningún vestigio de la religión de nuestros antepasados.

(1) Galat. III, 11. — (2) Heb. XI, 6. — (3) Joann. XV, 6. — (4) Marc., XVI, 16.

No ven suficientemente lo que hacen, pues destruida la noción de la Divinidad que sanciona lo bueno y lo malo, es forzoso que las leyes menoscaben la autoridad del jefe del Estado y que la justicia vacile, siendo ambas cosas como son dos vínculos firmes y necesarios de toda conjunción y concordia civil. De igual manera, quitada de una vez la esperanza de los bienes inmortales, es muy natural aperecer con afán las cosas mortales y caducas, cada una de las cuales, procura traer á sí con todas sus fuerzas y con ansia desmedida.

De aquí nacen los odios, las emulaciones y envidias, las determinaciones criminales, el descaño, la ruina de toda autoridad y el maquinarse la disolución más loca y criminal de todo principio social. En el exterior, guerras y amenazas; en lo interior, falta de seguridad absoluta; y la vida común de los pueblos aparece manchada con toda suerte de crímenes.

Pero en medio de tanta lucha de pasiones bajas, entre tantos peligros y en tales riesgos que amenazan, hay que buscar un remedio oportuno con madurez y reflexión. Reprimir á los malhechores, restablecer en su primitiva dulzura las costumbres, y por todos los medios evitar los delitos con la paternal tutela de las leyes, es cosa justa y debida, pero no ocriba todo en esto.

Mucho más encumbrado está el remedio; una autoridad más alta se ha de invocar que la meramente humana, que toque los corazones, recuerde á todos sus deberes y haga á los hombres mejores, y ésta no es otra que aquella fuerza que ya una vez libró á todo el universo de males semejantes y de una perpetua ruina. Quien haga revivir y fortalecer el espíritu cristiano adormecido, y le libre de toda traba é impedimento, hará renacer también la sociedad humana.

Era peligroso callar la lucha de clases, pero muy santo y conforme recomendar los derechos de ambos con mutua concordia. Si á Cristo oyen, cumplirán todos sus deberes, tanto los dichosos como los infortunados; los unos sentirán que deben cumplir con la caridad y la justicia si quieren ser salvos; los otros, con la resignación y el comedimiento. Admirablemente se afirmarían los cimientos de la sociedad doméstica, así impera el laudable temor á Dios: tanto al prohibir como al mandar, y por la misma razón muchas de las cosas que se prescriben por la naturaleza estarán en pleno vigor en los pueblos y en las naciones. Se verá cómo

deba obedecerse á las potestades legítimas y acatar las leyes, según derecho, no armar sedición alguna y no tramitar conspiraciones tampoco.

Y así, donde quiera que presida la ley cristiana y ninguna potestad se lo impida, allí espontáneamente se conservará el orden establecido por la Divina Providencia y la prosperidad é inocuidad florecerán de consuno. La salud universal reclama, pues, volver allí de donde nunca se debiera haber salido, es á saber, á Aquel que es camino, verdad y vida, y no sólo cada uno en particular, sino toda la sociedad en común.

Conviene que ésta sea otra vez restituida á Cristo su Señor, y se ha de conseguir que la vida derivada de Él lleve á todos los miembros y partes de la sociedad, y se saturen de ella los mandatos y prohibiciones legales, las costumbres populares, las enseñanzas llanas y caseras, los derechos conyugales, la norma de vida doméstica, los alcázares de los opulentos y los talleres de los obreros.

Y no ignore nadie que de esto depende en su mayor parte la suavidad de costumbres de las gentes tan deseadas y apetecidas, porque ésta crece y se alimenta no sólo de aquellas cosas que sirven de pábulo al cuerpo, como las riquezas y comodidades, sino de aquellas que pertenecen al espíritu y forman las costumbres loables y el culto de todo linaje de virtudes.

Entre los que están lejos de Cristo muchos más lo están por ignorancia que por voluntad perversa, y mientras muchísimos hallamos deseosos de conocer con todo afán el estado social del orbe y del hombre mismo, poquísimos vemos ocupados en querer conocer al Hijo de Dios. Primero, pues, hay que destruir la ignorancia con el conocimiento de Él, para que desconocido no sea repudiado ó despreciado.

Y exhortamos á los cristianos de todo lugar, condición y jerarquía que por todos los medios imaginables y según la medida de sus fuerzas trabajen para que sea conocida la persona del Redentor, tal cual ella es y merece, á la cual si cada uno mira y considera con cabal juicio y sinceramente, verá con toda claridad no haber nada más saludable en el mundo que su ley, ni más divino y altísimo que su doctrina.

Vuestra autoridad y cooperación, Venerables Hermanos, ha de contribuir por modo muy poderoso á tan noble fin, lo mismo que la diligencia y empeño de todo vuestro

clero. Pensad que es la parte principal de nuestro oficio imprimir en los corazones del pueblo la verdadera noción y la imagen real de Jesucristo, y por medio de la literatura la oratoria, en los colegios, en las escuelas de enseñanza primaria, y en donde quiera que se ofrezca ocasión, explicar sus beneficios y su caridad ardentísima.

De lo que se ha llamado *derechos del hombre* demasiadas cosas ha oído el pueblo; oiga alguna vez, por fin, algo de los *derechos de Dios*. Que este sea el tiempo más oportuno para ello lo indican el amor de muchos á las cosas de piedad recientemente despertado, como dijimos, y de un modo particular la devoción tan manifiesta á la persona del Redentor que hemos de legar, Dios mediante, al siglo venidero en prenda de mejores días. Pero como se trata de una cosa que no hay que esperar de otra parte á no ser de la gracia divina, unidos en afán y caridad inistemos con súplicas fervientes á la misericordia del Todopoderoso, á fin de que no permita que perezcan aquellos á quienes libró con su preciosa sangre derramada, que mire propicio á la generación presente que mucho ciertamente delinquiró, pero mucho también á su vez ha sufrido y muy ásperamente en expiación de su delito y que abrazando con benignidad á todos los hombres y gentes, se acuerde de aquellas palabras suyas: Yo, *si fuere levantado de la tierra, atraeré todas las cosas á Mí* (1).

En prenda, pues, de los dones celestiales y en testimonio de nuestra paternal benevolencia, os damos á Vosotros, Venerables Hermanos, y al clero y pueblo vuestro, de todo corazón la Bendición apostólica.

Dado en Roma en S. Pedro el día 1.º de Noviembre de 1900, de nuestro Pontificado el vigésimo tercero.

LEÓN, PAPA XIII.

(1) *Juan. XII, 32.*





EPISTOLA ENCYCLICA

DE IESU CHRISTO REDEMPTORE

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

LEO PP. XIII

VENERABILES FRATRES

SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

IN AMENSI futuro prospicientibus, vacuo a sollicitudine animo esse non licet, immo vero non paucae sunt nec leves extimescendae formidines, cum tot tamque inveteratae malorum causae et privatum et publice insideant: tamen aperi ac soluti aliquid videntur hac extrema saeculi divino munere peperisse. Nemo enim existimet, nihil habere ad communem salutem momenti renovatum cogitationum bonorum animi, fideique et pietatis christianae excitata studia: quae quidem virtutes revirescere apud complures aut corroborari hoc tempore, satis expressa signa testantur. Ea quippe in media illecebrarum saeculi ac tot circumiectis pietati offensivibus, tamen una nota Pontificis undique commeare Romam ad limina sanctorum Apostolorum multitudo frequens: cives pariter ac peregrini dare pietati religioni operam: oblataque Ecclesiae indulgentiis confisi, parandae aeternae salutis artes studiosius exquirere. Quam praeterea ista non moveat, quae omnium observatur oculis, erga humani generis Salvatorem solito magis incensa pietas! Optima rei christianae temporibus facie igitur iudicatur late ardor animi tot hominum millium una voluntate sententiaque ab ortu ad solis occasum consultantium nomen laudisque praedicationum Iesu Christi. Abque ulinam istas avitae religionis velut erumpentes flammae magnum incensum consequatur: exemplumque excoles multorum reliquos permoveat universos. Quid enim tam haud aetati necessarium, quam redintegrari late in civitatibus indolem christianam, virtutesque veteres! Illud calamitosum, alios et quidem nimis multos obsurdescere, nec ea, quae ab eiusmodi pietatis renovatione monentur, audire. Qui tamen si scirent donum Dei, si repuerent, nihil fieri posse miserius quam descivisse a liberatore orbis terrarum moresque et instituta christiana deseruisse, utique exsuscitent et ipsi sese, certissimumque interitum effugere converso itinere propere-

rarent. — Iamvero tueri in terris atque amplificare imperium Filii Dei, divinorumque beneficiorum communicatione ut homines salvi sint contendere, minus est Ecclesiae ista magnam atque ita suam, ut hoc in opere maxime omnis eius auctoritas ac potestas consistat. Id Nos in administratione Pontificatus maximi, perdifficili illa quidem ac plena curarum, videmur ad hunc diem pro viribus studuisse: vobis autem, venerabiles Fratres, assistentem certe est, immo quotidianum, praecipuum cogitationis vigiliisque in eodem negotio Nobiscum consumere. Verum utrique debemus pro conditione temporum etiam maiora curari, nominatimque per sacri opportunitatem Anni disseminare laetis notitiam atque amorem Iesu Christi, docendo, suadendo, hortando, si forte exaudiri vox nostra queat, non tam eis, dicimus, qui effusa christiani accipere prout auribus consueverat, quam ceteris omnibus longa miseris, christianum retinentibus nomen, vitam sine fide, sine amore Christi agitantibus. Horum Nos maxime miseret: hos nominatim velimus, et quid agant et quorum evasuri sint, si respuerint, attendere.

Iesum Christum nullo unquam tempore nullaque ratione novisse, summa infelicitas est, vacat tamen pervicacia atque ingrati animi vitio: repa livore aut oblivisci iam cogitum. Id vero scelus est adeo tetrum atque insanum, ut in hominem cadere vix posse videatur. Principium enim atque origo ille est omnium honorum: hominumque genus, quemadmodum a sine Christi beneficio liberari nequeverat, ita nec conservari sine eius virtute potest: *Non est in alio aliquo salus. Nec enim aliud nomen est sub caelo datum hominibus, in quo oporteat nos salvos fieri.* (1) Quae vita mortisum sit, unde insulet Iesus, Dei virtus et Dei sapientia, qui mores, quae extrema rerum non satis docent exemplo suo expertos christiani luminis gentes! Quorum qui praesumpter mentem val adhaerentem apud Paulum (2) caecitatem mentis, depravationem naturae, portenta superstitionum ac libidinum. Is profecto deitum misericordia simul atque horrore animum sentiat. — Comperta vulgo sunt, quae memoramus hoc loco, non tamen meditata, nec cogitata vulgo. Neque enim tam multos abluerent superbia, aut securis tanguerat, si divinorum beneficiorum talis memoria coeiret, asepiusque repererat animos, unde hominem Christus eripuit, et quo provexit. Exheres atque exsul tot iam aetates in interitum gens humana quotidie rapiebatur, formidolosis illis aliisque implicata malis, quae primorum parentum pepererat delictum, nec euerant ulla humano ope sanabiles, quo tempore Christus Dominus, demissus a caelo liberator, apparuit. Eum quidem victorem domitorumque serpentis futurum, Deus ipse in primo mundi ortu sponserat: i. de in adventum eius intueri acri cum expectatione desiderii saecula consequentis. In eo spem omnem repositam, sacrorum fata vetum perdit ac luculente cocierant, quin

(1) Act. IV, 12. — (2) Ad Rom. I.

etiam lecti cuiusdam populi varia fortuna, res gestae, instituta, leges, caeremoniae, sacrificia, distincte ac dilucide praesignificaverant, salutem hominum generi perfectam absolutamque in eo fore, qui sacerdos tradebatur futurus, idemque hostia peculiaris, restitutor humanae libertatis, princeps pacis, doctor universarum gentium, regni conditor in seleritate temporum permansuri. Quibus et diu-
 lis et imaginibus et vaticiniis specie variis, re concinentibus, ille designabatur unus, qui propter nimis caritatem suam qua dilexit nos, pro salute nostrae aese aliquando deberet. Sane cum divini venisset maturitas consilii, unigenitus Filius Dei, factus homo, violato Patria numini cumulatissime pro hominibus uberrimeque satisfecit de sanguine suo, laetique redemptionem pretio vindicavit sibi genus humanum. *Non corruptibilibus auro vel argento redempti estis... sed pretioso sanguine quasi agni immaculati Christi, et incontaminati* (1). Ita omnes in universum homines potestati iam imperioque suo subiectos, quod duncolorum ipse et conditor est et conservator, vere propriaque redimendo, rursus fecit iuris sui. *Non estis veteri: enim estis pretio magno* (2). Hinc a Deo instaurata in Christo omnia, *Sacramentum voluntatis suae, secundum beneplacitum eius, quod proposuit in eo, in dispensatione plenitudinis temporum instaurare omnia in Christo* (3). Cum deesset iesus chi-
 rographum decreti, quod erat contrarium nobis, alligens illud cruci, continuo quaevevo caelestis irae; conturbato errantique hominum generi antiquae servitutis liberata nexa, Dei reconciliata voluntas, reddita gratia, reclusus aeternae benignitatis editus, eiusque poliundae et ius restitutum et instrumenta praebita. Tam velut exortatus et relecto quodam diuturno se mortifero dispexit homo lumen veritatis conceptum per tot saecula quesiitumque frustra. In primisque agnovit, ad bona se multo altiora multoque magnificentiora natum quam haec sint, quae sensibus percipiuntur, fragilia et fluxa, quibus cognitiones curaque suas antea foverat: atque hanc omnino esse humanae constituit onem vitae, hanc legem supremam huc tamquam ad finem omnia referenda, ut a Deo profecti, ad Deum aliquando revertamur. Ex hoc initio et fundamento recessa revixit conscientia dignitatis humanae: sensum fraternalis omnium necessitudinis exceperit pectora: tum officia et iura, id quod erat consequens, partim ad perfectionem adducta, partim ex integro constituta, simulque tales excitatae passim virtutes, quales non suscipiari quidem ulla veterum philosophia potuisset. Quomobrem consilia, actio vitae, mores, in alium abiere cursum: dumque redemptione late fluxisset cognitio, atque in inlimes civitatum venas virtus eius, ex pultrix ignorantiae ac vitiorum veterum, permanisset, tum ea est conversio rerum consecuta, quae, christiana gentium humanitate perita, faciem orbis terrarum funditus commutavit.

(1) 1 Pet. I, 18-19. — (2) 1 Cor. VI, 19-20. — (3) Eph. I, 9-10.

Istarum in recordatione rerum quaedam inest, venerabiles Fratres, infinita iucunditas, pariterque magna vis admonitionis sollicit ut habemus toto animo, referendamque curemus, ut potest, divino Servatori gratiam.

Remoti ob vetustatem sumus ab originibus primordisque restitutae salutis: quid tamen istuc referat, quando redemptionis perpetua virtus est, perennique et in mortalia manent beneficiis? Qui naturam peccato perditam reparavit semel, servat idem servabitque in perpetuum; *Dedit redemptionem semetipsum pro omnibus*... (1). *In Christo omnes eiificabuntur*... (2). *Et regni eius non erit finis* (3). Itaque ex aeterno Dei consilio, omnis est in Christo Iesu cum singulorum, tum universorum posita salus: eum qui deserunt, hoc ipso exitum sibi privatim coeco furore consciscunt, eodemque tempore committunt, quantum est in se, ut quam melorum calamitatumque molem propitiate sua Redemptor depulerat, ad eam ipsam convictus humanus magna isclata tempestate relabatur.

Rapiuntur enim errore vago optata ab meta longius, quicumque in itinera se devia coniecerint. Similiter si lux veri pura et sincera respiciatur, offusci caliginem mentibus, misere opinio pravitae passim infatuari summo necesse est. Spes autem unitatis quata potest esse reliqua iis, qui principium et fontem vitae deserunt? Atqui via veritas et vita Christus est unice. *Ego sum via, et veritas et vita* (4): illa ut, eo posthabito, tria illa ad omnem salutem necessaria principia tollantur.

Num disserere est opus, quod ipsa res monet assidue, quodque vel in maxima mortalium bonorum affluentia in se quisque penitus sentit, nihil esse, praeter Deum, in quo voluntas humana absolute possit atque omni ex parte quiescere? Omnino finis homini, Deus: atque omnis haec, quae in terris degitur, aetas similitudinem persignationis cuiusdam atque imaginem verissime gerit, lamvero oia nobis Christus est, quia ex hoc mortali cursu, tam laborioso praesertim tamque scncipiti, ad summum et extremum bonorum, Deum, nulla ratione pervenire, nisi Christo auctore et duce, passimus. *Nemo venit ad Patrem, nisi per me* (5). Quo modo nisi per eum? Nempe in primis et maxime, nisi per gratiam eius: quae tamen caeca in homine foret, neglectis praecceptis eius et legibus. Quod enim fieri, parva per Iesum Christum salute, oportebat, legem ipse suam reliquit custodem et procuratricem generis humani, qui nimirum gubernante, a vitae pravitatae conversi, ad Deum homines sum securi contenderent. *Evangelio docete omnes gentes... docentes eos servare omnia quaecumque mandavi vobis*... (6). *Mandata mea servate* (7). Ex quo intelligi debet, illud esse in professione christiana praecipuum planeque necessarium, praebere se ad Iesu Christi praeccepta docilem etique, ut domino ac regi summo, obnoxiam ac

(1) Tim. II, 6. — (2) 1 Cor. XV, 22. — (3) Luc. I, 33. — (4) Io. XIV, 6. — (5) Io. XIV, 6. — (6) Matth. XXVIII, 19-20. — (7) Io. XIV, 15.

devotam pœnitentiam gerere voluntatem. Magna res, et quae multum saepe laborem vehementemque contentionem et constantiam desiderat. Quamvis enim Redemptoris beneficio humana sit reparata natura, superstes tamen in unoquoque nostrum velut quaedam negotio est, infirmitas ac vitiositas. Appetitus varii huc atque illuc hominem rapiunt, rerumque externarum illecebrae facile impellunt animum ut, quod libeat, non quod a Christo imperatum sit, sequatur. Atqui tamen contra nitendum, atque omnibus viribus repugnandum est cupiditatibus in obsequium Christi quae nisi parent rationi, dominantur, totumque hominem Christo ereptum, sibi faciunt servientem. *Homines corrupti mente, reprobi circa fidem, non effloviunt ut non servant... servant enim cupiditati triplici, vel voluptatis, vel excellentiae, vel spectaculi* (1). Atque in eiusmodi certamine sic quisque affectus esse debet, ut molestias etiam et incommoda sibi suscipienda, Christi causa, pati et. Difficile, quae tanto opere allicitur atque oblectitur, repellere: durum atque asperum ea, quae putantur bona corporis et fortunae, praee Christi domini voluntate imperioque contemnere: sed omnino christianum hominem oportet patientem et fortem esse in preferendo, si vult haec, quod datum est vitae, christiane tractare. Obliviscens sumas cuius corporis et cuius cupitis sinus membra? Proposito sibi gaudio sustinuit crucem, qui nobis ut nosmetipsos abegere mus praescipuit. Ex ea vero effectione animi, quam diximus, humanae naturae dignitas pendet ipsa. Quod enim vel sapientia aut quorum saepe vidit imperare sibi effereque ut pars animi inferior obediat superiori, nequaquam est fractae voluntatis demissio, sed potius quaevis generosa virtus rationi mirifice congruens, in primisque homine digna. — Ceterum, multa ferre et perpetui, humana conditio est. Vilis sibi dolore vacans atque omni expletam beatitudine extruere non plus homo potest, quam divini conditoris sui delere consilia, qui culpa veteris consuetudinis voluit manere perpetua. Consentaneum est ergo, non expectare in terris finem doloris, sed firmare animum ad ferendum dolorem, quo scilicet ad spem certam maximorum bonorum erudimur. Neque enim opibus aut vitae delicatiori neque honoribus aut potentibus, sed patientiae ac iherimis, studio iustitiae et mundo cordi sempiternam in caelo beatitudinem Christus assignavit.

Hinc facile apparet quid sperari denique ex eorum errore superbiaque debeat, qui, spreto Redemptoris principatu, in summo rerum omnium fastigio hominem locant, atque imperare humanam naturam omni ratione atque in omnes partes statuunt oportere: quamquam id regnum non modo assequi, sed nec sentire, quale sit queunt. Iesu Christi regnum a divina caritate vim et formam sumit: diligere sancte atque ordine, eius est fundamentum et summa. Ex quo illa necessario fluunt, officia inviolate servare: nihil alteri de iure detrahere: humana caelestibus interiora ducere: amorem Dei

(1) S. Aug. De vera rel. 27.

rebus omnibus antepone. Sed isthaec dominatio hominis, aut aperte Christum reicientis aut non curantis agnosceret, tota nititur in amore sui, caritatis expert, devotionum nescia. Imperet quidem homo per Iesum Christum licet: sed eo, quo solo potest, pacto, ut primum omnium serviat Deo, eiusque ab lege normam religiose patet disciplinamque vivendi.

Legem vero Christi dicimus non solum praeeceptis morum naturalium, aut ea quae accepere antiqui divinitus, quae utique Iesus Christus omnia perfecit et ad summum adduxit declarando, interpretando, sanciendo: verum etiam doctrinam eius reliquam, et omnes nominatim ab eo res institutas. Quarum profecto rerum caput est Ecclesia: immo ulla res numeratur Christo auctore instituta: quae non illa cumulate complectatur et contineat? Porro Ecclesiae ministerio, praeclearissime ab se fundatae, perennare munus assignatum sibi a Patre voluit: cumque ex una parte praesidis aeternae humanae in eam omnia contulisset, ex altera gravissime sanxit, ei ut homines perinde subsessent ac sibimetipsi, eademque studiosae et in omni vita sequerentur ducem: *qui vos audit, me audit: et qui vos spernit, me spernit* (1). Quocirca omnino potenda ab Ecclesia le, Christi est: ideoque via homini Christus, via ite Ecclesiae; ille per se et natura sua; haec, mandato munere et communicatione potestatis. Ob eam rem quicumque ad salutem contendere seorsum ab Ecclesia velint, falluntur errore vise, frustra que contendunt.

Quae autem privatorum hominum, eisdem fere ab eadem imperiorum: haec enim ipsa in exitu pernicitoso incurrare necesse est, si digrediantur de via. Humanae procreator idemque redemptor naturae, Filius Dei, rex et dominus est orbis terrarum, potestatemque summam in homines obtinet cum singulos, tum jure sociatos. *Dedit ei potestatem, et honorem, et regnum: et omnes populi, tribus et linguae ipsi servient* (2). *Ego autem constitutus sum rex ab eo... Dabo tibi gentes haereditatem tuam, et possessionem tuam terminos terrae* (3). Debet ergo in convictu humano et societate lex valere Christi, ita ut non privatae tantum ea sit, sed et publicae dux et magister vitae. Quoniamque id illi est provisorum et constitutum divinitus nec repugnare quisquam impune potest, ideoque male consuleret rei publice ubicumque instituta christiana non eo, quo debent, habentur loco. Amoto Iesu, destituitur sibi humana ratio, maximo orbata praesidio et lumine: tum ipsa facile obstratur notio causae, quae causa, Deo auctore, genuit communem societatem, quaeque in hoc consistit maxime ut, civili conjunctione adiutrice, consequantur cives naturae bonum, sed prorsus summo illi, quod supra naturam est perfectissimoque et perpetuo bono conveniant. Occupatis rerum confusione mentibus, ingreduntur itinere devio tam qui parent, quam qui imperant: abest enim quod tuto sequantur, et in quo consistent.

(1) Luc. X, 16.—(2) Daniel, VII, 14.—(3) Ps. II.

Quo pacto miserum et calamitosum aberrare de via, similime deserere veritatem. Pater autem et absolute et essentialis veritas Christus est, utpote Verbum Dei, consubstantiale et coaeternum Patri, unum ipse et Pater: *Ego sum via, et veritas*. Itaque, si veram quaeritur, pariter primum curium Iesu Christo, in eiusque magisterio securo conquiretur humana ratio, propterea quod Christi voce acquirit ipsa veritas. — Innumerabilia genera sunt, in quibus humani facultas ingenii, velut in uberrimo campo et quidem suo, investigando contemplandaque, libere excurrat, idque non solum concedente, sed plane postulante natura. Illud nefas et contra naturam, contineri mentem nolle finibus suis, abieciatque modestia debita, Christi docentis aspernari auctoritatem. Doctrinae ea, unde nostrae omnium pendet salus, fere de Deo est rebusque divinisimisque neque sapientia hominis cuiusquam peperit eam, sed Filius Dei ipso ab Patre suo totam hausit atque accepit: *Verba quae dedisti mihi, dedi eis* (1). Idcirco plura necessario complectitur, non quae rationi dissentiant, id enim fieri nullo pacto potest, sed quorum altitudinem cogitatione assequi non magis possumus, quam comprehendere, quibus est in se, Deum. At enim si tam multae res existant occultae et a natura ipsa involutae, quae nulla queat humana explicare solertia, de quibus tamen nemo sanus dubitare ausit, erit quidem libertate perverse utentium non ea perferre quae supra universam naturam longe sunt posita, quod percipere qualia sint non licet. Nolle dogmata huc plane recidit, christianam religionem nullam esse valde. Porro fluctanda mens demissa et obnoxia in obsequium Christi usque adeo, ut eius nomine imperioque velut captiva teneatur: *In captivitatem redigentes omnem intellectum in obsequium Christi* (2). Tale proterus obsequium est, quod Christus sibi tributum vult; et iuravit, Deus est enim, proptereaque sicut voluntatis in homine, ita ei intelligentiae unus habet summum imperium. Serviens autem intelligentia Christo domino, nequaquam facit homo serviliter, sed maxime convenienter tum rationi, tum nativae excellentiae suae. Nam voluntate in imperium concedit non hominis cuiusquam, sed auctoris suae principis omnium Dei, cui subiectus est lege naturae: nec stringit se humani opinione magistri patitur, sed aeterna etque immutabili veritate. Ita et mentis naturale bonum, et libertatem simul consequitur. Veritas enim, quae a Christi magisterio proficiscitur, in conspicuo ponit, unaqueque res quae in se sit et quae, quia imbutus cognitione, si perceptae veritati percurrit homo, non ea rebus, sed sibi res, nec rationem libidini, sed libidinem rationi subiciet; peccaticum et errorum pessima servitute depulsa, in libertatem praesentissimam vindicabitur: *Cognoscitis veritatem, et veritas liberabit eos* (3). — Apparet igitur, quorum mens imperium Christi recusat, eos pervicaci voluntate contra Deum contendere. Elapsi autem et potestate divina, non propterea solutiores futuri sunt: incident in

(1) Io. XVII, 8. — (2) II. Cor. X, 5. — (3) Io. VII, 21.

potestatem aliquam humanam; eligent quippe, ut fit, unum aliquem, quem audiant, cui obtemperent, quem sequantur magistrum. Ad haec, mentem suam, a rerum divinarum communicatione seclusam, in angustiorum scientiae gyrum compellant, et ad ea ipsa, quae ratione cognoscuntur, veniet minus instructi ad proficiendum. Sunt enim in natura rerum non pauca, quibus vel percipiendis, vel explicandis plurimum offert divina doctrina luminis. Nec raro, potius de superbia sumpturus, sinit illos Deus non vera cernere, ut in quo peccant, in eo placeantur. Utraque de causa permultos saepe videre licet magnis ingeniiis exquisitaque eruditione praeditis, tamen in ipsa exploratione naturae tam absurda consecutantes, ut nemo detestari erraverit.

Certum igitur sit, intelligentiam in vita christiana auctoritatis divinae totam et penitus esse tradendam. Quod si in eo quod ratio cedit auctoritati, elatior ille animus, qui tantam habet in nobis vim, comprimitur et dolet aliquid, inde magis emergit, magnum esse in christiano oportere non voluntatis duntaxat, sed etiam mentis tolerantiam. Atque id velimus meminisse, qui cogitatione sibi fingunt ac plane assentiant quamdam in christiana professione et sentiendi disciplinam et agendi, cuius essent praedicta molliora, quaeque humanae multo indulgentior naturae, nullam in nobis tolerantiam requireret aut mediocrem. Non satis vim in se ligunt fidei institutorumque christianorum: non vident, undique nos occurrere *Crucem*, exemplum vitae vexillumque perpetuum his omnibus futurum, qui re ac factis non tantum nomine, sequi Christum velint.

Vitam esse, solus est Dei. Ceterae naturae omnes participes vitae sunt, vita non sunt. Ex omni autem aeternitate ac suapte natura *vita* Christus est, quo modo est veritas, quia Deus de Deo. Ab ipso, ut ab ultimo suggestissimoque principio, vita omnis in mundum influxit perpetuaeque induit; quidquid est, per ipsum est, quidquid vivit, per ipsum vivit, quia omnia per Verbum facta sunt, et sine ipso factum est nihil quod factum est. Id quidem in vita naturae: sed multo meliorem vitam multoque potiore satis iam tetigitur supra, Christi ipsius beneficio partam, namque *vitam gratiae*, cuius beatissimus est exitus *vita gloriae*, ad quam cogitationes atque petitiones referendas omnes. In hoc est omnis vis doctrinae legumque christianarum, in peccatis mortui, iustitiae vivamus (1), id est virtuti et sanctitati, in quo moralis vitae eorum cum explorata spe beatitudinis sumptimae consistit. Sed vere et proprie et ad salutem apte nulla re alia, nisi fide christiana, alitur iustitia, *Iustus ex fide vivit* (2). *Sine fide impossibile est placere Deo* (3). Itaque sator et parens et altor fidelis Iesus Christus, ipse est qui vitam in nobis moralem conservat ac sustentat; idque potissimum Ecclesiae ministerio: huic enim, benigno providentissimoque consilio, administranda instrumenta tradidit, quae hanc, de qua loquimur, vitam gignunt, generant tueruntur,

(1) Pet. I, 21. — (2) Galat. III, 21. — (3) Hebr. XI, 6.



EPÍSTOLA ENCÍCLICA

SOBRE LA DEMOCRACIA CRISTIANA.

LEÓN P. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

LAS graves controversias de economía política, que tiempo ha debilitan en más de una nación la concordia de ánimos, de tal modo se propagan y enardecen, que no sin motivo tienen solícito y en suspenso el parecer de los hombres más prudentes. Su introducción fue debida en primer término á las falacias de opiniones ampliamente difundidas en el modo de filosofar y obrar. Después, el nuevo impulso que en nuestros días recibieron las artes, la rapidez de comunicaciones y los medios adoptados para la disminución del trabajo y aumento del salario, exacerbaron la contienda. Por último, provocada la separación entre ricos y pobres, merced á trabajos de hombres turbulentos, á tal extremo llegaron las cosas, que agitados los pueblos con frecuentes sublevaciones, parecen serán entristecidos con calamidades espantosas.

Apenas comenzó nuestro pontificado, Nos advertimos del peligro que por este concepto corría la sociedad civil y creemos deber Nuestro avisar á los católicos del grave error que se encubre en las invenciones del socialismo y del grave daño que de él se deriva, no solo á los bienes externos de la vida, si que también á la probidad de costumbres y á la religión. Con este objeto dirigimos la Carta Encíclica *Quod Apostolicis muneris* el 28 de Diciembre de 1878.

Aumentando la gravedad de estos peligros con detrimento privado y público, Nos con solícitud acudimos á re-

mediarlo, escribiendo al efecto las Encíclicas *Rerum novarum* el 15 de Mayo de 1891, en la que, con extensión nos ocupamos de los derechos y deberes, con que las dos clases de la sociedad, patronos y obreros, deben convenir entre sí; señalando á su vez conforme á las prescripciones evangélicas, los remedios más oportunos, á nuestro juicio, para defensa de la justicia y para dirimir todo conflicto entre las clases de la sociedad.

Por favor divino no resultó defraudada nuestra confianza, puesto que los mismos disidentes del catolicismo, arrastrados por la fuerza de la verdad, han reconocido que á la Iglesia corresponde velar por las clases sociales, especialmente por las que se hallan en miserable estado de fortuna. Los católicos por su parte percibieron como fruto de nuestras enseñanzas, no solo estímulo y aliento para realizar óptimas empresas, sino que también la anhelada luz para, bajo su influencia, dedicarse con éxito y seguridad á esta clase de estudios, y de esta suerte las diferencias de opiniones que entre ellos existía en parte desaparecieron y en parte se mitigaron. En la práctica se consiguió fundar y aumentar útilmente valiosos elementos en defensa de la clase proletaria, principalmente donde mayor era su desventura, como son: la protección dispensada á los ignorantes llamada secretariado del pueblo, los bancos agrícolas, las sociedades de socorro mutuo, las ordenadas á remediarse en las necesidades é infortunios, los gremios de obreros y otros auxiliares de esta naturaleza.

De esta manera, bajo los auspicios de la Iglesia, se inicia entre los católicos cierta unión de acción en favor de la plebe, rodeada casi siempre no menos de asechanzas y peligros, que de penuria y trabajos. En principio no fue designada con nombre propio esta acción de beneficencia popular; el de *socialismo cristiano* empleado por algunos, así como los de él derivados no sin razón cayeron en desuso. Después con fundamento fué por muchos llamada *acción cristiana popular*. En algunas partes los que se dedican á esta obra son llamados *cristianos sociales*, en otras se llama *democracia cristiana* á la acción y *démocratas cristianos* á los que la prestan su concurso, en contraposición á la *democracia social* que persiguen los socialistas. De estas dos últimas denominaciones, si no la primera *sociales cristianos*, ciertamente la segunda *democracia cristiana* para muchos es ofensiva por suponer que encierra algo ambiguo y peli-

grosso: temiendo, al efecto, que por este nombre bajo cubierto interés se fomente el régimen popular ó se prefiera la democracia á las demás formas políticas, que se restrinja la religión cristiana reduciendo sus miras á la utilidad de la plebe, sin atender en nada al bien de las demás clases, y por último, que bajo ese especioso nombre, se encumbra el propósito de substraerse á todo gobierno legítimo ya civil ya sagrado. Agitándose esta cuestión con demasiada frecuencia y acritud, deber Nuestro es imponer límites á la controversia, definiendo qué deban sentir los católicos sobre el particular y además prescribir ciertas reglas que hagan más amplia y saludable su acción á la sociedad.

No hay duda alguna sobre lo que pretende la *democracia social* y lo á que deba aspirar la *democracia cristiana*. Porque la primera en muchos llega á tal grado de malicia, que nada admite fuera de lo natural, busca exclusivamente los bienes corpóreos y externos, poniendo la felicidad humana en su adquisición y goce. De aquí su deseo de que la autoridad resida en la plebe, para que suprimidas las clases sociales y nivelados los ciudadanos se establezca la igualdad de bienes; como consecuencia se aboliría el derecho de propiedad y la fortuna de los particulares así como los medios de vida pasarían á ser comunes. Por el contrario la *democracia cristiana*, por el hecho mismo de recibir ese nombre, debe estar fundamentada en los principios de la fe divina, atendiendo de tal suerte al interés de los plebeyos que procure perfeccionar saludablemente los ánimos, destinados á bienes sempiternos. Nada pues para ella tan santo como la justicia manda que se conserve íntegro el derecho de propiedad, defiende la diversidad de clases, propia de toda sociedad bien constituida y quiere que su forma sea la que el mismo Dios su autor ha establecido.

De donde claramente se infiere que nada hay de común entre la *democracia social* y la *cristiana* y que entre sí difieren como se diferencia la secta del socialismo y la profesión de la religión cristiana.

No sea empero lícito referir á la política el nombre de *democracia cristiana*; pues aunque *democracia*, según su significación y uso de los filósofos, denota régimen popular, sin embargo en la presente materia debe entenderse de modo que dejado todo concepto político, únicamente signifique la misma acción benéfica cristiana en favor del pue-

blo. Porque como los preceptos naturales y evangélicos preceden por sí todos los hechos humanos, es imposible dependan de ningún régimen civil, antes bien pueden armonizar con cualquiera, con tal que no repugne á la honestidad y á la justicia. Son, pues, y permanecen ajenos enteramente dichos preceptos á las opiniones de los partidos y á todo evento, de manera que sea éual fuere la constitución de la república, puedan y deban los ciudadanos cumplir aquellas mismas leyes, en que se les manda amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á sí mismos. Esta fué la disciplina constante de la Iglesia y de ella usaron los R. Pontífices al tratar con las sociedades, cualquiera que fuere su forma de gobierno. Supuesto lo cual, la mente y acción de los católicos al promover el bien de los proletarios, en modo alguno ha de tender á desechar y tratar de introducir un régimen social con preferencia á otro.

Por idéntica razón debe removerse de la *democracia cristiana* el otro concepto, que es atender de tal modo á las clases humildes, que parezcan preteridas las superiores, las cuales no menos contribuyen á la conservación y perfeccionamiento de la sociedad. A esta necesidad provee la ley de la caridad, de que antes hicimos mención la cual abraza á todos los hombres de cualquier condición, como á miembros de una familia creados por un mismo bondadoso Padre, redimidos por un mismo Salvador y llamados á una misma herencia eterna. Esta es la doctrina del Apóstol: *Un cuerpo y un espíritu, como fuisteis llamados en una esperanza de vuestra devoción. Un Señor, una fe, un bautismo. Un Dios y Padre de todos, que es sobre todos y por todas las cosas y en todos nosotros* (1). En consideración, pues, á la unión nativa de la plebe con las demás clases, afianzada por la fraternidad cristiana, en éstas ha de influir necesariamente toda diligencia que se emplee en ayuda de aquélla, lo cual se concibe mejor teniendo en cuenta que para el éxito en este orden, es necesario que aquellas clases sean llamadas á tomar parte en la obra, de lo cual nos ocuparemos luego.

Evítese asimismo, encubrir bajo la denominación de *democracia cristiana* el propósito de insubordinación y oposición á las autoridades legítimas, porque la ley natural y cristiana prescriben reverencia á los que según su grado, rigen la sociedad y obediencia á sus preceptos justos. Lo

(1) Eph. IV, 4-9.

cual ha de hacer el Cristiano para que sea digno de él, sinceramente y como deber: esto es por conciencia, como amonestó el Apóstol, cuando dijo: *toda alma esté sometida á las potestades superiores* (1). No se porta, por consiguiente, de manera cristiana el que rehusa someterse y obedecer á los que gozan de autoridad en la Iglesia, y en primer lugar á los Obispos, á quienes, salva la potestad del R. Pontífice, *ha puesto el Espíritu Santo para gobernar la Iglesia de Dios, la cual él adquirió con su sangre* (2). El que de otra manera sienta ó se conduzca se ha olvidado de aquel gravísimo precepto del mismo Apóstol: *obedeced á vuestros superiores y estadles sumisos. Porque ellos velan, como que han de dar cuenta de vuestras almas* (3). En gran manera interesa que los fieles graben en su corazón lo expuesto y lo cumplan en la conducta de su vida, los sacerdotes á su vez no cesen de inculcarlo á los demás, no tanto con la palabra como con el ejemplo.

Explicada esta doctrina, ya antes de ahora esclarecida, esperamos que desaparezca toda discusión respecto al nombre de democracia cristiana y toda sospecha de peligro en cuanto á lo que con tal nombre se significa. Y lo esperamos con razón. Porque prescindiendo, del parecer de algunos sobre la naturaleza y eficacia de esta democracia cristiana, en la cual hay exageración ó error, nadie habrá que censure esa acción, que solo aspira según la ley natural y divina á ayudar á los que viven del trabajo de sus manos, á hacerles menos penoso su estado y proporcionarles medios para atender á sus necesidades; á que fuera como dentro de sus hogares cumplan libremente los deberes de las virtudes y de la religión, á que se persuadan de que no son animales, sino hombres, cristianos, no paganos y de esta manera se dirijan con facilidad á aquella ÚNICA cosa NECESARIA, al último bien, para el que todos nacimos. Este es, en verdad, el fin, esta la empresa de los que entrañablemente quieren aliviar á la plebe cristiana y preservarla incólume de la peste del socialismo.

De propósito Nos hemos hecho mención de los deberes morales y religiosos. En opinión de algunos la llamada *cuestión social* es solamente económica, siendo por el contrario ciertísimo, que es principalmente moral y religiosa y por esto ha de resolverse en conformidad con las leyes

(1) Rom. XIII, 1-5. (2) Act. XXIII, —(3) Hebr. XIII 17.

de la moral y de la religión. Aumentad el salario al obrero, disminuíd las horas de trabajo, reducid el precio de los alimentos, pero si con esto dejais que oiga ciertas doctrinas y se mire en ciertos ejemplos, que inducen á perder el respeto debido á Dios y á la corrupción de costumbres, sus mismos trabajos y ganancias resultarán arruinados. La experiencia cotidiana enseña que muchos obreros de vida depravada y desprovistos de religión, viven en deplorable miseria, aunque con menos trabajo obtengan mayor salario. Alejad del alma los sentimientos que infiltró la educación cristiana; quitad la previsión, modestia, parsimonia, paciencia y las demás virtudes morales é inútilmente se obtendrá la prosperidad, aunque con grandes esfuerzos se pretenda. Esta es la razón porque Nos jamás hemos exhortado á los católicos á fundar sociedades y otras instituciones, para el feliz porvenir de la plebe, sin recomendarles á la vez que lo hicieran bajo la tutela y auspicios de la religión.

Tanto más digna de encomio nos parece esta acción benéfica de los católicos, cuanto que se despliegan en el mismo campo en que la caridad, bajo la benigna inspiración de la Iglesia, ejerció siempre su acción, acomodándose á las circunstancias de los tiempos. Esta ley de mutua caridad, que es como complemento de la justicia, no solo obliga á dar á cada uno lo suyo, no violar el derecho ajeno, sino que también á favorecerse unos á otros, *no de palabra, ni de lengua, sino de obra y de verdad* (1), recordando lo que Cristo amorosamente dijo á los suyos: *Una mandamiento nuevo os doy: Que os améis los unos á los otros, así como yo os he amado, para que vosotros os améis también entre vosotros mismos. En esto conocerán todos que sois mis discípulos si tuviéreis caridad entre vosotros* (2). Y aunque este mutuo auxilio debe mirar á los bienes no caducos, sin embargo debe extenderse á las necesidades de la vida; á cuyo propósito conviene recordar, que cuando los discípulos del Bautista preguntaron á Cristo: *Eres tú el que has de venir ó esperamos á otro?*, él mismo para mostrar el motivo de su divina misión entre los hombres presentó la razón de caridad, refiriéndose á la sentencia de Isaías: *los ciegos ven, los cojos andan, los leprozos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados* (3). Y ha-

(1) I Joán III, 12.—(2) Joán, XIII, 34 y 35.—(3) Matth. IX, 5.

blando del juicio final y de la distribución de los premios y penas, declaró que especialmente atendería á la caridad con que recíprocamente se hubiesen tratado los hombres, y llena de admiración que pasando en silencio en ese punto las obras espirituales de caridad, se ocupara solo de los deberes de la caridad externa considerándola como hecha en favor suyo: *tunc habere et me disteis de comer; tunc sed et me disteis de beber; era huestes et me hospedasteis; desnudo et me cubristeis; enfermo et me visitasteis; estaba en la cárcel et visitasteis á verme* (1). A estas lecciones de caridad espiritual y corporal añadió Cristo insignes ejemplos, como todos saben; y por lo que al presente se refiere, grato es recordar aquella frase salida de su corazón paternal: *Compassión tengo de estas gentes* (2) y la voluntad de socorrer aquella necesidad hasta de modo milagroso: de cuya grande misericordia queda este encomio: *pasó haciendo bien y sanando á todos los oprimidos del diablo* (3). Semjante escuela de caridad signieron desde el principio los Apóstoles con suma diligencia; y los que después abrazaron el cristianismo, fueron autores de varias instituciones con las que procuraron remediar todo género de miserias humanas; cuyas instituciones favorecidas con incesantes incrementos, son en verdad preclaro ornato del cristianismo y de la civilización que de él procede: los hombres rectos no cesan de admirarlas, teniendo en cuenta que en todos y cada uno hay propensión hácia el propio interés sin cuidarse del ajeno.

De las obras de beneficencia no se ha de excluir la distribución del dinero en limosnas, según aquellas palabras de Cristo: *dad limosna de lo que os sobra* (4). Los socialistas la reprobaban y quisieran suprimirla, como injuriosa á la nobleza ingenta del hombre. Mas cuando se da limosna, según la prescripción evangélica (5) y conforme al uso cristiano, ni alienta la soberbia en quien la hace, ni avergüenza á quien la recibe. Tan lejos está de ser indecoroso al hombre la limosna, que antes bien sirve para estrechar los vínculos de la sociedad humana, fomentando la necesidad de deberes entre los hombres, porque no hay nadie, por rico que sea, que no necesite de otro, ni nadie absolutamente pobre, que no pueda ayudar en algo á otro. Harmonizadas de esta suerte entre sí la justicia y la caridad, abrazan de modo maravilloso todo el cuerpo de la sociedad

(1) Job. XXV, 33-36. (2) Marc. VIII, 2. (3) Act. X, 38. (4) Luc. XI, 4. (5) Matth. V, 24

humana y conducen providencialmente á cada uno de sus miembros á la consecución del bien individual y común.

Cede también en honor y justa alabanza de la caridad, el socorrer las necesidades de la plebe, no ya con auxilios transitorios, sino también por medio de instituciones permanentes, en las que tienen los necesitados ventajas más estables y seguras. Todavía es más digno de aplauso el propósito de infundir en el ánimo de los artesanos y obreros el espíritu de parsimonia y previsión; para que de este modo puedan, en el discurso de la edad, atender al menos en parte á sus necesidades. Tal propósito no solo alivia el deber de los ricos para con los pobres, sino que á su vez cede en bien de los proletarios, pues estimulándoles á que se preparen un porvenir más alagüeño, les aparta de los peligros, reprime en ellos el ímpetu de las pasiones y les atrae al ejercicio de las virtudes.

Entiéndase, pues, que esta acción de los católicos en favor y auxilio de la plebe, concuerda con el espíritu de la Iglesia y es fiel reflejo de los ejemplos admirables que ella ha dado; sin que interese en gran manera llamar al conjunto de estas obras *acción cristiana popular*, ó *denominario democracia cristiana*, siempre que se observen, con el obsequio que se merecen y en toda su integridad, nuestras enseñanzas. En cambio importa demasiado que en negocio tan grave, sea una misma la mente, deseo y acción de los católicos y no interesa menos que esta misma acción aumente y se aplie. Se debe, al efecto, procurar con especialidad la benévola cooperación de aquellos que por su nacimiento, posición, cultura de ingenio y educación gozan de mayor autoridad en la sociedad; faltando este elemento poco puede realizarse en orden al anhelado bien del pueblo: por el contrario, tanto más breve y seguro será el camino que á él conduce, cuanto mayor sea el número de los cooperadores y más eficaz su cooperación. Nuestro deseo sería que consideraran que no están exentos de procurar la suerte de los pobres, sino que á ello están obligados. Porque en la sociedad no vive solo cada individuo para sí, sino que también para la comunidad; de esta suerte lo que unos no pueden hacer por el bien común, suplirlo con largueza los que pueden. La superioridad misma de los bienes recibidos, de la que ha de darse estrecha cuenta á Dios que los ha otorgado, demuestra la gravedad de esta obligación, como también la declara el torrente de males, que á no prevenir-

se con tiempo acarrearán la ruina de todas las clases sociales; resultando de aquí que el que desprecia la causa de la plebe, se acredita de imprevisor respecto de sí, como de la sociedad. No hay que temer, si esta acción social animada de espíritu cristiano se propaga y prospera, que se esterilicen y desaparezcan como absorbidos por las nuevas sociedades, los institutos debidos á la piedad y previsión de nuestros antepasados, porque éstos como aquéllas, están animados de un mismo espíritu de religión y caridad, y no siendo, por otra parte, opuestas entre sí, fácilmente podrán unirse para atender á las necesidades del pueblo y á los peligros cada día más graves. La realidad clama y clama con vehemencia diciendo que es necesario valor y unión, puesto que se vislumbra un cúmulo inmenso de desventuras y amenazan payorosas catástrofes, por efecto, principalmente, del incremento que toma la secta de los socialistas. Con astucia invaden el seno de la sociedad y en las tinieblas de ocultas reuniones como en público, por medio de conferencias y escritos, excitan las muchedumbres á la sedición; abandonada toda idea religiosa, rechazan los deberes, proclamando solo el derecho, y así inflaman á las turbas, más nutridas cada día de menesterosos, á quienes la propia miseria hace que caiga con facilidad en el engaño y sean arrastradas al error. Trátase, pues, de los intereses de la sociedad y religión, lo cual deben defender de manera decorosa los buenos.

Para que la concordia de ánimos adquiera la deseada estabilidad, es necesario que todos se abstengan de las cuestiones que ofenden y dividen. Omitase, pues, así en los diarios como en las conferencias populares, ciertas cuestiones muy útiles y de escaso interés, cuya solución ó inteligencia exigen capacidad suficiente y cultura no vulgar. Propio es del hombre dudar en muchas cosas y en otras sentir de manera diversa á la que otros sienten; conviene por tanto, á los que sinceramente buscan la verdad, que en las disputas observe igualdad de ánimo y modestia y mutua reverencia, para que de esta suerte el disentiimiento de opiniones no acarree el disentiimiento de voluntades. En las cuestiones dudosas puede cada uno defender la opinión que mejor le pareciere, siempre que esté dispuesto á someterse á las decisiones de la Sede apostólica.

Esta acción de los católicos se desplegará con más amplitud y eficacia, si todas las instituciones, conservando su

derecho, son dirigidas por un mismo impulso. En Italia deseamos que este impulso corresponda á los Congresos y comités católicos tantas veces por Nos alabados, á los cuales nuestro Predecesor y Nos confiamos la misión de la acción común de los católicos, bajo la dirección y tutela de los Obispos. Hagase lo mismo en las demás naciones, si hay asociaciones á quien se haya encomendado tal cargo.

En este orden de cosas que tan directamente ligan los intereses de la Iglesia y de la plebe cristiana, claramente aparece cuanto deban trabajar los sagrados ministros y cuán poderosos son los medios de doctrina, prudencia y caridad de que para dicho fin disponen. Más de una vez Nos, hablando á los eclesiásticos, hemos creído conveniente manifestarles que al extremo á que llegaron los tiempos, es oportuno descender al pueblo y comunicarse saludablemente con él. Con frecuencia asimismo en cartas dirigidas á los Obispos y varones eclesiásticos en estos últimos tiempos (1), alabamos esta amorosa solícitud para con el pueblo; diciendo que era propia de uno y otro claro. Pero confúzcase en esto con gran cautela y prudencia, á semejanza de los santos. El pobre y humilde Francisco, el padre de los desgraciados Vicente de Paul y otros muchos varones, en todas las épocas de la Iglesia, ordenaron de tal modo su asiduo cuidado hacia el pueblo, que sin olvidarse de sí atendieron con igual interés á la perfección de todas las virtudes. Sobre este particular Nos piace exponer á la consideración una cosa, en que no solo los eclesiásticos sino todos los favorecedores de la causa del pueblo, puedan con facilidad hacerse beneméritos. Y consiste en inculcar oportunamente en el ánimo de la plebe estos consejos: que se guarden de las sediciones y de los sediciosos; que consideren inviolable el derecho ajeno; que reverencen á sus señores y hagan lo que les mandan; que no sientan adversión á la vida doméstica fecunda en muchos bienes; que observen la religión y de ella tomen consuelo en las contrariedades de la vida. Para el más feliz éxito de este propósito, servirá de poderoso medio recordárlas el singular modelo de la Sagrada Familia de Nazaret, proponerles el ejemplo de los que siendo de su condición llegaron á la cumbre de la virtud y por último fomentan la esperanza del premio que está reservado en una vida más dichosa.

(1) A' General de la Orden de Hermanos menores á 21 de Noviembre de 1891.

Finalmente, de nuevo aconsejamos, que no se olviden los individuos y sociedades al poner en práctica cualquier proyecto con el propósito indicado, de la plena obediencia que deben á la autoridad de los Obispos. No se dejen alucinar de cierto celo de caridad intemperante, lo cual ni es sincero, ni fecundo ni grato á Dios, si tiende á menoscabar el deber de obediencia. Dios se complace en los que olvidados de sus opiniones, oyen á los Prelados de la Iglesia como si á Él oyeran y les asiste en sus empresas por difíciles que sean, coronándoles benigno con el éxito. Añádese á lo indicado el ejemplo de las virtudes en especial, de las que acreditan al hombre de enemigo de la pureza y placeres y de dispensador benévolo de lo superfluo para utilidad del prójimo; porque estos ejemplos excitan saludablemente el espíritu del pueblo y tienen tanta mayor eficacia cuanto que son más conspicuos los ciudadanos en quienes se admiran.

Os exhortamos, Venerables Hermanos, á procurar estas cosas, según la oportunidad de lugares y personas, con la prudencia y solicitud que os es propia y á que os aconsejéis mutuamente sobre este asunto en vuestras acostumbradas reuniones. Entendase vuestra vigilancia y autoridad á regular, refrenar y cohibir para que de esta suerte no se relaje, so pretexto de fomentar el bien, el vigor de la disciplina eclesiástica, ni se turbe el orden señalado por Cristo á su Iglesia. Aparezca con esplendor en la obra recta, concorde y progresiva de los católicos, que la tranquilidad del orden y la verdadera prosperidad florece en los pueblos bajo la dirección y ayuda de la Iglesia, á la cual inculca el sagrado deber de avisar á cada uno de sus obligaciones según los preceptos cristianos, de estrechar con la caridad fraterna á los ricos y á los pobres y de levantar y confortar los ánimos en las adversidades humanas.

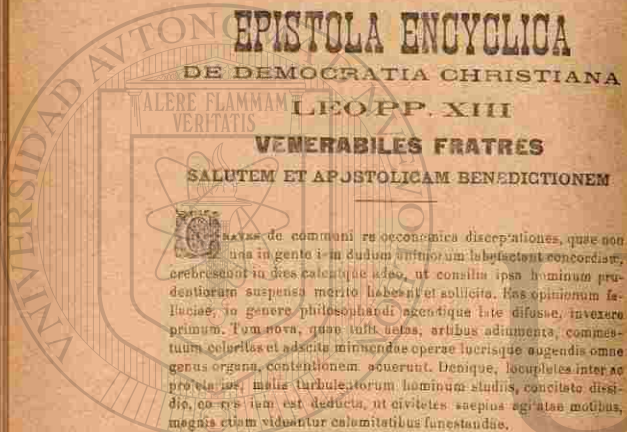
Confirme nuestras amonestaciones y deseos la exhortación tan llena de caridad apostólica de San Pablo á los Romanos: *Os ruego..... Reformaos en novedad de vuestro espíritu... El que reparte, en sencillez; el que preside, en solicitud; el que hace misericordia, en alegría. El amor sea sin fingimiento. Odiando lo malo, aplicándoos á lo bueno. Amándoos recíprocamente con amor fraternal: adelantándoos para honraros los unos á los otros: En hacer bien, nada perecezosos; en la esperanza, gozosos; en la tribulación, sufridos; en la oración,*

perseverantes: Socorriendo las necesidades de los santos; ejercitando la hospitalidad: Gozados con los que se gozan: Llorad con los que lloran: Sintiendo entre vosotros una misma cosa: No pagando á nadie mal por mal: procurando bienes no solo delante de Dios, sino también delante de todos los hombres (1).

Como auspicio de tales bienes descienda la Bendición Apostólica, que amorosamente os damos en el Señor á Vosotros, Venerables Hermanos, al Clero y á vuestro pueblo.

Dado en Roma, junto á San Pedro el 18 de Enero del año 1901, vigésimotercero de Nuestro Pontificado.

LEÓN XIII, PAPA.



EPISTOLA ENCYCLICA

DE DEMOCRATIA CHRISTIANA

LEOPP. XIII

VENERABILES FRATRES

SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

QUAE de communi re oeconomica disceptationes, quae non una in gente iam dudum antiorum labefactent concordias, crebrescent in dies calcatae adeo, ut consilia ipsa hominum prudentiarum suspensa merito habeant et sollicita. His opinionum fallacias, in genere philosophandi aegritudine late diffuse, in vixere primum. Tum nova, quae iusti usus, artibus adiumenta, commestum coloribus et adsuta inimicidae operae lucrique augendis omne genus organa, contentione conerunt. Denique, locupletes inter ac proletarios, malis turbulorum hominum studis, concitato dissidio, coactis iam est deducta, ut civilem saepius agritatis motibus, magnis etiam videantur calamitatibus funestandas.

Nos quidem, pontificatu vix inito, probe animadvertimus quid civilis societas ex eo capite periclitaretur, officioque esse duximus catholicae monere partem: quantum in socialismi placuisse videtur error, quantum immiseret inde pernicies, non externis vitae hanc tantummodo, sed morum etiam probis religionisque rei. Hac spectant litterae encyclicae *Quod Apostolici muneris*, quae praediximus die 28 decembris anno 1875. — Verum, periculis his ingere resercentibus maiore quotidie cum demeritis privatum publici, iterum Nos coquo emixta ad providendum contendimus. Datique similiter litteris *Rerum novarum*, die 5 maii anno 1881, de iuribus et officiis fuisse diximus, quibus geminas civium classes, eorum qui rem et eorum qui operam conferunt, congruere inter se oportere, simulque remedia ex evangeliiis praescriptis monstravimus, quae ad tuendam iustitiam et religionis causam, et ad civilizationem omnem inter civilibus ordine, dirimendam visa sunt in primis utilia.

Nec vero Nostra, Deo dante, irrita cessit fiducia. Siquidem vel ipsi qui a catholicis dissident, veritatis vi comati, haec tribuendum Ecclesiae professi sunt, quod ad omnes civilis gradus se porrigit providentem, atque ad illos praecipue qui misera in fortuna ver-

santur. Sedque uberes ex documentis Nostris catholici percipere fructus. Nam inde non incitamenta solum viresque hauserunt ad coepta optima persequenda; sed lucem etiam mutuali sunt opatum cuius beneficio huiusmodi disciplinae studio tutius si quidem ac feliciter inisterent. Hinc factum ut opinionum inter eos dissensiones, partim subleatas sint partim mollitiae interquieverint. In actione vero, id consecutum est ut ad evadendas proletariorum rationes, quibus praesertim locis magis erant afflictis, non pauci sint constanti proposito vel novo induela vel cuncta niliter; cuiusmodi sunt: ea ignavis oblatu auxilia, quae vocant secretariatus populi; mensae ad ruralium mutationes; consociationes, aliae ad suppetias mutuo ferendas, aliae ad necessitates ob infortunia levandas; opifitum sodalibus; alia id genus et societatum et operum adiumenta.

Sic igitur, Ecclesiae sospicibus, quaedam inter, catholicos tum consuetio actionis tum institutorum providentia facta est in praesidium plebis tam saepe non minus inasidit et periculis, quam inopia et laboribus circumvenit. Quae popularis beneficentiae ratio nulla quidem propria appellationis initio distingui consuevit: *socialismi christiani* nomen a nonnullis in vatum et doctis, ab eo, haud immerito disceverunt. Rem deinde pluribus iure nominare placuit *socialismum christianum popularem*. Est etiam ubi, qui tali rei dant operam *socialis christiani* vocantur; alii vero ipsa vocantur *democritia christiana*, ac *democratici christiani* qui eidem dedit: contra eam quam socialistae contendant *democratium socialem*. — Immo vero e hinc rei significandae modis postremo loco allatis, si non adeo primus, *socialis christiani*, alter certe, *democritia christiana* apud bonos plures offensionem habet, quippe cui ambiguum quiddam et periculosum adhaerescere existimant. Ab hac enim appellatione metuant, plus una de causa, videlicet, ne quo obliquo studio popularis civitas lovetur vel ceteris pollicella formis praecipuletur: ne ad plebis commodum, obtensae tanquam aemulis rei publicae ordinibus, christianae religionis virtus conguetari videatur: ne denique in sub iusto nomine quidam latent propositum legitimum cuiusvis imperii, civilis, sacri, detrectandi. Quae de re quam voluimus nimis et non nunquam scribitur disceptetur, movet conscientias efficiat controversiae modum imponamus, definitentes quidem sit a catholicis in hac re sentiendum: praeterea quaedam praescribere consilium est, quo amplior fiet ipsorum scio, multoque salubrior civili eventus.

Quid *democritia sociale* velit, quid velle *christianam* importent, incertum hinc esse nequit. Altera enim, plus minusve intemperanter eam libeat profiteri, usque eo pravitate a multis compellitur, nihil ut quidquam supra humana reputet; corporis bona atque externa consecetur, in eiusque ceptandis fruentis hominis beatitatem constituent. Hinc imperium patens plebem in civitate velint esse, ut, sub iusto ordine gradibus acquiratque civibus, ad honorum etiam inter eos aequalitatem sit pressus: hinc ius domini delendum; et quidquid fortunarum est singulis, ipsaque instrumenta vitae, com-

munia habenda. At vero democratia christiana, eo nimirum quod christiana dicitur, suo veluti fundamento, positus a divina fide principis nisi debet, infirmorum sic prospiciens utilitatibus, ut animos adempterna factos convenienter perficiat. Proinde nihil aut illi iustitia sanctius; ius potiundi possidendi iubeat esse integrum; disparas tuetur ordines, sane proprios bene constituit; civilis eam demum humanis convictis veli formam atque indolem *socialis et christianae* communionem esse huiusmodi: esse nempe inter se differant tantum, quantum socialismi sacra et professio christianae legis.

Nes autem sit christiana democratiae appellationem ad politica detorqueri. Quamquam enim *democratia*, ex ipsa notatione nominis usque philosophorum, regimem indicit popularem; attamen in re praesenti sic usurpando est, ut omni politica notione detracta, aliud nihil significatum praeferat, nisi tantum ipsam beneficam in populum actionem christianam. Nam naturae et evangelii praecepta quia sumptis iure humanos casus excedunt ea necesse est ex nullo civilis regiminis modi pendere; sed convenire cum quovis posse, modo non honesti et iustitiae repugnet. Sicut huiusmodi igitur manentque a peritum studiis variisque eventibus plane aliena: ut in qualibet demum rei publicae constitutione, possit citra ac debeant isdem stare praeceptis, quibus iubentur Deum super omnia, proximos sicut se diligere. Haec perpetua Ecclesiae disciplina fuit; hac usi roma in Pontifices cum civitatibus agere semper, quocumque illae administrationis genera tenerentur. Quae quam sint ita, catholicorum mens atque actio, quae bono proletariorum promovendo studet, eo profecto spectare nequaquam potest, ut aliud prae alio regimen civitatis admet atque invehat.

Non dissimili modo a democratia christiana removendum est alterum illud offensivum caput: quod nimirum in commodis inferiorum ordinum curas sic collocat, ut superiores praestare videatur; quorum timor non minor est usus ad conservationem perfectio unquam civitatis. Praecepit id christiana, quam nuper diximus, caritatis lex. Haec ad omnes omnino cuiusvis gradus homines potest complectendos, utpote unius eiusdemque familiae, eodem benignissimo edito Patre et redempto. Servatore, tandemque in hereditatem vocatos aeternam. Scilicet, quae est doctrina et admonitio Apostoli: *Unam corpus; et unus spiritus, sicut vocati estis in una spe vocatio- nis nostrae. Unus Dominus, una fides, unum baptisma. Unus Deus et Pater omnium, qui est super omnes, et per omnia et in omnibus nobis* (1). Quare propter universam plebis cum ordinibus ceteris conjunctionem, eamque solidiorem ex christiana fraternitate, in eisdem certe influit quantumcumque plebi adiutandae diligentia impenditur; eo vel magis quis ad exitum rei secundum plane docet ac necesse est ipsos in partem operae advocari, quod infra aperimus.

(1) Eph. IV, 4-6.

Longe pariter absit, ut appellatione democratiae christianaepropositum subdatur omnis abiectione obedientiae eosque aversandi qui legitime praesunt. Reverere sicut qui pro suo quaeque gradu in civitate praesunt, eisdemque iusto iuberentibus obtemperare lex aequae naturae et christiana praecipit. Quod quidem ut homine eodemque christiano sit dignum, ex animo et officio praestari oportet, scilicet *propter conscientiam*, quemadmodum ipse monuit Apostolus, quam illud edixit: *Omnia anima potestatibus sublimioribus subdita sit* (1). Abhorret autem a professione christiana vice, ut quis nollit iis subesse et parere, qui cum potestate in Ecclesia antecedunt; Episcopis in primis, quos, integra Pontificis romani in universos auctoritate, *Spiritus Sanctus possit regere Ecclesiam Dei, quam acquisivit sanguine suo* (2). Iam qui secus sentiat aut faciat, is enim vero gravissimum eiusdem Apostoli praeceptum oblitus convincitur: *Obedite praepositis vestris, et subiacete eis. Ipsi enim perquirant, quasi rationem pro animabus vestris reddaturi* (3). Quae dicta permagni interest ut fideles universi: alii sibi defigant in animis atque in omni vitae consuetudine perficere student; eademque sacrorum ministri diligentissime reputantes non hortatione solum, sed maxime exemplo, cetera persuadere non intermittant.

His igitur revocatis capitibus rerum, quae antehac per occasione data opera illustravimus, speramus fore ut quaevis de christiana democratiae nomine dissensio, omnique de iure, eo nomine significata, suspicio-periculo iam deponatur. Et iure quidem speramus. Etenim, iis missis quorundam sententiis de huiusmodi democratiae christianaevi ac virtute, quae immoderatione aliqua vel errore non careant; certo nemo unus studium illud reprehenderit, quod, secundum naturalem divinamque legem, eo unico pertineat, ut qui vitam mentis et artis sustinet, tolerabiliorem in statum adducantur, habeantque sensim quo sibi ipsi prospiciant; domi atque palam officia virtutum et religionis libere explant; sentiant se non animalia sed homines, non ethnicos sed christianos esse; atque adeo ad *unum illud necessarium*, ad altimum bonum, cui nati sumus, et feriliter et studiosius nitantur. Imvero hic finis, hoc opus eorum qui piebem christiana: animo velint et opportune relevat et a peste incolumem socialismi.

De officii virtutum et religionis modo Nos mentionem consulto iniecitimus. Quorundam enim opinio est, quae in vulgus manat, *quod est inop. socialem*, quem alium, *economicam* esse tantummodo: quum contra verissimum sit, eam *moralem* in primis et religionem esse, ob eandemque rem ex lege morum potissima et religionis iudicio dirimendam. Esto namque ut operam locantibus geminetur merces; esto ut contrahatur operi tempus; etiam annonae sit vilitas; atque, si mercenarius eas audiat doctrinas, ut assolet, easque utatur

(1) Rom. XIII, 1, 6.—(2) Act. XX, 28.—(3) Hebr. XIII, 17.

exemplis, quae ad excoendam Numinis reverentiam eliciant depravandosque mores, eius etiam labores se rem necesse est dilabi. Periculatione atque usu prospectum est, opifices plerisque augusto misereque vivere, qui, quomvis operam habeant breviorum spatio et uberiore mercede, corruptis tamen moribus nulloque religionis disciplina vivunt. Deme animis sensus, quos inserit et colit christiana sapientia, deme providentiam, modestiam, parsimoniam, patientiam ceterosque rectos naturae habitus: prosperitatem, etsi multum contendas, frustra persequere. Id plane est causae, cur catholicos homines inire coetus ad meliorem plebi parandae, aliaque similiter instituta laventere. Nos nunquam hortati sumus, quin pariter moneremus, ut haec religione auspice fierent eaque aditricae et comitae.

Videtur autem propensio huiusmodi catholicorum in proletarias voluntati eo maior tribuenda loco, quod in eodem campo explicatur, in quo constantiter feliciterque benigno studio Ecclesiae, setuosa caritatis certavit industria, accommodatae ad tempora. Cuius quidem motus charitatis lege, legem iustitiae quasi perficiente, non sua solum iuberunt cuique tribuere ac iure suo agentes non prohibere, verum etiam gratificari invicem, non verbo, neque lingua, sed opere et veritate (1); memores quae Christus peccantem ad suos habuit: *Mandatum novum do vobis, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos et et vos diligatis invicem. In hoc cognoscant omnes quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem* (2). Tale gratificandi studium, quamquam esse primum oportet de animorum bono non caduco sollicitum, praetermittere tamen handquam debet quae usui sunt et adframento vitae. Quae in re illud est memoratu dignum, Christum, sciencia tribus. Baptistae discipulis: *Tu es qui venturus es, an ollum exprociamus? demandati sibi inter homines muneris arguunt causam ex hoc caritatis capite, Isaiae excelsae sententiae: Caeci cecidit, caecum ambulans leprosi mandantur, surdi audiant, mortui resurgunt, pauperes evangelizantur* (3). Idemque de supremo iudicio ac de premis poenisque decernendis eloquens, profusus est se singulari quadam respectum ratione, qualem homines christiati alter alteri adhibuissent. In quo Christi sermone id quidem admiratione non vocat, quemadmodum ille, partibus misericordiae solantis animos tacite omissis, externae tantum commemoraverit officii, atque eo lamquam sibimetipsi impensa: *Esuriet, et dedisti michi manducare, stetit, et decidisti michi habere: hospes eram, et collegisti me, nudus, et cooperuisti me: infirmus, et visitasti me, in carcere eram, et venisti ad me* (4).

Ad haec docime la caritatis utraque ex parte, et animae et corporis hono, probandae, addidit Christus de se exempla, ut nemo ignoret, quam maxime insignis. In re praesentis sane suavissima est

(1) I. Ioan. III, 18.—(2) Ioan. XIII, 34-36.—(3) Matth. XI, 5.—(4) Luc. XXV, 35-34.

ad recolendum vox ea paterno corde emissa: *Miseraror super turbam* (1), et par voluntas ope vel mirifica subveniendi; cuius miseracionis praeseonium extat: *Pertransit benefaciendo et annando omnes oppressos a diabolo* (2).— Traditam ab eo caritatis disciplinam Apostoli primum sancto nsviterque coluerunt; post illos qui christianam fidem amplexi sunt, au toras fuerunt inveniendae variae institutorem copiae ad miseriam hominum, quaeque urgent, allevandas. Quae instituta, continuis incrementis proecta, christiani nemius parteseque inde humanitatis propria ac praecleara sunt ornamenta: ut ea integri iudicii homines setis admirari non queant, maxime quod tam sit proclive utin sua quisque farsure commoda, aliena posthabet.

Neque de eo numero bene factorum excipienda est erogatio stipis, eleemosynae causa; ad quam illud pertinet Christi: *Quod superest, date eleemosynam* (3). Hanc scilicet socialitae carpit atque e medio sublatam voluit, utpote ingentiae homini nobilitati iniuriosam. At enim si ad evangelii praescripam (4), et christiano rito fiat, illa quidem neque erogentium auperbiam alit, neque sferit accipientibus verecundiam. Tentum vero aebet ut homini sit inducra, ut potius fovet societatem coniunctionis humane, officiorum inter homines fovendo, necessitudinem. Ne o quippe hominum est seteo locuples, qui nullus indigeat, nemo est egeus adeo, ut non alteri possit qua re prodesse: est id innatum, ut opem inter se homines et fidenter prescant et terant benevole.— Sic nempe iustitia et caritas inter se devineae, neque Christi mitique iur, humane socialitatis compagem mire continent, ac membra singula ad proprium et commune bonum providenter adducunt.

Quod autem laboranti plebi non temporaria tantum subsidia, sed constanti quadam institutorum ratione subveniant, caritati pariter laudi vertendum est; certius enim firmum quae egentibus statit. Eo amplius est in laude ponendum, velle eorum animos, qui exercent artes vel operas locant, sic ad parsimoniam providentiamque formari, ut ipsi sibi, decurso setatis, saltem ex parte consulant. Tale propositum, non moda locupletum in proletarias officium, elegerit, sed ipsos honestat proletarias; quos quidem dum existit ad clementiorem sibi fortunam parandam, idem s partibus arceat et ad imperantis coerecet cupiditatum, idemque ad virtutis cultum invitat. Tanta igitur quum sit utilitas ac tam congruentis temporibus, dignum certe est in quo caritas tonorum alacris et prudens contendant.

Men et igitur, studium istud catholicorum solandas erigendaeque plebis plane congruere cum Ecclesiae ingenio et perpetuis iusdem exemplis optime respondere. Ea vero quae ad id conducant, utrum actionis christiane popularis nomine appellentur, an demo-

(1) Marc. VIII, 2.—(2) Act. X, 38.—(3) Luc. XI, 41.—(4) Matth. VI, 2-3.

cratiae christianae, parvi admodum refert; si quidem impertita a Nobis documenta, quo par est obsequio, integra custodiantur. At refert magnopere ut, in tantum momenti re, una eademque sit catholicorum hominum mens, una eademque voluntas atque actio. Nec refert minus ut actio ipsa, multiplicatis hominum rerumque praesidiis, augeatur, amplificetur. — Foram praesertim advocanda est benigna opera, quibus et locus et census et ingenii animique cultura plus quiddam auctoritatis in civitate conciliant. Isti si desit opera, vix quidquam confici potest quod vere valeat ad quaesitas popularis vitae utilitates. Sane ad id eo certius breviusque poterit iter, quo impensus multiplex praestantiorum civium efficientia conspiret. Ipsi autem considerent velimus non esse sibi in integro, infirmorum curare eorum an negligere; sed officio prorsus teneri. Nec enim suis quisque commodis tantum in civitate vivit, verum etiam communibus: ut, quod aliis in summam communis boni conferre pro parte nequeant, largius conferant aliis qui possint. Cuius quidem officii quantum sit pondus huc edocet acceptorum honorum praesentia, quam consequitur necesse est restrictio ratio, summo redenda largitori Deo. Id etiam monet malorum lues, quae, remedio non tempestive adhibito, in omnium ordinum perniciem est aliquando eruptura: ut nimirum qui calamitosae plebis negligat curam, ipse sibi et civitati faciat improvidum. — Quod si actio ista christiano more socialis late obineat vigetque sincera, nequaquam profecto fiet, ut cetera instituta, quae ex maiorum pietate ac providentia iam pridem extant et florent, vel exorescant vel novis institutis quasi absorpta dehiscant. Haec enim atque illa, utpote quae eodem consilio religionis et caritatis impulsae, neque re ipsa quidquam inter se pugnant, commode quidem componi possunt et cohaerere tam apte, ut necessitatibus plebis periculisque quotidie gravioribus eo opportunius liceat, collectis benemerendi studiis, consulere. — Res nemo clamet, vehementer clamet, audentibus animis opus esse viribusque continuatis; quum sane nimis ampla aerumnarum seges obversetur oculis, et perturbacionum exitium impendant, maxime ab invalescente specialisterum vi, formidolosa discrimina. Callide illi in sinum invadunt civitatis; in oculorum conventuum tenebris ac palam in luce, qua voce qua scriptis, multitudinem seditione concitant; disciplinae religiois obiecta, officia negligunt, nil nisi furas extollunt, ac turbas egentium quotidie frequentiores sollicitant, quae ob rerum angustias facilius deceptioni patent et ad errorem rapiuntur. — Aequo de civitate ac de religione agitur res: utramque in suo meri honore sanctum esse bonis omnibus debet.

Quae voluntatum consensus ut aptato consistat, ab omnibus praeterea obstruendum est contentiois causa quae offendant animos et disiungant. Proinde in ephemeridum scriptis et concionibus popularibus siloant quaedam subtiliores neque ullius fere utilitatis quaestiones, quae quum ad expediendum non faciles sunt, tum etiam ad intelligendum vim aptam ingenii et non vulgare studium exposcunt.

Sane humanum est, haerere in multis dubios et diversas diversas sentire: eos tamen qui verum ex animo persequuntur adhaeret, in disputatione adhuc accipit, aequanimitatem servare ac modestiam multo magis observantiam; ne scilicet, dissidentibus opinionibus-voluntates itam dissident. Quidquid vero, in causis quae dubitatot nem non respiciant, opinari quis malit, animum ac semper gerat, u, Sedi Apostolicae dicto audiens esse velit religiosissime.

Alpue ista catholicorum solio, qualiscumque est, implere quidem cum efficacitate procedet, si consociationes eorum omnes, salvo suo cuiusque iure, una eademque primaria vi dirigente et movente processerint. Quis ipsis partes in Italia volumina praestet institutum illud, a Congressibus coetibusque catholicis, saepenumero a Nobis laudatum: cui et Decessor Noster et Nosmetipsi curam hanc mandavimus communis catholicorum actionis, suspicio et ductu sacrorum Auxilium, temperandae. Item porro fiat apud nationes ceteras, si quis usquam eiusmodi est praecipuus coetus, cui id negotii legitimo iure sit datum.

Iamvero in toto hoc rerum genere, quod cum Ecclesia et plebis christianae rationibus omnino copulatur, apparet quid non elaborare debent qui sacro munere fungantur, et quam varia doctrinae, praesentiae, civitatis industria id possint. Proficere in populum in eoque salutariter versari opportunum esse, prout res sunt ac tempora, non solum Nobis, homines et clero allocutis, visum est affirmare. Saepius autem per litteras ad Episcopos aliosve sacri ordinis viros, etiam proximis annis (1), datas, hanc ipsam amantem populi providentiam collaudavimus, propriamque eam diximus utriusque ordinis clericorum. Qui tamen in eius officis explendis cuncto admodum prudenterque faciant, ad similitudinem hominum sanctorum. Franciscus ille pauper et humilis, ille calamitosorum pater Vincentius a Paulo, alii in omni Ecclesiae memoria complures, assiduas curas in populum sic temperare consueverunt, ut non plus aeque distenti neque immemores sui, contentione pari suum ipsi animum ad perfectionem virtutis omnis excolerent. — Unum hic libet paulo expressius subdicere, in quo non modo sacrorum administri, sed etiam quocumque sunt popularia causa, studiosi, optime de ipsis, nec difficili opera, mereantur. Nemo, si pariter student pro opportunitatem hinc praecipue in plebis anima fraterno alioquin inculare. Quae sunt a seditione, a seditiosis usqueque cavent; aliena cuiusvis iura habeant inviolata; iustam dominis observantiam atque operam volentes exhibeant; domesticae vitae non lasciviant consuetudinem multis modis frugiferam; religionem in primis colant, ab eaque in asperitatibus vitae certum petant solatium. Quibus perficiendis propositis sano quanto sit adiumento vel Sanctae Familiae Nazarethanae praestantissimum revocare specimen et commendare praesi-

(1) Ad Ministrum Generalem Ordinis Fratrum Minorum, die XXV novem. anno MDCCCLXXXVIII.

dium, vel eorum proponere exempla quos ad virtutis fastigium tenuitas ipsa sortis eduxit, vel etiam spem alere praemii in potiore vita mansuri.

Postremo id rursus graviusque commoneamus, ut quidquid consilii in eadem causa vel singuli vel consociati homines efficiendam suscipiunt, meminerint Episcoporum auctoritati esse penitus obsequendum. Decipi se ne sinant vehementiore quodam caritatis studio; quod quidem, si quam incertam debitae obtemperacionis susceat, sincerum non est, neque solidae utilitatis efficiens, neque gratum Deo. Roma Deus delectatur animo qui, sententia sua postposita, Ecclesiae praesides sic plene ut ipsam audiant iuvantes: iis volens adesse vel aduersa molientibus res coeptaque ad exitus optatos solet benignus perducere. Ad haec accedant consuetudo virtutis exempli; maxime quae christianum hominem probent osorem ignaviae et voluptatum, de rerum copia in silens utilitatis amice imperientem, ad aerumnas constantem, inuictam. Ista quippe exempla vim habent magnum ad salubres spiritus in populo excitandos; vimque habent motorem, quum praesentiorum civium vitam exornant.

Haec vos, Venerabiles Fratres, opportune ad hominum locorumque necessitatibus, pro prudentia et navitate vestra curatis hortamur; de fideisque rebus consilia inter vos de more congressi, communicati. In eo autem vestrae vigilantiae curae atque auctoritatis valeat, moderando, cohibendo, obstantando, ut ne ullo cuiusvis specie boni fovendi, evocato disciplinae laxetur vigor, nec perturbetur ordinis ratio quem Christus Ecclesiae suae praefinivit. Recta igitur et concordia et procedentia catholicorum omnium opera, eo paleat illustris, tranquillitatem ordinis verumque prosperitatem in populis praecipue sperare, moderatrice et faultrice Ecclesiae; cuius est augustissimum munus, sui quemque officii ex christiane praecipitis admovere, laetantes ac tenues fraterna caritate coniungere, erigere et roborare animos in cursu humanarum rerum adverso.

Prascripta et optata Nostra confirmet ea beati Pauli ad Romanos plena apostolice caritatis, hortatio: *Obsecro vos. Reformamini in novitate sensus vestri. Qui tribuit, in implicitate, qui praebet, in sollicitudine, qui misentur, in hilaritate. Dillecto sine simulatione. Offenses natum, adhaerentes bono: Caritate fraternitatis incircum diligentes, honore invicem praesentientes: sollicitudine non pigre spe gaudentes; in tribulatione patientes; orationi instantes: Necessitatibus sanctorum communicantes; orationi instantes; gaudeo cum gaudentibus, fere dum dolentibus: Ipsam incidem sentientes; Nulli malum pro malo reddentes. Praesidentes bona non tantum coram Deo, sed etiam coram omnibus hominibus. 1).*

Quorum auxilio honorum secodat Apostolica benedictio, quam vobis, Venerabiles Fratres, Clero ac populo vestro amantissime in Domino impertimus.

Datum Romae apud S. Petrum die XVIII Ianuarii an. MDCCCXI Pontificatus Nostri viceesimo tertio.

LEO PP. XIII.



EPÍSTOLA ENCÍCLICA SOBRE LA SANTÍSIMA EUCHARISTÍA LEON P. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.



En cumplimiento de la santidad de Nuestro cargo hemos procurado y procuraremos, con el favor de Jesucristo, hasta el fin de nuestra vida estudiar y seguir los singulares ejemplos de admirable caridad para la salvación de los hombres que brillan en la vida de Jesucristo. Nacidos en tiempos en extremo hostiles á la verdad y á la justicia, no hemos cesado, en cuanto ha estado de Nuestra parte, de proporcionar, enseñando, amonestando ó obrando, como lo demuestra la última epístola Apostólica que os hemos dirigido, cuanto parece más apropiado ya para evitar el contagio de multitud de errores ya para robustecer los actos principales de la vida cristiana.

Dos cosas estrechamente unidas entre sí y de cuya consideración nos proviene fruto oportuno de consuelo en medio de tantas angustias, son dignas de recordarse en esta materia. La una, que juzgamos de feliz éxito, el culto universalísimo con que se venera en todo el mundo al augusto Corazón de Cristo Redentor; la otra el haber exhortado gravemente á todos los cristianos á consagrarse al corazón de Aquel que divinamente es camino, verdad y vida de los individuos y de las sociedades. Movidos y como impelidos ahora por la misma caridad apostólica y por la vigilancia de los tiempos que atraviesa la Iglesia, á añadir algo como perfeccionamiento á lo ya propuesto y realizado, y para recomendar aun más eficazmente la Santísima Eucaristía al pueblo cristiano, puesto que es el don divinísimo salido de lo más íntimo del Corazón del mismo Redentor deseando con veheméntísimo deseo la singular unión con los hombres, y el hecho supremo para derramar los frutos saludables de su

dium, vel eorum proponere exempla quos ad virtutis fastigium tenuitas ipsa sortis eduxit, vel etiam spem alere praemii in potiore vita mansuri.

Postremo id rursus graviusque commoneamus, ut quidquid consilii in eadem causa vel singuli vel consociati homines efficiendam suscipiunt, meminerint Episcoporum auctoritati esse penitus obsequendum. Decipi se ne sinant vehementiore quodam caritatis studio; quod quidem, si quam incertam debitae obtemperacionis susceat, sincerum non est, neque solidae utilitatis efficiens, neque gratum Deo. Roma Deus delectatur animo qui, sententia sua postposita, Ecclesiae praesides sic plene ut ipsam audiant iuvantes: iis volens adesse vel aduersa molientibus res coeptaque ad exitus optatos solet benignus perducere. Ad haec accedant consuetudo virtutis exempli; maxime quae christianum hominem probent osorem ignaviae et voluptatum, de rerum copia in silens utilitatis amice imperientem, ad aerumnas constantem, inuictum. Ista quippe exempla vim habent magnum ad salubres spiritus in populo excitandos; vimque habent motorem, quem praesentiorum civium vitam exornant.

Haec vos, Venerabiles Fratres, opportune ad hominum locorumque necessitates, pro prudentia et navitate vestra curatis hortamur; de fideisque rebus consilia inter vos de more congressi, communicati. In eo autem vestrae vigilantiae curae atque auctoritatis valeat, moderando, cohibendo, obstantando, ut ne ullo cuiusvis specie boni fovendi, evocato disciplinae laxetur vigor, nec perturbetur ordinis ratio quem Christus Ecclesiae suae praefinivit. Recta igitur et concordia et procedentia catholicorum omnium opera, eo paleat illustris, tranquillitatem ordinis verumque prosperitatem in populis praecipue sperare, moderatrice et faultrice Ecclesiae; cuius est augustissimum munus, sui quemque officii ex christiane praecipitis admovere, laetantes ac tenues fraterna caritate coniungere, erigere et roborare animos in cursu humanarum rerum adverso.

Prascripta et optata Nostra confirmet ea beati Pauli ad Romanos plena apostolice caritatis, hortatio: *Obsecro vos. Reformamini in novitate sensus vestri. Qui tribuit, in implicitate, qui praebet, in sollicitudine, qui misentur, in hilaritate. Dillecto sine simulatione. Offenses natum, adhaerentes bono: Caritate fraternitatis incircum diligentes, honore invicem praesentientes: sollicitudine non pigre spe gaudentes; in tribulatione patientes; orationi instantes: Necessitatibus sanctorum communicantes; orationi instantes; gaudeo cum gaudentibus, fere dum dolentibus: Ipsam incidem sentientes: Nullo malum pro malo reddentes. Praesidentes bona non tantum coram Deo, sed etiam coram omnibus hominibus. 1).*

Quorum auxilio honorum secodat Apostolica benedictio, quam vobis, Venerabiles Fratres, Clero ac populo vestro amantissime in Domino impertimus.

Datum Romae apud S. Petrum die XVIII Ianuarii an. MDCCCXI Pontificatus Nostri viceesimo tertio.

LEO PP. XIII.



EPÍSTOLA ENCÍCLICA SOBRE LA SANTÍSIMA EUCHARISTÍA LEON P. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

En cumplimiento de la santidad de Nuestro cargo hemos procurado y procuraremos, con el favor de Jesucristo, hasta el fin de nuestra vida estudiar y seguir los singulares ejemplos de admirable caridad para la salvación de los hombres que brillan en la vida de Jesucristo. Nacidos en tiempos en extremo hostiles a la verdad y a la justicia, no hemos cesado, en cuanto ha estado de Nuestra parte, de proporcionar, enseñando, amonestando u obrando, como lo demuestra la última epístola Apostólica que os hemos dirigido, cuanto parece más apropiado ya para evitar el contagio de multitud de errores ya para robustecer los actos principales de la vida cristiana.

Dos cosas estrechamente unidas entre sí y de cuya consideración nos proviene fruto oportuno de consuelo en medio de tantas angustias, son dignas de recordarse en esta materia. La una, que juzgamos de feliz éxito, el culto universalísimo con que se venera en todo el mundo al augusto Corazón de Cristo Redentor; la otra el haber exhortado gravemente a todos los cristianos a consagrarse al corazón de Aquel que divinamente es camino, verdad y vida de los individuos y de las sociedades. Movidos y como impelidos ahora por la misma caridad apostólica y por la vigilancia de los tiempos que atraviesa la Iglesia, a añadir algo como perfección ornamento a lo ya propuesto y realizado, y para recomendar aun más eficazmente la Santísima Eucaristía al pueblo cristiano, puesto que es el don divinísimo salido de lo más íntimo del Corazón del mismo Redentor deseando con vehementísimo deseo la singular unión con los hombres, y el hecho supremo para derramar los frutos saludables de su

redención. Cierta es que aun en esta materia nuestra actividad y trabajo ha procurado ya algunas cosas. Gratísimo Nos es recordar como legítima confirmación á lo dicho, entre otras cosas el haber llenado de privilegios á no pocos institutos y sociedades dedicados al culto y perpetua adoración de la divina Hostia; el haber trabajado para que se celebrasen con notoria espléndidez y utilidad congresos eucarísticos; el haber designado como celestial patrono de estas y semejantes obras á Pascual Baylón, que fué piadoso é insigne adorador del misterio eucarístico. Así pues, Venerables Hermanos, Nos es grato repetir en esta alocución algunas ideas, acerca de este misterio en cuya defensa y enseñanza constantemente se ha ocupado ya el cuidado de la Iglesia ayudada por las palmas de preclaros mártires, y cuya verdad defendieron espléndidamente la doctrina, elocuencia y varias artes de importantísimos hombres; y todo esto á fin de que más clara y expresamente aparezca su virtud, que en gran manera se presenta como eficazísima para socorrer las necesidades de estos tiempos. En verdad, cuando Cristo, Señor Nuestro, al terminar el curso de esta vida mortal, bajo el exceso de su inmensa caridad, para con los hombres, dejó este monumento y poderoso auxilio para la vida del mundo, nada más feliz podemos desear. Nos, próximos á partir de esta vida, que excitar en las almas y alentará en los espíritus los debidos afectos de gratitud y religión al admirable Sacramento, en el que juzgamos principalmente apoyar la esperanza y resultado de la paz y salvación tan buscadas por los cuidados y trabajos de todos.

No faltarán quienes depriman y quizás reciban con poca animadversión este nuestro intento de presentar semejantes remedios para ayudar á un siglo tan perturbado y lleno de miserias. La causa de esto es principalmente la soberbia; cuyo vicio, introducido en las almas, debilita en ellas la fe cristiana (que pide el obsequio religiosísimo de la mente); inciendo necesariamente más tótrica la obscuridad en derredor de las cosas divinas, de tal modo que á muchos sea aplicable aquello de que *blasfeman de lo que ignoran*. Ahora bien; tan distante está de Nos separarnos del propósito iniciado, que es cierto, por el contrario, que con más vivo ardor insistimos en iluminar á los que están bien dispuestos, y en rogar á Dios, interponiendo las fraternales súplicas de las almas justas, perdone á los que blasfeman de las cosas santas.

Conocer con fe íntegra la eficacia de la Santísima Eucaristía, es lo mismo que conocer cuál sea la obra que para perfeccionar al género humano realizó el Dios hecho hombre, con su poderosa misericordia. Pues así como es propio de una fe recta profesar y reverenciar que Cristo es el sumo autor de nuestra salvación, quien restauró todas las cosas con su sabiduría, leyes, instituciones, ejemplos y sangre derramada, igualmente es justo profesar y adorar que El mismo de tal manera se halla realmente presente en la Eucaristía, que verdaderamente permanece entre los hombres hasta la consumación de los siglos, repartiéndoles como maestro y buen pastor, y aceptísimo intercesor cerca del Padre la abundancia de sí mismo y los beneficios de la realizada redención. El que atenta y religiosamente considere los beneficios que promanan de la Eucaristía, entenderá ciertamente que ella excede y aventaja á todas las demás, cualesquiera sean en que dichos beneficios se contienen; de ella pues procede para los hombres la vida, que es la verdadera vida: *El pan, que yo les dare, es mi carne por la vida del mundo*. No de cualquier modo, según hemos enseñado en otro lugar, Cristo es vida; quien para esto vino y vivió entre los hombres, para darles abundancia de vida más que humana; *He venido para que tengan vida y la tengan abundantemente*. Inmediatamente pues, que apareció en la tierra la benignidad y humanidad de nuestro Dios Salvador; nadie ignora que inmediatamente brotó cierta fuerza procreadora de un nuevo orden de cosas, la cual se infiltró en todas las venas de la sociedad doméstica y civil. De aquí nacieron nuevas obligaciones del hombre para con el hombre, nuevos derechos públicos y privados, nuevos oficios, nuevos derechos á las instituciones, enseñanzas y artes; lo cual principalmente se tradujo en inclinar los espíritus y estudios á la verdad de la religión y la santidad de las costumbres, y de este modo se comunicó al hombre una vida celestial y divina. A esto indudablemente se refieren las frases que frecuentemente se usan en las sagradas letras *árbol de vida, palabra de vida, libro de vida, corona de vida* y expresamente *pan de vida*.

Mas como quiera que esta que llamamos vida tiene manifiesta semejanza con la vida natural del hombre, así como ésta se sostiene y robustece con el alimento, así aquella conviene tenga también un alimento ó comida que la sustente y fortalezca. Oportuno es recordar aquí en qué tiempo

y forma Cristo movió y preparó los ánimos de los hombres para que recibiesen conveniente y fructuosamente el pan vivo que había de darles. Tan luego como se divulgó la fama del milagro que había realizado á las orillas del mar de Tiberiades, de la multiplicación del pan para saciar á la hambrienta multitud, inmediatamente acudieron muchos por ver si acaso obtenían igual beneficio. Entonces, aprovechando la ocasión, como lo había hecho con la mujer samaritana, que del agua del pozo y de la sed la había insinuado *el agua que salta hasta la vida eterna*, excitó á la hambrienta muchedumbre para que desee con avidez *otro pan que permanece en la vida eterna*. Cuyo pan les advierte, no es aquel maná celestial que fué tan fácil de tomar á nuestros padres durante su peregrinación por el desierto: ni el que poco ha llenos de admiración habeis recibido de mí: sino que yo mismo soy este pan: *Yo soy el pan de vida*. Y de esto mismo les persuade más ampliamente invitándoles y mandándoles: *Si alguno comiere de este pan vivirá eternamente; y el pan, que yo daré, es mi carne por la vida del mundo*; y les mostró la gravedad del precepto de este modo: *En verdad, en verdad os digo que si no comiereis la carne del hijo del hombre y bebiereis su sangre, no tendreis vida en vosotros*. Lejos de la verdad el vulgar pernicioso error de los que sienten que el uso de la Eucaristia debe tan solo dejarse para los que alejados de los negocios y de espíritu pusilánima pretenden vivir tranquilos en la práctica de una vida piadosa. Este es, pues, asunto al cual ningún otro supera en excelencia y saludable eficacia, y que atañe á todos sin excepción, sea el que quiera su oficio y posición cuantos quieran y ninguno debe hacer que no quiera, fomentar en sí la vida de la divina gracia, cuyo término es la consecución de la vida bienaventurada con Dios.

Y ojalá sintiesen y usasen rectamente de esta vida, principalmente aquellos que por su ingenio, posición ó autoridad están destinados á dirigir los negocios públicos. Mas desgraciadamente, vemos que muchos llenos de soberbia juzgan que ha sobrevenido al siglo una como nueva y prospera vida, toda vez que han procurado impulsarle con gran ardor á todo género de cosas útiles y admirables. Pero, ciertamente, doquiera que se dirija la vista, se observará que la sociedad humana, si se separa de Dios, más bien que gozar en deseada paz de las cosas, está como ansiosa y temblorosa á semejanza del que se halla bajo la influencia de

estado febril; sucediendo que mientras con verdadera ansia trabaja por la prosperidad, en la que únicamente confía, sigue la que se aleja y se adhiere á la que perece: Los individuos y las sociedades tan necesariamente como reciben su origen de Dios, así no pueden en otro alguno, vivir, moverse y hacer bien alguno más que en Dios por Jesucristo de quien han nacido y mana abundantemente cuanto hay de bueno y bello. La fuente y cabeza de todos estos beneficios es principalmente la augusta Eucaristia: puesto que siendo el alimento y sustento de la vida, por cuya consecución tanto nos afanamos, aumenta en gran manera la dignidad humana, que ahora parece ser tan interesante. En efecto; qué más puede desearse, que ser hechos en cuanto es posible, participantes de la naturaleza divina? Puesto esto es lo que principalmente nos da Cristo en la Eucaristia, por la cual el hombre, con el auxilio de la gracia es elevado al consorcio de la divinidad y unido á Cristo íntimamente. Esta es la diferencia que existe entre el alimento del cuerpo y el del alma, que así como aquél se convierte á nosotros, así éste nos convierte á nosotros en él; á cuya propósito San Agustín pone en boca de Cristo estas palabras: *Tú no me transformarás en ti, como haces con el alimento de tu cuerpo, sino que tú te transformarás en mí*.

De este excelentísimo Sacramento, en el cual apareco admirablemente como los hombres se unen en la divina naturaleza, reciben gran incremento todo género de virtudes sobrenaturales. En primer término la fe. Siempre ha tenido la fe sus enemigos, pues aunque eleva la humana inteligencia con el conocimiento de altísimas cosas, por lo mismo que al abrir estos superiores horizontes, oculta su esencia, parece que en esto la humilla y deprime. Antiguamente se combatía ora uno ora otro de los artíficios de la fe; después se encendió mucho más la guerra, llegándose hasta el extremo de negar todo el orden sobrenatural. Ahora bien; para restablecer en los espíritus el vigor y fervor de la fe nada más apropiado que el misterio eucarístico, llamado con toda propiedad *misterio de fe*; pues, ciertamente, cuanto hay de admirable y singular en los milagros y obras sobrenaturales se contiene en este: *El Señor misericordioso hizo compendio de todas sus admirables obras, dió comida á los que le tomen*. Si Dios, cuando hizo en el orden sobrenatural, lo ordenó á la encarnación del Verbo, por cuyo beneficio se restituyó la salvación al género humano, según aquello del

Apóstol: *Propuso... restaurar en Cristo todas las cosas que son en el cielo y en la tierra, en él; la Eucaristia en sentir de los Padres, debe considerarse como continuación y extensión de la Encarnación. Y en verdad; por ella la substancia del Verbo encarnado se une con cada uno de los hombres; y se renueva de un modo admirable el supremo sacrificio del Calvario; lo cual profetizó Malaquías cuando dijo: En todo lugar se sacrifica, y ofrece á mi nombre una oblación limpia. A este milagro de los milagros acompañan innumerable multitud de prodigios; en él se interrumpen todas las leyes de la naturaleza; toda la substancia de pan y vino se convierte en cuerpo y sangre de Cristo; las especies de pan y vino, se sustentan, sin sujeto, por virtud divina: el cuerpo de Cristo está presente en tantos lugares en cuantos á un mismo tiempo se hace el Sacramento. Cuanto mayor sea el obsequio de la mente hacia tan gran Sacramento, más le afirman y ayudan los prodigios realizados en su honor en tiempos pasados y presentes, y de los cuales conservanse en multitud de lugares insignes monumentos. Con este Sacramento se alimenta la fe, se nutre la mente, se desvanecen los errores del racionalismo, y se ilumina en gran manera el orden sobrenatural.*

Pero á enervar la fe en las cosas divinas, contribuye mucho, no sólo la soberbia, como ya hemos dicho, sino también la depravación del ánimo. Así se observa ordinariamente que cuanto es un sujeto más morigerado, tanto es más despierto para entender; y que los deleites corporales tornan obtusos los entendimientos, como ya lo eché de ver la prudencia de los paganos, y Nos lo avisó antes que ella la divina sabiduría (Job., I, 4); pero en las cosas divinas mayormente esos placeres oscurecen la luz de la fe y aún, por justo castigo de Dios, llegan hasta extinguirla por completo. Tras esos deleites corre hoy con ardiente é insaciable anhelo; ésta es una como enfermedad contagiosa que á todos invade desde la más tierna edad. Remedio excelente contra tan gravísimo mal le tenemos siempre dispuesto en la divina Eucaristia.

Porque ante todo, aumentando ella la caridad, enfrena las pasiones, según lo que ya dijo San Agustín: *«Lo que alimenta á la caridad, enerva á la pasión, y la extinción de la pasión es la perfección de la caridad.»* (De diversis questionibus, LXXXIII, q. XXXVI). Demás que la castísima carne de Jesús reprime la insolencia de nuestra carne, según

enseñó San Cirilo de Alejandria: *Cuando Cristo está en nosotros hállase adormecida la ley de la carne que vámana furiosa en nuestros miembros.* (Lib. IV, c. 2 in Joann. VI, 57). Otro fruto singular y amenísimo de la Eucaristia es el que fué significado en aquel profético dicho: *¿Qué es lo bueno en él (Cristo) y qué lo hermoso de él sino el trigo de los elegidos y el vino que hace germinar vírgenes?* (Zach., IX, 17). Esto es, el firme y constante propósito de la virginidad sagrada, que aun en medio de un mundo relajado por la molice, florece vigorosa más y más cada día en la Iglesia católica, con tanta ventaja y ornamento de la religión y aun de la misma sociedad civil, que no hay quien pueda resistir en este punto á la evidencia.

Allégase á esto, que con este Sacramento la esperanza de los bienes inmortales y la confianza en los auxilios divinos maravillosamente se robustecen y confirman. Pues el deseo de la felicidad, grabado é innato en todos los hombres, se hace más agudo con los engaños patentes de los bienes terrenos, y con las injusticias de los hombres perversos y los demás trabajos del cuerpo y del alma. Empero el angusto Sacramento de la Eucaristia es causa y prenda á la vez de la divina gracia y de la gloria celestial, no ya sólo con relación al alma, sino también al cuerpo, pues él enriquece los ánimos con la abundancia de los bienes celestiales y derrama en ellos gozos dulcísimos que exceden en mucho á cuanto los hombres puedan en este punto entender ni ponderar; en los casos adversos la Eucaristia sustenta; en los combates de la virtud confirma; guarda las almas para la vida eterna, y á ella conduce como viático preparado al intento.

A este cuerpo nuestro, caduco y deleznable, la Hostia divina hace que en su día resucite; porque el cuerpo inmortal de Cristo infunde en él la semilla de la inmortalidad que ha de brotar alguna vez. Uno y otro bien, el del cuerpo y el que ha de gozar el alma, la Iglesia lo ha enseñado siempre conforme á la sentencia de Cristo: *Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el último día* (Joann., VI, 55). Con lo cual tiene conexión y es de gran momento considerar la necesidad que resulta de la misma Eucaristia, como instituida por Cristo en memoria perenne de su pasión (S. Thom. Aquin., opusc. LVII; *Offic. de festo Corp. Christi*), de mortificar el hombre la propia carne. Pues Jesús dijo á aquellos que fueron sus primeros

sacerdotes: *Haced esto en memoria mía* (Luc., XXII, 19); esto es, hacedlo para conmemorar mis dolores, mis aflicciones, mis angustias, mi muerte en el madero de la Cruz. Por lo cual es en todo tiempo este Sacramento y sacrificio una exhortación continua á la penitencia y á soportar los mayores trabajos, y una condenación grave y severa de los placeres que algunos hombres sin pudor alaban y ponen en las nubes: *Todas las veces que comiereis de esta pan y bebiereis este cáliz, anunciareis la muerte del Señor, hasta que venga* (I. Cor., XI, 26).

Demás de esto, si alguno quisiera averiguar las causas de los males que oprimen á las gentes en nuestros días, no le sería difícil ver que habiéndose resfriado la caridad para con Dios, la que debe unir á los hombres entre sí, se ha entibado también: olvidando que son hijos de Dios y hermanos en Jesucristo, nadie cuida de otros intereses sino de los suyos; y no sólo se desatienden los ajenos, pero á menudo se hostilizan é invaden. De aquí las frecuentes riñas y controversias entre las diversas clases de ciudadanos: la arrogancia, la aspereza, los fraudes en los que más pueden; y en las clases ínfimas las miserias, la envidia, los motivos. Males son estos contra los cuales no se da medicina alguna saludable ni en las leyes con que se quiere proveer á su remedio, ni en el miedo á las penas, ni en los dictámenes de la prudencia humana.

Aquello, pues, debe procurarse con empeño que ya más de una vez Nos copiosamente amonestamos, que las diferentes clases se concilien entre sí mediante la conjunción de sus respectivos deberes; la cual, emanada de Dios, produce obras que llevan en sí el propio espíritu y caridad de Jesucristo. Esta trajo Jesucristo á la tierra; en esta quiso que ardieran todas las cosas, como que ella es la única virtud que puede dar, no sólo al alma, sino también al cuerpo, alguna dicha aun en la vida presente; porque ella reprime en el hombre el amor immoderado de sí mismo y pone coto á la codicia, que es la raíz de todos los males (I. Tim., VI, 10). Aunque es cosa recta sostener convenientemente la justicia entre todas las clases de ciudadanos; pero esto importa principalmente conseguir al fin con el auxilio y la regla de la caridad que en la sociedad humana se dé aquella igualdad á que persuadía el Apóstol San Pablo, queriendo que resulte igualdad (I. Cor., VIII, 14); y que después de ser hecha, se conserve. He aquí, pues, lo que quiso Jesucristo

cuando instituyó este augusto Sacramento: excitando el amor de Dios, quiso fomentar el mutuo amor entre los hombres.

Porque este amor emana por su naturaleza de aquél, y espontáneamente se difunde, y no podrá en ninguna parte dejar de ningún modo cosa alguna que desear; antes será necesariamente más ardiente y vigoroso si se considera cuán grande es el amor de Cristo á los hombres en este Sacramento, en el cual, si por una parte desplegó con singular magnificencia su infinita potencia y sabiduría, de otra hubo de *derramar las riquezas de su divino amor á los hombres*. (Conc. Trid., sess. XIII, *De Euchar.*, c. 2).

A vista de este ejemplo de Cristo, que así nos da todas las cosas; ¡oh cuánto debemos nosotros amarnos y socorrernos unos á otros, unidos más y más cada día con vínculos indisolubles de caridad fraternal! Y es muy de notar que hasta las señales exteriores de este Sacramento convidan oportunísimamente á esta unión.

A este propósito, San Cipriano. «Finalmente; aún el mismo sacrificio del Señor declara la unanimidad cristiana unida con él con firme é inseparable caridad. Porque cuando el Señor llama «su cuerpo» al pan hecho con la unión de muchos granos, quiere decir que nuestro pueblo, condeído por él es un cuerpo cuyos miembros están unidos; y cuando llama «su sangre» al vino sacado de muchos racimos y granos exprimidos, y hecho una substancia indivisa, da asimismo á entender que nuestra grey está formada de una multitud de hombres reducidos á unidad. (Ep. 69, ad Magnum, número 5)».

Así hablan también el Doctor Angélico siguiendo á San Agustín: *Nuestro Señor nos dejó representados su cuerpo y su sangre en aquellas cosas que más se juntan en uno; porque una de ellas, que es el pan, es un todo formado de muchos granos; y la otra que es la sangre, es un todo compuesto de muchos racimos; y por esto San Agustín dice en otro lugar: ¡Oh Sacramento de piedad, oh señal de unidad, oh vínculo de caridad! (Suma teol. III, p. q. XXIX, a. 1). Todo lo cual fué confirmado con la sentencia del Concilio Tridentino, el cual enseñó haber Cristo dejado á la Iglesia la Eucaristía como símbolo de aquella unidad y caridad con que quiso que los cristianos fuesen conjuntos y unidos entre sí... símbolo de aquel cuerpo verdaderamente uno del cual es El mismo la Cabeza, y al cual quiso que nosotros como miembros estuviésemos unidos con*

estrechísimo vínculo de fe, de esperanza y de caridad. (Sess. XIII, de Eucharistia, cap. II).

Ya San Pablo lo había dicho: «*Porque todos los que participamos del mismo pan bien que muchos, venimos á ser un solo pan, un solo cuerpo.*» (I. Corint., X, 17).

Y á la verdad, no deja de ser una bellísima y muy alto-gro manifestación de fraternidad é igualdad social la que se ofrece cuando ante unos mismos sagrados altares acuden y se postran el noble y el plebeyo, el rico y el pobre, el docto y el ignorante, participando igualmente del mismo celestial banquete. Y si en los fastos de la Iglesia naciente se refirió en alabanza de ella, que toda la multitud de los fieles tenía un mismo corazón y una misma alma. (Act. IV, 22), no hay duda sino que este bien tan grande se lo debían á la presencia de la devoción eucarística, puesto que de ellos loemos: *Y perseveraban todos en oír las instrucciones de los Apóstoles y en la comunicación de la fracción del pan ó Eucaristía y en la oración* (Act. II, 42). Además, la gracia de la mutua caridad entre los vivos, que tanta fuerza é incremento recibe del Sacramento eucarístico, en virtud especialmente del sacrificio, es participada de todos aquellos que están en la Comunión de los Santos. Porque, como todos saben, la Comunión de los Santos no es otra cosa sino una recíproca participación de auxilio, de expiación, de oraciones, de beneficios entre los fieles que están, ó gozando las alegrías del triunfo en la patria celestial, ó sufriendo las penas del purgatorio, ó peregrinando todavía en la tierra; de todos los cuales resulta una sola ciudad, cuya cabeza es Jesucristo y su forma la caridad.

Sabemos también por la fe, que si bien el augusto sacrificio no puede ofrecerse sino solo á Dios, pero sí puede celebrarse en honor de los Santos que reinan en el cielo con Dios, que los ha coronado, para obtener su patrocinio, y aun como lo tenemos por tradición apostólica, para quitar las manchas de aquellos hermanos que habiendo muerto en el Señor no están todavía enteramente purificados. Así, aquella sincera caridad que por la salud y ventaja de todos suele obrar y padecer, se lanza, abrasada en fuego vivo y activo, desde la Santísima Eucaristía, donde está y vive el mismo Cristo, y donde ataja el freno al amor que nos tiene, y movido por un ímpetu de caridad divina, renueva perpetuamente su sacrificio.

Así se vé fácilmente de dónde hayan tomado su origen los áridos trabajos y fatigas de los hombres apostólicos, y

de dónde tantos y tan varios Institutos de beneficencia han sacado, junto con su origen, la fuerza, la constancia y el feliz éxito de sus obras.

Estas pocas cosas en materia tan vasta no dudamos que darán de sí eximios frutos en la grey cristiana, si por efecto de vuestra solicitud, oh Venerables Hermanos, son oportunamente explicadas y recomendadas. Aunque Sacramento tan grande como éste, y tan universalmente eficaz, nunca podrá ser por nadie loado ni venerado tanto como merece. Porque ora se medite sobre él, ora sea devotamente adorado, ora pura y santamente se reciba, siempre debe ser mirado como centro en que toda la vida cristiana se resume; los otros modos de piedad, cualesquiera que ellos sean, todos conducen á éste y en éste vienen á parar. Y aquella benigna invitación y aun más benigna promesa de Cristo: *Venid á mi todos los que andáis agobiados, con trabajos y cargas, que yo os aliviaré* (Math. XI, 28) se verifica principalmente con este misterio y se cumple en él todos los días. Él es también como el alma de la Iglesia, y á él se endereza por los diversos grados de las órdenes la misma amplitud de la gracia sacerdotal.

De él saca y tiene la Iglesia toda su virtud y su gloria, todos los ornamentos de los divinos carismas, todos los bienes, en fin por esto la misma Iglesia pone todo su cuidado en preparar y conducir las almas de los fieles á una unión sublime con Cristo, mediante el Sacramento de su cuerpo y de su sangre, y por esto mismo, con el ornamento de ceremonias santísimas, aumenta la veneración que se le debe.— La perpetua providencia de la Santa Madre la Iglesia, sobre este punto, resplandece principalmente en aquella exhortación que hizo el Concilio de Trento, y que por exhalar una caridad y piedad tan admirables, merece que la presentemos íntegra al pueblo cristiano: *Con fraternal afecto amonesta el Santo Concilio, y exhorta, ruega y conjura que todos y cada uno de los que pertenecen á la profesión cristiana en este signo de unidad, en este vínculo de caridad, en este símbolo de concordia, acaben todos alguna vez por unirse y tener un mismo corazón; y acordándose de tan grande majestad y del glorioso eximio de Jesucristo Señor Nuestro, que dió su alma querida en precio de nuestra salvación; y su carne nos la dió para que la comiésemos, con tanta constancia y firmeza de fe, con tanta devoción y piedad y culto de corazón, crean y adoren estos sagrados misterios de su cuerpo y de su sangre, que puedan*

frecuentemente recibir aquel pan sobrestancial, y que éste sea verdaderamente para ellos vida del alma y perpetua salud de la mente; por la virtud del cual fortalecidos, puedan llegar por la senda de esta miserable peregrinación á la patria celestial, donde comerán sin celo alguno este mismo pan de los ángeles que ahora bajo velo reciben. (Sess., XIII de Euchar., c. VIII).

La historia, finalmente, testifica que la vida cristiana entonces floreció con más pujanza cuando más estuvo en uso acercarse frecuentemente los fieles á este divino Sacramento. Por el contrario, es cosa manifiesta, que cuando esto pan del cielo fué teido por los hombres en olvido y como por objeto de tedio, poco á poco iba languideciendo el vigor de la profesión cristiana. Precisamente porque este vigor no se extinguió, en el Concilio Lateranense ordenó gravísimamente Inocencio III, que todo fiel cristiano estuviese obligado á comulgar por lo menos una vez por Pascua florida. Claro es que este decreto fué dado á disgusto y como remedio extremo; porque el desdén de la Iglesia fué siempre éste; que en cada misa hubiese algunos fieles que participasen de esta divina mesa. Desea el sacrosanto Sinodo que en cada una de las misas comulguen los fieles que asistan á ellas; no sólo espiritualmente, sino recibiendo sacramentalmente la Eucaristía, porque así puedan recibir con más abundancia el fruto de este santísimo sacrificio. (Conc. Trid., sess. XXII, c. VI).

Y á la verdad, abundancia riquísima de salud, no sólo para cada uno en particular, sino para los hombres todos, contiene en sí este augustísimo misterio en razón de ser sacrificio; y por esta razón la Iglesia acostumbra á ofrecerlo diariamente por la salud de todo el mundo. Así, conviene que á la mayor amplitud de la devoción y culto de este sacrificio, todos los buenos consagren su común empeño, que en nuestros días es sobremanera interesante. Queremos, pues, que las múltiples virtudes de este culto sean concedidas en más extensa esfera y consideradas con más profunda reflexión.

Principios son clarísimos ante la sola luz natural de la razón, que Dios criador y conservador tiene un dominio supremo y absoluto sobre los hombres, así en la vida privada de ellos como en la pública; que todo lo que somos y todo el bien que tenemos, pública y privadamente, nos viene de la bondad divina, y por consiguiente, que debemos suma reve-

rencia á Dios, como Señor, é inmensa gratitud como munificentísimo bienhechor. Pero estos deberes, ¿cuántos son hoy los que los aprecian y observan como y cuanto es debido? Si hubo jamás alguna edad que mostrase al mundo el espíritu de rebelión contra Dios, esa es precisamente la nuestra, en la cual se oye de nuevo contra Jesucristo aquella palabra impía: *No queremos que éste reine sobre nosotros.* (Luc., XIX, 14), y aquel intento nefando: *Exterminémoslo* (Jerem., XI, 19); ni hay cosa que con mayor empeño procuren muchos, sino que Dios sea lanzado de la sociedad civil y aun de todo humano consorcio.

Pues aunque no todos llegan á tamaño exceso de criminal lucra, empero, es para llorar que sean tantos los que viven enteramente olvidados de la Divina Majestad y de sus beneficios, especialmente de la salud que nos ha traído Jesucristo. Ahora bien, esta grandísima maldad ó abandono si así quiere llamarse, necesario es que sea reparado con un aumento de fervor de la piedad en el culto del sacrificio eucarístico; ninguna otra cosa puede haber que honre más á Dios que este culto y devoción, ni que le sea más grato. Porque la Hostia que se inmola en los altares es divina, y así, tanto es el honor que por ella se da á la augusta Trinidad, cuanto se debe á su inmensa dignidad; ofrecemos también al Padre un don, cuyo valor y suavidad son infinitos, á saber, su mismo Unigénito; y de esta suerte, no sólo hacemos gracias á su benignidad, sino dámosle del todo en retorno.

Otro nuevo é insigne fruto se puede y se debe por consiguiente sacar de tan grande sacrificio. Oprimose el pecho cuando se considera cuán grande es el lodazal de pecados que reinando la indecisión y la impiedad han inundado al mundo. Gran parte del género humano parece querer venga sobre su cabeza la ira celestial; aunque si bien se mira, los males que pesan sobre nosotros, muestran á las claras que el justo castigo ha madurado ya. Urge pues excitar asimismo á los fieles á que conteniendo unos con otros en santa emulación en aplacar al justo divino Juez y en implorar los auxilios oportunos para este siglo tan fecundo en calamidades. Pues estas cosas, entiéndase esto bien, por medio de tan grande sacrificio se han de procurar principalmente; ya que satisfacer abundantemente á la justicia de Dios é impetrar con largueza los dones de su clemencia, de ninguna otra manera pueden los hombres hacerlo sino en virtud de la muerte sufrida por Jesucristo.

Pero esta misma virtud de expiar y de impetrar quiso Cristo que permaneciese totalmente en la Eucaristía, la cual no se reduce á una simple memoria, desnuda y vacía, sino es una memoria verdadera y admirable, aunque mística é incruenta, de su muerte.

Por lo demás, no poco Nos alegra, con gusto lo decimos, que en estos últimos años se venga notando en los fieles como cierto despertar del amor y del obsequio para con el Sacramento eucarístico, lo cual Nos anuncia y Nos hace esperar tiempos y cosas mejores.

Muchas á la verdad y varias entre ellas como en un principio digimos, han sido introducidas por la piedad diligente, especialmente las ofrendas, ya para aumentar el esplendor del culto eucarístico, ya para la adoración perpetua del augustísimo Sacramento, ya para reparar las injurias y contumelias de que es objeto.

Pero en estas cosas, Venerables Hermanos, no es bien que Nos detengamos ni Nos, ni vosotros; que muchas otras están todavía por promover é emprender para que este divinisimo don de los dones, entre aquellos mismos fieles que cumplen los deberes de la religión cristiana, sea puesto en la luz y el honor que merece, y un misterio tan grande sea venerado en su dignamente sea posible.

Así las obras que prosiguen su camino deberán guiarse de suerte que adelanten en él más aún; las antiguas instituciones, si en alguna parte cayeron en desuso, deben tornar á su antiguo vigor, tales como las Asociaciones Eucarísticas, las oraciones de las Cuarenta Horas, las procesiones solemnes, las visitas al divino Tabernáculo y otras prácticas á este tenor, santas y sobremedera saludables; y además se ha de emprender todo aquello que la prudencia y la piedad surgieran con ese intento.

Pero es sobre todas las cosas necesario que vuelva á florecer en todas y cada una de las partes del mundo católico la frecuencia á la mesa eucarística. Así nos lo enseñan los ejemplos, antes referidos, de la Iglesia naciente; así la autoridad de los Padres y de los Santos de todos los tiempos; porque así como el cuerpo, el alma necesita á menudo de su propio alimento, y su alimento más vital es precisamente aquel de que nos provee el Sacramento Eucarístico. Por esta razón es una verdadera necesidad el deterrar ciertas preocupaciones de los enemigos, ciertos vanos temores de muchos ciertos pretextos para abstenerse de

él; se trata de una cosa más ventajosa que la cual no hay ninguna otra á los fieles, ya para redimir el tiempo gastado en cuidados excesivamente terrenos, ya para reanimar el espíritu cristiano y mantenerlo constantemente vivo.

Para esto ayudarán todas las exhortaciones y los ejemplos de las clases más conspicuas, y sobre todo el celo y las industrias del clero. Los Sacerdotes á quienes Cristo Redentor dió el oficio de celebrar y dispensar los misterios de su Cuerpo y de su Sangre, no pueden de ningún otro modo mejor responder al sumo honor de ellos recibido, que promoviendo con el mayor estudio la gloria eucarística del mismo Jesucristo, é invitando y guiando, conforme á los deseos de su sacratísimo Corazón, á todas las almas á las fuentes saludables de tan insigne Sacramento, de tan sublime sacrificio.

Así resultará lo que á par del alma deseamos, que los excelentes frutos de la Eucaristía siempre sean percibidos con mayor abundancia, mediante el feliz progreso de la fe, de la esperanza, de la caridad, de todas las virtudes cristianas; lo cual redundará también en salud y ventaja de la república, y siempre se descubrirán más y más los consejos de la caridad prudentísima del Señor, que tal misterio perpetuo instituyó para la vida del mundo.

Con esta esperanza, Venerables Hermanos, en prenda de los divinos dones y en testimonio de Nuestra caridad, á todos vosotros, al Clero y al pueblo damos la Apostólica bendición.

En Roma, junto á San Pedro, XXVIII de Mayo, vigilia del *Corpus Domini* año MDCCCCLII, de nuestro Pontificado año XXV.

LEÓN, PAPA XIII.





EPISTOLA ENCYCLICA

DESANCTISSIMAE EUCHARISTIAE

ALERE PLAMMAM
VERITATIS LEO PP. XIII

VENERABILES FRATRES

SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

MIRAS caritatis in hominum salutem exempli, quae a Iesu Christo praecedunt, Nos quidem pro sanctitate officii inspicere et persequi adhuc studuimus, ad extremumque vitae spiritum, ipso optulante, studebimus. Nam tempora naevi nimis arriter vitati et iustitiae infensa, quantum erat in Nobis, docendo, admonendo, agendo, prout in scriptura ad eos epistola Apostolica confirmavit, nequaquam intermissus est late praestare, quae aive ad multiplicem errorem nonnegationem depellendam, sive ad nervos intendendos christianae vitae aptius conducere viderentur. In his autem duo sunt recentioris memoriae, omnino inter se conuncta, unde Nosmetipsi opportunae consolationis fructum, tot prementibus aegritudinis causis, recolendo percipimus. Alterum quam optimum factu censuimus augusto Cordi Christi Redemptoris universitatem homani generis peculiari cura devoverit alterum, quoniam omnes christianum nomen profertentes gravissime hortati sumus, ut Eius ipsi adhaerent, qui vel singulis vel iura socialis vitae, certissima, vita divina est. — Nunc vero eadem ipsa, advigilante in Ecclesiae tempora, Apostolica caritate movemur ac prope impellimur ut aliud quiddam ad ea proposita iam coniecta, utraque perfectionem suam addamus, ut videlicet christiano populo maiorem in modum commendamus sanctissimum Eucharistiae, quippe donum divinissimum ex infimo pleno Cordis protatum eiusdem Redemptoris, desideris desiderantis singularem huiusmodi cum hominibus coniunctionem, maximeque factum ad saluberrimos fructus redemptionis eius dilargiendos. Quoniam in hoc etiam rerum genere nonnulla vel antea Nos auctoritate et studio curavimus, laudandumque memoratu est inter cetera legitima Nos comprobatione ac privilegio auxisse Institutam et Societatem non paucas, divinae Hostiae perpetua vice adorandae addictae; operam item deditae ut conventus eucharistici digna cum celebritate pri-

que utilitate haberentur, usdem praeterea similisque causae operibus patronum ecclesiam attribuisse Paschale Baylon, qui mysterii eucharistici cultor extitit insigniter pius. — Itaque, Venerabiles Fratres, de hoc ipso mysterio in quo laudando illustrandoque constanter tum Ecclesiae solertia, non sine praeclearis Martyrum palmis, elaboravit, tam praestantissimorum hominum doctrina, et quantitas variaeque artes splendide contulerunt, libet capitum quaedam alloquendo complecti; idque ut aperitior atque expressior pateat eiusdem virtus, qua maxime parte se dat praesentissimam hisce necessitatibus temporum allevanda. Sane, quandoquidem Christus Dominus sub excessum mortalis cursus istud reliquit curitatis immensa in homines monumentum, itemque praesidium maximum pro mundi vita (1). nihil Nobis de vita proxime cessuris optare felicius possumus quam ut liceat excitare in omnium animis atque alere memoris gratiae habitaeque religionis affectum erga Sacramentum in rabile, in quo salutis et pacis, sollicitis omnium studiis quaestae, spem atque efficiendam maxime niti arbitramur.

Quod saeculo, usquequoque perturbato et laboranti tam misere, talibus Nos remediis adiumentisque ducimus praecipue consulendum, non deerunt sane qui demirentur, et forsitan qui dicta Nostra proacum fastidio accipiant. Id nemo est potissimum a superbia: quo vitio animis incidente, elanguescat in iis christiana fides, quae obsequium vult mentis religiosissimum, necesse est, atque adeo caligo de divinis rebus latras inoumbat, ut in multos illud cadat: *Quaecumque ignorant, blasphemant* (2). Iam vero tantum abest ut Nos propterea ab invito avocemur consilio, ut certum sit contentiore potius studio et recte animis lumen afferre et sancta vituperantibus vaniam a Deo, fraterna pietum imploratione, extorare.

Sanctissimo Eucharistiae virtutem integre fide nosse quis sit, idem enim vero est ac nosse quae sit opus quod humani generis causa Deus, homo factus, potant misericordio perfecti. Nam ut est fidel recte Christum profiteri et colere summum effectorem salutis nostrae, qui sapientia, legibus, instituta, exemplis, fasque sanguine omnia instauravit; neque est eundem profiteri colere sic in Eucharistia respice praesentem, ut verissime inter homines ad aevi perpetuitatem ipse permansit, huiusque partae redemptionis beneficia magister et pastor bonus, peracceptumque deprecator ad Patrem, perant copiam de semetipso impertiat. Beneficia porro ex Eucharistia manantia qui studiose religiosaque consideret, illud sane praestare atque omnia intelligit, quo cetera quaecumque sunt continentur, ex ipsa nempae vitam in homines, quae vera vita est, influere: *Panis, quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita* (3). — Non uno modo, quod alias docuimus, Christus est vita; adventus sui inter homines causam professus est eam, ut effareret ipsa certam vitae plus quam humanae ubertatem: *Ego veni ut vitam habeant, et abund-*

(1) Joann. VI, 54. — (2) Luc. 10. — (3) Joann. VI, 52.

dantius habeant (1). Slatim namque ut in terris benignitas et humanitas apparuit Salvatoris nostri Dei (2), nemo quidem ignorat vim quendam continuo erupisse ordinis rerum prorsus novi procreatricem, eamque in veras omnes societatis civilis et domesticæ permanasse. Novus inde homini cum homine necessitudines; nova publice et privatim iura, nova officia; instituta, disciplina, artibus novos cursus: quod autem præcipuum, hominum animos et studia ad veritatem religionis sanctitatemque morum traducta; atque adeo vitam homini communicatam, caelestem plane ac divinam. Huc nimirum se spectant, quæ et bro in sacris litteris commemorantur: *signum vitæ, verbum vitæ, liber vitæ, corona vitæ*, nominatimque *panis vitæ*.

At vero, quoniam hæc ipsa de qua dicimus vita expressam habet similitudinem cum vita hominis naturali, sicut altera cibo alitur atque viget, ita alteram sustentari cibo suo et augeri oportet. Apud hic facit revocare quo quidem Christus tempore ac modo moverit animos hominum et adduxerit ut panem vivum quem daturus erat, convalescenter probare exciperent. Ubi enim mansit fama de prodigio quod ille, multiplicatis panibus in sabbatam multitudinis, patre verat ad litus Tiberiadis, confestim plures ad ipsum confluerunt, si forte par sibi obtingeret beneficium. Tum Iesus opportunitate arrepta, similiter ac quum feminæ Samaritanæ, ab hauriendis puteali aqua, sitim ipse iniecerat *aquæ salientis in vitam æternam* (3), cupidus multitudinis sic erigit mentes, ut panem alium cupidius appetant *qui permanet in vitam æternam* (4). Neque vero huiusmodi panis, insulat Iesus admonere, est manna illud caeleste, quod patribus vestris per deserta peregrinantibus præsto fuit; neque ille quidem quem ipsi nuper a me mirabundi accepistis; verum egomet sum panis isto: *Ego sum panis vitæ* (5). Idemque eo amplius sundet omnibus, et invitando et præcipiendo: *Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum; et panis quem ego dabo caro mea est pro mundi vita* (6). Gravitatem porro præcepti ita ipsa vincit: *Amen amen dico vobis, nisi manducaveritis carnem Filii hominis et biberitis eius sanguinem, non habebitis vitam in vobis* (7). Absit igitur pervagatus ille error perniciosissimus opinionum Eucharistiæ usum ad eos fore amandandum esse qui vacui curis angustique animo conquiescere instituant in quodam vitæ religiosioris proposito. Ea quippe res, qua nihil sane nec excellentius nec salutaris, ad omnes omnino, cuiuscumque demum muneris præstantiæ sint, attinet, quicquid velint, neque unus quisquam non telle debet, divine gratiæ in se favore vitam, cuius ultimum est adeptio vitæ cum Deo beatæ.

Atque vitam de sempiterna vita recte reparant et provident it potissimum quorum vel ingenium vel industria vel austeritas

(1) Ioan. X, 10.—(2) Tit II, 4.—(3) Ioan. IV, 14.—(4) Ib. VI, 27.—(5) Ib. 48.—(6) Ib. 51.—(7) Ib. 54.

tantopera possunt ad res temporum atque hominum dirigendas. At vero videmus deploramusque et plerique cum facta existimant se novam veluti vitam eamque prosperam sæculo indidisse, propterea quod ipsum ad omne genus utilia et mirabilia, inflammato cursu contendere suo impulo urgent. Sed enim, quocumque aspexeris, humana societas, si a Deo aliena; potius quam quiescit fructu tranquillitate rerum, perinda angitur et trepidat ut qui fabri sestante lætatur, prosperitati dum anxie studet eique unico fidit, fugientem sequitur, inhaeret labenti. Homines enim et civitates ut necessario ex Deo sunt, ita in alio nullo vivere, moveri, efficere boni quidquam, nisi in Deo per Iesum Christum queunt; per quem late profluxerunt et profuunt optima quæque et lectissima.— Sed horum omnium fons et caput bonorum est potissimum augusta Eucharistia: quæ quum eam aliat sustentetque vitam cuius ex desiderio tam vehementer laboramus, tum dignitatem humanam quæ tanti nunc fieri videtur, immensum auget. Nam quid minus aut optabilius, quam effici, quod eius fieri possit, divine participem consortemque naturæ? At enim hoc nobis Christus præstat in Eucharistia maxime, quæ evehctum ad divina, gratiæ munere, hominem arcibus etiam sibi adiuvat et copulat. Id enim interest inter corporis cibum et animi, quod i la in nos convertitur, hic nos in se convertit; quæ de re Christum ipsum Augustinus loquentem inducit: *Nec tu que in te mutabis sicut cibum carnis tuæ, sed tu in mutaberis in me* (1).

Ex hoc autem præcelsissimo Sacramento, in quo potissime apparet quemadmodum homines in divinam inserentur naturam, iidem habent in omni supernarum virtutum genere incrementa maxima. Et primum in fide. Omni quidem tempore fides oppugnatore habuit; nam etsi hominum mentes præstantissimarum rerum cognitione extollit, quia tamen quæ supra naturam esse spernit, quæ sint calet, eo videtur mentes ipsas deprimeret. Sed olim tum hoc tum illud fidei caput oppugnabatur; democps nullo latius exarsit bellum, eoque iam perventum est, ut nihil omnino supra naturam esse affirmaret, iam vero ad vigorem fervoremque fidei in animis redintegrandam percipit est, ut nihil magis, mysterium Eucharistiæ, proprio *mysterium fidei* appellatum: hoc nimirum uno, quæcumque supra naturam sunt singulari quadam miraculorum copia et varietate, universa continentur. *Memoriam fecit mirabilia suorum austerioris et miserator Dominus, escam dedit imentibus* (2). Si Deus enim quidquid supra naturam facit, ad Verbi retili incarnationem, cuius beneficiæ restitueretur humani generis salus, secundum illud Apostoli: *Proposuit... instaurare omnia in Christo, quæ in caelis, et quæ in terra sunt, in ipso* (3); Eucharistiæ, Petrum sanctorum testimonio, incarnationis continuatio quædam et amplificatio censenda est. Siquidem per ipsam incarnati Verbi substantia

(1) Conf. I, VII, c. X.—(2) Ps. CX, 4-5.—(3) Eph. I, 9-10.

cum singulis hominibus copulatur; et supremum in Calvaria sacrificium admirabili modo renovatur; id quod praesignificavit Malachias: *In omni loco sacrificatur et offertur nomini meo oblatio munda* (1). Quod miraculum, unum omnium in suo genere maximum, miracula comitantur innumerabilia; hic enim omnes naturae leges intermissae: tota substantia panis et vini in corpus et sanguinem Christi convertitur; panis et vini species, nulla re subiecta, divina virtute sustentantur; corpus Christi tam multa simul loca nanciscitur, quam multis simul in locis Sacramentum perficitur. Humanae autem rationis quo magis erga tantum Mysterium intendatur obsequium, quasi adimento suppelinat prodigia in eiusdem gloriam, veteri memoria et nostrae patriae; quorum publica extant non uno loco eoque insignia monumenta. Hoc igitur Sacramento videmus fidem alimentem nutriri, rationaliarum commenta dilui, ordinem rerum quae supra naturam sunt maxime illustrari.

Sed ut divinarum rerum fides languescat, non nodo superbia, quod supra stigmam, sed etiam depravatio facit animi. Nam si usus venit et quo melius quisque est moratus, eo sit ad intelligendum sollicitior, corporis sicut voluptatibus mentes obtundit ipsa ethnica dispehit prudentia, divina sapientia praemonuit (2); tanto magis in divinis rebus voluptates corporis obscurant fidei lumen, atque etiam, per iustam Dei animadversionem, extingunt. Quarum quidem voluptatum insensibilis hodie cupiditas flagrat, omnesque late tantum contagio quaedam morbi vel a primis aetatis inficit. Verum terribili huius mali praeciorum in divina Eucharistia praesto est remedium. Nam, omnium primum, augendo caritatem, libidinem coercescit, ut enim Augustinus: *Nutrimtum eius (caritatis) est imminutio cupiditatis; perfectio, nulla cupiditas* (3). Praeterea costissima lesu caro carnis nostrae insolentiam comprimit, ut Cyrillus monuit Alexandrinus: *Christus enim existens in nobis sopit saevientem in nostris membris carnis legem* (4). Quin etiam fructus Eucharistiae singularis et lucundissimus est quem significavit propheticum illud: *Quid bonum eius (Christi) est, et quid pulchrum eius, nisi fructum electorum et etiam germinans vitivites* (5) videlicet sacrae virginitalis forte et constans propositum quod, vel diffidente delictis saeculo, latus in dies uberiusque in catholica Ecclesia florescit: quanto quidem ubique cum religionis ipsiusque humani convictus emolumento et ornamento est probe cognitum.

Accedit quod huiusmodi Sacramentum spes honorum immortalium, fiducia auxiliorum divinarum, mirifice roboratur. Beatis enim studium, quod omnium animis insitum etque innatum est, terrestrium bonorum fallacia, iniusta flagitiosorum hominum vi, caeteris denique corporis animique molestiis magis magisque acuitur. Tam vero augustum Eucharistiae Sacramentum, beatitudinis et gloriae

(1) L. II. (2) Sep. I, 4. — (3) De diversis quaestioibus LXXIIII, quaest. XXXVI. — (4) Lib. IV, c. 2 in Ioan. VI, 51. — (5) Zach. IX, 17.

causa idem et pignus est, idque non animo tantum sed etiam corpori. Quum enim animos caelestium hororum copia locupletat, tum iis perfundit suavissimis gaudiis, quae quamlibet hominum aestimationem et spem longe superent; in adversis robur sustentat, in virtutis certamine confirmat, in vitam custodit sempiternam ad eamque tanquam instructo viatico perducit. Corpori autem caduco et fluxo hostio illa divina virtus ingenerat resurrectionem; siquidem corpus immortale Christi semen inserit immortalitatis, quod aliquando erumpat. Utrumque istud et animo et corpori bonum inde obventurum Ecclesia omni tempore docuit, Christo obsecuta affirmanti: *Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem habet vitam aeternam: et ego resuscitabo eum in novissimo die* (1).

Cum re coleret magnique interest id considerare, ex Eucharistia, quippe quae a Christo instituta sit tanquam possessionis suae memoriae perenne (2), Christiano homini castigandi salutariter sui denotari necessitatem, Iesus enim primis illis sacerdotibus suis: *Hoc facite, inquit in meam commemorationem* (3), id est hoc facite ad commemorandos dolores, aegritudines, angores meos, meam in cruce mortem. Quapropter huiusmodi sacramentum idem et sacrificium assidua est in omne tempus potentiam, ac maximi cuiusque laboris adhortatio, itemque voluptatum, quas homines impudensissimi tantopere laudant et effertur, gravis et severa improbitio: *Quotiescumque manducabitis panem hunc, et calicem bibetis, mortem Domini annuntiabitis donec veniat* (4).

Praeter haec, si in praesentium malorum causas diligenter inquirens, ea reperies inde fluxisse, quod hominum inter ipsos caritas, caritate adversus Deum frigescendo, defuerit. Dei se esse filios atque in Iesu Christo fratres oblitum sunt; nihil, nisi sua quisque, curant aliena non modo negligunt, sed saepe oppugnant in eaque invadunt, inde crebrae inter civium ordines turbae et contentiones: arrogantia, asperitas, irascentes in potentioribus; in tenacioribus miseris, invidiae, accessiones. Quibus quidem malis frustra a providentia legum, a poenarum metu, a consiliis sumptis prudentiae quaeritur sanatio. Illud est curandum erigendumque, quod plus saepe ipsi suscipiunt communitatis civium ordinis mutui inter se conciliantur officiorum conjunctione, quae a Deo profecta, opera erat germanum Iesu Christi spiritum et caritatem referentia. Hanc terris Christus intulit, hac omnia inflammari voluit, utpote quae uno posset non modo animae sed etiam corpori salutis aliquid vel in praesentia efferre: amorem enim immoderatum sui in homine compescit et divitiarum colit cupiditatem, quae *radix omnium malorum est* (5). Quamquam vero rectum est omnes iustitiae partes inter ordines civium convenienter latus; praecipuo tamen caritatis praesidio et temperamento id demum assoqui licet ut in hominum

(1) Ioan. VI, 51. — (2) S. Thomas Aquin. *opere*. LVII: *Quae de factis Corp. Christi* — (3) Luc. XXII, 19. — (4) I Cor. XI, 26. — (5) I Tim. VI, 10.

societate salutaris ea quam Paulus suadebat, fiat aequalitas (1), facta conservetur. Hoc igitur Christus voluit, quum augustum hoc Sacramentum institueret, excitanda caritate in Deum, mutuum inter homines favere caritatem. Haec enim ex illa, ut perspicuum est, suapte natura existit, et sua voluit sponte effunditur; neque vero fieri potest ut illa ex parte desideretur, quin immo incendatur et vigeat oportet, et Christi erga ipsos caritatem perpendant in hoc Sacramento; in quo ut potentiam suam et sapientiam magnifice patefecit, sic dilectus deitatis sui erga homines amoris velut effudit (2). Tam insigne ab exemplo Christi, omnia sua nobis largientis, sane quantum ipsi inter nos amare atque adiuvari debemus, fraternae recessitudine quotidie arcibus devincit. Adde quod vel signa ipsa, quibus huiusmodi constat Sacramentum, peropportuna coniunctionis incrementa sunt. Quae de re sanctus Cyrillus: Denique unanimitatem christianam firma tibi atque inseparabili caritate connexam etiam ipsa dominici sacrificii declarant. Nam quando Dominus corpus suum panem edocat de multorum granorum adunatione congestum, populum nostrum quem portabat indicat adunatum; et quando sanguinem suum vinum appellat, de botris atque acinis plurimis expressam atque in unum coniectum, gregem tuum nostrum significat coniunctione adunatae multitudinis copulatum (3). Similiter Angelicus Doctor ex Augustini sententia (4) haec habet: Dominus noster corpus et sanguinem suum, in eis rebus commendavit, quae ad unum aliquid rediguntur ex multis; namque aliud, scilicet panis ex multis granis in unum constat, aliud, scilicet vinum in unum ex multis acinis conficitur; et ideo Augustinus alibi dicit: O Sacramentum pietatis, o signum unitatis, o vinculum caritatis (5). Quae omnia confirmantur Concilii Tridentini sententia, Christum Eucharistiam Ecclesiae reliquisse tamquam symbolum eius unitatis et caritatis, qua Christianos omnes inter se coniunctos et copulatos esse voluit... symbolum unius illius corporis, cuius ipse caput existit, cuique nos, tamquam membra, strictissima fidei, spei et caritatis coniunctione adstrictos esse voluit (6). Idem edixerat Paulus: Quoniam unus panis, unum corpus multi unius, omnes qui de uno pane participamus (7). Illud enim vero pulcherrimum ac perfuendum est christianae fraternitatis aequalitatisque socialis speciem, promissae ad sacra altaria circumfundendi patritium et popularem, divitem et pauperem, doctum et indoctum, eiusque seque participes convivii caelestis.

Quo si merito in Ecclesiae sacris haec primordia eius veritatis propriae laudis quod multitudinis credentium erat cor unum et anima una (8); sane eos tam eximium bonum debuisse consuetudini mensurae divinae, obscurum non est; de ipsis enim commemoratum legi-

(1) II Cor. VIII, 11.—(2) Conc. Trid. sess. XIII, de Euchar. c. II.—(3) Ep. 22, ad Magnum n. 5 [al. 6.—(4) Tract. XXVI, in Iohann. n. 13, 17.—(5) Summa theol. III p. q. LXXIX, a. 1.—(6) Sess. XIII, De Euchar. c. II.—(7) I Cor. X, 17.—(8) Act. IV, 32.

mus: Erant persecerantes in doctrina Apostolorum et in communicatione fractionis panis (1).

Mutuae praeterea inter vivos caritatis gratia, cui a Sacramento eucharistico tantum accedit reboris et incrementi, Sacrificii praesertim virtute ad omnes permanat, qui in sanctorum communiione numerantur. Nihil est enim aliud sanctorum communiio, quod nemo ignorat, nisi mutua auxilii, expiationis, precum, beneficiorum communicatio inter fideles vel coelesti patri postros vel igni pisculari addictos vel adhuc in terris peregrinantes, in unam coalescentes civitatem cuius copul Christus, cuius forma caritas. Hoc autem fido est ratum, etsi soli Deo Sacrificium augustum offerri liceat, tamen etiam honori Sanctorum in caelis cum Deo regnantium, qui illos coronavit, celebrari posse ad eorum patrocinium nobis conciliansum atque etiam, ut ab Apostolis traditum, ad libes fratrum abolendas, qui iam in Domino mortui, nondum plane sint exiati.

Sincera igitur caritas quae, in salutem utilitatesque omnium, omni facere et pati assuevit, proliis nempe ardete actiosa ex sanctissima Eucharistia, ubi Christus adest ipse vivos, ubi suo erga nos amori vel maxime indulget diviniusque impulsus caritatis impetu sum perpetuo sacrificium instaurat. Ita facile apparet undenam hominum apostolorum ardui labores, unde iam multae variaeque spae catholico institutis beneficentia humana familia rationes sua ducant auspicio, vires, constantiam, felicesque exitus.

Haec pauca quidem in re peramplum minime dubilium quin abunde fragifera christiano graei accidant, si opera vestra, Venerabiles Fratres, sint opportune exposita et commendata. At vero tam magnum et virtute omni affluens Sacramentum nemo satis inquam, prudens ac dignum est, nec eloquendo laudavari, nec venerando coluit. Ipsum sive pie meditari, sive rita adores, sive eo magis, pure sancteque percipies, tamquam centrum existendum est in quo christiana vita, quanto usquam est, insistit, ceteri quicumque habentur, pietatis modi demum in id ipsum condeunt et desunt. Atque ea Christi benigna invitatio benigniorum promissio: Venite ad me omnes, qui laboratis, et onerati estis, et ego reficiam vos (2), in hoc praecipue mysterio evenit et quotidie impletur.—Ipsum denique est velut anima Ecclesiae, ad quod ipsa sacerdotella gratiae amplitudo per varios ordinum gradus dirigitur. Indidemque haurit habetque Ecclesiae omnem virtutem suam et gloriam, omnia divinarum christianam ornamenta; bonis omnibus quae proleptis summam cursum in eo collocat ut fidelium animos ad intimam cum Christo coniunctionem per Sacramentum Corporis et Sanguinis eius instruat et adducat; ob eamque rem caeremoniis sanctissimis ipsam ornando facit venerabilis.—Perpetuum hoc etiam in generi providentiam Ecclesiae matris sae proclaram commendat hortatio, quae in sacro Tridentino Concilio edita est,

(1) Act. II, 42.—(2) Matth. XI, 28.

sacrificam quondam castitatem pietatisque reserens. potest digna quam populus christianus a Nobis accipiat ex integro revocari: Paterno affectu admovet Sancta Synodus, hortatur, regat et obsecrat per viscera misericordiae Dei nostri ut omnes et singuli qui christianam nomine censentur, in hoc unitatis signo, in hoc vinculo caritatis, in hoc concordiae symbolo iam tandem aliquando coequantur et concordent, memores quo tantae maiestatis, et tam eximii amoris Iesu Christi Domini nostri qui affectam animam suam in nostram salutem peccatorum, et carnem suam nobis dedit ad manducandum, haec sacra mysteria corporis et sanguinis eius ea fide constanti et firmitate, ea animi devotione ac pietati et multa reverentia, ut panem illum supersubstantialem frequenter suscipere possint, et laetare eis sit animae vita et perpetua sanitas mentis, cuius vigore confortati, ex huius misericordiae peragrationis itinere ad caelestem patriam pervenire valeant, eundem panem Angelorum, quem modo sub sacris velaminibus edunt, absque ullo velamine manducaturi (1).—Porro testis historia est, christianae vitae cultum vulgo floruisse melius, quibus temporibus esset Eucharistiae perceptio frequentior. Contra non minus est exploratum consuevisse, ut quum caelestem panem negligenter homines et veluti fastidierant, sensim elingueret christianae professionis vigor. Qui quidem ne prorsus aliquando deficeret, opportunè cavet in Concilio Lateranensi Innocentius III, quum gravissime praecipit, ut minimum per solennia Paschalia nemo christianus a communione Domini Corporis abstineret. Liqueb. vero praecipuum huiusmodi negre datum, ac postremi remedi loco, semper enim id sui Ecclesiae in votis, ut cuique sacro adessent fideles de divina hae mensae participes. Optaret sacrosancta Synodus ut in singulis Missis fideles adstantes non solum spirituali affectu, sed sacramentali etiam Eucharistiae perceptione communicarent, quo ad eos sanctissimi huius sacrificii fructus uberius provenerent (2).

Et uberrimam quidem salutis copiam non singulis modo sed universis hominibus perat in hoc h. let augustissimum mysterium, ut est Sacrificium a. Ecclesiae propter hoc pro totius mundi salute assidue offerri solitum. Cuius sacrificii communibus piorum laudibus fieri ampliorum cum existimationem cultum addebet; hac arte vel maxime oportet. Itaque multiplices ipsius virtutes sive salus cognoscit sive silentius recoli volumus.

Principia huiusmodi ipsa naturae perceptiva illa sunt: supremum esse absolutumque in homines, privatim publice, Dei creatoris et conservatoris Imperium; quidquid sumus quidquid praevalim publice a nobis Deo tantam et summam, ut Domino reverentiam, et maximam, ut beneficentissimo, gratiam. Haec tamen officia quotusvisque hodie invenitur, qui qua par est religione colat et observet! Con-

(1) Sess. XIII, de Euchar. c. VIII. — (2) Cone. Trid. sess. XXII, c. VI.

tumces in Deum spiritus haec, si quamvis alia, prae se ferat actus: in quo cursis invalescit adversus Christum ex vobis nefarius. *Notamus hanc regnare super nos* (1), nefariorumque propositum, *Erudiamus eam* (2); nec sane qui quam tam vehementi impetu complures urgent quum ex civili atque adeo ex humano omni consensione pulsum segregent Deum. Quo concoloratae demerita quum quum usquequaque non procedi ur, miserabile tam nescit quum multos tenet diximus Maiestatis beneficiorumque eius parte praesertim a Christo salutis, oblitio, iamvero hanc tantum vel nequissimam vel socordiam sarciat oportet sacrior communis pietatis in cultu Sacrificii eucharistici; quo nihil Deo esse honorabilius, nihil invidiosius potest. Nam divina est, quae inmolatur hostia; per ipsam igitur tantum Augustus Trinitati tribuimus honoris quantum dignitas eius immensa postulat; infinitum quoque et pretio et suavitate munus exhibemus Patri, Unigenitum suum; eo fit ut benignitati eius non modo agamus gratiam, sed plane referamus.

Duplicemque aliam ex tanto sacrificio insignem fructum licet et necesse est colligere. Moeret animis reputando, quo flagitiorum collavies, neglecto, ut diximus, contemptoque Dei munio, usquequaque inundaverit. Omnino humanum genus magnam partem videtur caelestem iram devotare: quumquam ipse illa quae insidet malarum rerum seges, continet insae animadversionis maturitatem. Excitanda igitur in hoc etiam pia fidelium contentio, ut et vindicem acaerum placare Deum, et auxi ioram eius opportunissimam calamitoso saeculo conciliare studeant. Haec autem videntur maxime huius ope Sacrificii esse quaerenda. Nam divinae tum iustitiae rationibus satis cumulateque facere, tum clementiae large impetrare munera possunt homines solo obitae a Christo mortis virtute. Sed hanc ipsam virtutem sive ad expandendum, sive ad exorandum voluit Christus integram permanere in Eucharistia, quae mortis ipsius non inanis quondam iudicium commemoratio, sed vera et mirabilis, quamquam increta et mystica, renovatio est.

Ceterum, non mediocri Nos laetitia affigimur, lib. I enim proficere, quod proximis haece annis fidelium animi ad amorem atque obsequium erga Eucharistiae Sacramentum renovari coepisse videntur; quod quidem in spem Nos erigit temporum retinque meliorum. Multa enim id genus et varia, ut iulio diximus, solers induxit pietas, sodalitates praesertim vel eucharisticorum rituum splendidi amplificatione, vel Sacramento Augusto dies noctesque assidue venerando, vel hactenus eidem contemptis inuisque sacerdotibus. In his tamen acquiescere, Venerabiles Fratres, neque nobis licet neque vobis; etenim multo plura vel probehenda restant vel suscipienda, ut munus hoc omnium divitiarum apud eos ipsos, qui christianam religionis colunt officia, ampliore in luce atque honore videretur, tantumque mysterium quum dignissima venera-

(1) Luc., XIX, 14 — (2) Ier., XI, 18.

tione colatur. Quapropter suscepta opera acrius in dies urgenda; prisca instituta, sicuti exolverint, revocanda, ut sodalitas eucharistica, applicatione Sacramento augusto ad adorandum proposito, solemnes eius circumductae pompae, pia ad divina tabernacula solutiones, alia eiusdem generis et sancta et saluberrima; omnia praetera aggrediendae, quae praesentia et pietas ad rem vident. Sed in eo praecipue est elaborandum; ut frequens Eucharistiae usus apud catholicas gentes late reviviscat. Id moment nascentiae Ecclesiae, quo supra memoravimus, ex iuxta, id conciliorum decreta, id sacerdotis Petrum et sanctissimorum ex omni saeculo virorum; ut enim corpus, ita animus cibo saepe indiget suo; alimoniam autem maxime vitam praebet sacrosancta Eucharistia. Haec praedicatione adversentium opinioniones, inanes multorum timores, speciosae abstinentiae causae penitus tollendae, ea enim agitur res, quae nihil fidei populo utilius tum ad redimentum temporis solliciti rerum mortalium curis, tum ad christianos revocandos, spiritus constanterque retinendos. Haec sane magno erunt momento praesentiorum ordinum hortationes et exempla, maximo autem cleri navitas et industria. Sacerdotes enim, quibus Christus Redemptor Corporis et Sanguinis sui mysteria conficiendi tradidit munus, nihil profecto melius pro summo accepto honore queant reperdere, quam ut ipsius eucharistiae gloriam omni ope provehant, operibusque sacratissimi Cordis eius obsequendo, animos hominum ad saluiferos sancti Sacramenti Sacramentique fontes invitent ac pertrahant.

Ita fiat, quod vehementer cupimus, ut praesentes Eucharistiae fructus quotidie ubertores proveniant, fide, spe, caritate, omni denique christiana virtute, feliciter accrescente; idque in sanationem atque emolumentum rei quoque publicae fiat, ut providentissimae Dei caritatis magis magisque eluceant consilia, qui tale mysterium pro mundi vita consistit perpetuum.

Quorum Nos rerum erecti spe, Venerabiles Fratres auspicio munerum divinarum caritatisque Nostrae testem, Apostolicam benedictionem singulis vobis et vestro cuiusque clerico ac populo peramanter impertimus.

Datum Romae apud S. Petrum die XXVIII Maii in praesidio sollemnitis Corporis Christi anno MDCCCIII, Pontificatus Nostri vicesimo quinto.

LEO, PP. XIII.



EPÍSTOLA ENCÍCLICA

A los Obispos de Italia sobre la educación del Clero. (1)

LEON P. XIII.

Venerabiles Hermanos: Salud y bendición apostólica.

DESDE los primeros días de Nuestro pontificado, fijando Nuestra mirada en la grave situación de la sociedad, no tardamos en reconocer, como uno de los más apremiantes deberes del ministerio apostólico velar especialmente por la educación del clero. Nos dimos cuenta, en efecto, de que toda tentativa de restaurar en el pueblo la vida cristiana sería inútil, si el clero no guardaba íntegro y vigoroso el espíritu sacerdotal. Jamás hemos dejado de proveer a esta necesidad, según Nuestras fuerzas ya por medio de instituciones convenientes, ya valiéndonos de numerosos documentos ordenados al mismo fin. Ahora, Venerables Hermanos, Nuestra particular solicitud para con el clero de Italia Nos mueve a tratar una vez más asunto de tan gran importancia. Verdaderamente, el clero da en punto a doctrina, piedad y celo, elocuentes y abundantes pruebas, entre las cuales Nos place señalar con elogio su ardor en cooperar, según el impulso y dirección de los Obispos, al movimiento católico que Nos es tan grato. No podemos, sin embargo, disimular que Nos tiene con cuidado el ver que, desde algún tiempo a esta parte, se manifiesta aquí y allí un apetito de innovaciones desconsiderado, ya en la formación, ya en la múltiple acción de los sagrados ministros.

Fácil es hoy advertir las graves consecuencias que habrá que deplorar si no se opone pronto remedio a estas tendencias innovadoras. A fin de preservar al clero italiano de la pernicioso influencia de los tiempos, juzgamos oportuno, Venerables Hermanos, recordar en Nuestra presente Carta los verdaderos e invariables principios que deben regir la educación eclesiástica y todo el ministerio sagrado.

Divino en su origen, sobrenatural en su esencia, inmutable en sus caracteres, el sacerdocio católico no es institución que pueda acomodarse a la inconstancia de las opiniones y sistemas humanos. Participación del eterno sacerdocio de Jesucristo, debe perpetuar hasta la consumación de los siglos la misma misión confiada por el Eterno Padre a su Verbo encarnado: *Sicut misit me Pater et ego mitto vos* (2). Obrar la salud eterna de las almas será siempre el gran mandato que no podrá nunca dejar de ejecutarse, así como

(1) Como el original de esta Encíclica está en italiano, y no se ha hecho versión latina de ella, no damos más texto que el castellano; advirtiendo que las palabras con que comienza y suela citarse, son: *Pro dei gratia*. — (2) Joann., XX, 21.

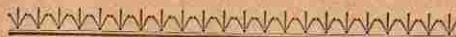
tione colatur. Quapropter suscepta opera acrius in dies urgenda; prisca instituta, sicuti exolverint, revocanda, ut sodalitas eucharistica, applicatione Sacramento augusto ad adorandum proposito, solemnes eius circumductae pompae, pia ad divina tabernacula solutiones, alia eiusdem generis et sancta et saluberrima; omnia praetera aggrediendae, quae praesentia et pietas ad rem vident. Sed in eo praecipue est elaborandum; ut frequens Eucharistiae usus apud catholicas gentes late reviviscat. Id moment nascentiae Ecclesiae, quo supra memoravimus, ex iuxta, id conciliorum decreta, id sacerdotis Petrum et sanctissimorum ex omni saeculo virorum; ut enim corpus, ita animus cibo saepe indiget suo; alimoniam autem maxime vitam praebet sacrosancta Eucharistia. Haec praedicatione adversentium opinioniones, inanes multorum timores, speciosae abstinentiae causae penitus tollendae, ea enim agitur res, quae nihil fidei populo utilius tum ad redimentum temporis solliciti rerum mortalium curis, tum ad christianos revocandos, spiritus constanterque retinendos. Haec sane magno erunt momento praesentiorum ordinum hortationes et exempla, maximo autem cleri navitas et industria. Sacerdotes enim, quibus Christus Redemptor Corporis et Sanguinis sui mysteria conficiendi tradidit munus, nihil profecto melius pro summo accepto honore queant reperdere, quam ut ipsius eucharistiae gloriam omni ope provehant, operibusque sacratissimi Cordis eius obsequendo, animos hominum ad saluiferos sancti Sacramenti Sacramentique fontes invitent ac pertrahant.

Ita fiat, quod vehementer cupimus, ut praesentes Eucharistiae fructus quotidie ubertores proveniant, fide, spe, caritate, omni denique christiana virtute, feliciter accrescente; idque in sanationem atque emolumentum rei quoque publicae fiat, ut providentissimae Dei caritatis magis magisque eluceant consilia, qui tale mysterium pro mundi vita consistit perpetuum.

Quorum Nos rerum erecti spe, Venerabiles Fratres auspicio munerum divinarum caritatisque Nostrae testem, Apostolicam benedictionem singulis vobis et vestro cuiusque clerico ac populo peramanter impertimus.

Datum Romae apud S. Petrum die XXVIII Maii in praesidio sollemnitis Corporis Christi anno MDCCCIII, Pontificatus Nostri vicesimo quinto.

LEO, PP. XIII.



EPÍSTOLA ENCÍCLICA

A los Obispos de Italia sobre la educación del Clero. (1)

LEON P. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

DESDE los primeros días de Nuestro pontificado, fijando Nuestra mirada en la grave situación de la sociedad, no tardamos en reconocer, como uno de los más apremiantes deberes del ministerio apostólico velar especialmente por la educación del clero. Nos dimos cuenta, en efecto, de que toda tentativa de restaurar en el pueblo la vida cristiana sería inútil, si el clero no guardaba íntegro y vigoroso el espíritu sacerdotal. Jamás hemos dejado de proveer a esta necesidad, según Nuestras fuerzas ya por medio de instituciones convenientes, ya valiéndonos de numerosos documentos ordenados al mismo fin. Ahora, Venerables Hermanos, Nuestra particular solicitud para con el clero de Italia Nos mueve a tratar una vez más asunto de tan gran importancia. Verdaderamente, el clero da en punto a doctrina, piedad y celo, elocuentes y abundantes pruebas, entre las cuales Nos place señalar con elogio su ardor en cooperar, según el impulso y dirección de los Obispos, al movimiento católico que Nos es tan grato. No podemos, sin embargo, disimular que Nos tiene con cuidado el ver que, desde algún tiempo a esta parte, se manifiesta aquí y allí un apetito de innovaciones desconsiderado, ya en la formación, ya en la múltiple acción de los sagrados ministros.

Fácil es hoy advertir las graves consecuencias que habrá que deplorar si no se opone pronto remedio a estas tendencias innovadoras. A fin de preservar al clero italiano de la perniciosa influencia de los tiempos, juzgamos oportuno, Venerables Hermanos, recordar en Nuestra presente Carta los verdaderos e invariables principios que deben regir la educación eclesiástica y todo el ministerio sagrado.

Divino en su origen, sobrenatural en su esencia, inmutable en sus caracteres, el sacerdocio católico no es institución que pueda acomodarse a la inconstancia de las opiniones y sistemas humanos. Participación del eterno sacerdocio de Jesucristo, debe perpetuar hasta la consumación de los siglos la misma misión confiada por el Eterno Padre a su Verbo encarnado: *Sicut misit me Pater et ego mitto vos* (2). Obrar la salud eterna de las almas será siempre el gran mandato que no podrá nunca dejar de ejecutarse, así como

(1) Como el original de esta Encíclica está en italiano, y no se ha hecho versión latina de ella, no damos más texto que el castellano; advirtiendo que las palabras con que comienza y suela citarse, son: *Fra dei principi*. — (2) Joann., XX, 21.

para cumplirlo fielmente no deberá jamás cesar de recurrir á aquellos remedios y á aquellas reglas divinas de pensamiento y de acción que les dió Jesucristo cuando envió á sus Apóstoles por el mundo entero para convertir los pueblos al Evangelio. Recuerda San Pablo en sus epístolas que el sacerdote no es otra cosa que el *embajador*, el *ministro de Cristo*, el *dispensador de sus ministerios* (1), y Nos lo representamos en lugar eminente (2), mediador entre el cielo y la tierra para tratar con Dios los destinos supremos del género humano, que son los de la vida eterna.

Tal es la idea que los libros dan del sacerdote cristiano, es decir, de una institución sobrenatural, superior á todas las instituciones terrenas é independiente de ellas, como lo divino de lo humano.

La misma elevada idea se halla claramente en las obras de los Santos Padres, en las enseñanzas de los Pontífices romanos y de los Obispos, en los decretos de los Concilios y en la unánime doctrina de los doctores y de las Escuelas católicas. La misma tradición de la Iglesia proclama á una voz que el Sacerdote es *otro Cristo*, y que el sacerdocio, aunque se ejerce en la tierra, pertenece propiamente á la *celestial jerarquía* (3), puesto que *posee la administración de cosas todas celestiales, habiéndole sido conferido un poder de Dios no otorgado aun á los mismos ángeles* (4); poder y ministerio que miran al gobierno de las almas, que es el *arte de las artes* (5). La educación, los estudios, las costumbres, cuanto pertenece, en suma, á la disciplina sacerdotal, fueron siempre considerados como un todo en sí, no sólo distinto, sino ajeno á las reglas ordinarias de la vida laica. Esta distinción y esta especialidad deben persistir en nuestro tiempo, y toda tendencia encaminada á mezclar ó confundir la educación y la vida eclesiásticas con la educación y la vida seculares está reprobada, no sólo por la tradición de los siglos cristianos, sino por la misma doctrina apostólica y por los mandamientos de Jesucristo.

Ciertamente, en la formación del clero y en el ministerio sacerdotal, la razón pide que se tenga en cuenta la diversidad de los tiempos. Estamos bien lejos de soñar en rechazar las mudanzas que hacen la obra del clero más eficaz siempre en medio de la sociedad en que vive, y precisamente por esta razón Nos ha parecido conveniente promover en el clero una cultura más sólida y perfecta, y mostrar á su ministerio más anchuroso campo. Pero cualquier otra innovación que indujera algún perjuicio al carácter esencial del sacerdote, debería ser mirada como enteramente vituperable. Sobre todo, el sacerdote ha sido constituido maestro, médico y pastor de las almas, y como tal, le pertenece di-

(1) II Cor., V. 20. VI. 8-1. Cor., IV. 1-2. Hebr., V. 1.-10. «Sacerdotium enim in terra pertinet, sed castitatem, ordinem, castitatem, et iura quidem ministrant. (S. Irenaeo, *Contra haereticos*, lib. II, c. 9. 41-3) «Sacerdos qui terrenam iurisdictionem habet, quae committitur ei, quae in ecclesia sunt dispensationis romanae auctoritate, praestantissime se oportet quam adque Angelis, neque Archangelis debet Deum. (S. Greg. IX, *de Ara sac. arrium regimini ecclesiarum*, San Gregorio, *M. Regis. Pat. Part.*, 1. c. 1.)

rigirlas hacia un fin que no se encierra en los términos de la vida presente. No podrá jamás corresponder enteramente á tan nobles funciones si no es él, tanto como es necesario, versado en la ciencia de las cosas santas y divinas; si no está provisto en abundancia de la piedad, que hace de él un hombre de Dios; si no pone todo su cuidado en confirmar estas enseñanzas con la virtud del ejemplo, según la advertencia dada á los pastores sagrados por el Príncipe de los Apóstoles: *Forma facti gregis et animo* (1). Así como sean las variaciones de los tiempos y las condiciones sociales, así son las propias y supremas cualidades que deben resplandecer en el clero católico, según los principios de la fe; todos los demás temperamentos naturales y humanos serán ciertamente recomendables; pero no tendrán, con respecto al ministerio sacerdotal, más que una importancia secundaria y relativa.

Si pues es razonable y justo que en los límites permitidos el clero atienda á lo que pide la vida presente, no es menos justo y necesario que, lejos de ceder á la malvada corriente del siglo, la resista con vigor. Tal conducta responde al elevado fin del sacerdocio, y al mismo tiempo hace su ministerio más fructuoso, con aumento de dignidad y de respeto. Harlo se sabe cómo el espíritu del naturalismo procura violar el cuerpo social hasta en sus partes más sanas; espíritu que ensorbece á las almas, sublevándolas contra toda autoridad; que desahienta el corazón y lo lleva en busca de bienes perecederos, olvidando los eternos.

Es de temer que la influencia de este espíritu, tan nocivo y tan extendido ya, se insinúe entre los eclesiásticos, sobre todo entre los menos experimentados. Las deplorables consecuencias de esto serian: que decaiga la gravedad en la conducta, de que el sacerdote está tan necesitado, y que se condescienda fácilmente con el atractivo de la novedad; la presuntuosa indocilidad para con los superiores, y el olvido, en las discusiones, de la serenidad y mesura tan necesarias particularmente en puntos de moral ó de fe. Pero un efecto más deplorable aun, porque lleva consigo perjuicio para el mundo cristiano, se seguiría en el santo ministerio de la palabra, en el que se introduciría un lenguaje incompatible con el carácter propio del heraldo del Evangelio.

Movido por tales consideraciones, Nos proclamamos la necesidad de recomendar de nuevo, y con sumo cuidado, que los Seminarios conserven ante toda su espíritu propio, así en orden á la educación de la inteligencia como á la del corazón. No debe nunca perderse de vista que su exclusivo destino es preparar á los jóvenes, no para funciones humanas, por legítimas y honrosas que éstas sean; sino para la alta misión que acabamos de indicar, de *ministro de Cristo y de dispensador de los misterios de Dios* (2). Después de esta consideración será fácil, según indicamos en la Encíclica al clero de Francia de 8 de Septiembre de 1899, enseñar reglas precisas, no solamente para la recta formación de los clér-

(1) I Petr., V. 2.-2. I Cor., IV, 1.

rigos, sino para prevenir en los establecimientos de educación todo peligro interior ó exterior, de orden moral ó religioso. En cuanto á los estudios, puesta que el clero no puede ignorar los progresos de ninguna enseñanza provechosa, razón es que acepte lo que en los nuevos métodos está reconocido por verdaderamente bueno ó útil; todas las épocas contribuyen al progreso del saber humano. Sin embargo, Nos queremos que á este propósito se recuerden bien las prescripciones que Nos hemos dado en lo que concierne al estudio de las letras clásicas, y principalmente de la filosofía de la teología y de las ciencias análogas: prescripciones que Nos hemos dado en varios documentos, sobre todo en la Encíclica de que, por esta razón, os enviamos un ejemplar junto con la presente.

Sería ciertamente de desear que todos los jóvenes eclesiásticos cursasen sus estudios á la sombra de los santos Institutos; pero puesto que graves razones aconsejan á veces que algunos de aquellos frecuenten las Universidades públicas, no se olvide con cuántas y con cuáles precauciones los Obispos deben venir en ello (1).

Igualmente, Nos queremos que se insista sobre la fiel observancia de las reglas contenidas en un documento más reciente, en especial por lo que concierne á las lecturas ú otra materia que pueda dar ocasión á los jóvenes de participar de cualquier manera de las agitaciones exteriores (2). Así, los alumnos de los Seminarios, aprovechando un tiempo precioso en una perfecta tranquilidad de ánimo podrían todos dedicarse á estos estudios que los harían aptos para cumplir los grandes deberes del sacerdocio, principalmente el ministerio de la predicación y de la confesión. Fácilmente se ve cuán grave es la responsabilidad de los sacerdotes que en tan grande necesidad del pueblo cristiano se olvidan de prestar su concurso en el ejercicio de estos santos misterios, y de aquellos también que no acuden á esta obra con la debida diligencia: unos y otros responden mal á su vocación en cosa que importa mucho á la salud de las almas. Y de aquí que Nos debemos llamar vuestra atención, Venerables Hermanos, sobre la instrucción especial que juzgamos útil dar sobre el ministerio de la predicación (3) y deseamos que se obtenga más copioso fruto.

Tocante al ministerio de la confesión, recuérdese con qué severidad el más insignificante y el más benigno de los moralistas habla de los que no temen sentarse en el tribunal de la penitencia sin la capacidad necesaria (4); y las palabras de dolor del eminente Pontífice Benedicto XIV, que colocaba entre las mayores desgracias de la Iglesia la falta en los confesores de la ciencia teológica y moral, requerida por la importancia de función tan santa.

(1) Instrucción *Perpetua* est. S. Congr. EE. RR. del día 21 Julio 1866 ad Italiae Episcopos et Familiarum religiosorum Moderatores.—2. Instrucción de 1.8. S. Congr. de 18. A. B. S. S. de 27 de Enero de 1891, sobre la acción popular cristiana ó demócrata-cristiana en Italia.—3. Instrucción de la S. Congr. de 1891 y RR. de 21 de Julio de 1901, á todos los Ordinarios de Italia y á los Superiores de las Ordenes y de las Congregaciones religiosas.—4) S. Alfonso M. de Ligorio: *Practica del confesor*, cap. I, par. 3.º, número 18.

Mas para el noble fin de preparar dignos ministros del Señor es necesario, Venerables Hermanos, emplear, con vigor y vigilancia cada vez más grandes, además del método científico, la organización disciplinar y educadora de vuestros Seminarios. No se reciba en ellos más que jóvenes que ofrezcan sólidas esperanzas de querer consagrarse para siempre al ministerio eclesiástico (1). Eviten el contacto y vida común con jóvenes que no aspiran al sacerdocio; este género de vida podrá, por justos y graves motivos, ser tolerado por algún tiempo y con porticulares precauciones, hasta tanto que no se les pueda recibir conforme al espíritu de la disciplina eclesiástica. Despidase á los que en el curso de su educación manifiesten tendencias poco convenientes á la vocación sacerdotal; y para admitir los clérigos á las sagradas órdenes, póngase la mayor atención, según la grave advertencia de San Pablo á Timoteo: *Manus cito nemini imponeris* (2).

En todo esto conviene subordinar cualquiera otra consideración, que siempre será inferior á las más importantes de todas, que es la de la dignidad del sagrado ministerio.

Después, para formar en los alumnos del Santuario una imagen viva de Jesucristo, importa mucho, en aquello que pone término y complemento á toda la educación eclesiástica, que superiores y maestros junten á la diligencia y experiencia de sus funciones el ejemplo de una vida enteramente sacerdotal. La conducta ejemplar de aquel que ejerce la autoridad, especialmente sobre los jóvenes, es el lenguaje más elocuente y más acomodado para aspirar á sus almas á la convicción de sus propios deberes y el amor del bien. Obra tan importante exige, principalmente del director espiritual, una prudencia extraordinaria é infatigables cuidados; y tal función de que Nos deseamos no sea privado ningún Seminario, reclama un eclesiástico muy experimentado en los caminos de la perfección cristiana. Nunca se recomendará lo bastante el difundir y promover entre los alumnos, de la manera más durable, la piedad, fecunda en bien de todos, especialmente del clero, para el que tiene utilidad inestimable (3).

Sea, pues, diligente en prevenirlos contra un pernicioso error, bastante extendido entre los jóvenes, cuando se dejan llevar por el ardor de los estudios, hasta el punto de descuidar su progreso en la ciencia de los Santos. Cuanto la piedad haya echado más profundas raíces en el alma de los clérigos, tanto más capaces serán ellos de este poderoso espíritu de sacrificio, absolutamente necesario para trabajar con celo en la gloria de Dios y en la salud de las almas.

Gracias á El, no faltan en el clero italiano sacerdotes que dan nobles pruebas de lo que es posible á un ministro del Señor penetrado de este espíritu: admirable es la generosidad de gran número de ellos que por extender el reino de Jesucristo corren con ardor á lejanas tierras arrojando

(1) Conc. Trident., sess. XXII, C. XVIII, *De Reformat.*—(2) *Ibidem*, Titulus, V. 22.—(3) *Ibidem*, VI. 74.

trabajos, privaciones, padecimientos de toda clase, incluso el martirio.

Así rodeado de cuidados tiernos y previsores, en una conveniente cultura del espíritu y del corazón, el joven levita llegará a ser poco a poco lo que exigen la santidad en su vocación y las necesidades del pueblo cristiano. El noviciado es largo en verdad; deberá prolongarse hasta más allá del Seminario. En efecto, los sacerdotes jóvenes no pueden ser dejados sin guía en los primeros trabajos, teniendo necesidad de que los sostenga la experiencia de hombres más capaces que perfeccionen su celo, su prudencia y su piedad, y así también, ya por medio de ejercicios académicos, ya valiéndose de instrucciones periódicas, se les acostumbra a estar siempre familiarizados con los sagrados estudios.

Evidentemente, Venerables Hermanos, las recomendaciones que Nos hemos hecho hasta aquí, lejos de contener cosa alguna contraria, son utilísimas a la actividad social del clero, frecuentemente animada por Nos como un cuidado de Nuestro tiempo. Según pide la fiel observancia de las reglas recordadas por Nos, es necesario proteger lo que debe ser el alma y la vida de esta acción.

Repitámonos nuevamente y más alto aún: es necesario que el clero vaya al pueblo cristiano, amenazado por todas partes de asechanzas y toda clase de engañosas promesas, empujado particularmente por el socialismo, a la apostasía de la fe hereditaria. Mas todos los sacerdotes deben subordinar su acción a la autoridad de aquellos que el Espíritu Santo ha establecido Obispos para gobernar la Iglesia de Dios; falta de que nacerían la confusión y un gravísimo desorden, con perjuicio también de la causa que tienen que defender y promover. Asimismo, para este objeto Nos deseamos que al fin de su educación en los Seminarios, los aspirantes al sacerdocio reciban la enseñanza de los documentos pontificios que conciernen a la cuestión social y la democracia cristiana, absteniéndose, no obstante, como hemos dicho ya, de tomar parte alguna en el movimiento exterior.

Luego, cuando sean sacerdotes, ocupense con particular cuidado del pueblo, objeto en todo tiempo de las más afectuosas solícitudes por parte de la Iglesia. Librar a los hijos del pueblo de la ignorancia de las cosas espirituales y terrenas, y con industriosa ternura encaminarlos hacia una existencia honesta y virtuosa; confirmar a los adultos en la fe y excitarlos a la práctica de la vida cristiana, disipando las preocupaciones contrarias; promover en el mundo secular católico las instituciones reconocidas por verdaderamente eficaces para mejorar moral y materialmente a las multitudes; y, sobre todo, defender los principios de justicia y de caridad evangélicas, en que todos los derechos y todos los deberes de la sociedad civil encuentran una justa conciliación: he aquí, en sus principales partes, el noble encargo de su acción social.

Pero tengan siempre presente que, aun en medio del pueblo, el sacerdote debe conservar íntegro su augusto carácter

de ministro de Dios, habiendo sido colocado a la cabeza de sus hermanos principalmente *animarum causa* (1).

Cualquier otra manera de ocuparse del pueblo a costa de la pérdida de la dignidad sacerdotal y con perjuicio de los deberes y de la disciplina eclesiástica, no podría menos de ser altamente reprobada.

He aquí, Venerables Hermanos, lo que la conciencia del ministerio apostólico. Nos prescribe hacer notar en la situación actual del clero italiano. No dudamos que en materia tan grave y tan importante, sabreis juntar a Nuestra solicitud las más diligentes y afectuosas invenciones de vuestro celo, inspirándoos especialmente en los luminosos ejemplos del gran Arzobispo San Carlos Borromeo. Pues para asegurar el efecto de nuestras presentes prescripciones, cuidaos de hacer de ellas motivo de vuestras conferencias regionales y de concertaros sobre las medidas prácticas que, según las necesidades particulares de cada diócesis, os parecieron más oportunas. A vuestros proyectos y deliberaciones no les faltará, si necesario fuese, el apoyo de Nuestra autoridad.

Y ahora, con la palabra que sale espontáneamente del fondo de Nuestro corazón paternal, Nos nos volvemos a vosotros todos, sacerdotes de Italia, recomendándoos a todos y a cada uno de vosotros que pongais gran cuidado en responder siempre muy dignamente al espíritu propio de vuestra eminente vocación. A vosotros, ministros del Señor, Nos decimos con más razón que aquella con que decía San Pablo a los simples fieles: *Obsecro itaque vos ego cunctus in Domino, ut digne ambuletis vocatione qua vocati estis* (2). El amor de la Iglesia, Nuestra Madre común, consolide y fortifique la armonía de pensamiento y de acción, que redobla las fuerzas y hace las obras fecundas. En tiempos tan calamitosos para la Religión y la sociedad, cuando el clero de todas las naciones tiene el deber de agruparse estrechamente para la defensa de la fe y de la moral cristiana, os pertenece, hijos muy queridos, unidos a esta Sede Apostólica por lazos particulares, os pertenece, repetimos, dar ejemplo a todos los demás, y ser los primeros en la obediencia absoluta a la voz y a las órdenes del Vicario de Jesucristo. Así las bendiciones de Dios descenderán abundantes, como Nos las imploramos, para que el clero italiano permanezca digno siempre de sus gloriosas tradiciones.

Entre tanto, como prenda de los favores divinos, recibid la Bendición Apostólica que Nos concedemos con la efusión del corazón a vosotros, Venerables Hermanos, y a todo el clero encomendado a vuestra vigilancia.

Dado en Roma, junto a San Pedro, en la fiesta de la Inmaculada Concepción de María, 8 de Diciembre de 1902, el vigésimo quinto año de Nuestro Pontificado.

LEÓN XIII, PAPA.

(1) S. Gregori: *M. Regni, Fasti*. Parte segunda, cap. VII.—(2) Eph., IV, 1.

N.º 75854.

Reverd.º Signore.

Col foglio inviatomi non ha guari dalla S. V., ho ricevuto le sue copie che Ella mi ha trasmesse della Collezione delle Encicliche emanate del Santo Padre, e non ho ommesso di rassegnarle una nelle mani di Sua Santità. Godo perciò di significarle che il Sommo Pontefice ha gradito assai l'omaggio prestatogli da V. S. nel presente giubileo, e più ancora si è compiaciuto che, grazie alla traduzione fatta da Lei, le Encicliche della Santità Sua siano state rese accessibili anche al popolo di cotesto regno.

Laonde, per attestarle la Sua benevolenza, il Santo Padre Le impartè ben di cuore l'Apostolica Benedizione; ed io, nel recare ciò a notizia di V. S., La ringrazio dell' esemplare di detta opera a me gentilmente offerto, e posso compiacere a ripetermi con sensi di sincera stima.

Di V. S. Rev.

Affo. per servirla
M. CARD. RAMPOLLA.

Roma 16 Marzo 1903.

Rev. Dr. D. Emanuele de Castro Alonso, Canonico di Valladolid.

Reverendo Señor:

Juntamente con la carta que V. S. no há mucho me envió, he recibido sus ejemplares de la Colección de las Enciclicas del Santo Padre. Habiendo puesto uno en manos de Su Santidad, tengo la satisfacción de significarle que el Sumo Pontífice ha agradecido sumamente el homenaje que V. S. le ha ofrecido en el presente jubileo, y todavía más se ha complacido de que, merced á la traducción llevada á cabo por V. S. las Enciclicas de Su Santidad se han hecho accesibles también al pueblo de ese reino.

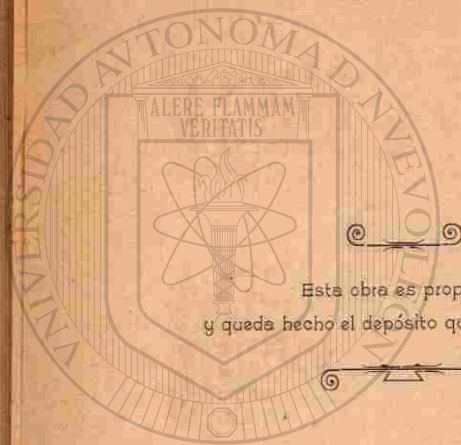
Por cuya razón, como testimonio de Su benevolencia, el Santo Padre le manda con toda la efusión de Su corazón la Bendición Apostólica; y yo al poner esto en conocimiento de V. S. le agradezco el ejemplar que de la referida obra me ha sido tan de buen grado ofrecido, y paso con gusto á repetirme con sentimientos de sincera estima.

De V. S. Rev.

Afectísimo servidor,
M. CARD. RAMPOLLA.

Roma 16 Marzo 1903.

Rev. Dr. D. Manuel de Castro Alonso, Canónigo de Valladolid.



Esta obra es propiedad
y queda hecho el depósito que marca la ley

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



